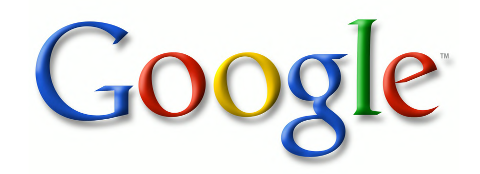
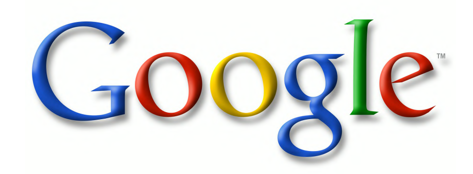







HORMIGAS
El Hormiguicida ATILA
hace desaparecer las hormigas, segura y permanentemente.
NO ES VENENOSO
Se emplea espolvoreando con el tarro directamente.
RESPONDEMOS DE SU EFICACIA
Pídase en las Farmacias, Ferreterías y Semillerías de toda la República.
PRECIO DEL TARRO: $ 1.80
Petrolini & Cia
Florida 955
Buenos Aires
EN VENTA EN:
FARMACIA FRANCO - INGLESA
Florida y Sarmiento
FERRETERIA FRANCESA
Carlos Pellegrini y Rivadavia
JUAN CALE y Cia.
Pueyrredón 123 y Corrientes 3175
HORMIGUICIDA
ATILA
MARCA REG
PREPARADO POR
LABORATORIO QUIMICO
"ATILA"
BREMEN - ALEMANIA

ATLANTIDA

Director: Constancio C. Vigil. | Nº 407 | Buenos Aires, 28 de enero de 1926

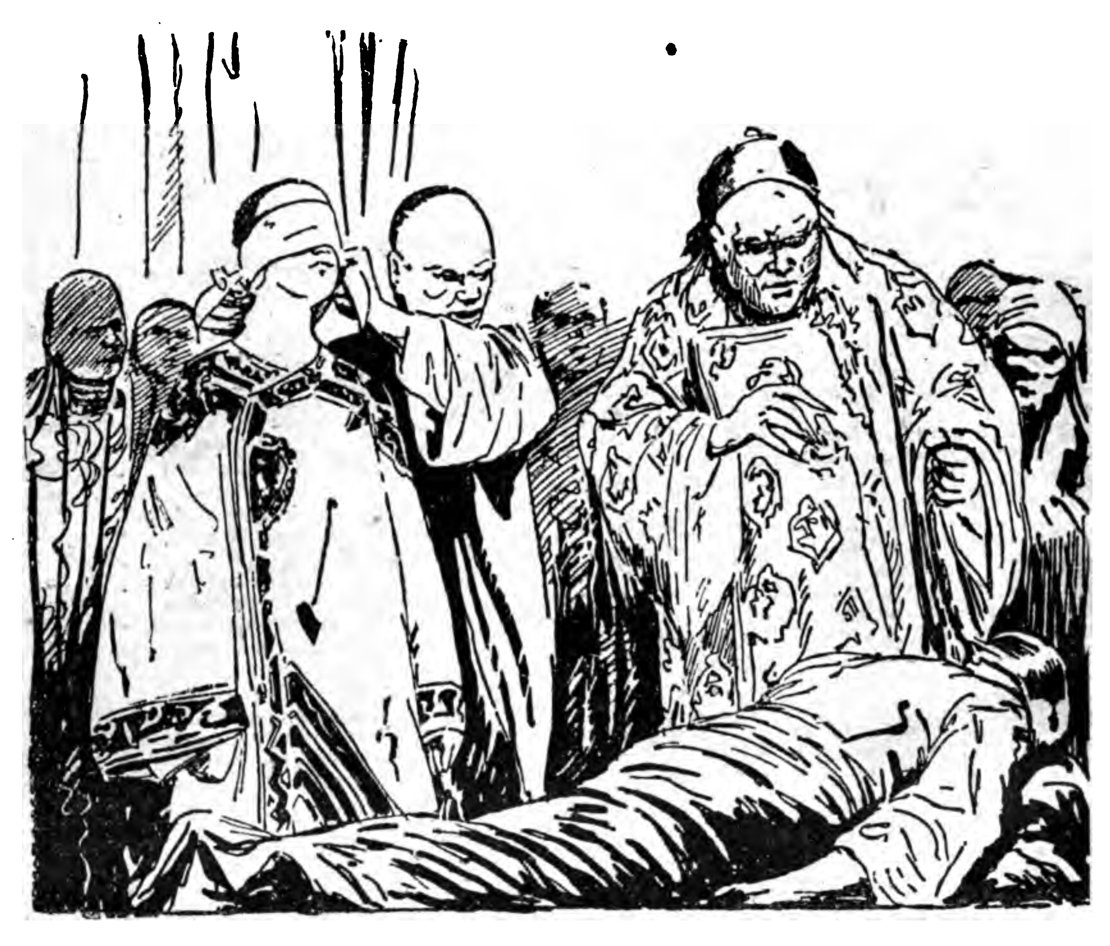
LA LEY IMPLACABLE

Por OSCAR COOK

I

Chan Ah Fook, magistrado de una ciudad de China, era persona de gran influencia y poder, pues, además de su gran sabiduría natural, estaba la parte lucrativa de su profesión. Como un agregado más a las cosas buenas de la vida, tenía una esposa — una niña viuda — que apreciaba más que un ojo de la cara, dado que tenía los pies más diminutos habidos jamás en los vastos dominios del Imperio Celeste.

Podía considerarse como un hombre muy feliz; sin embargo, hoy, sentado en un diván, chupando su pipa de opio, estaba hondamente preocupado. Aunque los hermosos candelabros, con sus lindas velas de colores, esparcían una luz apacible por la habitación y sobre la mesa había tentadores bocados de dulces, carne inmejorable de cerdo y el humo de incienso se levantaba en perezosas espirales hacia el techo, perfumando la pieza, Chan Ah Fook no estaba alegre.



Un silencio profundo reinaba en la casa, sólo interrumpido, de cuando en cuando, por el ruido de las pisadas de los diminutos piececillos de Lee Min Yen, al traer los diferentes manjares a la mesa, los que arreglaba llena de cariño, para la merienda de su amo y señor.

El silencio era abrumador. Tanto que Lee Min no pudo soportarlo más, y decidió arriesgarse a deshacer la profunda melancolía de su señor. Con un gracioso movimiento, se arrodilló cerca de Ah Fook, y con las manos sobre el pecho, un poco de coquetería y temblor temeroso en la voz, habló:

—¿No quiere mi ilustre señor participar en la comida que su pobre Lee Min le ha preparado con sus propias manos?

Un silencio más profundo que el anterior recibió por toda respuesta. Ah Fook frunció más el ceño. Entonces, Lee Min, extendiendo su mano derecha suplicante y agachándose más aún, dijo en voz de ruego:

—¡Mi señor! ¡Mi más venerado amo! ¿Te habrá esta pobre esclava, este gusano, al cual has rodeado de tu gloriosa aureola, ofendido? Tu Lee Min Yen, tu esposa y esclava, cuyos "lirios dorados" fueron tu más grande alegría; aquella en cuyos ojos cierta vez dijiste ver las estrellas, ha preparado y servido a su respetable amo los más sabrosos manjares que esta tierra produce (nidos de pájaros del Norte de Borneo, y aletas de tiburón del mar de la China), y tú permaneces indiferente, tanto a mi comida como a mi pobre súplica.

Al no recibir respuesta alguna, Lee Min retiró su mano suplicante, juntándola con la otra contra el pecho; agachó la cabeza más y más, hasta que tocó el suelo, a los pies de Ah Fook, rompiendo a llorar amargamente.

Y el ruido de los sollozos sustrajo a Ah Fook de su profundo ensimismamiento. Tranquilamente puso la pipa a un lado y dirigió una larga mirada llena de inefable ternura sobre la cabecita agachada. Luego extendió la mano. Las largas uñas relumbraban a la luz de una lámpara. Y le rozó suavemente el cabello brillante y bien aceitado. Luego dijo:

—Estoy enfermo, Lee Min.

—¡Señor! — gritó ella. — ¿Qué mal os aqueja? Dime que no es la fiebre amarilla. Lee Min te hará remedios y te cuidará toda la noche.

En un abrir y cerrar de ojos, Lee Min se incorporó, sus ojos ya sin lágrimas, dirigiéndose a un botiquín, incrustado en la pared.

Ah Fook habló nuevamente:

—No. No es mi cuerpo el que sufre; es mi mente.

—¿Tu mente celestial? No puede ser. Tú eres todo saber, todo justicia. Todos los hombres pregonan tu sabiduría diariamente. ¿No están, acaso, los malhechores temerosos de ti? ¿No es mi amo el que aclara sus crímenes y los condena luego?

—Poco sabes tú de las cosas que ocurren diariamente en el mundo exterior. Yo no me quejo, porque es nuestra costumbre que las mujeres se ocupen solamente de los quehaceres de la casa. Tu belleza y tus encantos son míos.

—Y si no para ti, Hijo del Cielo, entonces, ¿para quién? — interrumpió Lee Min, con voz intrigada, dando a su cuerpo toda la gracia esplendorosa con un movimiento de coquetería.

—¡No temas! la interrumpió Ah Fook bruscamente. — No te acuso de la liviandad de tu amor ni de infidelidad. Sólo deseo explicarte qué es lo que me pasa. Tal es el dolor de mi mente, que me doblego a confiar mis penas a una mujer.

—¿Y está mi amo disgustado con su Lee Min porque aun no le ha dado un hijo varón? Si es así, dueño mi vida...

—Cálmate. No te agites. Me fatigas con cada palabra. Me torturas con cada

¿esto... Esta noche... esta noche... Bien; después de esta noche no volveré más...

—¿No volverás más?

—Pero tu delicado cuerpo y hermosura escultural, tus brillantes ojos y tus labios coralinos, ningún otro los ha de poseer. Si yo debo morir, tú morirás también.

—¡Señor! Tú me aterrorizas; pareces una fiera, debes estar enfermo. Si tú mueres, yo he de morir también; pero, ¿por qué, ¡oh Hijo del Cielo!, hablar de la muerte? Indudablemente, estás enfermo; dime, te lo ruego, ¿qué mal te aqueja?

—Ven acá; siéntate a mi lado y escucha, si deseas sentir tu cálida sangre corriendo por tus venas mañana; si deseas que mis brazos te rodeen, piensa y resuelve el acertijo que te voy a proponer. Perseguir al criminal y aplicarle el castigo, de acuerdo con su crimen, ha sido siempre mi tarea, y hasta ahora ninguno se me ha escapado.

—¡Señor!

—Pero una de las costumbres de este lugar es que aquel que fué incapaz de entregar a la justicia al autor de un crimen dado debe cumplir la pena que él mismo hubiera aplicado.

—¿Y tú has fracasado? ¡Oh Hijo del Cielo! ¿Es eso lo que te duele?

Tan impotente ira y vergüenza — ira por su fracaso y vergüenza por su dignidad perdida — llenaba el corazón de Ah Fook, que no podía hablar. Sólo asintió con la cabeza. Lee Min esperaba.

Al fin, conteniendo su emoción, Ah Fook prosiguió:

—¡Y pensar que yo, Chan Ah Fook, magistrado, famoso en todo el país, por su sabiduría y su justicia; el que ha seguido la pista de cientos de crímenes y ha aplicado la ley sin acobardarse; ante quien todos los malhechores bajan la cabeza en el temor de que su ojo avizor y oído refinado los descubra; yo, yo me veo reducido a contar mis preocupaciones a una mujer; a sentirme preocupado, como cualquier maldito Kongsikan, mientras las arenas del tiempo corren implacables!

—Habla, señor — dijo Lee Min.

—Hace trece días se cometió un crimen en esta ciudad; un crimen cuya monstruosidad ha cundido por todas partes, tanto que el populacho clama diariamente por el asesino. Durante trece días lo he buscado por todas partes; he duplicado el número de espías; cada día he aumentado el precio de mi recompensa; cada mañana ha sido arrestado un hombre y cada noche ha sido puesto en libertad, rehusando la recompensa de cinco mil yens para su familia si se declaraba culpable. Trece días he sido burlado y vencido; y ahora...

—¿Ahora qué? — dijo Lee Min, que lo contemplaba abstraída.

—Los días de gracia han pasado. Mañana — continuó diciendo con una voz fría e impasible característica del fatalismo del Oriente — ante los jueces, mis inferiores, y la policía, debo declarar mi fracaso y pasar sentencia.

—¿Sobre quién?

—¡Sobre mí! ¿No te he dicho, mujer, que el magistrado que fuera incapaz de entregar a la justicia al autor de un crimen debe sufrir la condena que le hubiera aplicado al reo en caso de ser capturado?

—Pero tú has hablado de muerte antes. ¿Por qué la mencionaste?

—¡Calla! Calla, Hija del Tormento — interrumpió Ah Fook, faltándole su calma oriental, ante la estupidez de Lee Min. —¿No te he dicho que yo debo cumplir la pena, y la pena para pagar otra vida es... ¡La muerte!

Lee Min, con el rostro ya sereno y los labios sellados, las manos plegadas sobre el pecho e inmóvil, oyó la terrible historia. Ni una palabra dijo hasta el fin. Luego, una tenue sonrisa iluminó su rostro e inclinándose sobre Ah Fook, hasta que el clavel rojo que parecían sus hermosos labios rozó su oído, y el finísimo y transparente mentón tocó su hombro, le dijo al oído, en voz muy *baja, cinco* palabras; luego desapareció en *una de las habitaciones interiores. Sólo cinco palabras; sin embargo, ellas fueron lo* suficiente para despertar en Ah Fook una esperanza. Lo suficiente para despertar en él una nueva y desesperada sospecha.

II

En el Poniente, la luna despedía su rayo postrero. Entre las montañas, al este, el sol comenzaba a esparcir su luz primera sobre las misteriosas tierras del Oriente, disipando, poco a poco, las tinieblas de la pasada noche, hasta que, cálido y majestuoso de júbilo, contemplaba el alegre despertar y las nuevas maravillas de otro día. Las gotas de rocío, sobre el pasto, brillaban como miríadas de diamantes. Una brisa plácida serpenteaba entre las hojas de los árboles, haciéndolas bailar de gozo y vida. Las aves cantaban, festejando la alegría del despertar; el ganado lanzaba sordos mugidos, gruñían los cerdos, cantaban los gallos y de las casas campestres las criaturas humanas salían al huerto, para cosechar los productos.

La multitud, gritando y gesticulando, se encaminaba hacia las puertas de la ciudad, aglomerándose, después, en los alrededores de la corte de justicia.

El inmenso salón estaba ocupado por los notables, reunidos allí para contemplar un espectáculo único en su vida, quizás: Chan Ah Fook, el magistrado, pasando sentencia sobre... ¿quién? Eso era lo que venían a ver en el décimocuarto día de cometido el horroroso e inmotivado crimen.

El murmullo crecía por instantes, hasta que, de pronto, repentinamente cesó; Chan Ah Fook, lenta y majestuosamente, entraba en el recinto para ocupar el único sillón vacante.

Con una actitud tranquila, levantóse de su asiento y, extendiendo su mano derecha, impuso silencio. Luego habló:

—No pretendo ignorar que, tanto ustedes como yo, estamos grandemente interesados en la ceremonia que se está por realizar. No hay necesidad de que informe a la corte de la extraordinaria e irrevocable sentencia que ha de ser decidida ante todos vosotros, ni pretendo tampoco ignorar el porqué la corte está atestada de gente hoy, más de lo acostumbrado. Habéis venido a satisfacer vuestros pérfidos sentidos. Habéis venido a gozar del espectáculo de mi fracaso (el primero y el último de mi carrera). No trates, Kim Swee Kim de ocultar tu rostro, en el cual se ve el gozo indecible que este acto te causa. ¿No eres tú, acaso, mi inmediato inferior, y no has estado durante años y años ambicionando mi banca?

Al decir esto, Ah Fook indicó con el dedo a un chino a cuyo rostro asomaba una mal oculta risa de odio.

—Pero aun debes tener paciencia, Swee Kim.

—Pero, ¿la ley, la costumbre de nuestra ciudad...? — dijo Swee Kim, defendiéndose.

—Serán cumplidas — respondió Ah Fook; y diciendo esto golpeó las manos tres veces.

A esta señal entraron cuatro colíes, llevando sobre sus hombros un cajón parecido a un féretro, el cual depositaron sobre el estrado en que estaba Chan Ah Fook.

En todos los rostros se reflejaba una gran expectativa, cuando Ah Fook, sin decir palabra, hizo una señal a los colíes, y éstos destaparon el cajón, sacando luego de él y depositándolo en una camilla, boca abajo, un cuerpo humano, duro y frío en la muerte.

—He aquí el cuerpo del que fuera muerto hace catorce días, y cuyo asesino aun está impune. Habéis venido para sentir la condena que se la ha de aplicar al criminal, y si éste no es encontrado — dijo, pausado y con gran tranquilidad, — la mía.

El silencio era sofocante ya. La audiencia temblaba. Ah Fook miró los rostros aterrados del auditorio, y luego, golpeando otra vez las manos, esperó.

Abriéndose paso entre la multitud, venía una mujer acompañada de otros dos colíes. Traía los ojos vendados. Fué colocada a la izquierda de la camilla.

Ah Fook bajó de su sillón y fué hacia el muerto, lentamente; luego, con calma y firmeza, venciendo una repugnancia horrible, levantó la trenza. En el mis[...] mento, los que acompañaban a la m[...] destaparon los ojos. Durante un [...] permaneció parpadeando, al ver la l[...] go, un grito de angustia rompió el [...] de la sala y la mujer cayó desvaneci[...] la trenza, a la escasa luz del sol, [...] un clavo de bronce incrustado en [...] de su marido.

. . . .

En el cielo brillaban las estrellas. [...] che era clara y tranquila. En una fr[...] de la ciudad, una mujer esperaba, [...] dad y terror, el amanecer — el últi[...] había de contemplar — porque hal[...] fesado su crimen en la persona de [...] rido. Por la escalera de la casa de C[...] Fook subían dos sombras envueltas [...] fume; una ostentaba en sus cabel[...] peinetones rarísimos de oro; otra, [...] corazón lleno de apasionado amor.

III

—¡Mira debajo de la trenza!

¿Cómo lo sabía ella?

Estas eran las palabras que Lee [...] había pronunciado al oído de Chan [...] aquella noche, cuando él le relatara [...] rrible tragedia. ¿Cómo podía ella s[...]

El agradecimiento había dado luga[...] presa; la sorpresa se convirtió, poco [...] en una terrible sospecha hacia su m[...] pesar del amor que le profesaba.

Lee Min Yen aún no le había dado [...] varón, y él lo deseaba vehementeme[...] biera dado su vida por ver que su [...] perdurase para siempre por interm[...] un hijo; pero el hijo no llegaba.

Volvía otra vez la imaginación [...] Fook al crimen. ¿Cómo lo sabía [...] luego, el velo se descorrió ante sus o[...] Min Yen era viuda cuando se casó [...] ¡Ella también había matado a su [...]

Un sudor frío inundaba su cuer[...] esta terrible sospecha. ¡No! ¡No! ¡N[...] ser! ¿Cómo podía sospechar de ella [...] debajo de la trenza! Estas palabras [...] escritas en letras de sangre en su [...] dos pensamientos, expulsando tod[...] miento de generosidad y amor. A[...] seaba desahogarse, conociendo la [...] por terrible que ella fuera, para e[...] volcán que hervía en su cerebro.

¿No era él, acaso, el magistrado [...] tente? ¿No era rico? Y el dinero e[...] satisfacer todos los caprichos. Ha[...] mar al marido anterior de Lee M[...] saber la verdad. ¿Y si su bien a[...] inocente, qué horrible castigo no [...] por su terrible sospecha? Pero, si [...] pable, ¡la mataría!

. . . .

En una habitación de la casa, [...] Fook escuchaba atentamente. D[...] oyó un ruido irregular de pasos que [...] caban lentamente a la habitación. [...] palabra. Ah Fook levantó una co[...] perando inmóvil. Cuatro hombres [...] en el aposento, depositando sobre [...] un féretro carcomido por los gu[...] una señal de Ah Fook desclavaron [...] pero se negaron a abrirlo; luego [...] ron.

Indeciso, jadeante y tembloroso, [...] miraba el cajón. El grito agudo, [...] te, de una mujer en dolor, lo hizo [...] mo un resorte hacia el féretro, cas[...] cientemente. Vaciló un instante, [...] la tapa en el mismo momento en [...] grito, semejante al anterior, se hiz[...] guido de varios más. Luego se hi[...] cio. Ciegamente las manos de Ah [...] movían buscando algo dentro d[...] entre los huesos; luego apretó los [...]

Retiró la mano del cajón, y a la [...] lante de un candil, cuya claridad h[...] ver fantásticamente las sombras, [...] sostenía entre sus largas uñas un [...] bronce, que brillaba tenuemente.

En la pieza de arriba oyó en este [...] to el llanto de un recién nacido. [...] Yen era madre.

Ah Fook, como un autómata, sol[...] vo, y, yendo a la pieza de su mujer [...] dilló delante de su lecho y se pusc[...] como un niño.

El cómplice, por Charles Vogel



r Marruecos todo el mundo conocía a Ben Ahmed y Musta- Éstos dos perso- eran socios: 🏵- iaban juntos y s también prac- an la usura en escala. Su repu- n no sería exce- , pero nunca se ı encontrado na- erdaderamente :uoso que repro- es, de modo que n habían tenido habérselas con el .
mo gastaban con ıeza, la gente hu- ɜ les respetaba. ın, pues, perso- honradas o casi ' Al contrario: ıinables canallas lograban la ma- ›arte de su haber l robo.
n Ahmed y Mus- aprovechando sus iones en todas esferas, estaban :ctamente entera- sobre la fortuna ıucha gente y con habilidad e inge- ›oco comunes, lle- n a darse cuenta ɪs operaciones :uosas que po- ı hacer con tal ıal rico rentista .ado, o en casa de ı comerciante, cu- almacenes no es- n lo debidamente :gidos contra las ıs nocturnas.
ı buen día corría ›z de que un mal- or había entrado ısa de un opulen- ropietario del k", llevándose al- ɜ, dinero, armas pas de valor.
identemente, el había sido reali- por alguien al ente de las costumbres de la vícti- se buscaba entonces empeñosamente ɜ las personas que rodeaban al per- :ado; recaían las sospechas sobre em- los, servidores, haciéndoles objeto de :cha vigilancia, pero nada se encon- a; ningún indicio, ninguna señal que ese ponerles sobre la pista.
anscurrido un lapso de tiempo, corría oticia de otro nuevo robo, practicado asa de un vendedor de bueyes y ovejas se había retirado de los negocios des- de hacer fortuna y vivía apacible- te de sus rentas. Allí robaban dinero, fuerte suma. ¿A quién acusar?
ıdie podía decir que Ben Ahmed y tafá fueran los autores de esos hechos :tuosos porque, por una curiosa casua- l, los dos asociados estaban siempre a de la ciudad cuando se cometía al- › de aquellos robos.
n embargo, ellos eran los culpables; demasiado hábiles para no rodearse las mayores precauciones y también asiado prudentes para exponerse, con- ın a una tercera persona el ejecutar echo después de darle toda clase de rmes.
ıte era Kerim, un antiguo camellero quien habían estado en tratos usurarios y que les debía dinero. Ben Ahmed y Mustafá juzgaron que aquel hombre servía para realizar personalmente las tareas peligrosas, pero lucrativas. Primero habían tanteado el terreno y luego hecho abiertamente proposiciones.

Al principio, Kerim había vacilado: el robo se le aparecía como un gran pecado, y además, nunca se había ejercitado en ese deporte. Pero como había que vivir y Mustafá y Ben Ahmed eran sus acreedores exigentes, acabó por ceder.

Inteligente, dócil siguió a maravilla las instrucciones que le daban y logró éxito en todas las empresas que le encomendaban, pero nada percibía del dinero que le hubiese correspondido como "socio industrial".

Kerim debía contentarse con el modesto salario que le pagaban mensualmente sus acreedores.

LA ÚLTIMA OPERACIÓN

Un día, los dos socios llamaron urgentemente a su empleado: se trataba de una fructuosa operación.

Un viejo usurero, rival de Mustafá y Ben Ahmed, vivía solo, en un lugar desierto rodeado de jardines, en una casa aislada defendida de los malhechores por dos perros guardianes, de temibles colmillos.

El viejo tenía consigo mucho dinero y el golpe sería soberbio, pero la empresa se presentaba peligrosa a causa de los perros.

Kerim era imaginativo, astuto, pero no valiente. Arriesgar la prisión le parecía aceptable, pero arriesgar la vida no entraba en sus cálculos.

Se hizo rogar y sólo aceptó a condición de que la tercera parte del botín le correspondería íntegramente. Los socios protestaron, pero Kerim se mantuvo firme y no tuvieron más remedio que acceder.

El producto de la operación se dividiría en tres partes iguales: una para cada uno.

Bien informado sobre los más pequeños detalles, Kerim puso manos a la obra y gracias a su habilidad, obtuvo éxito completo en el robo.

Pero Ben Ahmed y Mustafá habían reflexionado. ¿Era posible que tuvieran que repartir las ganancias con Kerim? ¿No era esto sencillamente absurdo?

Además, ya habían amontonado bastante dinero y el robo les parecía peligroso: podía ocurrir que fracasasen, Kerim los ven-

(Concluye en la página siguiente)

¿Cuál fué el motor empleac para el asalto?

Un ex alto funcionario policial, la persona que consideramos mejor preparada para opinar sobre el asunto del día, nos dió gentilmente sus impresiones; pero al prestarnos su conformidad para este reportaje nos ha pedido que no digamos su nombre, pues considera que un elemental deber de discreción le obliga a no inmiscuirse en la pesquisa.

Nuestro entrevistado llevaría la investigación a un punto capital para orientarse desde allí en la búsqueda de los malhechores, realizando con este fin una serie de deducciones serenas y tranquilas en las que se pondría de manifiesto un verdadero espíritu policial. Sería, además, una captura científica que completaría el drama del asalto, emocionante y espectacular, y, lo que es más lamentable, inconcluso...

Dice la persona con quien hablamos:

—Lo que hay que buscar es el motor del auto empleado para el asalto. Fué uno entre millares, pero es posible y aun fácil obtener su identidad. De modo que por el momento dejaríamos a los asaltantes, que acaso anden paseándose por Florida y de los cuales nada, absolutamente nada se sabe. A lo mejor son personas "honradas" con las cuales tenemos trato a diario y que han hecho esta diablura para salvar las consecuencias de alguna otra diablura de la ruleta o del hipódromo... Por eso encuentro curioso que la policía se preocupe tanto del guardapolvo y no se dedique a buscar el motor. Si el señor Santiago adoptara este sistema, nos vendría muy bien, porque la pesquisa terminaría en seguida y ello nos permitiría a todos desentendernos del asunto y volver a nuestras ocupaciones habituales en las que, seguramente, somos menos nefastos. Pero aparte de eso hay innumerables aspectos en los delitos que con frecuencia entretienen a los lectores de la crónica roja, que, dicho sea en honor de la verdad, que tan pocos honores recibe en estos tiempos, somos todos los ciudadanos de esta República.

La salida de nuestro interlocutor nos ha desconcertado un poco y no sabemos bien a qué se refiere. Lo miramos sin atrevernos a preguntarle qué es lo que quiere decir, pero nos entiende y aclara en seguida.

—Verá usted. Lo mejor y lo más interesante que podría decirle sobre los tres asaltos que continúan en la impunidad son ciertas reflexiones que he recogido en Atlántida. Ya ve que soy sincero. Le voy a devolver a la gran revista sus propias ideas que, con motivo de esto, cobran hoy nueva actualidad.

Así, por ejemplo, es cierto que todos hablamos, y algunos más de la cuenta, del asalto del banco; podemos o no estar equivocados en nuestras opiniones, pero si hablamos y si lo hacemos casi siempre en forma severa para la policía es porque tenemos la convicción de que nuestra sociedad está mal defendida. La facilidad con que se recogen en una noche cien o mil delincuentes evidencia que el delito está amparado por las autoridades y por la ley. ¿Quién puede extrañarse de que el delincuente profesional delinca? ¿De qué se quiere que viva mientras no se le retire de su campo de acción y se le supriman las posibilidades de delinquir?

Mucho más que el Parlamento, se necesita, como lo ha dicho Atlántida, un campo de concentración donde los que viven del robo y del asesinato, sean forzados a ganarse la vida con el trabajo; mientras esto no se haga serán pueriles y estériles las nerviosidades para atrapar a algunos de ellos; siempre quedará en libertad un número de veteranos del delito, el cual, por escaso que sea, siempre será suficiente para mantener a la población en la inseguridad.

El asalto a la sucursal bancaria — descartadas las desgracias personales — tiene el mismo interés que cualquier episodio cinematográfico. Otra cosa sería si los criminales en actividad, que son muchos, estuvieran alejados de la gente honesta.

Otro aspecto que igualmente ha señalado Atlántida, y que me complazco en reproducir por su acierto, es éste: Si continúa la Argentina aceptando el rezago moral y fisiológico de todos los países del mundo, nunca alcanzarán las cárceles, los hospitales y los asilos. Puede nuestro país mejorar su pueblo; pero ni sus recursos, ni los esfuerzos de cuantos luchamos por su emancipación de la ignorancia y de los dolores evitables resultarán eficaces, si se pretende abarcar con la inmigración heterogénea al mundo entero.

La miseria moral y física se mantendrá casi invariable mientras diariamente se incorpore a nuestra masa social caravanas de pervertidos, degenerados y analfabetos. ¿Para qué las estadísticas y cómo orientar las energías directrices, en esta constante renovación de valores con elementos algunos muy estimables por cierto, pero en gran parte capaces de hacer descender en forma sorprendente el nivel social?

La Argentina ha de desengañarse de su hospitalidad absurda, semejante a la del que brinda su casa a malhechores.

Siquiera por estética debiera repararse un poco más en la sangre que viene a mezclarse con la nuestra. No hago más que repetir, como usted ve, lo que Atlántida ha dicho tantas veces.

Ese afán desmesurado por aumentar la población de cualquier modo es un afán estúpido. No lo tiene ni siquiera el ganadero inteligente. La cantidad es lo de menos. La calidad es lo que vale. Ya se verá si acertamos los que pensamos así. Tendría ya esta nación energías de sobra para bastarse a su felicidad y para explotar [...] quezas, si pudiera dedicarse con m[...] eficacia al acrecentamiento de sus [...] reales. Pero el patrón de la estan[...] se llama gobierno — que no se sab[...] es y que acaso es la rutina misma, metiendo ganado sin mirar edad, [...] marca y después se le va el tiempo [...] tar bichos, componer alambrados, h[...] treros, en baños, vacunas y curaci[...] toda laya... Pero ya estamos habl[...] lo que no interesa... Volvamos, [...] asunto del día.

—Es decir, vamos a empezar la p[...]

—Ni más ni menos; el detectivism[...] sport de moda, y sinceramente creo [...] gún vecino se ha creído inferior, [...] caso, a los señores Fernández y S[...] Pero como dice el refrán: "Otra cos[...] guitarra..."

La policía se dedica a recoger su [...] seada clientela de delincuentes y [...] entre ellos al posible delator. ¿Ver[...] esto no es ni científico ni eficiente [...]

Si usted y yo tuviéramos que rea[...] pesquisa, suspiraríamos de incerti[...] al tener que pescar 7 u 8 tipos entr[...] nes, donde hay tantos sin estado c[...] existencia legal...

Pero en seguida sonreiríamos d[...] facción. En el asalto se empleó u[...] móvil. Por la Aduana, por los libro[...] casas importadoras, por los libro[...] Oficina de Tráfico, puede saberse [...] mente cuántos motores han entrado [...] y el número de cada cual. Nos des[...] mos de la chapa, del guardapolvo [...] del sombrero de paja...

Se trata, pues, de realizar la in[...] lización de cada motor y clasificarl[...] formar una lista de los "dudosos". [...] tarea se emplearían menos energ[...] cierto, que en las series de investig[...] desatinadas algunas, que diarian[...] realiza, sin lógica ni método. S[...] los "dudosos" se haría una segun[...] ficación, y quedaría un cierto nú[...] motores entre los cuales está, seg[...] te, el que sirvió a los criminales.

Intervendrían ahora los técnicos [...] tores, los detectives — si es que [...] mos, — y las numerosas personas [...] ron al automóvil estacionado frent[...] co y en su fuga.

Individualizar un motor de aut[...] obtener la justificación plena de [...] fué el empleado en el asalto, no [...] imposible. La inmensa mayoría p[...] descartados en un primer examen [...]

La tarea requiere método, rig[...] en la lógica; pero nunca las ener[...] se derrochan diseminando las pesq[...] múltiples direcciones.

¿Cuál fué el motor empleado [...] asalto? Esta debe ser la base de l[...] tigaciones.

El cómplice

(Conclusión de la página anterior)

diera y entonces, ¿qué iba a ser de ellos?

Mejor era despedirse del latrocinio con aquella espléndida operación y gozar tranquilamente de sus rentas, eso sí, sin abandonar la usura, que pocos peligros ofrece.

Y he aquí lo que imaginaron los dos socios para desembarazarse de Kerim.

Cuando éste llegase, Mustafá y Ben Ahmed simularían estar muy empeñados en una partida de juego e invitarían a su cómplice a que tomase parte en ella. Luego, uno de ellos fingiría advertir que Kerim trampeaba abominablemente y le dirigiría los más acerbos reproches. Probablemente el *otro se ofendería, desatándose en injurias. Entonces, los dos amigos, juzgándose amenazados se arrojarían sobre él, estrangulándole* y declarando luego que aquel infame había querido asesinarles.

Kerim era un pobre diablo sin recursos, sin influencias, sin protectores y como ellos eran personajes importantes, no habría molestas consecuencias.

Por supuesto que antes de gritar "¡Asesino! ¡Socorro!" los dos amigos aligerarían a Kerim del dinero que llevara encima.

Así hicieron las cosas, y una vez que fueron llevados ante el Caíd hicieron el mismo relato y como no había testigos salieron absueltos.

Se enterró al pobre Kerim, y como la atención general estaba fija en los dos socios, éstos aprovecharon aquella buena racha para hacer varios negocios fructuosísimos.

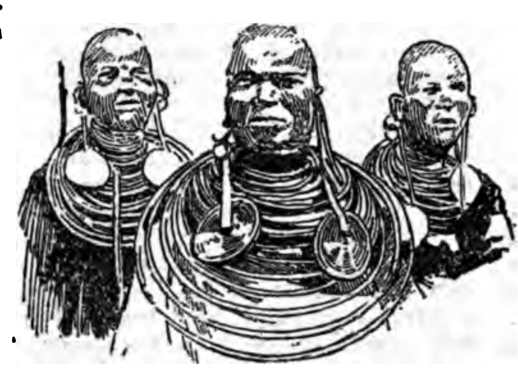
Las modas exóticas

La moda es una especie de enfermedad epidémica cuyas manifestaciones son siempre distintas y de la cual nadie puede librarse. O por lo menos no puede librarse de su influencia, ya que aquellos que por el capricho de no seguir las costumbres van contra ellas, crean otras que a su turno se convierten en una moda. Además casi siempre los que tal cosa hacen salen perdiendo porque si bien es cierto que ha habido modas extravagantes, no es menos cierto que ellas se han basado siempre en un concepto de elegancia que, puede ser discutible, pero que no se discute, que se acepta y que es, en la época de su auge, lo corriente y natural. Las personas sensatas lo aceptan. Los que se empeñan en rechazarla y se visten de modo distinto a la generalidad de las personas son más extravagantes que los que siguen sumisamente un capricho general. Es un capricho que se reparte entre muchos y la culpa o la responsibilidad también se subdivide, de modo que es muy poco lo que de esto corresponde a cada uno. Mientras que el otro tiene que cargar él solo con todo el "porqué" de lo que lleva encima. Es más cómodo y aliviado, más elegante y sensato, seguir las modas. Por eso en todos los tiempos y en todos los países la humanidad ha seguido las modas.

Si observamos los monumentos egipcios o asirios, los dibujos griegos o romanos, veremos que según las épocas las costumbres cambian y que en un tiempo determinado todos se visten del mismo modo. Es probable que si poseyéramos una colección más completa de documentos relativos a las lejanas edades de la infancia de la humanidad descubriríamos que en el año 15680 antes de nuestra era el arete de espina de pescado era llevado mucho más que ahora en las orejas de las elegantes.

Por eso no hay que asombrarse ni tomar a broma el hecho de que los pueblos salvajes de nuestros días tengan modas un tanto complicadas y en las cuales generalmente la menor importancia la tiene el traje. Porque aun entre los individuos de las razas que no llevan más vestido que la piel, se encuentran costumbres con las cuales las personas se conforman y a ejemplo de todos sus vecinos las siguen tranquilamente porque no hacerlo sería exponerse al ridículo. Vamos a comentar aquí, con algunos detalles, algunas de las modas más exóticas.

Pero, como lo advertimos antes, conviene no burlarnos mucho de ellas. Todas estas cosas tienen su razón de ser y a lo mejor los creadores de lo que estamos criticando fueron nuestros ilustres antepasados directos de las cavernas. O a lo mejor



también, mañana la seguimos nosotros mismos, porque la elegancia nos lo exija.

COLLARES Y BRAZALETES

Dejemos de lado los vestidos propiamente dichos, porque ello nos obligaría a pasar una revista a todos los pueblos del universo, y observemos solamente ciertos accesorios o adornos, secundarios como abrigo, pero parte principalísima para lograr el chic.



Los collares, por ejemplo, en ciertos países, son mucho más que un simple adorno. Representan en algunos pueblos una especie de valor monetario, de capital, que se utiliza hasta en las transacciones comerciales. Tal es el caso, para no citar más que uno entre cien, del collar de plata que llevan al cuello las mujeres hindúes y que está hecho con monedas que van economizando. Cada nueva moneda, el collar crece y hay algunos que dan muchas vueltas alrededor del cuello de su afortunada poseedora. Es un collar ajustado y cuyos extremos se cierran por un broche o por nudos sumamente complicados, hechos por especialistas a los cuales van las mujeres cada vez que tienen que agregar alguna moneda. De modo que toda tentativa de robo sería infructuosa a no ser que se le cortara la cabeza a la dueña del collar. Sería la manera más cómoda de sacárselo.

Estas mujeres de la India, las que aun siguen las viejas costumbres que mencionamos, llevan siempre de este modo toda su fortuna consigo. Pues aparte de los collares de monedas, suelen llevar brazaletes desde la muñeca hasta el nacimiento del brazo, llevan también los dedos cubiertos de anillos. Los usan también en los de los pies y aros en los tobillos, arriba y abajo de la rodilla y complementan a veces este atavío con cinturones de metal, en los cuales suele haber piedras preciosas. Todo esto lo llevan sobre la piel. Y cuando a veces ya no les queda sitio donde ubicar alguno de los tantos anillos que poseen, suelen llevarlo colgando de las orejas, lo que no sería tan raro. Pero también a veces los usan en la nariz, cuyo tabique traspasan tranquilamente.

Decíamos más arriba que no conviene tomar a broma estas cosas. Efectivamente, hace poco una de las más populares y hermosas actrices parisienses intentó lanzar esta moda de lucir un anillo en la nariz. Se la vió durante mucho tiempo en los teatros, en los cafés, en los restaurants, lucir su preciosa naricita adornada con un pendiente de platino. No tuvo éxito. Pero quizá haya sido una precursora de algo que vendrá.

LOS LABIOS AGRANDADOS

Busquemos ahora otras modas y no nos será difícil encontrarlas y aun más raras que las de los brazaletes y anillos. Tenemos, por ejemplo, las extrañas figuras del dibujo del centro de la página. Como moda realmente curiosa creemos que es todo un record. Y por horrible que sea, no es el caso de creer que constituya una exclusividad de un pueblo determinado y único. Encontramos en efecto esas horribles deformaciones en los pueblos de Africa y América, pero antes vamos a decir en qué consiste.

Es un disco de madera de un diámetro variable que las mujeres encajan en una incisión que se hacen en el labio inferior entre los Bocotudos del Brasil, y en ambos labios entre algunos africanos, como los que aparecen en el dibujo mencionado. ¿Cómo obtienen este admirable resultado? Si alguno de ustedes se hiciera un agujero en el labio, no sería éste seguramente tan grande como para dejar pasar sin dificultad y sin dolor una moneda de veinte centavos. Y, sin embargo, los discos que estos seres meten y retienen



(Concluye en la página 11)

VIDA QUE PASA

EL concepto de minoría de edad mental de ciertos países asiáticos y europeos, que alientan algunas naciones europeas, sufre a la sordina más definitivos quebrantos que en los callejones de Damasco y en los breñales del Rif a causa de las reformas institucionales que, por su propia elección y con su independiente criterio, establece Turquía para sí. De suerte que bien pudiera suceder que mientras las naciones rabiosamente civilizadoras procuran imponer su tutela mediante las ametralladoras, el pretenso discípulo salga, a la vuelta de pocos años, superando a sus mentores, sin necesidad de las armas. Dejada, al fin, a su arbitrio, Turquía adopta el código civil de Suiza, justamente la nación que jamás ha soñado en erigirse en tutora de otro país. Claro es que si se afianzan estas circunstancias, las naciones imperialistas irán a chasco seguro, cuando se encuentren con que los países que van a "civilizar" cuentan ya con un sistema institucional más justo y más ordenado que el que les llevan.

* * *

EN los comentarios, de acento sobrecogido e indignado, de los últimos días ha asomado a muchos labios, frecuente y firme, la mención de la pena de muerte. Ante el asalto y el asesinato, y, sobre todo, ante la impunidad de los repetidos asaltos y la audacia creciente de los criminales, la opinión pública, con una unanimidad que es ya una razón, reclama sus antiguos fueros de vindicta recia y rápida, como si ya no confiara en la eficacia de las fuerzas normales organizadas para la defensa de la sociedad. Y, aparentemente, no puede confiar mucho en ellas. La pena de muerte ha sido proscripta por el progreso de las ideas y de los sentimientos cuando se esperaba un porvenir mejor. Pero el porvenir no ha sido mejor. Ciertamente, la sociedad no tiene derecho a matar, pero, muy ciertamente también, tiene el derecho de defenderse. Y este dilema no se decide con opiniones. Lo resuelve la fuerza momentánea de la realidad.

* * *

LA opinión pública ha llegado al fin a una actitud unánimemente resuelta y exigente en un asunto que fué siempre predilecto de la propaganda pertinaz de Atlántida. Nos referimos a la necesidad de suprimir las barreras de ferrocarril, absurdas en una ciudad moderna, que cierran centenares de calles durante la mayor parte del día, y aislan barrios enteros, como en ciudad sitiada o en ciudad pestífera. Transformando el tiempo en dinero, y sin calcular inconvenientes que no pueden ser apreciados momentáneamente, se ha dicho que esas barreras representan muchos millones de pesos perdidos. Pero se acaba de hacer otro cálculo más sugerente y más estimulante para la pronta solución del abuso: en las líneas del Central Argentino, que transportan cuatro millones de pasajeros por año, las calles permanecen abiertas 7 horas de las 24, y, como según declara la misma empresa, ese número de pasajeros no tardará en duplicarse, las calles permanecerán cerradas por las barreras las 24 horas cabales. Esta monstruosa perspectiva no necesita comentario.

* * *

MARAVILLA la vitalidad de los grandes delincuentes en nuestra capital. Casi no hay infracciones; el delito menudo desaparece como la moneda de un centavo. Los ojos de Argos de la autoridad velan por que ningún ciudadano transite por las calles en mangas de camisa. ¡Los sin saco han sido inexorablemente extirpados! Pero en las calles aparecen foragidos que por sus múltiples reincidencias en el delito tienen el deber de permanecer en la cárcel. Quizás nadie les recuerda ese deber. Los autores de los asaltos más sensacionales y fructuosos, así como los de las grandes estafas igualmente fructuosas, logran a menudo burlar la acción de la justicia como si la magnitud de su delito fuera un recurso para asegurarse la inmunidad. En cambio, el vendedor de maní que para rascarse una pierna frena su locomotora en una bocacalle se ve al instante en presencia de la celosa y punitiva autoridad. Por esta misteriosa circunstancia cada vez hay menos infracciones y más crímenes. Las primeras son demasiado arriesgadas.

* * *

QUIERA el cielo dar fortuna a la hazaña del comandante Franco que pondrá un laurel más en la corona de España, de laureles pesada. Hecha está la gloria de España de hazañas individuales, y su historia de magníficos episodios aislados. No es propia de ella la genialidad colectiva, la total orientación del pueblo en un objetivo continuado. Por eso los que inquieren cuál es el aporte de España, en este momento, al pro greso universal debieran com prender que España no puede te ner influencia en otros pueblo porque es inimitable, ni otros pue blos en ella porque no puede imi tar. Y los fervorosos mensajes d simpatía en estos días cambiado entre la madre patria y Améric son sinceros como mensajes d simpatía; pero serán vanos e cuanto se quiera apoyar en ello una utilidad práctica. España n conoce el provecho de la gloria. N se gloría en el provecho.

* * *

CON unanimidad sin preceden tes, día tras día, "los diversos barrios" exponen largas la mentaciones sobre el estado en qu se encuentran: sin precedentes Todo hace creer que nunca las ca lles de Buenos Aires padecieran d un abandono tan desesperante co mo ahora. Necesariamente tien que ser así, pues en el abundant presupuesto municipal de este añ hay dinero para todo, menos par las elementales exigencias de l higiene de la ciudad. Hay un pe queño detalle, ilimitadamente típi co de la desidia edilicia: la "boc de incendio" de la avenida Genera Paz, a media cuadra de Rivadavi está descompuesta desde hac cuatro años. Desde hace cuatr años arroja agua en gran cantidad encharcando la vía pública. Desd hace cuatro años los vecinos s quejan y en cuatro años la inspec ción municipal, buena, gracias, si enterarse de lo que pasa.

* * *

HACE algún tiempo dió en r petirse un entretenimient criminal y estúpido: quema la correspondencia de los buzone Se dijo que era obra de niños. L escuela intervino, se condenó en la aulas el acto torpe y éste no se r produjo. Pero he aquí que otro e tretenimiento criminal le ha sub tituído: la pedrea del tren que p sa. No transcurre semana sin un de esos atentados, obra, se dice, d menores, y, por lo tanto, de perve sidad inconsciente. No. La malda se aprende. Esos atentados era en otro tiempo, rarísimos. Es, pue el momento de una nueva admon ción a la cultura. de una nueva ap lación a la vergüenza, no sólo p medio de la escuela, sino, sobre t do, por medio de la prensa, pu si esos atentados se repiten p imitación, la noticia de ellos, el or gen de la imitación, ha llegado los niños por medio de la prens

ENTRE TÚ Y YO Por D'Artagnan

¿Por qué se veranea?

VAYA una pregunta, dirás; se va uno de la ciudad para descansar, para tonificarse, para restaurar sus fuerzas gastadas en la activa y matadora labor diaria.

Eso es lo que tú crees, y de ser así todo el mundo buscaría un sitio en donde reposar verdaderamente, pero ¡qué equivocada estás!... El principal factor que empuja a la gente a huir de Buenos Aires es la vanidad...

¡Gozamos tanto con enviar las consabidas postales, para hacer saber a nuestros amigos que nos hallamos en la playa a la moda!... ¡Cómo nos deleita la fotografía en traje acuático, en *tenue* de veraneante más o menos chic, que prodigamos a diestra y siniestra *para que sepan* que formamos parte, aunque no sea más que por dos días, del núcleo elegante que se da el placer de veranear!

¿Cuántos logran descansar? Muy pocos, ninguno. Agitación del baño; agitación del paseo por la Rambla; agitación del baile; agitación del juego...

Yo te apuesto que gasta más energías el veraneante en un mes de estada en la playa de moda que en toda su intensa labor del año.

Del amor

EL le pidió un beso y ella se lo negó. No lo quería, ¿verdad?



—Menos la quería él al pedírselo.

* * *

—Si el matrimonio es la tumba del amor, ¿qué es el divorcio?

—El monumento conmemorativo que se coloca sobre las tumbas.

* * *

—Fué un amor felicísimo. Vivió entre sonrisas.

—Pero no fué perfecto. Para serlo, le faltó conocer las lágrimas.

Preguntas sin respuesta

POR qué el alma, que es tan fuerte en la adversidad, es tan débil en la alegría? ¿Pesa más, acaso, el gozo que el dolor?

* * *

¿Por qué decimos "le quiero como a *un hermano*" y no decimos: le quiero como *a mi hermano*"?

¿Por qué recordamos siempre el mal que nos hacen y en cambio olvidamos el bien que se nos hizo? ¿Es que sólo se tiene memoria para el mal?

* * *

¿Por qué el amor que ruega y se humilla es despreciado, y el que se impone y manda es admitido?

Los comentarios del "Alacrán Club"

AVARO hasta la exageración y calculador hasta la médula de los huesos, el doctor X sufre de violentos ataques al hígado. Todos estos detalles no pasan inadvertidos a los del club, y el presidente, que se distingue por lo acerado y acertado de sus motes, le llama *el cálculo biliar*.

* * *

Hablábase de un *attaché* de legación que, escaso de méritos, ve transcurrir los años y aparecer sus cabellos blancos sin que llegue el codiciado ascenso.

—A ese señor - comentaba el vice del Alacrán — le convendría la divisa de la hiedra: *Je meurs où je... "m'attache"*.

* * *

¿Sabéis cómo llaman a un conocido estanciero que está muy orgulloso de la feracidad de sus campos?...

El as de... pastos.

SEÑAS SECRETAS DE LOS DELINCUENTES

La utilidad de señas, ademanes y gestos de significado convencional y secreto es tanta, que, no sólo las emplean sociedades y organizaciones respetables como la masonería, sino también los delincuentes que usan en cada país un código especial de señas para entenderse entre sí en público sin que éste lo advierta.

Esas señas, signos y gestos son empleados particularmente por los estafadores y más aún por los ladrones elegantes que actúan en reuniones sociales. Aunque numerosos los gestos son muy sencillos y comunes, pues de otra manera llamarían la atención. Cuando se sospecha que alguno de esos signos es conocido por los pesquisas policiales, se le cambia por otro, de suerte que el código está en constante renovación.

Supóngase que el centro de operaciones es un local público muy concurrido, por ejemplo un café. Los miembros de la gavilla de rateros o estafadores se confunden con la concurrencia, y cada uno busca por su lado una víctima o una oportunidad de operar.

En nada se distinguen del resto de los concurrentes; visten bien y se comportan como personas bien educadas.

En Londres, por ejemplo, un observador quizás note la presencia de un caballero de correcto aspecto, que instalado cómodamente en un rincón del café, se ha puesto a dormitar, con las manos cruzadas sobre el abdomen, como un pacífico burgués en pacífica digestión. Los pulgares de ese caballero soñoliento oscilan ligeramente o giran uno alrededor del otro. Ese movimiento de los dedos es una señal que el caballero dirige a uno de sus subordinados diseminados en el café para que vaya inmediatamente en busca de un "experto" que hasta entonces se mantiene fuera del teatro de operaciones, para que realice un "trabajo" que el caballero soñoliento ha estado estudiando desde su rincón.

El simple ademán de rascarse la nariz tiene también, entre los delincuentes londinenses, un significado peculiar. Por lo común es una orden que el jefe de la banda da a uno de sus subordinados para que ofrezca un cigarrillo a la víctima elegida. Si el detective conoce esa señal no perderá de vista a quien la hace, pues con el pretexto de ofrecer un fósforo encendido a la persona que acaba de ser obsequiada con el cigarro procurará hacerle desaparecer el alfiler de corbata.

Rascarse la oreja es una advertencia para que se proceda con cautela; hacer crujir los nudillos de los dedos expresa que la víctima elegida es peligrosa y que conviene el mayor cuidado; si este peligro es excesivo al punto de que es mejor abandonar la empresa, el jefe de la banda lo hace saber a los demás miembros dándose *palmaditas en la barba.*

A veces puede ser necesario estimular a un colega nervioso o poco experimentado que demuestra indecisión. Se le anima puliéndose con un cortaplumas las uñas de los dedos. En las raras ocasiones en que un miembro de la banda cree necesario dar un consejo o consultar a uno de sus colegas, se retuerce las puntas del bigote, señal que significa: "salga un momento; tenemos que hablar".

Romper o torcer algo es señal de peligro inminente. Un vaso que se suelta de la mano y se hace pedazos en el suelo, un cigarro, un cigarrillo o un fósforo deliberadamente rotos y arrojados al suelo, una varita tomada con las manos por ambos extremos y arqueada así, son otras tantas señales que dan al delincuente que se dispone a operar una advertencia de peligro. Al ver esa señal el detective puede estar seguro de que ha sido descubierto.

Muchos audaces asaltos callejeros han sido concertados instantáneamente por el simple recurso de quitarse el cigarrillo de la boca y dirigir como por casualidad la punta encendida hacia la persona elegida para víctima. Uno por uno los cómplices salen del café, unos antes que la víctima y otros poco después que ella.

Convergen en el sitio solitario u obscuro en que se realizará el asalto. Efectuado éste se alejan en distintas direcciones sin hablarse una palabra.

Generalmente, los ladrones o estafadores que realizan el golpe no observan a su víctima; ni siquiera miran hacia el lado donde se encuentra.

De aquí que no despierten sospechas. En cambio, observan a un cómplice, más o menos alejado, que es el que estudia a la víctima y luego la señala, como se ha visto en algunos casos citados. Este importante cómplice, que nunca es ejecutor, tampoco mira en direc sus colegas que, recer, le son con mente indiferentes gido el candidato, ñala cruzando las nas, la derecha so izquierda y dirigie punta del botín ha candidato. Si de baja la pierna o tean sus dedos c botones del saco, indica duda y ac que se suspenda momentáneamente l ración planeada.

Las causas que provocan esta dete ción suelen ser por lo general o bie el candidato elegido es sumamente pe so y que les puede dar un disgusto que hay alguien que los observa, u licía que sólo está esperando el mo del golpe para entrar él también en a Lo mejor entonces después de esta es hacer la otra, la de salir afuera vez allí los ladrones se encuentran ac talmente...

Se saludan y se alejan conversando quilamente. Demás está decir que l de la causa q impidió llevar lante sus plan la causa es l mera, es deci el que iba a se bado era un dato peligroso por su vivaci por su mal t para el caso d se diera cuen la sustracción le iba a hac que hizo la que es siempr sona de más riencia, expli manipulador l talles pers del candidato los cuales él cuenta de que lla operación n venía. De est do el ladrón qu tiene que o dirigido por más experto, perfecciona aprende a o el peligro. día, si es que aventura de e cae por mucho en manos de ticia, llegará también un j banda, un ob dor, cuyo únic bajo y riesgo mitará a hacer las señas insignifi que ayudarán a un nuevo aprendiz derarse de lo ajeno.

Para entonces el código de señales cambiado mucho; quizá él mismo ha ventado otro y trabaje aún más có mente que aquel que le enseñara el Todo es muy natural. También el progresa y si para todas las ocupa de la vida se busca una forma cómo atenderlas, si se busca y se persig confort y la tranquilidad en las of en los talleres, en todas partes, tambi delincuentes están empeñados en trar la forma más delicada y menos dora de delinquir, al mismo tiempo qu productiva.

Y a todo esto piensan llegar elimi riesgos y sobre todo simplificando e bajo. Porque tal como están hoy las según decía un viejo ladrón, pobre últimos años de su vida y preso d de una tonta tentativa que hiciera, época vale más trabajar que robar. fería a la poca pericia con que se r sobre todo al excesivo trabajo que robar.

Una muchacha salva la vida de un cazador

HACE poco tiempo llegó a Europa la noticia de que un cazador de fieras, Mr. Axel Beyts, había luchado cuerpo a cuerpo con una pantera logrando vencerla después de una lucha terrible que ambos sostuvieron en un foso, al que cayeran abrazados después de rodar por el suelo donde se iniciara el singular duelo.

Según las noticias, Mr. Beyts había salido por los alrededores de Nasik en compañía de sus servidores y de un amigo que le acompañaba en la expedición. En el momento en que las cosas tuvieron lugar Beyts se había distanciado un poco de sus amigos y de pronto se vió frente a frente de una pantera.

Beyts se aprestó a la defensa y disparó su rifle; pero el primer disparo le falló y con el segundo sólo consiguió herir levemente en el pescuezo al animal.

La pantera se lanzó sobre su agresor, y hombre y fiera cayeron en un foso, en donde se desarrolló una lucha trágica y desesperada en la que el señor Beyts trató de herir con su cuchillo de caza en el cuello de la pantera.

Al fin logró su intento. La pantera soltó su presa y fué a caer muerta a pocos metros de distancia. El señor Beyts fué auxiliado inmediatamente.

Nada más decía el telegrama que fué publicado en la mayoría de los diarios del mundo, enviado por las agencias inglesas. Era un singular episodio de valor humano y valía la pena que los compatriotas del héroe lo dieran a conocer. Allá, en las lejanas tierras medio vírgenes de la India aún se imponía brutal el valor de los ingleses a las fuerzas brutales de la naturaleza. Se hicieron importantes consideraciones sobre el tema y habiendo probado la aventura de que Mr. Beyts era un hombre de gran entereza, valiente, sereno y que había ganado con su aventura una gran reputación en Bombay, el gobierno inglés le ofreció un alto cargo en la administración colonial.

Era lo justo. Un hombre tan valiente y tan valioso debía servir a la patria en forma más directa que matando fieras. Por otra parte era injusto permitir que un hombre que de un momento a otro podía convertirse en héroe al frente de tropas del Reino Unido, viviera la vida azarosa de los cazadores y estuviera constantemente expuesto a peligros como aquel del que acababa de salvarse milagrosamente. Porque fuerza es reconocer que aunque Mr. Beyts era muy valiente, se había salvado milagrosamente de morir destrozado por la pantera embravecida y hambrienta.

Así, al menos lo reconoce el primer término. Pero es el caso que cuenta la aventura de distinto modo. Y al respecto ha enviado ahora a los diarios un relato de su pelea con la pantera y aclarando la forma en que se vió libre, de ella. Se ve por ello que además de valiente, Beyts es un hombre justo y razonable; que no quiere aureolas que no le pertenecen y que desea que la goria sea repartida equitativamente entre aquellos que han contribuído a un triunfo cualquiera. Veamos, para explicar claramente todo esto, el relato que hace Mr. Beyts de la aventura. Y es indudable que él debe saber mejor que los corresponsales la forma en que ocurrieron las cosas.

"Se dice por ahí que he matado una pantera. Esto no lo niego y digo aún más: son muchas las panteras que he matado. Pero da la casualidad que precisamente la única pantera que no he matado, entre todas aquellas que, por desgracia o por suerte encontré en mi vida, es precisamente aquella por la cual se dice que maté una pantera.

El caso no deja de ser original, en verdad y yo no sé a qué atribuirlo, pero la verdad es que después de verme convertido en héroe, he empezado a dudar de las hazañas que realizaron todos mis colegas de la historia.

Verán ustedes de cómo yo no maté una pantera.

Hace tres meses estaba en Bombay, descansando después de una cacería por los alrededores de Nasik, donde hay fieras en abundancia y magníficas ocasiones para pasar buenos sustos. La expedición de la cual estábamos descansando había sido sumamente afortunada.

No nos ocurrió a ninguno de los dos cazadores blancos que la dirigíamos ni a ninguno de los sirvientes indígenas que nos acompañaban el más leve incidente. En cambio no habíamos dejado escapar a ninguna de las bestias con las cuales nos encontramos. El buen éxito nos hacía proyectar entonces otra incursión. Habíamos estado haciendo esto precisamente, durante toda una tarde y estudiando los planos y cartas de las nuevas regiones adonde nos dirigíamos y al anochecer salimos a hacer algunas compras. Entre lo que debíamos adquirir, se contaban los contravenenos para lo cual atravesé sólo la ciudad en busca de un viejo boticario nativo, especialista en estas cosas y cuyos ungüentos daban excelentes resultados, si no para anular, por lo menos para anular el efecto de las ponzoñas y dar tiempo de este modo al empleo de medicamentos más científicos y eficaces.

Estuve con él y regresaba al hotel tranquilamente cuando me llamó la atención un grupo de gente y unos gritos de mujer que salían de la aglomeración. Eran voces desesperadas que pedían ayuda y la gente se arremolinaba desorientada e impotente, sin saber qué hacer.

Me arrimé y vi el cuadro. Tirada en el suelo estaba una mujer joven, una muchacha casi, que tenía sobre sus rodillas una criatura que también lloraba desesperada. Un poco más allá había, en el suelo un manchón negro. El chico había sido picado por una araña. Era hijo de la mujer y ésta no atinaba a nada al ver cómo su hijo empezaba a sentir los efectos del veneno. Más oportunamente que lo que yo llegué, no era posible llegar. Saqué uno de los frascos que acababa de comprar e hice una aplicación del remedio. Después alcé la criatura y corriendo con ella — la madre y los curiosos me seguían,—llegué a la casa del farmacéutico. Allí, el mismo viejo puso fuera de peligro al pobre muchachito. La mujer me besaba las manos y se arrodillaba delante de mí, cuando le dijeron que gracias a mi resolución su hijo viviría.

Me contó entonces que estaba en la calle. Sus padres la habían arrojado hacía dos meses, cuando naciera el niño y desde entonces andaba sola de un lado para otro. Me apiadé de ella y como pensábamos instalar una casa en Bombay le ofrecí tomarla a mi servicio. Aceptó gustosa y desde entonces era mi cocinera. Me acompañó en la excursión que hicimos poco después y una tarde que nos habíamos quedado solos en el campamento se presentó la pantera. Quise hacer uso de mi arma de fuego y esta me falló. La fiera se me echó encima y empezamos a saltar y a dar vueltas por el suelo. Ella gritaba, estaba al lado nuestro, daba manotadas y patadas a la fiera cuando ésta le ofrecía blanco. De pronto se hizo el vacío debajo de nosotros. Y yo y la pantera habíamos caído a un pozo. La fiera encima de mí y yo extenuado y rendido ya. De pronto la boca del pozo se obscureció. Alguien había saltado sobre nosotros. Yo ya no tenía noción de las cosas. De modo que la pantera fué muerta por la mujer, quien, como otra fiera, le saltó sobre el lomo y le clavó hasta el cansancio su puñal. Ella salió después en busca de mis compañeros. Pero anduvieron desconcertados y regresando primero los hombres me encontraron allí, cuando yo empezaba a volver en mí; a mi lado estaba la pantera muerta con el puñal clavado aún. La noticia se desparramó en esa forma. Yo había matado a la pantera. Pero la verdad es que ella me salvó la vida, jugándose la suya contra una bestia enfurecida.

LAS MODAS EXOTICAS

(Conclusión de la página 7)

en los labios son hasta de setenta centímetros de perímetro. Los que más lejos llegan en esto son los Babira del Congo Oriental, los cuales pasan por verdaderos maestros en el arte.

Las chiquilinas, en los primeros meses de su existencia sufren la operación. Sus labios son agujereados exactamente en la misma forma que entre nosotros se les agujerean las orejas, con la única diferencia de que el orificio es un poco mayor, pues la operación queda terminada recién cuando por la abertura cabe el dedo menor de la "víctima". Luego se la hace cicatrizar con hierbas medicinales de las cuales solamente el hechicero de la tribu conoce el secreto. Mientras se cura se atraviesan los labios con un trozo de bambú. Cuando la herida se ha secado entonces se retira el primer bambú y se coloca otro un poco más grueso. El labio empieza a extenderse. Se hincha y duele durante algunos días; pero todo pasa. Se acostumbra quien ha de llevarlo así y ya está todo listo para seguir progresando. Después de dos o tres cañas, cada una de las cuales es mayor que la anterior, se pasa ya a los discos, los cuales, a su vez, van aumentando progresivamente de diámetro hasta llegar a algunos que miden fácilmente veinte centímetros...

LO MISMO HACEN CON LAS OREJAS

El mismo género de adorno, hecho de una manera semejante emplean las mujeres de otros pueblos en las orejas. No podemos extendernos indefinidamente sobre este tema, pero advertiremos, ya que lo tocamos, que a veces los pabellones auriculares llegan más abajo de los hombros, cuando la dueña de ellos se ha empeñado en ser hermosa.

PIES, DIENTES Y MANOS DEFORMADOS

Pero no únicamente a la carne se le dan formas caprichosas. También las partes óseas del cuerpo sufren operaciones interesantes y se logran con ellas pintorescas fantasías. Seguramente habréis oído hablar de los pies de las damas chinas, los cuales en muchos casos no son más grandes que la mano de un niño; del cráneo alargado de los caribes; de los dientes triangulares de los naturales de Borneo, etc., etc.

Todas estas cosas se logran a fuerza de paciencia y de peligrosas y terribles operaciones que se prolongan años enteros. Pero es una costumbre, una moda, un ideal de belleza y cualquier sacrificio sería poco para una mujer a fin de lograrlo. ¿Os imagináis lo despreciable que sería una señorita china para sus connacionales usando zapatos del número cuarenta?... ¡Un verdadero monstruo!

Habría aun muchas cosas que decir porque el tema es rico y se presta además a consideraciones variadas. Pero si pretendiéramos tocar más íntimamente la cuestión sería para extenderse demasiado o dejar, de lo contrario, las cosas en la mitad. Habiendo, pues, dado una idea general, con el texto y los grabados extractados de un largo estudio sobre la cuestión, creemos haber cumplido periodísticamente nuestro propósito.



EL PAQUETE CAIDO

Por J. C. Adam

AL fin el soñoliento pueblito de Levenworth contaba con algo que podía pasar por sensacional. Su modesto cuerpo de policía rebosaba importancia esa alegre mañana de verano.

De Londres habían telefoneado a fin de que se hiciera parar antes de llegar a la estación el tren que debía pasar dentro de quince minutos procedente de la ciudad.

En ese tren viajaba un hombre de mediana edad, delgado, afeitado, de traje color te con leche. Debía ser arrestado.

Se dió apresuradamente la orden de que se situara un policía en la plataforma de cada extremo del tren, mientras otros cuatro recorrían los coches en busca del sospechoso.

Ocurre a menudo que el primer coche de un tren va casi vacío. Los pasajeros prefieren los demás. Tal era el caso del expreso. Había sólo dos personas, dos hombres, en el coche que seguía a la máquina.

Uno de ellos comía un sandwich. El otro parecía profundamente sumido en la lectura emocionante de una revista de aventuras policiales.

El tren disminuyó bruscamente la marcha, con tumultuoso ruido de frenos.

El que comía el sandwich alzó vivamente la cabeza.

—¡Es raro! — dijo. — ¿Qué habrá ocurrido?

—Nada grave, seguramente... Una vaca en la vía, y el maquinista es quizá miembro de la sociedad protectora de animales...

El humorismo no fué advertido por el compañero de coche, quien se puso de pie, se acercó a la portezuela y miró afuera.

Aunque el otro miraba también hacia afuera sin levantarse de su asiento, notó, sin darse cuenta cabal, que ocurría algo curioso. Primero fué el ruido apagado de un objeto liviano que cae al suelo. Luego, volviendo apenas la cabeza, con mirada sesgada, percibió un rápido movimiento de un pie del hombre y el ruido de algo que se deslizaba en el suelo. Fué cuestión de un segundo.

Dos agentes de policía aparecieron en la puerta del coche y miraron hacia el interior. La puerta se abrió, los hombres se adelantaron, y uno de ellos, luego de una mirada escudriñadora a los ocupantes del coche, dijo a uno de ellos:

—¿Quiere hacer el favor de acompañarnos a la plataforma?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Lo único que sé decirle es que hemos *recibido orden de detener a una persona cuyas señas coinciden con las de usted.*

—¡Es ridículo!

—No sé, señor. Las órdenes son órdenes.

—¿Y si me niego?

—Lamento decirle que será peor para usted.

El hombre pareció reflexionar unos segundos, y se adelantó a acompañar a los policías.

—Perfectamente; pero les advierto que están cometiendo una grave equivocación y que los haré responsables de ella.

—¿Estos sandwiches son suyos?

—Sí.

—Será mejor que los lleve.

El policía se inclinó y recogió el papel con los sandwiches. Miró con atención a su alrededor, preguntando:

—¿Hay alguna otra cosa suya?

—No.

—Muy bien. Iremos a la oficina del jefe de estación.

Salieron del coche y cerraron la puerta.

El otro quedó sólo, reflexionando en lo que acababa de ver; de pronto se acordó del misterioso movimiento del pie del desconocido poco antes de la llegada de los policías.

—Quién sabe si... — murmuró, y miró rápidamente debajo del asiento de enfrente.

Luego se agachó, introdujo la mano y sacó de debajo del asiento un paquetito más o menos de las dimensiones de un billete de una libra y de una pulgada de espesor.

Luego lo sopesó como para adivinar su contenido, y mientras consideraba si debía abrirlo o entregarlo inmediatamente a la policía, dos individuos aparecieron en la plataforma e hicieron girar el picaporte. Apenas tuvo tiempo de esconder el paquete antes de que se abriera la puerta y entraran los dos hombres.

Pocos minutos después, habiendo comprobado la policía que no había en el tren nigún otro pasajero sospechoso, el tren reanudó la marcha.

James Preston, asiduo lector de relatos policiales, no tardó en darse cuenta de otra circunstancia extraña.

Viajaba en un expreso, que, normalmente, no se habría detenido nunca en Levenworth. ¿Cómo y por qué los dos recién llegados habían subido en esta estación? Se formuló mentalmente una serie de preguntas en rápida sucesión. ¿Quiénes eran? ¿Delincuentes? ¿Detectives? ¿Se habían instalado en el coche para vigilarlo, para ver si tenía alguna relación con el detenido?, etc., etc.

Pensó que las respuestas a todas esas preguntas se producirían solas a bido tiempo. Adoptó, pues, una cómoda en su rincón, y llenó tr mente su pipa.

Con expresión distraída observó dos hombres. Registraron el coche mirada, cambiaron algunas palabra go, uno de ellos, se dirigió cortés Preston en estos términos:

—Le ruego que nos disculpe, s le molestamos al registrar el coch bamos de cambiar una palabra con ballero víctima de la torpeza de la y nos ha dicho que ha perdido un to. Cree que se le ha caído aquí.

—¡Absolutamente, señores! Busq gistren como les parezca — replicó afablemente.

—¿No vió usted por *casualidad* quetito?

—Por cierto que la pregunta es sante, — observó Preston. — Me Consideremos un momento. Si les di no lo he visto, asunto concluído. en cambio, digo que lo he visto. ¿q con eso? Y en el supuesto de que ga ¿por qué debería entregárselo tedes? Es la primera vez que los sé quiénes son.

—Bien, señor: si usted no lo to, asunto concluído, como dice. lo ha visto, el simple aserto de que no la existencia del paquete es una de que procedo con derecho a él.

—La consecuencia no es muy Veamos: ¿qué contiene el paquete!

Tras breve hesitación uno de lo conocidos declaró que no le era pe decirlo.

Miraron debajo de ambos asiento ron vuelta al cojín del asiento opu de Preston. Luego, el que hasta e había hablado, pidió a Preston el de levantarse para registrar debajo jín de su asiento. Preston se puso inmediatamente:

—¡Con mucho gusto!

La búsqueda resultó infructuosa tres se sentaron.

—¡Diabólicamente extraño! — m ró uno de los desconocidos.

Preston entretanto formulábase turas.

—Perdonen la pregunta, señores al fin, — pero este asunto despie vamente mi curiosidad. ¿Cómo con ron ustedes hablar con su amigo?

Aun la policía de campaña no per un detenido que tenga una conve particular con personas a quienes cia no conoce.

Esto pareció desconcertar un tanto a los dos desconocidos, pero uno de ellos se repuso prontamente y contestó.

—Admito que, efectivamente, parece insólito. Pero lo cierto es que conseguimos hablar con él.

—Lo preguntaba por simple curiosidad; no tiene importancia... Lamento que no hayan tenido suerte.

Poco después Preston se levantó y se puso el sobretodo que descolgó de la redecilla, declarando que comenzaba a sentirse el frío. Luego abrió su valija, sacó una caja de cigarros y ofreció un cigarro a cada uno de sus compañeros de coche. Esto suscitó una atmósfera de afabilidad.

Mientras cerraba la valija logró deslizar un pequeño revólver en el asiento, de manera que los otros ni se dieron cuenta del movimiento.

Preston recordó que se acercaban a un túnel, y que era probable que en el breve momento que se tardaría en pasarlo no fueran encendidas las luces del tren.

Imaginó que sus compañeros de coche no estaban satisfechos con el resultado del registro. Sin duda creían que él tenía el paquete. Y como probablemente el paquete contenía algo de valor, aprovecharían la oportunidad del paso del túnel, para asaltarle y despojarle.

Evidentemente estaban en complicidad con el hombre que había sido detenido. Los tres habían previsto, sin duda, la eventualidad. El ausente debía ser el jefe y el que llevaba el objeto valioso: en caso de ser descubierto, lo ocultaría en el coche para que después lo recogieran sus compañeros que viajaban en el mismo tren. Sí, el plan está bien combinado, pensó Preston.

Poco después el tren penetraba en el túnel. En el momento en que el coche se sumió en una obscuridad completa, Preston se apoderó del revólver y sin hacer ruido se corrió al otro ángulo del asiento.

Lo hizo a tiempo. A pesar del estrépito del tren, percibió un ruido brusco e imaginó que uno de los desconocidos, si no ambos, se había precipitado sobre el lugar del asiento que acababa de dejar.

—Señores — dijo, — tengo una de las manos aferrada a la cuerda de la campana de alarma. Si continúan haciendo lo que hacen, daré el tirón.

Uno de ellos profirió una interjección.

—Todavía no — prosiguió Preston con calma, pero será muy pronto si no se comportan como deben. En la otra mano empuño un revólver y no vacilaré en emplearlo si se atreven a tocarme un solo dedo. ¿Qué dicen ustedes?

—Perfectamente — replicó uno. — No le molestaremos.



—Y yo tampoco. Háganme el favor de ocupar sus respectivos asientos y quedarse como niños juiciosos. Así nos entenderemos.

Hubo una pausa, al cabo de la cual uno de ellos repuso con tono de reprimido enojo:

—No importa. Si no es ahora será otra vez. Usted tiene algo que no le pertenece. Es nuestro y lo conseguiremos tarde o temprano.

La claridad que venía de la salida del túnel empezaba a iluminar el interior del coche. Preston volvió a ocupar su sitio en el otro ángulo del asiento.

—Lo mejor para ustedes, — dijo, — será no moverse de donde están. Lo siento porque voy un poco lejos: cosa de ciento cincuenta millas. Quizás un poco incómodo para ustedes, ¿eh?

—¡Váyase al diablo! — murmuró sordamente el del acento de enojo.

—Suerte que tenía este revólver, ¿eh? Voy a pasar una temporada con un amigo que acaba de comprar una casa en que aparecen fantasmas y me pidió que me proveyera de un buen revólver. Linda coincidencia, ¿no les parece?

—Muy linda, — dijo irónicamente, el desconocido, a quien llamaremos número 1.

—A propósito: ¿qué es lo que contiene ese maravilloso paquete?

Ya había hecho la pregunta, pero la repetía para ver si el cambio de situación provocaba una respuesta diferente.

—No sabemos. Somos empleados de una persona quien nos ha encargado que lo entreguemos a una señora que reside en Sheffield.

—¿Y qué sucedería si ustedes no logran cumplir el encargo?

—Perderíamos el empleo.

—¿Qué clase de empleo es?

—Disculpe. Con el mayor gusto estamos dispuestos a satisfacer su curiosidad, pero como usted comprende hay ciertos límites...

—Por supuesto. Me llamaba la atención, nada más...

Hubo un momento de silencio. Evidentemente los tres pensaban algo intensamente.

—¿Cuánto quiere usted por el paquete tal como está? — preguntó de pronto el número 1, rompiendo el silencio.

—¡Cincuenta libras! — replicó Preston con una prontitud que causó un gesto de sorpresa en los dos hombres.

—¡Cincuenta libras! ¡Ja! ¿Qué te parece la broma, Bill? — dijo el número 1, nerviosamente.

—Le doy una libra, — ofreció el número 2.

—No hacemos nada, señores.

—Duplico la oferta.

—Le daré cinco, — intervino el número 1.

—¡Qué esperanza! Como ustedes saben, vale muchísimas veces más.

—¿Lo cree usted? — preguntó uno de ellos vivamente.

—Lo sé. Me lo dice el sexto sentido.

El tren comenzaba a disminuir la velocidad. Se aproximaba a una estación. Los desconocidos no podían ocultar su excitación.

—¡Seis libras! — exclamó el número 2.

—¿Alguien ofreció quince? — preguntó Preston tranquilamente. El tren se detenía. — Se lo lleva quien ofrezca veinte, — dijo por fin, — ¡Ni un centavo menos!

El tren entraba ya en el andén. El número 2 dirigió una rápida mirada fuera de la ventana, y esto lo decidió. Tendió ávidamente la mano:

—¡Deme el paquete y váyase al diablo!

—¿El dinero? — dijo Preston, que aún empuñaba el revólver.

Ahogando una maldición el comprador metió la mano al bolsillo y sacó un puñado de dinero, del que apartó cuatro billetes de cinco libras.

—Déjelos en el asiento, — ordenó Preston.

El tren se detenía. Sin dejar de amenazar a los hombres con el arma, Preston abrió la portezuela. Luego sacó de un bolsillo un paquete y lo tendió: uno de los desconocidos lo tomó de una manotada, lo hizo desaparecer entre sus ropas y de un salto salió del coche. El otro le siguió.

Afortunadamente, según pensó Preston, nadie subió al coche. La puerta se cerró al ponerse el tren de nuevo en marcha. Entonces Preston sacó del bolsillo otro paquete liviano y lo abrió.

Apenas daba crédito a sus ojos: ¡tenía en las manos un collar de brillantes que valía por lo menos treinta mil libras esterlinas!

¿De quién era? Robado, sin duda. ¿Qué haría con él?

Recordó que esa mañana había visto a la ligera, en un diario, un título referente al robo del collar de una condesa. ¡Qué inmensa alegría sería para esa dama la restitución del collar!

Determinó en seguida lo que haría. Entregaría el valioso paquete al superintendente de la estación de Sherffield, explicándole lo sucedido, y dándole su nombre y su dirección.

Luego advirtió los cuatro billetes de cinco libras en el asiento. Los tomó, sonriendo burlonamente.

—Irán a una institución de caridad, — murmuró.

Una sospecha cruzó su mente. Examinó atentamente los billetes. Sacó otro de su cartera y lo comparó con los que acababa de recoger.

—Apostaría cualquier cosa que son falsos, — dijo; pero agregó en seguida, echándose a reir: — De todos modos me servirán como recuerdo. Y, en verdad, no valía mucho más mi paquete de sandwiches que se llevó el desconocido.

UN PALACIO DE HIELO
LA HISTORIA ROJA DE RUSIA

Ninguna nación cuenta en su historia páginas tan sangrientas como Rusia desde los comienzos de su vida ofrece las más monstruosas crueldades perpetradas por los gobernantes de aquel pueblo, siempre tratado con extraordinaria ferocidad. Iván el Terrible fué el primer gran ejemplar de esta historia roja de Rusia: sacó los ojos al artista que construyó la bella iglesia de Vassili Blagennoi, para que no pudiera construir otra; clavó el sombrero en la cabeza de un embajador, porque no se lo quitó en su presencia.

Tan feroz como Iván fué Pedro el Grande. Entre las atrocidades que cometió no ha sido la menor la trágica broma con que obsequió a uno de sus bufones, su servidor favorito, con motivo del casamiento de éste. He aquí el relato de semejante hecho.

Pedro el Grande tenía a su servicio un bufón llamado Nikolieff, enano y particularmente feo, pero dotado de gran inteligencia, de la que hacía uso con verdadero talento y sarcasmo, sin que se librara de éste ni aun la sacra majestad del zar. Un día pidió a su amo permiso para casarse.

—¿Pero es que crees que puede haber alguna mujer que quiera casarse contigo? preguntóle el zar.

—Hay una, señor... Catalina Italivaski — replicó el enano.

—¡Catalina Italivaski! ¡Esa criatura bella y majestuosa, doncella de una de las damas de la emperatriz! ¡Imposible, mi pobre Nikolieff! Es joven y bella, y tú eres viejo y feo.

—Pues, así y todo, me ama — dijo Nikolieff, ofendido en su orgullo. — ¡No todo el mundo me mira con los desfavorables ojos que Vuestra Majestad!

—¿Serás muy rico, verdad?... Porque, de lo contrario, Catalina no te amaría — dijo el zar.

—Suponiendo que así fuere, no sería yo el primero a quien las mujeres amaren por la riqueza — replicó el bufón riendo cínicamente. — Yo conozco uno, mucho más rico y poderoso que yo, que se ha creído amado por sí y solamente lo es por sus grandes montones de reluciente y amarillo oro... ¡Y lo engañaron tan completamente, que él sólo era el que no sospechaba el verdadero objeto de aquel amor!

El emperador palideció de cólera y se mordió los labios hasta que brotó sangre de ellos, pues el bufón aludía a una aventura de amor del monarca, de la que nadie se había atrevido hasta entonces a hablarle.

—¡Muy bien !— dijo, reprimiendo su cólera mediante un violento esfuerzo. — Ya que te quieres casar con Catalina, te concedo el permiso, y yo me encargo de las fiestas nupciales, regalándote además el palacio que has de ocupar con tu encantadora prometida. Entretanto, te prohibo salir de tus habitaciones, bajo pena del castigo del látigo, que por cierto manejaré con más energía que mi esposa, pues los golpes de ésta serán caricias comparados con los que yo te dé.

Quince días después, 1º de enero de 1720, el bufón fué despertado al amanecer por una banda de música que tocaba al lado del cuarto que le servía de prisión, cuyas puertas fueron abiertas de par en par.

Entraron varios criados del zar, vistieron al bufón con un traje magnífico, después le colocaron en un trineo del que tiraban cuatro hermosos caballos de las cuadras imperiales, y rodeados por un cortejo compuesto de los más ilustres duques y duquesas de la corte imperial, le condujeron a la catedral de Nuestra Señora de Kazan donde se celebró la ceremonia religiosa de la boda, con extravagante esplendor que no solamente tranquilizó sino que deleitó a Nikolieff.

Dada la bendición nupcial, la feliz pareja ocupó el trineo, y fué conducida a un sitio aislado, a corta distancia de la ciudad, a orillas del Neva, lugar donde el zar había mandado previamente edificar un palacio cuya fantasía no tuvo igual sino en los cuentos de hadas. El palacio, que parecía de cristal y que reflejaba en miles de luminosos rayos las encendidas antorchas del cortejo, era de bloques macizos de hielo, cortados como si fueran de piedra y afirmados con agua en vez de cemento.

El enano y su esposa fueron introducidos en un inmenso salón cuyos muebles — mesas, sillas, candelabros, etc. — eran de hielo, y se les sirvió, en presencia del emperador y sus acompañantes, un banquete verdaderamente regio.

Los vinos más delicados se sirvieron en abundancia, y las copas de Nikolieff y de Catalina — también confeccionadas de bloques de hielo — se mantuvieron constantemente llenas, hasta que, a una señal de Pedro el Grande, los esposos, algo perturbados por el vino, fueron conducidos a la cámara nupcial y colocados sobre un lecho de hielo sólido, ricamente trabajado y adornado. Y allí los dejaron el zar y su séquito, sin fuego ni ropa que los cubriera, en la rígida temperatura de un invierno ruso.

Las puertas de la cámara y del palacio se cerraron herméticamente echando agua sobre ellas, la cual se congeló inmediatamente formando una sólida pieza con las mismas paredes.

Cuando el cortejo se retiró, el cruel zar dijo:

—¡Mirad! Jamás hubo una noche de bodas como ésta.

Ocho meses después de tan fatal noche, es decir, al finalizar agosto, dice el historiador Lévêque que existía aún el palacio-tumba, en casi perfecto estado; algunas porciones del exterior habían sufrido la influencia del sol y de los vientos cálidos, y, fundiéndose, llegaron a formar estalactitas opacas. El monumento perdió gradualmente su transparencia y se convirtió en una masa sucia y empañada, a través de la cual ya no era posible distinguir los cuerpos de los helados amantes cuyos rostros habían permanecido visibles durante bastante tiempo.

Pasó otro invierno, que consolidó aun más la terrible tumba; y poco después, la combinación del hielo, el granizo, la nieve, el polvo y la lluvia habían transformado el palacio de hadas en un pequeño montículo negro, horrendo a la vista.

Cuando, por último, dió órdenes Pedro el Grande para demoler aquel elocuente testigo de su barbarie, ni el hacha ni la barra bastaron al objeto deseado: fué preciso recurrir a los barrenos para librar las orillas del bello Neva del villano objeto que recordaba la horrenda historia de la boda del feo enano Nikolieff con la encantadora doncella Catalina.

El canto de la calandria

Por Javier de Viana

El paso de los Ceibos era, de por sí, uno de los más lindos y alegres parajes de las riberas del Mandisoví. La cuchilla descendía en suave pendiente hasta el arenal del paso, un lecho de arenas finísimas, en medio de las cuales brillaban, a la luz del sol, los nácares de las conchas muertas. Doble fila de ceibos en flor, formando como unos cortinados de púrpura acompañando el arenal hasta la orilla del agua.

Era de los parajes más lindos y más alegres, naturalmente; y lo fué muchísimo más cuando Juan Berón y Feliciana fueron a vivir en el prolijo ranchito edificado en la loma, a media cuadra del arroyo.

Feliciana era una adorable chinita, cuyos veinte años rebosaban salud y alegría, cuyas risas y cuyos cantos hacían competencia, desde el alba hasta el obscurecer, a las calandrias y a los jilgueros, a los cardenales y a los sabiás, los filarmónicos vecinos de enfrente.

Su marido, Juan Berón, tenía idéntico carácter. A los tres años de casados seguían queriéndose con la intensidad del primer día. En aquel ranchito alegre, rodeado de flores, la tristeza no había penetrado nunca.

Juan y Feliciana, los "cachorros" como los llamaban en el pago, eran la admiración de todos y la envidia de muchos.

Nunca faltaban visitas en el puesto de los Ceibos; pero no visitas de etiqueta a quienes hubiera de hacérsele sala. No; eran amigas, parientas de Feliciana o de Juan y que pagaban los dos o tres días de contento pasados allí, ayudando en los trabajos de la casa; porque hay que advertir que la "patroncita" si nunca se cansaba de cantar, tampoco se cansaba nunca de trabajar. Cuando había concluído todas las faenas domésticas se ocupaba en hacer algún dulce, para sorprender a su marido, que era extremadamente goloso.

Aquel domingo, a la hora de siesta estaba ella en la cocina preparando unas empanadas, cuando se presentó Juan.

—¿Anda por poner un huevo mi calandria? — dijo cogiéndola cariñosamente por la cintura.

—Sí — respondió ella riendo. — Pero ya sabés que no me gusta que me vean en el nido. Andá a sestiar.

—No puedo... Sin vos la cama es fiera y grande como el campo en una noche escura... ¡Mostrá!...

—¡No muestro nada! — replicó ella, tapando con el delantal la masa y el picadillo que estaba sobre la mesa.

—Andate te digo. Andá hacerle sala a Petrona.

Petrona era una prima de Feliciana y hacía varios días que estaba de visita en la casa. Era la amiga más íntima, la compañera, la hermana casi de Feliciana.

* * *

Trayendo en la mano la fuente de latón tapada con una servilleta floreada, la chinita, con el rostro inundado de alegría, fué al rancho y penetró en puntillas al primer cuarto, el comedor, esperando sorprender a su marido. Pero como allí no había nadie, pasó al segundo, que estaba semiobscuro y exclamó gozosa:

—¡Adiviná lo que!...

Y no pudo decir más. Sentados al borde del lecho, estrechamente abrazados y besándose con rabia, estaban Juan y Petrona.

Feliciana dejó caer la fuente; los pasteles rodaron por el suelo.



—¡Cochinos, cochinos! — exclamó al cabo de un rato; y salió apresuradamente.

Su marido quiso seguirla, disculparse, pero ella huyó refugiándose en el monte.

Al día siguiente ella volvió a ocuparse de sus tareas; ni un reproche, ni una palabra. El intentó hablarla, pedirle perdón, pero ella no quiso oirle.

Transcurrió una semana. La vida había cambiado por completo en el puesto de los Ceibos. El silencio reinaba ahora allí. La risa y los cantos de Feliciana no volvieron a oirse. Su rostro no expresaba enojo: estaba impasible. Cuando Juan llegaba del campo y la abrazaba y la besaba tratando de enardecerla, de devolverle la sana alegría de antes, ella lo dejaba hacer, sin una palabra, sin un gesto.

—¿Pero viejita, siempre vas a estar enojada asina?

—Yo no estoy enojada.

—Usted sabe, mi prenda, que una resfalada no es cáida... ¡Perdone!

—No tengo nada que perdonar... Dejame hacer la comida — respondía ella en una voz blanca, sin timbre, enervadora.

Y así fué transcurriendo el tiempo y la situación continuaba idéntica. La alegre casita de antes se había convertido en un sepulcro habitado por dos seres mudos.

Los ruegos, los llantos, lo mismo que los enojos y las amenazas de Juan, no conseguían modificar la actitud de su mujer. Humilde, dócil, complaciente, hacía cuanto él pedía, cuanto él deseaba; pero la risa, el canto, la alegría continuaban ausentes.

El sufrimiento del mozo fué creciendo aceleradamente. No podía conformarse a aquella existencia fúnebre. El recuerdo de la voz armoniosa de su mujer le perseguía, le obsesionaba.

Al cabo de un mes sus facultades mentales empezaron a desequilibrarse. Abandonó casi por completo su trabajo. Pasaba casi todo el día paseándose por el monte, con la escopeta al hombro, observando los árboles y pronunciando frases incoherentes.

—Se me ha vulao mi calandria... Se jué a cantar a otro nido...

Feliciana había llegado a ser para él una persona desconocida. Muchas veces solía preguntarle:

—¿Usted no ha visto a mi calandria? ¿No ha venido por acá mientras yo 'andaba en el campo?...

Ella se encogía de hombros, fría, impasible, terrible en su venganza que no cejaba ante la miseria de su esposo.

Una tarde ella había ido al río a lavar la ropa. Atardecía. De pronto, sin darse cuenta, Feliciana empezó a cantar unas coplas, en voz baja primero, a toda voz después.

Juan, que también vagaba por el bosque, se detuvo asombrado al escuchar el canto. Cautelosamente fué acercándose al sitio de donde brotaban las notas armoniosas.

—¡Mi calandria! — exclamó con infinita satisfacción. — ¡Mi calandria adorada!

Al desembocar en el abra, crujió una rama; la criolla sorprendida volvió la cabeza y al ver a su marido, dió un grito y sin saber lo que hacía echó a correr.

El la siguió gritando:

—¡No te vayas!... ¡No te vayas!... ¡No dejo ir más a mi calandria cantora!...

De pronto se enredó en unas ramas y cayó. Ella ganó terreno, iba a desaparecer. Entonces el mozo, tomó la escopeta, apuntó, hizo fuego:

—¡Aunque sea muerta quiero conservar a mi calandria!

La pobre calandria se desplomó ensangrentada y sin proferir un grito.

Pequeñeces

Una señora muy fea se pone gravemente enferma y su marido llama al médico. — Su señora—dice éste—no me gusta nada.

—Ni a mí tampoco.

* * *

Doña Manuela es bizca y el general sufre mucho del reuma.

—¿Cómo va esa pierna, general?

—Mal, como usted ve, doña Manuela.

Falsa vocación profesional

EJEMPLO curiosísimo — dice Marden — de cómo a veces las aficiones infantiles pueden ser indicio de una falsa vocación, y del sumo cuidado que debe ponerse en el examen psicológico de los niños, nos lo ofrece el eminente histólogo español don Santiago Ramón y Cajal en quien de maravillosa manera se hermanan las letras con las ciencias.

A los nueve años de edad se le despertaron instintos pictóricos con la irrefrenable manía de dibujar cuanto se le ponía por delante, y en poco tiempo llenó de monigotes las paredes de las casas de Ayerbe, de donde era su padre médico titular, y las márgenes de las páginas de sus libros.

Cansado el padre de quitarle lápices y dibujos, y al ver el ardor de la que parecía artística vocación del muchacho, se le ocurrió consultar con un pintor de brocha gorda que había llegado a Ayerbe para revocar la fachada de la iglesia.

El revocador examinó atentamente un papel en el que el niño Cajal había copiado un lienzo representativo del apóstol Santiago, y dijo al cabo de un rato con grave acento:

—¡Vaya un mamarracho! Ni esto es apóstol ni el chico será jamás artista.

Cayó este juicio como una ducha de desengaños en el ánimo del pintor incipiente, y desde entonces comenzó una sorda hostilidad entre el padre empeñado en hacer médico a su hijo y éste resuelto a ser pintor. Pero por fin se transmutó el revuelto muchacho en joven estudioso, entrando por la senda de su brillante destino.

El notable compositor español Amadeo Vives no se distinguió en la niñez por sus aficiones musicales. Un hermano suyo, ya hombre hecho y derecho, violinista consumado, quiso enseñarle solfeo cuando apenas tenía siete años, y al efecto le anotó un día la escala en un papel diciéndole que la estudiara; pero en cuanto el muchacho se vió solo, tomó el tintero, lo volvió sobre el papel, extendió con la mano la tinta hasta emborronar por completo la escala y se marchó a jugar con los chicos de la calle.

En cambio, tenía instintos de arquitectura urbana, pues con frecuencia pensaba en la manera de empedrar las calles del pueblo, suavizar las cuestas y dotarle de alumbrado. Sin embargo, es hoy uno de los primates de la moderna música española.

El admirable novelista español Pío Baroja tuvo por gran empeño en su infancia ser explorador o marino, visitar tierras desconocidas y luchar con los piratas. Después siguió la carrera de medicina y por fin ha sido uno de los más profundos disecadores psicológicos del corazón humano.

Verdad es que son en mayor número los hombres célebres en la profesión primeramente abrazada en su juventud que los que se distinguieron al mudar radicalmente el rumbo de su vida; pero los ejemplos citados y otros tantos análogos demuestran la importancia de la observación psicológica del educando, tanto para no tomar por verdaderas las vocaciones falsas como para analizar con probabilidades de acierto las disposiciones y aptitudes.

¡TIPPERARY

¡Ciudad ideal hacia la que marcha
¡Siquiera exista en nuestro cora

EN Suecia es obligatorio para t los niños el asistir a las escuela ejercicios físicos, en donde se enseñ se practica una gimnasia especial, mente beneficiosa para el desarroll los músculos.

* * *

EN el Utah se considera una con vención no tomar un baño a lo nos una vez por semana.

* * *

EN muchas granjas de Californi pone a los árboles un alambre vanizado de 5 a 6 milímetros de metro, dejándolo llegar hasta el s después que da dos o tres vueltas tronco, para proteger al árbol co los efectos del rayo.

* * *

EN Tipperary el sol es la botica ricos y pobres. Además de los s riums del Estado, existen sitios ade dos para tomar baños de sol, co cuerpo desnudo, en casi todos los gares.

* * *

LA Escuela Industrial de Hayes glaterra), ha implantado un sist educativo que está dando muy bu resultados. Se ha organizado el "T nal de los niños" en el cual los mi alumnos juzgan a los compañeros han cometido alguna falta y les apl el castigo que su código les *indica.*

* * *

LAS municipalidades de Westfalia organizado casas de socorro y para vagabundos, en donde se lee e guiente cartel: "Todo caminante ne tado encontrará comida y albergu este asilo, en cambio de lo cual se l dirán algunas horas de trabajo".

* * *

UN nuevo procedimiento para e minar las moscas se ha ensa con gran éxito en el estado de Wás ton. Una pequeña batería de acumul res alimenta unas cuantas lámpara candescentes colocadas a cierta alt entre los árboles u otro sitio conve te. Estas lámparas están rodeadas una tela metálica muy fina, cuyos h van unidos, unos, a uno de los polos generador eléctrico, y otros, al polo trario. Al tocar las moscas la tela tálica caen electrocutadas. Según inventores, este sistema es muy econ co y destruye completamente a esos lestos animalitos.

* * *

MUCHOS industriales ingleses da los obreros empleados en sus fá cas alojamiento gratis en casitas c truídas a propósito, que constan de habitaciones, cocina y un pequeño e cio de terreno para que formen un dín o un huerto.

LA TRINCHERA FANTÁSTICA

Los secretos del Katipunan Por Franck Barats

EXCELENTE idea, mi querido Pepe: está convenido. Celebraremos como se debe hacerlo el aniversario de nuestra independencia en Malolos y, creo que esta fiesta será de las más útiles a la causa filipina. *Por la cruz y por la espada*, es una obra verdaderamente sublime, llena de realidad y cuado se la representa no hay un tagalo en quien no despierte odio violento hacia todo opresor. La representaremos al aire libre, en la misma trinchera; eso distraerá a los soldados y mostrará a los indiferentes, a los tímidos, los sentimientos que nos animan y el derecho y el deber de todo katipunero. Voy a Manila, pintaré yo mismo las decoraciones y me encargo de traer a Carvajal y a toda su compañía. Cae la tarde y voy a irme. Conozco un punto débil de las líneas enemigas por donde pasaré fácilmente.

—¿Va usted solo?

—Mi perro vale por un regimiento y además, con un poco de *buena vista*, todo se arregla. Toma tus precauciones: que los *scouts* de Lawton no olfateen nuestros proyectos y sobre todo que no sepan que soy el *boy* Luis a quien todo el enemigo conoce, porque entonces pasaría yo un mal cuarto de hora.

—Los secretos del katipunan están bien guardados: no tenga miedo.

—*Magandang - hâpon - po.* (Buenas tardes). ¡Vamos, Pipa, en marcha!

El perro, un animal enorme, admirablemente enseñado para el servicio de campaña, echó a andar por los arrozales. Luis verificó la carga de su máuser y partió a su vez.

La Sementera es una llanura inmensa, consagrada exclusivamente al cultivo del *palay* (arroz). Está inundada semi-artificialmente y aquí y allá la cruzan bosquecillos de bambúes, bananos y cocoteros. Nada más encantador que esos nidos de follaje en donde, protegido por la lujuriante vegetación, se hallan casas hechas de cañas de bambú cubiertas de *nipas*, en donde casi siempre cantando, las mujeres que viven en ellas hacen sus tareas domésticas, mientras los gallos rojos pelean en el pequeño corral y el *carabao* doméstico disfruta rumiando de un bien ganado reposo.

Es muy difícil circular por la sementera. Dividida en cuadros desiguales por taludes angostos y bastante elevados destinados a retener el agua, hay que seguir los caprichosos zig-zag de esos taludes o sino, si quiere uno ir en línea recta, entrar en la región fangosa en donde el agua sube hasta las rodillas y franquear, en una carrera de obstáculos de las más fatigosas, todos los taludes que se presenten.

En los tiempos de insurrección, la Sementera cambia de aspecto: los arrozales están abandonados o secos y no hay uno de esos taludes que no haya servido de trinchera, tras de la cual los filipinos defendían palmo a palmo la patria invadida.

EN LA NOCHE

La noche había llegado casi sin crepúsculo. Luis se detuvo, engañado por las múltiples vueltas de los taludes: no reconocía el camino y no se veía ni una estrella que pudiese orientarle.

—¡Bah! — pensó. — El perro me guiará.

Lo llamó con un silbido especial y lo agarró del collar.

—¡Vamos! — ordenó.

Sin vacilar, el perro marchó en línea recta, guiando a su amo a través de los obstáculos. Al cabo de una hora de camino, el animal se detuvo. Luis sondeó la obscuridad: a pocos metros se elevaba un blocao del que se adivinaba apenas la silueta. Ni una luz, ni el menor ruido.

—¡Diablo! — exclamó Luis. — ¡Las líneas enemigas!... ¡Y caigo precisamente sobre un fuerte!

Mirando con más atención a su alrededor vió a un centinela que no parecía haber advertido su presencia.

—Esto es grave — pensó Luis acariciando al perro para que no se moviese; — el menor ruido, un gruñido de *Pipa* y esos condenados caen sobre mí.



Con mil precauciones pasó entre el centinela y el fuerte, logrando llegar hasta el camino que conducía a Manila. Estaba salvado.

—¡Hum!... No es muy brillante que digamos el servicio de centinelas, a no ser que hayan transformado éstos en maniquíes.

Poco después Luis entraba en el *bahay* de uno de sus compañeros para dejar allí sus armas y descansar.

UN CARÁCTER LEAL

Fuera de las líneas, Luis era otro hombre. Todo el mundo le conocía, y sin duda un observador algo perspicaz habría adivinado que no debía únicamente su popularidad a su incansable buen humor. Había en él algo de misterioso: su instrucción muy completa, sus modales, estaban muy poco en armonía con la posición modesta que ocupaba. Nadie, salvo los afiliados al Katipunan, conocía el papel que representaba, y los que lo sabían, se hubieran dejado hacer tiras antes que confesarlo. Irónico, incisivo, diríase que la libertad emanaba de todo su ser. Tarareando un *couplet* a la moda y mientras pintaba una puerta o una pared, emitía ideas y reflexiones sensatas, siempre nuevas, y que, bajo forma de leyes, eran dictadas semanas más tarde por el gobierno de las islas.

Lo único de que se estaba seguro era de que si Luis amenazaba a alguno diciéndole: "¡Tenga cuidado!", el castigo no se haría esperar.

El entusiasmo llegaba a su colmo en la trinchera. Veíase elevarse detrás de los taludes un fuerte bien afirmado que se destacaba sobre las lejanas soledades de las sementeras y las brumas violáceas de los altos montes del Puray. En lo alto ondea-

ba orgullosamente el estandarte de la revolución, con su triángulo estrellado.

Era el gran día impacientemente esperado, el día que marcaba el final de la esclavitud, y parecía oirse el inmenso suspiro de todo un pueblo libre de sus opresores.

Se oían sonar las charangas, circulaban grupos charlando animadamente y los soldados jugaban con entusiasmo.

Viejas *matandas* con sus *bilaos* atestados, ofrecían dulces y frutas a los jóvenes y muchachas que, despreciando el peligro, llegaban hasta la trinchera en traje de fiesta.

—¿No hay nada nuevo, Pepe? — preguntó Luis.

—Creo que a pesar de nuestras precauciones el enemigo sospecha algo. ¿Han creído que el fuerte era de verdad? No lo sé, pero uno de nuestros centinelas ha notado cierta agitación en las líneas. Si llegasen a atacar, tendremos tiempo de poner en salvo a las mujeres.

—¡Bah!... Si han visto el fuerte habrán creído que es verdadero y no arriesgarán el ataque sin haber movilizado antes toda la artillería.

Instantes más tarde, empezaba la representación.

Carvajal y la Tagaroma, artistas a quienes habrían envidiado muchos de fama mundial, representaban una obra que era una especie de explicación al movimiento revolucionario, una protesta a tanta sangre vertida, a las ruinas y desastres de la guerra, y que provocaba en el público una emoción intensa. Las mujeres lloraban al recordar sus sufrimientos, mientras que los Taos dejaban escapar imprecaciones y gritos de venganza. Luis, cerca de la escena, estudiaba con cuidado el efecto producido tratando de descubrir en el rostro de los espectadores cuáles vendrían a engrosar las filas de los insurrectos.

UNA ALARMA

De pronto se oyó el galope de un caballo.

—¡Alerta! — gritaron. — ¡Todo el mundo quieto!

Lo que Luis había previsto se realizaba. El enemigo enviaba una columna para atacar la trinchera y el fuerte filipino.

—¿Cuántos son? — preguntó Luis.

—Un regimiento de infantería.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar a la trinchera de la Loma?

—Media hora a caballo.

—¿Dónde se halla el enemigo?

—Cerca del cementerio chino.

—Tenemos una hora, entonces, y es más que suficiente. Dadme seis buenos tiradores con caballos y seguid la fiesta. No quiero que se jacte el enemigo de haber turbado este día tan hermoso.

Seis voluntarios se presentaron.

—Esperad un instante — ordenó Luis.

Y se dirigió al *sárisari* de un chino.

—*Souya* — dijo, — ¿amas a Confucio?

—Sí, *señolía.*

—¿Y le diriges plegarias?

—*Sí, señolía.*

—*Entonces vas a entregármelas* todas: yo me encargo de enviárselas.

—*Mabuti, señolía.*

Se sabe que los chinos, para alejar a los espíritus malignos, encienden petardos que están envueltos en papeles que llevan oraciones escritas. Luis se apoderó del voluminoso paquete que le entregaba el chino y encargó a dos de sus hombres que trajesen de todos los *sarisari* de los alrededores las *plegarias* pirotécnicas que encontrasen.

Diez minutos más tarde, la pequeña columna partía al galope hacia la trinchera de la Loma.

Dicha trinchera sólo debía prestar servicios eventualmente; no estaba ocupada y por lo tanto las sospechas no recaían sobre ella. Luis y sus compañeros echaron pie a tierra y escondieron a los caballos en un cañaveral.

—Ya habéis comprendido — dijo a los seis voluntarios; — valemos por un regimiento. Los petardos, hábilmente colocados, harán tanto ruido como dos mil tiradores.

Los petardos fueron escalonados en todo el frente de la trinchera y los siete insurrectos esperaron.

Casi en seguida apareció la columna enemiga.

—¡Atención!... ¡Fuego!

EL ENEMIGO DERROTADO

Un ruido, en un todo semejante a la descarga de una línea de tiradores, se oyó de pronto. Esta sorpresa puso en conmoción al enemigo que, un poco escéptico por las falsas y repetidas alarmas, no creía en la existencia de aquel fuerte fantástico que motivaba su salida.

Pero desde la trinchera continuaba el tiroteo y algunos soldados cayeron heridos.

La vanguardia, obedeciendo más al instinto que a una orden, contestó al fuego replegándose. El comandante de
na juzgaba oportuno no avanza
ber tomado sus precauciones y
momentáneamente en retirada.

—¡Victoria! — exclamó Luis.

Y dispuso las mechas para qu
vas continuasen durante cierto ti
seguida abandonaron la trinchera
rigieron arrastrándose hasta el s
se hallaban los caballos.

—Podéis tomar parte en la
dijo Luis; — el enemigo ya no n
tará por hoy.

Se despidió de sus compañeros
gido por los altos bambúes llegó a
to emplazado en un árbol desde
día observar la columna enemiga.

Esta, después de haberse conc
desplegado, se había lanzado bril
te al asalto de la trinchera.

Naturalm
encontraron
en ella y h
creído vict
una alucinac
numerosas
hechas por
tros tirador
mostrasen q
habido allí
tientes verd

—¿Pero a
ha metido
miento? —
el coronel e
to. — ¿Est
chando con
Y ordenó
atrás.

A las sie
noche, Luis,
paraba a c
un ajenjo en
lian Bar", c
le acercó un
enemigo que
conocía baj
pecto de p
gachadas.

—¿Quiere
ajenjo? —
Luis.

—*Bueno* —
el *otro.* — I
che vamos a
ma a ataca
tropas filipi
opera en m
combinado y
seguros de
No se nos e
Más de mil
con todos los elementos de gue
listos para la acción.

Luis vació tranquilamente su v
levantó.

—Hasta la vista — dijo despidi
que tengan ustedes buena suerte.

Cositas

La señora de la casa se dirige a
y le ruega que cante alguna pi

—Con mucho gusto, señora, per
tarde y temo molestar a los vecin
casa.

—No importa. Que se fastidien
nos toca a nosotros tomar el desqu
tienen un perro que no cesa de l
toda la noche.

* * *

Dos caballeros que viajan en
restaurant de un tren proce
La Plata, entablan conversación.

—¿Piensa usted ir esta noche —
ta uno de ellos — a oir la confer
profesor X?

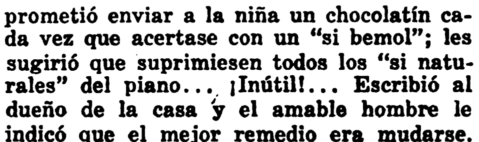
—Sí — responde el otro.

—¡No vaya usted! He oído deci
persona enteramente aburridora.

—Es que, desgraciadamente, el
X soy yo.



Cómo hizo fortuna Telémaco Carbonato



CARBONATO vivía modesto y feliz entre su mujer, su hija y sus dos hijos.

Vivía en un decente departamento de una casa tranquila y su felicidad hubiera sido completa si...

En las existencias mejor equilibradas siempre hay un "si" que impide llegar a la perfección.

Y para Telémaco Carbonato aquel "si", era un "si bemol".

Hay que explicar que los inquilinos que vivían en el piso de arriba, hacían aprender el piano a su hija, niña de diez años. Esta joven personita estaba totalmente desprovista de disposiciones para la música, para los instrumentos que se emplean en su ejecución, y, particularmente, para el piano.

Sus padres podrían haberle hecho aprender la pintura, el bordado o encajes, artes silenciosas por excelencia. Pero no: a pesar de la falta absoluta de sentido musical que caracterizaba a la niña, aquéllos, tercos, la obligaban a pasear sobre las teclas las manos poco hábiles y dirigidas por una evidente mala voluntad.

La joven pianista aprendía el "Vals azul" desde hacía seis meses y había adoptado un modo especial de interpretarlo. Su mano derecha tocaba con relativa corrección; eso sí, concediendo el mismo valor a negras corcheas y semicorcheas, lo que daba al "Vals azul" un ritmo exageradamente fúnebre. Pero la mano izquierda experimentaba una increíble aversión hacia el "si bemol".

Los "mi bemol", los "re bemol", marchaban a maravilla, pero los "si bemol" se veían inevitablemente convertidos en "si" natural", y como el "Vals azul" está sembrado de "si bemoles", el efecto era sencillamente atroz.

Como la niña estudiaba la pieza dos veces al día, Carbonato, que tenía muy buen oído, sufría un martirio bicotidiano, oyendo aquella enervante cacofonia.

Se quejó cortésmente a los padres; les prometió enviar a la niña un chocolatín cada vez que acertase con un "si bemol"; les sugirió que suprimiesen todos los "si naturales" del piano... ¡Inútil!... Escribió al dueño de la casa y el amable hombre le indicó que el mejor remedio era mudarse.

Carbonato se tapó los oídos con masilla, con algodón, pero los "si naturales" atravesaban todos los obstáculos. Entonces tomó una resolución heroica; compró un trombón y se puso a soplar a plenos pulmones cada vez que oía el "Vals azul". Imperturbable, la pianista continuaba "naturalizando" los "si bemoles".

Carbonato, a fuerza de ejercitarse en el instrumento dos veces al día, llegó a ser un trombonista bastante pasable, pero el "Vals azul" persistía.

—¿Esto no la corrige? — dijo un día Carbonato a su mujer: — pues bien, mira lo que te traigo.

Y presentó a su esposa un magnífico bombo y resplandecientes platillos.

—¡Golpea ahí con todas tus fuerzas! — ordenó.

Y la señora de Carbonato desencadenó un bombardeo terrible que se mezcló a los sones del trombón.

Pero los "si bemol" eran inmutables, como ciertos destinos.

Entonces la joven Carbonato, que provista de un acordeón, el hijo mayor de un saxofón y el menor de una combinación de botellas y cacerolas sobre las que golpeaba con varillas de acero empezaron a actuar.

Y gracias a la tarea bicotidiana, aquello se transformó en una jazz band admirable y fantástica.

—Pero para que estuviese completa la jazz, nos falta una cosa — dijo Carbonato.

—¿Qué?

—El piano.

¿Y entonces qué hicieron?... Contrataron como pianista a la chica de arriba, que con los efectos inesperados de los "si naturales", tuvo un gran éxito.

Y la "Carbonate's jazz" es actualmente una de las más renombradas de Europa, América y las islas Hawai, y Telémaco Carbonato va en camino de hacerse multimillonario.

Xanrof.

Deducción

UN médico, sabio y egiptólogo, descubre en unas excavaciones un papiro que le es imposible descifrar, porque los caracteres están muy mal trazados.

—¿Qué podrá ser esto? — pregunta a su secretario.

Y éste contesta:

—Debe ser una receta del médico del Faraón.

Una sublevación de esclavos en alta mar

El capitán Canot, que durante veinte años, desde 1827, ejerció el tráfico de esclavos africanos para Cuba, narra en sus Memorias el siguiente episodio, frecuente en los barcos que transportaban a los infelices negros arrebatados del suelo natal, y cuyos padecimientos por el trato inhumano que recibían se trasparentan aún en este relato que, como todos los de Canot, tienden a debilitar la vehemente acusación de crueldad con que la opinión universal perseguía al tráfico infame.

* * *

"Lamenté siempre haber partido de Whydah, de regreso a América, sin intérpretes que nos permitieran comunicarnos con los esclavos. Nadie había a bordo que comprendiera una palabra de su dialecto. Muchas quejas de los negros que pudieran haber sido descartadas o atendidas satisfactoriamente si hubiéramos comprendido su lenguaje vivaz, eran desechadas sin hacerles caso, o acalladas con el látigo. En efecto, el látigo era el único emblema de disciplina de "La Estrella", y al fin me enseñó la más triste de las lecciones.

Desde los comienzos del viaje hubo entre los esclavos descontento manifiesto. Al principio traté de conformarlos con buenos modales; pero los buenos modales solamente no son apreciados por los salvajes africanos. Pocos días después de la partida un esclavo en un arrebato de desesperación saltó a la borda y se arrojó al mar, y otro se ahorcó durante la noche. Esos dos suicidios en veinticuatro horas causaron alarma entre los oficiales y me indujeron a hacer preparativos para prevenir una revuelta.

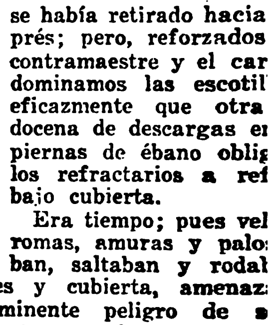
Navegábamos desde hacía tres semanas sin mayor alteración del orden, y había tanto contento entre los negros, que se les permitió subir a la cubierta. Mis aprensiones comenzaron a desvanecerse. Pero una tarde serena, de cielo casi sin nubes, fué interrumpida de pronto por una violenta ráfaga, y mientras el silbato del contramaestre llamaba a toda la marinería para que acudiera a atender las velas, los esclavos confinados en la bodega se precipitaron simultáneamente a todas las rejas de las escotillas, y en medio de la confusión provocada por la tempestad que se levantaba, derribaron la guardia y se desparramaron por la cubierta. El centinela del cuartel de proa empuñó el hacha del cocinero y remolineándola como una espada contuvo al tropel que pretendía saltar por la abertura a sus pies. Entretanto las mujeres en el entrepuente no permanecían ociosas. Secundando a los hombres de su raza, avanzaron en masa, y el timonero vióse obligado a apuñalear a alguna de ellas con su navaja, para hacerlas retroceder.

Cerca de cuarenta fornidos negros, aullando y gesticulando con ferocidad salvaje, corrían por la cubierta armados con *duelas de barriles de agua,* o pedazos de *tronco hallados en la bodega. La subitaneidad de esta sublevación no me tomó de* sorpresa, pues en la agitada e insidiosa vida en Africa, un traficante se acostumbra a permanecer siempre en guardia y apercibido para el peligro. El golpe que derribó al primer hombre blanco fué para mí síntoma seguro de una revuelta general, e intantáneamente ordené llevar a cubierta y abrir el cofre de las armas, y dispuse que el contramaestre y el mayordomo quedaran a mi lado para protegerlo. Las cosas no se presentaban tan bien al pie del palo mayor. Cuatro de los marineros habían quedado fuera de combate, derribados a palos; el resto se defendía a sí mismo y a sus compañeros heridos con los objetos contundentes de que se apoderaron en el primer momento. Había advertido al cocinero que, en semejante circunstancia, arrojara sobre los beligerantes el agua hirviente de sus calderas; y en efecto, al primer indicio de revuelta intentó bautizar a los paganos con el líquido



humeante. Pero como hacía largo rato que se había preparado la comida, el líquido estaba poco más que tibio, y no hizo sino irritar más a los salvajes uno de los cuales les echó a rodar al infortunado cocinero, ensangrentado. Todo esto ocurrió en menos tiempo que el que he empleado en narrarlo, pero rápido como era el suceso me dí cuenta de que, entre la borrasca con las velas desgarradas y la revuelta con sus negros furiosos, no tardaríamos en vernos en una situación desesperada si no daba orden de emplear las armas de fuego. Por consiguiente, dije a mis compañeros que apuntaran bajo y dispararan.

Nuestras carabinas habían sido cargadas con perdigón, previendo semejante emergencia; las dos primeras descargas hicieron caer de rodillas a varios de los rebeldes. Sin embargo, los demás no huyeron ni cesaron de blandir sus armas. Otras dos descargas los decidieron a abalanzarse sobre el grupo de mi tripulación que



se había retirado hacia prés; pero, reforzados contramaestre y el car dominamos las escotil eficazmente que otra docena de descargas e piernas de ébano oblig los refractarios a re bajo cubierta.

Era tiempo; pues vel romas, amuras y palo ban, saltaban y rodal tre mástiles y cubierta, amenaz con el inminente peligro de s timas de la tempestad. En pocos tos se puso orden a los aparejos, p ocuparnos luego de los amotinados bían comenzado a pelear entre ello fondo de la bodega.

Advertí en seguida, por la grit furecida y el tumultuoso bullicio q de abajo, que no era prudente d por las escotillas para arriesgarse dio de ellos. Resolvimos entonces dar a las mujeres del entrepuen cubierta y enviar varios marineros tos y bien armados, a quitar un pa blones, y establecer así una comu con la bodega. Hecho esto, un g marineros traspuso la abertura ar dose de pies y manos y comenzó jar a los amotinados hacia la n de proa. No obstante, los rebeldes, tos a resistir hasta lo último, se ron valerosam sus palos cont tras armas.

Entretanto, cinero, herid encendido su y el agua, ab volvía a her escotillas e s abiertas, pe guardia; se salir por ell por uno, a l vos que no taban agresi una vez en la ta *se les ma* Cuando qu abajo unos trabados en desafiando a padores, ord se practicar cubierta, con numerosos y luego hic baldes de a viente, que los agujeros rebeldes. Est so produjo l rendición de ría. Pero do salvajes más cidos resistía sar de la ll diente. Hice ble por salvar sus vidas, pero resistencia era tan prolongada y sa nos vimos obligados a desarma ra siempre con un par de tiros de

Así terminó la sublevación a bord Estrella" en la cual dos de mis fueron seriamente heridos. Veinti las y perdigones fueron extraídos, treza de marinero, de las extremi feriores de los esclavos. Una muj hombres murieron a consecuencia das recibidas en el conflicto; per radamente, no se mató a nadie a los dos hombres de que he ha

Nunca pude explicarme ese mo los negros de Whydah y sus al que constituían nuestro cargament tinguen por su humildad y su No hay duda de que entre ellos suficiente solidaridad, pues d manera habría sido muy difícil so entre los peligros y la confusión tormenta en las Indias Occident

Un negrito consigue imponerse a tres asaltantes

Habría que fomentar la cría de estos negritos para las sucursales bancarias

MIENTRAS aquí no se habla de otra cosa que del asalto a la sucursal del Banco de la Provincia, de San Martín, nos llega el último número de "The World", de Nueva York, en el que hallamos la siguiente interesante información:

"Andrew Beckett, mensajero negro, de 51 años de edad y 62 kilos de peso, batió hoy a tres asaltantes en una callejuela de Wáshington, salvando 6.000 dólares de su patrón, destinados para el pago de empleados.

Hace 27 años que Beckett está empleado — gozando de la confianza de sus superiores — en la compañía Frank R. Jelleff que posee una tienda en la calle F. Esta mañana, cuando regresaba del Banco con la valija conteniendo el dinero, un negro disfrazado lo esperaba junto a la puerta de su automóvil con un revólver en la mano, ordenándole que levantara los brazos.

Con la rapidez del relámpago el mensajero se apoderó del revólver, arrebatándoselo de la mano al asaltante, le dió un golpe en la cara y lo puso en fuga.

Al darse vuelta para recoger la valija vió a otro bandido que la había levantado sacándola del auto. Sin pérdida de tiempo apuntó con el arma capturada contra el hombre e hizo fuego, hiriéndolo.

Luego apareció un tercer ladrón y apoderándose del dinero echó a correr; pero otro disparo lo derribó, con una herida mortal en el estómago.

Como resultado de su refriega con los asaltantes, Beckett recibirá una recompensa de su patrón; uno de los asaltantes morirá, el otro quedará lisiado para toda su vida, y el tercero, que fué el primero en aparecer en escena, consiguió escapar sólo con la cara lastimada, pero fué luego arrestado, descubriéndose que se trata de Paul Blackiston, alias "Casablanca", ex ordenanza de la Casa Blanca.

Blackiston fué conducido al nosocomio donde se atendían los otros negros heridos, y uno de ellos lo reconoció como el jefe de la banda. Había estado empleado de ordenanza en la Casa Blanca durante las administraciones de los presidentes Wilson y Harding.

Casos y cosas

UN paisano se dirige al vigilante de la esquina Perú y Belgrano, y le pregunta:

—Diga, agente, ¿dónde queda la calle Carlos sin pelo?

—Usted quiere decir Carlos Calvo, ¿verdad?

—Sí, sí; esa misma.

* * *

EL sargento instructor al recluta. — No tiene cómo equivocarse: el flanco izquierdo queda del lado del corazón. ¡Media vuelta a la izquierda!

El conscripto permanece inmóvil.

—¿Qué aguarda?

—Pero, mi sargento: se ha olvidado de decirme de qué lado está el corazón.

* * *

NO puedo aceptar este papel de diez pesos — dice el cajero de un negocio: — es falso, y el gerente nos ha prohibido aceptarlos.

El cliente. — Pues usted mismo me lo dió ayer.

El cajero. — Es posible, señor; no nos está prohibido darlos.



Una estrella del cine aconseja a las mujeres.

Por GLORIA

(Dibujo por Penrhyn Stanlaws).

Por qué las actrices nunca envejecen.

DE todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta y no representa un año más de edad ahora!" Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué cosa tan sencilla es comprar cera pura mercolizada en la botica, aplicársela al cutis como cold-cream y quitársela con agua por la mañana! Este procedimiento absorbe gradual e imperceptiblemente la cutícula vieja, y deja el cutis nuevo y fresco, libre de pequeñas arrugas, palidez excesiva, rojura. Este uso de cera mercolizada es también la razón del porqué las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden esta lección y se aprovechan de ella?

¿Puede colorearse el rostro sin rouge?

INDUDABLEMENTE, un poco de color en las mejillas sienta bien a casi todas las mujeres. Pero el color natural es raro y fácilmente desaparece por cualquier indisposición o a la menor fatiga. El rouge daña al cutis y además siempre se nota. Si sus mejillas no son naturalmente rosadas, pruebe el efecto que les produce el rubinol en polvo; pone en un rostro pálido un delicado toque de color que no puede distinguirse del natural. Es absolutamente inofensivo para el cutis. Casi todas las farmacias y perfumerías pueden venderle un poco de rubinol en polvo.

Para evitar el Vello

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

Un secreto contra los Barrillos

LOS puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua "estimolizada" y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blanco y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

Pleitos interminables

HARÁ unos diez años se entabló un proceso contra la villa de Filadelfia por los herederos de un francés, muerto en dicha villa hace un siglo. Dicho francés dejó al morir una fortuna que se calculaba en veinte millones de pesos oro próximamente; y no habiendo existido reclamación inmediata, la ciudad americana se incautó del dinero. Al cabo del tiempo se presentaron los herederos, entablaron pleito y aún están sin saber qué resultará, porque unos tribunales han sentenciado en favor suyo y otros en contra.

Contando con los intereses, la herencia se eleva hoy a la respetable cantidad de unos cincuenta millones de pesos oro.

Hay otra herencia célebre, la del duque de Brunswick, que está en litigio desde hace tres siglos, y cuyos autos han pasado por mano de todos los tribunales de Suiza y de Francia. Los litigantes son la familia Civry y la ciudad de Ginebra.

El reloj de Luis XIV

UN ladrón, tan osado como sereno, halló medio de penetrar en las habitaciones de Luis XIV y encaramándose en una escalera, se puso tranquilamente a descolgar un reloj del muro. Hallábase en esta operación cuando el rey entró en la estancia, y el ladrón, al verle, le dijo fingiendo la mayor ansiedad:

—¡Ay, señor, me parece que se escurre esta escalera!

Luis XIV, creyendo que se trataba de uno de sus servidores, y para evitar una desgracia, acudió y sostuvo la escalera con sus manos, hasta que el hombre descendió con el reloj, que pensó llevaría a componer. Algunas horas después, el monarca se enteró de que un magnífico reloj había desaparecido, sin que se supiera quién se lo había llevado.

—No me digáis más — contestó el rey. — Soy cómplice de ese robo, porque yo mismo he tenido la escalera al ladrón.

UPAINAYASHA, por Sax Rohm

EN la India los sucesos extraños ocurren con rapidez y a menudo.

El joven que acompañó a su novia después del desayuno, ha muerto antes de la hora del almuerzo, y es sepultado con las tres descargas de costumbre para la hora del te. La banda que tocó una marcha fúnebre durante su funeral, hace oir los acordes de música alegre ese mismo día en el *diner concert*, donde brillan los uniformes y se bebe vino. Estos acontecimientos flotan en el ambiente, sobre la superficie de misterios profundos, viviendo en la mente de millones de almas tortuosas, cuyas acciones son y serán siempre un enigma para los blancos. Y cuando ocurren cosas que dejarían sorprendido y horrorizado a cualquier pacífico ciudadano de las capitales europeas, los *sahiblog*, simplemente se limitan a... continuar bailando.

Pero cuando una mañana Rollie Denniston se levantó y vió los ojos vidriosos y llenos de terror de Vivian Mandeville que lo contemplaban a través de la ventana; y, cuando, tras una más minuciosa inspección, descubrió su cadáver desnudo, científicamente crucificado y mutilado en una forma que constituía una ofensa para los tiempos modernos, él, Rollie Denniston, acostumbrado a contemplar la muerte en sus aspectos más terribles, no pudo reprimir un escalofrío y estremecimiento de horror, pues allí estaba colgado, ennegreciéndose e hinchándose bajo los ardientes rayos solares, el cuerpo del que sólo unas horas antes fuera Vivian Mandeville.

En términos generales, cuando la aurora despunta por Oriente sobre alguna horrible cosa roja que la noche anterior fuera un hombre blanco, puede apostarse sin temor que la causa del drama es una mujer o cuestiones religiosas. De las dos, la religión es la peor, pues en ella uno se pierde en abismos insondables. Sin embargo, en este caso, parecía como si el infortunado Vivian Mandeville hubiera absorbido una fuerte dosis de ambos elementos, lo cual es, ni más ni menos, que uno de los tantos nombres que puede aplicarse al suicidio.

Me parece que nosotros — Rollie y yo — sabemos tanto de ese espantoso asunto como cualquier blanco; pero la clase de agonía que Vivian soportó, según lo indicaban esos ojos cadavéricos, por qué lo crucificaron y cómo, y por qué plantaron la cruz en los terrenos de la casa de gobierno, son cosas que hasta el mismo viejo Muldoo se rehusa a esclarecer.

Y, todavía ahora, cuando se menciona ese asunto, brilla en la mirada del viejo Muldoo, ese reflejo místico y extraño de los orientales cuando su religión está en debate, y mueve la cabeza murmurando: —El Sahib es todo para mí. — Pero sus ojos ardientes parecen mirar cosas invisibles en la lejanía cuando agrega: — Hay cosas que es mejor que el mismo Denniston Sahib no sepa.

* * *

Los hechos ocurrieron así: Habíamos estado cenando la noche anterior con el viejo Ginger Sarson en el casino de la batería. Todos conocen lo que es el oporto, vino tan suave como el país donde se produce, y por eso, cuando a la mañana temprano muy de madrugada recibí en plena cara una esponja empapada en agua helada, no me produjo muy buen efecto, me senté y maldije a Rollie en la forma más comprensiva que podía permitirme mi cabeza dolorida.

—No debías haberlo mezclado, Jumbo. ¡Eso es un sacrilegio indecible!

Y movió gravemente la cabeza por haber profanado ese mosto celestial.

Recuerdo que al elevar la vista y contemplar con mis ojos cegajosos su figura afeminada vestida con pijama de seda azul, me costaba creer que fuera un hombre de *pelo en pecho con una reputación* de valeroso y arriesgado que dejaría en la sombra a más de un artista cinematográfico en Los Angeles. Como era su costumbre, Rollie no perdió tiempo sin ir al grano.

—Una mirada a su cara "el día después", Jumbo, es suficiente para quitar el apetito al estómago más fuerte, pero... — interrumpióse para esquivar la zapatilla que yo le tirara, y prosiguió: — ...me vi obligado a hacerlo en cumplimiento del deber.

—¿Qué ocurre ahora? — le pregunté secamente. Claro está que yo había ido a Mahdipur sin formarme ilusiones y sabiendo que no era el lugar más adecuado para descansar, pero deseaba que no comenzaran a suceder cosas antes de que el hombre estuviera seguro de tener la cabeza despejada. — ¿Qué diablos pasa ahora? ¿Se trata de un combate, asesinato o muerte repentina?

A pesar del tono de broma de mis palabras, pude ver que Rollie hablaba seriamente.

—Vea, Jumbo — me dijo tranquilamente, acercándose hasta los pies de mi cama, — usted no ignora que el viejo Ginger está de oficial de la guarnición esta semana, ¿verdad? Pues bien; me contó privadamente anoche que había visto a nuestro joven amigo Vivian Mandeville escurriéndose dentro de la casa de "Los Cien Dragones".

—¿La casa de "Los Cien Dragones"? — repetí dejando escapar un silbido, pues confieso que, aunque no soy de los que adoran ídolos, esta noticia me hizo estremecer. — ¿Y nuestro joven amigo ha ido a aquel lugar?

—Ni la menor sombra de duda — repuso Rollie moviendo la cabeza. — Pero como es un invitado del gobernador, le pedí a Ginger que no diera parte oficialmente, sino que dejara el asunto en mis manos.

¡Vivian Mandeville, escurriéndose dentro de la casa de "Los Cien Dragones"! Apenas si me era posible creerlo; aparte de cualquier otra cosa, no creía que el hombre tuviera agallas para ello, pues era uno de esos bolcheviques elegantes de salón, vestido de seda, que hacen propaganda hablando continuamente del comunismo y cosas por el estilo, y luego viajan de primera clase, paran en los mejores hoteles y envían a sus hijos a los colegios más caros. Era de esos que son capaces de intentar cualquier cosa con tal de adquirir notoriedad, y cuando no consiguen causar impresión entre los de su misma clase, inmediatamente se pasan a las filas del enemigo, buscando así un desahogo a su resentimiento, de la misma manera que los monos en los bosques le tiran a uno cocos a la cabeza para que se les vea. Después de recorrer Rusia y América había venido a Mahdipur, provisto de cartas de presentación de algunos parientes influyentes en la política, los que, sin duda, deseaban deshacerse de él, para estudiar, según él decía, la cuestión hindú.

El gobernador, persona que miraba las cosas del mundo por su lado práctico, sentía por él la misma miserable tolerancia que se puede sentir por un perrito faldero, pero como los trajes de Vivian Mandeville eran de corte estrictamente londinense, siendo él mismo instruído, orador inteligente, algo poeta, y, sobre todo, rico, lady Bellington dió su veredicto considerándolo pasable. En realidad poseía ese aspecto y personalidad que tanto agrada a las mujeres, pero que hace estremecer de cólera a los que se consideran hombres.

Hasta ese momento parecía que los estudios que Mandeville hacía de la cuestión hindú tomaban la inofensiva forma de paseos en los coches del estado, acompañado de Su Excelencia y esposa, a los hospitales, fiestas de caridad y sociales, donde era agasajado por las jóvenes de Mahdipur, cuyos hermosos labios repetían hasta el cansancio: — ¡Oh! ¡Qué interesante! — en respuesta a sus teorías sobre la igualdad de las razas, mientras sus pequeñ bros se ocupaban de comparar sus con las de los pobres pero ardient alternos que se desesperaban de las afueras. Y siempre acudía a la "Los Cien Dragones".

—¡Pues que me cuelguen! — excl ¿Qué tendrá que hacer allí?

—Tal vez en busca de drogas; afecto a ellas — contestó Rollie y nomía adquirió una expresión de sev

—¡Hum! — murmuré. — Esa es las tantas maneras de estudiar la hindú.

La casa de "Los Cien Dragones" con bastante razón, prohibida a to dignatarios del gobierno, siendo al tiempo un lugar de reunión social p to para los ciudadanos decentes de pur. Estaba situada bastante lejos mino polvoriento que atraviesa el comercial para seguir hasta el pu era un bungalow rodeado de una esp boleda.

Por la noche de su puerta colg farol de papel, y cuando alguien ll producíanse en su interior movimient tivos y cuchicheos, sintiéndose el v estudiado de arriba abajo por ojos bles. Decían también que cuando s jaba en ese lugar la mitad de su alm

Allí, Fu San suministraba las co desean los marinos, encontrándose t Dilkhusha, la renombrada y misterios Era oriunda de Cachemira, según cía, y hermosa como sus valles cuando el sol poniente besa las cum Pir Panjal con sus resplandores ros carmesís y sus facciones blancas, ta cas como los pétalos del loto que f el Dhal de Shalimar. Pero cosas ex muy extrañas, se susurraban de la que también se le conocía por otr bre que, traducido, significa "Reina Caricias", pues su amor era ardient el fuego.

Los rajahs acudían a *visitarla, y n* trataron de raptarla; *cadáveres de ho* habíanse encontrado flotando en las después de varios días, y, allá en Sim "dossier" todo un palomar y tres c partes de otro.

Sin embargo, seguía siendo un m En opinión de Rollie, ella era una de Ishtah, que sólo recibía a los que l daban, lo cual explicaría la locura se vió atacado el joven Bromley-Daw pero no vale la pena de recordar aquella terrible tragedia.

Sea lo que fuere, era completame perdonable que un representante bierno enlodara de esa manera el de los británicos; sin embargo, yo n dejar de sentirme bastante emoc pues, aunque probablemente puedo útil como cualquiera en el caso de friega al aire libre, creo que sería capaz de aventurarme dentro de es misteriosa del chino, como lo sería zarme al agua en las cataratas de gara.

—Es un verdadero reptil ese Ma nuestro Piccadilly, ¿verdad? — m guntó Rollie sonriendo.

Yo asentí, deseando saber lo que pensaba hacer en ese caso, pero é tenía idea de tomar medida alguna la casa de "Los Cien Dragones", ab mente ninguna, pues decía que a ca le asistía el derecho de cortarse el zo en la forma que más le agradase, eso el mundo nada tenía que hacer decisión tomada por Vivian Mandevill otra cosa era la joven artista contra pensaba proceder, sin dilación y por sa, puesto que era un asunto much serio.

—¿Más serio? — repetí y me se la cama.

Mientras Rollie en... de lleno

(Continúa en la página



LIBERACION

Por Fanfreluche

Adelaida. — Cristina.

CRISTINA. — ¡Pobre Alberto! ¿Quién iba a decirlo?... Un hombre joven, en la plenitud de la vida... Verdad es que trabajaba mucho; siempre metido en su escritorio estudiando asuntos...

Adelaida. — La muerte le ha dado al fin el reposo que necesitaba; él ha descansado... y yo también.

Cristina. — ¿Tú?...

Adelaida. — Sí; ahora que Alberto ya no existe puedo decirlo. ¿De qué me servían casa lujosa, auto, alhajas?... Pocas mujeres habrá habido tan desgraciadas como yo.

Cristina. — Me asombras... Siempre juzgué a Alberto un marido excelente... Trabajador, no se le conocían aventuras, previsor, muy educado...

Adelaida (con ironía). — Sí: tenía todas las virtudes *exteriores*, de esas que deslumbran desde lejos, como los brillantes falsos... Pero yo hubiera preferido sufrir hambres, soportar fallas de educación, conocer el tormento de los celos, todo, a padecer lo que he padecido... Muchas veces he pensado que el sentimiento que impulsó a Alberto a casarse conmigo no fué el amor, sino el odio... Porque sólo una persona que odie a otra profundamente puede ejercer sobre ella esa presión, esa tiranía, ahogando su voluntad y anulando sus deseos... Al principio, en la dulzura de los primeros días, me sometí con gusto a todo cuanto él mandaba... ¡Es tan grato para la mujer que ama de verdad plegarse, ceder, someterse!... Pero luego, cuando quise, no imponer, sino simplemente hacer uso de mi libre albedrío, a lo que tiene derecho todo ser humano, consciente y razonable, encontré en Alberto una resistencia feroz, implacable, maligna... Hubiérase dicho que se complacía en oponerse, en contrariar sistemáticamente mis menores deseos... Yo no era dueña de comprar nada a mi gusto: ni un traje, ni un sombrero, ni una joya... Bastaba que yo dijese que prefería los rubíes, para que él me trajese esmeraldas; si a mí se me antojaba un vestido de seda azul, él había de comprármelo de terciopelo rojo... Y con ese gusto detestable que caracteriza a casi todos los hombres, se empeñó en arreglar la casa, en llenarla de objetos elegidos al azar, sin arte, sin criterio... Cuando miraba yo la sala, el comedor, el hall, me daban ganas de echarme a llorar... ¡Parecía una de esas casas que preparan los rematadores!... Un año, dos, luché, me empeñé en hacer valer mi derecho a opinar... ¿Era yo acaso una irracional, una imbécil?... Sólo conseguí aumentar el despotismo, la opresión... "¡Ah!... ¿Te rebelas?... ¡Aprieto más el aro de tortura para que apenas puedas respirar!... Aquí el amo soy yo y no hay más voluntad que la mía, ¿entiendes?". Y yo entendí tan bien, que durante quince años fuí la mujer pasiva a la que se viste, se calza y se da de comer como a un muñeco, sin consultarla para nada, véngale bien o mal, llore o se ría, proteste o se acomode a las circunstancias... Mi existencia era la de esas figuras decorativas, sin cerebro, sin sentimientos... A veces pensaba en el suicidio... Sí: no te espantes... ¡Hubiera sido tan hermoso dormirme y no despertar!... Otras — ¡Dios me perdone! — me imaginaba la muerte de Alberto; un síncope cardíaco, un ataque cerebral, una bronconeumonía, que me dejase libre, que abriese la cárcel de hierro en que se había roto las alas mi pobre voluntad, deshecha ya, casi inservible... Y cuando *aquello* ocurrió, cuando vi a Alberto rígido, helado; cuando comprendí que se iba para siempre aquel hombre que fuera el más cruel y refinado de los verdugos, martirizando mi alma con tenacidad diabólica, sentí una sensación de alivio inmensa, una alegría sólo comparable a la de aquel que ha estado a punto de ahogarse y aspira a plenos pulmones el aire puro y fresco que le salva...

UPAINAYASHA

(Continuación de la página 22)

explicación de ese otro asunto, yo me sostenía la cabeza dolorida, jurando que no volvería a mezclar más Oporto — pues a medida que su relato progresaba, sentía invadir mi corazón por una profunda cólera, como sólo pueden comprenderla los que se han encontrado en casos semejantes — y deseando ardientemente volver a encontrarme en buenas condiciones para emprender la ardua tarea que se nos presentaba.

La historia que Rollie me contó era larga y complicada, siéndome a veces imposible comprenderla, pues mis deberes como comandante del cuerpo de escolta no me dejaban mucho tiempo para empaparme en la política hindú. En resumen, se trataba de lo siguiente: cierto número de estudiantes y hombres de letras de Mahdipur pertenecían a la filial en esa localidad de la "Anusilan Samiti", esa sociedad secreta de vastas ramificaciones que, prostituyendo las enseñanzas de los libros sagrados de la India, pretenden encender en el país el fuego de la rebelión y del "Swaraj".

Parecía que aquella misma noche, por la primera vez en la existencia, las siete estrellas que son los Siete Rishis, es decir, los siete profetas de los Vedas, estaban en el mismo plano que la tierra y la luna llena. Esta superposición de las esferas tenía un profundo significado vedántico. Como la estrella de Belén, presagiaba la revelación de algo por largo tiempo profetizado; el oriente bullía bajo una intensa emoción mística.

La forma en que Rollie efectuó su descripción, hizo correr escalofríos por mi cuerpo, y juró que me parecía hasta sentir el movimiento de las almas de esos millones de fanáticos. Hasta en Europa los sabios habían predicho el fin del mundo para esa noche, y la gente se arremolinaba por las calles londinenses. Y, en el Nushima Bagh, más allá de la ciudad, en dirección a las colinas de Gulistan, debía celebrarse una reunión de la "Anusilam Samiti" en el momento de aparecer la luna, reunión en la cual, nada menos que el Mahatma Khrishnavarna iba a estar presente.

Khrishnavarna era una figura tan esencialmente vedántica que sería difícil explicarla a los blancos. Baste con decir que era un demagogo de magnitud georgista, santo y maestro, no menos reverenciado que el Bhodisat. Sólo en oriente sería posible semejante fenómeno; tan grande era la reverencia que se sentía por él en el continente, que yo no dejaba de hallarme bastante intrigado ante la idea de verlo en carne y hueso.

Al llegar a este punto de su narración, los grandes ojos grises de Rollie parpadearon súbitamente. Las cosas más extrañas parecía admitirlas como cómicas.

— Ese viejo réprobo de Muldoo — dijo — que sería capaz de vender su alma por una rupia, tiene un gran entusiasmo por esa reunión de esta noche. Me ha dicho que se leerá un mensaje en el Nushima Bagh, y ¿quién cree usted que va a leerlo?

—No será Vivian Mandeville?

Rollie hizo un gesto y un movimiento aprobatorio de cabeza, y prosiguió.

—*Es cómico, ¿verdad? Vea, no me atrevo a decirle que si yo fuera un nativo de la India no estaría también complicado en el* "Swaraj", pero que un monigote perfumado de Chelsea, que se halla aquí como invitado del gobierno y que está degradando su nombre con la Lila, vaya a incitar a la juventud de la India a la rebelión sangrienta, solamente por la vanidad de escuchar su propia voz, pasa todos los límites.

Me limité a mover la cabeza en sentido afirmativo, pues cuando pensaba en las locas orgías de asesinatos y de crímenes, y los indescriptibles sufrimientos a que eran sometidos personas inocentes, que invariablemente seguían a las reuniones político-religiosas similares a la que iba a celebrarse en el Nushima Bagh aquella noche, mi cólera contra Vivian Mandeville era demasiado profunda para expresarla con palabras.

Rollie rompió el silencio nuevamente.

—La vanidad... la notoriedad... Gran Dios, Jumbo, esas son cosas terribles.

Es cierto — le contesté, extendiendo la mano en busca de un cigarrillo — estos individuos que tienen sus testas llenas de humo, son peores que todos los gases asfixiantes de la guerra. Pero entretanto, ¿qué haremos con el pobre hombre? Si le diéramos un mal golpe, probablemente Su Excelencia sufriría un ataque de nervios.

Rollie hizo un amplio gesto.

—Tengo formado un pequeño plan — dijo — que de salir bien debe matar dos pájaros al mismo tiempo. El pájaro de Vivian quedará tan asustado que saldrá de la India como gato escaldado, al propio tiempo que servirá para deshacer la asamblea de Khrisshnavarna.

—¡Espléndido! — exclamé, sintiendo que mi dolor de cabeza se desvanecía con una rapidez asombrosa, pues aparte de la excitación que la aventura me producía, érame sumamente agradable ver a Rollie de nuevo desenredando la madeja.—Ni él ni yo habíamos mencionado para nada el nombre de lady Joan desde que se fuera, porque no le agradaba el sentimentalismo — pero había un retrato de ella en miniatura al lado de su mesita de luz — no obstante lo cual en sus ojos siempre estaba reflejado aquel dolor cuyo único paliativo era la acción y el movimiento.

—¡Espléndido! — exclamé. — ¡Llevémoslo a cabo!

Después de encender lentamente un cigarrillo, Rollie comenzó a deshilvanar su plan, que era maravillosamente sencillo. Mahdipur, como todos los pueblos fronterizos de la India, sufría continuamente las depredaciones de las cuadrillas de bandidos que descendían de las colinas de Gulist plan era éste: él, yo y Ginger Sarson, pañados por un par de subalternos d último, íbamos a disfrazarnos de A haríamos un raid al mitin que queda hecho disuelto, pues los estudiantes h no tienen valor varonil, sino un valo térico para el martirio, especialmente do se trata de misticismo religioso, pués, en medio del tumulto, nos lleva a Vivian Mandeville.

Yo me sonreí, pues el plan me magnífico, y como todo lo que es m co, sencillo, y pregunté:

—¿Y qué haremos de él después?

Rollie pestañeó y continuó:

—Pensé que entonces, acompañad ruido correspondiente, llevarlo a Spin donde encenderíamos una fogata ba a su alrededor la danza de Khattak. — prosiguió — que lo que deseo es as lo de tal modo que no vuelva a me en cosas turbia

Pasé ese día minable mir constantemente loj, incapaz, primera vez vida, de senti rés por los ci balternos a m denes, con sus tivos caballos.

* * *

Al anochece pués de jugar docena de se dos al tennis nuevos courts de la casa de no, se reunie cosa muy natu con nosotros, bañarse, vesti tomar un tra viejo Ginger Sa sus dos subal más *fornidos.* era *un hombre* y colorado, *llen* gordura y de cer con un punch recha que lo hecho respetar Aldershot hast balla. En cuanto a sus dos acompañ bueno, todo lo que se diga está de má ta que se sepa que fueron elegidos guna causa. Rollie le explicó su plan tras todos nosotros nos hallamos rec en nuestras hamacas, sonriendo mente.

Nos dijo que estas reuniones de la silan Samiti" daban comienzo en m un gran ceremonial ante la imagen — en la India es imposible no enco con ese ídolo bestial — luego los n o voluntarios, como podría llamársele taban juramento ofreciendo sus vid la causa de la libertad, y también e ficio de unos cabritos blancos. Los c blancos, según nos explicó Rollie so era una figura de retórica que sign los hombres blancos, nuestras nobl sonas.

—¡Qué cosa más espléndida! — e uno de los subalternos de Ginger, Tiger Wade, sintiendo un extraño gueo en sus puños cerrados.

—Después — prosiguió Rollie c lenta y suave — colocan frente al íd das las armas que llevan consigo, ofrenda, y, según tengo entendido, tras las armas quedan en aquel lu encantador y popular Vivian Ma debe pronunciar su discurso.

Ya ven, pues, que si eligiéramos e mento para efectuar nuestra dramát trada, podríamos también apoderarn más de nuestro joven amigo ext de esos peligrosos juguetes. Esto, do como un cabrito blanco, me par

mamente conveniente. ¿Qué dicen ustedes? — Yo apruebo — rugió Ginger. — Aunque creo que no estaría de más hacer jugar el gatillo de cuando en cuando y regalar unos confites, ¿eh Rollie?

Todo el resto de nosotros aprobó esta proposición juiciosa, pues en los últimos tiempos esos sediciosos, loros parlanchines, hacían la vida insoportable para todos, ya sea blancos o negros. Por otra parte, la Batería tenía una pequeña cuenta pendiente que saldar, pues uno de los soldados había sido atacado por un grupo de estudiantes mientras procedía inofensivamente a cumplir con su deber, habiendo el gobierno lamentado que en aquella circunstancia no se hubieran tomado represalias.

—Yo conozco sus confites, Ginger, lo mismo que la fragilidad de las cabezas hindúes, y no deseamos ninguna complicación. Recuerde, además, que ellos serán cien contra uno, y por eso debemos dar nuestro golpe por sorpresa sin ninguna notoriedad innecesaria.

Después de esta conversación, procedimos a disfrazarnos y una hora más tarde se encontraba allí reunido, bebiendo y esperando a que el sol se pusiera, el grupo más feroz de Afridi que haya podido esparcir el terror de Alá por cualquier comarca, con nuestras luengas barbas y cuchillos Pathan, armados también con carabinas reglamentarias que yo había sacado del pañol.

* * *

El disco rojo de la luna emergía sobre la cresta de las colinas, mientras nos acercábamos al lugar de la reunión, y la escena que se presentó ante nuestros ojos fué totalmente diferente a la que nos habíamos imaginado.

La ceremonia ya había dado comienzo. Los rayos del satélite iluminaban sombríamente a una gran multitud, silenciosa, que se extendía a lo lejos en anillos interminables, perdiéndose en las sombras.

Khrishnavarna aparecía mejestuoso en su vestido de azafrán, parado en el trono frente a la figura de Kali, y, con nuestro consiguiente disgusto, al lado de Vivian Mandeville también ataviado con las mismas vestiduras. Los rayos de la luna reflejábanse con destellos argentinos sobre las armas depositadas a los pies del ídolo como ofrenda, en holocausto a su obra destructora.

Al mirarlo, Khrishnavarna, lentamente levantó la mano y las figuras que formaban el círculo del frente, se pusieron de pie permaneciendo como espectros, cada uno de ellos con su brazo derecho extendido hacia el ídolo. Luego reinó de nuevo el silencio, y cuando Khrishnavarna comenzó a hablar, Tiger Wade se estremeció deteniéndose súbitamente; yo sentí que el cabello se me erizaba, pues, en alguna forma misteriosa, la voz de Khrishnavarna, profunda y sonora como la campanilla de una iglesia, parecía poseer el vacío insondable que se extendía encima nuestro, con ese aspecto de las Esferas que el hombre jamás conoció antes.

Mientras las notas del órgano resonaban, las dimensiones desaparecían quedando sólo una sensación de espacio insondable. Sus ojos no eran los de un mortal, y todos presentimos que nos hallábamos en presencia de lo desconocido. Y, esa voz que parecía de la eternidad, seguía rodando y rodando, en sonoros períodos sánscritos hasta que por último tomó la forma del juramento Anusilam.

—"!Om bande mataram!" — comenzaba, y esa voz cavernosa fué repetida como un eco por los espectros de brazos levantados. Nada más espectral podría concebirse que aquella voz y aquellas sombras lunares prestando el juramento de la sangre. Entre nosotros el único insensible era Rollie.

—¡Están jurando el exterminio! — nos dijo, y su voz pareció transportarnos nuevamente al mundo terrenal. Al fin y al cabo Khrishnavarna y sus secuaces no eran más que una banda de asesinos a los que era necesario castigar.

Una vez que el juramento fué prestado, con nuevos rituales, Khrishnavarna levantó otra vez el brazo y comenzó a hablar, y entonces sentí, aunque no puedo explicar por qué, que los cabellos se me erizaban nuevamente. Tenía una absurda sensación de que algo me faltaba, algo que no podía comprender, algo más grande y más fuerte que mi yo, y a pesar de intentarlo, no podía apartar mis ojos de Khrishnavarna.

—Y estaba escrito — decía — que esta noche, cuando los Siete Rishis y el sagrado Bishma den vuelta a sus caras hacia Bharatvarsha, vendrá un hermano de occidente con el mensaje. Y como estaba escrito, así ha acontecido.

Al terminar estas palabras, Khrishnavarna, tomando a Vivian Mandeville por la mano derecha, lo llevó hasta los pies de Kali, y deteniéndose, dióse vuelta hacia la multitud.

—Pero antes de que pronuncie su mensaje — dijo: — Está también escrito en la ley, como ustedes saben, que nuestro hermano de occidente deberá prestar el juramento Anusilam. Así, pues, hermano, — prosiguió volviéndose hacia Vivian — repita conmigo: "¡Om banda mataram!"...

Faltan palabras para expresar el sentimiento que se apoderó de nosotros al ver a un británico rebajarse ante un sucio ídolo y repetir esas palabras que implicaban un convenio para el exterminio de los hombres y mujeres blancas, cuyo único crimen era el de trabajar por el bienestar y el progreso de la India.

Después de prestar su juramento, Khrishnavarna llevó a Mandeville hasta el frente del trono, y aunque yo detestaba al renegado, no puedo dejar de confesar que producía un efecto sobrenatural, vestido con su toga de azafrán, a los pálidos rayos de la luna.

—¡Perro renegado! — rugió Rollie salvajemente.

Luego, en medio de un profundo silencio, lastimero en su inten-

sidad, se oyó la voz cavernosa de Khrishnavarna.

—Hermano de occidente, te encargo que pronuncies el discurso.

Había ese algo en su voz que me hacía estremecer y un murmullo sordo se elevó de la multitud compacta de espectros, que se diría un suspiro.

En el silencio electrizante que siguió, Vivian Mandeville tras una larga e intensa pausa, elevó su mano y comenzó a hablar.

No había duda que podía hablar, aunque no pretendo saber de lo que se trataba, pues se expresaba en una jerigonza mística, mezclando nombres de la mitología hindú y sánscritos, que me eran completamente desconocidos. Pero poseía una maravillosa voz, y la forma en que se expresaba, unido al extraordinario brillo de sus ojos, me daban la impresión de que se hallaba poseído de un éxtasis sobrenatural.

—Hermanos de oriente — declamaba, — esta noche, como las otras sagradas que nos esperan en su orden secular, serán testigos de que yo les entrego el Signo y Símbolo que durante tanto tiempo han esperado como un recuerdo de nuestro mensaje de occidente.

Se detuvo, y entonces elevóse de la multitud ese trémulo murmullo que se definía en la palabra "Upainayasha", tan extraño y sobrenatural que sentí escalofríos recorrer mi médula espinal. Cuando se hubo apagado reinando otra vez el silencio, Vivian Mandeville dió un paso hacia adelante, abrió el tabernáculo y exclamó en voz potente:

—¡Ved! ¡El "Upainayasha"!

Súbitamente, el silencio y la quietud se extendieron sobre el auditorio como fúnebres sudarios, pues, agarrando convulsivamente el tabernáculo vacío, Vivian tornóse color ceniza y con sus ojos, desmesuradamente, cómo dos bolas brillantes que quisieran saltarle fuera de las órbitas, retrocedió tambaleante, con estremecimientos de terror.

—Creo que no ha de haber procedido de acuerdo con los planes preestablecidos — murmuró Rollie quedamente.

Ese silencio se mantuvo por lo que parecía una eternidad; luego de la multitud ondulante brotó un murmullo de angustia como de lloros ante una tumba: ¡"Upainayasha! ¡Upainayasha"! — murmuraban, y lentamente su eco amortiguado fué en crescendo hasta convertirse en un grito desgarrante que repercutía por los ámbitos de la bóveda celeste. Y en ese extraño vocerío resonaba el pasaje de una gran esperanza, que se desvanecía.

—¡Mire, Jumbo! — exclamó Rollie con voz trémula mientras me asía fuertemente del brazo y señalaba con el dedo. Y entonces vi que toda esa multitud de espectros se agitaba, se movía hacia adelante, arrastrándose, según parecía, en dirección al trono. Y ese grito desesperado como de almas atormentadas: ¡Upainayasha! ¡Upainayasha! se elevaba y volvía a descender de tono en el espacio, hasta que, en las lejanas colinas los chacales se hicieron eco, repitiéndolo con su ulular de mofa. Jamás había presenciado yo nada tan portentosamente sobrenatural e incomprensible.

Luego Khrishnavarna se adelantó hasta el borde de la plataforma del trono y elevó su mano; ante esa señal cesó todo movimiento, y cuando comenzó a hablar, había en su voz todo el dolor de un calvario.

—Uno, levantando el velo, ha traicionado la palabra. ¿Qué dice la ley?

Esta vez el murmullo se elevó sin tedio, sin enojo, simplemente frío, en un largo y suspirante cuchicheo — ¡"Upainayasha! ¡Upainayasha"! — con eco suave y moribundo... Sin embargo, comprendimos que era la voz de su destino; silenciosamente la multitud inició su marcha hacia el traidor.

—¿Listos? — preguntó Rollie.

—¡Déjenlo! — rugió Ginger enfurecido — *él lo ha querido.* — Y todos nosotros le dimos la razón, aunque Rollie movió la cabeza.

—Es un invitado del gobierno — dijo brevemente, y sus palabras tenían un gran significado.

De pronto oyóse una descarga, seguida del terrible grito de guerra de los Afridi: "La Allah ill'alla medad i khudha a-a-ah!, y se produjo el salvaje ataque, todo quedó sumido en el silencio helado de un "tableau" lunar. El primer representante de la prensa quedó como paralizado a pocos pasos de Vivian Mandeville, pareciendo como haberse convertido en piedra, a no ser por la agonía de terror reflejada en sus ojos.

Y cuando todavía vociferando ferozmente recogimos las armas y lo llevamos rápidamente hasta detenernos a una considerable distancia, explicándole Rollie con suavidad lo sucedido, parecía demasiado mareado para demostrar sorpresa o alivio; sólo se limitaba a mirarnos como atontado murmurando la palabra maldecida: ¡"Upainayasha"!

—¿Qué diablos es esta Upainayasha? — preguntó Rollie, y en respuesta pronunció palabras ininteligibles acerca de los signos del Zodíaco, y, de pronto, como si un súbito recuerdo lo asaltara, dejó escapar un grito desgarrante.

—¡La Lila lo tiene! Fuí allí antes de dirigirme al mitin. Déjenme ir a verla... ¡Déjenme! — e hizo desesperados esfuerzos por soltarse, pero nosotros lo retuvimos.

—No, mi amigo — le dijo Rollie. — Ya ha estado usted en bastante compromiso esta noche, y por ahora está a salvo — agregó en tono de conmiseración — sólo que más tarde tendremos que decirle una palabra.

—¿A salvo? — murmuró Vivian con voz ronca. — ¿A salvo? ¿Ustedes no comprenden... cómo podrían comprender? La muerte ordinaria no es nada... pero el Upainayasha... ¡oh!

Hundió la cabeza entre sus manos y comenzó a balbucear en un tono demasiado terrible para ser humano, cayendo después de rodillas implorando frenéticamente que lo dejasen ir a ver a Lila.

—¡Sólo ella puede salvarme! — exclamó con un indescriptible terror retratado en sus ojos. — ¡Oh! ¡El Upainayasha! Déjenme ir.

—Vamos, tranquilícese — le dijo Rollie, ayudándolo a ponerse de pie. Y en voz baja agregó dirigiéndose a nosotros: — Son las drogas cuyos efectos comienzan a desvanecerse... por lo general se ven horrores después.

Y mientras lo llevábamos, todavía balbuceante, ese terror que se reflejaba en sus ojos, hizo desaparecer todo nuestro enojo, considerando que ya había sufrido bastante castigo.

Fué entonces que sucedió una cosa extraña. Al pasar frente a la casa de "Los Cien Dragones", con la rapidez de un relámpago, se separó de Rollie, me empujó a mí con el codo, y corrió por la avenida.

—¡Maldición! — grité enfurecido. — ¡Vamos a perseguirlo! — Pero Rollie nos detuvo. — No — dijo. — Una banda de Afridis que entraran súbitamente allí, causaría un fenomenal tumulto, y ¡quién sabe cuántas muertes!

—Preveo que tendremos un momento de sensación — dijo Ginger haciendo un gesto. — Vamos, Rollie, probemos nuestra suerte.

Pero Rollie se mantuvo firme en su decisión, y nos hizo presente que si por alguna casualidad se llegaban a encontrar los cadáveres de ciertos oficiales del ejército británico, vestidos de Afridis, en la "Casa de los Cien Dragones", daría lugar a erróneas interpretaciones, y además, sería perjudicial para el crédito británico. — No — dijo. — Le hemos salvado la piel una vez, y ahora le corresponde a él conservarla.

De bastante mala gana dejamos el asunto como estaba, pues cuando Rollie decía una cosa, no volvía atrás en su palabra.

Cuando llegamos a nuestra casa, el viejo Muldoo nos estaba esperando, tan agitado como nunca lo viera antes, y sin pérdi tiempo comenzó a hacerle preguntas llie que rápidamente le narró los acor mientos de la noche. — Creo que la cultad estriba — concluyó Rollie — en ha extraviado algo que se llama Up yasha.

Al oir estas palabras el viejo Muldo sose a temblar, y nos contempló con de ese terror que habíamos visto en los de Vivian Mandeville.

—¡Upainayasha! — repitió como un del sobrenatural murmullo que nos h helado la sangre en el Nushima Bagh

Rollie lo sacudió fuertemente, pre tándole.

—¿Qué es el Upainayasha? Pero doo se echó a tierra e hizo el saludo m mán hasta tocar con su frente los pie Rollie.

—Sahib — dijo balbuceante — has vado la vida de mi segundo hijo arra dosela al tigre, y la mía te pertenece. embargo... esto no me atrevo a deci

Prodújose un profundo silencio sól terrumpido por nuestras pesadas res ciones, durante el cual evitamos el en tro de nuestras miradas. Por mi parte fería tener que hacer frente a cien hon armados más bien que a esa cosa m riosa. — Pero — comenzó a decir po timo el viejo — porque el viejo Mu te ama... te diré esto. Si quieres sa la vida de tu compatriota... corre a de que sea tarde.

—¡Es un blanco! — exclamó Ginger ciéndose eco de todos nuestros pensan tos. Rollie asintió y no perdimos más t po, llegando cinco minutos más tarde te a la puerta cerrada de la casa de Cien Dragones". Durante el trayecto h mos convenido que tres de nosotros se cargarían de contener a la gente que biera en el salón mientras Rollie y Gi arrancaban a Vivian de los brazos de y lo llevaban. Pero al abrirse la pu comprendimos que estas precauciones innecesarias pues el salón se hallaba e desórden indescriptible. Las mesas, s y otros muebles estaban derribados p suelo, cubierto también de botellas y v hechos añicos; cuerpos acurrucados en titudes horribles yacían por doquier, a nos de ellos agitándose todavía convuls mente. Detrás del mostrador, con su c amarilla descansando sobre sus brazos, mo si estuviera dormido a no ser por brillo apagado que despedían sus ojos tornados que nos miraban irónicamente taba Fu Shan.

—¡Antes de que sea tarde! — gritó llie y se precipitó en el "boudoir" de pero se detuvo súbitamente, con una e mación a medio pronunciar.

Yo no soy lo que puede denominars hombre impresionable cuando se trat brujerías — pues siempre he estado ocupado con mi trabajo y el deporte, ocuparme de esas cosas — pero cu contemplé la portentosa belleza de muerta, reclinada en forma tan natural tre las sedas y almohadones de su di comprendí por qué el pobre Bromley-Da se había vuelto loco. Delante de nues ojos yacía quebrada una obra de arte. suavidad Rollie levantó el velo que cu sus facciones, apareciendo ante nues miradas, del tamaño de una moneda color rojo profundo, una marca recién cha representando una cifra mística Zodíaco.

Y, hasta los primeros albores de la rora, cinco hombres buscaban afanosar te a un compañero que fuera llevado rante la noche a un Getsemaní descono con la convicción de que era ya demas tarde. Y hacía apenas una hora que habíamos recogido a descansar cuando llie me despertó para llevarme hasta la tana a contemplar aquella cosa horrible colgaba frente a nosotros.

—Las cosas horribles que han ocu anoche, sólo esos ojos muertos pueden cirlas... pues el oriente no revela sus cretos — dijo Rollie.

—Y tal vez sea mejor así — repuse

LOS GRANDES AVENTUREROS

JEMELKA PUGATSCHEF, EL FALSO ZAR

La historia abunda en personajes que han intentado hacerse pasar por altísimas personalidades — príncipes, reyes, etc., — cuya desaparición era un poco misteriosa y a los que pretendían substituir. Uno de los casos más típicos del género es el cosaco Jemelka Pugatschef.

Muerto a los 34 años, Pedro III, zar de Rusia, siete días después de su destronamiento, surgieron en el inmenso imperio moscovita varios aventureros que quisieron hacerse pasar por él, con mayor o menor éxito.

El quinto, entre estos hábiles impostores y el más audaz fué sin duda el cosaco Pujatschef quien, aprovechando genialmente el descontento causado por disensiones políticas y religiosas provocadas por la asociación de los *Staroverski* o Viepos Creyentes, logró ponerse a la cabeza de un numeroso grupo de rebeldes, presentándose como Pedro III, que había huído de la prisión de Robscha después de su destronamiento.



CONTRA LA NAVAJA

La poderosa banda contaba con fuertes huestes de cosacos del Ural, descendientes de los famosos del Don.

Aquéllos se habían rebelado porque durante la guerra contra los turcos, el gobierno dió orden de cortarles las barbas de las que estaban tan orgullosos.

El general Traunberg mandó que todos fueran afeitados en la plaza pública de Uralsk, pero esto produjo una tremenda revuelta durante la cual Traunberg fué asesinado.

Ante estas fieras humanas se había presentado Pugatschef, con el traje del zar Pedro III, encontrando en seguida ciega fe y sumisión absoluta.

A la cabeza de las aguerridas tropas, el falso emperador atacó fortalezas, aldeas, ciudades, conquistándolas, pero procediendo como jefe suave y generoso.

De este modo logró que los mismos vencidos se uniesen a sus tropas, haciéndolo poco después los soldados Bankhirs, pueblo nómade.

Los kalmukos de Stavropol le enviaron once mil hombres armados, después de haber asesinado al comandante ruso.

El ex cosaco daba muestras de una gran santidad: iba siempre vestido con hábitos sacerdotales e impartía religiosamente la sagrada bendición a sus crédulos soldados.

—Yo no tengo ambiciones personales — aseguraba con mucha unción. — Mi único deseo es poner en el trono de un país feliz y libre a mi hijo el Gran Duque y luego retirarme a un monasterio.

SIN CARETA

Pero esto sólo eran frases y habilidad política. Pronto los clamorosos éxitos de sus empresas se le subieron a la cabeza, haciéndole olvidar hasta los intereses de la propia causa. El falso emperador, un buen día, se quitó la careta y se abandonó a los más horribles excesos.

En el asedio de las ciudades de Uralst y Oremburg hizo asesinar a todos los oficiales y nobles que cayeron prisioneros.

—¡Quiero exterminar a toda la nobleza! — exclamó ferozmente.

Y de esa casta no perdonaba ni a las mujeres ni a los niños.

Si bien ya estaba casado con una mujer cosaca de la que había tenido tres hijos, tomó otra esposa, una mujer de Uralsk, de pésima reputación, y celebró las escandalosas bodas con gran pompa y en medio de los peores excesos cometidos públicamente.

Como ningún personaje de alguna importancia se había unido a sus secuaces, confirió a sus partidarios más fieles los nombres y títulos de las principales familias rusas, confiriéndoles las insignias de órdenes imperiales. Y un día, temiendo que ciertos oficiales alemanes conducidos a su presencia se diesen cuenta que no conocía su idioma que Pedro III hablaba perfectamente, ordenó que fuesen pasados por las armas.

MÁS CERCA DE LAS ESTRELLAS

Sus operaciones militares eran una continua alternativa de victorias y de derrotas. En cierta ocasión se creyó perdido porque, después de un desastre, sólo le quedaron trescientos cosacos. Pero los hombres parecían ciegos y locos, y considerándolo como a un libertador, iban a engrosar las filas de su ejército. La crueldad de Pugatschef crecía y se refinaba cada vez más. Después de la conquista de Dmitrefsk, sorprendió en las cercanías al astrónomo Lowitz, miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, que estaba estudiando los planos para el canal proyectado entre el Don y Volga.

—Prended a ese hombre — ordenó a sus soldados y elevadlo sobre vuestras lanzas: quiero que esté más cerca de las estrellas.

Unía a la ferocidad la burla, e hizo empalar al infeliz astrónomo.

Pero llegó la hora del castigo. Libre de la guerra contra los turcos, el gobierno ruso decidió emplear los medios más enérgicos para sofocar la rebelión y castigar al falso zar.

Las tropas de Pugatschef fueron sorprendidas por el ejército al mando del conde Pasim en un desfiladero del Volga, y puestas en fuga.

El fingido Pedro III pudo salvarse con unos pocos fieles, refugiándose en las mismas regiones desiertas en la que había desplegado por primera vez la bandera de la revolución.

Pero traicionado por sus adeptos en los que más confiaba, tuvo que entregarse a las autoridades rusas, muerto de hambre y de fatiga.

Conducido a Moscú fué decapitado en enero de 1775, con cinco de sus cómplices. Demostró tanta cobardía ante la justa condena como audacia había demostrado en sus feroces empresas.

"Creo — escribía Catalina II a Voltaire, quien se había interesado por el singular aventurero, — que después de Tamerlan, ha habido pocos que, como Pugatschef, hayan asesinado a tanta gente".

El falso zar creyó hasta el último momento que la emperatriz, en vista de su pasado valeroso, le otorgaría gracia de la vida, pero Catalina II negóse tenazmente a ello.

A. Montier.

Los 11 duelos de Roberto Surco

CON Jean Bart y Duguay-Trouin, forma Roberto Surcouf el terceto más popular de los marinos franceses.

Surcouf fué uno de los hombres más extraordinarios de su época: realizó hazañas prodigiosas, fué mala cabeza, pero buen corazón. A veces brusco, violento, a veces sensible, compasivo y de una bondad tan grande como su valor, fué excesivo en sus defectos y en sus cualidades.

Por eso, sin duda, su figura pertenece tanto a la leyenda como a la historia. Paul Feval, Mery y Dumas lo han celebrado en sus obras. Ha conocido los honores de la escena en una opereta que se representó en el teatro de la Gaiete y cuya música era de Planquette.

Pero la simple biografía del rey de los corsarios sobrepasa en interés y emoción a todo cuanto hubieron podido inventar sus más famosos novelistas. Se ha hecho varias veces el relato de sus proezas navales y narrado en toda forma el increíble golpe de audacia en el que, rodeado de un puñado de hombres a bordo de su brick "La Confianza", atacó a un navío inglés, "Kent", mucho más fuerte y mejor armado que el suyo, tomándolo al abordaje y capturándolo después de una lucha desigual y terrible.

Menos conocido, pero no menos dramático, es el episodio del que fué héroe en su ciudad natal en donde, desde hacía algún tiempo descansaba de sus rudas faenas marítimas.

Era en 1816. Después de la caída de Napoleón. Francia había sido invadida por los ejércitos enemigos coaligados.

Las tropas prusianas estaban de guarnición en Dinan y sus oficiales desertaban de allí gustosos para ir a distraerse a Saint-Malo.

Retirado allí después de su matrimonio con la hija de un rico armador, el antiguo corsario vivía en medio de sus compatriotas, en buena fortuna y bien considerado.

Su gran distracción era ir diariamente al "Café-Joseph", en la plaza Duguay-Trouin, para leer las gacetas mientras fumaban su pipa o jugar un partido de billar.

Un día que estaba entretenido en su juego favorito en compañía de un antiguo emigrado M. de Mainville y de su viejo amigo Brisebarre, la puerta del café se abrió con estrépito y doce oficiales prusianos del regimiento de Wrangel llegados de Dinan, hicieron irrupción en la sala con la despreocupación y el desenfado de vencedores.

Uno de ellos al pasar tropezó con Surcouf y pronunció algunas palabras ofensivas para Francia.

Mucho menos que eso necesitaba el fogoso corsario para estallar en cólera. Tomó un banquito por una de sus patas y remolineándolo se aprestaba a arrojarlo contra su agresor, cuando viendo a los prusianos, exclamó:

—¡Ah, ah!... ¿Quieren ustedes un asunto en regla, señores?... Pues a vuestra disposición. Sois doce y yo soy hombre capaz de batirme con cada uno. Dejadme ir a buscar mi sable.

Dentro de un cuarto de hora me reuniré con vosotros detrás del Fuerte Real, cerca del Grand-Bé. Es marea baja y nada nos estorbará.

Y presentando a sus amigos Brisebarre y Mausville a los oficiales prusianos que se reían de aquel proyecto temerario, Surcouf agreg mente:

—Estos señores serán mis testig

Veinte minutos más tarde tuvo lu duelo poco banal en un rincón de la a la sombra del Fuerte Real.

Se convino en que los oficiales a la suerte el orden en que debían con el maluino.

El que fué designado primero, militarmente y se puso en guardi záronse los sables, pero al primer Surcouf cortó la muñeca del prusi jándole imposibilitado para conti duelo.

Animado por este éxito, el corsa era un esgrimista de primer orde fuera de combate a todos sus adve abriendo el vientre a uno, corta brazo a otro, en fin, hiriendo a tod vemente.

Al llegar al número doce, Surc vainó el sable y dijo:

—Quería completar la docena queda usted libre, señor, y espe aprovechará la lección.

Como la historia del duelo corrió da la ciudad y se complicó con la de uno de los oficiales prisionero hospital de Saint-Malo, aconsejaron couf que abandonase momentáneam región a fin de evitar las repres los invasores.

Costó mucho trabajo decidir al y casi a la fuerza le embarcaron horas de la noche en una goleta pa ducirle a lugar seguro.

—¡Es la primera vez que Surcou — exclamó sario llen ojos de lá

Por inve que pare historia de ce duelos d couf, es pe mente autén ha *sido n* *detalladamen* Roberto Su sobrino-nieto héroe, en su lente biogra *tulada* "El *cio maluino*

Según el escribió bue te de su na bajo el dict Henri Bris hijo del a testigo de to Surcouf, da a su rel veracidad i chable.

También Mainville, testigo, ha dicho en su morias":

"Pocas ve ha sido da templar u bate tan e do como el q tuvo Robert couf con l oficiales p ros.

Con un v común, con gereza de a de defensa rables, Surc chó como u con cada sus adve venciéndolos mayor esfue

Henri Ni

La estatua de Roberto Surcouf, en Saint-Malo; obra de A. Caravanniez.

Roberto Surcouf, según un grabado de la época.



Estado actual de la playa entre La Grand Be y el Fuerte Real, donde tuvo lugar el duelo de Surcouf.



La mancha hiptálmica

Por HORACIO QUIROGA

¿QUÉ tiene esa pared?

Levanté también la vista y miré. No había nada. La pared estaba lisa, fría y totalmente blanca. Sólo arriba cerca del techo, estaba obscurecida por la falta de luz.

Otro a su vez alzó los ojos y los mantuvo un momento inmóviles y bien abiertos, como cuando se desea decir algo que no se acierta a expresar.

—¿P... pared? — formuló al rato.

Esto sí; torpeza y sonambulismo de las ideas, cuánto es posible.

—No es nada — contesté. — Es la mancha hiptálmica.

—¿Mancha?...

—...hiptálmica. La mancha hiptálmica. Este es mi dormitorio. Mi mujer dormía de aquel lado... ¡Qué dolor de cabeza!... Bueno. Estábamos casados desde hacía siete meses y anteayer murió. ¿No es esto?... Es la mancha hiptálmica. Una noche mi mujer se despertó sobresaltada.

—¿Qué tienes? — le pregunté inquieto.

—¡Qué sueño más raro! — me respondió, angustiada aún.

—¿Qué era?

—No sé, tampoco... Sé que era un drama; un asunto de drama... Una cosa obscura y honda... ¡Qué lástima!

—¡Trata de acordarte, por Dios! — la insté, vivamente interesado. Ustedes me conocen como hombre de teatro...

Mi mujer hizo un esfuerzo.

—No puedo... No me acuerdo más que del título: La mancha tele... hita... ¡hiptálmica! Y la cara atada con un pañuelo blanco.

—¿Qué?...

—Un pañuelo blanco en la cara... La mancha hiptálmica.

—¡Raro! — murmuré, sin detenerme un segundo más a pensar en aquello.

Pero días después mi mujer salió una mañana del dormitorio con la cara atada. Apenas la vi, recordé bruscamente y vi en sus ojos que ella también se había acordado. Ambos soltamos la carcajada.

—¡Sí... sí! — se reía. — En cuanto me puse el pañuelo, me acordé...

—¿Un diente?

—No sé; creo que sí...

Durante el día bromeamos aún con aquello, y de noche, mientras mi mujer se desnudaba, le grité de pronto desde el comedor:

—A que no...

—¡Sí! ¡La mancha hiptálmica! — me contestó riendo. Me eché a reir a mi vez, y durante quince días vivimos en plena locura de amor.

Después de esto lapso de aturdimiento sobrevino un período de morosa inquietud, el sordo y mutuo acecho de un disgusto que no llegaba y que se ahogó por fin en explosiones de radiante y furioso amor.

Una tarde, tres o cuatro horas después de almorzar, mi mujer, no encontrándome, entró en su cuarto y quedó sorprendida al ver los postigos cerrados. Me vió en la cama, extendido como un muerto.

—¡Federico! — gritó corriendo a mí.

No contesté una palabra, ni me moví. ¡Y era ella, mi mujer! ¿Entienden ustedes?

—¡Déjame! — me desasí con rabia, volviéndome a la pared.

Durante un rato no oí nada. Después, sí: los sollozos de mi mujer bajo el pañuelo hundido hasta la mitad en la boca.

Esa noche cenamos en silencio. No nos dijimos una palabra, hasta que a las diez mi mujer me sorprendió en cuclillas delante del ropero, doblando con extremo cuidado, y pliegue por pliegue, un pañuelo blanco.

—¡Pero desgraciado! — exclamó desesperada, alzándome la cabeza. — ¡Qué haces!

¡Era ella, mi mujer! Le devolví el abrazo en plena e íntima boca.

—¿Qué hacía? — le respondí. — Buscaba una explicación justa a lo que nos está pasando.

—Federico... amor mío... — murmuró.

Y la ola de locura nos envolvió de nuevo.

Desde el comedor oí que ella — aquí mismo — se desvestía. Y aullé con amor:

—¿A que no?...

—¡Hiptálmica, hiptálmica! — respondió riendo y desnudándose a toda prisa.

Cuando entré, me sorprendió el silencio considerable de este dormitorio. Me acerqué sin hacer ruido y miré. Mi mujer estaba acostada, el rostro completamente hinchado y blanco. Tenía atada la cara con un pañuelo.

Corrí suavemente la colcha sobre la sábana, me acosté en el borde de la cama, y crucé las manos bajo la nuca.

No había aquí ni un crujido de ropa ni una trepidación lejana. Nada. La llama de la vela ascendía como aspirada por el inmenso silencio.

(Concluye en la página siguiente).

La hazaña del teniente Doerir

Como no existen pruebas suficientes para justificar su detención, teniente Doering, queda usted en libertad.

El juez se quitó los anteojos y los limpió cuidadosamente. Parecía que hablaba en su tono habitual, pero un hábil observador hubiera podido advertir un matiz de desprecio en la entonación y una sonrisa irónica en su rostro.

Sin contestar una palabra, el teniente salió, y cuando atravesaba el patio oyó decir al juez:

—Las pruebas contra el teniente Wells son más concluyentes y seguiremos el proceso.

Como Doering sabía que no le permitirían permanecer allí, dejó el patio, pidió sus objetos personales que le habían quitado al arrestarlo y salió a la calle.

A poco de andar pudo darse cuenta del motivo de su inesperada libertad, porque los vendedores de diarios gritaban:

—¡Kahn está en libertad!... ¡La libertad de Kahn!...

Hacía una semana que Kahn y otro compañero habían sido arrestados, acusados de espionaje, y veinticuatro horas después él y Wells eran acusados de lo mismo.

Pero al poner en libertad a Kahn, Doering se vió también libre, para *equilibrar* ese juego de "caza al espía", tan común en todos los países.

Como generalmente ocurre, no había habido motivo para el arresto de Doering y Wells, pero como se había detenido a Kahn y su compañero, se creyó necesario la detención de los dos tenientes.

Durante cuatro días habían estado encerrados sin que nada se les comunicase, pero al fin los jueces, benévolos con Doering, decretaron su libertad.

De regreso a su casa, Doering compró un diario para enterarse de la suerte reservada a Ruhman, el compañero de Kahn. Las pruebas contra él eran muy graves, pues le habían sorprendido en el arsenal, disfrazado, y haciendo los dibujos de un nuevo tipo de acorazado que se estaba construyendo. Todo le condenaba. El proceso debía terminar muy pronto y la sentencia decidiría de la suerte de Wells.

Doering dejó el diario y salió. Todo dependía del tiempo que tardara en saberse el resultado del juicio, pero había un medio para salvar a su pobre camarada.

En los pocos momentos en que habían estado juntos el día anterior, Doering había planeado un medio de huir si uno de ellos se veía libre.

Su proyecto era sumamente peligroso, y si fracasaba le esperaban la degradación y largos años de cárcel. Pero de todas maneras resolvió realizarlo.

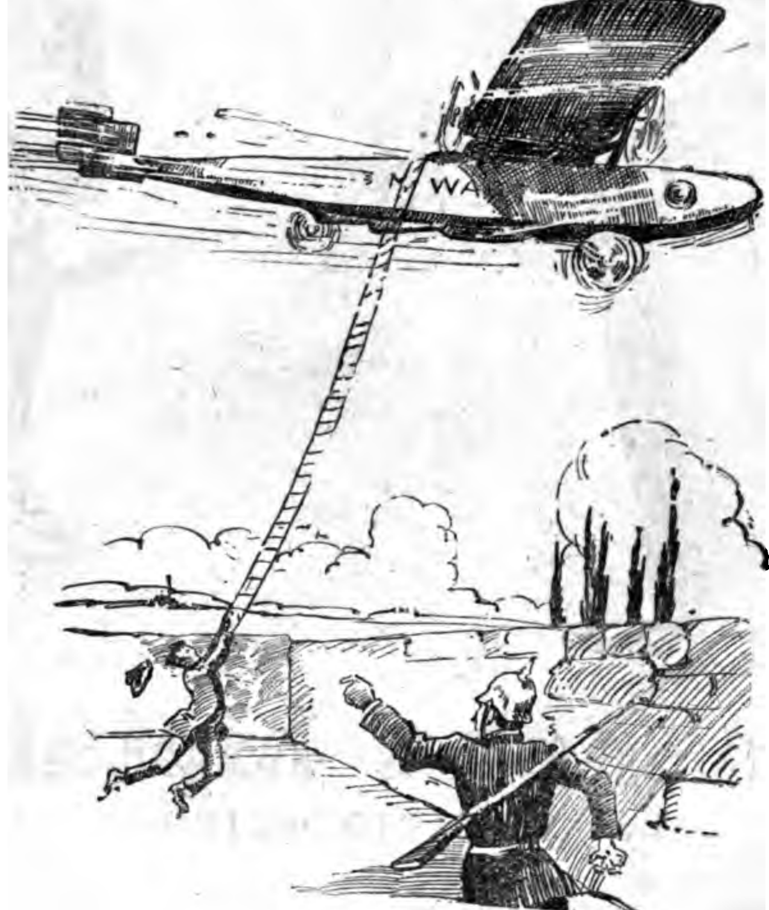
Wells pasó la mañana en el tribunal donde, después de tres horas, se suspendió el juicio diciendo el juez que no volverían a reunirse hasta las tres.

Sin duda esperaba que para entonces habría noticias de Ruhman.

Wells volvió a la prisión, y cuando pasaba por el patio vió a un joven que se limpiaba la nariz con un pañuelo rojo. Era el *mensajero de Doering y el pañuelo* era la señal convenida para que Wells estuviera preparado a escapar.

Wells tomó el lunch que le trajeron del restaurant y comió lentamente, sin dar muestras de agitación o nerviosidad.

A poco oyó ruido de pasos y un guardia se presentó en la puerta del calabozo e hizo una seña. Esto indicaba que podía ir, como de costumbre, al patio grande de la prisión a pasear un rato hasta que lo llamase el tribunal. Wells siguió al hombre: el patio estaba desierto y sólo había en él un guardián.



Era una especie de plaza de ejercicios de unos 30 metros cuadrados, en parte empedrada y en parte con césped. Los muros, de sólida mampostería, eran muy altos. Ningún preso, por ágil que fuera, podría subir por allí y aun ayudado desde fuera no habría podido hacerlo.

Seguro de que Wells no podía hacer otra cosa que pasearse por el patio, el guardia ni le miraba y sentado en un rincón fumaba con los ojos entrecerrados.

Durante quince minutos Wells se paseó de arriba a abajo en el patio; luego se detuvo y miró hacia el cielo. A larga distancia se veía algo así como un ave muy grande. Esta se acercó lentamente: era un aeroplano que sostenía una terrible lucha con el furioso viento que soplaba.

Wells se acercó a la pared: el aeroplano distaba apenas unos cien metros y parecía querer volar sobre el patio de la prisión. El ruido del motor atrajo la atención del somnoliento guardián, que se irguió un poco, pero como no era una novedad para él un aeroplano, pues los veía muchas veces al día, se acomodó en la silla y cerró de nuevo los ojos.

El avión avanzó; iba muy bajo y llevaba arrastrando algo que parecía una cuerda y que casi tocaba el suelo del patio de la prisión.

De pronto el guardián saltó de su
y dió un grito.
Había ocurrido algo extraordina
teniente Wells había dado un salto,
bía agarrado a la cuerda, que era
cala, y trepado por ella con la agil
un acróbata hasta el aeroplano. E
elevó con rapidez y el prisionero d
reció en las mismas narices de su gu
El hombre, dándose cuenta de lo
do, echó mano a la ca
y disparó contra el a
no seis veces sin hace
co. Al ruido de los tir
dieron varios oficiale
prisión, pero sólo p
contemplar cómo se
el avión. Antes de de
cer Wells se sacó e
brero e hizo un gran
El jefe de la pris
taba verde de ira y
ató en imprecacion
randeando al desc
guardián que se d
en excusas y protest
Eran cerca de la
cuando, después de
con los vientos del n
Norte, vieron las pr
luces de la costa.
—¡Al fin! — e
Doering. — No ha s
ca suerte, compañero
Se alejó un poco
no quería aterrizar e
guna ciudad, y diez
tos después descendí
lizmente en un terren
pantanoso.
—Ahora — dijo
— al fin puedo da
abrazo y con él las g
por haberme salvado.
—¡Bah! — repuso
ring, dejándose abraz
Esto lo hubiera *hecho*
quiera. Y ahora van
buscar algo de *comi*
una cama, que es lo que
nos interesa. Estoy m
de hambre y de fatiga
mos batido un record;
ma que tengamos q
jarlo en secreto.
Poco después entraban en la pol
y llegados al hotel mandaban prepar
cena apetitosa. Mientras comían pidi
ring los diarios de la noche. En u
grama se anunciaba que Ruhman
sido condenado a diez años de prisi

Frederic Oeb

La mancha hiptálm

(Conclusión de la página anteri

Pasaron horas y horas. Las p
blancas y frías, se obscurecían
sivamente hacia el techo... ¿Qué e
No sé...
Y alcé de nuevo los ojos. Los ot
cieron lo mismo y los mantuvieron
pared por dos o tres siglos. Al fin l
tí pesadamente fijos en mí.
—¿Usted nunca ha estado en el
comio? — me dijo uno.
—No, que yo sepa... — respond
—¿Y en presidio?
—Tampoco, hasta ahora...
—Pues tenga cuidado, porque va
cluir en uno u otro.
—Es posible... perfectamente p
— repuse, procurando dominar mi
sión de ideas.
Salieron.
Estoy seguro de que han ido a
ciarme, y acabo de tenderme en el
Como el dolor de cabeza continúa,
atado la cara con un pañuelo blan

El secreto de la chacra

Por SALVADOR MARESCO

DESPUÉS de pasarse ocho años en voluntario cautiverio, entre las paredes de una celda por él mismo construída, sometido a mayores fatigas y privaciones que si hubiese purgado su condena, por homicidio, en la prisión, un italiano que huyó de la cárcel al conocer su sentencia acaba de caer nuevamente en manos de la ley, para enterarse de que la pena que él mismo se impuso no cuenta para nada en el juzgado, debiendo por lo tanto cumplir ahora los diez años de arresto que originariamente se le impusieron.

Rara vez un romance novelesco produjo historia tan extraordinaria como la que se refiere a Raimondo Pace, quien se constituyó en su propio carcelero, pareciéndole que con ello cumplía la sentencia dictada por la ley, y que cuando venciera el plazo estaría en libertad, para tomar de nuevo su puesto, sin ser molestado, entre los semejantes. De haberlo querido, a Pace habríale sido fácil abandonar el país de origen para emprender de nuevo la vida en otro, sin probabilidad alguna de ser descubierto; pero su conciencia no le permitía esquivar el castigo en que creía haber incurrido.

Tenía Raimondo Pace cuarenta años de edad en los momentos en que cometió el acto que diera motivo a su proceso judicial. Era dueño de una regular chacra en la región sur de Italia, y considerado, dentro de lo que allí son las riquezas, como individuo de posición desahogada ya que residía en una casa cómoda y daba trabajo a buen número de braceros. Era Pace hombre sencillísimo, frugal, industrioso, y tenido en gran estima por todos sus convecinos. Su pecado mayor era un carácter violento, el que trataba, siempre y por todos los medios, de contener, siendo creencia general que, debido a ese defecto, nunca trató de casarse, constituyendo esa una de las penalidades que se impusiera por no serle posible dominar su temperamento.



Entre su peonada había un tal Emanuel Marco, hombre rudo y fuerte a quien el resto de sus compañeros no podían ver por sus instintos pendencieros. Los demás todos querían al patrón Pace, porque, a pesar de su ardiente temperamento, era cariñoso, y más de una vez, por lo que se supo durante el proceso, aquéllos le previnieron a Marco que, si se propasaba en sus ademanes, quejaríanse al señor Pace, quien lo castigaría.

—Dios lo libre de que toque un solo pelo de mi cuerpo — les contestaba Marco, siempre altivo, agregando: — Soy más que un "match" para él o para otro hombre cualquiera. De todos modos, me agradaría tener un encuentro con él para desquitarme.

—¿Desquitarte de qué? — le preguntaron.

—De nada; sólo por odio — respondió.

—¿Pero qué motivo tienes tú para odiar al señor Pace, di?

—Sencillamente porque él es él, y yo soy yo — dijo enfáticamente Marcos.

Fué este inmotivado odio lo que con el tiempo le costó la vida a Marco y a Pace el cautiverio de ocho años en una tumba viviente, castigo este último que la ley no le reconoce ahora como parte del cumplimiento de su condena.

Cierto día Marco maltrató a algunos de los animales pertenecientes a la chacra, y al interrogarle Pace por qué lo había hecho, Marco se limitó a decir que sabía mejor que él la manera de tratar a los animales, agregando que si Pace quería otra lección pronto le demostraría quién era el más guapo de los dos.

En un momento de ciega furia el patrón arrancó uno de los postes de hierro del cerco, propinándole con él tan terrible golpe en la cabeza a Marco que lo dejó muerto. Al ser levantado después por la peonada se vió que tenía el cráneo hecho pedazos.

La loca furia de Pace pronto se tornó en inconsolable pena y arrepentimiento; mandó a buscar la policía y al acudir ésta ordenóle que lo llevara detenido ante la justicia. Al iniciarse el proceso Pace rehusó aceptar todos los ruegos de su abogado para que adujera las circunstancias atenuantes del caso, declarando en cambio que él era el asesino y pedía al juez y al jurado lo sentenciaran, en consecuencia, a la pena máxima.

—¡No hay excusa posible para mí! — exclamó. — ¡He violado la ley de Dios; he puesto fin a una vida humana, y la justicia Divina exige que se me castigue por ello!

Más clemente que Pace mismo, el jurado pronunció su fallo, sentenciándosele a diez años de cárcel.

Pace fué entonces conducido a la comisaría local, en espera de que se le transportara a la prisión del Estado. Como tan voluntariamente se sometiera a la disposición de la ley, habiendo además pedido para sí mismo el castigo extremo, nadie sospechó, naturalmente, que Pace tratase de huir, y de ahí que no se le vigilara con la rigidez debida. Se le alojó en una celda de la planta baja, con espaciosa ventana a la calle, y cuando uno de los guardianes abrió, al día siguiente, la puerta, para darle su desayuno, descubrió que el pájaro había volado. Con la prontitud que es de suponer se inició su busca por todas partes, sin lograr hallar, empero, huella alguna.

Pasaron los meses, y Pace no daba señales de vida, creyéndose generalmente que había volado a ese cielo de refugio de los malhechores italianos llamado América.

El sentimiento popular en Italia está siempre, por lo común, en favor de aquellos que logran engañar a la ley, debido a lo cual los vecinos de Pace le profesaron desde entonces mayor admiración que antes. Hasta ese momento lo habían considerado como hombre honestísimo, sí, pero un tanto negado; ahora, en cambio, según ellos, daba muestras de ser individuo inteligente y actor hábil, porque se suponía, claro está, que sus exteriorizaciones de aflicción y de arrepentimiento, su negativa a admitir que hubiese circunstancias atenuantes, y su pasividad al escuchar la pena impuesta por el juez, todo había sido obra suya para embaucar a los representantes de la ley, preparando así su más fácil huída.

Fabiano Fosco, uno de sus más antiguos empleados, se hizo entonces cargo de la chacra; dejó cesantes al resto de los peones y atendía él mismo todo el trabajo y, solo, habitaba la casa. Raro como parezca, esta circunstancia cambió por completo el modo de ser de Fosco. Como empleado de Pace era individuo sociable, aficionado a la pipa y a un buen vaso de vino, y muy ameno con todo el mundo en sus charlas diarias. Ahora dueño de sí mismo, había perdido toda su congenialidad, no hablaba absolutamente con nadie a menos de serle indispensable, viviendo, en cuanto le era posible, la vida de un recluso, sin permitir siquiera que persona alguna traspasase el umbral de su casa. A medida que transcurrían los años, comenzaron a circular vagos rumores de que el viejo Fosco se había vuelto un tacaño, rumores que iban divulgándose y ganando fuerza debido a su vida de solitario y a sus hábitos de verdadera avaricia. Ante el público la casa compartía de la misma mala reputación que su dueño, llegando las personas supersticiosas a asegurar que era visitada por duendes, y que Fosco estaba confabulado con los espíritus malignos, a quienes se había vendido por oro.

En cierta ocasión, Fosco contrató a un albañil para tapar algunas grietas en la azotea, por las cuales se filtraba el agua, no permitiéndole, sin embargo, entrar en la casa. Una vez en la azotea, el albañil, cosa muy propia del gremio, se sentó para fumar una pipa antes de emprender su trabajo. Después, según lo que más tarde contara por el pueblo, oyó algo así como apagados gemidos extraños que procedían de algún sitio debajo del techo. El albañil huyó entonces asustado, y su relación al respecto no hizo sino confirmar previas sospechas de que en aquella casa había fantasmas.

Cuando una vez Fosco tuvo que salir del pueblo para hacer cierta diligencia en la ciudad próxima, un chico, más audaz que honrado, decidió aprovechar la ausencia de Fosco para ver si descubría dónde el tacaño viejo guardaba su oro. Entrando en la casa por una ventana, revisó todos los primeros pisos sin encontrar dinero alguno. Sobre el piso superior había una buhardilla, a la que se entraba por una especie de puerta trampa en el cielorraso, proporcionando los medios de acceso una escalera de mano guardada en un rincón. — ¿Será allí, quizá —se preguntó el chicuelo,—donde el avaro



guarda su plata? ¡Bien pudiera ser, también en ese desván — pensó — donde se esconden los fantasmas! — de los cuales no había visto hasta entonces señal alguna.

A esto siguió una lucha moral entre la codicia y el temor supersticioso del muchacho, venciendo la primera. Encontrábase ya en lo alto, cuando la escalera, por un desvío, hizo ruido.

—¿Eres tú, Fabiano? — exclamó alguien en tono marcadamente débil desde la buhardilla.

Dando un grito de horror el joven cayó de la escalera al suelo, torciéndose malamente un brazo; pero eso no evitó que huyera de aquella casa, como alma que lleva el diablo. Ni por todo el dinero del mundo habría tratado ya de penetrar en el desván, porque estaba segurísimo de que las palabras escuchadas procedían de alguna alma en pena.

Cuando el chico relató su aventura, sin mencionar, naturalmente, que andaba en busca del tesoro que creía allí escondido, los habitantes del pueblo declararon al unísono que se confirmaba en un todo la suposición general de que Fosco tenía en casa un espíritu que cuidaba su dinero.

El episodio llegó, por fin, a oídos de la policía, cuyos miembros eran, claro está, un tanto menos crédulos. Atando cabos entregáronse a estudiar la causa por la cual Fosco llevaba semejante vida de ermitaño, y descartando desde luego la teoría de los fantasmas, llegaron a la conclusión de que debía tener alguna persona oculta en su casa. Cuando hubo terminado de ordeñar las vacas Fosco se encontró la finca rodeada de carabineros.

—¿Qué buscan ustedes? — exclamó. — ¡No pasen de ahí, les prohibo entrar en la casa!

Su protesta sólo tuvo la virtud de fortalecer las sospechas de los representantes de la autoridad, de que alguien había allí escondido. Poniéndole a Fosco una pareja de *custodia, media docena de ellos penetraron inmediatamente en el edificio. Al llegar al* aposento que daba a la buhardilla se encontraron con que la escalera de mano había desaparecido, y que la trampa en el cielorraso estaba cerrada. **No dudando ya de nada, trepáronse a la azotea, y forzando la entrada con la culata de su carabina se encontraron frente a frente con Raimondo Pace.**

Pero no reconocieron en su estado harapiento, lánguido, prematuramente viejo, al hombre que desapareciera ocho años antes en circunstancias tan sensacionales. Pace, sin embargo, suponiendo que los carabineros habían ido exprofesamente para arrestarlo, exclamó:

—¡Y bien; han dado conmigo! ¡Pero no importa; ya cumplí ocho años de mi sentencia!

Al ser interrogado por el juez local, Pace relató una historia extraordinaria, la que, investigada más tarde, pudo confirmarse en todas sus partes. Después de haber sido sentenciado, y mientras se encontraba preso, comenzó a pensar en los muchos años de cárcel que le esperaban. Al igual que todos los italianos, Pace tenía gran horror a las instituciones penales. No era su ánimo infringir la ley eludiendo su sentencia — el propio sentido de la justicia le exigía la expiación de su crimen; — pero resolvió, para sus adentros, cumplir la pena a su manera. Pensaba de todo corazón que no constituiría diferencia alguna para las autoridades, al final de su plazo, si lograba convencerles de que se había sometido a un castigo por lo menos tan riguroso como la misma ley le hubiese impuesto.

Después de escaparse de la cárcel, se dirigió a la casa de un amigo, quien lo ocultó hasta que amainara la sensación que su huída había, naturalmente, causado.

Mientras tanto, Pace se entrevistó con su fiel Fosco, quien convino en hacerse cargo de la chacra y guardar el secreto so-
bre el paradero de su patrón. En
dose aún Pace oculto en casa del
Fosco, en cumplimiento de sus
construyó en la buhardilla una c
tamaño común, y cierta noche, desp
ya se abandonó por inútil su búsque
fuese a su casa, tomando posesión d
lla especie de sepulcro para él pre

Desde ese momento hasta que los
neros lo descubrieron, según propia
ración, nunca salió de allí, habiend
confirmado a la policía la realidad
confesión. Durante todo ese trans
tiempo, Pace no se comunicó con
alguna, excepto Fosco, y eso úni
por la pequeña puerta que hacía de
Por toda cama, tenía un manojo de
impartió órdenes estrictas a su c
de que sólo le proporcionara pan
como único alimento. Y así vivió,
tante las continuas protestas del fi
a los efectos de que se estaba cas
más duramente de lo que pudieran
en la peor cárcel de Europa.

—Debo satisfacer mi propia conci
mismo tiempo que a la ley — era l
riable contestación de Pace a las re
súplicas de Fosco para que partici
otra comida, de otro aire y de otr
didad.

Sin calor artificial de ningún gén
ce sufrió lo indecible en los fríos in
y no menos por las consecuencias d
durante las temporadas de verano,
su celda, situada contigua a la azot
nóse en un horno en miniatura, e
como estaba a los calurosos rayos
italiano. Sin embargo, no se permit
cederse a sí mismo piedad alguna.

—Me he castigado mucho más cr
te de lo que la ley lo hubiera hecho
Pace con amargura, cuando se le i
que debía ahora cumplir el tiempo
establecido por la sentencia.

Pero de nada en absoluto le ha
ni el sufrimiento a que se sometió, n
claración legal que hiciera; la justici
re que sus dictados sean cumplid
merma de su prestigio, y *Raimond*
ingresó a la cárcel, donde permanece
tegros los diez años dictados por la l



LA VENGANZA DE LAS FIERAS

TOMAMOS de los apuntes del doctor F. G. Alfalo, autor de la "Enciclopedia de Deportes", los datos que van a continuación referentes a los peligros que ofrece en el día la caza de bestias feroces en relación a los que ofrecía en épocas pasadas:

Es cosa comprobada hasta entre los abisinios, cuyas armas como





es de suponerse no son lo mejor del género, que los peligros que ofrece la caza mayor disminuyen año por año a medida que aumenta el poder y la precisión de las armas de fuego. Esas tribus guerreras consideran hoy día la muerte de un elefante como una proeza igual a la muerte de diez hombres, hazaña que en otro tiempo equivalía para ellos a la muerte de cuarenta. Un rinoceronte que en épocas anteriores representaba un valor igual al de veinte hombres hoy cuenta sólo por cinco. Esto demuestra claramente que hasta los naturales medianamente armados reconocen la creciente inmunidad del hombre contra las represalias de la fiera.

Sin embargo, aunque por las razones expuestas los encuentros entre la fiera y el hombre fatales para este último constituyan en la época presente casi un anacronismo, el elemento de peligro no podrá ser nunca eliminado por completo por la sencilla razón de que ni los rifles de primera calidad son infalibles. Hay que contar además con la astucia del animal, y la del búfalo, para no citar más que un ejemplo, es verdaderamente asombrosa.

Las dos únicas maneras de cazar con poco riesgo los grandes felinos son el cebo nocturno para el león y el *machan* o caza con batidores para el tigre.

En el *machan* los cazadores tiran desde la copa de un árbol.

Algunos casos se presentan a mi memoria, sin embargo, de cazadores heridos mortalmente en un *machan* bajo.

El coronel Murray describe uno de ellos como sigue:

"Se persiguió al tigre herido hasta el lindero de un terreno boscoso; allí los tiradores treparon a unos árboles algo débiles que crecían en hilera y los batidores se dispersaron por uno y otro lado con intenciones de rodear el matorral. El tigre distinguió a no dudarlo a uno de los tiradores y antes de que empezara la batida salió de pronto de entre la espesura dando tan tremendos saltos que alcanzó a desgarrar cruelmente al joven oficial que aquella misma noche murió".

La deuda del león es, sin embargo, la más importante en el libro mayor del Africa Central. Sus actos son más bien actos de venganza, pues rara vez devora a sus víctimas. Uno de los pocos casos de europeos devorados por el rey de las selvas fué el de míster Teale, quien sufrió esta terrible suerte cerca de Umtali, en Mashonaland, a principios del siglo diez y nueve. Ha habido casos en que el león se ha contentado solamente con morder a su víctima. El teniente Moloni, bizarro oficial italiano caído más tarde en Uganda, fué acometido por un león que él mismo había herido. El animal lo echó por tierra donde permaneció tendido boca abajo tratando de proteger su cabeza con ambas manos. El león se inclinó sobre él, dióle una feroz dentellada en la parte superior del brazo izquierdo y siguió su camino al trote dejándolo en completa libertad.

La fiera más peligrosa después del león, por lo menos en lo que al Africa se refiere, parece ser el elefante. Cuéntase entre sus víctimas el príncipe Ruspoli, en Somaliland, y el coronel Armstrong y míster Jork, en Uganda. Míster Jork, muerto en 1894, había descerrajado dos tiros sobre el elefante que lo acometía sin conseguir herirlo mortalmente, después de lo cual picó espuelas a su caballo con la esperanza de poder escapar; pero el animal enfurecido lo alcanzó y arrancándolo de la montura con su trompa lo lanzó a la distancia con feroz impulso dejándolo muerto en el sitio.

Muchos cazadores han tenido, sin embargo, la suerte de escapar con vida a este monstruoso enemigo. Entre éstos se cuenta míster Arthur Neumann, el que fué derribado en una ocasión por un elefante hembra antes de que hubiese podido hacer fuego. El animal se arrodilló junto a él y enroscó su trompa en derredor de su cuerpo rompiéndole varias costillas. Cómo salió con vida de esta



aventura es verdaderamente cosa de milagro. El búfalo africano ha luchado muy eficazmente por vengar a su raza de los ataques del hombre, como lo atestiguan gran cantidad de encuentros fatales.

Uno de los casos más conocidos es el de míster Robert Russel.

Debo a míster Eustaquio Davonay algunos detalles particulares referentes a este desgraciado accidente.

"El 20 de marzo de 1907, había herido Russel a un búfalo en un paraje abierto en donde no había el recurso de los árboles para caso de ataque. Aunque nunca se supo a ciencia cierta lo que pasó después, se cree que el búfalo lo acometió antes de que él pudiese llegar hasta su caballo. Cuando mi hermano—dice Davonay—que se encontraba a varias millas de distancia, llegó al lugar donde yacía sin vida el infortunado Russel, se encontró con el búfalo muerto tendido a su lado... Mi mismo hermano fué muerto también por un búfalo en el Africa oriental el 28 de febrero de 1912. No me es posible proporcionar a usted detalles precisos sobre este triste suceso, pues ha sido muy poco lo que se ha podido obtener sobre él de boca de los criados indígenas".


demasiado tiempo
en el agua...



La nueva bandera alemana — la bandera de la República — ha llegado por primera vez a nuestro puerto en un buque de guerra. Durante siete días ondeó en la proa del Berlín, atracado en la Dársena Norte, donde fueron a saludarla todos aquellos que simpatizan con el pueblo fuerte y trabajador que nos enviara como embajada a una parte de lo más selecto de su escuadra.

LOS MARINOS ALEMANES EN BUENOS AIRE



El Berlín, entrando al puerto de nuestra capital, el día jueves 21 del mes en curso.



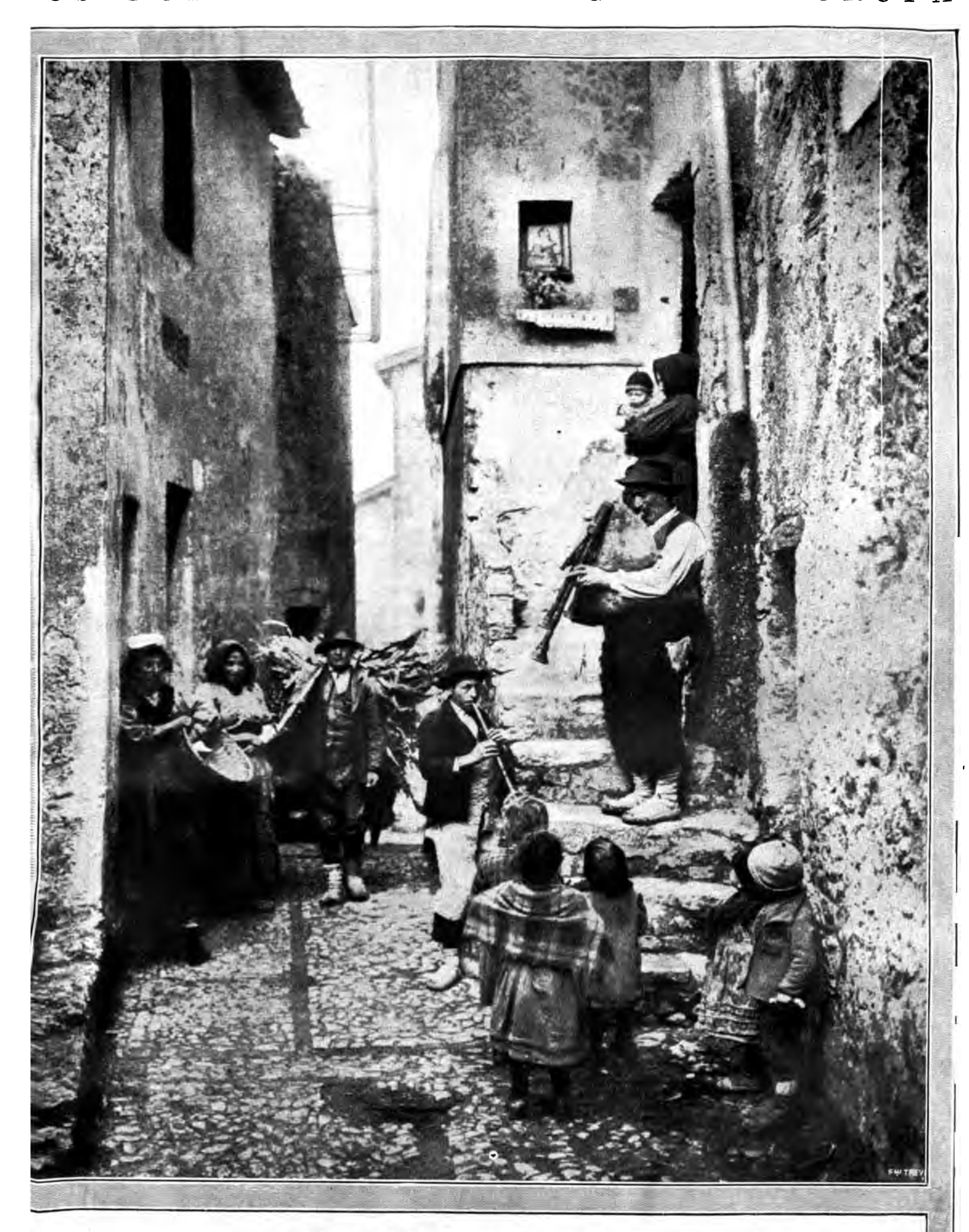
El comandante Junkermann, a cuyo mando ne el buque-escuela.



Momentos después de atracar, un grupo de aspirantes posa para Atlántida a bordo del crucero.



El teniente de navío Hans Hellhark, breviviente del combate de las Malvi que viaja a bordo del Berlín.



Músicos ambulantes en una aldea italiana.

DE NUESTROS ESCENARIO



Carmen Lemus, joven actriz nacional.

Lola Prado, que actúa en las compañías de revistas.



Otra interesante pose de Lola Prado.
Fots. Bixio y Cía.



Fontanares
PRECIO CON IMPUESTO AL CONSUMIDOR
30
CENTAVOS

Cuando en los mejores Clubs se prefiere una marca de cigarrillos...

¡Por algo será!



Quince años entre los caníbal(
de Nueva Guinea

La escritora inglesa Beatrice Grimshaw, describe las costumbres de estos salvajes, entre los cuales estuvo a punto de perecer devorada.



DESPUÉS de quince años pasados entre las tribus de caníbales más feroces, en Nueva Guinea, ha vuelto al mundo civilizado la eminente escritora Beatrice Grimshaw.

Nueva Guinea, como todos sabemos, es la isla más grande que se conoce después de Australia, situada entre esta última y el Ecuador.

Miss Grimshaw ha escrito varias novelas llenas de aventuras fantásticas, y no sería difícil que ahora dé a luz otras, aprovechando las aventuras y percances sufridos durante su estada entre los salvajes, para dar a las mismas ese color que, a pesar de ser real, parece producto de la fantasía.

Aunque miss Grimshaw es relativamente joven, su cabello blanquea ya a causa de la lucha sostenida y de las privaciones sufridas. Es alta, robusta y bien constituída; en una palabra, una figura impresionante y formidable.

"Toda mi vida — dice — he buscado lugares raros, salvajes, donde los hombres no estén tocados por la civilización, y he encontrado lo que deseaba en Nueva Guinea.

El canibalismo está allí en todo su apogeo, porque la isla es inmensa, no está vigilada, y los isleños son los salvajes más primitivos que se conocen. El gobernador inglés siempre les pide que no se devoren los unos a los otros, y los salvajes contestan: "¿Y por qué, si así lo queremos?" Y el gobernador no puede discutir con ellos, porque no comprenden ningún razonamiento.

Estos salvajes realizan incursiones por la noche, apresan hombres y mujeres en sus chozas, llevándolos a su campamento, donde los devoran. Las horribles supersticiones de esta gente les hacen preferir la carne de los vecinos más cercanos, con los cuales están hace tiempo en guerra, a la de las tribus r ás distantes.

Las orgías caníbales se llevan a cabo secretamente en las aldeas, y si algún extraño llegara a curiosear sería muerto.

Los prisioneros son cebados durante un mes. Pasado este tiempo, los salvajes hacen un gran horno cavado en las rocas y dentro de él echan los cuerpos de sus víctimas para asarlos. Otras veces devoran a sus víctimas hervidas, a cuyo efecto tienen un caldero tan grande que cabe dentro de él un hombre entero.

He oído historias en que los nativos rompieron los huesos de sus prisioneros para evitar que se escaparan; y otras, en que pusieron la víctima en remojo un día o dos, para hacerla más tierna, aunque estos hechos no los he podido comprobar.

Dudo que ningún viajero haya visto una fiesta caníbal. Los salvajes tienen esto como el secreto más sagrado para ellos en la tierra. Si un extraño, por casualidad, entrase en una de sus poblaciones cuando se realiza una fiesta, no se le permitiría nunca salir con vida.

Muchas veces se dice que estos salvajes no saben que haya nada mejor que ser caníbales, pero sus métodos y costumbres me han convencido que su conciencia realmente les dice que cometen un gran crimen, y hacen todo lo posible por evitar que la relación de sus fechorías sea comunicada al mundo exterior.

Comen carne humana porque consideran esto el derecho del vencedor en la lucha, y porque creen que la fuerza de la víctima pasa a los que la devoran, si la carne es fuerte y nutritiva. El canibalismo es una especie de religión perversa y endemoniada. Su atracción parece ser terrible.

Con los cráneos de sus víctimas adornan los techos de sus chozas, y hasta he visto algunos salvajes con collares hechos de manos humanas.

El saqueo y el pillaje es el motivo de todas las guerras de unas tribus con otras. Sus peleas son casi siempre con los vecinos más cercanos, de tal manera que toda su existencia está basada en el crimen.

Varias veces — dice miss Grimshaw — me he visto en grave peligro de muerte, entre esa horda de salvajes. Cierta vez un nativo me atacó furiosamente porque le quité una pava de calentar agua que me había robado.

Esta gente es muy fuerte, y al ver al negro, lleno de rabia, atacarme con un cuchillo, consideré que había llegado mi última hora. Pero para salvar mi vida, era necesario conservar toda mi serenidad. Pude atajar su brazo derecho en el aire y sujetarlo por la muñeca; luego, mirándolo fijamente, le dije ‹ decidido: — ¡ o te maldeciré!

Por un mom‹ corazón cesó d durante mi lu tánica conti hombre, que n dría llamarse bestia. Luego, la entonación voz, tan difer lenguaje gutu ellos, tuvo un suavizador so porque, vacilar jó el arma.

Tuve tiempo rrer a mi c‹ buscar un r‹ ante el cual el pófago huyó, p nocen ya su p‹

Otra vez, en mis excursio‹ atravesar un vi ‹ un caníba tando una dar cabra sobre l pojos humanos rias víctimas, con una sed ‹ gre tal, que l tratado de m todo el que se sentara. Yo ‹ tiempo justo p capar y esco en una parte del bosque.

En la mayo los casos, los ‹ les sólo comen enemigo, pero l contrado más ‹ aldea en la cual se comían los unos otros y devoraban los parientes y a que se morían. Los maridos, en eso rajes, hacen un banquete con los c‹ res de sus mujeres.

La magia abunda entre los salva Nueva Guinea, y algunos de los bru cen milagros en el sentido de levan monios y espíritus y causar hechos ‹ temente sobrenaturales. Pueden p la muerte de cualquier hombre mis mente, si se les paga.

Tienen víboras ponzoñosas, adiestr tal manera que las enroscan a su sin ser mordidos y pueden hacer que boras piquen a otros cuando ellos lo Cuando se desea hacer desaparecer u sona, el mago deja la víbora secret en su lecho, y ésta, al encontrarse extraño, lo muerde con efecto fatal

Muchos caníbales practican danzas ticas, ejecutando ciertos movimien‹ ves y rítmicos, que sugestionan al q‹ el baile y le hacen perder la fuerza luntad.

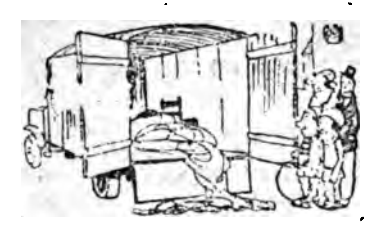
La institución más terrible y rep‹ de toda la isla es la casa de *Nobo*. N persona que haya traspuesto sus u‹ ha vuelto a salir con vida. Se sabe cuanto un hombre entra en esa c muerto por los sacerdotes que la cuid cráneos y huesos son guardados par nar el interior.

A pesar de la lúgubre reputació‹ casa *Nobo*, muchos son los homb‹ cada año la visitan. Su curiosidad el interior es tan grande que no pue sistir la tentación de entrar, aunqu que nunca han de salir. Aquí enco‹ uno de los casos más extraordinari‹ psicología humana primitiva.

(Concluye en la págin‹



Una mudanza





Por ROBERTO MAGILL

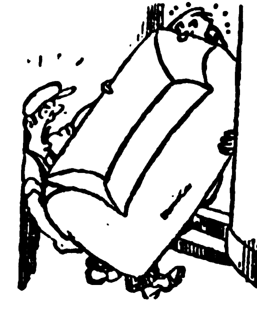
EN los buenos y viejos tiempos la gente acostumbraba a mudarse cada cuatro días. Hoy la única manera de obligarla a ello sería con dinamita. Ni un mejillón se adhiere con más fuerza a la roca que el inquilino a la casa.

Por consiguiente cuando tiene lugar una mudanza todo es apuro, confusión y alboroto, debido a la falta de costumbre.

Hay dos puntos principales en una mudanza: el primero es salir de la casa vieja, lo que parece la cosa más difícil del mundo, y el segundo entrar en la nueva, lo que es más imposible aún.

Lo primero que hay que hacer es buscar quien haga la mudanza. Los hombres que se ocupan de ésto son personas curiosas. Miran desdeñosamente los muebles y parece que sólo consintieran en trasladarlos como una gracia especial.

La víspera del gran acontecimiento vienen a empaquetar las cosas. Tiran los objetos que más apreciamos como si fueran pedazos de carbón, envuelven los relojes en los felpudos y colocan éstos en el guardarropa, sobre nuestro mejor traje. Es inútil que se les diga que tengan cuidado con el florero que nos ha regalado la tía Emilia. Meten dentro de él el atizador y lo acomodan junto con los demás accesorios de la estufa. Pero no rompen nada, por lo que no nos queda el consuelo de decirles que se lo habíamos prevenido.





Al día siguiente se efectúa la mudanza. Los hombres eligen la silla más despanzurrada, el hule que tiene un gran agujero en el centro, la mesa vieja con tres patas, la biblioteca que hizo uno mismo con cajones de kerosén y cretona y todos los más horribles cachivaches que puedan encontrar. Estas cosas las ponen en la vereda para que todos los vecinos puedan enterarse de los muebles que uno tiene.

Después meten guardarropas y armarios en los pasillos más angostos y allí se pasan un buen rato gritando y empujando a más y mejor.

Por fin la casa queda vacía. Se sacude uno el polvo de los zapatos, se pone el sombrero y en marcha.

* * *

Pero sólo se ha realizado la mitad de la tarea. Cuando se llega a la casa nueva hay que empezar a deshacer lo que se ha tardado un día para arreglar.

Nuestra idea es naturalmente poner primero las alfombras, para que encima de ellas puedan los hombres colocar los muebles. Pero mientras uno está mirando, ellos lo han dado vuelta todo y las alfombras están en el fondo.

No queda más remedio que decirnos dónde se quiere exactamente cada mueble y cada pedazo de alfombra... Pero con ésto no habréis remediado nada.

Cuando se van, encontraréis las sartenes y cacerolas en la sala y el piano en el cuarto de baño, mientras que la cama, donde uno desea tirarse un poco a descansar, está en el hall, debajo de las bolsas de carbón.

Después que se ha logrado más o menos poner cada cosa en el sitio que se desea viene lo mejor: la tarea de desempaquetar. Nunca he podido comprender cómo puede sacarse de un cajón tanta vajilla y además paja en cantidad como para llenar tres cajones del mismo tamaño. Para hacer esta tarea es mejor mandar la mujer de compras; si no al ver la alfombra de la sala llena de clavos, pedazos de madera y de papel, empezará a rezongar porque hemos permitido a los peones armar tal desorden.

Cuando he dicho "vajilla", entended algo que lo fué y que actualmente consiste en pedazos de loza más o menos pequeños. El mes que sigue a la mudanza lo pasaréis bajando los cuadros del sitio donde primero se colocaron, componiendo las sillas y demás cosas rotas y recordando cuán linda era la casa que se ha dejado.

Pero de todos modos, ¿para qué explicaros en qué consiste una mudanza? Lo esencial sería hallar dónde mudarse. Si alguien sabe de una casa para alquilar...

La luz y las plantas

SE había creído, hace algunos años, que el exceso de luz producía excelentes resultados en el desarrollo de toda clase de plantas; que la obscuridad era enemiga, en absoluto, de la vida vegetal.

Nuevas y más minuciosas observaciones permiten establecer bases más ciertas acerca de la influencia que ejercen la luz y la obscuridad sobre las diversas especies de plantas.

Esta vez los experimentos se han hecho al aire libre y no en locales cerrados, de modo que la temperatura y el estado higrométrico han sido los mismos para las plantas observadas que para todas las demás. Los rayos solares no fueron interceptados por materias más o menos trasparentes, que hubiesen podido retener ciertas radiaciones, sino por tejidos de hilos opacos separados por mayores o menores distancias según la luz que se quería dejar pasar. Hecho el experimento en tales condiciones, se podía fiar en sus resultados, si éstos eran constantes. Observaciones repetidas demostraron que los resultados no variaban, y, una vez comprobado tal punto, se pudo deducir algunas consecuencias ciertas.

Contra lo que se creía, la obscuridad es favorable al desarrollo de las plantas en general, durante el primer período de germinación y crecimiento. Varias plantas echan mayor número de hojas en un ambiente obscuro que en plena luz; pero no sucede lo propio con los frutos.





Quince años entre los caníbales en Nueva Guinea

(Conclusión de la página 44)

La casa *Nobo* está construída como una fortaleza o como una prisión, y la solidez de sus muros es admirable. Parece que los mismos salvajes se empeñan con toda energía en la más perfecta construcción de estas casas de misterio y muerte.

Una de las cosas que más me ha llamado la atención ha sido la inteligencia y gusto artístico que esta gente demuestra en la decoración de sus casas y de sus bailes. En algunos bailes hacen adornos verdaderamente bonitos, hechos de plumas de aves del paraíso, colocados sobre la cabeza en forma de cola de pavo real.

Algunas de sus danzas, en las cuales participan hombres y mujeres jóvenes, son de un carácter muy licencioso e inmoral y los misioneros hacen grandes esfuerzos por suprimirlas.

Uno de los grandes misterios de Nueva Guinea es la existencia de una raza de hombres llamados "negros píos", por tener el cuerpo cubierto de manchas blancas, que se destacan sobre el fondo negro. Son llamados *Motu Motu* y viven en las inmediaciones de la bahía de Hood. Algunos exploradores opinan que estas manchas son causadas por el gran consumo de pescado que hacen los naturales, y parece que toda es gente de una salud a toda prueba.

Los habitantes de esos lugares son muy traicioneros. Pretenden ser amigos por días y semanas, para poder matar a su víctima cuando ésta, confiada, se encuentra sola con él.

Yo siempre llevaba armas de fuego, durante mis viajes por el interior, pero en la costa es diferente, porque las autoridades de los países extranjeros velan por el orden y tranquilidad de sus súbditos.

Estando de viaje por el interior, nunca me he preocupado si había salvajes o no, porque las matanzas son entre ellos mismos, y sólo es peligroso encontrarse en uno de sus festines.

La mujer es muy desgraciada y pasa una vida muy cruel en esos lugares. Se convierten en esposas a cambio de cerdos, brazaletes o cuentas de vidrios, pagadas a sus padres. Siete lechones se considera un buen pago por una esposa joven y fuerte. Si resulta mala o no da satisfacción, su esposo la castiga y hasta la mata. Muchas veces, el esposo, enfurecido, come el cadáver de su esposa, y nadie tiene nada que objetar.

Por más que parezca raro, las niñas son las que hacen la propuesta de matrimonio. Generalmente, cuando tienen unos trece años, los padres las mandan para que se ofrezcan a algún hombre. Si es linda y bien constituída, casi siempre el hombre acepta la oferta. Una vez la mujer en su poder, la manda hacer todo el trabajo pesado y la trata como a una esclava. Cuando muere o queda exhausta, acepta una nueva esposa".

Termina miss Grimshaw diciendo que Nueva Guinea es una isla muy rica y en ella hay un amplio radio de acción, tanto para los que aventuran la vida como para los que aventuran el dinero en grandes empresas.

Cómo se encuentran los fósiles

Todos nuestros lectores saben lo que es un fósil, palabra que por su misma etimología evoca la idea de fosa, excavación.

Se la aplica a todos los objetos de origen vegetal o animal que han permanecido largo tiempo bajo tierra, donde se han petrificado.

Gracias al descubrimiento de esos objetos, y sobre todo, gracias a su estudio, los sabios pueden reconstituir las razas humanas, los animales y las plantas que vivieron antaño en nuestro planeta y que desaparecieron para siempre, dejando, en muchos casos, descendientes cuya anatomía se ha modificado más o menos profundamente en el transcurso de las edades geológicas.

Si examináis una piedra arenosa, veréis en ella huellas de valvas: esas huellas son verdaderos fósiles, lo mismo que las osamentas de animales gigantescos (elefantes, mamouths, rinocerontes, etc.) descubiertas en muchas partes del globo.

Esas osamentas fósiles no eran desconocidas de los antiguos, pero nunca se les ocurrió la idea de que pudieran haber pertenecido a especies animales desaparecidas. Creían que eran restos de hombres gigantescos, error que sólo se disipó a mediados del siglo XVIII.

Cuvier fué de los primeros en estudiar científicamente esos fósiles, reconstituyendo los fantásticos animales que habían poblado la tierra. Acababa así de crear una nueva ciencia: la paleontología.

Hasta estos últimos años, el descubrimiento de fósiles fué dejado al azar. Obreros que cavan un pozo, peones que echan abajo una pequeña colina para establecer una línea férrea, mineros que hacen explotar una cantera, éstos fueron los primeros proveedores de las colecciones paleontológicas. Cuando eran lo bastante inteligentes *como para señalar el hallazgo de fósiles, los sabios ponían manos a la obra,* efectuaban excavaciones metódicas y a veces descubrían verdaderos yacimientos de fósiles.

Ahora, los sabios norteamericanos, que disponen de fondos ilimitados, ya no se confían al azar y eligen las regiones que han dado ya indicios prometedores.

Los yacimientos más ricos están situados en las montañas Rocosas, sobre todo en Wyoming (Estados Unidos) y Alberta (Canadá).

He aquí cómo fueron descubiertos los de Wyoming.

Un buscador de oro que exploraba esa región desierta, acampó una noche en una cabaña abandonada. Al despertarse, notó que las paredes estaban hechas de bloques de piedra puestos unos sobre otros y cuya forma le pareció extraña.

Había hecho buenos estudios primarios y la cuestión de los fósiles no le era completamente desconocida. Cuando regresó a su país dió cuenta de aquéllo a un sabio, emitiendo la opinión de que aquellos bloques bien podían ser osamentas petrificadas.

Puesto al corriente, el paleontólogo tuvo la curiosidad de ir a examinar la misteriosa cabaña y cuál no fué su alegría al comprobar que las aparentes piedras eran vértebras de un dinosaurio, género de reptiles que poblaron la tierra antes de la aparición de los mamíferos, es decir, ¡hace dos millones de años!

Intervino entonces el "American Museum" de Nueva York, organizando una misión científica que en seguida identificó el lugar señalado por el "prospector".

Excavaciones metódicas hicieron salir a luz innumerables fósiles muy interesantes. Dichas excavaciones prosiguen desde hace veinte años y de ese famoso yacimiento proviene el gigantesco esqueleto del "Diplococus" que ha sido objeto de tantos estudios y controversias.

Jacques Dixier.



Cuatro en una

Necesitando una sirvienta, la p
sa Alfonsina Storni se dirigió a
agencia de colocaciones y dijo a l
rectora:

—Necesito una mujer para todo
vicio, y quisiera una que fuese h
da, trabajadora, limpia y educada

—¡Ah, señorita! — contestó la
cargada de la agencia; — entonces
mejor que usted tome cuatro sir
tas. Esas cualidades que usted
nunca se encuentran en una sola.

Confusión

A raíz del desastre de una inund
visitaba una ciudad de provin
gobernador de ésta, y el inten
fué el encargado de pronunciar e
curso de bienvenida.

Pero sin duda, bastante "abata
por su papel importante, el hombr
bucó las primeras palabras de su
ración, y en lugar de decir: "Excel
después del desastre, sabíamos
Vuestra Excelencia estaría con
otros", dijo, con gran asombro d
bernador y los de su séquito:

—Excelencia: Después de la ll
de Vuestra Excelencia, sabíamos
desastre estaría con nosotros...

Reemplazante

Uno de nuestros más conocidos
tores tiene una *adorable nena d*
años y un *muñeco de dos.*

Hace pocos días, el literato y su
posa tuvieron que hacer una visit
dejaron muy recomendado el nene
hermanita.

Al regreso dijo el escritor a su h

—Supongo que durante nuestr
sencia habrás sido una verdadera
má para tu hermanito.

—Sí, papá — repuso la nena;
he pegado dos veces porque no
quedarse quieto.

El menor

Conocidos son los disturbios
gales de un célebre actor a qui
esposa, una verdadera fiera, hace
una vida de perros.

Hace pocos días se lo encontró
rezza en la esquina de su casa.

Llovía a cántaros, y el actor e
hecho una sopa.

—¡Pero, hombre! — le interp
sainetero; — está usted a dos pas
su casa. ¿Por qué no entra ust
ella?

—Es que mi mujer me está es
do — repuso el actor, — y de do
les, prefiero el menor.

¿Proclamó usted hoy, en alguna
la primacía del derecho sobre la
brutal?

CHOPIN



NACIÓ el célebre compositor polaco en Zelazow-Wola, cerca de Varsovia, en 1810. Era hijo de una familia de origen francés y estudió música en el Conservatorio de Artistas de Mérito. Diose a conocer por primera vez en Viena, en 1829, y por lo delicado de su ejecución, el tinte melancólico de sus matices y su diestra mecánica obtuvo, puede decirse, una consagración por parte de la crítica y del público de la culta capital, que había admirado hasta entonces a los más afamados artistas de Europa.

En 1831 marchó a París y allí fué grandemente aplaudido y su fama empezó a extenderse por todo el mundo. Era un maravilloso ejecutante y sus composiciones para piano le dieron universal renombre de compositor.

De constitución débil y enfermiza, de carácter dulce, de una severidad y elegancia aristocráticas en las maneras, no gustaba exhibirse en los grandes conciertos, sino que más bien le placía hacerse oir en los círculos de íntimos. Subvenía a las necesidades de su vida por medio de la enseñanza y era acogido por las damas de la aristocracia con muy marcado interés.

Enfermo casi siempre, hizo en 1838 una expedición a la isla de Mallorca, en compañía de su amiga la escritora conocida con el nombre de Jorge Sand.

El genio de Chopin era elegíaco y se vió sometido a la poderosa influencia del patriotismo.

En todas sus composiciones despunta el timbre sarmata y le lleva, aun a pesar suyo, al recuerdo de las danzas características de su país.

En aquel pequeño cuadro su estilo es siempre elegante y gracioso. Lo sombrío y melancólico luchan con inspiraciones fantásticas y emociones fogosas y producen efectos de gran originalidad.

Sus melodías tienen notas perfectamente originales, pero siempre distinguidas. Gusta de los contrastes y de lo inesperado en la sucesión de los acordes y jamás deja de tener encanto. En los nocturnos, sobre todo, es donde más brilla su soñadora fantasía.

Tiénese de él diversas variaciones entre las que destaca como una de las más bellas la compuesta sobre un tema del Don Juan, y además, nocturnos, mazurcas, polonesas, valses, impromptus, preludios, baladas, dos sonatas, un rondó, un trío para piano, violín y violoncello, dos conciertos para orquesta, algunas canciones polacas y dos cuadernos de estudio que dan la esencia de su estilo y de su modo de tocar.

Su vida es interesante por lo ordenada y tranquila, aunque en ella haya habido, como en la de todo gran hombre, episodios llenos de rareza, cosas imprevistas, decepciones y tristezas.

Su amistad con Jorge Sand es quizá una de las cosas más inexplicables en su temperamento tranquilo, soñador y suave. Su amiga era inquieta, violenta. Y, sin embargo, ambos se llevaron perfectamente de acuerdo y todo el mundo los respetó ante la evidencia de la unión de dos almas de artistas, que se comprendían y se apoyaban mutuamente, y se daban recíproco aliento para crear sus obras, cada uno en su arte, a pesar de la disparidad de caracteres y de la diferencia fundamental que había entre la vida de uno y de otra.

Pero ya que mencionamos este episodio para decir que es algo de lo más extraño que hay en su vida, no por el hecho de que Jorge Sand lo hubiera buscado, cosa nada rara desde el momento que, como lo dijimos antes, Chopin era el tipo masculino que la mujer construye en su imaginación cuando sueña con amores apacibles y tranquilos — un ser bello, elegante, delicado, artista, humilde y famoso — sino por el hecho de que el maestro, de una voluntad férrea para el orden y el trabajo se plegara durante un tiempo a la vida andariega de su amiga, diremos también que el episodio es muy digno de un artista. Chopin quizá no sintió agrado por las mujeres que eran sus alumnas por tenerlo a su lado. Y se enamoró de aquella extraña mujer que se vestía con traje masculino, que usaba un seudónimo masculino y que exigía a todos que se olvidaran de que estaban tratando con una mujer; que lo acompañaba vestida de hombre, en sus paseos nocturnos, que era osada, fuerte, inteligente, y bajo todo eso, profundamente artista también.

La Jorge Sand que andaba por las calles de París del brazo de los escritores y de los músicos, no era, sin duda, la íntima, la que hacía llorar con sus héroes y sus heroínas, la que interpretaba tan dulcemente en sus libros el alma de las enamoradas cándidas y tímidas y de los fervorosos amantes románticos. Esa fué, sin duda, la Jorge Sand que subyugó al músico genial e hizo que el hombre amara a la mujer.

De ahí que el episodio pierda mucho de inquietante cuando se lo considera bajo ese aspecto y se convierte en un romance natural, con su poco de poesía y su buena parte de ingenuidad.

Durante el tiempo que duró esa amistad no dejó, sin embargo, Chopin, de trabajar con el entusiasmo y la dedicación que en un principio había puesto en la tarea de dar forma armoniosa al sonido. Era profundamente trabajador. Su producción no es vasta, no se puede decir que fuera fecundo y que haya dejado una de esas enorme listas de títulos de obras, pero dedicaba largas horas a cada una, aunque no se sentara a escribir y estuviera así largo tiempo ensayando acordes, escribiendo y borrando. Por el contrario una vez que se ponía a trabajar y a poner en el pentagrama las melodías que había imaginado, era más bien rapido.

Pero en lo otro, en imaginar precisamente, era en lo que más se ocupaba. Paseando a veces con aire distraído. Sentado en un sillón, medio perdido en la penumbra de su estudio, se pasaba las horas enteras como dormitando.

Al levantarse no era mucho lo que había hecho; a lo sumo estaba planeado un acorde, un trozo rápido, las primera notas de una partitura que seguiría creando al día siguiente, pero era aquel un trabajo genial. Una y mil veces había desechado y aceptado una forma, la había corregido, cambiado, atormentado vigorosamente, machacado en una palabra, hasta darle la agilidad, la dulzura y la pureza que perseguía. Cruzado de brazos, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, inmóvil, el genio estaba trabajando. Y al levantarse la fatiga lo vencía. Su naturaleza débil estaba un poco más resentida. Así creando sus músicas estupendas fué acercándose poco a poco a la muerte.

UIERE USTED VIVIR N SIGLO Y MEDIO?

publicista francés M. Finot el iere antes de llegar a tener cien rque le da la gana.

o de esta aseveración, escribe: in hipocondríaco, tratado por el nault, al que éste aconsejó que todas las noches en la pared las palabras: "¡Soy feliz!" tras de ía irse a acostar y entregarse al la imaginación fija en la fra- A las pocas semanas de este atamiento, la idea de felicidad igado en el espíritu del enfermo". se infiere que bastaría poner an- i de los humanos esta sentencia: ·ciento cincuenta años!", para liatamente empezase a bajar en undo la cifra de mortalidad.

las deducciones de M. Finot: ıé — dice — no hemos de inten- por autosugesión, en vez de mo- ı misma causa?... La verdad es íamos mucho adelantado para si trajéramos a nuestra imagi- mayor número posible de ejem- ongevidad robusta y saludable. odo, nos iríamos acostumbrando o a admitir la posibilidad de vi- cien años.

i paradójico, pero es lo cierto pleáramos debidamente las fuer- estro espíritu, ellas nos presta- rtantes servicios en esto de la ón de la existencia.

pronto, no cabe duda, de que la ción mal dirigida acorta la vida. z que franqueamos los linderos l madura nos empezamos a enve- vale la palabra, con la idea, o ocupación, más o menos constan- se apresura nuestro fin.

os la fe en nuestras fuerzas, y, secuencia, éstas nos abandonan. s tan poco razonables, al desmo- , aceleran la marcha destructo- vejez y de la muerte.

Pues bien; lejos de entregarnos al enemigo, hagámoslo frente, afrontando el peligro con el sereno juicio del que sabe a qué atenerse en tales cuestiones, avancemos como en terreno conquistado, y si no logramos vencer por completo a la muerte, extenderemos los límites de la vida poniendo trabas a los destrozos de las enfermedades.

Ha de tenerse presente, en efecto, que las dolencias que pudieran haber sido evitadas, así como los malos hábitos adquiridos durante la juventud, restan de la vida humana muchos más años de los que se necesitarían para llegar a centenario.

La ciencia de la vida es, pues, el arte de usar de ella de un modo racional para alargarla más allá de lo ordinario.

Las personas que se contentan con maldecir de sus años conforme estos van aumentando, aproximándolas al fatal desenlace, me recuerdan al pródigo que llora ante el gasto forzoso de unos céntavos, mientras arroja el oro a manos llenas".

M. Finot infunde a la humanidad nuevos alientos, añadiendo que si logramos tirar buenos y sanos hasta cumplir los ochenta años, el doblar al parecer casi infranqueable cabo del siglo es cosa de todo punto fácil, a condición, naturalmente, de que haya con qué vivir. Oigámosle:

"A partir de los ochenta años, cuanto más viejos somos menos poder sobre nosotros tienen las enfermedades. En otros términos: después de pasar de esa edad crítica, aumentan en el hombre las probabilidades de morir de muerte natural, esto es, de cruzar los linderos de la centuria. La razón de ello es muy sencilla: el hombre necesita, frecuentemente, ochenta años de experiencia para saber gobernar con acierto las condiciones de su organismo".

Por desgracia para M. Finot, él no pudo aprovechar de sus sabias enseñanzas, pues falleció hace poco, cuando apenas había pasado el medio siglo.



Curiosidade

Un riel de hierro resiste un servi de diez y seis años, y uno de ace cuarenta.

* * *

La mayoría de los gatos de la Libe poseen una pelambre de vivo color ro

* * *

La taquigrafía se conoce desde el 1600 de la era cristiana.

* * *

Se nos asegura que hay un hom en la provincia de Buenos Aires que, buena fe, cree que el actual gobie entregará sus cuentas al día.

* * *

La seda es tan barata en Madagas que aun las personas más pobres vi trajes confeccionados con este mate

* * *

Los elefantes sólo tienen ocho dien cuatro arriba y cuatro abajo, form do dos grupos de a dos, en cada lad la boca.

* * *

Los chinos viven por término m mucho más que los habitantes de o naciones.

* * *

Los bancos de coral crecen muy l tamente; un sabio alemán dice que aumentan treinta centímetros próxi mente cada cien mil años.

* * *

La plaza Monserrat, en Buenos Ai fué antiguamente plaza de toros.

Novedades científica

The *Observer*, de Londres, comu el descubrimiento hecho por el tor R. A. Millikan, director del Lal torio de Física en el Instituto de fornia, de una nueva radiación poderosa que los rayos X, puesto sería cien veces más penetrante. E investigaciones, de naturaleza esen mente técnica, han llevado al doctor llikan a la conclusión de que realn existen unos rayos de longitud de ínfima, debidos, al parecer, a la d tegración de los átomos durant transmutación. El doctor Millikar llama por el momento "rayos pene tes". El señor Contremoulin, radi del Hospital Nécker, dice que esos yos ultrapenetrantes serán más pel sos que los hasta ahora conocidos. que si su fuerza de penetración e que atraviesa los cuerpos sin p ni las más pequeña cantidad de gía, podría ocurrir que fuesen ino vos por causa de su potencia mis

* * *

La revista inglesa "The Motor" de relieve las cualidades que el vidrio flexible que ha sido inve por sabios austriacos. La revista a que el citado artículo es particular apropiado para los parabrisas.

PARAGÜITA Y MIQUELINO



















PERDIDO EN EL AFRIC

Por ERIC W. TOWNSEND



—Este es un país terrible! — exclamó Peter Winton, al detenerse para cobrar aliento después de una fatigosa ascensión por la empinada cuesta de una barranca, y tenía motivos para encontrarse disgustado. Durante varios días anduvo errante en busca de trabajo, y a pesar de que en las últimas ocho horas visitara ya tres chacras, le había sido imposible encontrar ocupación. En todas ellas le agradecían su ofrecimiento de servicios, pero lo trataban con desprecio.

—¡Es un joven idiota que acaba de llegar de Inglaterra y que ni siquiera sirve para manejar un carro de bueyes! — era la frase más amable que hasta ese momento escuchara de labios de las personas a quienes acudiera.

La tarde no estaba aún muy avanzada, y el calor era sofocante; tenía los pies doloridos y su bolsa de vituallas le pesaba como si tuviera en ella una tonelada; pero, de los males, eran esos los menores, pues sufría una sed terrible, abrasadora. Los terrenos que acababa de atravesar estaban secos y quemados por el sol, que parecía una brasa de fuego.

Levantando la mirada alcanzó a divisar a una distancia de dos millas más adelante, una mancha verde y una casa blanca. Era Kleinfontein, la cuarta y última de las chacras para las que tenía cartas de recomendación.

—Si no puedo conseguir trabajo aquí — dijo Peter desesperado, — habré terminado.

Prosiguió pesadamente su camino y cuando había recorrido la mitad del trayecto, vió a un hombre que trabajaba en un campo de avena, y a él se dirigió, formulándole sin preámbulos una pregunta.

—¿Es usted el señor Haythorne?

—¡Sí! ¿Qué desea? — le preguntó el desconocido a su vez, que representaba ser un hombre de edad madura, con la tez bronceada por el sol, pero en cuya fisonomía se dibujaba una expresión de fatiga y aburrimiento que no era capaz de esconder la sonrisa imperceptible con que pretendía disfrazarla.

—¡Trabajo! — dijo Peter, en tono fatigado, repitiendo el pedido que hiciera antes en tres ocasiones.

—¡Trabajo! — repitió Haythorne con amargura. — Mi buen amigo, apenas si puedo conmigo mismo, cuanto más tomar personas extrañas.

Pero algo en la fisonomía de Peter lo hizo *reconsiderar su decisión y pensar* de nuevo.

—*Vea, lo que puedo darle* es comida y cama. Váyase a la casa y dígale a mi hijo que yo lo mando.

—Es usted muy bondadoso — repuso Peter encaminándose hacia el lugar que le indicara, pero; a pesar de estar agradecido, su espíritu pareció decaer más que nunca. Era inútil. En ese país no había trabajo, y comenzaba a desear que jamás se le hubiera ocurrido la precaria idea de salir de Inglaterra. Habría sido mejor que aceptara el puesto que se le había ofrecido en la oficina de su tío, pues, como quiera que sea, habría estado ganando algo. Allí, en cambio, parecía como si estuviera destinado a perecer de hambre. Se tanteó los bolsillos y extrajo un puñado de monedas. No tenía más que siete chelines y unos peniques; eso, aparte de su atado y de su bastón de caña, era todo lo que poseía en este mundo.

Tan abstraído se encontraba en su meditación que apenas si se daba cuenta hacia dónde marchaba, hallándose de pronto frente a un alto alambrado de púas que le cerraba el paso. Como no había tranquera alguna en las inmediaciones comprendió que tenía que saltarlo o caminar a lo largo hasta uno de sus extremos. De las dos alternativas, ninguna le satisfacía, y entonces pensó en atravesarlo, para lo cual tiró su atado por encima hacia el otro lado, y pasando el bastón por entre los alambres, los abrió lo suficiente como para dejarle paso.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo? — Peter oyó una voz que le gritaba desde lejos, y levantando la vista vió a un joven sentado sobre una parva a cien metros de distancia, y que agitaba los brazos. — Retírese de ahí, pedazo de idiota. ¿Usted no es capaz de reconocer un corral de avestruces cuando ve uno?

Peter miró a su alrededor y divisó a varios de esos animales, y aunque no comprendía por qué no debería cruzar el corral, creyó que tal vez el hombre tuviera razón y se disponía ya a retirarse, cuando alcanzó a ver a uno de ellos, de enorme cuerpo, corriendo detrás del joven que estaba en la parva. A pesar de que no conocía el país, supuso que cuando el animal perseguía al joven, era porque tenía intenciones de hacerle daño, y entonces le gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Cuidado, que hay uno que lo persigue!

El joven dió vuelta la cabeza, vió el avestruz y corrió en dirección al alambrado, pero a cada paso que él daba, el avestruz daba dos, ganando considerable ventaja. Con sus pequeñas alas extendidas, su cuello largo echado hacia atrás, y el pico entrea-to, ofrecía un aspecto poco agradable.

Peter se dió cuenta de que el otro no podría llegar al alambrado antes d alcanzado y, sin titubear, tomó su que era de roble y corrió en su aux

El joven se acercó corriendo en la ción donde él se hallaba y le gritó:

—¡Cuidado! ¡Puede dar cuenta d otros dos!

El avestruz, que ya casi lo alcanza taba tan atento a darle caza que n Peter, quien, acercándose por un descargó un fuerte golpe con su ba el cuello del animal. Poco después bre la tierra arcillosa, endurecida abrasadores rayos solares, con una que por poco le quita el conocimie ciéndole largar el bastón que fué a cierta distancia. Quedó en el suelo si respirar ni moverse, *pero el avestr* bién había caído y *estaba batiendo* minutas alas.

El joven incorporóse prontamente, rrando el bastón que dejara Peter, c a golpear al avestruz, que bregaba nerse de pie, pero como había recil ficiente castigo, no pareció necesita se escapó corriendo con tanta rapid se acercara.

—¿Cómo está muchacho? — le el joven con un dejo de ansiedad e de su voz.

—No muy mal — le contestó Pet

—Me alegro; ha tenido usted cor acercársele a ese bruto traicionero! bría alcanzado si usted no hubiera nido en la forma que lo hizo en n oportuno. — Y ayudando a Peter a se de pie, preguntó: ¿Como se llan

—Peter Winton.

—Y yo Joe Haythorne, y vivo en casa — agregó, señalando a Kleinf

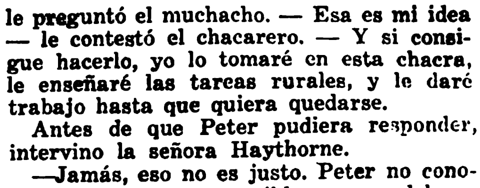
—Ya lo sé — repuso Peter. — Ac hablar con el señor Haythorne, qu dijo que fuera a la casa, pues podrí allí la noche.

—¡Claro que puede! Y muy conte que se quede. Pienso que usted acaba gar de Inglaterra.

—Sí, hace sólo un mes que me enc aquí, y aunque he acudido a varias en busca de trabajo, nadie parece qu

—En estos momentos las cosas n bien — confesó Joe, mientras ambos rigían en dirección a la casa — y n nos encontramos en peor situación q de cuatro — agregó amargamente. mero tuvimos granizo, y ahora la se tá haciendo estragos. Después tene diamante... — y se detuvo súbit Peter tuvo la intuición de que no hacer preguntas indiscretas.

La casa era amplia y bien constr ro con escaso moblaje, lo que le d



tender a Peter que sus propietarios no pasaban por momentos de abundancia. Joe lo presentó a su madre, que era una bondadosa mujer, así como también a su hermanita y otro hermano.

La madre de Joe le sirvió una taza de te a Peter, que luego fué a ayudar al joven a ordeñar las vacas.

—Usted puede trabajar perfectamente — le dijo en tono aprobatorio cuando volvieron de regreso para cenar. — Yo le diré a mi padre que haríamos bien en quedarnos con usted, aunque no podemos hacerlo actualmente.

—Trabajaré por la casa y la comida — dijo Peter.

—No es posible, Winton. Nos cuesta trabajo alimentarnos nosotros mismos. Es una vergüenza, pero si no fuera por... — y nuevamente se detuvo, dejando a Peter con más curiosidad que nunca.

La cena fué muy frugal y sencilla, pero Peter se hallaba demasiado hambriento para hacer reparos, sintiéndose contento de poder hallarse entre personas cultas, y comenzó a contarles su historia.

Habían apenas terminado de cenar, cuando se oyeron pesados pasos en la terraza, acercándose un desconocido. Era un holandés de alta estatura, de cara amarilla y ojos astutos. Todos dejaron de hablar de inmediato.

—Buenas noches, señor Doorn — le dijo Haythorne formalmente. — ¿Quiere tomar una taza de café?

—No; no quiero nada — contestó el otro en tono agrio. — He venido a hablar con usted acerca de... ya sabe usted lo que es.

Ambos se dirigieron a la habitación del frente, y entretanto, Joe le dijo en voz baja a su madre:

—Viene por el diamante. — La señora hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y nuevamente Peter se sintió invadido por una viva curiosidad. Hasta ellos llegaba el murmullo de conversaciones a través de la puerta cerrada y luego el ruido de una silla que era empujada.

—¿Entonces no quiere vender? — llegó la voz aguda y áspera de Doorn.

—No, por el precio que usted ofrece — le contestó Haythorne en tono firme.

—Entonces usted es un tonto. Todos los británicos son tontos, pero usted es el más grande de todos.

—Cuando usted haya terminado de insultarme en mi propia casa, entonces tal vez quiera retirarse — le dijo el chacarero. La puerta se abrió de pronto y Peter vió al señor Haythorne que aparecía con el ceño fruncido y mirada encolerizada.

—Muy bien, me iré — rugió Doorn, — pero le aseguro que lo lamentará.

—Usted lo lamentará aún más si no se apresura — exclamó Joe, dando un salto hacia adelante, con los ojos fulgurantes, que hicieron amedrentar al holandés, quien optó por retirarse.

—Bueno, ahora la manteca está en el fuego — dijo Haythorne amargamente.

—Y no ha de ser peor de lo que fué — le contestó el hijo en tono reconfortante. — No piense más en ese holandés; vamos a dar cuerda al gramófono.

A pesar de todo lo ocurrido, Peter pasó una velada agradable con esas personas bondadosas y durmió como un topo en su cama improvisada. Pero al despertar por la mañana, y recordar que debía, una vez más, iniciar su interminable búsqueda de trabajo, sin esperanzas de hallarlo, el corazón pareció caérsele a los pies.

Durante el desayuno todos permanecieron en silencio, y cuando Peter se disponía a partir, se dirigió al señor Haythorne, y le dijo:

—Le agradezco mucho por haberme cobijado esta noche, pero ha llegado el momento de decirles adiós y proseguir mi camino.

—Yo desearía poderlo ayudar — le dijo la señora.

—Y yo también — le contestó Peter, tratando de sonreir; — pero comprendo las razones que ustedes tienen para no hacerlo.

—¡Un momento! — exclamó el señor



Haythorne, en forma tan súbita que Peter se estremeció. — He estado hablando con Joe, y hemos decidido hacerle una oferta. No, no se trata de trabajo aquí; pero tal vez sea un medio de conseguirlo. Tome asiento, y le explicaré de qué se trata.

Peter se sentó con el corazón latiéndole fuertemente, y pareciendo querer saltársele fuera del pecho.

—Usted oyó lo que Doorn dijo anoche — comenzó a decirle el chacarero. — Anda en busca de un diamante, que me fué regalado por un kaffir a quien le presté un marcado servicio. Lo salvé de las garras de un león, y hace unas semanas, en el momento de morir, me mandó a buscar para entregarme la piedra preciosa. Es muy fina y su valor es muy grande. Doorn lo supo, y comprendiendo que yo debería enviar el diamante a Capetown, me vigiló con cautela. Además me ofreció cien libras esterlinas cuando su valor real es de dos mil. ¡Sí, dos mil libras! Sólo con mil podría arreglarme fácilmente, permitiéndome continuar con mi chacra y tomar el personal que en realidad necesito. No es probable que yo le vaya a permitir a ese holandés que me lo robe. — Se detuvo y contempló a Peter fijamente.

—¿Usted quiere que yo se lo lleve? — le preguntó el muchacho. — Esa es mi idea — le contestó el chacarero. — Y si consigue hacerlo, yo lo tomaré en esta chacra, le enseñaré las tareas rurales, y le daré trabajo hasta que quiera quedarse.

Antes de que Peter pudiera responder, intervino la señora Haythorne.

—Jamás, eso no es justo. Peter no conoce los peligros y es posible que aquel hombre intente hasta asesinarlo.

—Correré todos los riesgos, señora — se apresuró a responder Peter. — Me parece una buena oportunidad, y, además, jamás nadie podrá sospechar que una persona como yo pueda llevar un diamante. Por otra parte, el hecho de que se me confíe una piedra de semejante valor, servirá de incentivo para luchar lo más que pueda.

—Ese es el verdadero espíritu del hombre — dijo el chacarero calurosamente. — Tenemos esta oportunidad, y seríamos muy tontos si no la aprovechásemos. ¿Dónde piensa esconder la piedra?

—Creo que mi bastón es el mejor lugar, señor — repuso Peter. — Si usted pudiera quitarle el regatón, hacer un agujero en la madera, y esconder la piedra dentro de él, creo que quedaría resuelto el problema.

Así lo hicieron, y poco después se ponía en marcha, caminando toda la mañana a paso apresurado.

Al mediodía se encontraba Peter ya entre las colinas, y su espíritu parecía levantarse, pues presentía hallarse fuera de peligro, y como sintiera apetito se cobijó bajo la sombra de un enorme árbol para almorzar. Había traído suficiente alimento para dos días, y pensaba pasar la noche al aire libre, pues le habían aconsejado que evitara las casas. Pero de pronto llegó hasta sus oídos un suave ruido, y mirando a su alrededor vió a un kaffir que marchaba por el valle, y aunque era ya un hombre de edad y parecía ser inofensivo, Peter no se dejó ver esperando hasta que desapareciera.

Durante toda esa tarde anduvo por terrenos agrestes, sin ver otra cosa que una serpiente y algunos monos; más tarde, el sol comenzó a descender en el horizonte y entonces dedicóse a buscar un lugar adecuado para acampar; no tardó en descubrir una pequeña caverna, situada detrás de un angosto "kloof", pero tuvo que perder más de una hora buscando ramitas para encender fuego, pues aunque conocía poco de las condiciones de vida de Sud Africa, sabía lo bastante para comprender que debía mantener el fuego encendido durante toda la noche, porque si bien es cierto que ya los leones no se encuentran en esa parte del territorio, en cambio abundan los leopardos. Encendió una buena fogata, desarrolló su manta de viaje y cenó.

Los chacales que merodeaban llenaban el aire con sus rugidos, y también producíanse de cuando en cuando otros ruidos que no sabía a qué atribuir, y como se sentía solitario, tardó algún tiempo antes de que pudiera conciliar el sueño.

Cuando despertó era ya de día, poniéndose de pie de un salto. Todo se hallaba en la misma forma que lo dejara la noche

anterior, y después de haber tomado un ligero refrigerio, salió para asegurarse de que no se veía ningún ser viviente por los alrededores, cuando de pronto notó huellas de pisadas en el suelo arenoso, que no le pertenecían, pues eran de un pie descalzo.

Peter pensó en seguida en el kaffir que había visto el día anterior, y comenzó a sentirse intranquilo; sin más demora tomó su precioso bastón y mirando el mapa para orientarse, salió de la caverna para proseguir la marcha. De cuando en cuando se detenía paseando sus miradas por los contornos, pero sin poder divisar a persona alguna, y así llegó hasta creer que él era el único ser viviente que quedaba en ese mundo yermo. Al llegar el mediodía, ya su espíritu habíase normalizado de nuevo, hallándose sólo a ocho millas de la estación Boxton, donde pensaba tomar el expreso nocturno. Como el tren no debía llegar hasta las 10 y 30 de la noche, Peter resolvió esperar a que el sol se ocultara para reanudar la marcha.

De pronto, oyó detrás de él el ruido de cascos de caballos, y abandonando el camino buscó refugio entre unos espesos matorrales, alcanzando a percibir la silueta de dos hombres que pasaban, pero sin poder identificar sus fisonomías, por la escasa luz. Su primera impresión fué la de que se trataba de chacareros o colonos que iban a la ciudad, y tan pronto como se perdieron a la distancia, volvió a emprender la marcha. No tardó en encontrarse sólo a un kilómetro de distancia del pueblo, alcanzando a distinguir sus luces. Apresuró el paso, y un poco más adelante notó que el camino se perdía en un río.

Detúvose a su orilla para escuchar y mirar a su alrededor, pero como todo se hallaba sumido en el más profundo silencio, descendió rápidamente la barranca.

DESCUBIERTO

El lecho del río estaba seco y enormes piedras diseminadas por todas partes en el cauce. A Peter no le agradó el aspecto de esas rocas, y decidió buscar un lugar más hacia el oeste donde hubiera un paso más expedito, por el que atravesó sin novedad, volviendo hacia el camino, y disponíase ya a proseguir la marcha a paso acelerado cuando percibió un suave murmullo y unos quejidos que partían de algún lugar a su derecha. No pudiendo reprimir su curiosidad, exclamó:

—¿Quién es? — y una voz dolorida le contestó:

—Yo, patrón. Me ha mordido una serpiente.

Peter, sospechando que se tratara de una emboscada, asió fuertemente el bastón, y salió con cautela fuera del camino, dirigiéndose hacia unos arbustos de los cuales habíale parecido que provenía la voz, para encontrarse con un kaffir que se quejaba lastimeramente, y que tenía una cuerda fuertemente atada en una pierna, que parecía muy hinchada.

—¡Pobre hombre! — exclamó Peter compadecido. — ¿En qué puedo serle útil?

—¿Tiene un poco de aguardiente, patrón? — le preguntó el hombre.

Peter poseía un frasco que los Haythorne le dieron para casos de emergencia, y como lo tenía en su paquete, se preparaba ya a sacarlo, cuando de pronto una manta cayó sobre su cabeza, un par de brazos lo sostuvieron y sintióse caer al suelo.

Su sorpresa fué indescriptible, y antes de que tuviera tiempo siquiera de defenderse, un hombre corpulento lo sostenía con fuerza hercúlea, clavado en el suelo.

—¡Esta vez lo hemos atrapado! — dijo una voz en tono burlón, y que él reconoció como perteneciente a Doorn. — Hans, átale las piernas mientras yo lo sostengo.

Imposibilitado para moverse, Peter fué atado de pies y manos; después le quitaron la manta con la que le cubrieron la cabeza, encontrándose acostado en el suelo polvoriento y contemplando a Doorn y otro holandés de cara adusta.

—*¿Dónde está la piedra?* — gritó Doorn.

—¡Encuéntrela! — repuso Peter en tono de desafío.

—Es mejor que lo confiese — le amenazó Doorn, — porque será peor para usted si no lo hace.

Peter guardaba silencio; ante su obstinación Doorn tomó un látigo de montar, con lonja de cuero, y agregó amenazante:

—Le daré una buena dosis de esto, si no habla.

—Debe tenerla consigo — interpuso el otro. — Revisémoslo; es la forma más rápida de dar con el diamante.

Doorn, aunque con disgusto, aceptó la proposición, comenzando entre ambos un minucioso registro en sus ropas y su paquete, como un par de detectives aduaneros que buscaran contrabando, pero no encontrando lo que buscaban, Doorn se encolerizó.

—¡La tiene escondida en alguna parte — rugió — y juro que se la sacaré así tenga que desollarlo vivo! ¡Retírese un poco, Hans!

—Espérese un momento — le interrumpió Hans. — Todavía no hemos revisado esto — y mientras hablaba recogió el bastón de Peter, quien no pudo reprimir un leve estremecimiento que no se escapó a los ojos de Doorn. ¡Eso es! — exclamó con aire de triunfo. — Lo he visto estremecerse. Veamos el mango.

Hans revisó el mango pero no tardó en convencerse de que nada había en él. — Entonces estará en el otro extremo — agregó en tono confidencial. — Y púsose a sacar el regatón, gritando poco después: — ¡Ya se lo había dicho! — mientras extraía el pequeño paquete y lo desenvolvía.

—¿Lo tiene usted? — gritó Doorn.

—¡Sí, aquí está! — exclamó el otro haciendo un gesto mientras mostraba algo que brillaba a la luz de las estrellas.

—¡Entonces, vámonos! — dijo Doorn, que a la par de su compañero, se hallaba poseído de una gran excitación.

Sin prestar la menor atención a Peter, ambos se apresuraron a retirarse, y pronto Peter puso oído al ruido que producían los cascos de caballos en el camino al galopar alejándose.

Las cuerdas con que había sido sujetado, se le estaban entrando en las carnes, pero se sentía demasiado afligido para sentir el dolor. Había fracasado y con su fracaso, arruinado no sólo su porvenir sino también a las bondadosas gentes que depositaran en él su confianza y también sus esperanzas para salir de una situación apurada. Se sentía tan abatido, y su espíritu estaba tan decaído que ya no se le importaba lo que pudiera ocurrirle.

Pero Peter no era de esas personas que se dejan dominar por el desaliento, y pasados los primeros momentos, una viva reacción apoderóse de él, acompañado de un sentimiento de vergüenza por su fracaso.

—¿Será que no valgo más que un niño? Pero debo recuperar la piedra, cueste lo que cueste, y he de hacerlo. Preocupado estaba con estos pensamientos cuando oyó un suave ruido, alcanzando a ver al kaffir que le hiciera aquella mala pasada, y que trataba de escapar.

Por un instante Peter bregó inútilmente por zafarse de las ligaduras, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos, y entonces recordó que se hallaba cerca del camino y comenzó a dar gritos pidiendo socorro, pero los minutos transcurrían y nadie se acercaba; además, el pensamientto de que cada segundo que pasaba Doorn se hallaba más lejos, parecía tornarlo loco de desesperación.

De pronto le pareció que alguien se acercaba por los matorrales, y volvió a lanzar gritos en demanda de auxilio.

—¡Ya voy, patrón! — oyó que le decía una voz y poco después una linterna reflejaba su luz en las facciones de Peter, quien, con la consiguiente alcanzó a ver al kaffir que había pasado cerca de él en el "kloof" el día anterior.

—Yo ya lo había oído, patrón — dijo el hombre casi sin aliento — pero he tenido que esperar a que *esos holandeses* se [...]rasen.

—¡Pero, es que ellos tienen el..., e[...]cir, me han robado algo! — exclam[ó Pe]ter con ansiedad. — Suélteme en se[guida] las ligaduras; tengo que perseguirl[os sin] pérdida de tiempo.

—Yo lo dejaré en libertad, patrón[...] no vale la pena que los persiga, p[...] tienen el diamante.

—¡Usted está loco! — exclamó Pe[ter]. ¿Qué sabe usted del diamante, al fi[n y al] cabo?

—Yo conozco toda la historia, pat[rón] — le dijo el kaffir mientras le cortaba [las li]gaduras. — Yo soy uno de los ay[udantes] de Haythorne y lo he estado siguien[do pa]ra asegurarme de que ningún daño [le ocu]rriera. Ya ve que usted nunca tuvo [el dia]mante, y lo que usted llevaba escon[dido en] el bastón era sólo un trozo de vidri[o].

Peter no pudo evitar un movimie[nto de] sorpresa, y preguntó:

—¿Es cierto lo que usted dice?

—Es tan cierto como que la l[una es] nuestro satélite. El joven Joe salió [con el] verdadero diamante tan pronto como [usted] inició su persecución, y si no me eq[uivoco] a estas horas debe estar ya en el t[...]

—¿Entonces yo no serví nada m[ás que] de espantapájaros? — contestó Peter [amar]gamente.

—Yo no sé nada de eso, pero lo [que me] consta es que se ha portado mara[villosa]mente bien, y ha llevado a cabo su [come]tido en forma sin igual, lo cual por[...] conocimiento del patrón.

De pronto el lado cómico de la a[ventura] se le presentó a Peter en la ment[e, y no] pudo evitar de echarse a reir cuand[o pensó] en la cara que pondría Doorn al [encon]trarse con que el diamante que tan [to tra]bajo le costara conseguir era sólo u[n trozo] de vidrio sin valor.



Confidencias

La correspondencia debe dirigir[se a] Atlántida, sección Confidencias, [...] Azopardo y Méjico, adjuntando 10 [cen]tavos por cada palabra. El import[e se]rá devuelto en caso de no ser acep[tada] la confidencia para su publicación.

Júpiter. — ¡Yo!, si con fines rectos [...] hasta mi corazón sediento de ternura. [...]ré única? ¿"Todo, absolutamente to[...] correspondería igualmente.—**Caricias.**

Deseo conocer señorita desinteresada [que] sepa amar con ardor, para hacerme d[...] sa compañera de mi vida. — **Marios R[...]rio.** — (3).

Para Lejana. — Espero un autógra[fo] yo dándome más informes de su per[sona]. Puede usted dirigirlo a A. de C. R. [...] (F. C. S.). Si posible retrato, guarda[ré re]serva. — **Campesino.** — (12).

A Tinita. — Mi mayor felicidad será [sa]ber si todavía me ama como yo la am[o]. **Rubí.** — (1).

Para Nitouche. — Gustosamente es[...] transcriptos en "La Prenza", sección "[Per]sonas buscadas", al día siguiente pu[blica]ción presente en "Atlántida". ¿Hablar[ía] **George Sand.** — (6).

Ansío amor intenso, puro, de "hom[bre] sincero, cariñosísimo, bueno, libre de [...] pasiones y ruines mezquindades. — [...]**ma.** — (2).

Para Nitouche. — Por medio del in[...] "Graham Bell", 4575, estación 33, qued[a en]tendido preguntar por...—**Jorge Julio.**

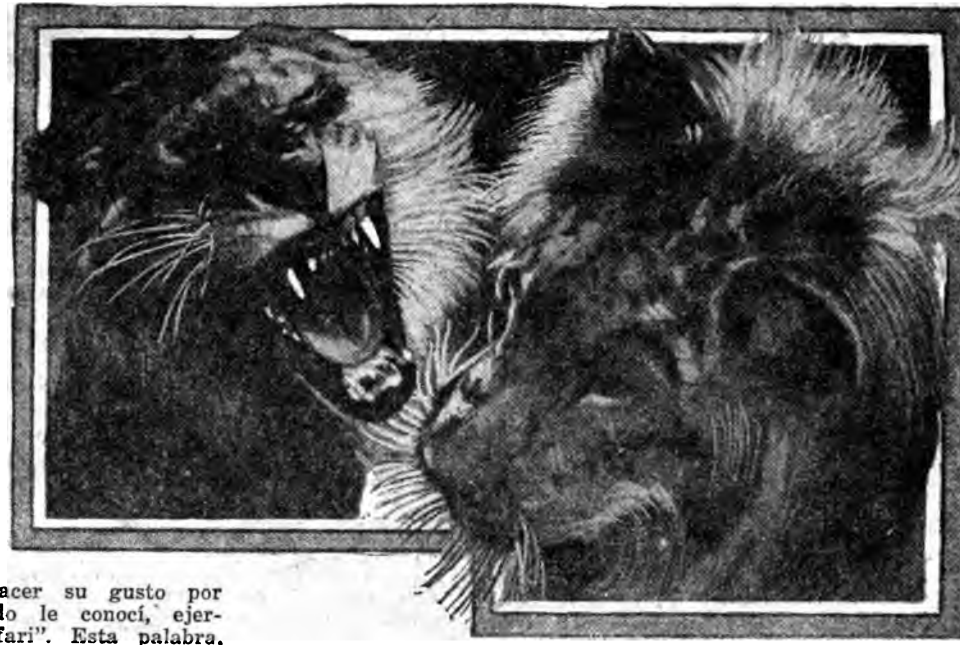
Tengo veinticinco años; quiero una [...]ga tan joven o más que yo; sincera, [...] linda y que, sin tontos convencionali[smos] sociales, ponga en mi vida una not[a de] dulzura y de belleza. — **Lucas Tre[...]** (10).

Escapado de las fauces de un león

UN solo hombre en el mundo puede jactarse de haber sido llevado como presa codiciada por un león y haber salido del terrible caso sano y salvo.

He conocido a ese privilegiado doce años después de su memorable aventura.

Fué en Nairobi, la capital de Uganda, donde trabé relación con James Balfour. Era éste de raza escocesa, alto, robusto y de unos treinta años. Desde los diez y ocho había venido a intentar fortuna a aquellas regiones casi inexploradas y si aún no había realizado su sueño, podía al menos satisfacer su gusto por las aventuras. Cuando le conocí, ejercía el oficio de "safari". Esta palabra, que debe ser de origen hindú, sirve en el Africa Oriental para designar toda expedición cinegética. En cuanto alguien quería preparar una cacería, James Balfour se encargaba no sólo de reclutar los portadores indígenas sino que garantizaba al cliente la aparición de tantos leones, tantos elefantes, tantas cebras, y el precio variaba según la calidad y cantidad exigidas por el rico cazador.



Seis meses después de su llegada a Nairobi, el joven héroe, entonces al servicio de un lord inglés que quería intentar la cría de ganados en las altas mesetas de la región, se encontró en las dramáticas circunstancias que voy a referir.

Su patrón le había encargado de limitar por medio de la brújula el inmenso dominio cuya concesión había obtenido de las autoridades coloniales.

Acompañado de un servidor hindú y con una escolta de veinte indígenas armados con lanzas, hacía plantar postes en línea recta a distancia de varios metros, cuando de pronto surgió de las altas hierbas un león que, arrojándose sobre Balfour le tomó con sus dientes por el cinturón y se lo llevó a rastras.

Esto había ocurrido tan rápidamente que el escocés no tuvo tiempo ni de decir ¡ay! y mucho menos de tomar el fusil que había dejado en el suelo para manejar más cómodamente la brújula.

No perdió el sentido, pero estaba tan sorprendido, que no acertaba a darse cuenta porqué diablos había dejado de pronto de estar de pie, como estaba un momento antes mientras daba órdenes a los indígenas y consultaba la brújula a fin de orientar los postes con los cuales limitaría el campo. Balfour se dió cuenta de que todo esto ya no estaba ocurriendo y que algo extraño pasaba en aquel momento. Pero, decimos, nada podía concretar. Acordóse de sus años de estudiante, cuando a veces en la escuela donde estaba pupilo había sido zarandeado por sus condiscípulos que, arrancándole de la cama, con colchón y todo, lo habían paseado por el dormitorio, para abandonarlo después en un rincón. Fué lo único que se le ocurrió pensar y no acertó a sospechar que estaba en peligro de muerte, que un león se lo llevaba en la boca para comérselo, que se encontraba en un país salvaje, en una selva, y que hasta allí no habrían llegado sus amigos con ánimo de hacerle bromas.

Mientras tanto, el león se lo llevaba tranquilamente, con la misma parsimonia de un perro que regresa del mercado trayendo la cesta del amo suspendida en la boca.

—Debo convenir — me contaba Balfour alegremente — que pasaron varios segundos antes de que me diera cuenta de lo ocurrido. ¿Era yo el que llevaba arrastrando un león?

Felizmente, Balfour llevaba un ancho cinturón de cuero de cocodrilo forrado interiormente de un cuero muy grueso bajo el cual guardaba los cartuchos. Sin esa inesperada protección es probable que los terribles colmillos se hubieran hundido en su vientre.

Un azar providencial intervino para salvarle. El león había ya recorrido al trote unos 400 metros, cuando la repentina aparición de cuatro indígenas que llevaban la comida para el escocés y su escolta, le sobresaltó haciéndole soltar la presa.

¿La dejó para tomar aliento? ¿Esperaba tal vez que le atacasen los recién llegados? Balfour no se hizo más preguntas, y sacando su revólver tiró a quemarropa... ¡y erró el blanco!

Pero el león, asustado por el ruido de la detonación, huyó perdiéndose entre los altos pastizales.

Los indígenas acudieron en socorro de Balfour, pero felizmente éste no tenía más heridas que unos leves arañazos en la cara y las manos, causados al rozar contra las plantas espinosas.

V. Forbín.

Laconismo

EN el segundo tomo de las "Memorias" del famoso explorador Enrique Stanley hallamos la siguiente nota, fechada en 1863, en Brooklyn:

"Alojéme casa juez X..., que estaba borracho. Trató de asesinar a su mujer con una pequeña hacha. Tres veces renovó su tentativa. Yo lo estuve conteniendo toda la noche. A la mañana siguiente, sin poder más, encendí un cigarro en el salón. La esposa llega, me injuria y me hace toda una escena porque fumo en su casa."

¡Cuánto sabor en este laconismo!

ELLA

Por H. Rider Haggard

AUNQUE USTED NO HAYA LEIDO EL NÚMERO ANTERIOR, PUEDE EMPEZAR A LEER HOY ESTE MAGNIFICO RELATO. LO MISMO SE DELEITARÁ CON ÉL, PUES EL BREVE EXTRACTO QUE DAMOS LO HABILITA PARA SABER CUANTO PUEDE INTERESARLE. HE AQUI QUIÉNES SON Y QUÉ HAN HECHO HASTA AHORA LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA.

HORACIO L. HOLLY, profesor de la Universidad de Cambridge, es quien relata los sucesos a que extraordinariamente se vió ligado. Cuando aun estudiaba, dice al principio de su interesante narración, se le presentó una noche en su casa un compañero de estudio, el cual le hizo extrañas revelaciones. En primer lugar, le aseguró que era descendiente directo de un sacerdote egipcio llamado Kalikrates, el cual, cuando la caída de los Faraones era inminente, huyó de Egipto con una princesa. Naufragaron, sin embargo, y fueron a dar sobre las costas africanas, entre una tribu cuya reina hizo matar a Kalikrates. La princesa escapó, y, ya en Atenas, dió a luz un hijo con el cual se inicia la familia que muchos años después aun se perpetuaba en Inglaterra, en la persona de aquel amigo enfermo de Horacio L. Holly.

Ahora bien; este amigo de Holly, próximo ya a la muerte, visitó a su compañero para revelarle todo esto y para confiarle un cofre en el cual se encierran las pruebas de lo narrado y sobre todo para que se hiciera cargo, como tutor, de su hijo, Leo, de cinco años de edad. Esa misma noche murió el padre de Leo.

LEO VINCEY, pues, es ahora el único vástago de la vieja familia cuyo fundador fuera asesinado por la bellísima reina blanca de una tribu africana. Pero nada sabía él de esto, hasta que una mañana, la mañana del día en que cumple sus veinticinco años, el tutor hace traer el cofre que le confiara su compañero, lo abre en presencia de Leo, para que sepa quién es él y se haga cargo de una misión, que, al parecer, va de padres a hijos en aquella familia antiquísima. Entre otras cosas, encontraron en el cofre una carta del muerto para su hijo, en la que le explicaba más detalladamente la curiosa historia y le hacía, además, entrega de viejos documentos que probaron claramente a los ojos de Leo la veracidad de lo que le decía. Por esto, el joven estudiante se decidió a emprender un viaje al misterioso país donde tuviera origen la historia. Poco después los encontramos navegando frente a las costas africanas, cerca ya de la comarca donde aun debe reinar aquella misma soberana que, al ser despreciada por Kalikrates, diera orden de matarlo, pues, según se supone, posee el secreto de la vida eterna, y su juventud y su poder se alargan en el tiempo, sin que nadie pueda destruirlos. Pero sobreviene una terrible tempestad que echa a pique el barco y solamente míster Holly, Leo, su criado Job y el timonel del barco hundido logran salvarse en un bote, con el cual llegan frente a "la cabeza del etíope", grandiosa escultura hecha sobre una roca de la costa, de la cual hablan los documentos encontrados en el cofre, y que, según los mismos, señala el punto por donde se debe entrar a tierra para dar con el país de la hermosa reina blanca... Entraron, pues, al país misterioso, y a poco andar, fueron hechos prisioneros por unos negros extraños y colosales, los cuales, al parecer, siendo de costumbres demasiado primitivas, se aprestaban a devorarlos, cuando llegó hasta allí un anciano venerable, de gran autoridad entre los nativos, el cual dijo venir en nombre de ELLA, que por sus extraordinarios poderes está ya enterada de la llegada de los extranjeros y quiere verlos. Esto salva la vida a los recién llegados, que se ponen en marcha hacia el centro del país. Han llegado ya y han sido introducidos en una gran caverna artificial, donde después de largas esperas y de curiosas escenas entre los nativos, llega un momento en que éstos, exasperados y furiosos, se levantan contra ellos y quieren devorarlos. La víctima de este incidente es Mahomet, el barquero que se salvara en el naufragio, el cual muere. Leo, Holly y Job luchan conjuntamente con una mujer, la cual, de acuerdo a las costumbres de su país, había tomado a Leo para sí, hasta que llega aquel anciano que les trajera el primer mensaje de ELLA, y viene ahora a buscarlos para emprender un viaje hacia la región donde habita QUIEN DEBE SER OBEDECIDA. El viaje es largo y accidentado. Mil peripecias que inquietan a los viajeros, lo hacen interesante para el lector, quien, además, acompaña a Holly en sus amenas observaciones por el país. Leo enferma gravemente y en esas condiciones llegan al sitio donde ELLA está esperándolos. La enfermedad de Leo es una especie de fiebre que lo tiene postrado y que lo hace delirar. Holly, después de una larga espera es llevado a presencia de ELLA y el pobre profesor queda deslumbrado ante la belleza extraordinaria de la mujer que tiene delante. La entrevista es muy cordial y el grave profesor se retira fuertemente impresionado por el físico admirable de esa mujer dos veces milenaria. ELLA observa, cuando Holly se retira, que el profesor luce un anillo con un escarabajo. La vista de esta joya, que era de Leo, quien la heredó de sus antepasados, evoca recuerdos en la memoria de la reina... Lejanos recuerdos que poco a poco va concretando.

CÓMO era posible que yo, hombre de razón, que no desconocía los hechos científicos más notables de nuestra historia, incrédulo hasta entonces en absoluto de todos esos artificios y añagazas que en Europa se conocen con el nombre de sobrenaturalismo, pudiese convenir en que acababa de estar conversando por un rato con una mujer que tenía dos mil años y pico de edad? Esto era contrario a la experiencia de la naturaleza humana, e imposible absurdo... ¿Y cierta emoción?... ¡Esa no era, como todo, más que un gran disparate!... "Ella" me lo había prevenido bien, y yo rehusé atender a su aviso... ¡Maldita sea la fatal curiosidad que perennemente obliga al hombre a escrutar a la mujer, y malditos también los naturales impulsos que la crean!... ¡Caer yo a mis años víctima de esta moderna Circe!... Aunque a la verdad, "Ella" no era moderna... así lo dijo, al menos era tan vieja casi como la Circe original.

Meséme los pelos y salté de mi lecho, comprendiendo que si no hacía alguna cosa material, como Leo, yo deliraba. ¿Qué dijo "Ella" también sobre el escarabajo?... *Era el de Leo, el que había salido de la vetusta caja que Vincey había dejado en mi cuarto hacía cerca de veintiún años.* ¿Resultaría verdadera, después de todo, la historia de marras, y la escritura del casco de ánfora "no" era una falsedad, no era la invención de una individua de floja cabeza? Y en este caso, ¿podría ser Leo el hombre que "Ella" estaba esperando... el muerto que había de renacer?...

¡Imposible! vamos... ¡monserga! ¿Quién oyó nunca que un hombre volviera a nacer?...

Después, se me ocurrió que no había ido a ver cómo seguía Leo. Quitéme los zapatos, tomé una de las lámparas que ardían junto a la cama, y salí a la galería dirigiéndome a su cueva. El aire nocturno movía suavemente la cortina de la entrada, como si manos invisibles de espíritus la estuvieran corriendo y descorriendo. Me deslicé en el abovedado recinto, y miré. Leo estaba echado, agitándose muy inquieto en su fiebre, pero dormido. Ustane, casi tendida en el suelo y apoyada en el lecho de piedra, estaba allí. Estrechaba en la suya una de las manos de Leo; también dormitaba, y ambos formaban un interesante, mejor dicho, un patético cuadro. ¡Pobre Leo! Sus enrojecidas mejillas ardían, tenía grandes ojeras y respiraba con gran dificultad. Malo, muy malo estaba, y de nuevo me asaltó el temor atroz de que pudiera morir, dejándome solo en el mundo.

Y sin embargo, si vivía quizá fuera mi rival para con Ayesha, aunque no fuese él quien "Ella" aguardaba, y entonces ¿qué esperanza podría yo abrigar, hombre maduro y horroroso, compitiendo con tan brillante y hermoso joven?... Pero ¡gracias a Dios, mi noción moral no había muerto!... "Ella" no la había matado aún, y allí mismo rogué desde lo más profundo de mi alma al Todopoderoso, que ese muchacho, ese que era más que mi hijo, viviera, aunque fuera ciertamente el hombre aguardado por la maga.

Volví entonces a mi cuarto tan calladito como vine; tampoco pude dormir, porque la imagen de Leo tendido, tan gravemente enfermo, sólo había servido para aumentar combustible a la hoguera de mi inquietud. Mi cuerpo fatigado y mi sobreexcitada mente habían puesto a la imaginación en actividad exageradísima. Evocaba ideas, visiones, inspiraciones casi, con extraordinaria claridad. Muchas eran bastante grotescas, otras lúgubres y otras la representación de pensamientos y sensaciones que años hacía estaban hundidas entre los escombros de mi pasada existencia. Pero detrás y encima de todas flotaba la forma de la mujer tremebunda, y la memoria de

su arrebatadora hermosura las penetraba y obscurecía con sus destellos. Y yo medía con mis pasos como un loco mi habitación, y no me cansaba de andar...

De súbito noté lo que antes no había visto: una estrecha apertura en el pétreo muro. Tomé una lámpara y la examiné: era un pasadizo. Aun tenía el juicio suficiente para pensar que, en una situación como la nuestra, no era cosa agradable tener pasadizos abocados en el cuarto de dormir sin saber de dónde salían. Por ellos pueden venir las gentes, venir cuando uno duerme... Así es que metíme en el corredor. Encontré una escalera y la bajé; seguí por otro corredor, túnel más bien, labrado asimismo en la peña viva, que iba corriendo, a mi juicio, exactamente por debajo de la galería en que abrían nuestras habitaciones y a través de la gran nave central. Continué andando por él. Estaba silencioso como una tumba; sin embargo, solicitado por una emoción o atracción que no puedo describir, seguí andando, y mis pies, calzados de las medias sólo, no hacían ruido al pisar aquel suelo, pulido y duro. Cuando hube andado unas cincuenta yardas, encontré otro pasaje que cruzaba en ángulos rectos al que yo seguía, y entonces me sucedió una cosa atroz: la fuerte corriente del aire que tiraba aquel corredor apagó mi lámpara, y me quedé en la más completa obscuridad en las entrañas misteriosas del monte. Dí dos grandes trancos hacia adelante al quedarme a obscuras, para cruzar el pasaje travieso, aterrado al pensar de pronto en que podría doblar por él sin darme cuenta de ello y sumirme qué sé yo adónde en la tiniebla. Detúveme a pensar qué haría entonces. No tenía fósforos y me espanté al intentar volver sobre mis pasos en aquella negrura absoluta. Sin embargo, no iba a pasarme allí la noche... ¿y de qué me serviría esto, si en las minas donde me encontraba, lo mismo era el mediodía que la media noche?... Miré hacia atrás, sobre mi hombro: nada; ni una luz ni un sonido. Miré hacia adelante, tratando de penetrar la obscuridad con mis ojos... ¡ah! allá, lejos, vislumbré un suave resplandor. Quizá habría por allí alguna cueva donde encontraría un poco de luz..., de cualquier modo valía la pena de que fuese a ver lo que era. Lenta y dolorosamente me adelanté por el túnel, sin separar la mano del muro y tanteando con el pie antes de dar los pasos, por temor de caerme en alguna sima. Treinta pasos dí... ¡era una luz suave, vacilante, que pasaba al través de una cortina!... A los veinte pasos más, vine cerca de la luz; di diez pasos más..

Había llegado junto a las cortinas, y como no estaban cerradas del todo, pude ver dentro la cueva que encubrían, y que tenía todas las apariencias de un sepulcro. Ardía en el centro de ella brotando del piso, una llama blanquecina que no daba humo. A la izquierda había una losa con un pequeño reborde como de tres pulgadas, y sobre la losa un cadáver: al menos así me pareció, con un paño blanco echado por encima. A la derecha vi otra losa parecida, y sobre ella algunas bordadas ropas. Inclinada sobre la llama estaba una mujer sentada, de cara al cadáver y presentándome un costado, embozada en un manto obscuro que la tapaba toda como la capa de una monja. Clavada tenía la vista sobre la llama.

De súbito y mientras estaba yo pensando en lo que haría, púsose de pie la mujer, y con un movimiento convulsivo desprendióse de su manto obscuro.

¡Era "Ella" misma!

Vestida estaba como la vi la víspera cuando se descubrió a mis ojos, con una blanca túnica estrecha, escotada en el pecho y ceñida al talle la bárbara sierpe de oro de la doble cabeza, suelta sobre la espalda la negrísima y ondeada cabellera. Mas su rostro era lo que me impresionaba y me tenía el corazón metido en prensa, y no ya por la potencia de su hermosura, sino por la de un fascinante terror. Bella era aún, en verdad, pero en aquellas palpitantes facciones, en la dolorida mirada de los ojos hacia arriba vueltos, había tanta pasión feroz, tanta agonía, tanto ensañamiento vengativo, que mi pluma es incapaz de describir.

Estúvose quieta por un momento con las manos elevadas sobre la cabeza, y en tanto la blanca veste se deslizó cayendo sobre el cinto de oro, y dejó desnuda la deslumbrante belleza de su torso... Con los dedos enredados, arqueada hacia atrás un poco, la vi, y la expresión de una inmensa malignidad se condensaba fulminante sobre su rostro.

Desplomáronse al fin las crispadas manos, y volviéronse a elevar, y por mi vida y por mi honor afirmo que la llama subía y bajaba con ellas arrojando cada vez que subían un lívido y atroz resplandor sobre "Ella", sobre la figura humana tendida en la losa y cubierta por un paño blanco, y sobre todo los roleos y detalles de los esculpidos muros del recinto.

Abatiéronse de nuevo los brazos ebúrneos y al hacerlo empezó a hablar en arábigo, o a silbar más bien, y con tal acento que me cuajó la sangre en las venas y paralizó por un instante el corazón.

—¡Maldita sea!... ¡Perennemente maldita!...

Bajaron los brazos y la llama bajó. Subieron y la amplia lengua ígnea se empinó con ellos. Cayeron otra vez.

—¡Maldita sea su memoria!... ¡Maldita sea la memoria de la egipcia!...

Subieron, y bajaron luego.

—¡Maldita sea la hermosa hija del Nilo, por razón de su hermosura!... ¡Maldita, porque su magia prevaleció contra mí!... ¡Maldita, porque me robó al que adoraba!...

Y al caer por último la llama, cubrióse los ojos con las manos.

—¡Es inútil!... inútil... — clamó sollozando:—¿Quién podrá nunca herir a los que duermen?... ¡Ah, no! ni aun alcanzarlos puedo.

Mas luego continuó en su perversa ceremonia:

—¡Maldita sea al nacer de nuevo!... ¡Que maldita renazca!... ¡Que maldita sea desde la hora en que renazca hasta que se duerma otra vez!... ¡Sí, que maldita entonces sea, porque pueda alcanzarla mi venganza y pueda en absoluto destruirla!...

Subía y bajaba la llama reflejándose en sus mortecinos ojos; el silbante sonido de sus terribles maldiciones, que mis palabras, las escritas mucho menos, no pueden explicar en todo su horror, se extendía por el subterráneo deshaciéndose en pequeñas repercusiones, mientras que las alternativas de luz lívida y de sombra obscura, se sucedían sobre la blanca y tremenda forma tendida en su lecho fúnebre de piedra.

Al fin pareció cansarse y cesó. Sentóse en el rocoso suelo y echándose con un movimiento desesperado de la cabeza la cabellera obscura sobre el rostro y seno, que quedaron eclipsados como bajo una densa nube, empezó a sollozar con inmenso dolor que partía el alma.

—¡Amor mío, amor mío!... ¿Por qué te ha despertado ayer así ese extranjero?... Hace quinientos años que no penaba tanto... ¡Ay! si contra ti pequé ¿ya no lavé mi pecado?... ¿Cuándo a mí volverás... a mí que lo tengo todo y que sin ti no tengo nada?... ¿Qué es lo que yo puedo hacer?... ¡Ay! ¿Qué haré, qué haré? Y quizá ¡ay! quizá la egipcia viva allí donde tú estás, y se burle de mi memoria!... ¡Ay! ¿Por qué si te maté, no morí contigo?... ¡Ay, morir no puedo!... ¡Ay!...

Y se arrojó contra el suelo boca abajo, y sollozó, lloró de un modo que me parecía que el pecho le iba a estallar.

Contúvose de pronto, alzóse sobre sus pies, y echando hacia atrás violentamente la enorme cabellera, dirigióse rápida hacia la forma yacente sobre la losa.

—¡Ay, Kalikrates! — exclamó, y al oir este nombre me estremecí. — ¿Te contemplaré de nuevo el rostro, aunque esté destrozada mi alma? ¡Hace una generación que no te he mirado, víctima de mi propia

mano!... — Y con ella temblorosísima tomó la franja del sudario que cubría el cadáver, mas luego quedó inmóvil. Luego empezó a hablar de nuevo en voz muy baja, como espantada de sus propias ideas.

—¿Te levantaré? — murmuraba, como dirigiéndose al muerto. — ¿Te levantaré para que te alces ahí, frente a mis ojos como antaño?... ¡Puedo hacerlo!... — y extendió sus manos sobre el cadáver poniéndosele todo rígido el cuerpo, y la mirada vaga y fija. Retrocedí horrorizado detrás de la cortina, erizándoseme el cabello porque, no sé si fué o no mi imaginación, pero creo que vi correr un movimiento bajo el sudario, y que se alzaba y bajaba cual siguiendo la palpitación del pecho de un hombre dormido. Mas de repente recogió los brazos.

—¡Ay!... ¿y con qué objeto? — dijo roncamente. — ¿Para qué producir la semejanza de la vida, si no puedo retrotraer el espíritu?... Aun cuando ante mí te levantaras, no habrías de conocerme, y no harías sino lo que yo quisiera... La vida que dentro de ti habría, "la mía" propia sería, y no "la tuya", ¡ay, Kalikrates!...

Calló por un momento y luego se dejó caer sobre sus rodillas ante el cadáver, y empezó a besarlo a través del sudario y a llorar. Había algo tan horrible en el espectáculo de esa mujer tremenda desahogando su pasión con un muerto... mucho más horrible aun que todo lo que había precedido a ese mismo acto, que yo no pude contemplarlo por más tiempo, y temblando con todos mis miembros me aparté de allí, y me marché hundido en la sombra profundísima del pasadizo, con la convicción de que había presenciado la infernal tortura de un alma condenada.

Anduve no sé cómo.

Caíme por dos veces; doblé en el pasadizo travieso, mas conocí mi error a tiempo de corregirlo con fortuna; veinte o más minutos vagando estuve hasta que se me presentó la idea de que había pasado sin notarlo la escalerilla por donde antes bajé...

Exhausto de fuerza y casi muerto de espanto, caí entonces sin sentido sobre el durísimo suelo.

Cuando volví en mí, noté un débil rayo de luz en el pasadizo detrás de mí. Arrastréme en esa dirección y me encontré que era la escalerilla por donde bajaba el resplandor de la madrugada, tan débil en aquellas cavernas. Subí por allí y entré por fin a mi cuarto. Arrojéme en mi lecho y al punto me acometió un sueño, mejor dicho, un estupor profundo.

XIV

LA JUSTICIA DE HIYA

Cuando abrí los ojos vi a Job, curado ya completamente de su paludismo, que estaba parado ante el tragaluz abierto sobre el exterior. No tenía cepillos para limpiar la ropa, así es que la sacudía, la doblaba cuidadosamente y luego la colgaba a los pies de mi lecho de piedra. Después de esto sacó mi "nécessaire" de viaje del saco-maleta Gladstone, y lo abrió preparándolo para mi uso. Lo colocó también sobre mi lecho a los pies, pero temiendo sin duda que lo tirase yo al moverme, púsolo sobre una piel de leopardo en el suelo, y retrocedió dos o tres pasos para ver el efecto que hacía. No le pareció satisfactorio, sin duda, porque se fué a la maleta, la cerró, la sostuvo sobre uno de sus cantos apoyada contra el pie de mi cama, y colocó encima el "nécessaire". Examinó después los cántaros de agua que constituían nuestro aparato de baño, y murmuró:

—¡Ah! no hay agua caliente en este lugar de bestias... ¡Paréceme que estos desgraciados no la usan sino para hervirse los unos a los otros! — y suspiró profundamente.

—¿Qué le pasa a usted, Job? — le pregunté.

—Dispénseme usted, señor: — contestó *tocándose el pelo.—Me figuré que usted* dormía, y la verdad es que tiene usted cara de necesitarlo... ¿ha pasado usted mala noche sin duda?

Dí un gemido en contestación. Mala noche había pasado en efecto, y tanto, que no me parece que pasaré otra igual mientras viva.

—¿Cómo sigue Mr. Leo, Job?

—Lo mismo, señor. Si no se mejora pronto, concluirá, y no hay más que hablar, aunque debo decir que esa salvaje de Ustane se porta con él casi como si fuera una cristiana bien bautizada. Siempre le está encima, o dando vueltas por todos lados para ver lo que necesita, y cuando yo intervengo para cualquier cosa, es de ver cómo se pone; se le paran los pelos y jura y vota en su lengua pagana... al menos así me lo parece por la cara que pone.

—Y ¿qué hace usted entonces?

—Yo le hago un cortés saludo y la digo: Joven, su posición de usted es un tanto irregular y no puedo reconocerle a usted ciertos derechos; permítame usted que le advierta cómo tengo yo deberes que cumplir para con mi amo que está incapacitado por la enfermedad, y que los cumpliré en tanto que yo mismo no me incapacite... Pero ella ni se preocupa, ¡bah!... sigue votando y maldiciendo en su lengua peor que nunca... Anoche se le ocurrió meter la mano debajo de esa clase de camisón de dormir que por traje lleva, y sacó un cuchillo con una hoja ondeada, y yo saqué mi revólver, y nos pusimos a dar vueltas alrededor de todo el cuarto, hasta que al fin dió ella una carcajada. No es muy decente que digamos el que tenga un cristiano que habérselas con una mujer, aunque sea salvaje, y tan bonita; pero es natural que suceda esto y mucho más cuando se es tan "tonto" (y recalcó con gran énfasis la palabra "tonto"), como para venir a buscar a lugares como éste cosas que ninguno podrá encontrar jamás. Esta es, señor, mi triste opinión... mi propio juicio; aunque todavía no he acabado de comprender bien lo que nos está pasando, pero me parece que antes de acabar de comprenderlo ya nos habrán exterminado a nosotros aquí, metidos como estamos entre estas cuevas de aparecidos y cadáveres, sin que vea cómo podríamos salir de ellas. Pero me voy, señor, a ver cómo anda el caldo de Mr. Leo, si es que me lo permite ese gato montés de miss Ustane, y quizá querrá usted levantarse porque ya son más de las nueve.

Las observaciones de Job no eran precisamente consoladoras para un hombre que había pasado la noche que yo pasé, apoyadas como estaban en la realidad de los mismos hechos. Teniéndolos en cuenta todos, unos con otros, parecíame imposible de todo punto el que pudiéramos escapar del lugar en donde estábamos. Suponiendo que curase Leo, y suponiendo también que "Ella" nos permitiera marcharnos, y que no nos "fulminase" en uno de esos raptos de cólera, o que no nos "envasijasen" los amaiáguers, todavía sería imposible que pudiéramos nosotros encontrar nuestro camino a través de las ciénagas, que extendiéndose por millas y millas, formaban una defensa natural mayor y más inviolable en torno de los diversos retiros del pueblo de entre las rocas, que cualesquiera otras que hubieran concebido o ejecutado los hombres. No, no había más remedio que afrontar la situación... y por mi parte afirmo que tanto me interesaba mi situación misteriosa, a pesar del triste estado de mis nervios, que yo no podía sino seguir en ella, aunque tuviera que pagar con la vida la satisfacción de mi curiosidad.

Después que me lavé y vestí, pasé al cuarto de comer, o de embalsamar más bien, donde conseguí refaccionarme un tanto con lo que me sirvieron las muchachas mudas. Fuí luego a ver al pobre Leo, que estaba delirando, y no me conoció. Cuando pregunté a Ustane su opinión sobre el estado del enfermo, ella movió la cabeza un poco y se echó a llorar. Pocas esperanzas abrigaba ya, y entonces resolví ver, si era posible, a "Ella" para rogarla que viniera a curarle. "Ella", podía curarle si quería,
así me lo había dicho al menos. E
entró Billali en el cuarto, y al ver
también movió la cabeza como quien
pera.

—Morirá a la noche — dijo.

—Padre mío, ¡que Dios no lo permi
contesté, y me marché de allí con el
zón oprimido.

—"Quien debe ser obedecida", re
tu presencia, Babuino — me dijo el
no al llegar a la cortina de la entra
pero ten más cuidado, hijo mío. Aye
que "Ella" te fulminaría al no ver
millado en su presencia. "Ella" está
en sesión en la gran sala para juzga
que quisieron matarte a ti y a tus c
ñeros. Vamos, hijo mío, vamos a p

Seguíle por la galería y al llega
gran nave vi que una multitud de a
guers, ya vestidos con la túnica, o s
mente adornados del taparrabos,
por ella apresuradamente. Nos mez
con esa multitud y empezamos a sub
la caverna que era casi interminab
muros por ambos lados estaban p
mente esculpidos, y a cada veinte
o cosa así, abríanse galerías travie
ángulos rectos que conducían, según
li me dijo, a las tumbas labradas en
ña por "el pueblo anterior". Nadie
ba ahora esas tumbas — agregó; —
fieso que me regocijé entonces pe
en las oportunidades de investigaci
ticuaria que se me ofrecían.

Llegamos al fin al fondo de la
donde había una especie de meseta
exactamente igual a la en que fuim
cados con tanta ferocidad en la o
verna; lo que me sugirió la idea de
bieron haber servido de altares, en l
remota en que se abrieron las ca
para la celebración de ceremonia
giosas y quizá especialmente para
tos fúnebres. A ambos lados de la
abocaban pasadizos de mina, que co
a otras cavernas llenas de muerto
bién, porque toda la montaña casi
llena de ellos, y me agregó Billali
mejor estado de conservación.

Frente a la meseta estaba reuni
gran multitud de personas de ambos
que se mantenían silenciosas, inmó
con su expresión sombría tan peculi
hubiera entristecido al *mismísimo*
Tapley (1) con sólo verla cinco *m*
Sobre la plataforma había una silla
camente hecha de madera negra, in
da de marfil con asiento de fibra ve
agregado a las patas delanteras de
un ancho taburete para descansar l
Oyéronse de súbito estos clamores

—¡Hiya! ¡Hiya! ("¡Ella! ¡Ella!")

Inmediatamente la muchedumbre
cipitó al suelo, como si todo hubi
herido de muerte y solamente yo
superviviente de tan enorme mata
esto empezó a brotar del pasadiz
izquierda una larga fila de tropa,
ordenó a ambos lados de la mese
pués de la tropa salieron unos vei
dos y otras tantas mudas con lám
las manos, y finalmente apareció u
figura blanca, embozada de los p
cabeza... Era "Ella".

Subió a la plataforma y se sen
silla. Luego me dijo en griego, qu
que no la entendieran los circunst

—Ven acá, Holly, siéntate a n
verás cómo juzgo a los que mata
sieron. Dispénsame si mi lenguaj
vacila como un hombre cojo. Mi le
tá entorpecida, ¡tanto ha que no
chaba!...

Inclinéme con respeto y subien
plataforma me senté a sus pies.

—¿Cómo dormiste, Holly mío?
guntóme.

—Mal ¡oh, Ayesha!... — resp
toda sinceridad, con el íntimo t
que sabría quizá cómo habría em
noche.

(1) Personaje de la novela "Martín
wit", de Dickens; un criado que no
de contener las explosiones de su na
gría, ni aun cuando sucedían las c
graves. Es una personificación de car
se ha hecho proverbial en Inglaterra

—¡Así es! — dijo riendo un poco. — Tampoco yo pude dormir bien. Tuve sueños anoche y yo creo que tú fuiste la causa de que los tuviese, Holly.

—¿Y qué soñaste, Ayesha? — pregunté como con indiferencia.

—Soñé — dijo rápidamente — con alguien que odio y con alguien que amo...

Y cambiando de lengua entonces díjole en árabe al jefe de su guardia:

—Conduce a esos hombres ante mí.

Inclinóse profundamente el jefe, porque éste y su guardia habían permanecido de pie, y se marchó luego con sus subordinados por el pasadizo de la derecha.

Siguió luego un momento de silencio. "Ella" reposó su velada cabeza sobre la mano, pareciendo sumida en sus pensamientos, mientras que delante estaba la multitud tendida sobre sus vientres, moviendo un tantico las cabezas para contemplarnos un poco con sólo un ojo. Parecía que, como su reina se presentaba tan pocas veces en público, estaban dispuestos a sufrir estos inconvenientes, y aun a arrostrar más graves peligros, por tener la ocasión de verla, o de ver más bien sus ropas, pues ninguno de los que allí estaban, menos yo, le había visto nunca el rostro. Notáronse al fin ciertos reflejos de luz y se oyó el paso de los hombres por el pasadizo, hasta que desembocaron en la gran nave los guardias con los presos, que serían unos veinte o más, y en cuyas fisonomías luchaba la natural expresión de feroz indiferencia con la gran inquietud que sin duda abrigaban en su salvaje corazón. Dispuestos fueron en fila frente a la plataforma, e iban a arrojarse al suelo como los demás espectadores, cuando "Ella" se lo impidió.

—¡No! — dijo con voz dulcísima; — quedad de pie, os ruego. Quizá pronto estaréis aburridos de yacer echados... — y se rió melancólicamente.

Vi correr una ondulación de terror por la fila de los míseros condenados, y por malvados que fuesen los compadecí. Algunos minutos pasaron, quizá fueron dos o tres, sin que nada nuevo ocurriese, y durante cuyo tiempo "Ella" parecía que los iba examinando curiosamente uno por uno, a juzgar por el movimiento de su cabeza, porque sus ojos no se podían ver, por supuesto, y después se dirigió a mí hablándome con tono tranquilo y formal.

—¡Oh, tú, huésped mío!, conocido en tu propio país por el nombre de Espinoso Arbol, ¿reconoces a esos hombres?

—Sí, ¡oh, reina!, los reconozco a casi todos.

Los reos me lanzaron una rabiosa mirada.

—Pues relata ahora aquí la historia que ya conozco.

Precisado a ello, hice entonces, tan brevemente como pude, la narración de la fiesta antropófaga y de la frustrada tortura de nuestro infeliz criado, que fué recibida en silencio por los espectadores, por los acusados mismos y por "Ella". Cuando hube acabado de hablar, "Ella" llamó por su nombre a Billali para que confirmara mi relato, lo que hizo el anciano sin levantarse del suelo. Y no se recibieron más pruebas.

Entonces "Ella" habló con una fría y clara entonación, y muy distinta de la que le era usual, y por cierto que una de las cosas más notables de esta criatura extraordinaria era la maravillosa facultad que tenía de adaptar su entonación de voz a la necesidad de los momentos; y dijo:

—Ya lo habéis oído, hijos rebeldes. ¿Qué tenéis ahora que alegar para que mi venganza no caiga sobre vosotros?

Por un instante hubo silencio; pero rompiólo al fin uno de los reos, un individuo de amplio y hermoso pecho, de edad mediana y bien marcadas facciones, cuya mirada era de gavilán. El cual dijo que las órdenes recibidas se redujeron a que no se tocase a los hombres blancos, sin que se



mentase al criado negro, y que, a ello instigados por una mujer que había muerto en la refriega, trataron de envasijarlo, conforme a la antigua y honorable costumbre del país, con el fin de comérselo a su tiempo. En cuanto al ataque que nos habían hecho, dijo que fué en un rapto de repentina furia, y que se arrepentían hondamente de ello. Y concluyó suplicando con humildad que se les hiciera misericordia o que se les desterrase a los pantanos para que en ellos muriesen o viviesen según su fortuna; pero en la cara se le conocía que no tenía esperanza ninguna de perdón.

Hubo otra pausa luego, y reinó el más profundo silencio en el vasto antro que, iluminado como estaba por las chisporroteantes lámparas que producían intervalos de claridad en la constante sombra, ofrecía el más extraño aspecto aun en país tan fantástico. Allí sentada en su bárbaro trono conmigo a sus pies, estaba la embozada mujer blanca cuyo poderío tremebundo la circundaba como un halo. Y jamás vi lucir su apariencia embozada tan terrible como en aquellos momentos en que estaba reconcentrándose para la venganza.

Esta cayó por fin.

Empezó a hablar en voz baja, que se fué robusteciendo por grados hasta que todo el espacio quedó vibrante por ella.

—Perros y sierpes — dijo, — comedores de carne humana, dos cosas habéis hecho: primera, habéis atacado a estos extranjeros, que eran hombres blancos, y quisisteis matar a su criado, y por esto solo merecéis la muerte. Pero no es esto todo. Osasteis desobedecerme. ¿No os envié mis órdenes por Billali, mi criado y vuestro padre? ¿No se os había enseñado desde la infancia que la ley de Hiya es una ley eterna, y que perece el que la quebrante en un ápice o tilde? ¿Y no sabéis que es ley mi menor palabra? ¿No os han enseñado esto vuestros padres, desde antes de que pudisteis hablar?... Bien que lo sabéis vosotros, ¡ah, malvados! Pero sois perversos todos... perversos hasta la médula y la maldad burbuja en vosotros como el aire de las fuentes en la primavera. Y ahora, pues que hicisteis esto, porque habéis tratado de matar a esos hombres que eran mis huéspedes, y más aún porque habéis osado desobedecer mi orden, os condeno a este castigo: Que seáis conducidos a la caverna de la tortura, y entregados a los torturadores para que desahoguen en vosotros su capricho, y que al caer el sol de mañana, los que de entre vosotros existáis aún, seáis muertos por la vasija, como quisisteis matar vosotros al criado de éste mi huésped!

Cesó de hablar y un ligero murmullo de horror circuló por la inmensa y poblada nave. Las víctimas, apenas se hicieron cargo del gran horror de su sentencia, perdieron su nativo estoicismo y se arrojaron al suelo llorando e implorando misericordia de un modo que espantaba el contemplarlo. Yo me volví a Ayesha y la supliqué que los perdonara, o al menos, que atenuara su terrible pena. Mas era ella de dureza diamantina.

Hablóme en griego otra vez, y en verdad que, aunque siempre he sido reputado por bastante buen helenista, tenía cierta dificultad en entenderla, sobre todo por razón de la prosodia. Ayesha, es claro, ponía el acento a la usanza de sus contemporáneos, y nosotros no tenemos más que la pronunciación moderna y una tradición insuficiente para guiarnos en cuanto a la articulación. He aquí lo que contestó:

—Holly mío, no puede ser lo que pides. Si yo fuese misericordiosa para estos lobos, vuestra vida no estaría segura entre ellos ni un solo día. Tú no los conoces. Son tigres lamedores de sangre, y aun ahora, sedientos están de vuestras vidas. ¿Cómo crees tú que yo rijo a este pueblo? No tengo más que un regimiento de guardias para llevar a cabo mis órdenes; de modo que no es por la fuerza que me impongo, sino por el terror. No, los hombres esos morirán, y morirán como he dicho...—y volviéndose de súbito al jefe de la guardia, dijo en árabe y voz alta:

—Ya he pronunciado mi sentencia... ¡que se cumpla!

XV

LAS TUMBAS DE KOR

HIZO Ayesha un movimiento con la mano después que se llevaron los prisioneros, y la multitud se volvió y empezó a moverse a rastras como una dispersa manada de ovejas. Cuando estuvo a una buena distancia de la plataforma, todos se pusieron de pie, y andando entonces se marcharon dejándonos solos a la reina y a mí, con los mudos de ambos sexos y unos cuantos guardias, porque la mayor parte de éstos se habían ido con los míseros condenados.

Pareciéndome buena esta oportunidad, le supliqué a "Ella" que viniera a ver a Leo, informándole de su gravedad; mas no quiso, diciendo que de seguro no moriría sino a la noche, porque los atacados de esa fiebre no acababan generalmente sino al anochecer o al amanecer. Y también me dijo que era conveniente dejar que la fiebre se gastase por sí propia, antes de que ella interviniese en la cura. Disponíame yo a irme también, cuando me dijo que la siguiera porque quería hablarme y mostrarme las maravillas de la caverna.

Demasiado prendido estaba yo en las redes de su fatal fascinación para negarme a lo que me ordenase, aun cuando hubiera querido hacerlo, que no quería. Levantóse, pues, "Ella" de su asiento, y haciéndoles algunas señas a los mudos, bajó de la meseta. Cuatro de las muchachas tomaron unas lámparas y se colocaron dos delante y dos detrás de nosotros, y todos los demás de su séquito se marcharon.

—Verás ahora, Holly, algunas cosas peregrinas de estos lugares — me dijo. — Contempla esta gran caverna. ¿Viste nunca ninguna igual? Fué labrada, sin embargo, y muchas otras parecidas, por la mano de la raza extinta que habitó en una época la ciudad que está en ruinas en la llanura. Debió haber sido un gran pueblo ese de Kor, pero, como los egipcios, pensaba mucho más en los muertos que en los vivos... ¿Cuántos hombres te parece que se necesitarían, trabajando durante cuántos años, para abrir esta caverna y todas las galerías que contiene?

—¡Miles de miles!

—Así es, ¡oh, Holly! Este pueblo era ya antiguo antes de que los egipcios existieran. Algo puedo leer de sus inscripciones, porque al fin he descubierto la clave... y mira, esta es una de las últimas cavernas que labraron.—Volvióse hacia el muro que estaba detrás de ella e hizo señal a las mudas para que alzaran sus lámparas.

Esculpida sobre la meseta veíase la imagen de un anciano sentado en una silla, con una varita de marfil en la mano. Pude notar que sus facciones se parecían muchísimo a las del hombre que se estaba embalsamando en las esculturas de la sala donde comíamos. Bajo la silla — que, diré de pasada, tenía la misma forma que la ocupada por Ayesha para el acto de justicia — se veía una corta inscripción en los caracteres a que ya he hecho referencia, pero de los que no guardo en la memoria bastante para reproducirlos gráficamente. Parecíanse mucho a los chinos. Ayesha empezó a traducirlos con cierta dificultad y vacilación. Decían así:

"En el año cuatro mil doscientos cincuenta y nueve de la fundación de la imperial ciudad de *Kor*, fué concluída esta caverna (o lugar de descanso) por *Tisno*, rey de Kor, habiendo trabajado en ella el pueblo y sus esclavos durante tres generaciones, para que fuese el sepulcro de los ciudadanos *distinguidos que nazcan luego. Que la bendición del cielo que está sobre el cielo* descanse en su obra, y haga profundo y dichoso el sueño de *Tisno*, cuyas facciones grabadas están arriba, hasta el día del despertar (1); así como el sueño de sus servidores, y el de todos los de su raza que, surgiendo después de él, hayan también, empero, de bajar tanto sus cabezas".

—Ya ves, Holly, cómo este pueblo fundó la ciudad, cuyas ruinas ocupan la llanura cercana, cuatro mil años antes de que se concluyeran estas cavernas. Y, sin embargo, cuando yo la vi por vez primera, hace dos mil años, la encontré exactamente igual como está hoy: Juzga, pues, cuán antigua no será! Sígueme ahora, y yo te enseñaré de qué modo cayó la gran ciudad cuando le llegó su hora.

"Ella" anduvo hasta el centro de la nave y se paró en un lugar en que se veía una piedra redonda colocada en un agujero del piso, como de dos pies de diámetro, para cerrarlo por completo, y que me hizo recordar las placas abovedadas de hierro con que en las aceras londinenses se tapan los huecos hechos para el carbón.

—¿Ves esto? — me preguntó. — ¿Qué te figuras tú que es eso?

—No sé — contesté; — no puedo saberlo.

Dirigióse "Ella" entonces hacia el lado izquierdo de la nave, según se miraba a la entrada, e hizo señal otra vez a las mudas de alzar las lámparas.

En el muro vi pintada en rojo una inscripción de caracteres parecidos a los que estaban esculpidos bajo la figura de Tisno, rey de Kor. La figura se conservaba bastante bien para que se pudiera leer, y así descifró Ayesha la escritura:

"Yo, JUNIS, sacerdote del Gran Templo de Kor, escribo esto sobre la peña, en el año cuatro mil ochocientos tres de la fundación de Kor. ¡Kor ha caído! Ya no habrá más grandiosas fiestas en sus palacios; ya no más dominará al mundo ni sus barcos saldrán a comerciar con toda la tierra. ¡Kor ha caído! Y sus obras gigantescas, y todas sus ciudades, y todos los puertos que hizo, y los canales que cavó, serán abandonados al lobo, al buho, al silvestre cisne y a los bárbaros que después vengan. Veinticinco lunas hace que una nube cernióse sobre Kor y las cien ciudades de Kor, y de la nube brotó una pestilencia que mató a su pueblo, a los ancianos y jóvenes, y no perdonó a nadie... Unos y otros se ennegrecían y morían luego: los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres, los hombres y las mujeres, el príncipe y el esclavo. El contagio mató, y mató incesantemente, de día y de noche, y los que se salvaban de él perecían de hambre. Y ya no más se pudieron conservar los cuerpos de los hijos de Kor, conforme a los antiguos ritos, por el gran número de los muertos, y por lo tanto fueron lanzados en la gran sima bajo la nave, por la abertura que está en ella. Entonces, y al fin, el resto de este gran pueblo, lumbrera del mundo, fuése a la costa, embarcóse y navegó al norte, y ahora yo, el sa
Junis, soy quien esto escribo, último
viviente de esta gran ciudad de h
aunque no sé si hay aún quien es
en las demás ciudades. Esto lo escri
trozado el corazón antes de morir,
Kor la imperial ya no existe, y po
hay quien en su templo adore, y
sus palacios todos están vacíos, y su
cipes, y mercaderes, y hermosas h
han desaparecido de la faz de la

Dí un profundo suspiro de asomb
desolación absoluta que se expres
la patética escritura era abrumador
terrible esta concepción del solita
perviviente de un pueblo poderoso q
taba su suerte antes de hundirse
bién en la tiniebla! ¿Cuál no sería
ción de aquel anciano, cuando en
y terrorífica soledad, a la luz de u
para que apenas alumbraría corto
de la negrura, en pocas líneas des
das trazaba la historia de la mu
su nación sobre el muro de la c
¡Qué asunto para el moralista,
pintor, para cualquiera que lo med

Seguí entonces a Ayesha, que
por un pasadizo lateral, y bajam
una larga escalera metida dentro
pozo de mina, ventilado por extra
ladros que iban a dar no sé dónde,
detuvimos a una profundidad que n
menor de sesenta pies bajo el piso
nave. Terminó de pronto el pasad
la escalera. "Ella" se detuvo haciend
a las mudas que levantasen las lán
y contemplé entonces un cuadro
es probable que vuelva a contemp
mi vida. Nos encontrábamos coloca
una enorme cavidad, o más bien,
borde de la cavidad, porque el fond
daba a nuestros pies, no sé a qué
didad, y estábamos parados en un
cornisa o balcón del muro. Según m
culos, el seno o cavidad subterráne
de un tamaño como el espacio com
do bajo el dombo de la catedral d
Pablo en Londres.

Cuando las lámparas se levanta
que me hallaba nada menos que a
osario o fosa inmensa, literalmente
de miles de esqueletos humanos a
nados en una sola gigantesca pir
formada por el deslizamiento de los
pos desde el vértice, conforme iban
do desde un solo punto colocado en e
tro de la bóveda. No puede concebirse
más aterrador que esta masa conf
los restos de un pueblo muerto, y
más espantoso aún el hecho de que,
ambiente tan seco, muchos cuerpos
bían desecado conservando la piel,
ra, fijados en todas las posiciones
nables, lo miraban a uno de ent
montones de blancos huesos, con su
ble aspecto de grotescas caricatu
la humanidad.

Lancé, al descubrir esto, una ex
ción de asombro, y retumbando lo
de mi voz en el abovedado recint
movieron una calavera, que había
milagrosamente en equilibrio cerca d
tice de aquel amonton
to durante miles de año
abajo vino rodando, reb
alegremente hacia donde
bamos, trayendo detrás,
puesto, una avalancha d
sos, hasta que al fin t
espacio se colmó, con su
miento, de un castañeteo
bre, como si los esquele
estuvieran alzando para
birnos.

—¡Vámonos — excla
ya he visto bastante!..
tos son los cadáveres
que murieron de la gra
demia, supongo? — pr
cuando nos retirábamos

—Sí, porque en tiemp
males, los hijos de Kor
samaban siempre a sus
tos, como los egipcios; p
arte era más perfecto.



(1) La frase es notable, pues indica la creencia en un estado futuro.

(*Continuará en el próximo nú*

EL HOMBRE PAJARO
LOS PRECURSORES DE LA AVIACION

los primeros aeronautas son famosos; si nadie ignora los nombres de Pilatre Rozier, de Robert y marqués de Arlan- creo que se está ge- lmente mucho peor rmado sobre los pri- os apóstoles de la ción.

o hablaremos de Ica- además de que sus experimentos no on muy felices que digamos, la fama quel gran loco le ha perjudicado mu- en la opinión de las gentes. Así que emos de un salto varios miles de años; tengo por guía, en esta rápida re- a, más que el estudio publicado hace nta años por Luis Figiner. La primera ativa de aviación que allí se mencio- s la del jesuíta Lana, en 1670. El padre a tuvo la idea de construir un barco, palos y velas, provisto en la proa y a popa de gruesas bolas de cobre. Es- convencido de que si en éstas podía rse el vacío, se convertirían en más ras que el aire y se elevarían en la ósfera arrastrando el barco a que es- n sujetas.

útil es decir que el experimento quedó proyecto. Pero creo que sería injusto rlo por alto porque, dado el estado de ciencias físicas en la mitad del siglo I, había que ser un hombre de genio establecer, aunque no fuera más que e un papel, el teorema que es la base arte aeronáutico.

ien años más tarde, otro religioso, el e Galien, de Aviñón, escribió un libro e el arte de navegar por los aires. ponía que la atmósfera está dividida dos capas superpuestas; una, inferior, pesada; otra, superior, mucho más ra, y que había entre esas dos capas la na diferencia de densidad que entre ire y el agua. Llamaba a la primera región de la escarcha" y a la segunda, región del éter".

staba convencido — y lo establecía por io de cálculos que nadie se cuidó de ficar — que elevando un barco en el cio de modo que sus bordes domina- lo menos en ochenta toesas la "región a escarcha", en donde se hundiría la a, se podría navegar perfectamente.

ved cuál es el candor de los mate- icos. Una vez hechas sus operaciones, adre Galien estuvo tan seguro de su ltado que empezó inmediatamente a truir su barco aéreo: lo quería "más o y más ancho que la ciudad de Avi- ' y la altura debía ser como "la de una taña bastante alta". El navío, hexago- y cúbico, pesaría doce millones de tales, es decir, diez veces más que el de Noé con toda su carga.

docto religioso dice con el mayor aplo-

lenos embarcado en el aire con un o que pesa horriblemente. ¿Cómo po- sostenerse y transportar un numeroso cito, con armas y provisiones, hasta aís más lejano? Es lo que vamos a icar".

lo explica, en efecto, muy formalmen- in pensar que había un punto esencial merecía ser estudiado. ¿Cómo iba a sportar su barco a la "región de la rcha"?

e esto no se ocupa; es un detalle que merece su atención.

a suma, su proyecto no era más que nsueño de teórico y el nombre del pa- Galien sólo debe ser mencionado por- de todos los que preconizaron lo más do que el aire él bate el record. ¡Do- illones de quintales!

as fantasías de sabios turbaban el ce- o de algunos utopistas que sólo pen- n poner en práctica esas absurdas ías.

cita a un tal Juan Bautista Dante que, uen día, se puso unas alas en la es- a y atravesó la plaza de Perusa vo- o. Según la leyenda, se elevó muy alto, pero como la varilla de hierro con que movía sus alas se torció, el pobre hombre cayó y se rompió una pierna.

Otro loco, un benedictino inglés, construyó otras alas de acuerdo con la descripción que hace Ovidio de las de Icaro; se las ató a los tobillos y a las muñecas y se arrojó desde lo alto de una torre. Cayó al pie de ésta, se rompió las piernas y llevó desde entonces una vida miserable. Se consolaba de su desgracia afirmando que su ensayo habría obtenido éxito si "hubiera tenido la precaución de ponerse una cola".

Fignier cita en seguida a un mecánico llamado Le Besnier que ensayó en París, en 1768, una "máquina para volar".

El instrumento se componía de cuatro alas o paletas de taffetas, partidas por el medio y pudiendo ser desplegadas y movidas por medio de unas bisagras.

Un saltibanqui compró el aparato y lo utilizó con gran éxito en la feria de Guibray, mercado famoso en donde, en ciertas épocas del año, se reunía toda la Normandía.

La casa que hace esquina, en París, en las calles de Saint-Peres y de Theatuis, estaba habitada en el siglo XVIII por un marqués de Baqueville. Este original gentilhombre, obligado cuando tenía que atravesar el Sena a dar un rodeo por el Puente Nuevo o el Real, pues entonces no existían ni el de las Artes ni el de Saint-Peres, imaginó pasar el río como las golondrinas: adaptóse unas alas de su invención y anunció que tal día y a tal hora saldría de su ventana y caería en el jardín de las Tullerías.

La multitud acudió con gran curiosidad y el marqués no la hizo esperar: se arrojó, como lo había prometido, desde la ventana, y pudo volar perfectamente. Pero cuando se hallaba en medio del río, las alas dejaron de funcionar y el marqués cayó sobre un lanchón, rompiéndose una pierna.

Un accidente semejante interrumpió el vuelo de un bailarín en la cuerda floja llamado Alard, que se arrojó desde la terraza de Saint-Germain contando planear hasta el bosque de Verinet.

Cayó en los viñedos y se hirió gravemente.

El abate Desforgues era canónigo de Etampes e hizo publicar en los diarios un anuncio invitando al pueblo a presenciar los ensayos de un "coche volador" inventado por él.

El día indicado la gente acudió a Etampes y encontró al canónigo instalado en su coche en lo alto de la vieja torre de Grutel. El vehículo era una especie de góndola provista de grandes alas; tenía siete pies de largo y tres y medio de ancho. Según su inventor, todo estaba previsto: la góndola, que podía en caso necesario servir de barco, debía hacer treinta leguas por hora y ni el viento ni la lluvia ni las tempestades podrían detener su impulso.

Pero cuando el abate puso en movimiento las alas, el "coche volador" permaneció inmóvil como una mole de piedra.

En vano el canónigo hizo con las alas los más enérgicos movimientos; la góndola parecía formar parte de la sólida torre y se tuvo que renunciar al ensayo en medio de las risas y protestas de la muchedumbre.

Sin duda el poco éxito del abate Desforgues se debe al abandono en que se dejó durante largo tiempo a las máquinas para volar, y el geómetra Lalande, el más vanidoso de los hombres, demostró C x B "la imposibilidad absoluta de triunfar en esa clase de inventos". En una carta dirigida en 1782 al "Journal des Savants", prueba matemáticamente que "para elevar y sostener un hombre en los aires sin otro punto de apoyo que el mismo, habrá que ponerle dos alas de sesenta metros de largo y otros tantos de ancho", es decir, las dimensiones de las velas de un navío, "masa evidentemente imposible de sostenerse y maniobrar con la sola fuerza de un hombre".

G. Lenotre.



—Estos cigarros me cuestan a cinco pesos cada uno. ¿Quieres servirte?
—¡Hum!... Preferiría que me dieses los cinco pesos.

EL NUMERO CATORCE

Por NELSON COLEMAN



Las aventuras de Nelson Cóleman, el detective de Scotland Yard, recientemente fallecido, que por espacio de dos décadas asombró constantemente a los londinenses con su extraordinaria sagacidad, constituyen la serie de episodios más interesantes que pueda encontrarse en los anales de la policía moderna.

EN EL PROXIMO NUMERO:

LA RADIOTELEFONIA AL SERVICIO DEL CRIMEN

Por NELSON COLEMAN

NELSON Cóleman, detective y *gentleman*, estaba absorto en la trascendental tarea de tomar su aperitivo matutino. Frente a él, ocupado en análoga operación, el periodista Héctor Manders intentaba en vano sacarlo de su obstinada taciturnidad. Ambos estaban cómodamente instalados ante una elegante mesita de mármol del "Ciro", el más lujoso restaurant de Montecarlo.

—Estas son mis vacaciones — exclamó por fin Cóleman apurando el brebaje. — Excepto durante los años de guerra, éste ha sido mi lugar favorito de descanso. Sin embargo, no crea usted que he venido aquí a perder el tiempo. ¿Recuerda usted el caso famoso del asesinato de Holdsworth?

—Creo que s — contestó su compañero. — Una joven que se encontró muerta en forma misteriosa en el cuarto de cierto individuo a quien no pudo encontrar la policía.

—Eso es lo que se ha dejado traslucir acerca del particular — asintió Cóleman. — Pero, según nuestras averiguaciones, nada menos que siete mujeres, a quienes se había visto acompañadas en distintas ocasiones por el mismo sujeto, desaparecieron de la manera más misteriosa y sin dejar el menor rastro.

—No sabía que el criminal operara en tan vasta escala.

—No sé si pensar — continuó el detective en tono reflexivo — que los miembros de mi profesión nos vamos haciendo cada día más estúpidos, o si son los criminales quienes cada día ganan en astucia; pero lo cierto es que durante los últimos dos años tres de los mayores criminales del día han logrado burlar nuestras pesquisas más empeñadas. El público ignora estas cosas, pues nosotros, como es muy natural, no le informamos de nuestros fracasos, sino de nuestros éxitos. Confidencialmente puedo decirle que al presente existen once crímenes de la naturaleza más repugnante, cuyos autores permanecen todavía en el misterio, crímenes cuyos detalles no hemos publicado por la imposibilidad en que nos encontramos de descubrir a los autores.

—Creo — manifestó el periodista — que el crimen que pudiéramos llamar a la alta escuela se practica hoy día por un po más refinado de personas, y de aquí la dificultad de descubrir a sus autores. El criminal que posee una educación superior a la común tiene mucho adelantado para no ser descubierto, pues en su favor existe la ventaja de que se encuentra en condiciones de planear perfectamente su delito, mientras el detective se halla en absoluto a ciegas con respecto al mismo.

—Holdsworth es una comprobación de su teoría — contestó el detective. — El protagonista del caso es un hombre de noble cuna y de esmerada educación, como que posee el título de doctor en derecho. Se sabe que luego estuvo en el Oriente, y que volvió de aquellos remotos países convertido en un ser extraño, tipo mezcla de crueldad y misantropía. Entonces comenzó su terrible carrera de criminal. Este individuo tenía dos distintivos característicos: una verruga en el arranque del dedo medio de la mano derecha; jugador empedernido, su número favorito era el 14. Seis meses íntegros he dedicado a este caso, y sólo pude dar con dos pistas, ninguna de las cuales me ha sido de verdadera utilidad. Y, créame: me retiraría gustoso de mi profesión, dando por bien empleada mi vida, si consiguiera poner mis manos sobre ese hombre.

Manders se sintió interesado al notar el tono extraño que puso el detective en sus últimas palabras.

—Y, dígame — interrogó, — ¿se ha cruzado usted alguna vez en su vida con él?

—Por desgracia, no — contestó el detective con acento sombrío. — Sin embargo, una de sus víctimas era sobrina mía, la hija única de la hermana a quien más quiero. La pobre muchacha fué encontrada muerta en un departamento desalquilado de Mayfair... muerta, y, lo que aun es peor...

—¡Canalla!

—Ese hombre es una bestia en forma humana — continuó Cóleman. — Muchos de mis compañeros creen que ha muerto. Esto salva el prestigio de la institución. Pero yo no comparto su creencia. Tengo el presentimiento de que vive y que un día lo encontraré en alguna parte.

La conversación de los dos amigos decayó un tanto. Cóleman se sentía visiblemente fatigado al renovar recuerdos penosos, y Manders, al notarlo, trató de cambiar el rumbo de la conversación, llevándola a asuntos indiferentes.

Cuando ya se iban a levantar penetró en el local un hombre que llamó la atención de los dos amigos. El recién llegado avanzó decididamente hacia una mesita que sin duda le había sido reservada, y tomó asiento con la desenvoltura de quien se encuentra en su propia casa. Su edad podía oscilar entre los cincuenta y sesenta años, y, aunque vestido con suma elegancia, había algo, tanto en su ropa como en su calzado, que denotaba el deseo de prolongar su uso más de lo que corresponde a una persona con abundantes medios de fortuna.

El individuo ordenó el almuerzo con aires principescos, escribiendo su elección de platos con un grueso lápiz de oro, asesorado en tan importante tarea por el mayordomo y dos "maitres" de hotel. Sus hábitos eran sin duda alguna conocidos y apreciados en la casa. Minutos más tarde, Manders tuvo ocasión de hacer una seña al mayordomo. Este se le acercó.

—¿Cómo se llama ese caballero? — preguntó.

—Aquí lo conocemos por el señor Senn — cuchicheó el interpelado.

—Parece persona de posición, ¿eh?

—Es el jefe de una noble familia francesa que emigró a Rusia durante la revolución. Al parecer compraron tierras en la región del mar Negro, y allí vivieron hasta la guerra. El señor Senn perteneció a la corte de uno de los grandes duques hasta que la desintegración de Rusia le obligó a salir del país, dándose por contento con haber salvado la vida.

—¿Conserva todavía su opulencia antigua?

El mayordomo se encogió de hombros.

—Me temo que no. Vive en un reducido departamento situado en las afueras de la ciudad y habiendo sido en otros tiempos un jugador empedernido, ahora rara vez visita el Casino. Aquí viene solamente una vez por semana. El señor me excusará — terminó el informante; — voy a atender a un cliente que me llama.

—¡Qué raro! — murmuró Cóleman. — ¡Venir a Montecarlo y apenas pisar las salas del Casino!

* * *

Aquella noche los amigos volvieron a reunirse en el Café de París. El famoso Casino de Montecarlo estaba radiante en su iluminación espléndida, y el brillo de sus luces se destacaba de una manera fantástica entre el verde de los árboles. El aire estaba impregnado de cálidos perfumes que se desprendían de las mujeres y de las plantas. Una orquesta formada por músicos vestidos de rojas casacas ejecutaba alegres composiciones.

Sentado, a algunas mesas de distancia de la ocupada por el detective y el periodista, pudieron éstos distinguir al misterioso personaje que antes atrajera su atención y que ahora tomaba tranquilamente un ajenjo. Senn no estaba sólo. A su lado había una hermosa muchacha, francesa a todas luces, y cuyas alegres carcajadas se elevaban con frecuencia sobre el murmullo general de las conversaciones. Este soloquio, que bien podría calificarse de unilateral, duró algún tiempo hasta que por fin la joven pareció aburrirse con tan poco comunicativo compañero. Dos o tres veces se inclinó éste hacia ella y le dijo casi al oído algo a lo que la muchacha contestó moviendo negativamente la cabeza. Entonces él se levantó, despidióse con bastante brusquedad y desapareció.

Cóleman hizo un signo de inteligencia a su compañero, levantóse con calma y fué a sentarse en la silla opuesta a la que ocupaba la joven.

—¿Querrá hacerme el honor, señorita — le dijo, — de tomar en mi compañía una copita de licor?

La muchacha vaciló un momento.

—Es usted muy bondadoso — contestó — pero las bebidas no me agradan. Tomaré una taza de café, aunque — agregó riendo — preferiría cien francos para ir a probar fortuna en la ruleta.

La muchacha era una criatura encantadora y parecía muy joven, casi una niña.

Cóleman sacó su cartera y tomando un billete de 500 francos lo puso dentro de la bolsita de la joven. Esta dió un grito de alegría.

—Es usted muy generoso — exclamó. — Bien se conoce que es inglés. Los ingleses tienen tanto dinero que no saben cómo emplearlo.

—Afortunadamente puedo permitirme estos caprichos — dijo el detective, — aunque no siempre en ocasiones tan gratas como la presente. ¿Quién es ese hombre que conversaba con usted hace un momento?

—Es un tipo a quien habré visto una docena de veces. No conozco hombre más cargante; está empeñado en que lo acompañe a cenar a su departamento. Pero ¿a qué va a ir una? O nunca tiene dinero o es un avaro. Además, si he de decirle la verdad,

hombre que me inspira cierta aversión. Voy a darle un consejo — exclamó nan impulsivamente: — No vaya.
¿Le conoce usted, acaso?
No; lo vi esta mañana por primera vez i vida. ¿Dónde me dijo que vivía ese ore?
muchacha le miró sorprendida, pues ecordaba haberle dicho semejante cosa; la generosidad de su nuevo conocido merecía que se tuviera con él ciertas deraciones.
En la "rue des Marguerites" — contes- — número 70. Hay una buena tirada e aquí... Si el señor quiere permitir- ue lo deje un momento...
leman sonrió. Su hermosa interlocuto- o podía disimular los deseos que tenía a probar fortuna y el detective la des- amablemente.
enas hubo desaparecido la joven Có- n sintió instintivamente a su la- a presencia hostil de alguien. Levantó jos y se encontró con el mis- so magnate ruso. Sus miradas ifestaban bien a las claras el lo irritado de su ánimo; la lez de sus mejillas se había tuado hasta darle la semejan e un espectro. Su era dura y ame- dora.
Caballero — dijo, e de preguntarle qué me elige us- como objeto de ersación en un r público con una rzuela.
No tengo la me- idea con respecto que usted quiere : — contestó el tive a quien to- a de sorpresa el brupto.
Lo que quiero de- es bien sencillo rosiguió el otro, tratando de dominar- — Esta mañana en el restaurant "Ci- usted y la persona que lo acompaña- stuvieron haciendo preguntas acerca i persona al mayordomo de la casa. constituye una verdadera impertinen- Esta noche lo he vuelto a ver conver- o con una mujer a quien yo acababa ejar y a la que usted dió dinero. ¿Con motivo le dió usted el dinero?
Puedo asegurarle, caballero — contes- óleman con calma genuinamente bri- a, — que usted está dando a este asun- ayor importancia que la que tiene en dad. Por lo que se refiere al dinero, dí a la muchacha para que probara te en la ruleta. ¿Quiere sentarse y to- un "fin Champagne" en mi compañía?
nn vaciló... y cayó en el lazo. Sus se fijaron con mirada codiciosa sobre otella que apareció trayendo un mozo.
Caballero — dijo, — voy a tener el er de beber a su salud haciendo votos una mejor inteligencia entre los dos.
He de confesarle a usted — dijo el de- ve una vez que apuraron sendas co- de espumante licor — que poseo el vi- le la curiosidad. Apenas pasa un día que pregunte por la vida de alguien, y se me ocurrió preguntar por la de us- l mayordomo del "Ciro".
¿Y podría decirme cuál es la informa- que recogió?
Muy poca cosa: que usted se hace lla- Senn, pero que en rigor es el jefe de familia de la más antigua nobleza de cia, establecida en Rusia antes de la ra; que se encontraba al servicio de de los grandes duques y que ha perdi- us bienes de fortuna; que éstos, al pre- e, son harto escasos, y que come una por semana en *chez* "Ciro".
Y los demás días en ninguna parte — iguió el otro con amargura. — ¿Y la eña Ninette?
Mi curiosidad con respecto a ésta es s perdonable, caballero — contestó el tive. — Por ella me enteré que usted la había invitado repetidas veces a cenar en su casa; pero que el mal estado de sus finanzas le obligó a rechazar la invitación. La muchacha me fué simpática y le dí 500 francos para que probara fortuna en la ruleta. Yo no juego, pero experimento un verdadero placer viendo cómo otros disfrutan de esta diversión.

El detective notó un extraño resplandor en la mirada de aquel hombre. Durante un momento pareció agitarlo una fuerte conmoción. Luego dirigió a su compañero una mirada en la que leía la admiración más intensa.

—¿Usted no juega? — dijo con voz entrecortada. — ¿Usted no ha sentido nunca la emoción indescriptible de ese extraño paraíso? ¿El "click" de la bola, la opulencia sin límites que se puede ganar en un momento no significan nada para usted? ¿Jamás ha sentido la emoción de observar con la mirada ardiente cómo gira la rueda, cómo sale la mágica bolita, que rueda, rueda hasta pararse en su número predilecto? Y luego los montones de oro y billetes que pasan a poder suyo, esas pilas de dorados discos que representan centenares de comidas en el "Ciro", que son el precio de los blancos brazos de Ninette, el precio de todas las comodidades y placeres de la existencia...

Cóleman movió negativamente la cabeza.

—Creo que estoy desprovisto por completo del instinto del juego — contestó. — Por otra parte, dispongo de todo el dinero que necesito.

—¡Ah!

El monosílabo fué eléctrico, asombrosamente expresivo. El ex magnate ruso miró a su interlocutor con ojos en los que se leía el odio y la envidia.

—Usted tiene todo el dinero que necesita... — murmuró como hablando consigo mismo.

—Así es — asintió Cóleman.

—También yo he sido rico, pero al salir de Rusia no llevaba conmigo más que la ropa que tenía puesta. Usted se preguntará cuáles son mis medios de vida, ¿no es así?

El detective miró por un momento la ceniza de su cigarrillo.

—Caballero — contestó, — ya le he confesado a usted que me domina el vicio de la curiosidad. Es cierto; tengo los mayores deseos de saber cómo vive usted.

Senn acercó más a la mesita de mármol la silla que ocupaba.

—Hay una señora de bastante edad que tiene un café en cierta calle situada en los suburbios de la ciudad. Propiamente no es un café en el sentido estricto de la palabra, pues el público que acude al establecimiento pertenece a las clases más humildes de la sociedad: cocheros, obreros y hasta gente de mal vivir. Pero el negocio produce, y la buena señora puede permitirse el lujo de tener quien le lleve los libros de la casa. Allí como ocasionalmente; saco para pagar el alquiler de mi departamento, un cuarto obscuro y miserable..., y una vez por semana como en el "Ciro".

—Una verdadera tragedia — declaró Cóleman.

—Mi vida — asintió el otro — se compone de mil tragedias conglomeradas en una.

El detective miró hacia el Casino.

—Y, sin embargo — murmuró, — eso le atrae todavía...

El rostro de su compañero adquirió una expresión satánica.

—Eso hace vibrar con fuerza irresistible todas las cuerdas de mi alma — confesó. — Esta noche, como de costumbre, le volví la espalda; pero cuando llegaba a lo alto de la colina no pude contenerme y volví atrás como la mariposa que se siente irresistiblemente atraída por la luz. Así fué como pude oír su conversación con Ninette...

Hubo un silencio, esta vez bastante largo. Cóleman arrojó el extremo de su cigarrillo y encendió otro nuevo. Luego apoyó ambos codos sobre la mesita.

—Vea, señor Senn — dijo. — Yo soy un aventurero en el sentido más amplio de la palabra. Mi vida y mi fortuna las empleo en recorrer el mundo en busca de lugares y personas que distraigan e interesen... ¿Quiere usted aceptar un préstamo de cinco mil francos para probar fortuna donde brillan aquellas luces?

—¿Habla usted seriamente? — preguntó Senn con voz entrecortada por la emoción.

—Con la más absoluta seriedad.

Senn extendió su mano sobre la mesa. Era la mano de un aristócrata; la mano blanca y fina, de largos y afilados dedos. En el anular llevaba un amplio anillo de oro, de forma aplastada.

—Deme el dinero — exclamó con voz que tenía mucho de rugido.

* * *

Eran pasadas las diez cuando los dos hombres penetraron en el Casino y desde el momento en que cruzaron los umbrales del edificio el enigmático Senn pareció olvidar por completo la presencia de su compañero. Al penetrar en la primera de las salas de juego dirigió sendas miradas de conocedor a las distintas mesas. Continuó avanzando, y al llegar a la última mesa hizo algunas preguntas en voz baja al "croupier". No debió ser satisfactoria la respuesta, porque retrocedió hasta una de las mesas que antes pasara de largo, vaciló un momento, y, por fin, sacó del bolsillo un fajo de billetes. Entonces por primera vez pareció darse cuenta de la presencia de su compañero.

—Si usted observa mi juego — dijo, — no me critique. Yo juego conforme a un procedimiento que me es propio. Comprendo que no hay lógica en él, pero tampoco la hay en la suerte.

—No se preocupe en absoluto por mí — le contestó el detective. — Le veré hacer un par de jugadas y me marcho en seguida.

—Si asiste a dos jugadas mías, podré ver si usted me trae suerte. Si ve que pierdo, márchese en seguida.

Cóleman asintió con la cabeza.

Su compañero se había apoyado sobre la mesa, obtuvo algunas placas de oro y ocupó un asiento vacante que había cerca de la cabecera de la misma. Cóleman, que le contemplaba con fingida indiferencia, sintió que se aceleraban sus pulsaciones. Su protegido acaba de jugar al número catorce "en plein", "carrés" y "chavaux".

—Veinticuatro, rojo, par y pasa — gritó el "croupier" un momento después.

Senn repitió la jugada y perdió de nuevo.

Esta vez dirigió una mirada a su compañero y le hiz señal con la mano para que se retirara.

* * *

Al día siguiente, antes de las diez de la mañana, Nelson Cóleman se dirigía al Café de París, donde esperaba encontrar a su improvisado amigo. Efectivamente; sentado a una de las mesas colocadas sobre la acera, estaba Senn, a quien acompañaba la linda francesita.

—Mi bienhechor — exclamó el jugador *en cuanto distinguió al detective.* — *Caballero — prosiguió una vez que* éste estuvo más cerca, — discúlpeme que no le devuelva en este momento sus cinco mil francos. Es una superstición, pero usted bien sabe que nosotros vivimos de supersticiones.

—¿Por fin ganó? — le preguntó el detective.

—Sí: unos doscientos mil francos — contestó. — Veinticuatro jugadas. En ellas salió el catorce, once veces; nueve, el trece; tres, el quince, y una, el doce. ¿Quiere usted tomar una copa de licor en mi compañía?

Cóleman aceptó la invitación y tomó asiento al lado de Ninette.

Una pareja estaba en aquel momento delante de ellos, junto a las enredaderas del jardín del café.

Senn se volvió para mirarlos. Sus ojos resplandecieron.

—¡Esa mujer! — exclamó, dirigiéndose a Cóleman. — Creo que la he visto en alguna parte. ¿Sabe usted cómo se llama?

—Es la señora de Preston — contestó el detective. — La acompaña su esposo, el mayor Preston.

Senn movió la cabeza negativamente.

—No — protestó con aires de profunda convicción; — la he conocido en Nueva York con otro nombre, con el de Velia Dane. Es una médium maravillosa. Yo asistí a una de sus sesiones en Brooklyn. Fué algo extraordinario. Daría cualquier cosa por...

—¿Es usted espiritista? — preguntó el detective.

El misterioso personaje se levantó.

—Ya va siendo hora de tomar el aperitivo, pequeña — dijo, dirigiéndose a Ninette. — Con respecto a lo que usted me pregunta — continuó, volviéndose al detective, — ¿quién sabe? He visto cosas tan extraordinarias en la vida, que nada me maravilla. ¿Quién sabe?

* * *

Al día siguiente Cóleman se encontró con Ninette. La muchacha se acercó a él como a su protector.

—Mira, pequeña — le dijo el detective sin más preámbulo, — si quieres seguir el consejo desinteresado de un amigo, ten sumo cuidado con Senn. Cultiva su trato, recíbelo, si quieres, en tu departamento; pero por nada del mundo vay a su casa. ¿Me entiendes? Ahora te voy a pedir un favor, que nada tiene de particular. Fíjate lo que tiene en el dedo, debajo del anillo de oro, que tanto llama la atención por su desmesurada anchura. Luego me lo
Es una curiosidad mía.

* * *

Aquella noche Nelson Cóleman se
ró temprano a su alojamiento y se
acostar cuando le entregaron un sob
rigido a él. Abriólo y con no pequeñ
bajo logró descifrar los garabatos
carta contenía.

"Mi querido señor: He podido mi
que hay debajo del anillo del señor
Es una feísima verruga. Tiene much
tivos para ocultarla.

Querido señor: La suerte de ese h
es estupenda. Ya lleva ganado más d
dio millón de francos. Esta noche me
de nuevo y no pude menos que acept
cenar con él en su departamento. Per
go miedo; un presentimiento me dice
he debido aceptar; pero ya no teng
remedio que ir. Hasta mañana, mi q
amigo. — *Ninette*".

Nelson Cóleman tuvo entonces la
horripilante de la serie de crímenes q
no dudaba en atribuir a Senn. Vió la
de Sydenham, que fuera la escena d
men de Holdsworth, con su jardín es
damente cuidado, con sus alegres luce
servían de máscara a los horrores q
habían desarrollado dentro. Oyó las
de las víctimas confiadas, risas que
pente se convertían en gritos de
Vió a Ninette tratando de ahogar
pagne los vagos temores que agitab
espíritu; oyó los gritos desgarrador
la muchacha, que llegaban a él por e
del bullicio de la ciudad.

El detective reaccionó con energía.
un revólver de uno de los cajones
mesa y bajó apresuradamente las esc
de su alojamiento. Momentos despu
coche de punto lo conducía en direcci
domicilio del vampiro. Antes de llega
dió orden al cochero para que se detu
y descendió del carruaje avanzando co
pidez.

La casa que habitaba Senn tenía
frente un pequeño jardín. El detective
tó la verja y avanzó. En una de las
tanas había luz y hacia ella se dirigi
la respiración entrecortada. ¿Llegaría
do para evitar el crimen de cuya prem
ción ya no tenía la menor duda? D
pente los ecos de una carcajada arge
vinieron a aliviarle de la opresión q
perimentaba su espíritu. Ninette esta
va. Cóleman se ocultó detrás de uno
bustos y escuchó.

—Ahora, pequeña — decía la voz d
profundo de Senn, — te voy a most
hermoso panorama que se descubre
mi ventana. La noche no puede esta
tranquila. Mira allá lejos, el bosque
me...

Y las dos siluetas se destacaron so
fondo iluminado.

—No me gusta nada — manifestó
te con voz quejumbrosa. — Separémo
la ventana; el aire de la noche está
En ese momento el detective saltó
de la habitación, revólver en mano.
hizo un horrible gesto de sorpresa;
se llevó las manos al cuello y cayó
fulminado.

* * *

—Dime, Ninette — preguntaba al
guiente el detective. — Me hablabas
viste retratarse en sus ojos el ase
¿Fué en esta misma pieza?

—Sí — contestó la muchacha. —
sentado en aquella mesa redonda y mi
a la ventana abierta. De repente se
tó, extendió hacia mí ambos brazos
muerte parecía desprenderse de sus
Entonces entró usted.

Cóleman se quitó el sombrero y mur
—Por aquí ha pasado la justicia de



Galeón

VINO
FINO
PARA
RECEPCIONES

Galeón
VINO FINO GENEROSO
PARA RECEPCIONES
POLLEDO y Cía.

POLLEDO & Cía
MAYORISTAS — IMPORTADORES
Bme' Mitre 1352
Buenos Aires













El hombre que estuvo a punto de ser asesinado quince veces

No hay duda que si existe una persona que tiene bien asegurada la vida esa es Emilio Duvernier quien, después de una ausencia de cuarenta y cinco años volvió a su país natal, Francia, con una gran fortuna adquirida en diversas empresas más o menos fructuosas.

De espíritu aventurero, se embarcó a los 14 años en Marsella, colocándose como grumete en un barco mercante que hacía el recorrido hasta la Cochinchina francesa.

Su vida, fértil en azarosas peripecias, ofrece un gran ejemplo de valor y voluntad tenaz que muchos hombres debieran imitar.

De regreso a su patria, Duvernier ha publicado sus "Memorias", altamente interesantes y de las que entresacamos los episodios más trágicos.

"Después de haber recorrido durante largo tiempo los mares del Sud — escribe Duvernier, — resolví dedicarme al comercio para el que creía tener grandes disposiciones, y fué en Nagasaki donde me instalé con un pequeño establecimiento donde se vendían bebidas y tabaco. Una noche, a causa de no haber pagado el consumo un marinero holandés, tuve con él una fuerte discusión; sus compañeros le apoyaron y atacándome por la espalda me dieron una feroz cuchillada que me tuvo en el hospital durante tres meses entre la vida y la muerte. Al salir de allí, me encontré con que mi comercio había sido saqueado totalmente, y hallándome en la más completa miseria me embarqué como marinero en un junco chino que me dejó en el entonces Celeste Imperio. Allí logré emplearme en una misión hidrográfica encargada de reconocer el curso del río Rojo. Al principio, la tarea no presentó inconvenientes, pero conforme íbamos adelantando, empezaban a presentarse los obstáculos.

Una noche en que me hallaba de guardia junto al campamento fuí atacado por unos coolíes que casi me estrangularon. Luego, asiéndome por la cabeza y por los pies me arrojaron al río.

Aturdido por el golpe, iba a sucumbir sin duda, cuando la Providencia quiso que dos de nuestros "boys" se hallasen allí cerca en una canoa.

Oyeron mis angustiosos gritos y me sacaron del agua cuando ya estaba yo apunto de perecer, pues había perdido el conocimiento. Aun hoy no puedo explicarme aquel milagro, pues lo fué realmente.

Tres años más tarde, y prosiguiendo mi vida errante y aventurera, entré a formar parte del servicio policial en Birmania. Entonces la policía de aquel país se dedicaba especialmente a dar caza a los bandoleros y piratas que se habían refugiado en los bosques. Tuve la suerte de llevar a buen fin una expedición muy difícil y capturé al jefe de una gavilla de malhechores. Al saberlo, los compañeros del prisionero juraron tomar venganza y perseguirme hasta lograr mi muerte.

Durante siete meses los bandidos permanecieron quietos, sin mostrarse ni cometer ninguna fechoría, y creímos que, faltos de jefe, se habrían dispersado por temor a caer en una emboscada.

Yo estaba muy tranquilo y me creí en salvo. Nos hallábamos acampados a orillas de un arroyo y una noche hermosísima me alejé un poco con uno de mis compañeros, charlando de todo un poco. La región era tan segura que ni siquiera llevaba yo revólver.

De improviso y como si hubieran brotado de la tierra, surgieron seis indígenas a



nuestro alrededor, blandiendo enormes sables. Uno de ellos, con agilidad simiesca, se abalanzó hacia mí, y agarrándome por el cabello, levantó el arma... En menos de un segundo comprendí su intención: ¡quería cortarme la cabeza!... Me eché vivamente hacia atrás, con desesperado esfuerzo, y la terrible hoja de acero no alcanzó más que al muslo.

Aun puedo mostrar la profunda cicatriz, que tiene doce centímetros de largo.

Estaba aun convaleciente de mis heridas, cuando una bala traidora destrozó un pequeño espejo que utilizaba para afeitarme.

Ocho veces más atentaron contra mi vida durante el tiempo que formé parte del servicio policial en Birmania.

Como el empleo en la policía me resultase asaz peligroso, resolví dejarlo y me contraté como capataz en las plantaciones de te de Ceylán. ... no son de car... y el anterior ... aquella planta... do asesinado.

Resolví trata... humanidad, pe... cia.

Pasados dos ... dígena, por c... trabajo, mató ... ñero. Inmedia... tregué el crimi... toridades par... castigado en ... se merecía. Aquello me atrajo ... familia del criminal. Una tard... en mi "bungalow" una niña—... pués era sobrina del asesino ... canastilla llena de frutos y fl... Agradecí el obsequio y despe... dándole unas monedas.

Metí la mano en la canasta p... frutas y la retiré dando un g... Había sentido una mordedura. ... mación acudió un ... con presteza volc... el contenido de la ... entre las flores sa... ra negra y roja, ... a una de las espe... nenosas, que el in... diestramente con ...

Pero mi mano ... dose rápidamente ... do un color negru... res eran insoport... pusieron infinidad ... y felizmente pude ... ro estuve un mes ... muerte, con fieb... continuo.

Mi salud qued... quebrantada y pa... hice un viaje a A... pleándome como "... una granja.

La animosidad ... era entonces allí ... Una noche, un gr... genas asaltó la ... echaron al cuello ... rredizo y me colg... árbol.

Felizmente, ent... cantes se encontr... gena, Weiopahu, a... curado yo de una ... una mano.

El muchacho n... nerse a lo dispue... camaradas, pero e... tre los altos mato... nas escaparon l... trepó al árbol ágil... tó la cuerda sal... una muerte segur...

Mi última aven... en las praderas ... Ocupaba yo enton... to de administr... "ranch", lo que h... tado numerosas envidias espe... un cow-boy llamado Harry ... aspiraba al puesto.

Una mañana en que iba a c... so, me sentí brutalmente ar... un lado, quedando mi pie met... tribo. Alguien — fué Harry ... malvado — dió varios latigaz... y éste partió al galope.

Felizmente el pasto estaba ... do y no me hizo mucho daño.

No sé cómo pude sacar el ... cinto y tiré a la cabeza del a... tercer disparo cayó muerto.

Saqué el pie del estribo ... maltrecho volví al "ranch" do... guardar cama durante ocho d... grandes dolores. Feenton fué c... tentativa de homicidio a va... cárcel.

Altieri

El misterio del desaparecido

Por John Murphy

Thorpe Hazell, estaba en el escritorio de su departamento en Londres. En la pared de enfrente había clavado él, con alfileres, un pedacito de papel, de cerca de una pulgada cuadrada, a la altura de su vista, y se había puesto a hacer unas contorsiones extraordinarias.

Con los ojos fijos en el papel, estiraba el cuello cuanto podía y torcía la cabeza en todas direcciones. Esto exigía una espantosa vuelta de ojos, a fin de mantener la vista en el papel, y entendía Hazell que era un medio de fortificar los músculos del ojo para la visión angular. En ese momento oyó un golpecito en la puerta.

—¡Entre! — gritó haciendo girar siempre rápidamente la cabeza.

—Un caballero desea verlo en seguida, señor — dijo el sirviente presentándole una tarjeta.

Hazell cesó en sus ejercicios, tomó la tarjeta de la bandeja, y leyó: "Señor F. W. Wingrave", profesor, bachiller en ciencias".

—¡Oh, hágalo entrar! — dijo algo impaciente, pues detestaba ser interrumpido cuando hacía su gimnasia de la vista.

Un momento después penetró en la pieza un joven como de veinticinco años, que mostraba en su semblante viva ansiedad.

—¿Es usted Mr. Thorpe Hazell? — preguntó.

—Yo soy.

—Usted habrá visto mi nombre en la tarjeta; soy uno de los profesores de la escuela de Shillington, he oído hablar de usted, y me dijeron en la estación que sería bueno consultarle... Creo que no tendrá inconveniente... Yo sé que usted no es un pesquisante ordinario, sino...

—Siéntese, Mr. Wingrave — dijo Hazell interrumpiendo el nervioso flujo de palabras. — Usted parece sentirse mal y estar muy fatigado.

—Me acaba de suceder una cosa muy grave — añadió Wingrave, dejándose caer en un asiento.

—Un niño que estaba a mi cuidado ha desaparecido de una manera misteriosa y desearía que usted me lo encontrase; quisiera conocer su opinión. Me han dicho que usted entiende muy bien todo lo referente a los sucesos que se producen en ferrocarril, pero...

—Oiga, querido señor, usted va a tomar ahora una tostada caliente y agua antes de seguir hablando. Yo comprendo que quiere consultarme sobre un asunto de ferrocarril. Haré lo que pueda; pero no quiero escucharle hasta que no haya tomado algún alimento. Usted prefiere whisky quizás... aunque le aconsejo que no lo tome.

Sin embargo, Wingrave, prefirió el whisky, y Hazell le sirvió un poco, añadiéndole soda.

—Gracias — dijo, — espero que usted podrá darme un consejo. Temo que haya sido muerto el pobre muchacho; todo el asunto es misterioso y yo...

—Un momento, Mr. Wingrave. Permítame que le diga que me cuente la historia desde el principio. Esa es la mejor manera.

—Muy bien. Aunque temo que el horror de la cosa me haga incoherente, voy a procurar hacer lo que pide. Ante todo, ¿conoce usted el nombre de Carr-Mathers?

—Sí, creo que sí. Es un hombre muy rico, ¿no es cierto?

—Un millonario. Tiene solamente un hijo, un niño como de diez años, cuya madre murió cuando él nació. Es un muchacho pequeño para su edad, a quien el padre idolatra. Hace como tres meses, este joven, Horacio Carr-Mathers, fué enviado a nuestra escuela de Cragsbury House, en las afueras de Shillington. No es una escuela [illegible] pero es sumamente selecta, y el doctor Spring, su director, es bien conocido en los círculos de la alta sociedad. Puedo decirle que nosotros estamos preparando para las escuelas públicas a los hijos de las familias más nobles. Usted comprenderá fácilmente que en un establecimiento como el nuestro se ejerce el más escrupuloso cuidado sobre los alumnos, no solamente en cuanto a su educación moral e intelectual, sino también para protegerlos contra cualquier influencia exterior.

—El secuestro, por ejemplo — interrumpió Hazell.

—Exactamente. Se han conocido algunos casos, y el doctor Spring tiene que mantener una reputación muy alta. El rumor más leve contra la escuela sería un mal para él y para todos los profesores.

Ahora bien: esta mañana el director recibió un telegrama sobre Horacio Carr-Mathers, solicitando que se le enviara a la ciudad.

—¿No sabe usted los términos exactos del despacho? — preguntó Hazell.

—Lo traigo aquí — replicó Wingrave sacándolo de su bolsillo.

Hazell te tomó el telegrama y leyó:

"Haga el favor de dar licencia a Horacio por dos días. Mándelo a Londres por el expreso de las 5.45, de Shillington, en coche de primera clase, dándole instrucciones al guarda para que lo cuide. Nosotros iremos a esperar el tren en la ciudad. — Carr-Mathers".

—Hum — murmuró Hazell, cuando se lo devolvió. — Está bien, él puede permitirse el lujo de telegramas largos.

—¡Oh, él telegrafía siempre sobre una cosa u otra! — replicó Wingrave, — rara vez escribe una carta. Pues bien, cuando el doctor recibió ésto, me llamó a su escritorio.

—Supongo que debo dejar ir al niño — dijo, — pero no me inclino del todo a permitirle que viaje solo. Si le sucediera algo, su padre nos haría responsables a nosotros y a la compañía del ferrocarril. Así que será lo mejor que lo lleve usted a la ciudad, Mr. Wingrave.

—Sí, señor.

—Usted no tiene más que entregarlo a su padre. Si Mr. Carr-Mathers no está en la estación para recibirlo, llévelo usted en un coche a su casa, en Portland Place. Usted podrá tomar, probablemente, el último tren de vuelta; pero si no lo toma, puede quedarse a dormir allá en un hotel.

—Muy bien, señor.

—Así, poco después de las cinco y media, me encontraba yo en el andén de la estación de Shillington, esperando el expreso de Londres.

Ahora detenga un momento su narración — interrumpió Hazell, bebiendo un vaso de agua que se había servido. — Yo quiero tener la noción clara de este viaje suyo desde el principio, pues presumo que usted me va a decir dentro de poco que ocurrió algo extraño durante él. ¿Se notaba allí alguna cosa antes de que partiese el tren?

—Nada en aquel instante. Pero yo recordé después que dos hombres parecían observarme atentamente cuando tomé los boletos, y oí que uno de ellos lanzó una maldición en voz baja. Pero mis sospechas no se despertaron en aquel momento.

—Comprendo. Probablemente él se quedó desconcertado cuando vió que usted iba a viajar con el niño. ¿Subieron esos dos hombres al tren?

—Voy a eso. El tren estaba para partir y nosotros tomamos asiento en un compartimiento de primera clase.

—Haga el favor de explicar la posición exacta en que se colocaron ustedes.

—Nuestro vagón era el tercero del tren, a contar desde la delantera. Era un tren de corredor, con acceso de un coche a otro. Horacio y yo estábamos en el compartimiento solos. Yo le había comprado algunos diarios ilustrados, para el viaje, y por algún tiempo estuvo bastante tranquilo mirándolos.

—Un momento. Quiero saber si el corredor de su coche estaba a la izquierda o a la derecha, suponiendo que ustedes estuviesen enfrente de la máquina.

—A la izquierda.

—Muy bien, continúe.

—La puerta que daba al corredor estaba abierta. Todavía había luz, pero el crepúsculo avanzaba rápidamente. Debo decir que serían cerca de las seis y media o un poco más. Horacio había estado mirando por la ventana de la derecha del tren, cuando le llamé la atención sobre el castillo de Rutherham, frente al cual pasábamos. El castillo está, como usted sabe, a la izquierda de la vía. Para verlo mejor, salió al corredor y se quedó allí. Yo me mantenía en mi sitio, a la derecha del coche, observándolo de cuando en cuando. El pareció interesarse por lo que había en el corredor y una o dos veces, cerró y abrió la puerta de nuestro compartimiento. Comprendo ahora que no debía haberlo perdido de vista un momento; pero no soñé nunca que pudiera ocurrir un accidente. Yo estaba leyendo un periódico, y me interesaba sobre todo un párrafo. Debieron transcurrir siete u ocho minutos antes de que yo levantase la vista. Cuando lo hice, Horacio había desaparecido. No pensé que fuese nada de esto al principio, sino que deduje solamente que hubiese dado un paseo por el corredor.

—¿Usted no sabe por qué camino fué? — preguntó Hazell.

—No. No lo podría decir. Esperé uno o dos minutos y luego me levanté y examiné el corredor. Allí no había nadie. Todavía no se habían despertado mis sospechas. Era posible que hubiera ido al lavatorio. Así es que me senté de nuevo, y esperé. Después comencé a ponerme un poco ansioso y determiné ir a buscarlo. Caminé hasta uno y otro extremo del corredor y registré los lavatorios; pero ambos estaban vacíos. Luego miré en todos los otros compartimientos del coche, y pregunté a sus ocupantes si no lo habían visto pasar, pero ninguno de ellos lo habían advertido.

—¿Recuerda usted cómo estaban ocupados esos compartimientos?

—Sí. En el primero, que era reservado para damas, había cinco señoras. En el siguiente era una sala de fumar y había tres caballeros. Seguía el de nosotros. Después, yendo hasta el frente del tren, estaban los dos hombres que yo había observado en Shillington; el último compartimiento lo tenía un caballero con su señora y sus tres niños.

—¡Ah! quiero saber algo más sobre esos dos hombres. ¿Qué estaban haciendo?

—Uno de ellos, leía un libro, y el otro parecía dormido.

—Dígame. ¿Estaba cerrada la puerta que daba al corredor del compartimiento de ellos?

—Sí, estaba cerrada.

—Continúe.

—Ahora bien, yo estaba terriblemente alarmado. Volví a mi compartimiento y tiré del comunicador eléctrico. En pocos segundos el guarda vino por el corredor y me preguntó lo que deseaba. Le dije que se había perdido el niño que tenía a mi cuidado. El indicó que podría haber pasado a otro coche, y yo le pregunté si tendría inconveniente en que hiciésemos juntos un examen minucioso del tren. Accedió gustoso a esto. Volvimos al primer coche y empezamos a buscar. Examinamos todos los compartimientos de un extremo

a otro del tren; miramos debajo de los asientos, a pesar de las protestas de algunos pasajeros; registramos todos los lavatorios... todos los rincones del tren... y no encontramos absolutamente ninguna huella de Horadio Carr-Mathers. Nadie había visto al niño en ninguna parte.

—¿Había parado el tren?

—Ni un segundo. Había marchado a toda velocidad. Fué más despacio solamente después que acabamos el registro, pero nunca se detuvo.

—¡Ah! Ahora iremos a eso. Deseo dirigirle primero algunas preguntas. ¿Había todavía luz?

—Estaba obscuro, pero había bastante claridad para vér; además, las lámparas del tren estaban encendidas.

—Muy bien. Dígame con precisión qué sucedió con aquellos dos hombres que estaban en el compartimiento inmediato al suyo, cuando los visitó por segunda vez con el guarda.

—Ellos hicieron una porción de preguntas, como muchos de los otros pasajeros y parecieron muy sor-prendidos.

—¿Usted miró debajo de sus asientos?

—Ciertamente.

—¿Y en las perchas de los equipajes? Un muchacho pequeño como él podía ser arrollado en una frazada y puesto en las rejillas del tren.

Thorpe Hazell encendió un cigarrillo y fumó con nerviosidad, haciendo seña a su compañero para que permaneciese quieto. Estaba imaginándose la situación. De repente, dijo:

—¿Cómo se hallaba la ventana del compartimiento de aquellos dos hombres?

—Estaba cerrada... Yo noté eso particularmente.

—¿Está usted completamente seguro de que registró todo el tren?

—Absolutamente seguro; también lo estaba el guarda.

—¡Ah! — observó Hazell — sin embargo los guardas se equivocan algunas veces. ¿Registraron ustedes solamente el interior del tren?

—Nada más.

—Muy bien — replicó Hazell — ahora, antes de que prosigamos, deseo preguntarle esto. ¿Habría tenido algún interés en asesinar al niño?

—No lo creo... por lo que sé. No veo cómo pudiera ser eso.

—Perfectamente. Vamos a tomarlo como un simple caso de secuestro, y supongamos de que está vivo y sano.

—¿Cree usted que puede ayudarme?

—No lo sé todavía; pero continúe y cuénteme todo lo que sucedió.

—Bueno, después que hubimos registrado el tren yo no sabía qué hacer... ni el guarda tampoco. Sin embargo, los dos convenimos en que no se podía hacer más hasta que no llegásemos a Londres. Con razón o sin ella, se despertaron en mí fuertes sospechas contra aquellos dos hombres y viajé en su compartimiento el resto del camino.

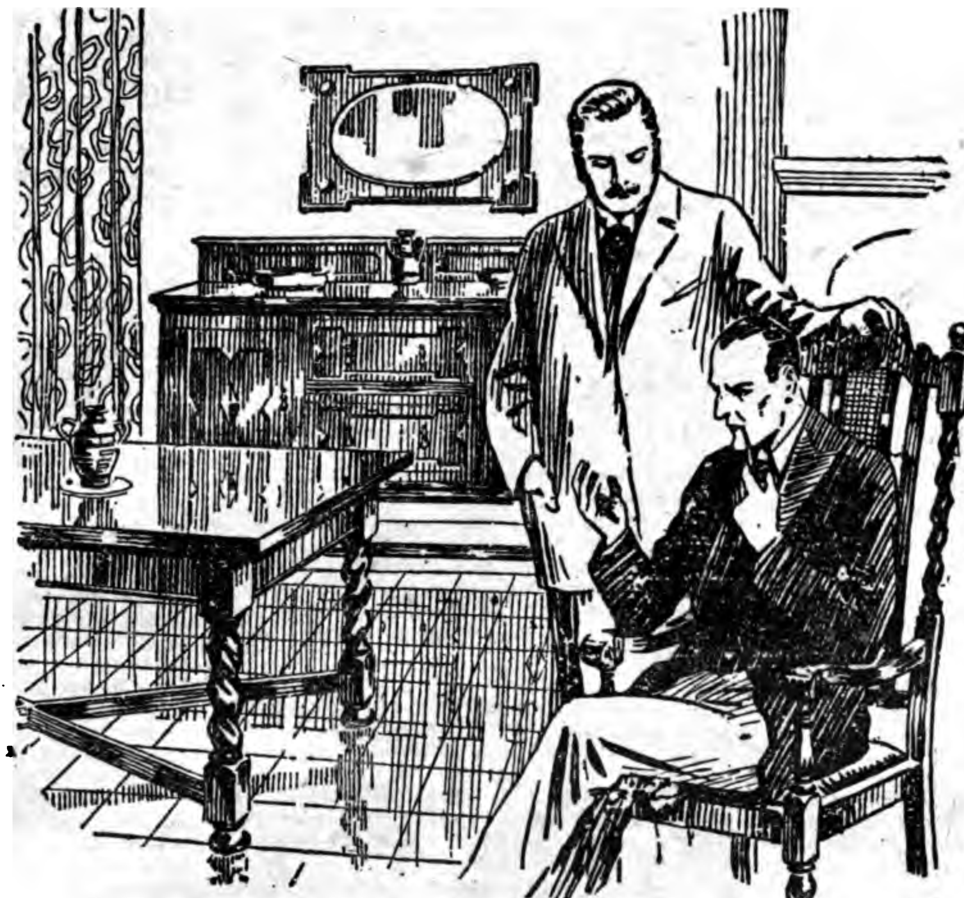
—¡Oh! ¿Y no sucedió nada?

—Nada. Ambos me dieron las buenas noches, manifestaron el deseo de que encontrase al niño, salí y subí a un coche de alquiler.

—Y luego ¿qué hizo?

Busqué a Mr. Carr-Mathers, pero no se le encontraba en ninguna parte. Después ví a un inspector de policía y le expuse el caso. El prometió hacer averiguaciones e inspeccionar la línea en el sitio donde había perdido a Horacio. Tomé un coche en Portland Place solamente para descubrir que Mr. Carr-Mathers está en el extranjero y no es esperado en su casa durante una semana. Entonces vine a verle a usted, pues el inspector me aconsejó que lo hiciera así. Esta es toda la historia. Es una cosa terrible para mí, Mr. Hazell.

—Está bien — replicó Hazell; — sin duda es evidente que se trata de un complot. Alguien envió el telegrama, conociendo las costumbres de Mr. Carr-Mathers. El objeto era secuestrar al niño. Parece absurdo hablar de secuestradores y rescates en Londres, pero la cosa se hace de continuo a pesar de todo. Es evidente que esperaban que el niño viajase solo y que el tren era el sitio elegido para el secuestro. De ahí las indicaciones tan bien combinadas. Yo creo que usted tenía mucha razón en sospechar de esos dos hombres y hubiera sido mejor



que los hubiese seguido, en vez de venir a hablarme.

—Pero ellos se fueron solos.

—Exactamente. Mi parecer es que ellos habían intentado desde el principio hacerlo así después de disponer de Horacio, y que ellos realizaron su plan.

—Pero ¿qué se hizo del niño?... ¿Qué hicieron ellos?...

—Espere un poco. Mis ideas no están del todo claras. ¿No dijo usted que mientras estaba terminando su registro con el guarda, el tren moderó la velocidad?

—Sí; casi se detuvo... y luego fué muy despacio durante un minuto o cosa así. Yo pregunté al guarda por qué era eso, pero no comprendí su respuesta.

—¿Cuál era?

—El dijo que era una operación V. P.

Hazell se echó a reir.

—V. P. quiere decir "vía permanente" — explicó. — Ahora sé de qué se trata. Cerca de Longmoor hay una gran obra; están levantando el nivel de la vía, y los trenes que suben, corren por rieles provisionales. Así es que deben avanzar muy despacio. ¿Entonces fué después de eso cuando usted vol-

vió con los dos hombres de quie chaba?

—Sí.

—Muy bien. Ahora déjeme medit el asunto. ¿Quiere un poco más de A usted le gustaría también ecl ojeada a mi biblioteca. Si entiende primeras ediciones, y de encuader le va a interesar.

Wingrave, como es de presumir poca atención a los libros; pero obs ansiedad a Hazell, mientras este cigarrillo tras cigarrillo con el e fruncido en honda meditación.

Después de un rato dijo con calm

—Usted comprenderá que voy a sobre la teoría de que el niño ha cuestrado y de que la intención p ha sido llevada a cabo, a pesar dente de su presencia en el tren. me confunde es qué hicieron del ni tras tanto; pero eso es un detalle, sería interesante saber cómo fué no quiero despertar ninguna falsa za, porque me podría equivocar bablemente; pero vamos a obrar s presunción m nable, y si lo cierto, es nerlo definiti en la pista. V acaban de nueve. Tenem tante tiempo. a ir primero partamento d de Scotland pues será bu llevemos un sante.

El llenó una de leche, pus nos bizcochos banana en u de sandwiches pués ordenó a viente que buscar un coc

Una hora n de, Hazell, V ve y un hon Scotland Yar ban reunidos de las oficinas das del Mid-E con uno de l pleados princi la línea. Este escuchaba co ción a Hazell.

—Pero no comprender qu ño no estuvi ninguna part tren, Mr. Ha dijo.

—Yo no pue prenderlo... te — replicó Hazell — pero déje primero si mi teoría es exacta.

—Desde luego. Hay un tren de i tro de unos minutos. Yo voy a acon los, pues el asunto es muy interesan mos, caballeros.

El empleado se acercó a la máqu algunas instrucciones al maquinista go tomaron todos asiento en el tre pués de una marcha de media hora, por una estación.

—Esa es Longmoor — dijo el en — Ahora debemos estar cerca del pu vía ha sido levantada cerca de un abajo.

Hazell sacó la cabeza por la vent aquel momento apareció una luz tren casi llegó a pararse y luego lentamente; el hombre que había tado la luz roja la cambió por otra Ellos pudieron verlo, cuando pasa pie junto a una choza provisional. deber advertir a todos los conducto se acercaban, y con este objeto se estacionado a unas trescientas varas al trozo que estaba en obra. Ellos muy pronto ese trayecto. Lámparas

ı esparcían una luz fantástica sobre .cena del trabajo, pues éste se conti- a día y noche. Unos veinte peones ro- ›s estaban trabajando con pala y pico. nuevo se quedaron en la obscuridad. tro lado de la escena de la obra, a la ıa distancia, había una chocita, con un dián para el tren de venida. En vez de ›ntar la velocidad al pasar por esa cho- ue habría sido lo usual, el maquinista detuvo el tren, y entonces los cuatro ›res salieron del tren, saltando del es- al suelo. El tren siguió, dejándolos a ıquierda de la vía de abajo, justamente e a la pequeña choza. Ellos pudieron ıl hombre que estaba afuera, dándole ırte la espalda. Había fuego en un bra- junto a la figura que se dibujaba con- nente. El se movió de pronto cuando cruzaron la vía en su dirección.

¿Qué están haciendo aquí? — gritó. — les no tienen nada que hacer acá. Está bido el tránsito por esta parte.

ı un hombre corpulento, de aspecto e, y retrocedió un poco hacia su choza blar.

Soy Mr. Mills, el superintendente se- o de la línea — replicó el empleado ntándose.

Le pido perdón, señor; pero ¿qué sabía — gruñó el hombre.

Muy bien. Su deber es desviar de aquí gente. ¿Cuánto tiempo ha estado es- ıado en este punto?

Yo vine a las cinco; soy guardián noc- , señor.

Ah! ¿Y se encuentra cómodo aquí?

Sí, gracias, señor — contestó el hom- xtrañando un poco la pregunta, pero ındo, por supuesto, que el superinten- había venido con unos ingenieros para ccionar las obras.

¿Le pertenece esta choza a usted?

Sí, señor.

decir ni una palabra más; Mr. Mills se ninó a la puerta de la choza. El hom- palideciendo de repente, cambió de po- ı y se quedó de espaldas a ella.

Es... es mi habitación particular, señor ırmuró.

zell se echó a reír.

Muy bien, amigo — dijo. — Yo tenía . Creo... ¡hola! ¡Cuidado! ¡No lo de- scapar!

hombre, en efecto, se había precipitado adelante; pero el oficial de Scotland y Mr. Hazell se echaron sobre él en un ›nto, y unos segundos después le po- las esposas en las muñecas. Luego ron de repente la puerta, y allí, en un ı, amordazado y atado, estaba Horacio Mathers.

a exclamación de alegría brotó de los ı de Wingrave al abrir su cortaplumas cortar las ligaduras. Pero Hazell lo o.

Espere sólo medio minuto — dijo; — › ver cómo lo han atado.

muñecas se hallaban atadas a la es- ; le habían puesto una cuerda gruesa ›dor de la cintura, justamente debajo sobacos, y otra cuerda sobre las rodi- Estas se hallaban unidas por un pedazo ›rda floja.

Muy bien! — continuó Hazell. — Haga al pobre muchacho de su tormento... es! ¿Cómo te encuentras, niño?

Muy entumecido — dijo Horacio; — pe- estoy lastimado; — y dirigiéndose a rave: — ¿cómo supo usted, señor, que aba aquí?

a cuestión es ver cómo llegaste aquí — ó Wingrave. — Mr. Hazell, este señor, a saber dónde estabas; pero la cosa enigma para mí, ahora.

i ustedes hubieran venido media ho- s tarde, no lo hubieran encontrado— el preso.

Oh, en esas estamos! — exclamó Ha- — Ya veo. Ahora nos va a contar, ni- mo sucedió todo. Entretanto, míster creo que podemos preparar un pe- lazo... ¿eh?

o estuvo arreglado en cinco minutos. ı traídos un par de peones de los que trabajaban en la vía; uno se estacionó fuera para vigilar los trenes, teniendo cier- tas instrucciones, además, y el otro quedó dentro de la choza con todos. Un tercer peón fué enviado a dar aviso a la policía.

—¿Cuándo van a venir? — preguntó Hazell al hombre maniatado.

—Ellos iban a tomar un tren que va de Londres a Rockhapstead, en el nordeste, y a seguir viaje. Está como a diez millas de aquí.

—¡Bueno! Pronto llegarán — dijo Hazell mientras comía algunos bizcochos y los ha- cía bajar con un trago de leche, después de lo cual sorprendió a todos realizando uno de sus ejercicios digestivos.

A poco oyeron ruido de ruedas en un camino junto a la vía. Entonces el hombre de guardia dijo con voz bronca:

—El niño está dentro.

Poro ellos encontraron dentro otra gente además del niño, y una hora más tarde los tres criminales estaban alojados en la cár- cel de Longmoor.

—¡Oh, la cosa fué terrible! — dijo Ho- racio Carr-Mathers, explicando luego lo sucedido. Yo salí al corredor, como usted sabe, y estaba distraído allí, cuando de re- pente sentí que me agarraban por el cuello del saco y una mano me tapó la boca. Yo intenté patear y gritar; pero no podía. Me llevaron al compartimiento, me pusieron en la boca un pañuelo y me lo ataron. ¡Qué bestias! Luego me amarraron las manos y los pies y abrieron la ventana de la mano derecha, que está enfrente del corredor. Yo me asusté mucho, porque creí que iban a tirarme, pero uno de ellos me dijo que no tuviera tanto miedo, que no me harían nin- gún daño. Entonces me bajaron por fuera de la ventana con aquella atadura y amar- rraron la cuerda al picaporte. Allí me que- dé muy fastidiado, colgando, aunque tenía la espalda apoyada en el estribo del coche. Y el tren seguía en una carrera furiosa. Yo me sentí muy mal, mareado y tuve que cerrar los ojos. Me parecía que estaba allí colgado desde hacía muchos años.

—Ya le dije — añadió Hazell, dirigién- dose a Wingrave, — que usted había exa- minado sólo el interior del tren. Tenía mis sospechas de que él estaba en alguna par- te "fuera"; pero yo no podía comprender en dónde. Estaba bien ideada la cosa.

—Bueno — continuó diciendo el niño. — Yo sentí que abrieron el vidrio de la ven- tana, después de un rato. Miré arriba y vi que uno de los hombres quitaba la puerta del picaporte. El tren empezaba entonces a ir despacio. Después, el hombre se inclinó fuera de la ventana y me tomó por la cuer- da con una mano. ¡Qué miedo! Yo estaba colgado por debajo del estribo. Luego el tren llegó casi a pararse, y alguien me aga- rró por la cintura. Perdí el conocimiento durante uno o dos minutos, y después me encontré en la choza.

—Está bien, Mr. Hazell — dijo el super- intendente; — usted tenía completa razón, y todos nosotros le debemos gratitud.

—¡Oh — dijo Hazell; — fué una conje- tura, a lo más! — Yo presumía que se tra- taba simplemente de un secuestro, y el pro- blema era saber dónde y cómo sacaron del tren al niño sin hacerle daño. Era evidente que él había sido transferido antes de que el tren llegase a Londres. Había también otra deducción. El hombre de guardia esta- ba evidentemente confabulado con los se- cuestradores, porque si no su presencia hu- biera impedido todo el plan. Me alegro mu- cho de haber prestado algún servicio. Ha sido un caso muy interesante.

Poco tiempo después, el mismo Mr. Carr- Mathers fué a ver a Hazell para darle las gracias.

—Me gustaría — dijo — expresarle mi profunda gratitud de una manera positiva; pero entiendo que usted no es un pesqui- sante ordinario. Sin embargo, ¿puedo ser- virlo en alguna forma, Mr. Hazell?

—Sí; en dos formas.

—Sírvase explicarme cómo.

—Sentiría que Mr. Wingrave, o el direc- tor, doctor Spring, fuesen molestados por este asunto.

—Comprendo, Mr. Hazell. La conducta de los dos es censurable; pero cuidaré de que no sufra la reputación del doctor Spring y de que Wingrave no sea perju- dicado.

—Muchas gracias.

—Usted dijo que había una segunda for- ma en la cual yo le podía servir.

—Así es. En el remate de Dunn, el mes pasado, usted fué el comprador de dos pri- meras ediciones de "La nueva guía de Bath". Si usted quisiera deshacerse de una, yo...

—No diga más, Mr. Hazell. Me alegraré de darle una para su colección.

Hazell se irguió.

—Usted ha comprendido mal — exclamó friamente. — Yo iba a añadir que si usted quería deshacerse de un ejemplar, le entre- garía por él un cheque.

—¡Oh, seguramente!—contestó Mr. Carr- Mathers sonriendo. — Con mucho gusto.

Y así concluyó el trato.

El Gran Rotativo

EL ÚNICO DIARIO DEL MUNDO QUE SALE UNA VEZ POR SEMANA

Nº 98678946581784987651896521 — Buenos Aires, enero 28 de 1926 — Año 104.

Como es lógico, el asunto de nuestro futuro nuevo Palacio adquiere transcendencia universal

El vuelo de Franco es, en definitiva, un homenaje más a "El Gran Rotativo"

Sabemos que el piloto acuatizará dentro de nuestro terreno en una laguna natural

Saturnino el de la Transfiguración, famoso cura porteño, será invitado a bendecir la tierra

OTROS DETALLES IMPORTANTES

Cuando un diario constituye lo que constituye hoy en día EL GRAN ROTATIVO en la vida social, política y económica del universo, nada de lo que se relaciona con él, deja de interesar directamente a ese universo.

El asunto de nuestro "Futuro nuevo Palacio", es parte del desenvolvimiento, de la vida misma, de este organismo periodístico, por lo tanto, es, desde luego, parte también de la vida del universo.

Las multitudes cosmopolitas que habitan ese universo, se agitan, vibran y palpitan, al unísono con los que nos agitamos, vibramos y palpitamos dentro de esta casa. Esas multitudes hermanan, con nosotros, sus gustos, anhelos y deseos. Nuestro Futuro nuevo Palacio, nos preocupa y nos conmueve. Nuestro Futuro nuevo Palacio preocupa y conmueve a las multitudes todas que pululan por doquier. ¡Podemos afirmarlo con el convencimiento absoluto que nos da las pruebas palpables del respeto, de la admiración y de la veneración, de esas multitudes que agobian a cada segundo!

No existe hoy nada que interese más a las masas, que lo que constituirá indudablemente una maravilla edilicia e industrial.

Cumpliendo con el sagrado deber de satisfacer ese interés, no titubeamos, como periodistas hábiles, en darle a esa futura "maravilla" toda la importancia que se merece aún sacrificando otras secciones importantes del diario.

¿INTERVENCIÓN DE LA LIGA?

Nuestro activo corresponsal en el Himalaya nos envía un despacho radiográfico participándonos que por esos lugares se susurra que en el seno de la Liga de las Naciones existe el propósito de hacer que esa corporación declare que el hecho de que EL GRAN ROTATIVO construya un nuevo Palacio, es augurio de paz y bienestar para el mundo entero y que por lo tanto todas las naciones deben auspiciar dicha obra

EL PRIMER ARBOL PLANTADO EN NUESTRO TERRENO.

¡Helo aquí! Magnífico y frondoso, elevando sus añosos tentáculos pletóricos de savia, hacia el cielo azul. Muda y conmovedora oración del soldado valeroso que afrontó mil combates contra los vientos y las lluvias!

Mudo y conmovedor ruego al Supremo Hacedor, que se nos antoja a nosotros, satisfecho y colmado con la suerte de ser tronchadas sus viejas raíces, por los graníticos cimientos de nuestro futuro ciclópeo palacio!

Viejo soldado: inclina tu frente arrugada y altiva, se acercan a ti las nuevas legiones también de soldados pletóricos de savia que somos nosotros.

Venimos de lejos y vamos mas lejos. Inclina tu frente que somos más fuertes; ¡inclina tu frente!

EL AGENTE DE FACCIÓN.

La casualidad ha querido que fuera el vigilante Agapito Ñandubay, de la seccional 101, chapa 49, el que tuviera a su cargo la vigilancia del radio en que está nuestro terreno, en el momento en que lo descubrió Curvillíño Hip Hip Hurra (a) "Ojo de Aguila".

Como justo premio a tamaños méritos, nos hacemos el firme propósito de bregar hasta conseguir que a Agapito Ñandubay lo asciendan a cabo, por lo menos.

Estado de la "gallina escariota"

Ultimo boletín médico

El doctor Ameghino, que es el facultativo que atiende en el Hospicio de las Mercedes a la marquesa del Toronjil, más conocida por los sobrenombre de "gallina escariota", "monigote ridículo", etcétera, etc., nos dió anoche el siguiente parte sobre el estado de ésta:

"Pulso muy agitado. Circulación: mala...

Los síntomas de demencia lejos de amenguar, se agravan en forma alarmante.

A las 21 horas mordió a un enfermero y mató a un pájaro de mi propiedad.

A las 22 horas intentó meter la cabeza en un horno de ladrillos.

Se le suministró un baño frío y luego se le puso chaleco de fuerza reforzado".

Invitamos, amigablemente, a los "fárabutes" inconmensurables de "El Chingolo" a perder toda esperanza en la mejoría de su directora.

El cinematográfico asalto al Banco de San Martín está esclarecido

Detención de sus autores

Con la satisfacción consiguiente damos a nuestros lectores la primicia de que tal como nosotros lo habíamos previsto, la policía ha obtenido un nuevo ruidoso triunfo con el esclarecimiento total del vandálico asalto al banco de San Martín y la detención de sus 8 autores, noticia que nos llega de fuente fidedigna en el instante de cerrar esta edición.

¡Qué bofetada más estupenda para aquellos que ponían en duda la eficacia de la PRIMER POLICÍA DEL MUNDO!

¡Qué reconfortante alegría para quienes hemos depositado nuestro entusiasmo y nuestra fe en los hábiles sabuesos, que bajo las órdenes de don Pancho, velan noche y día por la tranquilidad y seguridad pública!

¡Que sufran los alacranes, y que el público duerma tranquilo y confiado, seguro de que sus vidas e intereses están bien custodiados, y que si algún audaz llega a ponerlos en peligro, ese audaz no podrá quedar jamás de los jamases en la impunidad!

Nos vemos obligados a no ser más explícitos para evitar entorpecimientos a las últimas pesquisas tendientes a rematar brillantemente este asunto que durante los últimos días ha conmovido al público.

Iaría Antonieta y la abnegada pasión de Axel de Fersen

UY puro, muy noble, muy elevado, fué el amor que dedicó el conde Axel de Fersen a la reina María ıieta y al que ésta, según an todos los historiado- orrespondió.

da hubo de vituperable en- desdichada reina de Fran- · M. de Fersen; pero lo › es que se amaron tierna- :, y aquel amor, en las gas y sombrías horas de evolución, fué para Ma- Antonieta el único rayo ɔl que caldeó un poco su lo corazón.

gentilhombre, de origen ›, había llegado a Francia diez y nueve años, cuan- Iaría Antonieta era aún ıa.

nediatamente, Fersen se ɔ subyugado por la belle- : la princesa austriaca.

admiración y devoción muy respetuosas y procu- ı disimularse lo mejor po- ; pero, como dice el refrán, · y dinero no pueden estar os, y toda la corte notó el cioso amor de Fersen a a Antonieta.

conde de Creutz escri- .l rey de Suecia, en 1779: ebo confesar a vuestra ma- .d que el conde de Fersen enamorado de la reina, y ha suscitado muchos co- :arios. Creo que ella tam- corresponde a su amor, y isto indicios demasiado se- s para ponerlo en duda".

almente, María Antonieta ɜsó gran amor al señor de en; pero consciente de sus res de mujer honrada, tra- ır todos los medios de subs- ·se a aquella pasión, sin eguirlo.

ıa noche en que hablaba Fersen con la ı, ésta le preguntó:

Señor de Fersen, ¿cuándo nos daréis el er de veros con una linda esposa del o?

conde se estremeció. El tono indiferen- : la reina no dejaba traslucir el más leve :és hacia quien se dirigía.

Señora — repuso Fersen, — probable- te no me casaré.

¡Cómo!—exclamó con bien fingida sor- a la reina. — ¿Os juzgáis incapaz de noraros o de inspirar amor?

ı conversación tenía lugar en el peque- alón donde María Antonieta recibía sin ígida etiqueta de la corte. Hallábanse la condesa de Polignac y el duque de mont, quienes muy discretamente y co- la cosa más natural del mundo, se acer- n a una ventana situada al otro extre- del salón para admirar el panorama. ıtaban, pues, la reina y el conde casi s.

·Señora — dijo Axel de Fersen con aho- ı voz, — todo mi ser está impregnado n amor inmenso, más inmenso aún, por- es imposible.

ıta vez tocóle emocionarse a María An- eta.

ıútil era negar la profunda pasión que iraba al conde; pero, reina antes que er, no quiso ceder a la dulzura de aquel imiento que podía rebajarla a sus pro- ojos, y repuso con voz levemente ve- :

-¡Lástima grande, señor de Fersen, que amor sea tan imposible! ¿Por qué no ılejáis? Dicen que la ausencia cura el de amores. Tal vez en otras tierras hallaseis la paz y el sosiego que aquí no podéis encontrar. Hablaré con su majestad, y estoy segura que ha de ayudaros cuanto pueda. Contad con mi decidido apoyo.



Axel de Fersen, helado, lívido, creyó que iba a caerse. Se asió al respaldo del sillón y permaneció unos segundos sin responder.

—¿No halláis mi consejo como el mejor que se os pueda dar, señor de Fersen? — preguntó la reina.

—Perdonadme, señora — dijo el conde; — si tardé en contestaros fué porque buscaba la palabra más fiel para expresaros mi agradecimiento. Tenéis razón: la ausencia es el remedio a muchos males y si el rey lo ordena, partiré.

Pocos días después, el conde de Fersen era enviado al ejército que combatía en América. La voluntad firme de aquella a quien amaba apasionadamente le alejaba de Francia. María Antonieta, temerosa de que su corazón la traicionase y se dejase arrastrar por aquel amor, decidió poner la inmensidad del mar entre ambos.

"La despedida — relata uno de los biógrafos de la reina, — fué trágicamente sencilla. Axel de Fersen, sin poder pronunciar una palabra, inclinóse ante María Antonieta; ésta dióle su blanca mano a besar y dijo serenamente:

—Que Dios os proteja, señor de Fersen. Dejáis aquí muchos amigos que, aceptando resignados vuestra ausencia, no olvidarán un solo día el orar por vos.

Con aquellas palabras la reina quería expresar: "Sé que me amáis, y correspondo a vuestro amor; pero mi dignidad de mujer y de reina me obliga al dolor de alejaros de mí".

Axel de Fersen no debía encontrar en la ausencia remedio a sus males del alma. Después de tomar parte en varias acciones donde su comportamiento fué el de un héroe, confió a su general el deseo de regresar a la patria. El jefe accedió gustoso, aunque sintiera privarse de uno de sus oficiales más arrojados y distinguidos, y el conde se embarcó para Francia.

La noticia de su llegada fué para María Antonieta una alegría intensa, tanto más cuanto que empezaban ya los primeros rumores de revolución, y necesitaba en aquellos angustiosos momentos un apoyo fiel y leal.

El día en que Fersen pidió permiso para presentarse a rendir homenaje a su soberana, "María Antonieta—escribe madame de Polignac—permaneció más tiempo que de costumbre preparando su tocado, y eligió uno de los trajes más hermosos y que mejor realzaban su belleza".

Este solo detalle demuestra que, con la coquetería propia de toda mujer, la reina quería presentarse a los ojos del que amaba lo mejor posible. Más débil en su desgracia, ¿la esposa de Luis XVI permitió quizás a Axel de Fersen hablarle libremente de su amor? Nada puede asegurarse, pero lo cierto es que desde entonces el gentilhombre no se separó de los reyes y fué nombrado coronel del "Royal Suedois", destacado en París.

En el Trianón, en aquel pequeño paraíso, pasaron María Antonieta y Axel de Fersen momentos de dulzura inolvidables.

Su amor, muy puro, alejado por completo de toda expresión material, vivía allí horas exquisitas que, ¡ay!, bien pronto iban a verse turbadas por las terribles sombras la Revolución.

Encerrada en el Temple, en donde Axel de Fersen no pudo penetrar jamás, María Antonieta escribía a uno de sus más entusiastas partidarios, el conde Valentín de Esterhazy lo siguiente: "Si le escribís decidle que leguas y más leguas no podrán separar nunca a dos corazones que se aman, y esta verdad se me aparece más clara cada día. Entregadle ese anillo, que es exactamente a su medida. Yo lo he llevado puesto varios días antes de remitírselo; decídselo así. Yo sé que "él" ha de agradecer más aún este pequeño regalo.

¡Dios mío!... ¡Qué suplicio espantoso no tener noticia ni saber dónde se encuentran las personas que uno ama!

Me dicen que está trabajando en favor nuestro y lo creo. ¡Tantas pruebas de lealtad nos tiene dadas!... Pero recomendadle que no se comprometa, que no arriesgue su vida, que es preciosa para todos y especialmente para..."

Pudorosa de revelar abiertamente sus sentimientos la reina suplía con puntos suspensivos lo que no quería expresar libremente, pero lo daba a entender.

Lo único que sostuvo a la infeliz reina en sus dolorosos días de prisión fué la esperanza de que Fersen podría llegar hasta ella, pero aun cuando el conde intentó todo lo humanamente posible para realizarlo, no pudo conseguirlo.

M. Lenotre.

El pájaro de Serbia

Por Julián Street

Aquí hay un suelto curioso — observó el hombre sentado junto a la ventana, en el extremo del largo asiento tapizado de cuero, alzando la mirada de su diario y hablando, en general, al parecer, a los demás ocupantes del coche de fumar del Pullman. — Es un despacho que anuncia la muerte por tuberculosis de aquel serbio que mató al archiduque de Austria, en Sarajevo. Según parece, ha estado preso desde entonces. Creía que lo habían ejecutado hacía mucho tiempo.

Cuatro de nosotros, completamente extraños unos para otros, nos habíamos instalado en el coche de fumar al principio del viaje de Chicago a Nueva York y como ya llevábamos una hora de viaje, parecía llegado el momento de iniciar la conversación.

—No lo ajusticiaron — replicó uno de los pasajeros — porque era menor de edad. Parece que en aquel país es contra la ley condenar a muerte a una persona que no haya cumplido los veintiún años. El joven tenía sólo diez y nueve.

—¡Oh! — entre nosotros la ley no habría ido con muchos miramientos en un caso como ése — observó el que había hablado primero.

—Posiblemente — contestó el otro — pero el respeto a la ley es una de las pocas ventajas que suelen acompañar a un gobierno autocrático. No encuentro esa noticia en mi diario. ¿Quiere prestarme el suyo?

El otro le tendió el periódico, señalándole con el índice el lugar del despacho.

—Tenía casi olvidado a ese individuo — declaró un tercer pasajero. — El torbellino y la magnitud de la guerra han llevado consigo nuestros pensamientos — y nuestros soldados también — bastante lejos desde que ocurrió el asesinato. Sin embargo, supongo que los historiadores del futuro, cuando investiguen los orígenes de la guerra reconocerán como el primero de ellos el tiro disparado por ese muchacho serbio.

—Es precisamente lo que dice el diario — prosiguió el que había iniciado la conversación; — habla del "balazo histórico disparado en Serbia" como la causa de la conflagración.

—Al decir eso — declaró el hombre que acababa de recibir el diario, — cae en un error común. El tiro no fué disparado en Serbia, sino en Austria Hungría y el autor era un súbdito austrohúngaro.

—Como acaba de decir, los historiadores verán en el asesinato la causa inicial de la guerra. Pero ha querido la casualidad que yo estuviese por allí en el tiempo en que ocurrió el asesinato y que tuviera ocasión de conocer lo que hubo detrás de él, las fuerzas microscópicas e indefinidas que los historiadores nunca conocerán, pero que me parecen peculiar e indudablemente relacionadas con el crimen de Austria. Sin embargo, sería mejor no hablar de estas cosas...

Y como una indicación de su intención de permanecer silencioso, cerró firmemente la boca.

Deseaba íntimamente que continuara hablando, y se lo dije; cuando los demás pasajeros secundaron mi deseo, comenzó a narrar, con espíritu más bien forzado pero dispuesto a complacer:

—Durante algunos años antes del estallido de la guerra, representé a una gran empresa petrolera norteamericana en el Sudeste de Europa, donde teníamos un importante mercado. Mi residencia formal estaba en Viena, pero mis viajes me llevaban continuamente a las diversas comarcas habitadas por gente de la raza serbia, y creí conveniente aprender a hablar la lengua serbia, tanto por razones de negocios, como por to de las características de la población acostumbraba parar en los hoteles pequeños y las posadas frecuentadas por los mismos serbios, de preferencia a los establecimientos más cosmopolitas, y en aquellas localidades donde los hoteles no me agradaban por su falta de aseo u otras razones, solía alquilar una pieza en casa de alguna familia serbia.

En Bosnia hay una pequeña ciudad muy atrayente, que visitaba con mucho agrado. Cuenta de treinta a cuarenta mil habitantes y está situada en un valle fértil y pintoresco.

Desde la caída del imperio, en el siglo XIV, ha sido constante ambición de los serbios el constituir en ella su nación íntegra. Bosnia era una parte de ese antiguo imperio; fué conquistada por los turcos, y más tarde pasó a poder de los austriacos. Lo que voy a referirles les demostrará hasta qué punto los serbios de Bosnia han mantenido la conciencia de su raza.

Nuestro administrador para el distrito de Bosnia vivía en la ciudad de que les he estado hablando. Cuando llegué a ella me llevó a un hotelito, muy limpio y atrayente, atendido por un serbio austriaco. Como es frecuente en los hoteles pequeños de Europa, toda la familia del dueño tomaba parte en la tarea del establecimiento. Solía parar allí muy a menudo y a veces durante dos o tres semanas, de manera que llegué a conocer bien a todos los miembros de la familia. Transcurrieron años y fuí cobrándoles un verdadero afecto; puedo decir que ellos también me estimaban. Miguel, el padre, ejercía una especie de dirección general, lo que no le impedía cargar un baúl al hombro y llevarlo escaleras arriba; Stana, la madre, llevaba las cuentas y vigilaba la cocina, que era excelente; las dos hijas atendían la cocina y a veces ayudaban a servir la mesa. Aun el muchacho Gavrilo, el miembro más joven de la familia, ayudaba a los quehaceres de la casa después de las horas de escuela, aunque estudiaba mucho y era de constitución más bien débil. A menudo me sentaba con ellos a su mesa familiar, en un rincón del comedor; les llamaba por sus nombres de pila tratándolos con el "tú" familiar.

Gavrilo, cuando le vi por primera vez, contaba doce o trece años. Su padre, aunque de sangre serbia pura, había adquirido, con los años y su experiencia en el trabajo, cierta resignación al orden de cosas existentes. Había visto varias guerras y revoluciones, y a medida que envejecía, pensaba que la paz, bajo el dominio austriaco, era mejor que un estado de conflicto continuo, cualesquiera que fuese la causa.

El muchacho Gavrilo, se parecía a la madre. Stana envejecía pero conservaba siempre vivísima la llama de la poesía, del misticismo, y sobre todo, del sentimiento de la raza serbia. De sus labios aprendía Gavrilo canciones y tradiciones populares; también aprendía de ella la historia serbia que no se enseñaba en las escuelas públicas.

Gavrilo y yo nos hicimos grandes amigos; ansioso de saber, jamás se cansaba de hacerme preguntas acerca de los Estados Unidos, sobre nuestra libertad de pensamiento, y la oportunidad de progreso para todos los ciudadanos, — cosas que sin duda debían parecer sorprendentes a un individuo criado en el seno de un imperio formado por razas distintas, unidas contra su voluntad. — En cambio, yo recogía de labios de Gavrilo un conocimiento genuino de la historia y la leyenda serbia.

Por mucho tiempo consideré a la ligera sus expresiones antiaustriacas, creyén-

sus sentimientos parecía exaltars
de disminuir, comencé a preocupa
poco.

—Oye, Gavrilo, — le dije en un
en que estábamos sentados desc
sobre un tronco caído: — tú ere
y sin duda puedes estar orgulloso
pero, después de todo, eres súbd
triaco y tus ascendientes han sido
austriacos por largo tiempo. Tie
tu hogar. ¿Por qué no tratas de
los demás muchachos de tu edad
tas lo que es un hecho?

—¿Cree usted que no soy como l
— replicó — es porque no los con
to como a mí. Cada "momche" desc
de la raza de aquellos que pele
Kossovo — el Campo del Pájaro
es de la "comitajia". Nosotros, los
chos, seremos algún día de la "co
Nos reunimos en el mismo "kafan
los mayores se congregan para
sus planes. Cuando tengamos un
más nos recibirán en la comitaji
bajaremos todos juntos.

—¿Qué planes o qué trabajos
de que hablas?

—Puede usted estar seguro — r
de que se trata de algo en favor de
raza.

—Pero hablas de "comitajia" —
— ¿Esta palabra no tiene más que
nificado? Sé que hay un cuerpo d
radores militares llamado "comita
ro también se llama así a los rev
rios.

Gavrilo dejó ver los fuertes dien
cos en una de esas sonrisas extr
riamente malignas que de vez en
iluminaban su rostro. En vez de da
respuesta directa, dijo:

—Querido amigo, me alegro de
bar que ese conocimiento de nues
rido idioma serbio es cada vez m
cioso.

—Oye, Gavrilo — continué, disp
no dejarme apartar por una frase b
de mi propósito — creo que com
en una revolución sería lo peor qu
dría suceder.

—No; no es lo peor. Peor que
bio y adherirse a una revolución
serbio y negarse a prestar ayud
lucha de la libertad.

—Las revoluciones, Gavrilo, —
sentenciosamente — no producen
cuestan.

—¿Desde cuándo es eso? — re
vamente. — Ahí está, por ejemplo,
lución Francesa, ¿no ha producido
te? Ahí está la revolución ameri
la revolución de los serbios contra
cos...

Sus luminosos ojos negros brill
mo los de un ciervo sorprendido.

Me dí cuenta de que había ado
argumento que de nada servía p
Gavrilo; traté de emplear otro.

—Bien; veamos las cosas desde
de vista egoísta. No hay mayor ra
que tú, personalmente, te sientas
gusto. Tienes porvenir asegurado
misma casa de tu padre. Lo que t
ne es constituir un hogar. Y por c
un joven con una novia como la
elegido, nada tiene que hacer en
mitajia". Esta conduce a la cárc
hogar.

—¿Qué le hace creer que tengo

—¿Acaso no he visto a Mara?

—Mara es una muchacha con
gusta charlar y nada más.

Cuando en el verano de 1913
su casa, en una de mis visitas p
Gavrilo vino inmediatamente a
mi habitación y tomándome efus

como ustedes saben, los habitantes de esa parte Sur de Europa se desarrollan más rápidamente que nosotros. Ambas familias estaban contentas; comprendí que había pasado para Gavrilo el peligro que yo temía.

Al volver al hotel a principios de junio de 1914, me encontré con que se había hecho toda clase de preparativos para una gran fiesta que se celebraría en el Vidov-dan, Día de Kossovo, el 28 de junio. Este día puede ser llamado el 4 de julio de los serbios, pero participa también de cierto carácter de recogimiento triste, pues es el aniversario de un acontecimiento trágico en la historia de Serbia: la batalla de Kossovo, en la cual los turcos derrotaron a los serbios, en 1389.

Mara, Gavrilo y sus padres, se unieron para pedirme que estuviera de regreso antes del festival, y yo lo prometí.

Fiel a mi palabra, llegué algunos días antes del aniversario. Gavrilo no había vuelto aún de la academia a mi llegada al hotel, pero Miguel y Stana me brindaron una acogida muy cordial, y poco después me mostraron los trajes que tenían a propósito de vestir para el festival. Stana llegó a decirme que yo también debía llevar un traje nacional, pues aunque no había tenido la suerte de ser serbio de nacimiento, ellos me adoptaban como tal.

—Pero lo que debe ver sin perder tiempo, es el vestido de Mara — exclamó, mientras admiraba el suyo. — Es un verdadero traje serbio, muy antiguo; perteneció a su bisabuela; jamás habrá visto usted bordados más bellos.

Estas palabras fueron un pretexto para ir a ver a Mara; la encontré cosiendo en el jardincillo, detrás de la casa. El vestido que me enseñó era realmente muy bello y lo alabé con términos bastante extravagantes, como para dejar satisfecha a una joven tan exigente como ella.

Mientras hablaba, observé una jaula que colgaba de un clavo en el marco de la ventana y como no la había visto en otras ocasiones, le pregunté si tenía un pájaro.

Me contestó con un simple movimiento de cabeza, sin alzar la mirada de su labor.

Me acerqué a la ventana para examinar de cerca al pájaro.

—¡Es un "kos", Mara! — Sin duda había en mi voz cierto tono de asombro, pues sabía que el "kos" es ave que no vive cautiva.

Mara me miró fijamente:

—¿Ha venido usted para reprochármelo? — preguntó.

—De ninguna manera — contesté, sin acertar la razón del acento de su voz; — no sabía que el "kos" puede ser domesticado; nada más...

—¿Gavrilo le ha hablado sobre esto? — volvió a preguntar.

—Nada. Todavía no he visto a Gavrilo.

En seguida, dirigiéndome hacia donde ella estaba, le pregunté:

—¿Qué pasa, Mara? ¿Es posible que yo te haya ofendido?

Alzó la mirada. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No; usted no me ha ofendido, querido amigo — dijo. — Yo misma me estoy dando motivo para sufrir. Mi pariente, que está empleado en el ferrocarril, cazó este pájaro hace algunos días, lo puso en una jaula y me lo regaló. ¿Acaso se me debe reprochar por ser él un joven de bella presencia? No soy su madre ni su padre: yo no lo hice buen mozo. Además, ¿es razonable que por un pobre pájaro tenga que oir palabras desagradables y recibir miradas duras?

—¿Quieres decir que Gavrilo está disgustado?

—Desde que el pájaro está en esta casa no hace más que hablarme de él. Me dice que debo devolverle la libertad. Insiste en que morirá pronto si lo dejo encerrado; agrega que el hombre que me lo dió es cruel y que yo también soy cruel.

—¿Por qué no lo sueltas? — insinué. — Se está muriendo en la jaula.

—¡Que se muera, entonces! — contestó casi gritando y rompiendo a llorar a lágrima viva.

—Bien, Mara — insistí cuando la vi un tanto calmada de su paroxismo; — explícame qué hay en todo esto.

—Una joven debe tener también su carácter, ¿no es cierto? — respondió con voz entrecortada por el sollozo.

Apenas había acabado de hablar, cuando oímos que Gavrilo la llamaba por su nombre desde la calle y un momento después entraba en la casa.

Comprendí inmediatamente que algo conturbaba su espíritu.

—¡Por fin ha venido! — dijo, tomándome efusivamente de las manos. — Pero, ¡ay! es inútil. Sin duda, ya conoce la mala noticia.

—¿Te refieres al... — casi dije "al pájaro", — pero el joven me interrumpió oportunamente:

—Sí, al festival.

—¿Qué ocurre? — preguntó Mara.

Gavrilo levantó los brazos con un gesto de ira impotente.

—¡Esos — exclamó, — hace una hora han publicado un edicto, prohibiendo toda celebración del "Vidov-dan".

—¡No puede ser! — dijo Mara, incorporándose en su asiento.

—Sí; no se permitirá ninguna celebración a los serbios. ¡Nada! Cualquier tentativa de celebrar el aniversario provocará el arresto. Se ha anunciado que en vez del festival, el ejército austriaco realizará



grandes maniobras y que el Estado Mayor parará en nuestra ciudad. Se dice que el mismo archiduque vendrá a pasar revista a las tropas.

—Me sorprende — dije — que el archiduque se complique en semejante cosa, pues, según entiendo, es más bien favorable a los serbios.

—Más aún — agregó Mara. — Creo que si el archiduque viene aquí, no estará muy seguro.

—Sí — declaró el joven con sonrisa equívoca, — su opinión es quizás más sensata de lo que tú misma supones. Por mi parte, dudo de que ver[illegible] Me parece que al fin se nos anunciará, con muchos preliminares que "está indispuesto". De lo contrario, creo que se pondrá "indispuesto", después de su llegada.

Gavrilo dió algunos pasos y se acercó a la jaula que encerraba el pájaro.

—¿Estás segura de que correspondes a mi afecto? — preguntó a la joven, volviendo levemente la cabeza.

—Bien sabes que te adoro.

—Ojalá lo supiera con tanta seguridad como sé que no hay en mí nada que merezca ser adorado — continuó Gavrilo, y al cabo de una breve pausa, agregó: — Si me amas ¿por qué no sueltas a este pobre pájaro? Mira cómo se alborota lastimosamente. Sus ojos se están volviendo turbios. Morirá seguramente.

—¡Ojalá hubiera muerto ya! — exclamó Mara con petulancia. — Mejor hubiese sido no haberlo visto nunca. No me ha traído más que disgustos.

—Entonces — objeté, — ¿por qué no lo dejas volar?

—A los dos he dicho — continuó la joven con cierto malhumor — que esto significa para mí, mucho más que la vida o la muerte de un pájaro. Es un símbolo. Tengo la idea de que si ese pájaro huyera, huiría con él mi voluntad propia.

—Y para mí también — replicó el joven lentamente. — Esto significa más que la vida o la muerte de un pájaro. El "kos" es un símbolo.

Hubiera deseado que el joven hubiera cambiado de tema, pero no tuve oportunidad de hacerle una señal, pues él estaba ocupado en poner algunas hojas verdes en la puerta de la jaula. Apenas terminó de hablar, la joven se puso de pie, dejó caer de sus faldas la costura, y, deshecha en lágrimas corrió hacia la casa.

—¡Mara, "mila"! — gritó Gavrilo, corriendo tras ella para alcanzarla. La joven le cerró la puerta en la cara.

Estaba pálido cuando se volvió hacia mí.

Más tarde los vi juntos en el jardín. Mara, como de costumbre, estaba cosiendo. Me senté a su lado para hablarle; entretanto Gavrilo se había puesto de pie y recogía algunas hojas verdes para poner en la jaula. Mara, que comenzaba a decirme que al día siguiente los serbios cerrarían las puertas y ventanas de sus casas para no ver a los austríacos, cesó de hablar al dirigir una mirada a Gavrilo. Lo observó atentamente un instante:

—Gavrilo — dijo, — hazme el servicio de no poner más hojas en la jaula.

—¿Por qué?

—Hacen mal al pájaro; ha estado picoteándolas y creo que lo envenenan.

—No.

—Sí — insistió la joven, — hoy parece enfermo.

—¡Es natural! — replicó Gavrilo. — No es cosa nueva. Se está muriendo. Mira cómo se agita, con los ojos cerrados, en un rincón de la jaula.

Al terminar de decir esto, arrancó otra hoja. La expresión de Mara se volvió sombría.

—Si llegara a morir — dijo con voz trémula — será a causa de las hojas que le das.

Sentí una sensación de alivio cuando Gavrilo dejó caer las hojas y guardó silencio. Una escena desagradable había sido evitada por su prudente actitud. Juzgué que lo mejor que podría hacer era dejarlos solos.

Esa noche, mientras me dirigía al hotel desde la plaza del centro de la ciudad, volví a ver a Gavrilo en momentos en que salía de la "kafana" con varios jóvenes en los que reconocí a los amigos que le acompañaran en otras ocasiones. Me alcanzó y continuamos juntos. Se detuvo al llegar a la puerta del jardín de Mara, diciendo:

—Entremos.

Mara no estaba en el jardín. Gavrilo la llamó por su nombre. La joven contestó desde el interior de la casa y un instante después se nos reunía. Al acercársenos dirigió una mirada rápida a la jaula y lanzó un grito:

—¡El "kos" ha muerto!

Así era, en efecto. El animalito yacía, patas arriba, entre las hojas secas del fondo de la jaula.

Gavrilo fué el primero en hablar:

—¡Pobre "kos"! ¡Al fin es libre! Estaba escrito que el día de mañana no lo vería cautivo...

—*¿Qué quieres decir?* — *inquirió* Mara.

—Te dije que moriría si no lo soltabas, — repuso con dulzura.

—Y como yo no quería soltarle — repuso la joven — tú mismo deseaste que muriera para que se cumpliese tu profecía. ¡Sí: tú tienes la culpa de que haya muerto! ¡Tú pusiste en la jaula las hojas de beleño que lo envenenaron!

—Pero, Mara — repliqué; — Gavrilo ha dicho que no y bien sabes que dice siempre la verdad.

—¡Nada me importa lo que él dice! — gritó. — Gavrilo miente. Gavrilo mató al "kos". Es un asesino. ¡Le odio!

—¡Ah! — exclamó el joven. — ¡Al fin conozco la verdad!

—¡Sí, la verdad!

—¡Más vale así, ahora que todavía es tiempo! — gritó Gavrilo, y sin otra palabra salió, como un loco, corriendo hacia la calle.

En eso oí abrir la puerta del jardín y poco después apareció un viejo, un serbio de aspecto venerable.

—¡Espere! — me dijo Mara. — Ahora verá que yo tenía razón.

Y dirigiéndose al viejo, continuó:

—Ha venido demasiado tarde para curar mi pájaro, pero no para decirme la causa de su muerte. Vea esa hoja que hay en la jaula. ¿No es beleño?

El viejo tomó la hoja, la examinó y repuso, moviendo la cabeza:

—No; veamos al pájaro.

—Está ahí, en la jaula.

El viejo abrió la jaula y sacó de ella, el cuerpecillo alado.

—¡Ah! — exclamó — es un "kos" ¿No sabes hija mía, que los pájaros de esta especie no pueden vivir cautivos? Encerrar en una jaula a pájaros selváticos es algo cruel — observó el pajarero. — Sobre todo, estos pájaros que son los serbios del aire. Descienden de los pájaros que vieron el campo de Kossovo. Sólo quieren ser libres... Trae luz.

La joven entró en la casa y volvió poco después con una lámpara encendida, que colocó sobre una mesa, junto a la puerta. El pajarero se sentó al lado de la mesa, acercó el pájaro a la luz y le hurgó las plumas del pecho, con el gesto y la atención con que algunas madres campesinas revisan los cabellos a sus pequeños.

—Mira — dijo: — el pájaro habría muerto lo mismo, aunque hubiese podido soportar el cautiverio. Está cubierto de piojos. En una jaula no podía librarse de ellos como en medio de la naturaleza, se libran los animales libres.

—Dame una azada — continuó el viejo; — lo enterraré aquí en el jardín.

Mara le indicó una azada que se hallaba a dos pasos, apoyada en la pared; en seguida, volviéndose a mí, con ojos suplicantes y tomándome de las manos, me pidió con voz extrañamente intensa:

—¡Vaya a buscar a Gavrilo! Dígale que le pido perdón. Dígale que lo amo más que a todo en el mundo y que sólo le pido que venga a verme en seguida.

Me dirigí directamente al hotel y penetré en el cuarto de Gavrilo. No estaba allí. Lo busqué empeñosamente pero no pude dar con él. Al día siguiente, pensando en la posibilidad de hallarle en la plaza central de la ciudad, antes de que el archiduque, el gobernador y los demás personajes del séquito partieran para la revista, me dirigía a ese lugar cuando llegó a mis oídos el ruido sordo de una explosión. Apuré el paso y al doblar la próxima calle me encontré con una multitud de hombres, mujeres y niños que se dispersaba precipitadamente.

De pronto vi acercarse a uno de los jóvenes amigos de Gavrilo; le aferré de una manga y le pedí me informara:

—¡Déjeme ir! — gritó. — Han arrojado una bomba al carruaje del archiduque. Están arrestando a todo el mundo. ¡Váyase!

—E hizo un movimiento violento pa
asirse.

—¿Ha visto a Gavrilo?

—Hoy no.

—¿El archiduque ha resultado n

—No. Vió llegar la bomba y la
de un manotazo. Explotó debajo de
que seguía. ¡Por favor, déjeme!

Volví al hotel. Acababa de pene
mi cuarto cuando oí sonar clarine
ruido de cosacos. Me asomé a la ve
vi que llegaban a la izquierda vari
dados a caballo de la Guardia Re
triaca. Seguían, entre doble hilera
dados de caballería, varios landós,
didos por otros soldados explorad
guiados por cocheros de peluca bl
calzón corto. Cuando el primero
vehículos estuvo cerca, reconocí en l
pantes del asiento posterior a Fr
Fernando, archiduque de Austria, h
aparente del trono de Austria Hung
su esposa morganática, la duquesa
henberg.

Las persianas de la mayor parte
casas permanecían cerradas; sólo
que otra ventana vi algunos curi
abajo, en las veredas, grupos raros
pectadores, vigilados de cerca por
que pasaban a caballo y en bicicleta.
dida que el carruaje archiducal se
taba, algunos se sacaban el sombrero
o dos veces oí vivar débilmente, a lo
archiduque y su consorte agradecían
vándose la mano al borde del casco
con una ligera inclinación de cabe

Al llegar el carruaje precisament
jo de mi ventana, vi claramente c
helaba en los rostros de ambos per
la expresión de condescendiente ben
cia, y al pensar en el temor consta
debía ocultarse detrás de esas m
amables me pareció asombroso
hombre o una mujer, en estos tiem
atreviera a desempeñar el papel
narca.

Pensaba en eso, cuando vi, súbit
que un hombre, abajo, en la vereda,
del grupo de curiosos, pasaba ágilme
tre los caballos de la guardia, y llega
mo una flecha hasta el carruaje real.
nos de los guardias saltaron de sus
llos, un enjambre de policías se pr
hacia él, pero, antes de que le toca
hombre alzó un arma, apuntó al a
que y a la duquesa, y sonaron, mu
dos, dos tiros.

El archiduque y su esposa cayero
adelante. El carruaje se detuvo simu
mente y fué rodeado, en seguida, p
multitud agitada de soldados, poli
servidores, mientras otro grupo, m
lento, se apiñaba alrededor del in
que había hecho los disparos, dándo
pes y arrastrándole calle abajo. E
recorrido unos diez metros, cuando
cial de alta graduación, bajó del s
carruaje, corrió hacia el grupo e ind
llevaran al hombre a la vereda. El
entonces se movió en mi dirección
momento en que se daban vuelta, v
damente, la cara del preso. Como l
temido, era el pobre Gavrilo...

* * *

Durante un momento permaneci
silencio, impresionados por el relato
tamente, el protagonista, tal como
había presentado, no era un asesino,
menos el asesino que uno se imag
neralmente.

—¿Es decir que usted prefiere
principio de la guerra en algo tan in
cante como la muerte de un pájaro
lado? — dijo uno de los oyentes.

—O más bien — replicó el que no
relatado el interesante episodio —
más insignificante y repulsivo; en l
jos que el pájaro sufría. Me parece
siempre reptando en las explicacione
logías, mensajes, excusas y gestio
paz de los autócratas.

El búmera australiano



Fig. 1. — Indígena arrojando el búmera.

ENTRE las más curiosas invenciones hechas por el hombre, hay que citar en primera line bumera australia..., tanto más notable por cuanto ha sido ventado por una de las más salvajes y jas tribus del mundo, que con este jueha superado la más alta civilización e..pea. Consiste en un pedazo de madera rvada, semejante a una hoz, que al ser ado con la mano al aire, vuela por lante para lev ntarse por arriba y volr a su dueño haciendo una magnífica rábola que cada vez es de otra forma ig.1). No es entonces el búmera un ar-a, una maza arrojadiza que al faltar su anco vuelve a su dueño, como siempre se e en los libros populares; las armas arrodizas de los mismos australianos conser-n la dirección derecha como cualquiera edra tirada, etc.; el búmera, como ya mos dicho, es nada más que un simple complicadísimo juguete para la distracón de los hombres australianos. Sus monientos bizarros (fig. 2) han ocupado varias veces a los matemáticos y los sabios. Erdmann, en 1869; Stille, en 1872 y Walker, en 1897, han publicado extensos tratados llenos de fórmulas matemáticas para analizar el mecanismo tan complicado de su vuelta, pero estas deducciones han de servir a muy pocos; últimamente, por lo contrario, el profesor Buchner, director del Museo Etnográfico de Munich, ha hecho estudios prácticos y adelantado notablemente el problema.

El búmera, original australiano, y las imitaciones europeas que se pueden comprar de vez en cuando en jugueterías, consistén en una delgada tabla de madera con una cara plana y la otra convexa, representando una hoz, cuya forma es más o menos natural en los búmeras de Australia y producida artificialmente por medio de vapor caliente en los ejemplares europeos; pero ni en el tipo original ni en el imitado, se reconocen los principios matemáticos que motivan su maravilloso movimiento; el búmera común tiene además sus caprichos y no obedece siempre a su dueño: a veces no vuelve.

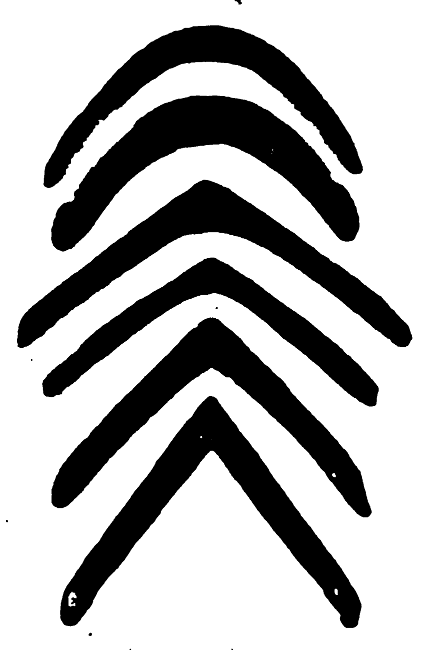


Fig. 3.—Búmeras artificiales de diferentes formas hechos por Buchner. (Los dos de arriba de una sola pieza; los cuatro de abajo de dos piezas encoladas).

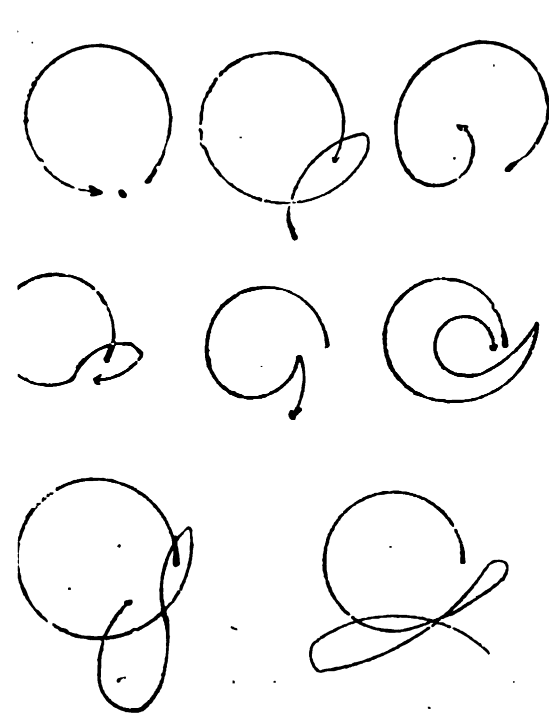


Fig. 2. — Diferentes curvas hechas por el búmera.

Estos inconvenientes quedan eliminados con un búmera construído exactamente según los principios matemáticos, como lo ha hecho el doctor Buchner (fig. 3): dos tablillas de una madera elástica y resistente, cada una de 40 centímetros de largo, de 8 centímetros de espesor y de 5 ó 6 centímetros, respectivamente, de ancho en cada extremidad; se colocan con las extremidades estrechas (ancho 5 centímetros), en cualquier ángulo obtuso, de tal manera que en el lugar de la reunión se saca a la hoja superior 5 milímetros y a la inferior 3 milímetros del espesor. Ahora bien: con un lápiz se tira en la cara superior del instrumento dos líneas gruesas y en la cara opuesta otras dos líneas, y con un cepillo de carpintero se saca a cada cara de cada hoja una parte, de tal modo que las dos hojas del aparato llegan a tener los diámetros que se desean. Resulta así la cara superior más convexa que la inferior; en fin, se ha construído un búmera con vueltas de un tornillo, principio mecánico al que se debe en primer lugar el movimiento curioso de este aparato.

El árbol del coraje

DURANTE muchos años los hombres de ciencia y los exploradores han ido en pos de una droga que se dice usaban los naturales de América Central para enardecerse antes de entrar en combate.

Su descubrimiento se atribuye al jefe de la expedición Mulford. Esta droga, se conocía entre los indios con el nombre de "caapi" o "ayawasco".

El "caapi" obtiénese de la raíz y corteza de la liana llamada "ayawasco", que crece sobre los árboles y alcanza una altura de seis a diez metros. Su preparación se hacía con un ceremonial muy curioso, en el cual no podía intervenir ninguna mujer.

La droga se la suministraba a los naturales el copero de la tribu la víspera de la batalla.

En pocos minutos se adquiere un valor sobrehumano por su desprecio a la vida.

Los indígenas creen que la corteza de esa planta, con la que hacen la bebida, tiene un poder sobrenatural, que los hace inmunes frente a sus enemigos.



Grandes y pequeñas cosas



EL asalto a la sucursal de San Martín invita a hablar de la policía de la rica provincia de Buenos Aires. Y vaya un dato. La población de Villa Ballester tiene por toda policía tres agentes a órdenes de un subcomisario. Repartidas las 300 hectáreas de la villa entre los tres agentes, resulta que corresponde a cada uno — para la vigilancia diurna y nocturna—cien hectáreas... Pedirles a estos hombres algo más que salvarse ellos mismos de atentados, es pedir gollerías.

* * *

LAS autoridades hacen cosas inexplicables. Por ejemplo, lo que se gasta en mantener en buen estado pavimentos como el de la Avenida Alvear, que jamás están en buen estado. Se pasa el año en composturas. Se remiendan 20 pedazos; hay 80 que reclaman arreglo. Corren los años y esta desesperante proporción entre lo arreglado y lo deshecho se conserva invariablemente. Además, diariamente se riega trechos de la malhadada avenida con una sustancia bituminosa que inmediatamente recogen los neumáticos y guardabarros de los autos. Dícese que es para conservar el pavimento... Los resultados del admirable sistema están a la vista. Si se pavimentara la avenida con oro macizo, con seguridad, se ahorraría dinero.

* * *

HAY en Necochea 27 médicos y sólo por una circunstancia ajena a la voluntad de ellos, la Dirección general de higiene de la provincia se enteró de que en dicha localidad existía una terrible epidemia de escarlatina, con 250 casos, 20 de los cuales habían sido fatales.

¿Cómo es que los 27 médicos de Necochea no cumplieron su deber denunciando la epidemia? El director general de higiene, doctor Durquet, ha declarado que la culpable ocultación del peligro se debe a la circunstancia de estar Necochea en plena temporada balnearia.

El doctor Durquet adoptó de inmediato diversas medidas para evitar la propagación del mal, que fácilmente pudo convertirse en un flagelo nacional; pero ignoramos si figura entre ellas alguna que evite en lo futuro esta desconcertante complicidad de los médicos en los negocios veraniegos.

* * *



—¿Te acuerdas, Daniel, que te prometí darte una sorpresa? Pues ya me he encargado los vestidos y sombreros para la estación.
—Eso, ya lo sabía...
—¡Sí, sí! ¡Pero verás la cuenta!

COMO en los últimos años, continúa el negocio de preparar pantanos para obligar a los excursionistas en automóvil a pedir ayuda, que hay que pagar a alto precio.

Así, por ejemplo, en el puente del canal número 2, a 3 o 4 leguas de Maipú, los encargados de él han colocado flechas pintadas al rojo, con minio, sobre un trozo de madera de cajón, indicando así una falsa dirección a los excursionistas y cuyo solo objeto es el de hacer caer a los automovilistas en pantanos hechos ex profeso.

En esa situación, los mismos aprovechados individuos que han colocado las flechas a que aludimos ofrecen "cuartearlos", por cuya tarea exigen sumas considerables de dinero.

* * *

DURANTE una reunión social realizada en el Club Pueyrredón, de Mar del Plata, un médico que por su fealdad comprueba la teoría darwiniana, se acercó a un interesante grupo de chicas y dirigiéndose con gran desenfado a una de ellas, le preguntó:

—Dígame, María Esther, ¿se casaría usted conmigo?...

Y la muchacha, después de mirar atentamente la facha simiesca del galán, exclamó:

—Con cloroformo, quizá...

* * *

EN una iglesia de Barracas el cura distribuía un domingo estampas de la virgen a los niños que habían asistido a la doctrina y les recomendó que las pegaran en la pared de sus respectivas casas. Una de las niñas dijo que ella no podría cumplir lo que se le indicaba, pues no tenía pared.

—¿Cómo puede ser eso? — preguntó el sacerdote.

—Es muy sencillo, padre. Vivimos en una habitación ocupada por cinco familias y a nosotros nos toca el centro de la pieza.

* * *

TODOS conocen la historia de un rey al que los sabios dijeron: "Para ser feliz ponte la camisa de un hombre feliz". El único hombre feliz que encontró no tenía camisa.

Pues la historia se acaba de renovar en los Estados Unidos.

Los médicos norteamericanos han buscado afanosamente al hombre que más se acercara a la perfección anatómica y psicológica.

Cuando lo han encontrado, todas las muchachas de aquel país se han lanzado sobre él, con la pretensión de seducirlo.

Pero, ¡ay!, el hombre perfecto estaba casado ya.

Lo que quiere decir — naturalmente — que no era perfecto del todo.

* * *

COMUNICAN de Hong-Kong que la compañía de teléfonos de dicha ciudad acaba de avisar a sus abonados que anulará los contratos de todos aquellos que sean sorprendidos más de tres veces sirviéndose de las líneas para "flirtear" con las señoritas del teléfono.

Si les hacen una ofensa,
Aunque la echen en olvido,
Vivan siempre prevenidos;
Pues ciertamente sucede —
Que hablará muy mal de [ustedes
Aquel que los ha ofendido.
"Martín Fierro".



Amarrado y amordazado se halla el hombre neurasténico.
Sin hierro en la sangre, usted, a los treinta años es un hombre viejo, de lenta mentalidad, memoria pobre y con todo su organismo en decadencia. Sus pasos inconscientes le alejan de la sociedad, de los centros de cultura, del trabajo y de los placeres.
Usted necesita mineralizar su organismo, nutrir su sangre de glóbulos rojos, llevar a las células cerebrales anémicas nueva vitalidad...
Existe un preparado recomendado por la ciencia médica que puede convertirle a usted en otro hombre a las pocas semanas de tratamiento. Si usted se decide a tomar este poderoso antineurasténico y vigorizador, en muy poco tiempo se despejará su cerebro, volverán a renacer sus energías y recobrará el vigor de la juventud.
Domine Vd. a su indiferencia y pruebe desde hoy mismo el JARABE de
HIPOFOSFITOS SALUD


ATLANTIDA



HORMIGUICIDA
ATILA
MARCA REG
PREPARADO POR
LABORATORIO QUIMICO
"ATILA"
BREMEN - ALEMANIA
CONTENIDO NETO 200 GRAMOS
HORMIGAS
El hormiguicida ATILA
hace desapa-ecer las hormigas, segura y permanentemente.
NO ES VENENOSO
Se emplea espolvoreando con el tarro directamente.
RESPONDEMOS DE SU EFICACIA
PIDASE EN LAS FARMACIAS, FERRETERIAS
Y SEMILLERIAS DE TODA LA REPUBLICA
PRECIO DEL TARRO: $ 1.80
NO ADMITA SUBSTITUTOS
EN VENTA EN:
FARMACIA FRANCO-INGLESA, Florida y Sarmiento.
FERRETERIA FRANCESA, C. Pellegrini y Rivadavia.
JUAN CALÉ & Cía., Pueyrredón 123 y Corrientes 3175.
O A SUS
REPRESENTANTES Y DEPOSITARIOS:
Petrolini & Cía
Florida 955
Buenos Aires

ATLANTIDA
Director: Constancio C. Vigil. | Nº 408 | Buenos Aires, 4 de febrero de 1926.

CARTAS DE AMOR

Por Héctor Pedro Blomberg

I

El hombre la estaba mirando desde hacía largo tiempo, desde que ambos subieron al tranvía en la plaza de Mayo.

Era en pleno diciembre y la ciudad presentaba el cuadro asoleado y turbulento de los mediodías de fin de año, atestadas sus calles estrechas por multitudes interminables. Pequeñas nubes errabundas, como perdidas, flotaban en el azul hondísimo del cielo, y allá lejos, en los confines borrosos de la inmensa ciudad, subían y aventurábanse en las brisas del estuario, como obscuras y vagas polvaredas, las columnas de humo de las usinas y de las fábricas.

Continuaba el vehículo su camino, devorando las calles en su marcha nerviosa, interrumpida en cada esquina.

La muchacha vestía un pobre traje de tela obscura, un evidente uniforme de vendedora de gran tienda.

Iba leyendo un cuadernito impreso, una de esas pequeñas novelas que empezaban a invadir la ciudad, reflejos de la vida abigarrada y febril de Buenos Aires. De vez en cuando levantaba los ojos, unos ojos negros y profundos, y veía la mirada del desconocido fija en ella, devorándola de pies a cabeza.

Molestábala la insistencia de aquella mirada penetrante y ardorosa.

El tranvía seguía atravesando calles y calles, abandonaba barrios centrales y se internaba en los caseríos del suburbio. Los demás pasajeros iban quedando por el camino, empleados y vendedoras, pobres soldados del obscuro ejército del trabajo cotidiano, pálidos y raídos bajo el sol, bajo aquel sol radiante y triunfal que bañaba las almas y las calles en la luminosa gloria del verano.

Bajó ella en una calle cerca de Flores.

Al entrar a su casa, vió que el desconocido del tranvía, que descendiera tras ella, se situaba en la esquina con actitud indiferente.

El barrio pobre estaba solitario. La muchacha permaneció inmóvil unos segundos, turbada por un presentimiento extraño y sutil.

Entró a su casa, doblando la novela.

Sentía vagamente que en aquel instante una sombra había caído sobre su vida.



II

Hacía cuatro años que Teresa trabajaba en la tienda de la calle Victoria, y su única inquietud en este mundo era que un día cayese enferma y perdiese aquel puesto con el cual vivían su madre y sus dos hermanitas. Una de éstas trabajaba en una casa de sombreros de la calle Maipú, pero era una chica enfermiza y se veía obligada a faltar con frecuencia a su trabajo, sufriendo los consiguientes descuentos en su sueldo mezquino.

Teresa Gregor era la mayor de la familia. El matrimonio Gregor vino a Buenos Aires cuando Teresa era pequeñita. Venían de una vieja ciudad de Escocia, de Dundée, y Tomás Gregor, un hábil mecánico, después de vegetar en varios puestos y de aumentar la familia con otras dos niñas, tuvo la infortunada ocurrencia de morir repentinamente de un ataque de cirrosis, en un pueblo de Entre Ríos, donde trabajaba como subjefe de una usina, dejando a su mujer y a las tres pequeñas sin más capital que su recuerdo y sin más patrimonio que su honrado nombre.

Teresa, que contaba quince años, entró a trabajar en la tienda de la calle Victoria. Lucía y Ana lloraron largamente, pero la hermana mayor las consoló como pudo y se fué a trabajar. La pobre señora Gregor, un ser débil y de escasas luces, dejó que sus hijas resolvieran para ella el grave problema de la existencia, y se quedó en la cocina de la casita que alquilaran en un suburbio porteño.

Y así transcurrieron cuatro años.

Cuando Ana cumplió trece años, entró a la casa de sombreros de la calle Maipú. Quería ayudar a Teresa en la obscura y penosa lucha por el pan, luchando con su salud vacilante, con sus eternos dolores al pecho.

III

Los dulces recuerdos de su infancia volvían a la memoria de Teresa Gregor en sus conversaciones con aquel hombre que la siguiera un mediodía de verano en el tranvía de la plaza de Mayo.

Se llamaba Fuentes y era uruguayo.

Poco a poco, insensiblemente, las relaciones entre ambos, en el curso de aquel largo y ardiente verano porteño, habíanse ido estrechando.

Y Teresa Gregor fué convenciéndose del cariño hondo y verdadero de Fuentes.

Vivía solo en Buenos Aires. Tenía una vaga y lejana familia en un pueblo del norte del Uruguay. Solía ir a visitarla una o dos veces por año.

Pero aquella familia, compuesta por dos hermanas casadas y un hermano que siempre estaba ambulando por los pueblos de Río Grande do Sud, estaban cada día más lejos del corazón de Fuentes.

Su única verdadera familia, solía decir a Teresa Gregor, era ella, la obscura vendedora de la calle Victoria.

Un día, cuando él mejorara de situación, habían de casarse, y ella saldría de la tienda.

Escuchaba ella las palabras de Fuentes e iba convenciéndose de la sinceridad del uruguayo. La vida solitaria de aquel muchacho sin familia, rodando solo por las muchedumbres agitadas de Buenos Aires, prestábale un nuevo interés ante sus ojos.

A fines del verano el idilio quedaba iniciado.

Otro año transcurrió.

IV

—Tú eres la querida de Fuentes, Teresa... ¿Por qué lo hiciste?

Teresa Gregor lloraba amargamente.

Era verdad. ¿Por qué? ¿No lo sabía? ¿Acaso puede jugarse impunemente con las pasiones?

Pensaba en medio de sus lágrimas.

Volvían a su pensamiento las largas horas pasadas al lado de Fuentes, las noches del verano anterior, las veladas interminables del invierno porteño, los lluviosos crepúsculos del centro.

Después, la entrada triunfante de la primavera, las dos o tres tardes robadas a la tienda, con un pretexto cualquiera; las noches de luna en los pueblitos del norte, cuando llegó otra vez el verano...

Levantó los negros ojos llorosos.

—Era la luna, Ana, era la luna...

Ana la contemplaba, muda y sombría.

—Si tú supieras, Ana... El me quería... El me quiere... Estábamos solos... El río pasaba cantando y la luna se me infiltraba en las venas.

Rompió a llorar otra vez, con los brazos sobre la mesa.

—Calla, que mamá se va a despertar...

Reinó un silencio profundo durante el cual se oyó la respiración pausada de la madre dormida.

—Si tú supieras cuánto daño nos has hecho, Teresa, a ti misma, a mí, a la pobre Lucía...

Calló la pobre, como comprendiendo que todas las recriminaciones eran inútiles, ante el dolor y la fatalidad de las cosas consumadas, de los errores irreparables.

—Ahora se irá...

Teresa Gregor levantó la cabeza vivamente.

—No tienes por qué decirlo, Ana — exclamó, secando sus mejillas humedecidas y alisando sus cabellos.

—Sí, Teresa — repitió la hermanita — se irá. Eres una inocente si crees que cumplirá su promesa. Se irá como vino. No le verás nunca, y si algún día le ves, se encogerá de hombros y seguirá su camino.

Teresa la miraba, pálida y silenciosa.

—No... No... No se irá...

Pero en su corazón sintió la puñalada de un presentimiento.

La señora Gregor seguía durmiendo profundamente.

V

Teresa Gregor cerró el libro y clavó la mirada de sus ojos entristecidos en la calle del suburbio.

Era un domingo, y estaba lloviendo.

Dentro, Ana dormía la siesta. La señora Gregor y Lucía habían salido, y Teresa se encontraba sola, inmensamente sola.

La lluvia descendía sin cesar sobre la calle desierta, corría en diminutos torrentes entre las piedras desiguales.

La habían dejado sola en la casita del suburbio, en el silencio y la soledad del barrio pobre.

Fuentes se había ido.

Ana tenía razón. Ella lo adivinó desde el principio. Se había ido y nunca volvería. Las mujeres siempre saben cuándo un hombre se va para no volver.

Se había ido al Uruguay, a visitar a aquellas hermanas vagas y misteriosas, hacía más de tres meses, sin que Teresa tuviera noticias de él.

Continuaba trabajando en la tienda, esclavizada en la obscura rutina de siempre.

Ana ya no le decía nada.

Pero Teresa no podía soportar la mirada profunda de su hermana; leía en las pupilas azules de la otra el silencioso y diario reproche, la muda y amarga recriminación por el pasado irreparable.

Y lloraba en silencio, en las noches desoladas de su remordimiento y su desengaño. Ibase a la tienda con los ojos enrojecidos por el llanto y le parecía que todas las vendedoras de la tienda la miraban burlonas y compasivas, enteradas del pobre y obscuro drama de su compañera.

VI

—¿Le conoces, Teresa?

Las dos hermanas iban juntas en el tranvía.

Ana había notado que un hombre las venía siguiendo desde la calle Viamonte, desde que salieron de una farmacia.

—Mira, es ése...

Lo señaló con disimulo, y Teresa vió un muchacho de unos treinta años, alto, bien vestido, que las miraba con cierta insistencia discreta.

No. No lo había visto nunca. No recordaba haberlo encontrado en ninguna parte.

Durante todo el viaje, que duró media hora, el desconocido siguió mirando a las dos jóvenes.

Teresa estaba segura de que el hombre sólo se fijaba en su hermana.

La radiante juventud de Ana, con sus rubios cabellos y sus grandes ojos azules, no podía compararse con su propia juventud marchita.

Pensaba durante el viaje en aquel otro desconocido que la siguiera un mediodía de verano desde la plaza de Mayo.

¡Cuán lejano parecía todo aquello!... Y, sin embargo, apenas había transcurrido un año y medio desde aquello.

Volvió su pensamiento a las noches perdidas y dulcísimas, la luna en la orilla del río que cantaba, el beso de pasión, el amargo despertar.

Llegaron a la esquina, y divisaron a la señora Gregor, que las estaba esperando en la puerta.

—Lucía está muy mal — les dijo con voz anhelante, saliendo a su encuentro. — Yo no sé lo que tiene... ¡Oh, Dios mío!

La pobre mujer, desolada, no sabía qué hacer.

Las dos hermanas se precipitaron dentro.

El hombre del tranvía que las venía siguiendo discretamente, pasó frente a la casa y arrojó una mirada adentro. Alcanzó a oír los sollozos de la señora Gregor, que se mesaba los cabellos en su angustia impotente.

La pobre Lucía estaba tendida en el sofá, respirando estertorosamente.

Ana corrió a humedecerle las sienes, besándola con fuerza.

Teresa salió en busca de un médico.

En la vereda tropezó con el hombre del tranvía.

—Señorita, ¿ha sucedido algo en su casa? Estoy a sus órdenes para cualquier cosa... ¿Se ha enfermado alguien en su familia?

—Mi hermanita, señor... Le ha dado un ataque... — balbuceó Teresa. — Voy a buscar un médico..

—Yo conozco uno que vive aquí cerca — dijo el desconocido. — Voy a traerlo en seguida.

Desapareció por la calle angosta y solitaria; Teresa se quedó algo desconcertada. Del interior de la casa salían los gritos de la señora Gregor. Teresa volvió a entrar.

Pocos minutos más tarde, el hombre del tranvía, acompañado por un viejo de lentes ahumados, se presentaba en el zaguán.

—Este es mi amigo, el doctor Coronado — dijo el desconocido. — Viene a ver de qué se trata...

Le hicieron entrar, mientras el extraño se quedaba en el zaguán, dando vueltas al sombrero.

VII

El ataque de Lucía fué un susto sin consecuencias. Bajo los cuidados del médico vecino, en pocos días se repuso.

El hombre del tranvía había trabado relación con la familia. Desde el primer momento, no hubo duda de que iba por Teresa. Ella lo comprendió desde el primer instante, cuando le dió las gracias por haber traído su amigo el médico, en aquella ocasión.

Llamábase Gregorio Aráoz y contaba veintiséis años.

Sus visitas a la casa de las Gregor iban repitiéndose cada vez con mayor frecuencia.

Teresa comprendió que la amaba, que la amaba de veras. El se lo daba a entender en todos sus actos, hasta que un día se lo dijo, una tarde que ella salía de la tienda y caminaban ambos entre las dos luces del crepúsculo por la plaza del Congreso.

Escuchaba en silencio Teresa Gregor, la declaración de Aráoz y una angustia extraña le oprimía el corazón.

La sombra de Fuentes surgía entre ella y aquel muchacho que llegaba tarde a su vida.

Seguían caminando. El había guardado silencio, esperando una respuesta.

Pero ella callaba, turbada por encontrados pensamientos, por misteriosas inquietudes.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa, Teresa?

Estaban frente al Congreso. La noche descendía lentamente, y la calle Callao desbordaba como un río humano. Las voces múltiples, resonantes, sonaban como un canto de esperanza, como un himno de vida victoriosa.

—No. Quiero ir sola...

—¿La veré mañana?

Ella vaciló un instante.

—Sí — dijo finalmente.

El hombre la vió subir a un tranvía y se quedó meditabundo en la vereda.

La ancha calle rumorosa seguía volcando su enorme canción. Aráoz suspiró y se perdió entre la multitud.

VIII

—¿Qué debo hacer, Ana?

Ana suspendió su costura y fijó sus ojos preocupados, sus hermosos ojos azules, en el rostro de Teresa.

—El pasado murió — dijo en voz baja, — y debes sepultarlo finalmente en el olvido. ¿Para qué decirle nada?

—Pero eso sería engañarlo...

—La felicidad de un hombre y de una mujer es más que la verdad — murmuró Ana, sentenciosamente, volviendo los ojos a su costura.

Dentro se oía el ir y venir de la señora Gregor, ocupada en sus tareas culinarias, que parecían absorber todas las energías de su existencia.

—¿Entonces?...

—Dile que sí. Cásate con él...

—¿Y si un día lo sabe?

—No lo sabrá...

—Todo se sabe siempre...

—Si un día lo sabe, él te perdonará, porque parece que te quiere de veras, y si un día llega a saberlo, ya estarás demasiado hondo en su vida y en su corazón para que no te perdone, Teresa...

Teresa miró a su hermana que jugaba distraídamente con la aguja. Las palabras de Ana, humanas y sencillas, caían como gotas de bálsamo en su corazón.

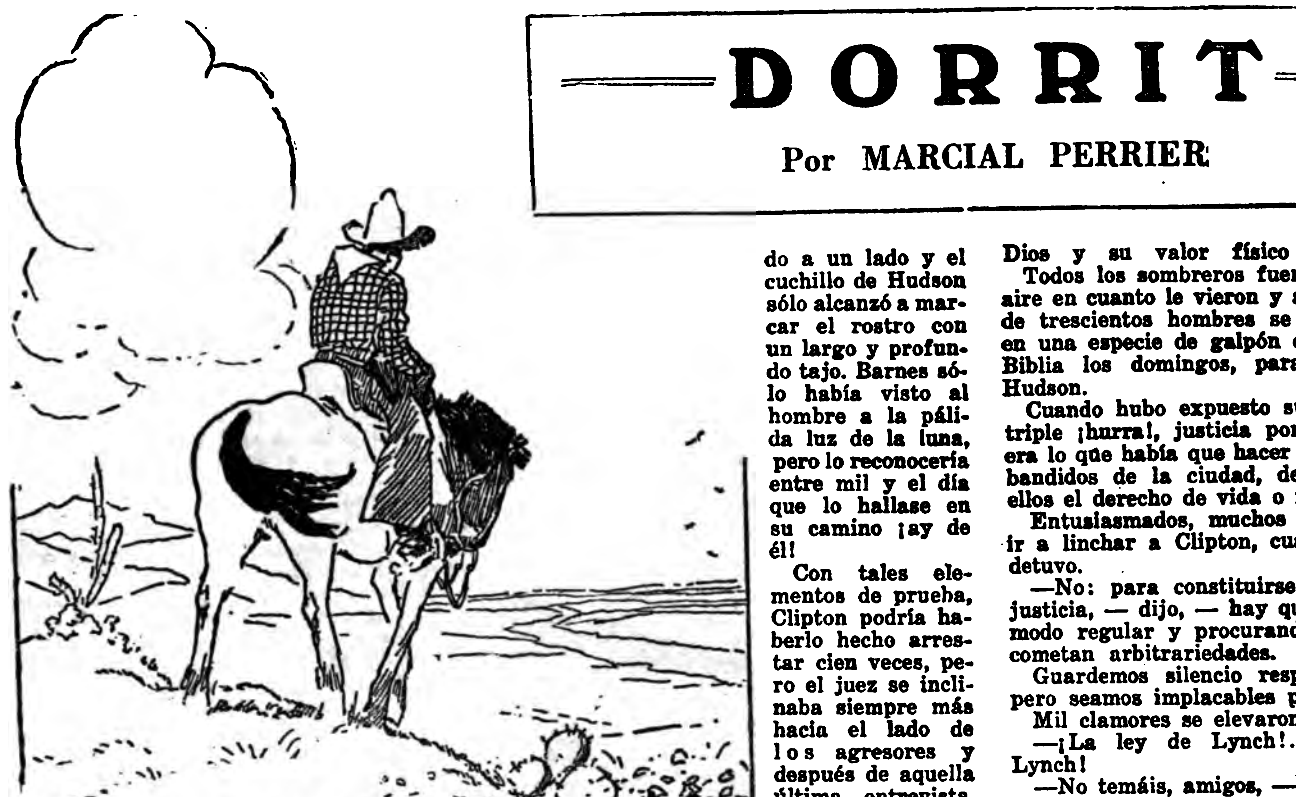
Ana tenía razón. La sombra de Fuentes estaba desvanecida en un pasado que nunca volvería. Entre ella y Aráoz, la vida tejía sus hilos invisibles y triunfales.

—Sí, Ana, le diré que sí... Se lo diré

(Continúa en la *página* 17)

DORRIT

Por MARCIAL PERRIER



CUANDO Hudson Barnes salió de casa del "lord-chief justice" estaba lívido de cólera. ¿Acaso aquel aventurero, a quien la ignorancia de sus conciudadanos había permitido disfrazarse de magistrado, no le había dado a entender que se iba a poner punto final a la investigación abierta con motivo del asalto a su "hacienda"?

¿Quién iba a pensar que aquel Clipton, a quien cuarenta años antes un tío de Barnes había echado a puntapiés de su casa por ladrón, iba a revestir la toga de juez?

En las ciudades nuevas de Norte América, en donde las fortunas se amasan en un abrir y cerrar de ojos, tales transformaciones no son raras y se podría citar el caso de muchos notables que al llegar a viejos ocupan un alto puesto, después de haber pasado una juventud tempestuosa, entre cárceles y garitos.

En Clipton, aunque la apariencia fuera respetable, el alma había permanecido turbia y más de un rico colono, luchando con el ansia de lucro de los emigrantes, se había asombrado de sus fallos.

Al ver que Hudson Barnes entraba en su escritorio, Clipton no había manifestado ninguna emoción; sin embargo, por un acelerado movimiento de sus párpados el otro echó de ver que lo reconocía y luego, por la sorda hostilidad de sus decisiones y de su actitud comprobó plenamente su idea.

Y, sin embargo, era un caso grave el asalto que habían realizado en su propiedad. Aprovechando su ausencia, los malhechores habían franqueado la verja en las primeras horas de la noche, robado los mejores caballos y luego, alentados por este éxito, no habían vacilado en penetrar en la casa buscando dinero.

Allí habían sido sorprendidos entablándose una batalla a tiros y cuchilladas, tan encarnizada y ruidosa que Barnes y su hermano, que regresaban después de comer en una hacienda cercana habían acudido al galope tendido de sus caballos para socorrer a sus servidores.

Asustados por esta irrupción, los bandidos habían querido escapar, pero Barnes les cortó el camino. De un certero balazo había hecho saltar los sesos del hombre que estaba más cerca de él.

Desgraciadamente, y antes de que hubiese podido intervenir, otro malhechor, que se había echado a tierra, se levantó de un salto y apuñaleó a su hermano. Barnes quiso detener a éste, pero el otro, con agilidad prodigiosa se había echado a un lado y el cuchillo de Hudson sólo alcanzó a marcar el rostro con un largo y profundo tajo. Barnes sólo había visto al hombre a la pálida luz de la luna, pero lo reconocería entre mil y el día que lo hallase en su camino ¡ay de él!

Con tales elementos de prueba, Clipton podría haberlo hecho arrestar cien veces, pero el juez se inclinaba siempre más hacia el lado de los agresores y después de aquella última entrevista, era evidente que no se tenía que contar con él. Hudson Barnes tenía una energía de temple raro. Salido sano y salvo de la aventura, tan rico como antes, hubiera podido resignarse a que se ahogase el asunto mediante una indemnización, pero la sangre de su hermano gritaba venganza y salió de casa de Clipton bien resuelto a vengarse.

Al cruzar la Tercera Avenida, que atraviesa toda la ciudad hasta finalizar en los barrios extremos, no pudo evitar el darse vuelta y echar sobre la nueva ciudad una ojeada de admiración.

¡New Atlanta!... ¿Cómo había surgido de la tierra aquella floración de casas? Nadie hubiera podido decirlo con precisión, ni aun los viejos "pionners" que habían limpiado el suelo de malezas, ante el impulso de los canadienses, de los centroamericanos y de aventureros de toda clase atraídos por el cebo del oro, las primitivas carpas de los indios se habían convertido en grandes galpones y luego éstos habían dejado sitio a grandes edificios, jardines públicos y avenidas capaces de poner envidiosas a las ciudades más florecientes. ¡Ah!... Si Hudson Barnes sentía admiración por la obra que se revelaba a sus ojos bajo el aspecto de la ciudad nueva, no le ocurría lo mismo con sus autores, hombres más de especulación que de trabajo y agrupados a un "clan" orgulloso, formado por audaces mal enriquecidos.

No tenía más que mirar a su alrededor, en aquel barrio nuevo, lleno del tumulto de los obreros que trabajaban y el chirrido de las poleas para juzgarlos. ¡Qué mezcla!... allí estaban representados todos los colores y todas las razas, desde los plantadores del norte, verdaderos atletas, hasta los brasileños menudos y nerviosos, pasando por los europeos mal adaptados y temerosos, los mejicanos taimados y hostiles, los negros, chinos, mohawes, y esos indios bastardos cuyo aspecto traicionaba su origen, digno de los cocopas y chemehueris.

Experimentó un inmenso alivio cuando su caballo llegó a la llanura. Su plan era ir a ver a los dueños de "haciendas" que habían sido víctimas como él de algún atentado y pedirles que se agrupasen en acción común de defensa para que imperasen el orden y las leyes.

Echó a través de las floridas praderas y pronto ganó el vado; allí estaban Meadow's-farm, Everkasting's Hill, Saw Mill's Cottage, Sage's Garden, toda una aldea de granjeros tan rudos para sí mismos como para los otros, tomando su valor moral de Dios y su valor físico de la tierra.

Todos los sombreros fueron arrojados al aire en cuanto le vieron y al momento más de trescientos hombres se habían reunido en una especie de galpón donde se leía la Biblia los domingos, para oir hablar a Hudson.

Cuando hubo expuesto su caso, sonó un triple ¡hurra!, justicia por sí mismo: eso era lo que había que hacer contra todos los bandidos de la ciudad, decretando contra ellos el derecho de vida o muerte.

Entusiasmados, muchos hablaban ya de ir a linchar a Clipton, cuando Barnes les detuvo.

—No: para constituirse en tribunal de justicia, — dijo, — hay que hacerlo de un modo regular y procurando de que no se cometan arbitrariedades.

Guardemos silencio respecto al pasado, pero seamos implacables para el porvenir.

Mil clamores se elevaron.

—¡La ley de Lynch!... ¡La ley de Lynch!

—No temáis, amigos, — dijo Barnes; — la aplicaremos, pero como no somos malhechores, advertiremos de ello al "lord-chief justice", reclamando bien alto las responsabilidades de nuestras acciones.

Estallaron nuevos "hurras", y así fué cómo Hudson Barnes, en nombre de los granjeros de la región tuvo el honor de escribir aquella misma noche a Clipton que, en vista del mal funcionamiento de la justicia y de lo escaso de las fuerzas policiales, organizaban su defensa y se reservaban el derecho de muerte.

Hudson Barnes había experimentado un gran pesar después de la muerte trágica de su hermano. A su pena se agregó una punzante contrariedad cuando Dorrit, su sobrina, una hermosa muchacha de veinte años, no quiso abandonar a su padre para compartir con Barnes y su hija la vida tranquila y ociosa de las "haciendas".

Hudson detestaba al padre de Dorrit, aquel Domínguez a quien había visto entrar en su familia con harto disgusto.

Ya en aquella época, a pesar de su arrogante aspecto, habían presentido en él el hombre perezoso y calavera destinado algún día a perderse fatalmente.

La muerte de su mujer, desesperada al ver que iban arruinándose, no había hecho más que acrecentar sus malos instintos y en la actualidad estaba al frente de un bar que, a despecho de su lujosa apariencia, era uno de los sitios peores y más peligrosos de New Atlanta.

¿Domínguez era, pues, un bandido? No: era ante todo jugador y perezoso y sólo debía su ruina a su debilidad de carácter que podía llevarle muy lejos.

Esto no cesaba Barnes de repetírselo a Dorrit, pero la joven no quería hacer caso. Al abrigo de cualquier promiscuidad por su mismo orgullo, muy enérgica, Dorrit había entrado como empleada en un Banco en donde gracias a sus excelentes cualidades era probable que hiciese camino.

—Vivirás con mi hija Neith — decía Barnes, y seréis como dos hermanas.

—Neith es rica y yo soy pobre — decía Dorrit; — tengo que trabajar.

—Trabajarás en casa.

—¿Cómo sirvienta?... Gracias.

—¿No te he dicho que mi vecino John Raper quería pedirte en matrimonio?

—John Raper me es muy simpático y le autorizo a que se lo diga, pero sea cual sea el hombre con quien me case, no soy mujer de aceptar su nombre como una limosna y no me casaré hasta haber reunido un poco de dinero. Además, quiero retirar a mi padre de ese ambiente infamante y llevarlo a vivir conmigo. Para eso necesito tener algo ahorrado.

—¿Y cuándo lo conseguirás, pobre muchacha?

—Tengo ya reunidos seiscientos dólares y como piensan aumentarme el sueldo antes de cinco años, habré reunido mi dote.

—¿Y sabes lo que ocurrirá de aquí a allá?

—No.

—Que a despecho de tu valor caerás en alguna trampa.

—¡Bah! — exclamaba Dorrit, sacudiendo su rizosa cabeza. — Tranquilícese, tío, Monto a caballo como un cow-boy, manejo el revólver mejor que usted y no me asusta nadie.

La joven, en efecto, había demostrado en varias circunstancias un valor extraordinario. Había sacado de un balazo un cigarrillo de entre los labios de un cow-boy que se mostraba un poco audaz y la muchacha siempre sabía mantener lejos a los atrevidos de que estaba lleno el bar de su padre.

Uno solo había encontrado gracia ante ella: un mejicano llamado Sancho, a quien, a instancias de su padre, había hecho emplear en el Banco donde ella trabajaba.

Pero no por simpatía, lejos de eso: es que Sancho estaba al corriente de ciertas imprudencias de su padre y hubiera bastado que dijese una palabra para ponerlo en serios aprietos que Dorrit trataba de evitar. Eso explicaba su cobardía. Dos ojillos llenos de malicia, una cara afeitada a la que un tajo dividía de arriba a abajo, un hablar un poco ceceoso, una educación afectada, tales eran las características de aquel hombre que no sabía de dónde había venido.

Por el refinamiento de sus modales y costumbres, y la prudencia de sus frases, estaba muy por encima de los otros aventureros de baja estofa, que no trataban de disimular sus brutales deseos.

Y sin embargo, Sancho, era el único hombre a quien Dorrit tenía miedo.

* * *

La campanilla del teléfono la hizo dar un salto en la silla.

El gerente del Banco, a quien sólo se veía rara vez, sir John Osborne, la mandaba llamar.

Dorrit entró en el escritorio roja de emoción, pensando en el aumento probable, pero a las pocas palabras, del gerente se puso lívida.

No se trataba de aumento de sueldo, al contrario. Habíase descubierto en el Banco un desfalco y justamente se la llamaba para preguntarle si no había notado nada anormal a su alrededor que llamase su atención.

En el colmo de la angustia, Dorrit empezó a balbucear. Si sus sospechas recaían sobre alguien, era sobre ese condenado Sancho, el amigo de su padre, pero ¿cómo decirlo?

Perdió a tal punto la serenidad que, después que hubo salido, el policía secreto que asistía a la entrevista manifestó a sir John Osborne que la muchacha le había hecho muy mala impresión.

En lo que respecta a Dorrit, la opinión del gerente no podía ser mejor. Era una muchacha honesta, inteligente y escrupulosa, a quien jamás había tomado en la menor falta desde su entrada en la casa.

—Sea — dijo el "policeman"; — puede ser que me equivoque, pero en todo caso, permítame usted realizar un pequeño experimento.

—¿Qué experimento?

—Para cazar a un ratón, se necesita un pedazo de queso: para cazar a un hombre, se necesita dinero. ¿Está usted pronto a sacrificar una cantidad?

—La que usted quiera.

—"All right", — repuso el otro. Vamos a preparar el cebo.

Y el policía salió del Banco, sonriendo y frotándose las manos.

* * *

Al ruido que hizo el "barman", picando el hielo para un cocktail, Domínguez se despertó. Tenía aún alrededor de su cabeza el aro de hierro puesto por los excesos del día anterior. Incorporándose, miró a los asistentes con turbios ojos. El calor, sofocante todo el día, comenzaba a amenguar y por la ventana que el negro Sam acababa de abrir entraba una fresca brisa.

El bar, con sus grandes "stores" de tela amarilla estaba sumido en la penumbra. Sólo brillaban el mostrador y la Caja con sus aplicaciones de metal. Como marinos sacudidos por el temporal varios hombres se agarraban al mostrador para no caerse.

A pesar de su casi inconsciencia, Domínguez se estremeció de angustia al pensar que no tenía un centavo. Desde ocho días antes, en que Dorrit, enferma, había ido a



pasar unos días de descanso a casa de su tío, no había cesado de jugar y beber, perdiendo cada noche fuertes cantidades hasta el punto de verse en la imposibilidad de pagar a sus proveedores y, cosa más grave, de tentar la suerte en la partida de juego de la noche.

—Es preciso que salga de este atolladero, — dijo en voz baja, — es preciso.

De pronto se le ocurrió una idea: pedir dinero a Sancho a quien había visto con grandes rollos de billetes de banco.

Dejó el vaso, tomó el sombrero y salió en dirección al Banco. Pero llegó demasiado tarde: el establecimiento había cerrado ya sus puertas. Corrió Domínguez entonces hasta el domicilio de Sancho. ¡Nadie!... Se fué buscando de bar en bar y bebiendo cada vez un "gin" para calmar la sed que le abrasaba, pero nadie supo darle noticias del hombre a quien buscaba.

Entonces empezó a errar por las calles, tambaleándose, hecho un pingajo humano. ¡Pobre Dorrit! Si ella le hubiese visto así, ¡cuál no hubiera sido su desesperación!... al pensarlo. Domínguez sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Pero luego, atravesó su cerebro una inspiración diabólica. Dorrit tenía dinero y éste estaba guardado en la casa. Si se apoderaba de él sería rico por algunos días, tentaría la suerte y devolvería duplicada la suma a su hija.

La lucha fué de corta duración y una hora después, cuando entró en el bar en donde le esperaban los jugadores, llevaba en su cartera unos quinientos dólares de Dorrit.

Noche de fiebre, noche de locura. El espectáculo hubiera entusiasmado a un pintor. Los ojos relucientes de ansia, las frentes empapadas en sudor, el rostro contraído, las manos ávidas que se precipitaban a recoger oro...

La partida duraba desde hacía cuatro horas.

Un negro ganaba a manos llenas y quiso pagar champagne y cocktails a todos.

El "barman" acudió, pero incapaz de hallar la marca que le pedían llamó a Domínguez y éste levantándose, desapareció detrás del mostrador.

—Es raro — dijo uno de los jugadores, — que no se haya visto a Sancho esta noche.

—Habrá tenido miedo, — repuso otro, encendiendo un habano.

—¡Buen tipo es ese Sancho!

—Con gusto le quitaría hasta su último centavo. Recuerdo que un día...

El que hablaba no pudo concluir.

Sonó una detonación, seguida de un grito de espanto.

—¡Socorro! — gritó el "barman".

Todo el mundo se precipitó y ¿qué vieron?... Domínguez, con la sien agujereada por un balazo yacía detrás del mostrador.

Le levantaron entre varios, extendiéndole sobre un banco, pero ya había exhalado el último suspiro.

Alrededor del muerto, todos aquellos hombres, antes tan alegres, se miraban sin saber qué hacer. Pero cuando su estupor llegó al colmo fué cuando anunció Sam el arresto de Sancho, pues en un bar había sido detenido por la policía *al querer* cambiar un billete marcado por *la policía*.

A esta noticia, todos aquellos aventureros que tenían su conciencia bien poco tranquila, empezaron a revisar los billetes que poseían.

Más de veinte encontraron marcados con un círculo rojo que los hacía distinguir fácilmente de los demás. Y a la idea de tener que vérselas con la justicia todos demostraron su espanto. Pero al negro se le ocurrió una idea que aseguraba la salvación de todos.

Y habiendo cambiado los billetes por los que tenía en la capa, puso los marcados en el bolsillo del muerto.

* * *

Nuevamente Hudson Barnes se había presentado a Clipton. A pesar de las afirmaciones del "lord-chief justice", no quería convencerse de que su sobrina Dorrit, acusada de robo, estuviese en prisión. En vano repetía Clipton que se la había sorprendido en una casa de lutos, cambiando un billete marcado; Barnes defendía enérgicamente a la muchacha.

—Es un gran error judicial — dijo — y haré ahorcar al "policeman" y hasta a sir John Osborne por haber forjado tal calumnia.

En el colmo de la exasperación, Barnes rompió los documentos policiales que comprobaban el hecho. Y se habría hecho arrestar a su vez por ultrajes a la autoridad, si no hubiera tenido a la puerta su caballo, lo que le permitió escapar antes de que el "lord-chief justice" hubiera transmitido ninguna orden.

Poner al corriente a los granjeros era cosa fácil. Se mandaron mensajes a todos lados y pronto corrió como un reguero de

pólvora la noticia del arresto de Dorrit, lo que hizo agrupar a aquellos hombres en el galpón.

—¡Venganza! — gritaban unos.

—¡A' caballo, amigos! — gritó Raper, que sólo soñaba casarse con Dorrit.

Biblia en mano, un pastor leyó varios versículos y exhortó a sus fieles a proseguir la acción de la justicia. Pero no necesitaban exhortaciones. Impacientes, sólo esperaban a la noche para preparar el asalto. Felizmente hasta que la cárcel estuviese terminada, los detenidos se alojaban en un inmenso barracón, protegido por una doble empalizada, a una milla de distancia de los barrios extremos.

El ruido del galope de los caballos puso en alarma a los centinelas, pero no tuvieron tiempo de pedir auxilio. Veinte brazos sólidos los mantuvieron firmes y mientras con lazos los ataban a los árboles, la prisión fué invadida. Se oyeron crujir las puertas y luego abrirse o caer con estrépito y en menos de un cuarto de hora los asaltantes se habían apoderado de la prisión.

—¡Tío!... ¡Tío! — exclamó una voz desgarradora.

Era Dorrit que indicaba así a sus salvadores dónde estaba su calabozo.

Pero otras voces se elevaron también; las de los demás presos que temían ser ahorcados y que cobraban esperanza ante aquel socorro inesperado.

—¡Vamos, muchachos! — gritó Barnes. — Libremos a algunos de estos bandidos. No son peores de los que andan sueltos por la ciudad.

Uno a uno fueron escapando los presos, y cuando le tocó el turno a Dorrit, esta se arrojó llorando en los brazos de Barnes.

Para ella no había duda: el culpable era Sancho, y Dorrit y su padre eran sus víctimas.

Con voz entrecortada se lo explicaba la muchacha a su tío, cuando bruscamente se rompió otra puerta y salió un hombre que apenas podía sostenerse de pie.

—¡Es él, es él! — gritó Dorrit.

—¡Que se opoderen de ese hombre! — gritó Hudson Barnes...

Pero apenas se hubo acercado retrocedió lleno de espanto. ¡Acababa de reconocer al asesino de su hermano!

—¡Miserable! — rugió. — ¡Ah!... ¡Esta vez no te me escaparás!

Y volviéndose hacia los granjeros, gritó:

—Amigos: la vida de ese hombre me pertenece. Es el asesino de mi hermano.

—¡Perdón! — imploró Sancho.

—Además — continuó Barnes, — si a Dorrit la pusieron presa, fué por él!... ¡El robo al Banco!

—¡Miserable! — rugió Raper.

—Clavadle como un murciélago en la pared y ejercitemos sobre él nuestra puntería, — gritó uno de los más exaltados.

—No, no... Mejor sería hacer una hoguera y asarlo vivo.

—¡Esa es una idea luminosa! — exclamó Raper ferozmente.

Inmediatamente se amontonaron maderas, y el infeliz Sancho fué atado a una viga que colocaron en el medio.

—¡Dorrit, — gemía Sancho, — tened piedad de mí!

Pero los justicieros permanecían impasibles y cuando regaron el montón de maderas con petróleo, Barnes le prendió fuego. Empezaron a brotar llamas y pronto sólo se vió una silueta ennegrecida que aullaba y rugía, retorciéndose, hasta que todo desapareció en la hoguera.

Cuando acudió el "lord-chief justicie", sólo vió un enorme montón de maderos humeantes que acababan de consumirse, mientras que a lo lejos se oían clamores victoriosos.

TOTÓ

Totó es uno entre centenares de estupendos ejemplares de nenes que nuestras autoridades tienen para su entretenimiento.

Se trata de Angel Ramón Vásquez o Angel Vásquez Mogo (a) Totó o El Loco, de nacionalidad argentina, de 28 años de edad. Siempre se ha radicado en la Capital o a veces en Villa Madero, cerca del límite de la ciudad, donde tenía su guarida con varios compinches.

Totó ha vivido siempre de lo mismo: del robo y del asesinato.

Su especialidad son los asaltos en la vía pública; pero nunca se ha negado a participar en cuanto hecho delictuoso sus compinches le propusieran, conocedores de sus condiciones de especialista en tales "trabajos".

Ultimamente la banda en que actuaba Totó se dedicaba a robar en casas de familia, a las que penetraba por los balcones, mediante escaleras de cuerda. Se recordará que hace poco se perpetraron varios de estos delitos en Belgrano, y la policía los atribuye todos a Totó.

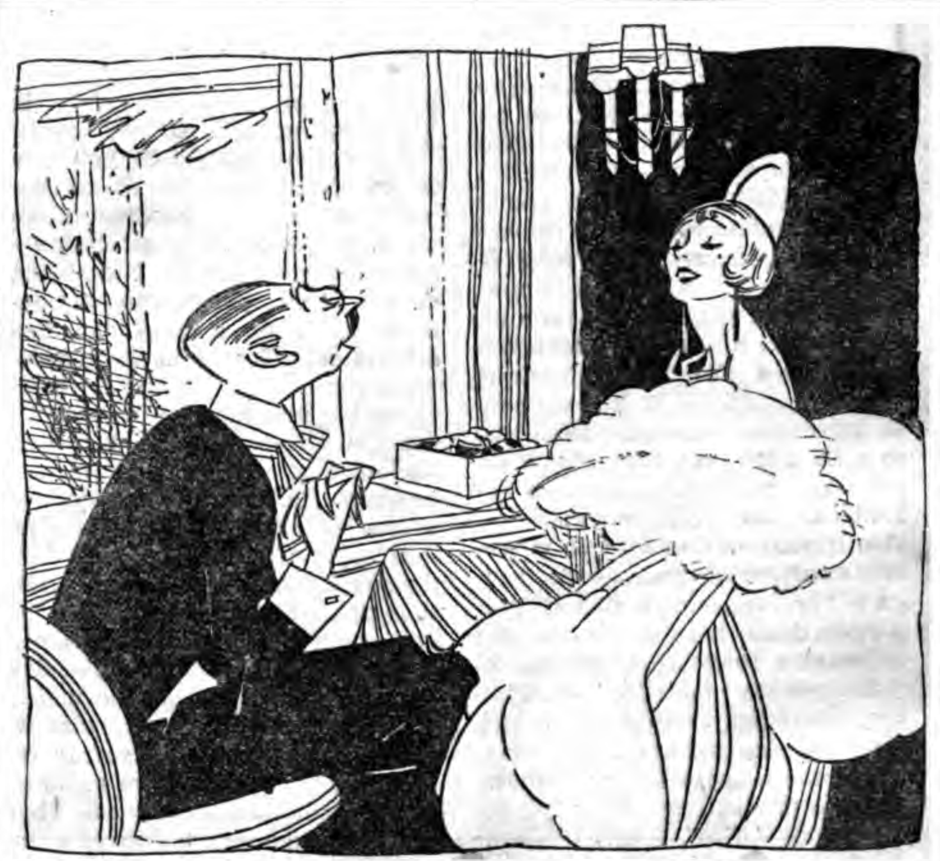
Siendo este encanto de hombre un profesional, que actúa con éxito desde la adolescencia, gozando, como ha gozado hasta la fecha, del amparo de las leyes y de la complacencia de las autoridades en general — en mayor grado que muchos industriales, más perseguidos y hostilizados que él, — parecerá lo natural que Totó pagara patente para ejercer su oficio. Pues no, señor: Totó no pagaba nada. Mucho peor que él, para su humilde empeño, se verá el hombre pobre que recoja unos higos de su higuera y salga a la calle con el propósito de venderlos; a éste sí que lo detiene la policía y lo lleva preso por no tener patente.

Totó, como centenares de sus semejantes, casi puede decirse que se ha formado en la policía. A ella le debe cuanto es, cuanto sabe y cuanto puede. Seguramente que desde niño lo condujeron "al colegio" donde los maestros del delito le infundieron sus conocimientos y la afición al crimen. Es probable que lo hayan encarcelado 40 ó 100 veces, dejándolo siempre casi de inmediato en libertad para que pusiera en práctica paulatina y metódicamente las nuevas enseñanzas que iba adquiriendo de la crápula con la que lo encerraban.

Totó tiene merecida fama. Es muy conocido por la policía, y cada vez que se cometía un delito de cierta magnitud, los detectives y los comisarios se preguntaban: ¿No será Totó?

Ahora parece que termina la carrera de este prodigio. La casualidad ha querido que se acabe. Y es porque le ha fallado algún detalle, a él que era tan previsor, que siempre procedía de manera que el negocio seguía adelante, sin mayores complicaciones y sin pagar multas, patentes ni impuestos de ninguna clase.

Los Totó son legión en este país. La policía, cuando se le antoja, da "una batida" y recoge centenares de ellos. Después los vuelve a poner en libertad. Ya mostramos una vez en Atlántida la extraordinaria similitud que existe entre nuestra policía y una señora chiflada que desde hace años se ocupa en cazar ratones con trampas inofensivas y muy perfectas en su funcionamiento. Después de tenerlos encerrados toda la noche y parte de la mañana, los pone en libertad. Los pícaros vuelven a hacer de las suyas y no tardan en caer en prisión nuevamente. Lo que sí que la señora no los identifica, ni tiene la lista completa de los nombres de cada uno, ni los alias.



—Si usted consiente a casarse conmigo haré un seguro de vida... y si yo muriese, se encontraría a cubierto de toda necesidad.
—Sí;... pero... ¿y si no se muere usted?

VIDA QUE PASA

EN el país de los Soviets — callejón sin salida, — las autoridades y las pe o- .s que piensan están, según dicen ellas, alarmadas y escandalizadas ante el incremento terrible de la delincuencia infantil. Millares de chicuelos en las grandes ciudades se han organizado en bandas de rateros. El gobierno, dice una de las autoridades, es impotente para resolver el problema.

Es impotente, porque el problema es enteramente de educación moral, y el gobierno de los Soviets no puede, sin grave abdicación de sus ideas, encararlo con los recursos de la moral tradicional, que zahirió y repudió. Alarmarse como se alarma es ya una abdicación. Luego de haber proclamado que la propiedad es un robo, resulta espinoso contrapelo proclamar que la propiedad debe ser respetada, así como resulta incongruente escandalizarse de que algunos acosados por la miseria o el vicio toman una parte de los bienes ajenos, pues esto no es sino un paso hacia el ideal de la comunidad d bienes. Pero, ¡bah!, todo eso no es lógico, pero es perfectamente natural en un nuevo y regenerador sistema social que ha aumentado, en vez de suprimirlas, la ocasión y la necesidad de robar.

* * *

LA discusión del presupuesto nacional, después de discutir de la manera más discutible si se le discutiría— no se trata de un destrabalenguas deliberado, sino de la impresión más fonográfica de la realidad,—es copia fiel de la discusión anterior: de todas las discusiones anteriores. Y al cabo de tanta discusión sale el presupuesto igualito al anterior, pero con un aumento: el mismo traje pero con más botones. Fatalmente tiene que ser así, porque si el presupuesto es defectuoso en su esqueleto, no se gana mucho con cauterizarle los granitos epidérmicos, que, en definitiva, no son cauterizados, sino irritados. Con esto no queremos expresar el deseo de que venga el "presupuesto científico" prometido desde hace años, sino que se opere a fondo en el actual. El "presupuesto científico" es temible: consistirá en imponer de golpe y porrazo maravillosas teorías económicas apoyadas en impuestos más productivos. Todo "presupuesto científico" es una teoría de los ingresos, pero no una teoría de los gastos. Y es justamente esta segunda parte la que se necesita estudiar y reformar, que, arreglada ésta, la otra es cuesta abajo y se arregla sola.

* * *

AQUELLA apolillada pretensión de determinadas legislaciones europeas en cuya virtud son súbditos europeos los hijos de extranjeros nacidos, por ejemplo, en la Argentina, ha sido discutida en el Comité de Codificación Internacional de Ginebra con una formalidad que sería una asombrosa impertinencia si no fuera más que el resultado de la diferencia de mentalidad europea y americana. Más de un millón de argentinos recibirán una sorpresa formidable al enterarse de que en algunos países de Europa les consideran súbditos de sus reyes. Ese millón de argentinos nunca se preocupará de discutir esa pretensión, porque nunca la toma en serio. No se preocupará tampoco de que no tengan mayor eficacia los argumentos — que aquí parecen ociosos — expuestos por el delegado argentino en aquel Comité de Codificación, pues está seguro de que cuando las razones no convencen, la realidad convencerá. Y la realidad ha de ser decepcionante para Europa.

* * *

ES una prueba de respeto a la dignidad política del continente la negativa del gobierno de los Estados Unidos de reconocer como autoridad legítima al general, o cosa así, que se ha adueñado del gobierno de Nicaragua, en una forma puramente asimilable al asalto de la diligencia. Esa actitud del gobierno norteamericano es consecuente de una fe sincera en las instituciones democráticas, que no son patrimonio de una nación, sino la obra solidaria del progreso liberal del mundo, de suerte que, dondequiera que sean heridas, la ofensa será sentida dondequiera que haya civismo. Imitada por otros gobiernos, según es perfecto derecho internacional, esa cesación de relaciones diplomáticas con los gobiernos anormales, acabaría con ellos sin necesidad de que los pueblos que los sufren recurran a la violencia para redimirse. Ningún gobierno puede vivir sin el aire del mundo. En el aislamiento se intoxica, como en ambiente confinado.

UNO de los mejores progresos del país ha sido el reciente ofrecimiento de un particular, que se dispone a costear en una estancia suya el veraneo de los niños del Patronato de la Infancia. Se lamenta a menudo que permanezcan inexplotadas tantas grandes riquezas naturales del país: sus riquezas morales no son utilizadas más que las otras. Y como el progreso del país no está hecho sólo con el fruto de los bosques y de las minas, sino también con el fruto de las almas, no extrañe que califiquemos a aquel generoso ofrecimiento como un renglón, todavía no sistematizado, de la producción nacional. Y siempre en los términos prácticos que prevalecen, no sería difícil demostrar que la salud y el bienestar de los niños son un gran negocio para el país y para los particulares; un gran negocio que dará a plazo fijo renta enorme de gente más sana, más trabajadora, más inteligente y más buena. Es lástima que no se practique en gran escala habiendo en el país tantas estancias inexplotadas en lo mejor que pueden producir: dicha para los niños.

* * *

POR qué se mira con *interés* desde el extranjero *el asunto* de la devolución de inmensas propiedades a los innumerables príncipes y principillos despedidos de los tronos y tronitos de Alemania? Porque se trata de una emboscada a la democracia naciente y de un desafío a la simpatía del mundo que la acompaña. La devolución de esa enorme suma de riqueza pondría en manos de los príncipes un instrumento poderoso para influir en un país económicamente angustiado y les daría, en resumidas cuentas, los agentes de venalidad para organizar la adquisición de los tronos perdidos. Esa riqueza no es un elemento económico, puesto que no se incorpora a las fuerzas productivas de la nación; pero es un elemento político. Y resulta engañoso asimilarla a la propiedad privada, pues la riqueza de los príncipes no ha sido adquirida por el trabajo, el arte, la industria o la inteligencia de sus pretensos dueños, sino por las exacciones impuestas al pueblo para sostener a las familias reinantes. Al pueblo, no a los príncipes, corresponde reclamar la devolución.

ENTRE TÚ Y YO Por D'Artagnan

Amistad

Llámame escéptico, si quieres, pero no creo en ella.

Para mí, sólo es un cambio de conveniencias, de egoísmos o de necesidades.

Y, ¡ay de la amistad si entra en juego la gratitud! Esta es una señora muy impertinente, muy pesada: quiere que la pongan en evidencia, se concede derechos que nadie ha pensado en otorgarle y cree que todo es poco para ella.

Así como el primer impulso de celos marca el punto en que empieza a declinar el amor, así el primer favor que otorgas o recibes indica que la amistad no es más que pura y simplemente interés y que esos favores se consideran algo así como "pagarés", sin fecha, pero con igual apremio cuando llega el caso de hacerlos efectivos.

Se dice a menudo: *amistad desinteresada*. ¡Gran error!... Si no se busca el dinero, se busca la comodidad, la diversión, la compañía, el confidente discreto, el mediador, el intérprete, el cómplice... Todo, menos el amigo. ¿Me diréis que ésto es un compendio de lo *otro*? Muy bien; pero entonces borremos las palabras *amigo* y *amistad* del diccionario. Habiendo las otras, están de más.



De la ausencia

De una hierba me han hablado
que cura males de ausencia.
No quiero hierbas ni flores,
que lo que quiero es que vuelvas.

* * *

Triste está mi corazón
y no sabe lo que tiene,
que está muy lejos de aquí
el que consolarlo puede.

* * *

Si rigores de la ausencia
tuvieran fuerza en tu pecho,
ni tú estuvieras sin mí,
ni yo estuviera con ellos.

Los comentarios del "Alacrán Club"

En el club se están realizando *a porta chiusa* sesiones de espiritismo con el imprescindible velador de tres patas, la penumbra, médiums, etc.

La otra noche quisieron hacer entrar en el saloncito donde se efectúan los experimentos a un socio recalcitrante que se negaba tenazmente a ello.

—Pero, Fulano — protestó el presidente; — ¿es posible que tenga usted miedo a los espíritus?

—¡Claro! — dijo en voz baja el prosecretario. — ¿Cómo no ha de temerlos si es tan poco espiritual?

* * *

Sus *planchas* son de las que hacen época. Desprovisto no de educación, sino de ese tacto indispensable para actuar en sociedad, se le llama el *representante diplomático de Andorra*.

Poco ha, fué invitado a un *díner* que un ex ministro ofrecía en honor de una personalidad extranjera, y tocóle estar sentado al lado de una dama cuyos encantos fueron, ¡ay!, muy grandes seis lustros atrás, pero que ahora sólo conserva ligeros vestigios de su famosa hermosura.

A pesar de ello, la dama no abdica y tiene sus pretensiones de flirt, coqueteos... y juventud.

—Tal vez — dijo *minaudant* al "ministro de Andorra" — hubiera usted preferido estar sentado al lado de una mujer joven y bonita.

—¡Qué esperanza, señora! — repuso el aludido. — Yo prefiero que me sienten al lado de personas respetables como usted; así puedo comer más a gusto, sin que me molesten con sus tonterías.

EL CRANEO DEL CRIMINAL

Por M. ADAMS

La mayor parte de los delincuentes que he conocido, podían ser tomados por clérigos, y la mayor parte de los detectives, por cocheros". Con estas palabras un hombre que ha estudiado durante muchos años a los delincuentes, resume la verdad de que el delito y los delincuentes no son lo que parecen.

Los periódicos nos han familiarizado con las facciones de muchos asesinos modernos y debemos convenir en que, por lo general, parecen personas benevolentes y casi piadosas. En cambio hay algunas caras que parecen llevar escrita la palabra "asesino".

Véase, por ejemplo, la cara y la cabeza del asesino Percy Lefroy. Nótese que la mandíbula inferior se retrae en la barba y se manifiesta maciza y pronunciada en los costados: generalmente un mal signo que denota animalidad



J. B. Rush.

Dos criminales famosos, Severino Klosowski (conocido con el nombre de Jorge Chapman) envenenador ejecutado en 1903 y el doctor Crippen, ejecutado en 1910, por haber asesinado a su esposa, hubieran pasado por personas normales e inocentes a no ser por la forma y la prominencia de sus orejas.

En las facciones de otros criminales se encuentran reunidas varias anormalidades típicas. Es el caso de J. B. Rush, granjero de Norfolk que asesinó a un señor Jeremy y al hijo de éste en 1848. Nótese la pesada mandíbula inferior, los labios gruesos y la grosera línea de la boca, desprovista de sensibilidad, y, en particular la gran distancia entre los pómulos, así como el ancho excesivo de la cabeza entre las orejas, la nariz ancha, los fríos ojos azules. Semejante combinación de rasgos de mal significado rara vez se encuentra en un rostro.

En muchos respectos, la cara del envenenador William Palmer se parece a la de Rush. Obsérvese el gran desarrollo de la cara entre las orejas, y el ancho entre los pómulos. Vemos también en él la mandíbula inferior anormal y una curiosa boca de labios en mohín.

Manning, que mató a un amigo y ocultó su cuerpo debajo de la piedra de la chimenea, tenía también la mandíbula inferior excesivamente maciza; su boca era una simple hendedura, de labios muy delgados, apretados y sin color: por lo común, indicio de crueldad. En él también aparecían las orejas mal formadas y la cabeza muy ancha entre las orejas. Esta última característica se encuentra en tantos criminales que es el caso de preguntarse si no es un elemento de clasificación decisivo como indicio de tendencias criminales.

Al ver que monstruos como Rush, Palmer, Manning, Troppman y tantos otros presentan la base del cráneo anormalmente ancha, pregunto al frenólogo qué es lo que indica esa excesiva anchura de la base del cráneo entre las orejas. Y me contesta que ante todo observe que en el reino animal casi todos los animales de cabeza ancha son carnívoros y malignos y que la mayoría de los animales de cabeza estrecha son pacíficos e inofensivos. Entre los primeros me cita el gato, el tigre, el bulldog, el zorro, la rata, el cocodrilo, el tiburón; entre los últimos, el conejo, el galgo, el caballo. Entre los seres humanos, — continúa el frenólogo — ocurre lo mismo. La cabeza ancha indica fuerza física, tenacidad de vida, gran energía y el deseo de hacer cosas. Cuando hay desarrollo excesivo en esa región del cerebro se tiene demasiada fuerza física, demasiada energía o bien, lo que se puede llamar los elementos de la naturaleza humana salvajes, destructores y carnívoros.

Según la frenología, en esa región están situadas las facultades de la alimentación, de la adquisitividad, de la destrucción, de la secretividad, de la combatividad y de la pasión amatoria.

La facultad de la alimentación en exceso, es la gula; la adquisitividad en exceso lleva al robo; la destrucción en exceso da



Percy Lefroy

la brutalidad y el asesinato; la secretividad lleva a la astucia y la disimulación del envenenador; la combatividad para en la disposición para la pelea y la posición amatoria en exceso es la fuente de todos los crímenes sexuales.

Cierto frenólogo llamaba a esa parte del cráneo "la zona tórrida" y la dividía en tres partes: a la superior llamábala cielo, a la intermedia, tierra, y a la inferior, infierno, o, en el mismo orden, las partes divina, humana y animal. Sería un error aceptar esa llamativa clasificación, pero creo que, efectivamente, la forma de esa parte del cráneo ofrece más de una clave para el carácter. Alguna razón hay para que la cabeza de un monstruo como Rodrigo Borgia (el papa Alejandro VI) haya sido de forma enteramente diferente de la de Gladstone, por ejemplo, o de la de Oberlín, el gran filántropo alsaciano. Obsérvese en la cabeza de Rodrigo Borgia el enorme desarrollo de lo que hemos llamado "la zona tórrida". Nótese el notable abultamiento de la parte posterior de la cabeza en los sitios señalados como correspondientes en el cerebro a la sede de las facultades de pasión amatoria, destrucción, amor paterno y alimentación, y necesariamente se llegará a creer en una relación entre esas características físicas y el carácter de ese hombre, grosero, sensualista, envenenador, pervertido moral, y tan poseído de "amor paterno" que los casamientos, las dotes y la posición de sus hijos constituyó una pre-



William Palmer.

ocupación tan grande que para realizar sus propósitos en favor de sus hijos no vaciló ante el crimen.

El gran desarrollo y aun el desarrollo excesivo de las facultades malignas ya mencionadas no implica necesariamente que quien las posea tenga tendencias criminales. Importa recordar que otras facultades superiores pueden estar igualmente muy desarrolladas y por consiguiente ser suficientes para neutralizar y aun encauzar para actividades útiles las facultades de la "zona tórrida". El crimen es resultado de energía pervertida, pero energía al fin y bien pudiera ocurrir que bajo la presión de determinadas circunstancias externas esa energía se someta al servicio de un fin benéfico.

Estrictamente hablando, no creo que exista un tipo de criminal. Es evidente que todos los criminales no tienen la misma forma craneana. Cierto que existe en gran número de delincuentes un desarrollo anormal de ciertas partes del cerebro, y que la amplitud y la actividad de un grupo de facultades con una correspondiente restricción y un estado inactivo de facultades superiores puede constituir la diferencia entre un hombre honrado y un delincuente. Si esas facultades dan origen a determinada forma del cráneo, como lo afirma el frenólogo, es cosa que prefiero dejar librada a la opinión del lector, reconociendo, sin embargo, que es muy probable.

ESPAÑA

DESPUÉS que España fué la primera entre las naciones, atravesó el inevitable período de depresión. Todo en la vida está sujeto al ritmo de exaltación y abatimiento, flujo y reflujo, apogeo y decadencia. Los planetas se acercan y se alejan del Sol. La naturaleza pasa de la pompa estival a la somnolencia del invierno. Los individuos, como las naciones, tienen períodos de actividad y de reposo, no sólo durante el término de un día, sino en el año y en ciclos más prolongados. La tierra misma necesita descansar, produce menos o nada en ciertos términos, a plazos regulares, a lo cual alude el sueño de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas que refirió José al Faraón.

Lo inefable de la poesía y de la música está en la honda imitación que entrañan, con la cadenciosa sucesión de cláusulas y pausas, de la rítmica armonía que rige el Universo, donde todo en absoluto, espíritu y sustancia, se mueve y cambia en movimiento circular idéntico al de los astros.

La gigantesca España, después de su perihelio espiritual, entró al ciclo de reposo, cuando Inglaterra empuñaba con su recia mano el cetro del mundo.

Y la ignorancia, sin comprender que nada elude la suprema ley a que está sujeto todo, creyó que España había muerto, o poco menos, en cuanto tiene de inmenso y de maravilloso.

Pero ahora iníciase para la madre patria nuevo período de actividad. Ha pasado su "invierno". El viejo tronco comienza a retoñar. El mundo mira hacia ella y ve con asombro íntegros los prodigiosos valores. Brotan, finalmente, al conjuro del tiempo, nada más, el heroísmo que asombra, la abnegación sin límites, la energía incontenible, todos aquellos raudales de fe, de espiritualismo y de hidalguía, que fueron sangre y espíritu del orbe.

¡Bendita seas, España!

Franco es nada más que la primera golondrina que anuncia la primavera que ya vuelve. Ya vuelve, sí, para la raza personificada en Don Quijote, petrificada en apariencia como él en sus monumentos, petrificada y muerta como esos enormes troncos que en la quietud funeraria y en la soledad y en el olvido se rehacen y se aprestan para ser cumbre de la selva donde todas las magnificencias y esplendores se levantan como una ofrenda al cielo.

Constancio C. Vigil

EL HUESPED

Por KENNETH DYER



Malcolm Steynes era un caballero que se especializaba en piedras preciosas. Las tomaba de las personas, cuando se presentaba la oportunidad, en forma de alfileres de corbata; pero como esos artículos de adorno son poco usados en estos días, su principal interés se dirigía a las cajas de hierro particulares. Se las entendía con ellas haciendo uso de fina habilidad. En el asunto de los diamantes de Starforth, por ejemplo, era indispensable que se encontrara en términos de familiaridad con la caja de hierro del dueño de la casa donde Steynes pasaba unos días como huésped. Una cerradura de combinación es ciertamente un problema, pero una hora a solas en la biblioteca donde se hallaba la caja bastó para su propósito. Su método era sencillo pero eficaz: retiraba el disco de la cerradura, le aplicaba detrás otro disco de papel delgado y volvía a colocarlo en su sitio. Realizó con éxito esta parte de la operación. A la mañana siguiente sir Oliverio Starforth abrió su caja de hierro, y esa noche su "huésped" retiró el pedazo de papel y luego de un cuidadoso examen de las señales dejadas en él por el funcionamiento del mecanismo de la cerradura conocía la combinación tan bien como sir Oliverio mismo.

Transcurrieron algunos días antes de que el Hado decretara que Starforth y su secretario particular se trasladaran a Londres, requeridos por asuntos urgentes, y dejaran a Malcolm Steynes solo en la casa, con los criados.

A las diez de esa noche se hizo muy simpático a esos criados, obsequiándoles, por intermedio del mayordomo, con tres botellas de fuerte bebida alcohólica, en la que había introducido una dosis adecuada de un narcótico sin gusto alguno, pero notablemente eficaz. A las once y cuarto el mayordomo entró en la biblioteca con paso inseguro y dijo de una manera muy poco apropiada con su acostumbrada dignidad:

—Disculpe, señor... dis... dis... culpe... pero... ¿me... me... necesita?

—No, Baines, no. Váyase a acostar cuando quiera.

El mayordomo se inclinó gravemente, actitud que le obligó a aferrarse de pronto al brazo de un sillón.

—Gracias, señor... Usted sí... que... que es un caballero... — y prosiguió con animada locuacidad: — ¡Me acordaré de su generosidad por mucho tiempo... sí... para siempre! Gracias a usted he pasado unos momentos muy agradables... muy agradables... No conozco momentos más agradables en mi largo servicio como ma... ma... mayordomo... Gracias... gracias...

Malcolm Steynes se inclinó hacia adelante, y preguntó con interés:

—¿Y los criados?

Baines hizo un ademán exagerado:

—¡Oh!... todos... todos... muy agradables momentos... pero lamento... siento mucho... decir que se han ido a acostar en un estado... chocante de... de... ¡borracho!

Y bajó la cabeza.

—Usted está cansado, Baines.

—¡Oh! Sí... Yo... — y bostezó desmesuradamente. — ¡Oh, disculpe!... Todos borrachos... feo... feo... Con su permiso, señor... yo...

—Sí; vaya. Buenas noches, Baines.

—Gracias, señor; lo mismo a usted. Buenas noches. Lindos momentos... este... digo... chocante...

La puerta se cerró.

Malcolm Steynes se quitó de un golpecito con la uña un poco de ceniza del cigarro que manchaba la solapa de su correcto traje de etiqueta, dirigió una mirada sesgada a la caja de hierro, sacó del bolsillo un círculo de papel blanco y comenzó a examinarlo con suma atención. Al abrirse la puerta un instante después, apenas alzó la cabeza para preguntar:

—¿Qué hay, Baines?

—Discúlpeme otra vez, señor... Espero que no mencionará estas desagradables cosas de los criados a...

—Vaya tranquilo, Baines. No diré nada a sir Oliverio. Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias.

Una vez solo de nuevo, el huésped volvió a guardar el círculo de papel en su bolsillo, eligió un volumen de Poe en la bien provista estantería, y volvió a su asiento.

Sólo cuando el reloj colocado en la chimenea dió las doce dejó a un lado el libro y salió de la biblioteca. Recorrió de puntillas el corredor y cerró con cerrojo la puerta del extremo de éste. La puerta conducía a las habitaciones de los criados. Lo mejor era no dejar nada librado al azar.

De nuevo en la biblioteca dedicó su atención a la caja de hierro. Mirando de vez en cuando el círculo de papel colocado en una silla a su lado, trabajó pacientemente. Cuando la puerta de la caja se abrió, murmuró para sí: — ¡Facilísimo!

En seguida sus procedimientos fueron deliberados. Con auxilio de la ganzúa, las dos gavetas de la caja de hierro no le dieron mayor trabajo. En una de esas gavetas se hallaban los diamantes de Starforth.

Registró primero la de la izquierda. No había muchas cosas: un paquete de cartas, uno o dos pasaportes viejos y algunos documentos oficiales, atados, como correspondía a su carácter, con cinta roja. Se disponía a volver a colocar en su sitio esos objetos cuando advirtió un ruido. Era muy débil, intencionalmente débil, pero inequívoco: ruido de pasos en el camino enarenado cerca de la ventana. Miró hacia las pesadas colgaduras que cubrían la ventana y esperó. En el primer momento supuso que sir Oliverio había regresado inesperadamente, teoría que pronto descartó considerando que el dueño de casa no se entretendría en rondar al pie de las ventanas antes de entrar en la casa. Tal vez un policía en su ronda nocturna. Esta idea le infundió una curiosa sensación de cosquilleo en la nuca. Pero esta vez también se tranquilizó pronto, pues al fin y al cabo era un huésped. Se acercaría al cortinado que, por previa observación sabía que no dejaba pasar la menor luz al exterior, lo apartaría y diría:

—¡Hola, agente! Dando una ojeada, ¿eh?

Resuelto a ejecutar esta admirable idea, había llegado hasta el centro de la habitación, cuando se detuvo, pálido de asombro. Acababa de oir otro ruido que en razón de su profesión le era familiar: un diamante cortando el vidrio.

Luego siguió otro sonido sordo. Malcolm Steynes sonrió, aun con cierta incredulidad. Aplicaban un trozo de pasta adhesiva a la parte del vidrio cortada por el diamante; una pausa y en seguida el breve re miento del pedazo de vidrio arrancado mano, introducida por la abertura, t ba buscando el cerrojo de la ventana hoja de ésta fué corrida hacia a un momento de silencio total, y un sordo seguido de un juramento aho sin duda el intruso se había dado un zazo en la ventana.

La mano derecha de Malcolm Stey introdujo en un bolsillo del pantalón apareció empuñando algo. El cortina apartó.

—¡Infierno! — dijo el intruso.

—No — replicó el "huésped", — plemente la biblioteca de la casa de si verio Starforth.

El mal vestido intruso, hizo un movi tot como para retirarse, pero desis notar la pistola automática en la ma otro.

Durante un momento los dos homb miraron en silencio. Malcolm Steyn el primero en hablar.

—Yo, en su caso, hubiera corrido ot el cortinado. — El intruso obedeció, se cuenta de la sensatez de la observa Y permítame que le diga que me pare hora demasiado tardía para visitas, ¿eh?...

—Me llamo Stubbs, y si quiere saber más, sepa que he venido por los diamantes de Starforth y por lo que se presente...

—Pero al parecer no tendrá suerte...

—Lo veremos.

Dió un paso, como desafiando, pero se detuvo bruscamente, no a causa del caño de la pistola que le apuntaba, sino porque acababa de ver la caja de hierro abierta y los papeles diseminados en el suelo. Gradualmente, pues el cerebro era su parte menos ágil, unió esa circunstancia con la otra no menos extraña de un individuo elegante con una pistola automática en la mano. En Londres la gente no usa armas sino mediando una causa especial. De pronto, pareció percibir la explicación y sonrió:

—¡Ah! ¿Conque éste era su juego?

Y seguía sonriendo complacido y burlón. Pero Malcolm Steynes, frunciendo el ceño, dijo:

—¿Qué juego, señor Stubbs?

—Me parece, compañero, que los dos estamos aquí por la misma cosa. No me equivoco, ¿eh?

—No se equivoca — replicó Malcolm Steynes, moviendo a uno y otro lado, como distraído, la automática.

—Pero los dos no podemos conseguirla, ¿eh?

—No.

Y así diciendo Malcolm se aproximó a una mesita, colocada cerca de la ventana. Sobre ella había un teléfono.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer? — exclamó Stubbs desconcertado.

—Telefonearé al puesto de policía para avisar que hay aquí un ladrón, que abrió la caja de hierro antes de que yo entrara en la habitación.

—¡Usted!...

Y el ladrón agregó una palabrota, pero Malcolm Steynes, que la había oído a menudo, no hizo mayor caso y prosiguió:

—Pero como usted y yo somos de la misma... profesión, señor Stubbs, le dejaré escapar...

Stubbs se rascó la cabeza.

—¿Sabe que es usted un tipo curioso?— dijo. — ¿Qué diablos va a hacer? ¿Cómo robará los diamantes si llama a la policía?

—Los sacaré de la caja de hierro inmediatamente después que usted se vaya y diré a la policía que usted se los ha llevado. Muy sencillo, ¿eh?

—Sí, muy sencillo; pero supóngase que yo avise primero a la policía y le diga que en la casa hay un ladrón al que he visto abrir la caja de hierro, mientras yo pasaba por la calle.

—¿Desde la calle? — dijo Malcolm Steynes hojeando la guía telefónica. — ¿Con esos árboles y este cortinado?

A esto el señor Stubbs nada repuso, porque comprendió que nada había que decir.

—Buenas noches, señor Stubbs. Me alegro de haberlo conocido.

Stubbs dirigió unas miradas a su alrededor y advirtió que la llave de la luz eléctrica estaba a menos de un metro de él. Como distraídamente, dió un paso acercándose a ella. Malcolm Steynes continuaba hojeando la guía. Había encontrado el número y se disponía a alzar el receptor cuando la mano de Stubbs se movió lentamente hacia la pared.

—Baje la mano. Apártese de la llave de la luz — ordenó Malcolm Steynes, y prosiguió hablando por teléfono. — Cheynham, seis cinco. No... no... seis... cinco... Sí; eso es. — Una pausa, y luego: — ¡Hola! ¿Con la policía? Bien. Hablo desde la casa de sir Oliverio Starforth. Hay un ladrón aquí. No, no. Soy un huésped. Sí, en esta misma habitación, en la biblioteca. Sí; lo tengo dominado con el revólver. ¿Qué? ¿Diez minutos? Sí; creo que podré. ¡En seguida!

Malcolm Steynes colgó el receptor telefónico y miró significativamente a Stubbs:

—Ya sabe: diez minutos.

Stubbs vaciló un instante, hizo una mueca, y pasó detrás de las cortinas. Desde la biblioteca se oyó sus pasos alejándose. Cuando todo quedó de nuevo en silencio, Malcolm Steynes se aproximó a la caja de hierro. Una breve búsqueda en la gaveta de la derecha y los diamantes de Starforth quedaron en su poder.

Los deslizó en un bolsillo secreto de su chaleco y sonrió satisfecho. Inmediatamente procedió a desordenarse la ropa, se deshizo la corbata, se arrancó la mitad del cuello, se alborotó los cabellos, y se sentó en un sillón, luego de dejar en el suelo la pistola automática.

En ese estado lo encontró el caballero que apareció instantes después, vestido con el uniforme obscuro que distingue al oficial de policía.

—¿Se escapó, señor?

—No... creo que no... — replicó Malcolm Steynes. — Debe estar oculto ahí...

El inspector frunció el ceño y miró hacia la caja de hierro.

—¿Se apoderó de los diamantes?

—No sé... El animal se abalanzó y me pegó aquí.

Y Malcolm Steynes se tocó el vulnerable punto del cuerpo conocido con el nombre de plexus solar.

El inspector murmuró un "¡hum!" y se quedó pensativo un instante. Malcolm preguntó como al azar:

—¿Vino solo, inspector?

—No, señor. He dejado un hombre afuera para que vigile.

—¿Para que vigile qué?

—¡Oh, uno nunca sabe lo que puede ocurrir!... — dijo el inspector. — Y ahora, si no le molesta, hágame el favor de ver el interior de esa caja de hierro.

—Me parece que esa es tarea suya — exclamó Malcolm Steynes sorprendido.

—Tengo una razón especial para pedirle que lo haga usted, señor.

—Bien; en ese caso, le complaceré.

Mientras se hallaba arrodillado delante de la caja de hierro, el inspector hizo dos cosas muy quedamente: levantó del suelo la pistola automática y apartó el cortinado unas pocas pulgadas. Entonces penetró en la biblioteca el agente que el inspector había dejado de guardia afuera, y cuando Malcolm Steynes alzó la mirada fué para ver una pistola automática que le apuntaba.



—¡Qué diablos!... — comenzó a decir, pero le interrumpió la frase el agente, a quien no había visto, tomándole por el cuello, de atrás, y antes de que Malcolm Steynes se diera cuenta de lo que ocurría, le ataban fuertemente las manos con una cuerda.

Terminada esta tarea el agente se echó atrás el casco y permitió al ladrón elegante que le viera la cara. Y al ver esa cara, Malcolm Steynes no pudo decir nada: no se le ocurrió nada bastante fuerte para expresar su impresión.

—Había dejado a mi compañero Bill afuera mientras yo trabajaba aquí, hace un momento — dijo el "agente" señor Stubbs, riendo burlonamente. — ¿Qué me dices de esos vigilantes, Bill? — Y, volviéndose a Malcolm Steynes: — Los encontramos en un callejón desierto cuando venían para aquí.

—Y les pegamos de atrás — agregó Bill.

—Y los maniatamos y amordazamos.

—Y les quitamos los uniformes — prosiguió Bill.

—Bien; ahora veamos esos diamantes que sacó usted de la caja de hierro — dijo Stubbs.

—Eso es: ¿dónde están?

Un breve registro les permitió encontrarlos. Se pusieron a contemplarlos.

—¡Magníficos! ¿Eh, Bill?

—Tenemos para dejar de trabajar un buen rato.

—Bien; pero ¿qué hacemos aquí? ¿Nos vamos?

—¿Y ese? — preguntó Bill señalando a Malcolm Steynes.

—¡Oh! Le pondremos algo en la boca, y lo dejaremos. Guárdate su arma, Bill — contestó Stubbs con aire despreocupado.

Se disponían a realizar su idea cuando una de las puertas corredizas situadas detrás de una estantería baja comenzó a deslizarse lentamente.

Stubbs se quedó inmóvil.

—¿Qué es eso? — murmuró en voz baja.

Instintivamente los dos miraron hacia la ventana cubierta por el cortinado.

—No; viene de... ¡Oh!

De lo alto de la estantería un revólver de ordenanza apuntaba a los tres. Los dos ladrones se quedaron mirándolo estúpidamente, pero Malcolm Steynes, al ver la cara detrás del arma, murmuró desconcertado:

—¡Baines!

El hombre llamado Baines se adelantó hasta el centro de la habitación.

—Baines, no — dijo tranquilamente. — Soy el detective inspector Hale. Hace rato que tenemos los ojos puestos en usted, señor Malcolm Steynes. Y ahora — continuó el detective con voz imperiosa, — sírvanse entregarme esa pistola automática y los diamantes de Starforth.

Y una vez en sus manos esas cosas, se aproximó al teléfono, siempre amenazando a los tres hombres con el arma, y llamó:

—Cheynham, seis cinco...

UN MONSTRUO DEL RIO ORANGE

Mr. C. C. Cornell, miembro de la Real Sociedad Geográfica de Inglaterra, que pasó veinte años viajando por las más desconocidas regiones de Africa, relata el encuentro que tuvo en el río Orange, Africa austral, con un terrible monstruo cuyo cuello sobresalía de la superficie del río tres metros.

"Varias veces — dice Mr. Cornell, — en los cinco o seis largos viajes que había hecho más abajo de las grandes cataratas, había oído hablar a los indígenas de un monstruo gigantesco que vivía bajo el agua.

Estaban horrorizados, no sólo por sus enormes dimensiones y su fea y colosal cabeza, sino porque cuando su ganado se acercaba a la orilla, el feroz monstruo alargaba su largo cuello, apresaba una res y se la llevaba al fondo de la corriente. De padres a hijos se transmitían noticias sobre la existencia de dicho monstruo, por lo que suponían que debía tener cientos de años. Los hotentotes le llaman el Kyman, o sea "la gran cosa".

El lugar en donde más veces se le veía, y que debía ser su guarida, era en la Peña del Kyman, roca enorme que en medio del río se eleva en abruptos cantiles, cerca de la confluencia del Oub, o río del Gran Pez, con el río Orange.

Hace pocos meses decidí visitar el lugar, y en mi expedición me acompañaron dos blancos de la Ciudad del Cabo y tres hotentotes.

Después de haber arrojado varios cartuchos de dinamita contra la roca y en vista de que no aparecía monstruo alguno, nos tumbamos a descansar a la sombra de unos árboles de la orilla. El calor y el cansancio hicieron que pronto nos quedásemos dormidos; pero no había pasado mucho tiempo cuando fuí despertado por la gritería de los indios, que venían corriendo, gritando: "¡Kyman! ¡Kyman!"

A nuestro lado llegaron aterrorizados, temblorosos.

Al incorporarme vi algo espantoso, enorme, negro; algo que sobresalía del agua como sinuoso tronco de árbol que nadaba veloz remontando los rápidos.

Se me ocurrió que podía ser una serpiente pitón; pero era tan enorme que no creo posible existan serpientes de ese tamaño.

Es muy probable que, como dicen los negros, aquel deforme y gigantesco animal tenga cientos de años.

Algunas serpientes viven siglos, y para tener el descomunal tamaño del monstruo que vi eran necesarios cientos de años".

Casos y cosas

Me escribe mi novio desde París y me llama la mujer más bonita del mundo.

—¿No les dirá lo mismo a las francesas?

—¡Imposible! El pobre no habla una palabra de francés.

* * *

En el tren:

Un viajero, dirigiéndose al de enfrente:

—Me parece, señor, que sería prudente cerrar esa ventanilla. Hay corriente de aire y puede ser muy peligrosa para su mamá política.

El aludido, con una sonrisa cruel:

—Ya lo sé.

El hombre artificial

El conde de Luci, que había perdido en la guerra varios miembros, tomó por ayuda de cámara un mocetón tan inocente como servicial.

La primera noche se disponía a ayudar a desnudarse a su amo, cuando éste le ordenó que le quitase la peluca, sin que al criado sorprendiese el ver al conde con una cabeza tan tersa como una bola de billar.

—Pon las manos — dijo nuevamente el señor — y al obedecer el criado, inclinó aquél su cara, dejando caer un reluciente ojo de cristal.

—Límpialo y ponlo en aquel vaso — repuso el conde.

A poco entregaba a su sirviente la dentadura postiza.

El pobre mucamo empezaba ya a asustarse, pero al oir:

—Tira de ese brazo, y quedarse entre sus manos un brazo postizo, su asombro fué mucho mayor.

—Tira de esta pierna — gruñó el conde. — Y con dicho miembro ocurrió lo mismo que con el brazo.

El criado dirigía asustadizas miradas a su alrededor, y un temblor convulsivo sacudía su cuerpo.

Al notar esto el conde, quiso bromear un poco, e inclinándose ante su mucamo, le ordenó:

—Ahora, tira de la cabeza.

El criado debe estar corriendo todavía.

Preocupación de un atorrante

Dónde podré encontrar cinco centavos para comprar un carretel de hilo y coserme el bolsillo del pantalón en el que guardaré la plata que gane en la lotería cuando me encuentre cinco pesos?

LA PEONA

Por JAVIER DE VIANA

Era un 25 de mayo, la cosecha había sido buena, las autoridades no habían cometido muchas barbaridades, y el resplandor de la gloria patria coincidía con el de un sol glorioso.

La calle principal estaba radiosa, festoneada con arcos de madera y alambre, pintados de blanco y azul y adornados con gallardetes y guirnaldas tejidas con ramas de sauce y hojas de palma.

La Municipalidad, deseosa de desmentir con hechos la afirmación calumniosa del periódico oposicionista de que no hacía nada en pro de la comuna, organizó, mediante una subscripción popular, los festejos. que consistirían en corrida de sortijas, fuegos artificiales y baile en el salón de la intendencia, con entrada libre para todos los mozos que contribuyeran con diez pesos para el ambigú, fueran o no situacionistas.

Sobre la acera frente a la Municipalidad se había construído una gradería, desde donde las más distinguidas familias del pueblo contemplarían las carreras de sortijas en la tarde y la quema de los fuegos en la noche.

Entre esas familias privilegiadas, hallábase, en primera fila, la de don Cayetano Gambibella, ex colono y en la actualidad dueño de treinta mil hectáreas de campo, dos almacenes y otros items.

Don Cayetano estaba, ese día, con su esposa, con sus seis hijas y con la sirvienta Balbina, quien tuvo la ligada porque el niño Genaro, el Benjamín, no quería ir a ninguna parte sin Balbina.

Balbina era una chica vejancona, que debía estar ensillando los cuarenta.

El cuerpo era recio todavía; ñandubaydescas las piernas y los muslos y los brazos; pero ya floja de senos, ajado el rostro, descoloridos los labios, que debieron ser brasas, y amortiguado el brillo cálido de sus enormes ojos negros, guardados por la espesa cerca de las cejas y por la doble hilera de largas y renegridas pestañas.

Sin embargo, con su pollera y su bata de merino negro, muy ajustadas, con su delantal blanco y con su casco de cabellos retintos, que hacía resaltar la frente estrecha y recta, Balbina aparecía aún como una moza garrida, capaz aun de despertar codicias.

Bajo el ardor del sol comenzó el sport gaucho. Los mozos del pueblo, vistiendo chiripás bordados, calzoncillos cribados, grandes y llamativas golillas, botas de potro y espuelas de plata — caricaturas gauchescas, — se aprestaban, caballeros en lustrosos pingos cuidados a galpón, y lujosamente aperados, a hacer proezas para deslumbrar a las muchachas que los observaban desde la gradería oficial — "fragante y policromado búcaro", según la frase del cronista social de la localidad.

Formando contraste en el grupo lucido de los disputadores del anillo glorioso, veíase un gauchito — gaucho de verdad, — modestamente vestido con bombacha negra, botas de becerro y espuelas de acero.

Montaba un rosillo, bien cuidado, pero "animal de campo".

El apero era sencillo: "pura guasca",

A pesar de eso, Apolinario Fagundez, el gauchito modesto, atraía todas las miradas femeninas. Era un lindo tipo de criollo, alto, esbelto, de rostro hermoso y varonil. Pertenecía a una de las mejores familias de la comarca, arruinada en las luchas políticas de la provincia. Siendo muy joven quedó huérfano y en la indigencia. Muy muchacho entró de peón de los Gambibella, y después de un tiempo se permitió cortejar a Jerónima, la mayor de las hijas del patrón. Ante su proposición, ella lanzó una carcajada y llamó:

—¡Mama!, ¡mama!... Venga de aquí para ver al "pion" Apolinario que me hace l'amor!...

Y riendo, con risa despreciativa, y mala, se alejó dejando al gauchito enrojecido por la ofensa. A la hora de la cena se le llamó en vano; había desaparecido. Don Cayetano cortó todo comentario, diciendo:



—No se aflican. Lo gaucho son come lo perro; siempre encuentran que cumer!...

—Y ademá — agregó la señora, — sa pasan tre día sin cumer, propiamente que lo peros...

—¡Eh! Lus aracanes no precisan mucha cumida.

En tanto Apolinario estaba sentado sobre las raíces de un ombú, detrás del gallinero, fumando cigarrillo tras cigarrillo y entregado a amargas meditaciones. No sufría por el rechazo de "la gringa", para quien no sentía mayor cariño, pero sí por la insolencia del rechazo, que hirió cruelmente su orgullo de nativo.

Luchaba entre el propósito de irse de aquella casa y el deseo de vengar la ofensa; y abstraído en sus cavilosidades, sólo advirtió la presencia de Balbina, la piona, cuando ésta le dijo con voz emocionada:

—Tome.

—¿Qu'es eso?

—Un pedazo de asao.

—Gracias, no apetesco — dijo.

Y ella, casi lagrimeando:

—Yo mesma le elegí la mejor presa...

Apolinario aceptó. Cortó un bocado que mascó con dificultad, y luego preguntó:

—¿Y por qué se ha molestao?

—Porque... porque...

Y como él insistiera, ella rompió a llorar y dijo con rabia:

—¡Porque lo quiero, yo!...

Al otro día, Apolinario abandonó la estancia. Desapareció del pago. En muchos años, nadie tuvo noticias suyas. Cuando volvió fué para comprar uno de los mejores campos del departamento y poblarlo de haciendo flor. Era rico y nadie se preocupó de averiguar cómo había conquistado la fortuna.

* * *

La murga municipal rompió en una marcha tan briosa como desafinada, y con ella dió comienzo la carrera.

Escaramucearon los gauchos puebleros, fueron desfilando en rápida carrera sin conseguir ninguno ensartar la codiciada anilla. Llególe el turno a Apolinario. "Armó" éste su rosillito peludo, que al sentir el roce de la espuela partió como una bala, envolviéndose y envolviendo al jinete en nube de polvo. A pocos pasos más allá del arco, el gauchito lo sentó de garrones; y cuando la muchedumbre lo vió regresar al tranco, y advirtió que Apolinario llevaba el brazo derecho levantado, sosteniendo el palillo con la sortija conquistada, la ovación fué estruendosa.

Apolinario avanzó lentamente hasta el palco oficial. Al llegar allí desmontó y puso la sortija en manos del presidente, quien le entregó el estuche con el anillo de oro y brillantes que constituía el primer premio.

Hubo unos minutos de silencio absoluto. ¿A quién destinaría la prenda, vale decir, a quién ofrecería su corazón?...

Con paso firme, el gaucho se dirigió al sitio ocupado por la familia Gambibella. A pesar de su aplomo, Jerónima empalideció de emoción. Hacía tiempo que había dejado de ser una niña y, a pesar de su fortuna, ya no estaba en edad de elegir. El "peón" cruelmente desdeñado la amaba aún; y ya no era "peón" y seguía siendo un gallardo mancebo.

Apolinario se detuvo junto a la familia de su antiguo patrón y encarándose con Balbina le tendió el estuche, diciéndole ante la indignada sorpresa de las Gambibella:

—Tomá.

—¿Pa mí? — exclamó ella, empurpurada y sin atreverse a tomar el obsequio.

—Pa vos — repitió el gaucho; y mirando fijamente a Jerónima, agregó:

—Pa vos, un pion no se debe casar sino con una piona. El pedazo de asao que me trajistes aquella noche en que me llamaron perro, se convirtió en un rodeo de muchos miles de vacas. El cariño que me demostrastes esa noche, lo puse a interés y aura es una fortuna. Tuito es tuyo... o tuito es nuestro, porque yo digo como vos dijistes aquella noche:

—"¡Porque te quiero, yo"!...

¡TIPPERARY!

¡Ciudad ideal hacia la que marchamos!
¡Siquiera exista en nuestro corazón!

A consecuencia de las multas aplicadas a los automovilistas por conducir los coches a excesiva velocidad, la Municipalidad de Lausanne ha conseguido que en los últimos meses no haya habido ningún accidente de automóvil.

* * *

En Tipperary, la ciudad ideal, los procedimientos judiciales son expeditivos. La casi totalidad de los pleitos terminan en tres días. Los juicios son verbales. En el primer día se oyen las partes; en el segundo se abre el juicio a prueba; en el tercero el tribunal pronuncia la sentencia.

* *

En todas las ciudades danesas hay una caja para auxiliar a los obreros que se quedan sin trabajo. Esto podría dar motivo a que muchos holgazanes perdiesen su empleo por gusto; pero la caridad oficial de Dinamarca no se contenta con dar una limosna al pobre, sino que se ocupa también en proporcionarle tarea. Si un pobre lo es porque quiere, se le obliga a trabajar por cierto tiempo en un taller correccional. La comida tiene que ganársela trabajando en el taller, y se le prohibe terminantemente fumar, recibir visitas y tener correspondencia con nadie.

* · *

En la ciudad ideal es un problema la existencia de las pocas moscas que existen, pues les falta qué comer en razón de que todos los almacenes que expenden artículos alimenticios tienen, invariablemente, anaqueles provistos de cortina o vidrieras.

* * *

En la vida — dijo Ary Scheffer, — nada produce frutos sin el trabajo del espíritu o del cuerpo. Esforzarse, y proseguir esforzándose, tal es la vida. Con un alma vigorosa y un noble propósito puede uno hacer lo que quiera, moralmente hablando.

* * *

Las celdas que están destinadas a viejos y enfermos en las prisiones chinas se calientan durante el invierno.

* * *

En Tipperary, la tierra de producción de los alrededores pertenece a quien la fecunda con su esfuerzo.

* * *

En Suiza, el pueblo puede rechazar las leyes votadas por sus diputados, si no las considera de conveniencia.

* * *

Una vida llenada cumplidamente vale más que los más elocuentes discursos. Porque el ejemplo es un idioma mucho más convincente que las palabras: es instrucción en acción, sabiduría en ejercicio.

CARTAS DE AMOR

(Continuación de la página 4)

mañana, cuando vaya a buscarme a la salida de la tienda...

Ana dejó su costura y acercándose a Teresa la besó dulcemente.

—Haces bien, hermanita — dijo; — que seas feliz. El te quiere; sólo un ciego no lo vería...

La señora Gregor continuaba dando vueltas en la cocina; por la calle del suburbio venían las voces graves y melancólicas de un piano.

* * *

Al día siguiente Teresa Gregor le dió su respuesta a Gregorio Aráoz.

El acontecimiento fué celebrado dignamente con gran asombro por parte de la señora Gregor, que si bien tenía sus sospechas de que sus hijas urdían algún plan de importancia, ignoraba de qué se trataba, hasta que se le comunicó oficialmente el compromiso de su hija mayor con Gregorio Aráoz.

La pobre señora lloró de alegría, y contó cómo se había comprometido, allá en Dundeé, con Thomas Gregor, que era en aquel tiempo un obscuro mecánico, pero que se había enamorado perdidamente de ella.

IX

Era noviembre y la boda se había fijado para febrero, fecha en la cual Aráoz disponía de una licencia en su empleo.

Teresa continuó asistiendo a la tienda de la calle Victoria, como siempre. Pensaba en las tibias mañanas de primavera, cuando el sol matinal doraba las calles mañaneras, que eran aquellos los últimos días de su obscura existencia de vendedora.

Llegó diciembre.

Ana parecía haberse repuesto de sus dolores al pecho, y en vista de su asiduidad, habíanle aumentado el mezquino sueldo en la casa de sombreros.

Todo era esperanza en el hogar de las Gregor.

Pero, a veces, en las noches tranquilas, cuando después de regresar de algún teatro o de algún cinematógrafo, cuando Araoz se despedía, después de una media hora de conversación en la puerta, y la familia se sumía en un profundo sueño, Teresa quedábase despierta.

Desde su cama, oyendo la respiración pausada de Ana, que ya no tosía como antes, veía el claro cielo de diciembre, las estrellas del verano palpitando en la obscuridad.

Sentía entonces que la invadía una angustia vaga y misteriosa. Nada tenía que temer. El camino de su vida estaba trazado. Daba vueltas entre los dedos al anillo de Araoz, y hacía fuerzas por tranquilizarse.

Dormíase escuchando los rumores vagos del suburbio, las voces apagadas y lejanas de la ciudad.

Asaltábanla en su sueño extrañas pesadillas y se despertaba sobresaltada.

Una noche en que las pesadillas la espantaron, Ana despertó al oir sus voces, y se incorporó en la obscuridad.

—¿Qué tienes? — le preguntó.

A la luz incierta de la luna, alcanzó a divisar la figura convulsa de Teresa, sentada en la cama, oprimiéndose la cabeza con ambas manos.

—Tengo malos sueños, Ana... Tengo miedo... — murmuró.

—¡Nah! No seas tonta. Duérmete — exclamó Ana. — Y se hundió otra vez en su profundo sueño.

* * *

Tropezó con él en la Avenida de Mayo. Vestía Fuentes elegante traje gris, y llevaba un sombrero de paja, de anchas alas. Era su aspecto el de un hombre próspero y satisfecho de sí mismo.

—¿Qué tal, Teresa?

La tomó del brazo con familiaridad.



Teresa Gregor se estremeció como si la hubiera picado una víbora.

—No me toque — logró decir con voz temblorosa, retrocediendo vivamente.

Fuentes soltó una carcajada. Pálida y desencajada, Teresa creyó que la Avenida de Mayo se abría bajo sus pies.

—Te has vuelto orgullosa... Ahora te haces la que no me conoces ¿eh?

Fuentes caminaba al lado de ella, hablando alto, como si no le importara que lo oyeran los transeuntes.

Llegaban a la plaza del Congreso y se detuvieron un momento para dejar pasar la rauda caravana de los automóviles en fuga.

—Le ruego que me deje — balbuceó la muchacha.

Fuentes volvió a reír.

—Poco a poco, mi querida Teresa... ¡Cómo has cambiado!... — dijo, mirándola fijamente. — De pronto reparó en el anillo de compromiso.

—¡Hola! Conque nos casamos... — exclamó. — ¿Cuándo es eso, Teresa?

Teresa Gregor sintió que la voz se le anudaba en la garganta.

—En febrero — murmuró con acento ininteligible, lanzándose a través de la Avenida, sin reparar en los autos estridentes y veloces.

Fuentes se puso a silbar.

Se hallaban en la plaza del Congreso.

—Conque te casas en febrero...? — dijo Fuentes, pensativo, mirando otra vez a la muchacha, cuyo semblante se tornaba ora púrpura, ora lívido, en la luz radiante del mediodía.

—Sí, en febrero — repitió ella haciendo un violento esfuerzo. — Como usted y yo nada tenemos que ver el uno con el otro, le suplico se retire y no vuelva a dirigírseme.

La voz de Teresa Gregor trataba de ser firme, pero el hombre notó que temblaba.

—¿Has olvidado, Teresa?... — díjole de pronto, casi al oído, apretándole el brazo y mirándola fijamente.

—¡Suélteme! Suélteme.

Un viejo que pasaba, al oir los acentos de Teresa, se volvió y miró a los dos. Luego se encogió de hombros y siguió su camino.

—No debes olvidar — continuó el hombre, sin apartar la vista de ella. Sus ojos tenían reflejos extraños.

Teresa se deshizo bruscamente y echó a caminar con rapidez, sin saber dónde iba. Se encontró en medio de la calle, entre el sordo rugido de los automóviles y los gritos de los chauffeurs, que desviaban sus raudos vehículos para no llevarse por delante a la imprudente.

Cuando llegó a su casa, fué a tenderse en su cama, ahogando los sollozos que la sacudían. Momentos después llegaba Ana.

—¿Qué tienes?

Teresa volvió a ella los ojos enrojecidos.

—Lo he visto...

Ana comprendió.

—Lo encontré en la Avenida de Mayo... ¡Oh, el miserable!...

—Yo hablaré con él; no te asustes... Yo lo hablaré y no volverá a molestarte más... Yo le haré comprender... Los hombres, por más miserables que sean, a veces, suelen comprender...

Teresa se sentó en el borde de la cama, secándose los ojos. Estaba más tranquila.

—¿Ves, Ana? Yo lo presentía... Eran mis malos sueños... Aquella noche que te despertaste con mis gritos, se me apareció en sueños, su odiosa figura se interponía entre yo y Aráoz...

X

Fuentes, siempre elegante, la esperaba ahora todas las mañanas en la esquina de la Avenida de Mayo.

Un día, advertida por Teresa, Ana salió al encuentro del hombre. Solos, en la mesa de un bar, Ana habló largamente con él

Pero cuando salieron de la confitería, al dirigirse a su casa, comprendió que todo era inútil. Y ella, la mujercita fuerte y valerosa, al llegar a su casa lloró amargamente, como no había llorado desde el día en que su padre murió, allá en el pueblo de Entre Ríos.

* * *

Fuentes siguió esperándola.

Y era siempre la misma canción, bajo el sol de las calientes mañanas, en medio del bullicio y el tumulto de la ciudad.

Al día siguiente volvió a la carga.

—Iré a mostrarle tus cartas. No creas que las he roto... Esas cosas siempre se guardan, por lo que pudiera suceder... Tengo muchas cartas tuyas, Teresa... Cartas muy interesantes para ese señor Aráoz con quien te vas a casar en febrero... De ti depende que las lea y se entere, o que queden siempre en el olvido...

Teresa Gregor sintió que la Avenida, que Buenos Aires entero giraba en torno suyo. Quiso hablar, pero de su garganta seca salió un gemido ronco, extraño.

—De ti depende que le muestre esas cartas... — repitió Fuentes acercando su rostro al de ella.

Seguían caminando.

—¿Qué contestas, Teresa?

Teresa se volvió, serena, impasible, y lo miró con fijeza.

Fuentes retrocedió levemente ante aquella mirada singular. Pero se repuso en seguida.

—¿Cuál es tu respuesta? — volvió a decir.

—Se la daré mañana — dijo Teresa, con acento firme.

XI

Al día siguiente se encontraron, a la misma hora.

Fuentes esperaba, confiado y seguro. El sabía lo que eran las mujeres...

Vió acercarse, bajo el sol estival, en medio de las caravanas apresuradas y afanosas de los transeuntes, una figurita frágil y fugitiva.

Aquella mujer había sido suya, pensaba, y volvería a serlo. ¿Qué le importaba a él que fuera a casarse con un hombre que la amaba, con uno que iba a solucionar el obscuro y terrible problema de su existencia? Había hecho bien en guardar las cartas de amor de Teresa Gregor...

Le saludó afable y cordial, enlazando el brazo de ella con el suyo. Sentía palpitar el cuerpo juvenil de su antigua amiga junto al suyo.

—Me alegro de verte juiciosa, Teresa — dijo sonriente; — yo sabía que no podías olvidarte del pasado. Porque yo te he querido de veras, Teresa, te lo juro...

Callaba ella, levemente enrojecidas las mejillas, brillantes los ojos.

—¿Cuándo quieres que te devuelva las cartas? ¿Hoy?

Teresa Gregor se estremeció.

—No... Hoy no... Hoy no... — balbuceó luchando con su turbación.

—¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana...

La ciudad rugía en torno de ambos. El sordo bramido de la Avenida sonaba como un clamor de voces lejanas, de almas condenadas que se hundieran en el infierno.

—Entonces, mañana, ¿a qué hora?

—A las once de la mañana — dijo Teresa, firme y dueña de sí misma.

—¿Dónde?

—Donde usted quiera.

Dió él una dirección.

—Iré. Lleve todas las cartas.

—Las llevaré todas. Son veintidós... Anoche las estuve releyendo y contando — agregó Fuentes.

La vió alejarse entre la multitud.

Antes de desaparecer entre los transeuntes, Teresa se volvió y lo miró con expresión extraña.

XII

Llovió durante la noche.

Ana, inquieta, despertábase a cada instante y preguntaba en la obscuridad:

—¿Duermes, Teresa?

—No tengo sueño — contestaba una voz contenida, en la sombra.

—Duérmete, hermanita — dijo Ana. — Y se quedó aletargada, después de un breve acceso de tos.

Hacia el amanecer la lluvia cesó.

Teresa y Ana se levantaron, la primera pálida y acentuados los ojos profundos por ojeras violáceas. Ana también estaba algo pálida por la mala noche.

La señora Gregor ya andaba por la cocina preparando el café para las dos hijas. Pensaba la pobre mujer en el casamiento de su hija y cantaba entre dientes una vieja canción de su país, que parecía traerle un soplo de juventud.

Cuando Teresa, que entraba a la tienda una hora antes que su hermana, salió de su casa, el sol ya estaba alto.

La ciudad hervía en el tumulto mañanero.

A las diez, Teresa Gregor pretextó un ligero malestar y salió de la tienda de la calle Victoria. Al llegar a la plaza del Congreso, el camino de siempre, el trayecto de todos los días durante cerca de seis años, el corazón le latió con fuerza.

Grupos de chiquillos jugaban alrededor de la fuente, bajo la mirada de las mamás o las niñeras. Unos viejos leían sus diarios en los bancos y la gran torre del Congreso levantábase blanca y rígida hacia el azul hondísimo.

Sofocando un sollozo, se ocultó el rostro con un velo espeso, llamó un taxi y le dió una dirección.

—Aquí es, señorita...

El vehículo habíase detenido bruscam frente a una casa de sombría y miste apariencia. Era un barrio solitario y s do, de casas cerradas y árboles raquít en el sur de la ciudad.

Teresa pagó al chauffeur y entró sir cilar. Flotaba un olor vago, desagrad que parecía emanar de las paredes agr das y polvorientas.

El silencio era profundo.

Teresa permaneció un instante sin s qué hacer. El reloj de una iglesia vecin once campanadas, y un paso apresura firme se oyó.

—Te esperaba... Eres puntual, Teres

Fuentes estaba a su lado, elegante y riente.

—¿Trae usted las cartas?

—Sí, aquí las tengo... Entra, ya t daré...

Abrió una puerta que daba sobre el corredor y la empujó suavemente l adentro.

—Las traigo todas... El otro día las té mal... Son veintitrés — dijo el hor cerrando la puerta tras sí, y mirand torno suyo.

Se hallaba en una pieza de techo baj paredes blanqueadas. Una mesa, dos s un armario resquebrajado y una c constituían todo el mobiliario de la tación.

—Esas cartas...

—Espera... ¿Qué apuro tienes? T daré después, querida. ¿Qué dice el s Aráoz?

Se miró en el espejo del armario, satisfecho de sí mismo.

—Quiero esas cartas...

El acento con que fueron pronunci esas palabras le hizo volver vivamente.

Una palidez cadavérica se extendió el semblante del hombre. Sus alisados c llos se erizaron.

Teresa Gregor, rígida, implacable apuntaba con un revólver al corazón.

—Esas cartas, señor Fuentes...

—¿Estás loca? — exclamó él, recob do la serenidad — déjate de bromas.

Hizo ademán de avanzar con los br extendidos.

Teresa Gregor, con pulso *firme*, sin tañear, hizo fuego. *Fuentes cayó* de tado, con los ojos abiertos. Su *respira* se volvió sollozante, y un hilo de sangre menzó a salir de sus lábios cárdenos. pués quedó sin movimiento.

Teresa Gregor lo miraba, impasible.

Cuando vió que ya no se movía se ac guardando el revólver; le registró los sillos, y se apoderó de un paquete de tas que encontró en un bolsillo interior

Luego, sin mirar hacia atrás, abri puerta, atravesó con paso firme el cor silencioso y polvoriento, y se alejó p desierto barrio de casas cerradas y ár raquíticos.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

Los pescadores de vigas

POR

HORACIO QUIROGA

El Nuevo Administrador

MADAME Bossard se levantó esa mañana de un humor terrible. Estaba, según parece, dispuesta a hacer cualquier barbaridad en el día a fin de lograr de una vez que él propietario de la casa en que vivía la pusiera en condiciones más o menos decentes. Su marido se dió cuenta en seguida de lo que su mujer tenía metido en la cabeza y se atrevió a decir tímidamente:

—Es un asunto que no marcha...

—¡Es un asunto que no marcha! ¡Claro que no marcha! ¡Y no marchará mientras yo siga haciendo la tontería de dejarlo a tu cuidado!

—No se trata de eso. Lo que hay es que todos los rentistas son iguales. Hay que resignarse. ¡Qué le vamos a hacer!

—Pero supongo que por lo menos conseguirás que haga hacer una limpieza.

—Tampoco. El inquilino que estaba antes le planteó la misma cuestión. Y el hombre le respondió que había que esperar dos o tres años aún... Hasta que bajara la mano de obra...

—¿Pero es posible vivir bajo estos techos negros? ¿Y ese papel indecente, descolorido? ¿Tendremos que pagarlo nosotros si queremos uno nuevo?

—Paciencia, Adela. Se están construyendo nuevas casas baratas y no te olvides que nos puede tocar una. Estamos inscriptos. Ya nos llegará el turno.

—Bueno. Pero mientras tanto tú irás hoy a casa del propietario...

—Para recibir una negativa... ¿No sabes que está arreglando los techos del edificio? ¡Como para gastos debe estar!

En ese momento una gruesa cuerda que cayó desde lo alto, delante de la ventana de la cámara conyugal, interrumpió la conversación de los señores Bossard.

Adela se precipitó hacia la ventana.

—¡Eh!, usted, a usted le hablo: ¿no podía tener un poco más de cuidado? ¿Qué piensa usted hacer con eso delante de mi ventana?

Pero el que estaba arriba juzgó, según parece, que Adela, la señora Adela, no merecía el honor de una respuesta.

Ella se largó más hacia afuera entonces, torció la cabeza para arriba y gritó:

—Diga usted, ¿no oye?

Entonces un señor, que lucía un sombrero marrón, asomó la cabeza desde el tejado y dijo cortésmente: — Ya va, señora.

Los Bossard vieron inmediatamente cómo un hombre, correctamente vestido, descendía con la habilidad de un acróbata por la cuerda que, según parece, se encontraba bien asegurada a alguna cornisa.

Cuando estuvo frente a la ventana, hizo un pequeño esfuerzo, se balanceó serenamente y saltó dentro de la habitación.

M. Bossard, que acababa de ponerse su pantalón, tomó la defensa de la casa y plantándose vivamente ante el intruso, le interrogó:

—¿Y le parece a usted que esa es manera de entrar en la casa de alguien?

—Le ruego, señor, no levante mucho la voz. Entre gentes bien nacidas es muy fácil entenderse.

—Pero su manera de proceder no indica que usted sea una persona bien nacida — dijo entonces madame Bossard.

—Mi mujer tiene razón. Pero antes que nada, ¿quién es usted?

—Yo soy el nuevo administrador de esta casa. El propietario me encargó que viniera a examinar los trabajos que se están haciendo en la azotea.

Madame Bossard se serenó un poco.

—¡Ah! ¿Usted es el administrador?

—¡Ah! ¿De modo que usted es el administrador...? — replicó como un eco la voz de M. Bossard.

Entonces Adela juzgó que ante testigo tan importante era oportuno hacer una crítica, suave, pero intencionada, de la conducta del propietario.

—Es un gran pícaro su patrón, un gran pícaro, nos aumenta el alquiler y se niega a hacer reparaciones.

—Es decir — aclaró M. Bossard, — nosotros aun no le hemos pedido nada...

—Pues han hecho mal en no pedirle, él no puede saber estas cosas, es el hombre más bueno del mundo...

—¿De modo que usted cree...?

—Sí, hombre, una simple palabra, una palabra y nada más. Y tampoco es necesario que vayan a verlo a él. Yo tengo autorización para arreglar estas cosas. Lástima que ahora me encuentre un poco apurado, casi muy apurado.

Bossard y su mujer habían dado un gran resoplido de satisfacción. Y después habían sonreído con la satisfacción que debe sentirse después de ganar una batalla.

—¿Has visto, Desiderio, cómo el patrón no se iba a oponer? Y en realidad lo que pedíamos no era nada.

—Yo supuse.

—Tú siempre supones, te pasas la vida haciendo suposiciones y no te queda tiempo para nada más útil.

Después de lo cual la señora Adela se volvió hacia el administrador:

—Estoy realmente contenta. Usted ha caído del cielo. Vea estos cielorrasos negros. Y los de las otras piezas están peores.

—Nada más fácil de remediar, señora. Se blanquearán los cielorrasos.

—Y este empapelado, señor. Mire qué papel. Parece de embalaje.

—Les haré mandar una colección de papeles para que elijan. ¿Y qué otra cosa habría que hacer? No vacile en pedirlo.

—¡Oh, señor, qué bueno es usted, qué amable! Si no tiene inconveniente entonces, voy a enseñarle el desván.

—Señora, ahora estoy un poco apurado. Volveré mañana, sin embargo, y entonces hablaremos más largamente.

—Entonces mañana le dirás algo de la electricidad, Adela.

—¡Ah, cierto! Son otras dos cuestiones que quisiera arreglar: la electricidad y el teléfono...

—Sí, señora, cómo no. Por estas cosas no se hace cuestión nunca. Antes de un mes esta casa será otra.

—No importa. Es cuestión de un momento más. Quisiera que echara un vistazo a la cocina; no se encuentra en buen estado.

—¡Ah, sí, la cocina, señor! — agregó M. Bossard, la cocina. — ¡Viera usted en qué estado se encuentra! Si por lo menos nos pudiera mandar el deshollinador.

—Hoy mismo, antes de mediodía estará aquí.

—¡Qué satisfacción encontrarse con un administrador tan cortés! Ya decía yo que usted no podía ser un cualquiera. Me lo imaginé al ver que se presentaba en forma tan original.

Bueno. El caso es que madame Bossard se llevó al administrador para enseñarle la cocina y el futuro cuarto de baño, el piso comido por las ratas, la chimenea atestada de hollín, las canillas que no cerraban bien, las cerraduras que tampoco cerraban.

—Sí, señora, está muy bien, pero ahora estoy un poco apurado, casi muy apurado.

M. Bossard en tanto pensaba tranquilamente, mientras acababa de vestirse, que tendría un día tranquilo. Su mujer estaría de excelente humor y no lo obligaría a hacer mil mandados, no le reprocharía su amor al descanso y a lo mejor llegaría hasta a estar simpática. Y pensando de este modo se frotaba las manos jovialmente. De pronto oyó unas voces extrañas. Hablaban sobre la azotea, allí, arriba de su ventana. — Mire, mire esta cuerda, por aquí debe haber bajado — decía una voz.

M. Bossard no dudó de que se referían al administrador de la casa. Se asomó a la ventana y miró hacia arriba.

—¿Ustedes buscan al administrador?

—¿Administrador? Nosotros andamos buscando a un ratero que se mete en las casas con este recurso de la cuerda. Usted no lo vió bajar.

M. Bossard palideció. En ese momento entró Adela.

—Y bien, ¿te parece que no tenemos suerte? ¡Qué muchacho encantador! Y muy conocedor además. Figúrate que al salir se fijó en esa bandeja china tan antigua que tenemos y se dió cuenta en seguida de su valor. La elogió con entusiasmo. Vi que le gustaba y no pude dejar de obsequiársela. De algún modo había que retribuir su empeño en satisfacernos. ¿Pero qué? ¿Te parece que he hecho mal? Después de todo la bandeja era mía; yo la heredé de un tío y tenía derecho a disponer de ella.



—¡Infeliz!

—Bah, siempre el mismo. Tacaño. Debías alegrarte. Esto ayudará a que él se preocupe de nosotros.

—¡Es un ratero!...

—¡Un rate...!

—Pregúntalo a esos señores, ellos lo andan persiguiendo.

Madame Bossard no tuvo necesidad de preguntar nada.

—¡Mi bandeja, mi bandeja china!...

La respuesta de M. Bossard fué breve. Sus ojos estaban fijos en el velador. Y apenas pudo decir:

—¡Mi cro... nó... me... tro!...

Alfonso Crozière.

LOS ESPEJISMO

CUANDO los soldados de Bonaparte llegaron a Egipto tuvieron que vencer a un enemigo más implacable que el



Los "espectros" del Brocken

hombre, el más feroz que se conoce: la sed.

Se arrastraban jadeantes con la garganta quemada por el polvo ardiente, desesperando ya de llegar al fin de su etapa, cuando una exclamación de alegría partió de la cabeza de la columna: en mitad de un lago resplandeciente aparecía un delicioso paraje de sombra; palmeras gigantescas que ocultaban seguramente alguna aldea de esas de que hablan los cuentos orientales, en la que los heridos, los moribundos, podrían reposar sus miembros y saciar, sobre todo, la sed que les devoraba, gracias a aquella límpida agua que veían ante sí, y que podrían beber a los diez, a los veinte minutos, a lo sumo.

Los más fatigados, los exhaustos, se reanimaban ante aquel espectáculo encantador. Un grito unánime partió de miles de gargantas secas: ¡Tomaremos agua! ¡Vamos a beber! Y era como una promesa redentora.

Los pobres soldados caminaron largo tiempo; el lago y las palmeras estaban siempre en el mismo lugar, conservando la misma distancia; de pronto, todo se borra, la visión se desvanece, y en la extensión del desierto sólo se ven las movibles arenas calcinadas por un sol de fuego.

En vano interrogaron a los sabios que acompañaban a la expedición: los sabios nada sabían.

Fué entonces que Monge, después de haber reflexionado largamente sobre el fenómeno, dió las razones que hoy ha ratificado con pequeñas variaciones la ciencia moderna: el espejismo se debía a la desviación sucesiva que los rayos luminosos sufren a consecuencia de su paso a través de capas de aire calentadas desigualmente por los rayos del sol.

En una palabra, el fenómeno es la consecuencia directa de las leyes de refracción.

Sábese que cuando un rayo luminoso atravesando el aire con alguna inclinación, va a encontrar la superficie del agua, se desvía: su inclinación varía. El rayo recupera, o poco menos, la posición vertical; parece quebrado por su paso del aire al agua; es decir, que está refractado. El experimento puede realizarse en forma fácil con un bastón, sumergiéndolo oblicuamente en el agua. Se le verá quebrado, doblado en su punto de inmersión. La Fontaine decía: *"Si l'eau courbe un bàton, ma raison le redresse"*.

Lo que acontece con el rayo al pasar del aire al agua, sucecede lo mismo con cualquier destello de luz cada vez que cambia de medio: se desvía.

De manera que, si nos imaginamos varias substancias en capas paralelas, como podrían estarlo varios cristales, el rayo desviado de más en más a cada pasaje, acabará por encontrar la última bajo un ángulo tal, que no podrá penetrarla. Entonces se reflejará como podría hacerlo en un espejo, será despedido lo mismo que la bola de billar por la baranda elástica, y el efecto se producirá como si el punto de donde parte la luz se hubiese mirado en algo que refleje, aunque ese algo no exista. Y, en efecto, no existe en lo que respecta al desierto, pero está suplantado por las condiciones que determina la naturaleza con ayuda del sol y la arena. El sol acumula sus rayos sobre la arena, a la que calienta hasta hacerla quemar.

A su contacto, las capas de aire se caldean a su vez, pero desigualmente, siendo las que más sufren la acción las más próximas a tierra, y las que menos, las que están más distantes. De manera que esas capas calentadas desigualmente, y en consecuencia desigualmente densas, realizan por natural efecto el sistema de cristales superpuestos de que acamos de hablar. En estas condiciones, un rayo luminoso que parte, por ejemplo, de la copa de una palmera, concluye por reflejarse, por mirarse en la última capa, como podría hacerlo sobre la superficie del agua: es el espejismo. Muy a menudo se presenta vago, invertidos los árboles y borrosas las aguas transparentes que, en general, constituyen el fenómeno, y entonces, para distinguirlo, es preciso el ojo claro, avizor del marino, habituado a escrutar el horizonte y descubrir las menores particularidades.

Se conocen numerosas observaciones, algunas de ellas muy interesantes:

"Durante el verano de 1847, un día de julio excesivamente caluroso, caminaba yo, — cuenta M. Giellois — en compañía de un amigo por una llanura entre Guelma y Bône. Llegados a ocho kilómetros de la última ciudad, cerca de la una de la tarde, nos detenemos a la vuelta de un sendero, maravillados en presencia del cuadro que se desarrollaba a nuestra vista. Al este de Bône, sobre un terreno arenoso, cuya aridez habíamos comprobado pocos días antes, se elevaba momentos, sobre una colina suaveme[nte in]clinada que bañaba sus pies en el m[ar, una] bella y grande ciudad adornada con [monu]mentos, cúpulas y campanarios. La [ilusión] era tan completa, que únicamente la [razón] se resistía a admitir la realidad del [cuadro,] que duró poco menos de media hora. [¿De] dónde provenía la visión? Nada, en [esa] ciudad fantástica, recordaba a Bône, [ni me]nos a Guelma, ni a ninguno de los [pueblos] inmediatos. ¿Admitimos que fuera [el re]flejo de la imagen de alguna gran ciu[dad de] la costa de Sicilia? A mi juicio, tal [cosa] trapasa los límites de lo verosímil, re[sultan]do, pues, de posibilidad dudosa".

He aquí otro ejemplo basado en [una ob]servación de M. de Bonneforst, hech[a en el] mes de mayo durante la expedición [de Ar]gelia:

A seis kilómetros de distancia al [...] pasaba una bandada de flamencos. [A me]dida que se alejaban acercándose [al radio] del miraje, tomaban tales proporcio[nes que] parecían caballeros árabes desfila[ndo en] orden cerrado.

Hubo un momento en que, no p[udiendo] convencerse de lo que veía, el maris[cal Bu]geaud ordenó a un *spahi* que fuera [a des]cubrir el misterio. El soldado si[guió al] galope de su caballo a los flame[ncos, y] cuando estuvo en el radio del fenó[meno,] uno y el otro cobraron tan grandes [dimen]siones, que recordaban las mara[villosas] creaciones de las leyendas. De pron[to, una] nube interceptó los rayos del sol, y [los fla]mencos, el *spahi* y el caballo, rec[obraron] su aspecto normal.

Biot y Arago, en España, obs[ervaron] desde un monte del desierto de L[as Pal]mas (Valencia) una luz colocada [a una] distancia de 161 kilómetros y a 40[0 metros] de altura sobre la montaña Camp[...] la isla de Sviça, la vieron repetida[s veces] acompañada de imágenes diversas, [coloca]das en su misma vertical, que se f[ormaban] y desaparecían unas tras otras.



El miraje de Waterloo, en 1815.

En 1851 M. Parés vió en Aigues

aldeas y árboles encima de las demás que habitualmente los ocultaban.

También el doctor Vinie vió en Ramgate, el 6 de agosto de 1806, a las siete de la noche, el castillo de Douvres sobre las colinas que lo circundan e impiden distinguirlo.

El señor de Brèauté descubrió en Dieppe las costas de Inglaterra, bien que ellas estén siempre ocultas por la curvatura del mar. En 1852, M. Andrand vió a una distancia de 40 kilómetros el campanario de Strasburgo iluminado; se hubiera dicho que estaba a 2.000 metros, pues se distinguían claramente las coloraciones de los cristales.

El reflejo de una ciudad en el cielo es cosa frecuente.

En la noche del 14 de diciembre de 1869 fué contemplado en París, desde los *quais*, entre tres y cuatro de la mañana, un miraje encantador. El cielo estaba oculto por nubes que la luna iluminaba intensamente. Imaginaos ahora que se hubiera dispuesto una enorme plaza por encima del Sena; sobre ella se veían, vueltos hacia abajo, el Panteón, los Inválidos, Nuestra Señora, el Louvre, etc.

Arago, Biot y Savart, han observado que el espejismo puede producirse entre dos capas de aire separadas por un plano vertical.

El espejismo, como todas las cosas de la naturaleza, tiene naturalmente sus leyendas. Una de las más curiosas, por la coincidencia de las fechas, es la tradición que corre en Verviers.

Los habitantes de esta ciudad creyeron distinguir "distintamente", un día de junio de 1815, un ejército en el cielo.

A eso de la una de la tarde, y hallándose bien despiertos, tuvieron una visión semejante a la que puso como fondo de su célebre cuadro "El sueño" el pintor militar Eduardo Detaille. Era una carga de artillería. Los habitantes de aquel paraje asistieron al desfile de la fogosa caballada, vieron brillar las hojas de los sables y hasta presenciaron un accidente natural. En efecto, la rueda de uno de los cañones se había roto y la pieza cayó, mientras los caballos del atalaje se encabritaban.

Esto acontecía en el día y hora de la batalla de Waterloo.

Pero el prestigio de Napoleón era como para sobreexcitar la imaginación de sus contemporáneos, especialmente la de aquellos que creían oir en todo momento el estampido de los cañones de la *Grande Armèe*, y así, pues, el "miraje de Verviers" bien pudo ser un producto de sugestión.

La refracción produce, además, en la atmósfera otra cantidad de fenómenos curiosos.

Es lo que cambia la apariencia del disco solar, cuando el astro, al nacer o al ponerse, se encuentra cerca del horizonte. La refracción obra desigualmente sobre los rayos situados a distancias diferentes y desviados en varios sentidos. Por esto, la imagen del sol deja de ser redonda para hacerse no solamente oval, sino irregularmente oval.

A menudo también, especialmente en las regiones polares, aparecen alrededor del astro círculos luminosos y huellas rectilíneas horizontales o verticales: son los *halos*, los *parelios* debidos a la refracción de la luz por los pequeños trozos de nieve que contienen algunas nubes.

El arco iris es también un fenómeno atmosférico que produce la refracción de los rayos luminosos por las gotas de agua, cuando cae la lluvia de una parte del cielo en circunstancias que el sol brilla libremente en la otra. Los ingleses llaman al arco iris *Rainbow*, los alemanes *Regenbogen;* ambas palabras significan "arco de lluvia".

Para terminar, agregaremos que los clásicos "espectros del Brocken" nos ofrecen otra curiosa ilusión de la atmósfera.

Todos los turistas que han visitado en Alemania las montañas de la Hartz, la conocen. Con frecuencia las nubes se condensan en torno de aquel pico desolado, y los viajeros que están en la cima, ven proyectarse sus sombras, gigantescas y espantosas, sobre las nubes circundantes. Este fenómeno se observa también en otras montañas, pero no olvidemos que Alemania es el país de las leyendas, y que es, en la cumbre del Brocken, en la noche del Walpurgio, donde Goethe ha situado una de las más bellas escenas del *Fausto*.

La ciencia destruye prosaicamente las leyendas explicando las ilusiones; pero, por dicha nuestra, los poetas nos las conservan.



EL REHEN

Por Sax Rohmer



Se encontraron en el pequeño bungalow que marca la última etapa del largo camino desde Karachi a Mirjwa, en la frontera Persa-Baluchi. Se encontraron y hablaron como suelen hacerlo dos desconocidos, de las cosas más allegadas a sus corazones.

Lord Westinghouse, el hijo mayor del virrey, habló primero:

—El gobernador es un gran hombre — decía.—Estoy muy orgulloso de él, y cosas por el estilo, pero lo que sí, me agradaría que no tuviera tanto interés en "ponerme a prueba", como él dice. El último empleo que tuve fué de ayuda de campo del gobernador en una isla remota de las Antillas, y ahora se me ha nombrado oficial ayudante en Mirjwa, lo que significa dos años más de negros, polvo y moscas. Dos años más de infierno.

Phillip Hatfield se sonrió amargamente.

—Daría el resto de mi vida por esos dos años — se limitó a comentar.

Westinghouse encendió un cigarrillo.

—Si tanto le agrada el desierto y la frontera, ¿por qué dejó su empleo?

—No lo dejé — repuso Phillip. — Sino que el empleo me dejó a mí. Soy capitán y tengo cuarenta y ocho años; el retiro ha sido obligatorio.

El joven lord Westinghouse arreglóse su monóculo, y cuando volvió a hablar, en su voz se notaba cierta simpatía.

—¡Pobre hombre! ¡Qué vergüenza! Pero no se aflija, voy a hablar con el gobernador. Algo tal vez se pueda hacer.

—Es usted muy bondadoso — le contestó el oficial retirado, — pero temo que no sea posible hacer cosa alguna. Hardcastle, el comisionado del gobierno removió el cielo y la tierra para mantenerme en el puesto, pero los reglamentos del servicio son inexorables. Los viejos debemos dejar lugar para la nueva generación. — De pronto cambió de tema. — ¿Sabe, joven, que usted no tiene por qué estar jugando por este distrito, sin escolta? El país está en un estado muy grave de perturbación. Los baluchi forman una raza muy traidora.

Percy Westinghouse hizo un gesto, y repuso:

—Salí acompañado de un par de soldados a camello, pero como marchaban muy despacio, me cansé de ellos después del primer día, y los dejé. Van a llegar, pero atrasados uno o dos días... pero, ¿sabe que tiene usted coraje para hablarme así? Si usted mismo viaja con muy poca compañía.

Hatfield se sonrió con su sonrisa de hastiado, que hizo que los surcos que rodeaban sus ojos obscuros se profundizaran aún más. A la luz titilante de la lámpara, Percy vió los hilos de plata que manchaban su cabello profundamente negro.

—Estoy pasando por encima de los reglamentos — admitió con candidez. — Corro el riesgo, pero es que mi caso es distinto. No me importa.

—¡Pobre hombre! — dijo el otro compadecido. — ¿Y es tan malo su caso?

—Lo es — replicó Phillip con candor brutal. — Estoy hastiado, aburrido y fatigado. El trabajo de mi vida ya está hecho.

El perro persa de Phillip se levantó gruñendo, con el pelo erizado en el lomo. Oyóse claramente el eco de un estampido que rompió el silencio monótono de la noche del desierto. Luego, otra vez el silencio.

Ambos oficiales, incorporándose, sacaron sus revólveres.

—¿Qué fué eso? — preguntó Percy en un murmullo ronco. Jamás, anteriormente, había tenido ocasión de escuchar un tiro disparado con furor.

—Pronto lo veremos — dijo Phillip sonriendo amargamente, y se dirigió hacia la ventana, pero antes de que llegara a ella, se abrieron las puertas de la pequeña habitación dando paso a un kitmigar aterrorizado, con las facciones de color gris y descompuestas por el miedo, que se dejó caer a los pies de Hatfield.

—¡Oh, sahib! — murmuró. — Los salvajes han llegado; son los Jungli Wallaks de las colinas. Hacen crujir los dientes y revuelven los ojos como toros enfurecidos; sus grandes talwers centellean como fuego de plata a la luz de la luna; su aspecto es amenazador.

—No seas tonto, Manik — le contestó Phillip, — y trata de portarte al menos como la imitación barata de hombre que eres. Sal y llama al jefe de estos desconocidos; yo hablaré con él.

El nativo titubeó, y luego tembloroso bajo la mirada firme del oficial, salió a la luz de la luna para cumplir con su deber.

—¿Qué pasa? — preguntó Percy, que no habiendo podido comprender, estaba en la ignorancia de lo que ocurría.

—Todavía no lo sé — contestó el otro; — tal vez sea algún khan del desierto que tiene alguna queja que exponer. A menudo se presentan en esta forma.

La puerta volvió a abrirse nuevamente, dejando paso a un alto guerrero baluchi. El desconocido no era un cuidador de camellos ordinario, ni un nómada salido de los llanos, sino un caudillo baluchi, cuyo porte, cruel a la par que imponente, y sus ojos hundidos y brillantes, proclamaban su sangre noble.

El guerrero estaba suntuosamente ataviado en su vestimenta baluchi; sus breeches amplios y abolsados, eran de algodón azul pálido. Su camisa, de fina tela, estaba adornada con un bordado en trenza de plata; su chaqueta sin mangas, adornada con sedas de diversos tonos. Más o menos a la altura de la cintura veíase una faja de seda amarilla en la que se veía un par de dagas con mango de jade, y un revólver Colt automático, en su funda de terciopelo verde. Su pugrí, de suave seda pongé, estaba bordeado de plata. Phillip examinó cuidadosamente al recién llegado, cuyo semblante le era desconocido.

—¿Quién eres, oh, jinete de la noche? — le preguntó en baluchi. — ¿Qué deseáis de mí?

El guerrero echóse "sari" al cuello con un gesto de desdén y de orgullo.

—Soy el emir Rana Khan — repuso, — emir de Mirjwa, jam de Mazdurabad.

Phillip Hatfield se sonrió.

—Nunca lo he visto antes, jam sahib, pero he oído hablar de usted.

Rana Khan frunció el entrecejo.

—Y me conocerá mejor antes de que yo me vaya — exclamó, y su voz tenía un terrible acento cavernoso.

—Y tú también, oh Rana Khan — le contestó Phillip con calma, — sabrás algo más de la obra de esta noche. ¿Cómo es que te atreves a pasar con armas por las tierras del rey emperador? Tu ciudad se encuentra en el lado persa de la frontera. ¿Cómo es que no vives y te quedas allí en paz?

Rana Khan irguióse orgullosamente en toda su estatura.

—Hollo la tierra que por derecho me pertenece. Es bien sabido que la casa de Mazdurabad tiene derechos sobre Mirjwa, provincia que el raj de los cristianos retiene injustamente, y es para hablar contigo de este asunto, oh Westinghouse sahib, que he venido.

Phillip se rió suavemente, y estaba ya a punto de dar a conocer su verdadera identidad, cuando resolvió dejar que jam sahib persistiera en su error.

—Parece que tú sabes más de mí, jam sahib, de lo que yo sé de ti.

—Por medio de espías he sabido que venías a estas tierras — repuso el baluchi sonriendo, — y ahora tengo la certidumbre de que mis servidores me han dicho la verdad. Por tu noble porte te descubro. Tu orgulloso aspecto te delata como descendiente de sangre real. No así tu *compañero*, que es joven y de aspecto débil.

Phillip daba gracias al cielo que Westinhouse ignorara la lengua baluchi; y luego, ignorando por completo los cumplidos de jam sahib, retornó al tema.

—Puesto que te hallas aquí, ¡oh, Ranana sahib! ¿Qué deseas de mí?

Los ojos negros del baluchi se achicaron hasta convertirse en simples puntos, y aunque sus palabras salían suavemente de sus labios incoloros, había en su voz una nota sedosa de amenaza.

—Soy hombre de paz — dijo. — Y me desagrada el derramamiento de sangre. Durante años he buscado, por los métodos pacíficos de la diplomacia, que el gobierno de tu padre reconociera mis derechos, y siempre se me ha echado a un lado con palabras zalameras, prometiéndome que algún día se estudiaría la justicia de mi reclamo. Pero el asunto está allí, y hasta ahora no ha progresado. Los años han transcurrido, y con ellos, las cenizas de mis antepasados han bajado. Hace tiempo que busco la oportunidad de hacer cumplir a tu padre la promesa, y ahora ésta ha llegado. Tan pronto como tuve noticia de tu presencia en esta tierra, me puse en marcha con cien guerreros, todos montados sobre ágiles camellos. Mi intención es la de llevarte prisionero, y mantenerte como rehén, hasta que se me rinda justicia.

Phillip dejó escapar un silbido por lo bajo.

—No haces más que golpear tu cabeza contra una pared, jam sahib — le contestó. — Si persistes en seguir ese camino, la frágil barca de tu poderío quedará despedazada entre las rocas, pero... — y se encogió de hombros, — veo que has puesto tu cora-

(*Continúa en la página 24*)



Cabeza de ratón

Por Fanfreluche

Doña Leocadia — Doña Benita

DOÑA *Benita.* — Mire usted, a mí jamás me han mareado esas cosas... El *Club*, el *Atlantic*, el *Manhattan*, la Rambla, la ruleta, los *diners-dansants*... ¡Letra muerta!... Todo eso está muy bien para los ricachones que pueden tirar mil pesos en un minuto sin que proteste el bolsillo... Y, además, hablando con franqueza, ¿cree usted que yo no me conozco?... ¿Quién soy al lado de las de Unzuain, Anchorilla, Alvar y Ortiz Basildo?... ¡Un mosquito!... Menos aún: un microbio casi invisible... ¿Qué papelón haríamos mis hijas y yo en la Rambla al lado de esas señoronas?... ¡El más triste del mundo!... Nosotros no podemos exhibir trajes de Daquin o de Jatou, ni zapatos de Letellier, ni sombreros de Madeline, y, naturalmente, esa diferencia haría padecer a mis hijas... Porque la gente es así: dime quién te viste... y te diré quién eres. Por nuestra educación, por nuestro nacimiento, podemos alternar hasta con el príncipe de Gales...

Doña Leocadia. — ¡Ya lo creo!... Los Pérez de Pintadillo son de alto linaje.

Doña Benita. — Pues, entonces, ¿a qué hemos de sufrir desaires y desprecios?... "Que no podemos tomar te en el Pacific porque allí sólo va la *haute*... Que en el Club tampoco podemos entrar porque no somos *apellido conocido*... Que las del Manhattan protestarían si mis hijas bailasen en el salón y las llamarían *gentucilla* y *metidas*..." Total, que, en lugar de veraneo, tendríamos un ataque de bilis a diario, eso sin contar con los gastos, dobles o triples, porque en esa playa le cobran a uno hasta el oxígeno que respira... Entonces, yo, que tengo el cerebro muy firme, gracias a Dios, y sé lo qué conviene hacer en toda circunstancia, dije a Lolita y a Tina: "¿Por qué no nos vamos a Playa Verde?... El mar es lo mismo de salado en todas partes, con olas más altas o más bajas: eso es cuestión del viento que sople... Allá, con el dinero que disponemos, seremos reinas, estaremos en el mejor hotel, todos nos atenderán y pasaremos una temporada deliciosa..." Y, efectivamente, aquí nos tiene usted en un paraíso. La "señora y señoritas de Pérez de Pintadillo" figuran en primera fila; Lolita ha dirigido el cotillón con un muchacho Ponce, hijo de un estanciero de los alrededores y, mucho me equivocaré, o ya hay algo entre ellos... ¡Un partido soberbio!... ¡Anda de cabeza detrás de Lolita!... Tina ha conquistado al hijo mayor del dueño del hotel, un inglesito que acaba este año medicina... Los padres contentísimos... Como son gente humilde, ¿qué más quieren ellos que una Pérez de Pintadillo entre en la familia?... Tienen sus buenos chorros, ya me he enterado, y John va a hablarme en estos días... Como si esto fuera poco, las chicas *dan el tono* en la playa... Ya sabe usted que son muy mononas, que se arreglan con gusto, con poquita cosa... El otro día saca Lolita una echarpe que era de mi madre, de moiré negro y brocado rosa, y me dice: "¿A que me pongo esta antigualla para ir esta tarde a la rambla y todas me la copian?" ¡Dicho y hecho! ¡Qué risa!... A los dos días, todas las de Playa Verde andaban con echarpes de moiré y brocado... Ya ve usted, eso es una alegría para nosotras, un triunfo, que no lo hubiéramos tenido en la otra playa... No sólo ha de buscar uno el descanso, el aire puro, sino también esas pequeñas satisfacciones morales y materiales que son lo más sabroso de la temporada... ¡La salsa del veraneo!...

Cuestión de gustos

UNA de las amables socias del Comité de damas para la Protección de los Presos, visitaba con motivo de año nuevo un establecimiento penitenciario, a fin de llevar ayuda moral, en forma de bondadosas palabras, a esos desheredados de la suerte.

—Buen hombre — dijo con simpatía la visitante a uno de los más veteranos reincidentes que por casualidad se hallaba en la cárcel, — el Comité repartirá en estos días pan dulce a los presos. Usted recibirá uno. ¿Qué clase le gusta más? ¿A la milanesa o a la genovesa?

—Como usted prefiera, señora.

—No; dígamelo sin cumplimientos.

-Cualquiera de los dos es lo mismo, señora — y agregó bajando la voz, — con tal que le ponga adentro una lima.

Máximas

RESPETAOS a vosotros mismos y tened confianza en vuestro valer; es el mejor medio de que se lo inspiréis a los demás.

—"Trabaja o muere" es la divisa de la Naturaleza. Si dejáis de trabajar, moriréis intelectual, moral y físicamente.

—Sed apasionados por la exactitud... Veinte cosas a medio hacer no valen lo que una hecha del todo.

—Vuestra vida será la que os hagáis. El mundo no nos devuelve más que aquello que le damos.

—Aprended a sacar provecho de los fracasos.

—Nada vale lo que la tenacidad. El genio vacila, tantea, se cansa, pero la tenacidad está segura de ganar.

EL REHEN

(Continuación de la página 22)

zón en esta empresa. No discutiré contigo. Vosotros sois muchos, nosotros pocos; marcharé contigo.

El semblante de jam sahib perdió su aspecto hosco y se sonrió.

—Así ha hablado el hijo del lord virrey. Si tú marchas conmigo pacíficamente, si me das tu palabra de que no intentarás escapar, no te mandaré atar, ni vigilar tu persona. Sólo que, para tu propia seguridad, necesitaré que vengas ataviado como un noble de esta tierra. Mi pueblo es discípulo del profeta, y su fe en él muy grande. No podría responder de tu seguridad si alguna vez llegaran a sospechar de la presencia de un infiel en su ciudad sagrada.

—Haré todo como lo has ideado — repuso Philip. — ¿Y qué has resuelto de mi amigo?

—Tu amigo — contestó el jam sahib, con desprecio en su voz, — queda en libertad de partir cuando le plazca; no es nada más que un chota sahib sin importancia. Si es ese tu deseo, puede llevar una carta a tu honorable padre, dándole a conocer lo que te ocurre. No pongo límites a lo que escribas, y respetaré tu sello, pero sí espero que no tardes mucho. El camino es abrupto y largo, y debo cruzar mi propia frontera antes del alba.

Una hora más tarde, Phillip, ataviado con las pintorescas vestimentas de los jefes baluchis, penetró en la habitación para dar a su amigo el adiós de despedida.

—Aquí está mi engaño — le dijo alegremente, entregándole un sobre cerrado y sellado. — No se aflija por mí, estaré bien; usted vaya a Mirjwa e informe lo ocurrido. Hobhouse y su cuerpo de camellos pronto echarán las cartas en el juego que inclinará a nuestro favor.

El hijo del virrey presentaba un aspecto avergonzado y triste.

—Ha sido usted muy bueno al tomar todo esto a su cargo, mi amigo; yo creo que no me hallo a la altura de las circunstancias, pues debería estar en su lugar.

Los aros de oro relumbraron en sus orejas al mover Phillip su cabeza cubierta con un turbante.

—No sea usted tonto — le contestó secamente; — no trate de hacer nada de eso, porque de lo contrario el cielo sabe en qué apuro nos pondrá. Los caudillos baluchis son muy feroces cuando se sienten engañados. Si usted pretende ser lord Westinghouse, a último momento Rana Khan, con toda seguridad nos responderá, llevándonos a ambos al cautiverio.

—Pues yo me siento cohibido — dijo Percy, sometiéndose a la lógica. — Parece que yo nunca puedo hacer otra cosa que no sea poner en apuros a hombres de más valer que yo.

Phillip descansó su mano sobre el hombro del muchacho, y luego le contestó en tono bondadoso.

—Esto no me causa ninguna molestia; es el juego que comprendo y que me agrada, y creo que usted no querrá privarme de mi última aventura antes de que me pierda en las tinieblas del ostracismo.

Parcy le estrechó la mano efusivamente.

—Adiós, viejo amigo — le dijo. — Que la suerte lo acompañe, y confíe en que yo acudiré en su socorro antes de una semana. Lo haremos aunque el gobernador tenga que movilizar para ello todo el ejército de la

Phillip dióse vuelta con el pie en el estribo.

—No se apresure demasiado — le contestó. — Recuerde que se halla en Baluchi; estas gentes están acostumbradas a moverse en forma lenta y tortuosa para llegar a sus fines. No comprenden la premura. Además — agregó conriendo astutamente — no tengo prisa alguna para regresar.

Sin esperar a que lord Westinghouse contestase, agitó las riendas de su camello y silbando por lo bajo, hizo que el animal se pusiese en movimiento. Las notas claras y vibrantes de un clarín hendieron el aire silencioso de la noche.

La larga columna se puso en movimiento en medio de un profundo silencio con el jam sahib y su prisionero a la cabeza; ambos conversaban amigablemente mientras marchaban, y, para el joven lord Westinghouse, se hallaban en las mejores relaciones amistosas.

Percy contempló la caravana alejarse hacia el Oriente hasta que el desierto la hizo perder de vista, y entonces regresó a la habitación envuelto en profundos pensamientos.

II

La media noche sorprendió a la caravana atravesando la frontera, después de haber dejado atrás las tierras de Beluchistan. Ante ellos, abruptas y peligrosas, alzábanse las montañas de Mazduristan, iluminadas por los pálidos rayos de la luna.

Desde ese punto en adelante, el avance resultaba dificultoso y lento. Rana Khan había hecho apresurar sus camellos, y, las bestias, pacientes, comenzaban a dar señales de fatiga. Muchos de los jinetes veíanse obligados a desmontar para conducir a sus animales, rengos y temblorosos por los senderos escarpados, mientras otros se dejaban caer para no levantarse más. Era una caravana fatigada y espectral, la que entró en las primeras horas del alba en Silptana, una pequeña ciudad fronteriza que pertenecía a Jam Sahib.

La caravana hizo hincar sus camellos frente a los muros; luego Jam Sahib, haciendo señas a su prisionero de que lo siguiese, lo condujo al interior de la torre Baluchi, cuadrada, que se hallaba ubicada en el centro del pueblo.

—Aquí, Westinghouse Sahib — le dijo, pasaremos la noche. — Aquí mis guerreros se dispersarán hacia las moradas; estoy en mi propio país, donde todos son mis amigos. Rana Khan no necesita ningún guía para conocer su camino, ni vigilancia para guardarlo; su seguridad personal forma la devoción y el amor de su pueblo — y se sonrió amablemente. — Y ahora te ruego me disculpes; estás cansado y necesitas reposo. Yo tengo asuntos de estado que atender; e hizo entrega de Pilliph a un diwan de barba negra, encargando al ministro que se ocupara de atenderlo.

—Nazril Khan — le explicó Jam Sahib — es un sirviente de confianza de nuestra casa. Estarás tan seguro a su cuidado como si yo montara en persona la guardia a la entrada de tu cámara. Además, puedes hablar con libertad delante de él; goza de mi entera confianza.

Phillip fué conducido por el diwan a una cámara agradable, que se hallaba ubicada en lo alto de la torre; en la habitación había un gran diván, una alfombra antigua cubría el piso, y sobre pequeñas mesas se le sirvieron alimentos, y había también allí un vestido de seda perfumada con el cual descansaría durante la noche. Mientras Pilliph terminaba su comida, el viejo diwan sentóse frente a él sobre un escabel. El prisionero, notando que su guardián se hallaba en disposición de hablar, le hizo preguntas concernientes a lo que se pensaba al día siguiente.

El viejo le contestó tristemente:

—Los que Alá desea destruir, primero los torna locos. Mi señor, el Jam Sahib, ha despachado a sus guerreros. Nadie permanece en esta ciudad más que su excelencia y yo, la hija de Jam Sahib, la Shah-Zadi (princesa) Pretiva Kor, y un escuadrón de la guardia real. Mañana iremos a caballo hasta la capital.

En vano he querido hacerle comprender a mi señor la locura de esta empresa; su oído se ha hecho sordo. Creyéndose seguro en sus colinas, le parece que puede desafiar al mustatab (gobernador). Pero no comprende el poder del imperio. El brazo del gobernador británico es muy largo, y su espada, afilada. Con toda seguridad que seremos perseguidos, alcanzados y ultimados. Lloro por la antigua casa de Rana Khan; yo temo que la obra de esta noche conduzca a la destrucción de su reino.

Phillip, después de terminar la comida, encendió uno de los excelentes cigarros que le diera Rana Khan, y sentándose al estilo nativo en cuclillas sobre un diván, hizo preguntas al diwan concernientes a la hija del Khan.

—Usted me ha hablado de una princesa, la Shah-Zadi, que viajará en nuestra compañía, ¿pero no le parece que es extraño que la noble hija de un rey deje su escondite del Zenana para montar a caballo en plena luz?

El viejo se encogió de hombros.

—Las ideas de Rana Khan son extrañas; aunque es un amo bondadoso, y un príncipe amado de su pueblo, a veces temo que sea uno de los que Alá quiere demasiado. La joven, en realidad no es princesa, pero a mi señor le agrada llamarla por el título real de Shah-Zadi.

—Alá ha dotado a mi señor de muchos dones, pero también le proporcionó una gran tristeza. Ni la Bebi ni sus esposas más inferiores le han dado hijos ni hijas. Por esta causa el señor las odia, y las ha apartado de su vista, aunque todavía les concede el rango y dignidad que le corresponden por su situación.

—Durante muchos años mi señor vivió soltero, pero por último su favor cayó sobre una bailarina, hija de los blancos georgianos, a quien un capitán persa apresara en su raid, vendiéndola junto con otro botín de guerra en los mercados de Teheran. Mi señor, el Jam Sahib, compró esta niña a precio de oro, y la llevó para convertirla en su esposa secreta. A ella dedicó todo su amor, y en su oportunidad le dió una hija. Esta chica, Pretiva Kor, la Shah-Zadi, es el tesoro de su padre, y su única alegría y consuelo puesto que la madre murió al darle el ser y desde entonces el príncipe aborrece las mujeres.

—Viendo la mano de Alá en la muerte de la bailarina, se ha resignado a bajar a la tumba sin más prole y sin un hijo que herede su trono; desde la muerte de su esposa ha depositado todo su afecto en su hija. La Zhah-Zadi va a todas partes junto con él, pues el Jam Zahib no puede tenerla lejos de su vista; y ella siempre lo divierte con su alegre charla y sus travesuras; además, siendo mujer, sabe cómo hacer para someterlo a sus deseos. El Khan de hierro es como cera en sus delicadas manos.

—En mi país también suceden estas cosas — dijo Phillip sonriendo — cuando un hombre en el ocaso de su vida recibe el don de una hija. Las costumbres de las mujeres son idénticas en todas partes del mundo.

El viejo diwan incorporóse lentamente.

—El señor está fatigado — dijo con quieta dignidad. — La noche avanza. Lo dejaré para que descanse, a fin de que se encuentre fresco para su jornada de mañana.

Tan pronto como Nazril Khan se hubo alejado, Phillip, sin tomarse la molestia de desvestirse, se echó sobre el muelle diván para descansar su cuerpo fatigado.

III

Phillip Hatfield permaneció como amodorrado varias horas, y le parecía que apenas su cabeza tocara la almohada, cuando se sintió de pronto despertado por fuertes gritos en las calles adyacentes, y el eco de disparos de fusilería en las colinas.

Nazril Khan, el diwan, se hallaba de pie al lado de su diván; el anciano ministro temblaba de terror.

—¡Despiértese! — gritó con voz ronca y cavernosa. — ¡Despiértese!, ¡oh, hijo de reyes! Ha sucedido lo que había previsto, los secuaces del infiel se hallan frente a nuestras puertas, y piden se les dé paso en una voz que no permite se les desoiga.

Tirando el cobertor lejos de sí, Phillip púsose de pie.

—Mi amigo no ha perdido el tiempo — repuso, y en su voz se notaba una sombra de disgusto.

—Tu amigo ha demostrado ser un mensajero veloz — asintió el diwan. — Sus guerreros nos siguen de cerca. El Jam Sahib ya ha partido con su hija. Es su deseo que yo lo conduzca a usted fuera de la ciudad por un pasaje secreto que pasaba debajo de sus muros. Si usted se compromete a no intentar la fuga, no lo ataremos. De lo contrario, tendré que cargarlo de cadenas.

—Mi palabra está ya dada — repuso Phillip con calma — y no la alteraré.

Nazril Khan condujo a su prisionero por pasajes obscuros y desviados, por las tortuosas calles de aquella antigua ciudad, hasta que llegaron a un lugar en que un túnel abrió su angosta boca en el macizo muro de ladrillos calcinados.

El pasaje, con un suave declive, olía a musgo, a humedad y a tumba; tan angosto era el pasaje, que las paredes cubiertas de liquen rozaban los anchos hombros de Phillip al pasar.

Sin otra cosa que la parpadeante luz de una antorcha para guiarlos, avanzaban lentamente. El alba comenzaba a despuntar, fría y gris, sobre las yermas colinas; y las estrellas titilaban, pálidas, cuando volvieron a aparecer al aire libre en un punto situado a un kilómetro de distancia de los muros de la ciudad.

En la boca del túnel esperaban dos "sewars" de la guardia personal de Jam Sahib, conduciendo entre ellos un espléndido caballo árabe, atalajado en cuero escarlata, y frenos de oro.

—Aquí lo dejo — dijo el diwan. — Es el deseo del Nabab Sahib que yo regrese a la ciudad y abra las puertas al sahib comisionado al salir el sol. Para entonces, si lo quiere Alá mi señor estará seguro entre sus guerreros.

Mientras Phillip marchaba a caballo, pidió noticias del caudillo.

—No sabemos cómo nuestro señor ha marchado — repuso el hombre. — Poco después que nos dejó, oímos el eco del combate en el pasaje, seguido luego del silencio, Ninguno de los que formaban la escolta del Nabab Sahib ha regresado a la ciudad.

Marchando escoltado por los dos "sewars", uno delante y otro detrás, Phillip galopaba por una garganta rocosa. El malva y naranja desaparecían del horizonte a medida que avanzaba la mañana, pero al descender al llano, presenció un extraño espectáculo.

El carro purdah de la princesa Pretiva Kor yacía a un lado del camino con una rueda rota, que le imposibilitaba proseguir. El Jam Sahib estaba en el centro de la carretera, pálido bajo su piel cobriza; en su mejilla se veía una herida cortante de la que manaba abundante sangre. Un brazo, quebrado e insensible, colgaba sostenido por una tira de algodón. Delante del caudillo estaba arrodillada la princesa, con un pálido rostro escondido entre las manos, llorando silenciosa. Al lado de la joven encontrábase un guerrero de porte adusto, con su brillante tulwar levantado encima de su delicado cuello, listo para descargar el golpe.

Phillip saltó de su cabalgadura.

—¿Qué haces, Jam Sahib? — exclamó horrorizado. — ¿En qué te ha ofendido esa niña para que le quites la vida?

El Jam Sahib contestó con aire grave:

—La niña no ha hecho nada. Es por causa del gran amor que por ella siento, que debe morir. Yo no quiero que el deshonor caiga sobre ella. Puedes ver por tus propios ojos lo que le ha ocurrido a su carro. Yo estoy triste, y fuí herido en la batalla librada aquí en el paso. Me siento desmayar por la pérdida de sangre, de lo contrario la habría conducido en mi montura. Por las leyes de nuestro país, si una mujer es tocada por la mano de un hombre que no sea de su propia sangre, queda para siempre maldecida. Por esta causa no puedo confiarla a ninguno de mis guerreros. Debe morir; es preferible la muerte al deshonor.

El largo tiempo que pasara en la frontera le había enseñado a Phillip a proceder con prontitud. Dando un salto hacia adelante, ágil como un gato, arrancó el revólver de la funda que llevaba el Jam Sahib en su cintura, y luego, colocando el caño contra su sien, habló con calma:

—Jam Sahib — le dijo. — Mi juramento me impide dar vuelta esta arma contra ti. Pero no hay deshonor si la empleo contra mí. Si haces daño a un solo cabello de esta niña, me descerrajaré un tiro. Piensa bien antes de obrar. La muerte nada implica para mí que estoy cansado de la vida, pero para ti y tu gente, mi muerte vale todo el oro que encierras en tus arcas. De mí sólo depende tu seguridad. Una vez que yo haya muerto, han desaparecido todas

las probabilidades de llegar a un entendido con el Raj.

Rana Khan quedó unos instantes pensativo, y luego contestó, no sin que en su voz se notara un tono de bondad.

—Tú eres un hombre bravo, Westinghonse Sahib, un hijo digno de su honorable padre. Yo no permitiré que mueras por tu propia mano. Es una muerte vergonzosa para un guerrero. Ahora escucha bien: si lo quieres, puedes salvar la vida de la niña.

—¡Habla! — le contestó Phillip, todavía con el caño del revólver apoyado en la sien.

El Khan Sahib se acercó.

—Perdonaré la vida de la niña si la llevas para que sea tu esposa en secreto. Así sólo su castidad podrá ser preservada, pues no es un deshonor para la mujer el ser llevada en brazos de su esposo a lugar seguro.

Phillip elevó sus cejas sorprendido.

—¿Darás tu hija a un infiel? ¿Eres un creyente verdadero, un hijo del profeta?

El Jab Sahib le contestó con calma:

—El poderoso Akbar se casó con una niña cristiana, no encontrando vergonzosa esa unión. Tú eres un poderoso guerrero fiel a tu promesa y a tu palabra. Eso es bastante.

Phillip, riendo, movió la cabeza, y luego habló en un tono que se acercaba mucho a la desesperación.

—Tomaré a Pretiva Kor en secreto como mi esposa, pero antes debo verle las facciones.

El Jam Sahib se sonrió extrañamente.

—No es la costumbre en esta tierra que el futuro marido vea la cara de su esposa antes de que se hayan realizado las nupcias; pero desde el momento que has respondido noblemente en la hora crítica, no haré hincapié en lo que, al fin y al cabo, no es más que un simple detalle.

Dióse vuelta y dirigió la palabra a los guerreros, diciéndoles:

—Pónganse de espalda y cúbranse los rostros con las manos. Contemplar la belleza de la princesa será la muerte.

Cuando los guerreros de la escolta se hubieron retirado, el Jam Sahib tomó a su hija de la mano y la ayudó a ponerse de pie.

—Niña — le dijo; — tú has oído los deseos de este noble Khan. Descúbrete el rostro para que tu desposado pueda contemplarte las facciones.

Pretiva Kor contestó, y su voz era dulce y musical.

—Escucho, ¡oh, padre!, y al escuchar obedezco.

Con un rápido y ágil movimiento aflojó los broches que sujetaban su velo, dejando que esa nube de suave muselina en que se hallaba envuelta cayera al suelo gentilmente. Phillip, al fijar en ella sus miradas por la primera vez, notó que era muy joven y divinamente bella.

La temblorosa criatura que estaba frente a él era una niña de quince primaveras. En Inglaterra habría sido considerado sólo una chica, demasiado joven para casarse; pero en el clima exótico de Oriente, donde las mujeres maduran muy temprano y se ajan igualmente pronto, su delgada figura hacía entrever las graciosas curvas de una precoz feminidad.

Su piel aterciopelada era de color blanco crema, y suave como el más fino damasco, herencia de su madre. Pero el fuego que ardía en sus ojos y el rojo granada de sus labios denunciaban la raza de su padre.

Movíase con la agilidad de un cachorro de pantera, y sus manos y pies eran diminutos. Su cabello negro reluciente recordaba las tinieblas aterciopeladas de las noches orientales.

La joven estaba vestida al estilo de las bailarinas baluchis; su pollera de seda tenía el tono suave de las malvas, y una echarpe de seda rodeaba su delgado talle. Sus brazaletes resonaban suavemente a cada uno de sus movimientos.

El Jam Sahib esperó hasta que su prisionero se hubo repuesto de la sorpresa que le causara la contemplación de semejante belleza, sólo soñada en los romances, y luego habló con voz calma.

—Has visto con tus propios ojos la hermosura de esta niña. La decisión está en ti. ¿Debe casarse o morir?

—Si tu hija lo desea, la haré mi esposa — repuso Phillip gentilmente.

—Mi hija consiente — contestó el Jam Sahib frunciendo el ceño. — Yo hablaré por ella. En este país es el deber de la doncella aceptar el esposo que su padre elija.

Phillip, sin hacer caso a las palabras del Jam Sahib, le habló a la joven.

—¿Consientes que te haga mi esposa? — le preguntó. — Yo no quiero tomarte por mujer contra tu voluntad.

En los ojos de la niña brillaba una mirada de resignación, mientras sus rojos labios balbuceaban:

—Tú eres mi señor, mi vida, mi luz... yo soy tu esclava.

Rana Khan tomó a su hija brutalmente de la muñeca.

—Pongamos fin a estos cumplidos — le dijo. — El tiempo apremia. — Y luego, cubriendo la graciosa cabeza de la niña con el velo, llamó al jefe de sus guerreros para que actuara de testigo.

—Aunque la niña es de mi misma sangre — le explicó — es, no obstante, una esclava, hija de esclava. Tú no puedes casarte con ella en la forma de costumbre, pero puedes comprarla con dinero.

Phillip, introduciendo la mano en uno de sus bolsillos, extrajo un puñado de rupias.

—Esto es todo lo que poseo — le dijo — y me temo que no alcance.

El Jam Sahib se sonrió.

—Un cobre es todo lo que se necesita — repuso. — No es más que un formulismo para cerrar la transacción ante la ley — y dejó caer la moneda sobre el contrato; en seguida puso la mano blanca de su hija en la de Phillip.

—Tómala — le dijo. — Desde ahora en adelante será tu mujer, en secreto, sólo que no debes tardar en llevarla, porque cada minuto que demoremos aquí puede sernos fatal.

Phillip atrajo hacia sí aquella figu[ra de]liciosa, y alzándola sonriente la col[ocó en] su caballo árabe.

Poco después oíase el eco de un d[...] en la quietud del lugar. Un mensaj[ero de] la vanguardia, galopó hasta el cost[ado de] su señor, con el rostro descompuest[o por] el terror.

—¡Jahan-Panah (majestad), vivid [eter]namente! — exclamó. — Los sawa[rs del] comisionado se hallan en el camin[o...] está cerrado para nosotros. Estamo[s ven]cidos... ¡traicionados!

—Jam Sahi[b] — intervino Phill[ip] —. Tú me has t[ratado] como un homb[re ho]norable, y yo [te sal]varé la vida.

—Eres mi h[ijo] — repuso el viej[o gue]rrero Baluchi. [...] lo que puedas [...] recuerda que r[...] mitiré que me [...] vivo.

IV

—¡Usted! — [excla]mó Hobhouse, [...] tán del cuerpo [...] mellos al recor[...] Phillip Hatfiel[d...] los pliegues [...] de su pugri. — [...] está haciendo [...] traje extraño?

Las faccion[es de] Phillip adqu[irieron] una expresión [...]

—¿Puedo p[regun]tar — repuso [...] que hace usted [...] lear contra el J[am Sa]hib, que es un [...] po amigo y aliado del Imperio?

—Esto es incomprensible — replic[ó Hob]house, — si se tiene en cuenta que [...] nido para sacarlo de su apuro. Tan [pronto] como Westinghouse me informó que [había] sido llevado como rehén, me puse e[n mar]cha para rescatarlo.

—Debo decir que se ha apresurad[o...] bastante — le contestó *Phillip*.

Hobhouse le indicó a un *caballero* [de ca]bello gris y porte majestuoso que ca[balga]ba a su lado.

—Este es sir John Flanton, del c[...] del virrey. El asunto de la provin[cia de] Mirjwa ha quedado solucionado, y [...] ha ordenado que vaya a Mazdur[...] comunicar la noticia al Jam Sahib [...] éste ha procedido torpemente y ah[ora tal] vez pierda su trono.

—El Jam Sahid no ha hecho d[año al]guno; ustedes son los agresores, no [...] Y comenzó a hacerle el relato de [lo ocu]rrido.

* * *

El silencio reinaba en torno.

—Parece, Hatfield Sahib, que [...] engañado — dijo el Jam Sahib mi[rando a] través de la ventana de su palacio l[as mez]quitas y los jardines que lo rodeal[ban]. Y por eso estoy disgustado, pero al [mismo] tiempo lo perdono. De haber estado [en su] lugar, habría hecho lo mismo.

—Ahora escuche bien lo que ten[go que] decir.

—Yo soy viejo. La nueva gran[...] cia que Allah, con su sabiduría h[a agre]gado a mis dominios es una carga [dema]siado pesada para mis hombros. [...] un ministro sabio, que me acompañe [...] es el hombre indicado. Ha demostr[ado ser] fiel a sus promesas. ¿Quiere ser [mi Di]wan, mi ministro y mi vocero? ¿[...] gobernar este reinado en mi nomb[re para] que pueda yo gozar de la tranquili[dad en] mis últimos años?

—Seré su Diwan—repuso Philli[p—, y por] el gran amor que siento hacia su [hija, le] serviré fielmente toda mi vida.

¿Se encontrará la piedra filosofal?

Por Jacques Forbin

Sólo en los últimos años del siglo XVIII, la *alquimia*, agonizante, cedió su puesto a la joven pero ya triunfadora *química*, hija del gran sabio Lavoiser.

La *alquimia*, nacida en el antiguo Egipto, nos fué transmitida por los árabes a raíz de las incursiones que éstos hicieron por España y en el sud de Francia en los siglos VII y VIII de nuestra era.

Durante toda la Edad Media Cristiana ese arte fué una de las principales preocupaciones de los filósofos más renombrados de la época.

La alquimia tenía dos grandes fines: el primero era buscar un remedio que curase todos los males físicos que padece la humanidad; esta especialidad farmacéutica, llamada a obtener gran éxito en caso de ser descubierta, había sido bautizada de antemano con el pomposo nombre de *panacea universal*.

El segundo objetivo era la transmutación de los metales en oro.

Un polvo o *piedra filosofal* debía ayudar a la operación. Inútil es agregar que nadie ha encontrado aún la composición de ese producto que convertiría a su autor en el hombre más rico del mundo, causando la envidia de los multimillonarios yanquis y maharajahs hindúes.

Examinemos un poco cuáles eran las doctrinas de los alquimistas. No distinguían más que dos categorías de metales: los *nobles*, como el oro y la plata, y los *imperfectos*, que eran los demás.

Consideraban que todos esos cuerpos estaban compuestos de los mismos principios y que sólo se diferenciaban por el estado más o menos grosero del azufre y del mercurio que contenían, lo que los alejaban más del más noble de los metales, el oro.

Bajo la influencia de la piedra filosofal, un metal *noble* puesto en contacto con un metal *imperfecto* debía comunicarle su perfección. Todos los trabajos que tendían a la búsqueda de la maravillosa piedra tomaban el nombre de *Gran Obra*. Doctos y escolares sólo hablaban de ello en voz baja, y era porque a los crisoles y retortas se mezclaban fórmulas mágicas.

El alquimista estudiaba las ciencias ocultas y algunas palabras cabalísticas acompañadas de gestos misteriosos, debían atraer la feliz protección de las potencias sobrenaturales.

Por ridículos que puedan parecernos esos sabios de la Edad Media hay que reconocer que son ellos los que amasaron uno a uno los materiales de que se sirven aun nuestros modernos químicos.

Trabajando en su *Gran Obra* descubrieron los ácidos clohídrico, nítrico, sulfúrico, los álcalis, el alcohol, el éter, etc.

En el siglo XVI empezó para la alquimia, como para todas las instituciones de la Edad Media, el período de decadencia. Sin embargo, conservó aún gran número de adeptos hasta fines del siglo XVIII.

En esta época, los descubrimientos de Lavoisier arruinaron definitivamente la doctrina alquímica. Sus experimentos, llevados con riguroso método científico, libres de todos los ensueños místicos que habían impedido a sus predecesores el progresar, le condujeron al descubrimiento de muchos *cuerpos simples*.



Los cuerpos en los cuales el análisis químico revelaba la existencia de varios de esos *cuerpos simples*, tomaron el nombre de *cuerpos compuestos*.

El agua, por ejemplo, es un cuerpo *compuesto* de dos cuerpos *simples*: oxígeno e hidrógeno.

El objeto de la química fué desde entonces no la persecución quimérica de la *panacea universal* y de la piedra filosofal, sino el estudio de las propiedades de los diferentes cuerpos y de las reacciones que tienen unos sobre otros: el *análisis* de dichos cuerpos (es decir, la búsqueda de los elementos, que los componen) y su *síntesis*, que es la operación inversa; partiendo de los cuerpos simples reconstituir el cuerpo compuesto.

En los últimos años del siglo XIX el ilustre químico francés Berthelot realizó grandes estudios que publicó en 1893 en un libro titulado: *La química en la Edad Media*.

En esta obra, Berthelot, pasando por el tamiz de la ciencia moderna las doctrinas alquímicas sobre la constitución de la materia, sacó en conclusión que algunas partes de esas doctrinas no están en contradicción con las más recientes teorías.

El principio fundamental sobre el cual se apoyaban los antiguos filósofos era el siguiente: la materia es *una* por la substancia, *diversa* por las cualidades.

Los alquimistas creían poder despojar una substancia dada de sus cualidades primas, revistiéndola de cualidades nuevas.

Los descubrimientos hechos posteriormente no han hecho sino reforzar las opiniones emitidas por Berthelot. Primero fueron los experimentos de Becquerel; luego, la transformación del radio en otros dos cuerpos simples, comprobada en 1899 por Curie, quien dió el primer ejemplo de la transmutación de los metales.

¿Es decir que podremos transformar algún día el plomo en oro? No nos atrevemos a afirmarlo, pero dado el estado actual de la ciencia, nadie puede sostener que la piedra filosofal sea una quimera.

La promesa del verdugo

Por Jacques Dalby

Era en el invierno de 1741. Tres jóvenes, nobles y de una alegría un poco impertinente, habían pasado la noche en una casa de ese barrio que debía llamarse más tarde el faubourg Poissonnière y que formaba parte de la *ciudad exterior*.

Aquella noche, el cielo y la tierra se confundían en una misma obscuridad; la lluvia caía a torrentes y como los jóvenes no tenían la cabeza muy serena, a causa de las continuas libaciones, se extraviaron. El terreno empapado, resbaladizo y lleno de lodo, hacía la marcha dificultosa y ya iban a encomendarse al diablo para que los sacase del apuro cuando advirtieron al final de una calle una casa muy iluminada de donde salían risas y músicas. Al acercarse vieron por las ventanas pasar varias sombras; había baile en la casa.

Con repentina inspiración, los jóvenes llamaron con gran estrépito a la puerta. Un lacayo fué a abrir y le encargaron transmitiese sus nombres al dueño de casa diciéndole que querían entrar a bailar.

A poco apareció un hombre como de treinta años, de rostro agradable y digno aspecto. Con frases amables hizo saber a los visitantes que aquel baile se celebraba en ocasión de su matrimonio y que se vería muy honrado en recibirlos en su casa...

—Pero — agregó con sonrisa singular, — la sociedad que encontraréis aquí no es quizás digna del honor que le hacéis.

Los jóvenes, decididos a divertirse a expensas de aquellos burgueses, contestaron que el honor sería para ellos, que los buenos modales del dueño de casa revelaban a un hombre de alta posición, e insistieron en entrar.

Al verlos en el salón una ligera contrariedad se pintó en el rostro de los asistentes; pero como la música era excelente, el buffet exquisito y las muchachas bonitas y amables, los jóvenes no pensaron sino en divertirse y bailaron toda la noche.

Uno de ellos, sobre todo, que llevaba el uniforme del regimiento irlandés de Dillon y que llamaba la atención por su varonil belleza, se mostró sumamente alegre: aquel joven oficial era el conde de Lally-Tollendal.

Al amanecer fueron retirándose los invitados, y los jóvenes iban a hacer lo mismo cuando el dueño de casa, siempre sonriente, les preguntó si no tenían curiosidad de conocer la profesión del hombre en cuya morada se hallaban. Y como lo mirasen asombrado ante aquella insistencia, agregó:

—Mi nombre es Carlos Juan Bautista Sanson; soy verdugo, y casi todos los señores que habéis visto aquí ejercen la misma profesión.

Dos de los jóvenes demostraron abiertamente su desagrado ante aquella revelación, pero el conde de Lally-Tollendal se echó a reir, diciendo:

—¡Qué suerte tengo!.. Desde hace tiempo deseaba conocer al que decapita, ahorca, quema y destripa a tanta gente.

Y luego pidió al verdugo que le enseñase los diversos instrumentos de su oficio



Lally-Tollendal, nacido en Romans (Ardeche), en 1702, acusado de traición y decapitado en 1766.

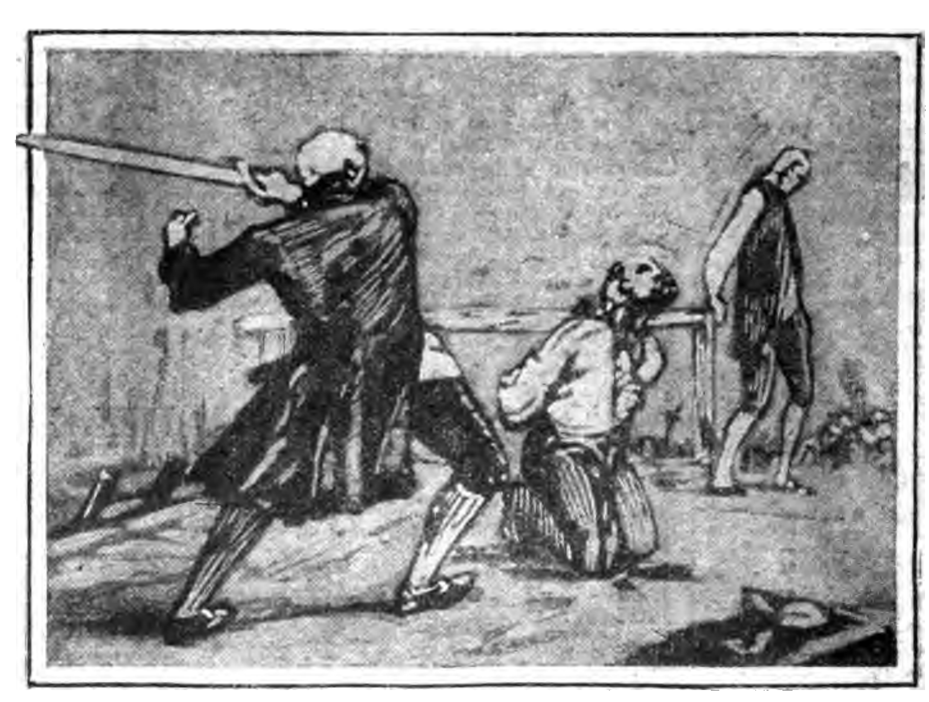
Sansón los llevó hasta su *arsenal* en donde se alineaban al lado de los instrumentos de tortura, los de muerte propiamente dichos. Entre éstos se hallaba la espada de la justicia, reservada para los reos de sangre noble.

Era muy pesada, con el puño de hierro forjado; la hoja, fina y larga, acanalada en el centro, tenía grabada la palabra: *Justicia*.

Lally-Tollendal la tomó, hizo algunos molinetes que probaban el vigor de su brazo y preguntó al verdugo si con aquella espada era capaz de separar la cabeza del tronco de un solo golpe.

—Ciertamente — repuso Sanson.

Y agregó riendo:



La ejecución de Lally-Tollendal.

Cinq-Mars y Rohan tentase a Vuestr ñoría, me comprometo a no hacerle s y a cortarle la cabeza de un solo taj

—Os tomo la palabra — dijo Lally do también.

Y después de una cortés despedid jóvenes se alejaron.

* * *

Treinta y cinco años más tarde, el de de Lally-Tollendal, injustamente a do de haber traicionado a Francia India, era condenado a muerte.

Sanson, debilitado por los años y l fermedades había delegado sus fun en su hijo y vivía retirado en los alr res de París.

Pero cuando supo la condena, la *sin* promesa que había hecho antaño al oficial se le vino a la memoria y juzg su honor exigía que la cumpliese.

El día fijado para la ejecución ver a su hijo e insistió en acompañ la Bastilla llevando en su vaina de roja la espada que Lally había tenido atrás en sus manos.

Si hay que creer a Henry Sanson, timo descendiente de los Lally-Tollend conció al anciano cuando se arrodill ra besarle la mano.

Habían amordazado al conde a fin d gar sus gritos y sus protestas de i cia y también para que no hablase a blo y éste se inclinase a su favor. P la vista del verdugo pareció calmarse prestó pacientemente a *la* toilette fú

Llevado al pie del cadalso, el viejo son hizo señas a sus ayudantes de qu tasen la mordaza al condenado.

—Monseñor — dijo, — podéis habl bremente.

—Es ya muy tarde para hablar a hombres — respondió *Lally-Tollenda* sólo quiero hablar a Dios.

Hizo en voz alta una *carta-oración*, que pedía al *cielo* demostrase su inoc después de su mu Luego se sacó el c co que era de tejido chado de oro con bo de rubíes y se lo e gó a Sanson, pidié que lo conservar recuerdo de un de ciado.

Como llegase el tante de la ejecució viejo verdugo se a al reo y le dijo co temblorosa:

—Monseñor, soy viejo y muy débil cumplir la promes os hice, pero mi hi cumplirá por mí.

Lally-Tollendal l con la mano una de asentimiento, y viéndose hacia el verdugo ordenó:

—¡Vamos, herid!

El ejecutor de la ticia levantó la esp la bajó con todas fuerzas, pero la ho desvió sobre los ca y sólo cortó la man la, arrojando hacia al conde. Este dió ta la cabeza y diri viejo Sansón una mirada tan llena d rror y de reproche que el anciano ar la espada a su hijo y de un solo golp paró la cabeza del tronco, como lo l

EL CHEQUE

Por
CARLOS DIGBY



GARRET Ponsonley, hombre de situación considerablemente holgada, vivía en un departamento del barrio elegante de Potts Point, en Sydney, y se le suponía financista. La suposición era correcta, pero los métodos de sus empresas financieras distaban mucho de ser los corrientes.

Los estafadores de Sydney gozan de la más alta reputación como profesionales no sólo en Australia, sino también en los círculos policiales de los principales países. Algunos de ellos han emprendido grandes operaciones muy productivas en resultados financieros, y, no obstante, continúan como miembros del público en general, exentos de toda sospecha. Pero cuando Garret Ponsonley sacrificó su anónimo criminal, ya tenía las impresiones digitales registradas en el archivo del departamento de investigaciones.

Un sábado, pocos minutos después de mediodía, un hombre de unos cuarenta años, irreprochablemente vestido, y de innegable aspecto distinguido, penetró en la importante joyería de Sapphires Limitada, en la calle Hunter, de Sydney.

Ponsonley deseaba — dijo — adquirir un anillo para un regalo y eligió uno cuyo precio era de 75 libras. No tenía en efectivo la cantidad necesaria, y, como era sábado, los Bancos estaban ya cerrados. Sus razones fueron consideradas satisfactorias y se le aceptó un cheque.

Minutos después entraba a un restaurant cercano, se sentaba a una mesa un tanto apartada y pedía el almuerzo.

Cuando le trajeron la sopa, Ponsonley puso la mano en el brazo del mozo.

—Oiga — dijo, enseñándole su reciente adquisición. — Deseo venderle este anillo. Lo he comprado hace diez minutos en lo de Sapphires, por 75 libras que he pagado con un cheque. Ese cheque no será pagado. Necesito dinero inmediatamente. Lo vendo el anillo por 15 libras.

Y dejó el anillo en la mano del mozo, quien, en razón de su oficio, no manifestó sorpresa.

—Examínelo — continuó Ponsonley. — En seguida se dará cuenta de su valor.

El mozo se dió cuenta, en efecto, de que la joya valía varias veces más que el precio que se le pedía. Pero no atinaba a comprender por qué el cliente le había confesado, sin necesidad, lo del cheque fraudulento.

—Oiga, mozo — insistió Ponsonley, terminando la sopa. — Le he dicho que necesito dinero. Lo necesito con toda urgencia. Deme 10 libras y quédese con el anillo.

—Le contestaré dentro de un momento — replicó el mozo, retirando el plato vacío de la sopa.—Se dirigió a la cocina en busca del pescado. Una vez en la cocina explicó la curiosa oferta al dueño del hotel, quien decidió telefonear en seguida a la joyería de Sapphires. Así lo hizo, dando detalles, con el resultado de alarmar al establecimiento de joyas. Desde éste telefonearon a la policía. Y fué así cómo, mientras Garret Ponsonley, tranquilo y distraído daba fin a su almuerzo, Ellis Parkinson, gerente de Sapphires Limitada, aguardaba febrilmente la llegada de un detective para que le acompañara al restaurant y detuviera al estafador.

La tranquilidad de Ponsonley apenas se alteró cuando el gerente de Sapphires, acompañado por un individuo alto y robusto, entró en el comedor y se dirigió resueltamente a la mesa que él ocupaba.

—¿Es éste el hombre — preguntó excitadamente Parkinson al mozo — que le ofreció en venta un anillo por 10 libras y le dijo que lo había comprado en casa de Sapphires pagándolo con un cheque sin valor?

—Sí — replicó el mozo. — Y tiene el anillo en el bolsillo.

—¡A ver el anillo! — dijo severamente Parkinson, dirigiéndose a Ponsonley.

Este último, en el primer momento pareció indignarse, pero, en seguida, como si comprendiera la inutilidad de las protestas ante los abrumadores testimonios, sacó el anillo y lo depositó sobre el mantel. Inmediatamente lo examinó el gerente de Sapphires.

—Sí; es el mismo — anunció, pasándoselo al detective, y volviéndose a Ponsonley, dijo: — ¿Niega usted lo que el mozo afirma que le dijo?

—¿Qué le dije? — interrogó Ponsonley.

—Que adquirió este anillo en casa de Sapphires y se lo ofreció en venta por 10 libras.

—No — dijo Ponsonley tranquilamente, encogiéndose de hombros.—No niego nada.

—Perfectamente—declaró el gerente con firmeza. Y volviéndose al detective, dijo: — Detenga a este hombre bajo mi responsabilidad. Yo iré con usted a la comisaría.

Una vez en la calle el detective llamó a un auto, y en la oficina de policía, registrada la acusación, Ponsonley quedó detenido para ser llevado al juzgado el lunes siguiente. En la mañana del lunes, el gerente de Sapphires esperaba en el juzgado la llegada de su abogado. Cuando faltaba poco para entrar en el despacho del juez, Ponsonley dijo al detective que deseaba hablar con el gerente de Sapphires. Un mensaje hizo acudir a éste a la sala donde se hallaba el preso.

—Se me ha ocurrido, señor Parkinson, hacerle una pregunta.

—¿Qué? — dijo el gerente secamente.

—Muy sencilla, señor — contestó Garret Ponsonley, sin dejar de sonreir. — ¿Ha intentado usted cobrar mi cheque?

—No — replicó Parkinson.

Las miradas de ambos se encontraron.

—En ese caso — continuó Ponsonley, — le aconsejo que lo haga. Nada más.

Parkinson salió en busca de su abogado. Lo encontró en el corredor y le comunicó las palabras del acusado. El Banco estaba justamente a una cuadra. Parkinson presentó el cheque. El cajero preguntó:

—¿Lo cobra o lo acreditamos en cuenta?

Estupefacto, Parkinson en el primer momento no pudo hablar.

—¿Cómo? — exclamó. — ¿El cheque es válido?

—¡Oh, sí! Perfectamente válido. — replicó el cajero.

El abogado intervino.

—No lo cobraremos ahora — dijo, pidiendo la devolución del cheque.

Una vez en la calle, corriendo hacia el juzgado, exclamó:

—¡Parkinson! ¡Qué papel hemos hecho! Temo que todo haya sido una estratagema... Y sabe usted lo que puede sobrevenir... Juicio por detención ilegal... El asunto puede costarle a usted una buena suma.

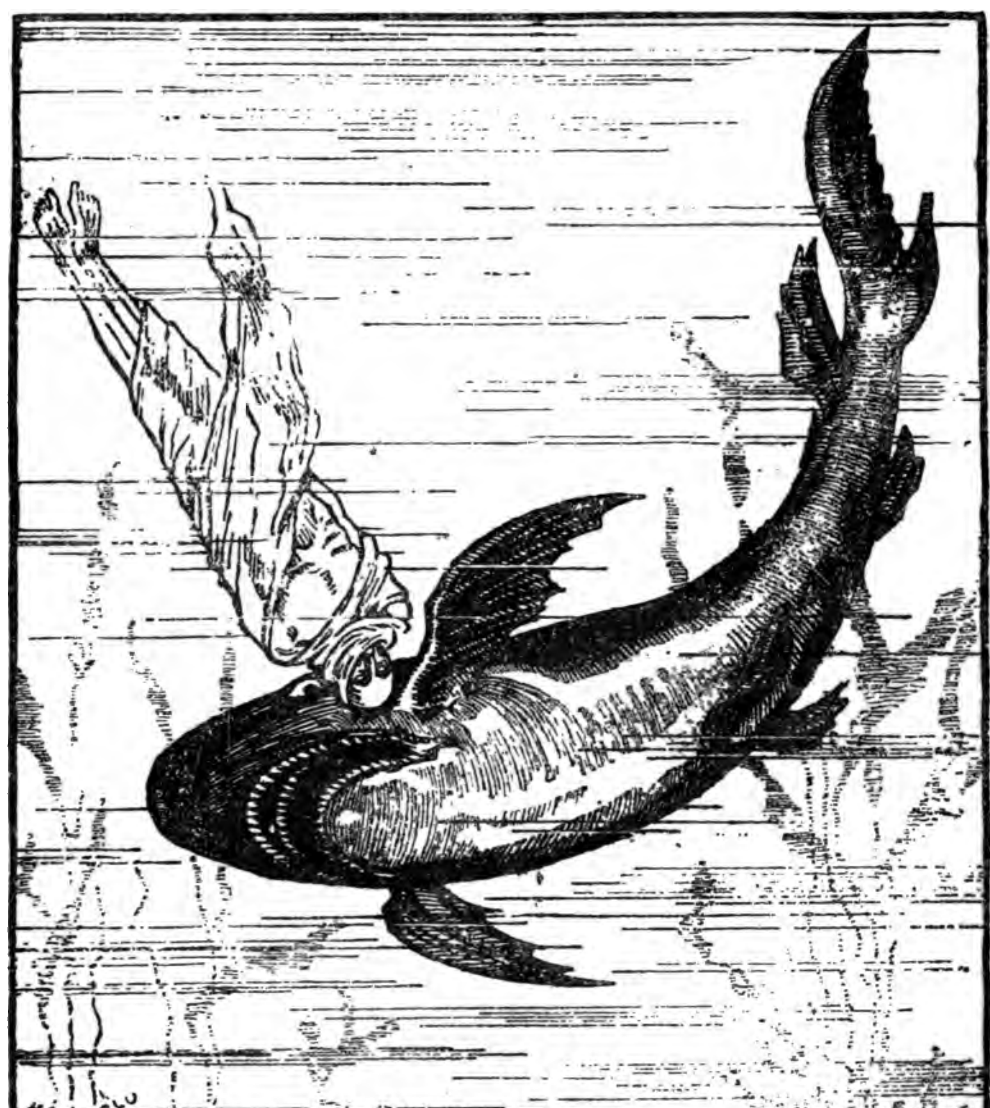
Y le costó, en efecto: 2.000 libras.

EN LA ISLA DEL SILENCIO

LA TUMBA DE LOS PENADOS

De todos mis viajes el que hice a Cayena es el que me ha dejado más penoso recuerdo.

Ya, desde el desembarco, a la caída de la tarde, me impresionaron desagradablemente el puerto sucio y el desembarcadero casi deshecho.



Esta impresión se agravó en los días siguientes. La administración había designado para acompañarme en mi visita al presidio a un muchacho rubio y jovial.

—Jarry es un deportado, — me explicó el director de la cárcel — pero su conducta ejemplar le ha valido algunos permisos excepcionales. Además, ha sido llavero, correo y sereno. Tan servicial como serio, no mintiendo ni bebiendo jamás, ese muchacho nos presta grandes servicios. Conoce el presidio como nadie y no he podido elegir mejor guía.

Dí las gracias y partí acompañado por Jarry. Su buen humor me agradó en seguida, pero bien pronto, absorbido por lo que veía olvidé a mi acompañante.

¡Qué efecto siniestro me produjeron "La Royale", la "Isla del Silencio" y la "Isla del Diablo" con su pilón, en donde, sobre un eje movible, un cañón evoluciona en todas direcciones!

No menos siniestras se me aparecieron en los puestos forestales o estaciones agrícolas, las hileras de forzados, con el rostro tan descolorido como su uniforme de tela gris.

En sus ojos sombríos, vidriosos, en aquellas pupilas que diríanse extinguidas, se encuentra a veces un resplandor furtivo y feroz, una mirada de odio. Presentía en cada uno de aquellos condenados un misterio impenetrable. Y bajo su marcha lenta, perezosa, imaginaba ocultas flexibilidades de fiera en acecho.

Pensaba que, como verdaderos tigres, en cuanto les diéramos la espalda iban a saltar sobre nosotros, hundiéndonos sus garras en los riñones y sus colmillos en la nuca.

Jarry adivinó seguramente lo que yo, sensible, nervioso y novicio, experimentaba recorriendo aquellos lugares, porque le vi sonreír un poco burlonamente. Por lo demás yo no trataba de ocultar mi emoción.

—Obligados a callarse y disimular — le dije — esos forzados cuando pasan parecen moverse en un ambiente de inquietud y de angustia. Se tiene miedo de saber algo sobre ellos y, sin embargo, se desea... ¿cómo conocer, brutal o pérfida, falseada o cínica, la mentalidad siempre en rebelión, nunca domada, de los presidiarios?

La sonrisa de Jarry se transformó en risa.

—Con semejantes ideas — dijo — no le [illegible] to hormiguea de criminales. Los proveedores, los empleados, los criados, son todos presidiarios olvidados o liberados. El cajero de su hotel es un antiguo falsario; el cocinero un envenenador; el peluquero que le afeita degolló a su mujer; el panadero que le sirve el pan tostó a tres novias en el horno. Y Baru, el granjero que estranguló a seis niños, es actualmente maestro de escuela... Así que nada debe a usted llamarle la atención.

Y como yo no respondiese, agregó:

—Vamos a tomar la lancha de la administración para llegar a la sección de los irreductibles. Allí es donde presto servicios más a menudo y le interesará conocerlo.

Una vez en la lancha oí sonar una campana y aunque no hubiese viento y el mar estuviese muy tranquilo, vi muchos remolinos alrededor del islote adonde nos acercábamos.

Pregunté la causa de aquello a Jarry, quien me dijo:

—Esos remolinos, señor, son causados por los tiburones. La campana suena para advertirles de que van a echar al agua a un presidiario en su ataúd. ¡Mire usted si conocen la señal y si se hacen de rogar para acudir al festín!... El cajón que se utiliza para los presidiarios, se deja abierto por un costado, así el cadáver se desliza fácilmente al agua y en cuanto hace ¡pluf! es despedazado, devorado por los sepultu-[illegible] El vientre de los tiburones es la tumba de los penados. — Su risa no halló eco en mí y continuó:

—Los tiburones no son solamente los sepultureros de Cayena, sino su mejor policía. Un presidiario que se escapa a nado, es devorado por los escualos apenas ha hecho dos brazas. El año pasado, un audaz intentó evadirse en un ataúd robado convertido en lancha. Una vez en el mar... ¡qué fiesta para los tiburones!...

Mi guía me detuvo ante un calabozo y me preguntó burlón:

—¿Quiere usted que abra?

Retrocedí instintivamente.

—No hay ningún presidiario dentro — explicó Jarry, — pero vale la pena verlo.

Y sin darme tiempo a decir no, abrió la puerta. Al fondo, destacándose sobre la pared sombría vi una armazón y la claridad del acero de una cuchilla.

—¡La señora guillotina! — presentó mi guía siempre riéndose. — Esto es lo que hace callar a los "rabiosos".

—¿Hay aquí un verdugo? — pregunté con voz ahogada.

—Sí — contestó Jarry apoyándose cómodamente en la puerta. — Tenemos un verdugo titular, el tío Chamu, pero está en el hospital desde hace tres meses... La dirección pretende que tiene lepra, pero yo creo que es cosa... Y como había que reemplazarle, yo, que soy incapaz de hacer mal a nadie, me ofrecí a la dirección... Todo es cuestión de acostumbrarse, y la dirección accedió porque sabe que desempeño bien el oficio.

—¿Y... y no le disgusta? — balbuceé.

—No; además, cada día de ejecución me dan un litro de vino, dos sardinas y tres paquetes de tabaco. Y como "trabajo" solo, lo hago a mi modo. Al tío Chamu le temblaba ya la mano... Cuando el condenado se retuerce, se mueve o se encoge, es difícil que llegue bien la cuchilla y generalmente se corta la mandíbula, el occipucio, lo que hace aullar a los presidiarios...

—¡Por favor! — balbuceé. — Esos detalles macabros me repugnan.

—Es para que comprenda mi truc. Si mi cliente es movedizo, le planto mi pie en los riñones y entonces no tiene más remedio que quedarse quieto... Baja la cuchilla y ¡clap!, sale la cabeza como una rodaja de salchichón...

Como me sentía desfallecer, pedí a mi guía que volviésemos a la lancha. Y cuando contemplaba los serenos ojos azules de Jarry y su expresión risueña, me parecía mentira que aquel hombre fuera el verdugo de Cayena.

Charles Foley.

LOS MENSÚ

POR

HORACIO QUIROGA

CAYETANO Maidana y Esteban Podeley, peones de obraje, volvían a Posadas en el "Sílex" con quince compañeros. Podeley, labrador de madera, tornaba a los nueve meses, la contrata concluída, y con pasaje gratis por lo tanto. Cayé — mensualero — llegaba en iguales condiciones, mas al año y medio, tiempo que había necesitado para chancelar su cuenta. Flacos, despeinados, en calzoncillos, la camisa abierta en largos tajos, descalzos como la mayoría, sucios como todos ellos, los dos mensú devoraban con los ojos la capital del bosque, Jerusalén y Gólgota de sus vidas. ¡Nueve meses allá arriba! ¡Año y medio! Pero volvían por fin, y el hachazo aun doliente de la vida del obraje, era apenas un roce de astilla ante el rotundo goce que olfateaban allí.

De cien peones, sólo dos llegan a Posadas con haber. Para esa gloria de una semana a que los arrastra el río aguas abajo, cuentan con el anticipo de una nueva contrata. Como intermediario y coadyuvante, espera en la playa un grupo de muchachas alegres de carácter y de profesión, ante las cuales los mensú sedientos lanzan su ¡ahijú! de urgente locura.

Cayé y Podeley bajaron tambaleantes de orgía pregustada, y rodeados de tres o cuatro amigas se hallaron en un momento ante la cantidad suficiente de caña para colmar el hambre de eso de un mensú.

Un instante después estaban borrachos, y con nueva contrata firmada. ¿En qué trabajo? ¿En dónde? No lo sabían, ni les importaba tampoco. Sabían, sí, que tenían cuarenta pesos en el bolsillo, y facultad para llegar a mucho más en gastos. Babeantes de descanso y dicha alcohólica, dóciles y torpes, siguieron ambos a las muchachas a vestirse. Las avisadas doncellas condujéronlos a una tienda con la que tenían relaciones especiales de un tanto por ciento, o tal vez al almacén de la misma casa contratista. Pero en una u otro las muchachas renovaron el lujo detonante de sus trapos, anidáronse la cabeza de peinetones, ahorcáronse de cintas, — robado todo ello con perfecta sangre fría al hidalgo alcohol de su compañero, pues lo único que un mensú realmente posee es un desprendimiento brutal de su dinero.



Por su parte, Cayé adquirió mucho más extractos y lociones y aceites de los necesarios para sahumar hasta la náusea su ropa nueva, mientras Podeley, más juicioso, optaba por un traje de paño. Posiblemente pagaron muy cara una cuenta entreoída y abonada con un montón de papeles tirados al mostrador. Pero de todos modos una hora después lanzaban a un coche descubierto sus flamantes personas, calzados de botas, poncho al hombro — y revólver 44 en el cinto, desde luego, — repleta la ropa de cigarrillos que deshacían torpemente entre los dientes, y dejando caer de cada bolsillo la punta de un pañuelo de color. Acompañábanlos dos muchachas, orgullosas de esa opulencia, cuya magnitud se acusaba en la expresión un tanto hastiada de los mensú, arrastrando su coche mañana y tarde por las calles caldeadas, una infección de tabaco y extractos de obraje.

La noche llegaba por fin, y con ella la bailanta, donde las mismas damiselas avisadas inducían a beber a los mensú, cuya realeza en dinero les hacía lanzar 10 pesos por una botella de cerveza, para recibir en cambio 1.40 que guardaban sin ojear siquiera. Así, tras constantes derroches de nuevos adelantos — necesidad irresistible de compensar con siete días de gran señor las miserias del obraje, — los mensú volvieron a remontar el río en el "Sílex". Cayé llevó compañera, y los tres, borrachos como los demás peones, se instalaron junto a la bodega, donde ya diez mulas se hacinaban en íntimo contacto con baúles, atados, perros, mujeres y hombres. Al día siguiente, ya despejadas las cabezas, Podeley y Cayé examinaron sus libretas: era la primera vez que lo hacían desde su contrata. Cayé había recibido 120 pesos en efecto, y 35 en gasto; y Podeley, 130 y 75, respectivamente.

Ambos se miraron con expresión que pudiera haber sido de espanto, si un mensú no estuviera perfectamente curado de ello. No recordaban haber gastado ni la quinta parte siquiera.

—¡Añá...! — murmuró Cayé. — No voy a cumplir nunca...

Y desde ese momento adquirió sencillamente — como justo castigo de su despilfarro, — la idea de escaparse de allá.

La legitimidad de su vida en Posadas era, sin embargo, tan evidente para él, que sintió celos del mayor adelanto acordado a Podeley.

—Vos tenés suerte... — dijo. — Grande, tu anticipo...

—Vos traés compañera — objetó Podeley. — Eso te cuesta para tu bolsillo...

Cayé miró a su mujer; y aunque la belleza y otras cualidades de orden más moral pesan muy poco en la elección de un mensú, quedó satisfecho. La muchacha deslumbraba, efectivamente, con su traje de raso, falda verde y blusa amarilla; lucía en el cuello sucio un triple collar de perlas; calzaba zapatos Luis XV, tenía las mejillas brutalmente pintadas, y un desdeñoso cigarro de hoja bajo los párpados entornados.

Cayé consideró a la muchacha y su revólver 44: ambas cosas eran realmente lo único que valía de cuanto llevaba con él. Y aún el 44 corría riesgo de naufragar tras el anticipo, por minúscula que fuera su tentación de tallar.

Sobre un baúl de punta, en efecto, los mensú jugaban concienzudamente al monte cuanto tenían. Cayé observó un rato riéndose, como se ríen siempre los peones cuando están juntos, sea cual fuere el motivo; y se aproximó al baúl, colocando a una carta cinco cigarros.

Modesto principio, que podía llegar a proporcionar el dinero suficiente para pagar el adelanto en el obraje y volverse en el mismo vapor a Posadas, a derrochar un nuevo anticipo.

Perdió. Perdió los demás cigarros, perdió cinco pesos, el poncho, el collar de su mujer, sus propias botas, y su 44. Al día siguiente recuperó las botas, pero nada más, mientras la muchacha compensaba la desnudez de su pescuezo con incesantes cigarros despreciativos.

Podeley ganó, tras infinito cambio de dueño, el collar en cuestión, y una caja de jabones de olor que halló modo de jugar contra un machete y media docena de medias, que ganó, quedando así satisfecho.

Por fin, quince días después, llegaron a destino. Los peones treparon alegres la interminable cinta roja que escalaba la barranca, desde cuya cima el "Sílex" aparecía diminuto y hundido en el lúgubre río. Y con ahijús y terribles invectivas en guaraní, los mensú, despidieron al vapor que debía ahogar, en una baldeada de tres horas, la nauseabunda atmósfera de desaseo, patchulí y mulas enfermas, que durante cuatro días remontó con él.

* * *

Para Podeley, labrador de madera, cuyo diario podía subir a siete pesos, la vida de

obraje no era muy dura. Hecho a ella, domaba su aspiración de estricta justicia en el cubicaje de la madera, compensando las rapiñas rutinarias con ciertos privilegios de buen peón. Su nueva etapa comenzó al día siguiente, una vez demarcada su zona de bosque. Construyó con hojas de palmera su cobertizo, techo y pared sur, nada más; dió nombre de cama a ocho varas horizontales, y de un horcón colgó la provista semanal. Recomenzó, automáticamente, sus días de obraje: silenciosos mates al levantarse, de noche aún, que se sucedían sin desprender la mano de la pava; la exploración en descubierta madera; el desayuno a las ocho, — harina, charque y grasa; el hacha luego, a busto descubierto, cuyo sudor arrastraba tábanos, barigüís y mosquitos; después el almuerzo, — esta vez porotos y maíz flotando en la inevitable grasa, para concluir de noche, tras nueva lucha con las piezas de 8 por 30, con el yopará del mediodía.

Fuera de algún incidente con sus colegas labradores, que invadían su jurisdicción; del hastío de los días de lluvia que lo relegaban en cuclillas frente a la pava, la tarea proseguía hasta el sábado de tarde. Lavaba entonces su ropa, y el domingo iba al almacén a proveerse.

Era ést el real momento de solaz de los mensú, olvidándolo todo entre los anatemas de la lengua natal, sobrellevando con fatalismo indígena la suba siempre creciente de la provista, que alcanzaba entonces a ochenta centavos por kilo de galleta, y siete pesos por un calzoncillo de lienzo. El mismo fatalismo que aceptaba esto con un ¡añá! y una riente mirada a los demás compañeros, le dictaba, en elemental desagravio, el deber de huir del obraje en cuanto pudiera. Y si esta ambición no estaba en todos los pechos, todos los peones comprendían esa mordedura de contra-justicia que iba, en caso de llegar, a clavar los dientes en la entraña misma del patrón. Este, por su parte, llevaba la lucha a su extremo final, vigilando día y noche a su gente, y en especial a los mensualeros.

Ocupábanse entonces los mensú en la planchada, tumbando piezas entre inacabable gritería, que subía de punto cuando las mulas, impotentes para contener la alzaprima que bajaba de la altísima barranca a toda velocidad, rodaban unas sobre otras dando tumbos, vigas, animales, carretas, todo bien mezclado. Raramente se lastimaban las mulas; pero la algazara era la misma.

Cayé, entre risa y risa, meditaba siempre su fuga. Harto ya de revirados y yoparás, que el pregusto de la huída tornaba más indigestos, deteníase aún por falta de revólver, y ciertamente, ante el wínchester del capataz. ¡Pero si tuviera un 44!...

La fortuna llególe esta vez en forma bastante desviada.

La compañera de Cayé, que desprovista ya de su lujoso atavío se ganaba la vida lavando la ropa a los peones, cambió un día de domicilio. Cayé la esperó dos noches; y a la tercera fué al rancho de su reemplazante, donde propinó una soberbia paliza a la muchacha. Los dos mensú quedaron solos charlando, amistosamente, resultas de lo cual convinieron en vivir juntos, a cuyo efecto el seductor se instaló con la pareja. Esto era económico y bastante juicioso. Pero como el mensú parecía gustar realmente de la dama — cosa rara en el gremio, — Cayé ofreciósela en venta por un revólver con balas, que él mismo sacaría del almacén. No obstante esta sencillez, el trato estuvo a punto de romperse, porque a última hora Cayé pidió que se agregara un metro de tabaco en cuerda, lo que pareció excesivo al mensú. Concluyóse por fin el mercado, y mientras el fresco matrimonio se instalaba en su rancho, Cayé cargaba concienzudamente su 44, para dirigirse a concluir la tarde lluviosa tomando mate con aquéllos.

* * *

El otoño finalizaba, y el cielo, fijo en sequía con chubascos de cinco minutos, se descomponía por fin en mal tiempo constante, cuya humedad hinchaba el hombro de los mensú. Podeley, libre de esto hasta entonces, sintióse un día con tal desgano al llegar a su viga, que se detuvo, mirando a todas partes sin saber qué hacer. No tenía ánimo para nada. Volvió a su cobertizo, y en el camino sintió un ligero cosquilleo en la espalda.

Podeley sabía muy bien qué significaba aquel desgano y aquel hormigueo a flor de piel. Sentóse filosóficamente a tomar mate y media hora después un hondo y largo escalofrío recorríale la espalda.

No había nada que hacer. El mensú se echó sobre las varas tiritando de frío, doblado en gatillo bajo el poncho, mientras los dientes, incontenibles, castañeteaban a más no poder.

Al día siguiente el acceso, no esperado hasta el crepúsculo, tornó a mediodía, y Podeley fué a la comisaría a pedir quinina. Tan claramente se denunciaba el chucho en el aspecto del mensú, que el dependiente, sin mirar casi al enfermo, bajó los paquetes de quinina. Podeley volcó tranquilamente sobre su lengua la terrible amargura aquella, y cuando regresaba al monte tropezó con el mayordomo.

—¡Vos también! — le dijo el mayordomo, mirándolo. — Y van cuatro. Los otros no importa... Poca cosa. Vos sos cumplidor... ¿Cómo está tu cuenta?

—Falta poco... Pero no voy a poder hachear...

—¡Bah! Curate bien y no es nada... Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se alejó Podeley apresurando el paso, porque en los talones acababa de sentir un leve cosquilleo.

El tercer ataque comenzó una hora después, quedando Podeley desplomado en una profunda falta de fuerzas, y la mirada fija y opaca, como si no pudiera alcanzar más allá de uno o dos metros.

El descanso absoluto a que se entregó por tres días — bálsamo específico para el mensú, por lo inesperado, — no hizo sino convertirle en un bulto castañeteante y arrebujado sobre un raigón. Podeley, cuya fiebre anterior había tenido honrado y periódico ritmo, no presagió nada bueno para él de esa galopada de accesos, casi sin intermitencia. Hay fiebre y fiebre. Si la quinina no había cortado a ras el segundo ataque, era inútil que se quedara allá arriba, a morir hecho un ovillo en cualquier recodo de picada. Y bajó de nuevo al almacén.

—¡Otra vez, vos! — lo recibió el mayordomo. — Eso no anda bien... ¿No tomaste quinina?

—Tomé... No me hallo con esta fiebre... No puedo con mi hacha. Si querés darme para mi pasaje, te voy a cumplir en cuanto me sane...

El mayordomo contempló aquella ruina, y no estimó en gran cosa la vida que quedaba en su peón.

—¿Cómo está tu cuenta? — preguntó otra vez.

—Debo veinte pesos todavía... El sábado entregué... Me hallo enfermo grande...

—Sabés bien que mientras tu cuenta no esté pagada, debés quedarte. Abajo... te podés morir. Curate aquí, y arreglás tu cuenta en seguida.

¿Curarse de una fiebre perniciosa, allí donde se la adquirió? No, por cierto; pero el mensú que se va puede no volver, y el mayordomo prefería hombre muerto a deudor lejano.

Podeley jamás había dejado de cumplir nada — única altanería que se permite ante su patrón un mensú de talla.

—¡No me importa que hayas dejado o no de cumplir! — replicó el mayordomo. — ¡Pagá tu cuenta primero, y después hablaremos!

Esta injusticia para con él creó lógica y velozmente el deseo del desquite. Fué a instalarse con Cayé, cuyo espíritu conocía bien, y ambos decidieron escaparse el próximo domingo

—¡Ahí tenés! — gritó el mayordom
Podeley esa misma tarde al cruzarse
él.—Anoche se han escapado tres...—
es lo que te gusta, ¿no? ¡Esos también
cumplidores! ¡Co o vos! Pero antes
a reventar aquí, que salir a la planch
¡Y mucho cuidado, vos y todos los que
tán oyendo! ¡Ya saben!

La decisión de huir y sus peligros —
ra los que el mensú necesita todas sus fu
zas, — es capaz de contener algo más
una fiebre perniciosa. El domingo, por
demás, había llegado; y con falsas ma
bras de lavaje de ropa, simulados gu
rreos en el rancho de tal o cual, la vigil
cia pudo ser burlada, y Podeley y Cayé
encontraron de pronto a mil metros de
comisaría.

Mientras no se sintieran perseguidos,
abandonarían la picada, pues Podeley
minaba mal. Y aún así...

La resonancia peculiar del bosque tr
les, lejana, una voz ronca:

—¡A la cabeza! ¡A los dos!

Y un momento después desembocand
un codo de la picada surgían corriend
capataz y tres peones. La cacería com
zaba.

Cayé amartilló su revólver sin deja
huir.

—¡Entregáte, añá! — gritóles el ca
taz desde atrás.

—Entremos en el monte — dijo Pode
— Yo no tengo fuerza para mi machet

—¡Volvé o te tiro! — llegó otra voz

—Cuando estén más cerca... — come
Cayé.

Una bala de wínchester pasó silba
por la picada.

—¡Entrá! — gritó Cayé a su comp
ro. Y parapetándose tras un árbol,
cargó hacia los perseguidores cinco t
de su revólver.

Una gritería aguda respondióles, m
tras otra bala de wínchester hacía sa
la corteza del árbol que ocultaba a C

—¡Entregáte o te voy a dejar la c
za!...

—¡Andá no más! — instó Cayé a P
ley. — Yo voy a...

Y tras nueva descarga, entró a su
en el monte.

Los perseguidores, detenidos un mom
to por las explosiones, lanzáronse ra
sos adelante, fusilando, golpe tras golpe
wínchester, el derrotero probable de
fugitivos.

A cien metros de la picada, y siguie
su misma línea, Cayé y Podeley se al
ban, doblados hasta el suelo para evitar
lianas. Los perseguidores presumían
maniobra; pero como dentro del mont
que ataca tiene cien probabilidades co
una de ser detenido por una bala en m
de la frente, el capataz se contentaba
salvas de wínchester y aullidos desaf
tes. Por lo demás, los tiros errados
habían hecho lindo blanco la noche del
ves...

El peligro había pasado. Los fugit
se sentaron, rendidos. Podeley se envo
en el poncho, y recostado en la espald
su compañero, sufrió en dos terribles h
de chucho, el contragolpe de aquel esfu

Luego prosiguieron la fuga, siemp
la vista de la picada, y cuando la n
llegó, por fin, acamparon. Cayé había
vado chipas, y Podeley encendió fuego
obstante los mil inconvenientes en un
donde, fuera de los pavones, hay otros
res que tienen debilidad por la luz, sin
tar los hombres.

El sol estaba muy alto ya cuando
mañana siguiente encontraron el ri
primera y última esperanza de los esc
dos. Cayé cortó doce tacuaras sin más
lija elección, y Podeley, cuyas últimas
zas fueron dedicadas a cortar los is
tuvo apenas tiempo de hacerlo ante
arrollarse a tiritar.

Cayé, pues, construyó solo la jang
— diez tacuaras atadas longitudinalm
con lianas, llevando en cada extremo
atravesada.

A los diez segundos de concluida se

aron. Y la jangadilla, arrastrada a la ıa, entró en el Paraná.
.s noches son en esa época excesivamen- ·escas; y los dos mensú, con los pies en gua, pasaron la noche helados, uno o al otro. La corriente del Paraná, que ıba cargado de inmensas lluvias, re- a la jangada en el borbollón de sus re- nos, y aflojaba lentamente los nudos sipó.
ı todo el día siguiente comieron dos as, último resto de provisión, que Po- y probó apenas. Las tacuaras taladra- por los tambús se hundían. Y al caer arde, la jangada había descendido a cuarta del nivel del agua.
ıbre el río salvaje, encajonado en los bres murallones de bosque, desierto del remoto ¡ay!, los dos hombres, sumer- s hasta la rodilla, derivaban girando e sí mismos, detenidos un momento in- iles ante un remolino, siguiendo de nue- ıosteniéndose apenas sobre las tacuaras sueltas que se escapaban de sus pies, .na noche de tinta que no alcanzaban a per sus ojos desesperados.
agua llegábales ya al pecho cuando ron tierra. ¿Dónde? No lo sabían... pajonal. Pero en la misma orilla queda- inmóviles, tendidos de vientre.
ı deslumbraba el sol cuando desperta- El pajonal se extendía veinte metros ·a adentro, sirviendo de litoral a río y ue. A media cuadra al Sur, el riacho ınaí, que decidieron vadear cuando hu- ın recuperado las fuerzas. Pero éstas rolvían tan rápidamente como era de ar, dado que los cogollos y gusanos de ara son tardos fortificantes. Y durante te horas la lluvia cerrada transformó 'araná en aceite blanco, y al Paranaí 'uriosa avenida. Todo imposible. Pode- ıe incorporó de pronto chorreando agua, ·oyándose en el revólver para levantar- ıpuntó a Cayé. Volaba de fiebre.
·¡Pasá, añá!...

Cayé vió que poco podía esperar de aquel delirio, y se inclinó disimuladamente para alcanzar a su compañero de un palo. Pero el otro insistió:
—¡Andá al agua! ¡Vos me trajiste!... ¡Bandeá el río!
Los dedos lívidos temblaban sobre el gatillo.
Cayé obedeció; dejóse llevar por la corriente y desapareció tras el pajonal, al que pudo abordar con terrible esfuerzo.
Desde allí, y de atrás, acechó a su compañero; pero Podeley yacía de nuevo de costado, con las rodillas recogidas hasta el pecho, bajo la lluvia incesante. Al aproximarse Cayé alzó la cabeza, y sin abrir el enfermo los ojos, cegados por el agua, murmuró:
—Cayé, caray... Frío muy grande...
Llovió aún toda la noche sobre el moribundo, la lluvia blanca y sorda de los diluvios otoñales, hasta que a la madrugada Podeley quedó inmóvil para siempre en su tumba de agua.
Y en el mismo pajonal, sitiado siete días por el bosque, el río y la lluvia, el superviviente agotó las raíces y gusanos posibles, perdió poco a poco sus fuerzas, hasta quedar sentado, muriéndose de frío y hambre, con los ojos fijos en el Paraná.
El "Sílex", que pasó por allí al atardecer, recogió al mensú ya casi moribundo. Mas su felicidad transformóse en terror al darse cuenta, al día siguiente, de que el vapor remontaba el río.
—¡Por favor te pido! — lloriqueó ante el capitán. — ¡No me bajés en Puerto X! ¡Me van a matar!... ¡Te lo pido de veras!...
El "Sílex" volvió a Posadas, llevando con él al mensú, empapado aún en pesadillas nocturnas.
Pero a los diez minutos de bajar a tierra estaba ya borracho con nueva contrata, y se encaminaba tambaleando a comprar extractos.



INTERROGATORIO

El comisario. — Yo le pregunto si ha sido usted algo.
El detenido. — ¡Me ha embromao!; pues no ve que he sido... "detenido".

Selección

Fontanares

PRECIO CON IMPUESTO AL CONSUMIDOR

30 CENTAVOS

Cuando entre tantas marcas de cigarrillos, prefieren una los fumadores entendidos...

¡Por algo será!



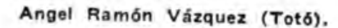
Texto y dibujo registrados. — Agencia de Propaganda "ECO". — Sarmiento [illegible], Buenos Aires.

LA POLICIA ENCUENTRA LA PISTA DE LOS ASALTAN



Mauricio Davidovich.





Angel Ramón Vázquez (Totó).



Santiago Rubén

TRAS arduas diligencias, durante las cuales el comentario público juzgó de diferente modo la actuación de la policia, esta ha dado por fín con una pista segura en la búsqueda de los asaltantes al Banco de la Provincia, en San Martín, hecho ocurrido, como se sabe, el 18 del mes pasado, poco después de mediodía en la localidad ya mencionada. En efecto, en la madrugada del día 30 de enero fué detenido en el garage de la calle Francisco Acuña Figueroa el chauffeur Mauricio Davidovich. Acompañaba a éste, e igualmente fué detenido, otro chauffeur, Santiago Rubén, que concurría allí a guardar un auto que resultó ser el empleado en el asalto. Pero nada se pudo probar a Rubén. Por el contrario el mismo Davidovich confesaba más tarde haber sido quien condujo el auto de los asaltantes y manifestó además que el coche empleado era en efecto el de Rubén, pero que éste nada tenía que ver en el asunto. El se lo había pedido prestado el día que se puso al servicio de los asaltantes, pero sin confesarle el uso que iba a darle. Rubén no tuvo inconveniente en acceder a lo que su amigo le pedía e hicieron el cambio de los coches. Una vez en poder del vehículo que necesitaba, el chauffeur mencionado se dirigió al encuentro de los miembros de la banda con quienes se había entendido y a los que encontró más o menos a las diez de la mañana del 18, en la esquina de las calles Gaona y Avenida San Martín. Allí le esperaban Ramón



Vázquez, el zurdo Vicent
negro Llanos. Fueron lueg
rruchaga y Camargo, do
bieron otros cuatro individ
el chauffeur dice no
Reunidos todos se encar
hacia San Martín, adonde
poco antes de las once. E
do el momento oportuno p
el golpe, fueron las doce
después de esta hora tuv
el suceso que tanto conmo
la opinión pública minuto
tarde. De ahí emprendier
asaltantes una larga fug
terminó para Davidovich
de la tarde cuando, desp
encontrarse nuevamente c
bén, hicieron el cambio de
y cada uno se quedó con el
Davidovich salió en seguid
calle y trabajó durante t
tarde. Así es cómo éste rel
hechos. Ha dado a conocer
bién la filiación de sus c
ces y la policía se ha entreg
la tarea de buscar a esto
son los ejecutores capital
hecho, y entre los cuales f
individuos de pésimos ante
tes, como Ramón Vázque
cual cuenta con una triste
de hombre de avería. La p
sa es un éxito ya, según
verse. La ha dirigido el c
rio señor Ricardo de la C
secundado hábilmente por u
po de empleados de la poli
la provincia que con moti
vandálico suceso fuera de
do oportunamente en San
tín. Todos han sido felic

El coche en que huyer
asaltantes



Rubén prestando su primera declaración.



Davidovich, después de haber confesado.



...ne Lavié, huérfana de 17 años de edad, de California, a quien se considera hoy la mejor bailarina de Estados Unidos.



El príncipe Carol de Rumania y su nueva esposa, por la cual renunció a todos sus derechos al trono de su patria, radicándose en Italia como simple ciudadano.



... Kirby McKuill, granjero de ...sas, con el traje que usaba al ...r hace poco a París y por ...l del cual tuvo varios inciden...ue dieron lugar a un proceso.

Curioso traje inventado por el teniente Mac Ready, de Estados Unidos, para usar en su trabajo, que consiste en probar los paracaídas que salen de su fábrica.



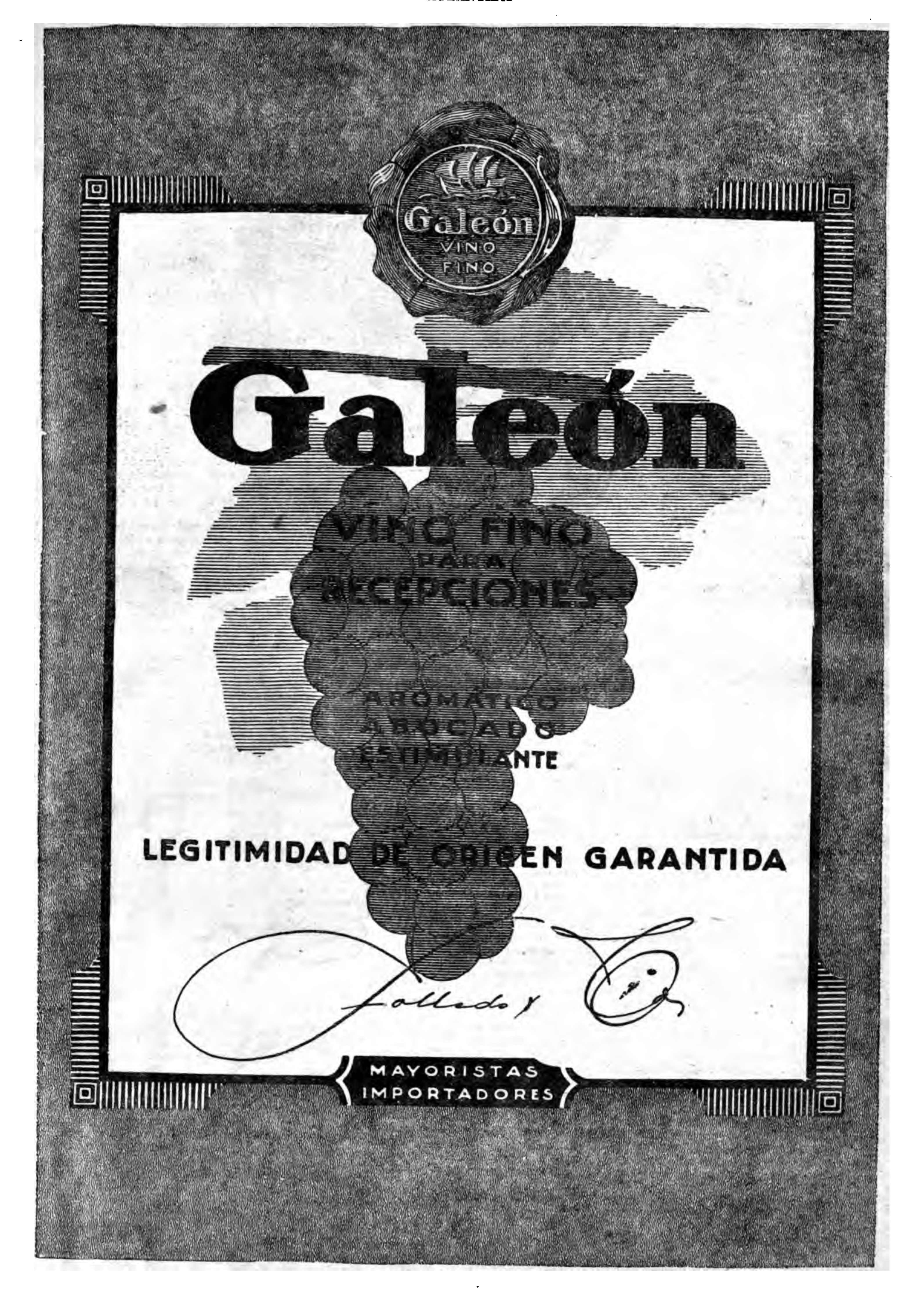
El príncipe Carol con su primera esposa, Helena de Grecia, de la que se separó, divorciándose luego para contraer enlace con Mlle. Zyziz Lambrino. Este suceso fué recientemente comentado en todo el mundo y la actitud del príncipe ha sido duramente considerada por la nobleza europea, a la que se halla emparentado.



Señorita J. Farias, de la compañía de revistas del teatro Porteño.



Silvia Parodi, una de las buenas actrices nacionales.
Fotos. Bixio y Cía.


Galeón
VINO
FINO
Galeón
VINO FINO
PARA
RECEPCIONES
AROMATICO
ABOCADO
ESTIMULANTE
LEGITIMIDAD DE ORIGEN GARANTIDA
MAYORISTAS
IMPORTADORES

Las defraudaciones del Banco de Inglaterra

Por WILLIAM A. PINKERTON

Sólo por casualidad pude contribuir, hace ya muchos años, a salvar de manos de los ladrones un millón de dólares del Banco de Inglaterra.

Comenzó el asunto con un robo a un Banco de Baltimore en 1873. Seguí a los ladrones fugitivos hasta Inglaterra y por fin dí con su paradero en el East End de Londres. Pero las leyes de extradición vigentes en aquella época, no me permitían arrestarlos por el delito que habían cometido; mientras aguardaba una nueva prueba de culpabilidad suficiente para que la ley inglesa autorizara la detención, los ladrones desaparecieron de la ciudad. Más tarde cayeron en mi poder, pero este es otro asunto.

Durante mis investigaciones, fuí cierto día acompañado por el inspector Shaw, de Scotland Yard, a una sastrería del Strand, a fin de hacer unas preguntas a su dueño sobre unos billetes que decía haber cambiado. Mientras nos hallábamos en el local entraron dos individuos, a los que miré de rabo de ojo para hacerme en seguida el distraído. Reconocí en ellos a dos de los más notorios falsificadores. Apenas se retiraron, comuniqué mi casual descubrimiento a Shaw y salimos juntos para seguirlos.

—¡Son Mc Donald y Bidwell! — dije a mi compañero. — Algo están fraguando por aquí. Seguramente no han venido para disfrutar del aire puro...

Pedí fotografías de Mc Donald y Bidwell a los Estados Unidos, donde eran muy conocidos, y cuando llegaron se las pasé a Shaw, advirtiéndole de la posibilidad de que esos individuos cometieran una defraudación a algún Banco de Londres. La policía dirigió una circular secreta a los Bancos para ponerlos sobre aviso, pero en general no hicieron caso de la advertencia, creyendo ridícula la idea de que los engañaran.

Ocurrió lo que preveía. Bidwell y Mc Donald no podían dejar de hacer una de las suyas. Mientras me hallaba de regreso a Nueva York, en vista de que se me habían escapado los delincuentes que motivaran mi viaje, tuve noticia de que el Banco de Inglaterra había sido víctima de una defraudación gigantesca, tramada por los dos avezados pájaros y sus cómplices.

Habían empezado por asegurarse la confianza del Banco, presentando un cheque auténtico de Rothschild por importe de 4.500 libras. Inmediatamente con el pretexto de la formación de una gran compañía en Birmingham, financiada por Rotschild, presentaron varios cheques falsos que fueron pagados por el Banco sin la menor sospecha.

La defraudación fué descubierta por un inexplicable descuido de los autores: dos cheques carecían de fecha y fueron devueltos por el Banco a Rotschild para que se la pusiera. Los falsificadores de firma, tenían preparada su fuga de Inglaterra para esos días, pero la acción rápida de la policía frustró sus planes: fueron apresados todos los complicados, menos los dos principales: Bidwell y Mc Donald. Shaw llevó sus fotografías al Banco, donde fueron inmediatamente identificadas. Poco después fué informado de que Bidwell viajaba a bordo de un barco con destino a Veracruz, y que, probablemente, tocaría en la Habana. Dió instrucciones a Nueva York, con el resultado de que en cuanto yo desembarqué fuí enviado a la Habana para interceptar el barco en que viajaba Bidwell.

Fué un mal día para Austin Byron Bidwell aquel en que se le ocurrió defraudar al Banco de Inglaterra, pues cuando le detuve a bordo del barco en el puerto de la Habana, supo que se había casado en París inmediatamente antes de embarcarse y que era ese su viaje de bodas.



Luego de poner en lugar seguro a mi hombre, decidí efectuar una visita a algunas oficinas de correo para inquirir si había cartas y encomiendas para Bidwell, pues este parecía muy poco provisto de recursos tratándose de un ladrón de Bancos.

Fué una feliz idea, pues a su debido tiempo llegaron correspondencia y encomienda dirigida a Bidwell: esta última contenía una buena cantidad de documentos de valor, inmediatamente convertibles, y la primera era una carta de su hermano Jorge, que se hallaba en Irlanda, después de escaparse de la cárcel, pues él también estaba complicado en la defraudación. En esa carta, entre otros detalles reveladores decíale dónde recibiría otra encomienda con valores.

Aunque tenía a Bidwell alojado en un calabozo, este caballero debía darme todavía mucho que hacer. Diez días después de su captura se fugó de la cárcel en una forma particularmente atrevida. Mientras le trasladaban de un departamento de la cárcel a otro, burló a su guardián, con la habilidad de una anguila y saltó desde una ventana del segundo piso a la calle llena de gente. Sin ningún auxilio externo y no obstante los individuos que presenciaron su arriesgado salto, consiguió salir de la ciudad. No disfrutó mucho de su libertad: tres días después le detenía en un lugar de la costa a veinte millas de la Habana. Tenía las manos y las piernas seriamente heridas a consecuencia del golpe sufrido en la caída del segundo piso.

Viene ahora la parte más interesante de la historia: la captura de su cómplice Mc Donald que, entretanto perseguía yo a Bidwell, se veía en aprietos no menos serios.

Vivía en una casa de Picadilly, en Londres, donde se había hecho los cheques falsificados. En cuanto fué detenido uno de sus cómplices y comprendió que la defraudación había sido descubierta, Mc Donald destruyó todos los papeles y objetos empleados en la falsificación. Pero dejó un indicio ridículamente visible y de concluyente fuerza probatoria.

Antes de huir escribió en su habitación varias cartas y empleó para secarlas un trozo nuevo de papel secante.

Una vez escritas las cartas, metió en una valija algunos objetos de valor, y se fué sin decir siquiera adiós a la respetable dueña de la pensión.

Esta buena mujer, al leer en un diario la noticia del arresto del cómplice de Mc Donald, tuvo una inspiración de desconfianza ante la precipitada partida de su huésped, y registró su cuarto. Encontró, entre otros insignificantes restos, el papel secante y lo envió a la policía.

Entretanto Mc Donald se dirigía a Liverpool; una vez en esta ciudad, bajó a Southampton, y cruzó a El Havre, donde se embarcó a bordo del "Turingia" que partía para Nueva York.

—¿Por qué para Nueva York? ¿Por qué no para el Polo Sur o para el Congo, donde es tan poco probable encontrarse con un policía?

Sencillamente porque Mc Donald "se hallaba bien" con la policía secreta bancaria de Nueva York... Consideró que muchas cosas se deslizan fácilmente sobre una superficie bien aceitada y pensó que untando abundantemente a ciertos pesquisantes se deslizaría entre ellos. No estaba equivocado. En aquel entonces el cuerpo de detectives de Nueva York no había sido depurado todavía. Contaba funcionarios honrados, pero también de los otros... Mc Donald se las arregló de modo que ciertos detectives estuvieran de servicio en el puerto en la parte en que debía atracar el "Turingia".

Si se considera que Mc Donald llevaba en sus bolsillos unos ochenta y tres mil dólares en billetes norteamericanos, y ciento veinticinco mil dólares en efectivo y obligaciones, ocultas entre la ropa sucia, en el fondo de su baúl — sumas que constituían su parte en el millón y medio defraudado al Banco de Inglaterra — se comprenderá que poseía medios suficientes para que algunos caballeros de la policía secreta hicieran la vista gorda al desembarcar el escocés.

Pero poco antes, los representantes del Banco de Inglaterra en Nueva York habían recibido instrucciones en el sentido de que encargaran a la Agencia Pinkerton la detención de Mc Donald en cuanto llegara el "Turingia".

El jefe de los pesquisantes de Pinkerton encargado de esa misión, conocía la existencia de la camarilla de detectives venales y sabía que estaban dispuestos a proteger al falsificador. Más aún, sabía que existían relaciones entre Mc Donald y el capitán Irving, de esa camarilla.

El agente de Pinkerton estaba seguro de que si Mc Donald llevaba consigo parte de los valores robados, los detectives del puerto extremarían todos los recursos para adueñarse de una parte del botín, o de todo él. En primer término tratarían de apoderarse del dinero, y después de facilitar la fuga del delincuente.

En cambio, el principal objeto de los pesquisantes de Pinkerton consistía en recuperar el dinero, no sólo por motivos inspirados por la honradez, sino también por

orgullo profesional. Les estimulaba particularmente el deseo de desbaratar los planes inescrupulosos de sus rivales oficiales.

El jefe de los pesquisantes de Pinkerton tuvo entonces una idea feliz: para sorprender a Mc Donald antes que los detectives oficiales, alquiló un vaporcito, lo equipó para una excursión por mar, y salió más o menos furtivamente para Sandy, con objeto de ir a esperar al "Turingia" aguas afuera. Al partir observó con satisfacción que el vaporcito de la policía el "Séneca", se hallaba en su amarradero de costumbre y no se notaba a bordo ninguna actividad.



La halagadora esperanza que le infundió esa observación, no tardó en verse decepcionada, pues algunos espías destacados por la camarilla de detectives para vigilar a los hombres de Pinkerton, enviaron aviso de la salida del vaporcito.

Inmediatamente se dotó de una tripulación especial al vaporcito de la policía y poco después el "Séneca" partía velozmente en dirección a Sandy, donde encontraron ya anclada a la embarcación de Pinkerton. Establecieron guardias a fin de que dieran pronto aviso en cuanto divisaran en el horizonte al "Turingia".

Durante ese rato de vigilancia y de espera, un jefe de los detectives instruía a su segundo sobre el papel que debía desempeñar cuando él e Irving subieran al transatlántico. Parece casi increíble que un jefe de policía conviniera tan cínicamente con un subordinado la maniobra para apoderarse del producto de un robo.

Convinieron que el segundo no se apartaría del lado del jefe y que una vez a bordo, en el momento de arrestar a Mac Donald, se colocaría entre los dos a fin de "tapar" la entrega del paquete de billetes que Mc Donald entregaría a su jefe.

A eso de las cuatro de la mañana siguiente, se divisó una luz en el horizonte que, como se supuso, resultó ser del "Turingia". Fué vista al mismo tiempo desde los dos vaporcitos, que inmediatamente emprendieron la carrera de más extraña rivalidad. Cada uno empleó toda la fuerza de las máquinas para llegar primero al costado del "Turingia", situado aun a varias millas.

En el último minuto el vaporcito de la policía logró ganara corta ventaja y apenas se aproximó al transatlántico, sus tripulantes pidieron clamorosamente que les arrojaran una escala. Un instante después el jefe de los detectives y su segundo pisaban la cubierta del transatlántico, en el preciso momento en que el vaporcito de Pinkerton se arrimaba al barco y su jefe trepaba por la escalera, ¡demasiado tarde! El segundo del detective efectuaba inmediatamente el arresto formal de Mc Donald, quien se había adelantado en la cubierta — deliberadamente, por supuesto — y el jefe se aproximaba hasta tocar al detenido, como para prevenir una tentativa de resistencia, pero en realidad para recibir el paquete de valores que le pasaba furtivamente el falsificador.

Mc Donald no dijo una palabra a nadie de la fortuna que llevaba oculta en su baúl, pues esperaba lograr pasarla a su hermana. Y ésta estuvo, en efecto, a punto de conseguirla. Por una casualidad, los agentes de Pinkerton frustraron esta última parte de plan y al fin fué encontrado el valioso contenido y devuelto al Banco de Inglaterra.

El final de la historia de Mc Donald desmiente esa proverbial teoría del honor entre los ladrones. Mc Donald fué encarcelado, pero si la camarilla de detectives cómplices se hubiese portado bien con él, devolviéndole una parte del dinero que les había dado a bordo del "Turingia" habría podido sobornar a otros y obtener la libertad. El capitán de los detectives se quedó con todo el dinero y Mc Donald fué llevado a Inglaterra donde purgó su delito en veinte años de cárcel.

La vida amena

El alumno se presenta por primera vez delante del profesor del box y éste inicia las explicaciones preliminares para enseñarle el difícil arte de la trompada.

Después de lo teórico pasan a la parte práctica. Pero más tarda en empezar la lección que el discípulo en rodar por el suelo con un ojo averiado.

Se levanta refregándose las partes machucadas y con un poco de desconfianza y de enojo dice al profesor:

—Me parece, señor, que no había necesidad de aporrearme en esa forma.

—¡Oh si es por eso no se aflija! — le contesta el otro. — Hay otras diez formas distintas de hacerlo. De modo que si quiere podemos empezar de nuevo.

* * *

El recién casado no tardó en advertir que lo que menos percibía su joven esposa era la relación entre las entradas y los gastos.

Compró una libreta de "debe" y "haber" encuadernada de color de moda y un elegante lapicito, y se los regaló a su mujer.

—¡Oh qué lindo! — exclamó encantada la joven esposa.

—¿Sabes cómo se usa? Mira: ahora te doy cien pesos. Los apuntas en este lado, que es el de las entradas. En este otro lado, que es el de los egresos, apuntarás todo lo que gastes de esa suma.

A los tres días la esposa le dijo:

—¡Ya está apuntado todo!

—¿A ver?

Y leyó:

"Recibido, cien pesos". Y en la página opuesta: "Gastado, cien pesos".

Niños electrizados

CON el fin de estudiar los efectos de la electricidad sobre el desarrollo de los niños de los colegios se ha llevado a cabo una interesante serie de experimentos en las escuelas de Estokolmo.

Los techos y las paredes se revistieron con un sistema de arrollamiento de hilos por los cuales pasaba una corriente de alta frecuencia. De esta suerte, los niños venían a constituir el centro de una bobina de inducción.

A esta clase asistían cincuenta alumnos y en otra clase contigua, sin ningún sistema eléctrico, se reunían otros cincuenta niños de cualidades y condiciones semejantes a los anteriores, en edad, estatura y desarrollo mental.

Según la Gaceta Dietética e Higiénica, al cabo de seis meses de tratamiento, los niños sometidos a la acción de la electricidad habían crecido por término medio cinco centímetros, mientras que el crecimiento de los otros no pasaba de tres centímetros escasos.

Los niños electrizados tenían también mayor peso y mayor desarrollo en proporción a su estatura, y poseían más facilidad para el estudio. Además se mostraban más alegres, más activos y menos propensos a la fatiga producida por el estudio.

Los profesores poseían también mayor capacidad para el trabajo en la clase electrizada, cuyo ambiente olía a ozono, aunque la presencia de éste no ejercía ninguna influencia sobre los resultados obtenidos.

Pequeñeces

CONQUE mañana es el duelo? ¡Valor, amigo mío! Después de todo, las condiciones son iguales.

—No lo crea usted. Yo tengo mucho más miedo que mi adversario.

* * *

Un homeópata recibe en pago de diez visitas diez centavos.

—Usted se burla—dice.—¿Qué honorarios son estos?

—Homeopáticos. Le pago en su sistema.

* * *

Un estudiante de medicina escribía a su padre dándole cuenta de la marcha de sus estudios. Y hablando de la clase de anatomía, le escribió: "Ahora estoy en los huesos".

Al padre, al leer esto, exclamó:

—¡Ya me lo figuraba! ¡Si ese Buenos Aires es la perdición de la juventud!

El campeón de las aves emigrantes

LAS distancias que recorren las aves emigrantes son muy variables. Unas descienden unos cuantos kilómetros solamente, y otras muchos millares.

Pero no hay ave que haga viaje más largo que la golondrina de mar, llamada así impropiamente, porque no tiene nada de golondrina, sino que es una palmípeda. Esta ave se cría alrededor del Polo Artico, y pasa el invierno alrededor del Polo Sur. Difícilmente podría imaginarse trayecto más largo.

Mr. W. W. Cooke, biólogo norteamericano, a quien se deben muy interesantes estudios sobre la emigración de las aves, dice que la golondrina ártica hace todos los años dos viajes, ida y vuelta, de 18.000 kilómetros cada uno, o sean 36.000 kilómetros.

Se han encontrado nidos suyos a 7 grados del Polo, rodeados de nieve que los padres quitan solícitos formado con ella una muralla circular alrededor del polluelo. En cuanto éste se halla en condiciones de volar, emprenden el viaje al Sur. ¿Por dónde? Nadie lo sabe. ¿Hace el viaje por encima de los océanos sobre cuyas aguas puede posarse esta palmípeda y nadar si se cansa de volar, o pasa por encima de los continentes sin detenerse, puesto que no se la ve sino sobre el agua? La primera hipótesis es más verosímil. De todas suertes, la golondrina de mar desaparece de las tierras árticas, y algunos meses después se presenta en bandadas en las orillas del continente antártico.

Su estancia en el Norte es breve: dura desde el 15 de junio al 25 de agosto, poco más o menos. En el Sur permanece más tiempo. Calcúlese que en los viajes invierte cinco meses.

Madera incombustible

SEGÚN M. Robert E. Price, en un trabajo presentado a la American Word Presewes Association, los mejores procedimientos de incombustibilidad de la madera se fundan en: 1.° La acción de las sales amoniacales. La madera tratada con estas sales queda en condición de no ser quemada. 2.° El bórax (borato de sodio) tiene también capital importancia, pero su acción es inferior a la de las sales amoniacales, y como su costo es menor que aquéllas, se le usa con gran frecuencia.



Las propinas

DESPUÉS de la clausura de la gran co ferencia de Ginebra, el hotelero ε vió a cada delegado su cuenta; ést eran bastante saladas y tenían el con guiente agregado: "Diez por ciento pa el servicio".

A pesar de ello, el camarero se sit a la puerta esperando la partida de l delegados.

Cuando uno ha sido mantenido a e pensas del Estado, puede correrse ι poquito en la sección propinas.

Lloyd George entregó dos libras este linas al camarero: Barthou, que le segu no quiso que Francia hiciera mal pa y dió cien francos.

Cuando se acercó el representante Austria, con una valija, el camarero pr guntó:

—¿Debo llevarla hasta el coche, E celencia?

—No — respondó el diplomático; — para usted. Ahí dentro están los billet de la propina.

—¡Caramba! — pensó el camare viendo avanzar al delegado germánic — ¿Qué me dará éste?

Pero se quedó un poquito desilusion do al ver que el diplomático le alargal una guía-talón.

—Es para que retire un cajón de oficina de encomiendas — explicó el ai mán.—Está lleno de marcos que constit yen su propina.

Cuando le tocó el turno al enviado d soviet, éste puso en manos del camare un paquetito pesado diciéndole:

—Son los clisés de nuestros rublc Haga imprimir cuantos millares quier

Bien llevados

A pesar de su edad, el ilustre y ven rado general Mitre se manten fuerte de cuerpo y espíritu, no fallan nunca su clarísima inteligencia, su cer bro privilegiado.

Un día, una persona de su relación felicitaba por lo floreciente de su salu

—Sí, sí—contestó el general;—est bien, pero ya me pesan los años.

—Pues los lleva usted admirablemen — repuso su interlocutor.

—Es verdad: los llevo tan bien q no me cae ninguno de los hombros.

Mejor texto

REPRESENTADA una obra la compañ Casaux y a pesar de los esfuerz de éste por sostenerla, fracasó lament blemente.

El autor, muy descontento, dijo gran actor:

—Esta vez, amigo Casaux, no ha ε tado usted a la altura de sus méritos

—Es que tuve que bajarme muc para poderme poner a la altura de obra, — contestó Casaux.

¿Recuerda usted diariamente que lo eficaz para defenderse de todas las en medades y de todos los contagios es la hi ne, y que la higiene no es sólo limpieza, que también comprende la alimentació ejercicio y cuanto tiende a mantener el o nismo en condiciones normales?

DICKENS

NACIÓ el famoso novelista inglés en Landport, cerca de Porthsmouth, el 7 de febrero de 1812. Era hijo de un modesto empleado; se educó primeramente en Chatam y pasó luego al Colegio de Rochester donde se distinguió muy pronto por su precoz inteligencia, su memoria verdaderamente extraordinaria y su insaciable pasión por la lectura. Marchó en 1825 a Londres con su padre, que había obtenido el retiro, y entró en casa de un procurador para estudiar jurisprudencia; pero a los dos años cansóse de aquel árido trabajo y se hizo taquígrafo del "True Sum", diario político, del que pasó sucesivamente al "Espejo del Parlamento" y al "Morning Chronicle". En este periódico, con el título de Croquis y el seudónimo de Boz, insertó sus primeros ensayos literarios consagrados a la pintura de la vida inglesa y que por el humor y el realismo de las escenas atrajeron desde el primer día la atención del público sobre su joven autor. Estos croquis y otros compuestos para el "Old Monthly Magazine" se reimprimieron en 1836 (2 volúmenes), con ilustraciones del caricaturista Cruiskhank. Animado por sus primeros triunfos insertó Dickens en estudios posteriores a los sportmen de los clubs de Londres y dió a la imprenta su inimitable "Pickwick" enriquecido con dibujos de Seymour, señalando con esto el comienzo en su vida de una serie de triunfos literarios no interrumpida con un solo fracaso. Compuso sin duda en días posteriores obras más perfectas que "Pickwick", pero ninguna que haya apasionado tan universalmente a los ingleses; millares de lectores se disputaban todos los meses los cuadernos de esta ingeniosa sátira. Dickens entonces dejó el seudónimo de Boz y tomó su verdadero nombre. Se casó con la hija de Jorge Hogart, crítico muy estimado, y con la fama conquistó la fortuna. En efecto, los editores le abrumaron con peticiones, seguros de hacer un buen negocio con las obras del joven novelista. Este imprimió por cuadernos mensuales su "Nicolás Nickleby", novela bien acogida por el público y en la que el autor comenzaba sus rigurosos ataques contra el abuso y la opresión con un ardor y una constancia que no se desmintieron jamás. Luego apareció la obra titulada "Oliver Twist", de la que el novelista fué al mismo tiempo afortunado editor. En esta obra pinta Dickens las miserias que sufre un joven provinciano, arrojado, sin apoyo, a la Babel de una gran capital, asiento de todos los vicios, y acentúa con mayor profundidad su simpatía por los sufrimientos de los desheredados. Dickens ejerció desde esa época la más decisiva influencia en el espíritu público y fué considerado como un verdadero reformador consagrado a la causa del progreso. En 1840 publicó "El Reloj de Maese Humphrey", título en el que reunió algunos cuentos. Por el mismo tiempo marchó con su esposa a Estados Unidos donde permaneció algún tiempo. De regreso a la Gran Bretaña imprimió sus "Notas Americanas" y "Martín Chuzzlewit"; en esta última novela presentó algunos caracteres que había estudiado en el nuevo mundo. Acompañado de su familia se trasladó a Italia en 1844 y allí vivió un año completo. De vuelta a su patria concibió el proyecto de fundar un periódico político y cuando pudo contar de un modo seguro con la colaboración de un número de distinguidos escritores hizo aparecer el primer número de "Daily News", que contenía el comienzo de sus "Impresiones de un viaje por Italia". Poco conforme el periodismo con las aficiones puramente literarias del novelista, cansóse éste muy pronto de aquellas tareas y renunció a la dirección del periódico.

Prosiguiendo entonces Dickens sus anteriores trabajos dió en cuadernos mensuales "La Casa Dombey e hijo", la historia de "David Copperfield", novelas que según parece tienen algo de autobiográficas y que son sin duda las dos producciones más acabadas del autor, superiores en mérito a las tituladas "Black-House", "Los tiempos difíciles" y "La pequeña Dorrit", en la que Dickens censura con tanta vehemencia como justicia los abusos del gobierno, la rutina de los empleados y el nepotismo de los individuos de la aristocracia. Su "Ministerio de Circunlocuciones" vivirá mientras haya gobiernos incapaces y amigos del expedienteo. A la vez que publicaba esta obra, Dickens, mostrando la febril actividad que caracteriza estos tiempos, aceptó la dirección de "Household Worlds" que llegó a ser la revista literaria más acreditada de su tiempo y en la que inició la publicación de su "Historia de Inglaterra, contada a los niños". Con independencia de sus obras dió a la publicidad poco más tarde una serie de "Cuentos de Nochebuena", en los que combina acertadamente las realidades de la vida con los sueños fantásticos de las leyendas, creando, por decirlo así, un género literario propio para las lecturas de la familia inglesa en las largas veladas de invierno. De estos cuentos merecen particular recuerdo los titulados "Canción de Nochebuena" y "Batalla de la Vida". Todos alcanzaron inmensa boga en Inglaterra, ya por el encanto del estilo, ya por el vigor dramático que distingue a estas breves composiciones. Era Dickens igualmente apreciado como actor, como escritor y como lector de las conferencias públicas, porque poseía extraordinarias dotes en estas tres distintas manifestaciones del talento. Como actor aficionado llegó a gozar de una reputación intensa. Por primera vez apareció en escena en el año 1846 en el teatro de Saint-James, en el beneficio de mademoiselle Nelly, y fué aclamado con entusiasmo. En el transcurso de los años 1851 y 1852 representó con varios amigos en los teatros de Londres y en casi todos los de Inglaterra una pieza especialmente escrita para ellos por sir Eduardo Bulwer-Litton, a fin de reunir la suma necesaria para el establecimiento de la Litterary Guild, sociedad literaria y artística destinada a socorrer los literatos y artistas necesitados. Habiéndose separado Dickens de sus editores habituales, Bradbury y Evas, dejó de publicar "Household Worlds" que era propiedad de los tres y que reapareció en marzo de 1857 con el título de "Vuelta al Mundo", publicación editada por Chapman y Hall y en la que apareció el cuento de "Las Dos Ciudades" que no cede en mérito, por su interés dramático, a los "Intimos", publicado poco después, y que causó profunda sensación en Inglaterra. En 1866 publicó otra novela, "El Abisinio", y cuyo argumento sirvió al autor, en colaboración con Wilkie Collins, Didier y Petcher, para escribir un drama francés en cinco actos y once cuadros, que se representó con gran éxito en París en el teatro Vaudeville. No contento con escribir sus novelas, las leía en público y las leía tan admirablemente que los espaciosos salones donde tenían lugar las lecturas estaban siempre llenos de gente que le aplaudía con frenesí.

Repitió Dickens sus lecturas en las principales ciudades de Inglaterra y de los Estados Unidos y hasta en París y con ellas aumentó considerablemente su reputación y su fortuna.

Cuando leía en público no estaba quieto de pie o permanecía sentado según es costumbre. Se movía de un lado a otro; accionaba con manos, brazos y piernas; tenía a su cuerpo en oscilación continua; daba a su semblante las oscilaciones más diversas sin desagradar nunca y sucesivamente con sus gestos, su actitud y su palabra imitaba con fidelidad al ingenioso Pickwick, al desgreñado orador de los clubs, al presidente y jueces de un tribunal, al abogado charlatán, al devoto hipócrita, al amante tiñido, al indulgente padre de familia, al especulador desvergonzado, al indigente hambriento, a la alta dama coqueta y desdeñosa, al libertino cínico; en suma: a todos los tipos de la sociedad en que vivía, copiados con una naturalidad sólo igualada en sus obras.

"Podría acaso — ha dicho un crítico — censurarse a Dickens por llevar demasiado lejos la energía de los ademanes. Mas, ¿para qué? Mantiene siempre a sus oyentes cautivados y su palabra sonora y atrayente obtiene efecto que jamás logró el orador más elocuente".

No fué menos entusiasta que en Inglaterra el éxito de sus lecturas en Estados Unidos. Por dondequiera que viajó halló abiertos los brazos y vió arcos de triunfo para él alzados y fué solicitado por todos los individuos de la sociedad americana. Dickens, sin embargo, rechazó todas las invitaciones y sólo aceptó aquellas que le hicieron sus hermanos en genio y aficiones, las de los pensadores y poetas de América. Leyó sus obras, habló, se presentó en escena y despertó en el público de la Nueva Inglaterra la misma admiración que había merecido de parte de la Inglaterra del viejo Continente. Su regreso fué una continua marcha triunfal que hubiera envidiado cualquier emperador romano. De regreso en Londres en los primeros meses del año 1870 continuó sus trabajos favoritos y empezó la publicación de los "Misterios de Edwin Drood", novela que los ingleses recibieron como una de las obras capitales del autor, muerto antes que esta publicación terminara.

He aquí cómo juzgaba al eximio novelista un escritor español que firmó su trabajo con el seudónimo de Juan de Madrid:

"No hay ni ha habido seguramente en el mundo un novelista que haya ganado más dinero que Dickens, no hay ni ha habido un hombre más feliz que él. Como escritor le han sonreído la gloria y la fortuna; como esposo encontró por mujer a un ser angelical; como padre, contó con el cariño y la veneración de sus hijos que no cambiarían el nombre que llevan por el de la familia reinante en Inglaterra. Fué popular; todo lo tuvo..."

Es, pues, un caso ejemplar el de su vida. Uno de los pocos hombres a quienes no molestó la envidia ni la incomprensión de los que le rodeaban.

Y así, hasta los últimos días de su vida, cuando atacado de una parálisis, murió en Londres el 9 de junio de 1870, le acompañaban aún el aplauso y los esplendores de la gloria.

LA HUELGA

Por Max y Alex Fischer

I

Después de cenar, mientras fumaba su cigarro, el impresor Tounoir echó, por casualidad, una mirada a su libro mayor. Y se lamentó.

Todos los días entraba en su bolsillo una suma relativamente importante, y la mayor parte de esa suma pasaba en seguida de su bolsillo al de sus obreros.

26 de abril. — Entradas, pesos 100; pagado a los obreros, $ 70.

27 de abril. — Entradas, $ 103; pagado a los obreros, $ 70.

28 de abril. — Entradas, $ 97; pagado a los obreros, $ 70.



Poseía un gran stock de mercaderías. Pensó que podría, cómodamente, reducir a cero, durante un mes, sus gastos de personal. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que jamás tendría valor para privar bruscamente del medio de ganarse el pan, durante cuatro semanas, a doce buenos obreros que tenían mujer e hijos. No obstante, se le ocurrió calcular por simple curiosidad la suma que alcanzarían sus ganancias en el caso de tener corazón bastante duro para comportarse de aquel modo.

Ahí, sobre su mesa, había una hoja de papel. Era la prueba de un trabajo que hiciera hacía diez meses para la Confederación General del Trabajo. Tenía impresas estas palabras: "Compañeros: no trabajen más de ocho minutos por día". En el reverso garabateó sus cálculos.

Multiplicó 100 pesos por 30 días. La solución le demostró que al mes siguiente podría depositar a su nombre, en el Banco, 3.000 pesos.

II

Al día siguiente temprano, como todas las mañanas, el aprendiz barrió el taller de la imprenta de Tounoir. Un pedazo de papel estrujado le llamó la atención. Lo levantó.

En un lado distinguió números trazados con lápiz: "100 × 30 = 3.000". No les prestó atención. En el otro lado leyó: "Compañeros: no trabajen más de ocho minutos por día".

Y, como broma, pegó el papel en la pared.

Los obreros llegaron a las ocho y media. Leyeron y releyeron el cartelito.

—De veras que sería lindo trabajar sólo diez minutos por día... — se atrevió a decir uno, a eso de las diez.

—De veras que uno ya está harto de trabajar de la mañana a la noche... — comprobó otro a eso de la una.

—Uno se mata realmente... — rezongó un tercero, a eso de las cuatro.

A la hora de salida, el decano de los obreros de la casa Tounoir llamó a la puerta del escritorio del patrón.

—Entre, amigo.

—Vea, patrón: los compañeros y yo hemos resuelto no trabajar más que ocho minutos.

—¡Ocho minutos!— exclamó el señor Tounoir. — ¡Ocho minutos! ¡Usted no habla en serio, amigo mío!... Eso es llevarme a la quiebra... La competencia...

—¡Patrón: yo no discuto! Sí o no. Ocho minutos o la huelga.

En los días siguientes, el señor Tounoir anotó en su libro de caja:

1º de mayo. — Entradas, $ 200; pagado a los obreros, pesos 00.

2 de mayo. — Entradas, $ 207; pagado a los obreros, $ 00.

3 de mayo. — Entradas, $ 210; pagado a los obreros, $ 00.

El 1º de junio el señor Tounoir fué al Banco. Depositó, en su cuenta, 6.000 pesos.

Los precios de venta habían aumentado hasta el doble a causa de la huelga.

Su *stock* de mercaderías se hallaba casi agotado.

De regreso se encontró a la puerta de la imprenta con el decano de los obreros.

—Buen día, amigo — le dijo cordialmente. — No debo ocultarle mi satisfacción por haber demostrado una energía inquebrantable. Excelente precedente en favor de las reivindicaciones sociales... Sin embargo, creo que, por ahora, ustedes no ganarían nada con persistir en su actitud.

Una hora después los obreros reanudaban el trabajo.

Y al poner de nuevo en movimiento las máquinas, movieron la cabeza, murmurando:

—Todavía no hemos conseguido la jornada de ocho minutos... Pero, ¡no importa!: será para el año que viene...

Curiosidades

De los 3.424 dialectos conocidos en el mundo, más de la cuarta parte son asiáticos.

* * *

Las flores tienen, por término medio, 2 1|4 centígrados más de temperatura que la atmósfera que las rodea.

* * *

Los lagos más elevados del mundo se encuentran en el Himalaya, en Thibet, a 20.000 pies sobre el nivel del mar.

* * *

Un vecino respetable de Flores afirma que en el año 1896 las clases populares podían adquirir frutas excelentes en abundancia.

* * *

En Abisinia la mujer casada es propietaria de todos los enseres del hogar y puede imponer multas al marido cuando éste comete alguna falta.

* * *

Un buen remedio contra la obesidad es beber toda el agua que se quiera entre las comidas, pero ni una sola gota comiendo.

* * *

El tabaco que tiene menos nicotina, es el de Siria, y el que más el de Virginia.

Novedades científicas

En Spezia se han realizado ensayos con un aparato que tiene por objeto lanzar un avión desde el puente de un barco. El inventor es M. Gragnotto.

Se coloca el avión en el aparato, que es de aire comprimido, y lo lanza a unos 14 metros, aproximadamente, de distancia y con una velocidad de 100 kilómetros por hora.

Una parte importante de estas pruebas era la de comprobar la resistencia del organismo humano en las grandes velocidades.

* * *

El doctor australiano Smallpage, de Sydney, ha realizado experimentos con una nueva antitoxina contra la tuberculosis, que, al parecer, ha dado resultados satisfactorios.

El citado médico extrae un liquido del bazo, que, inyectado, es asimilado por los bacilos. De esa asimilación resulta una antitoxina que, inyectada a caballos, estimula las células para la producción de la antitoxina.

El doctor Smallpage ha aplicado ya el suero a varios enfermos, habiendo obtenido resultados muy halagüeños.

* * *

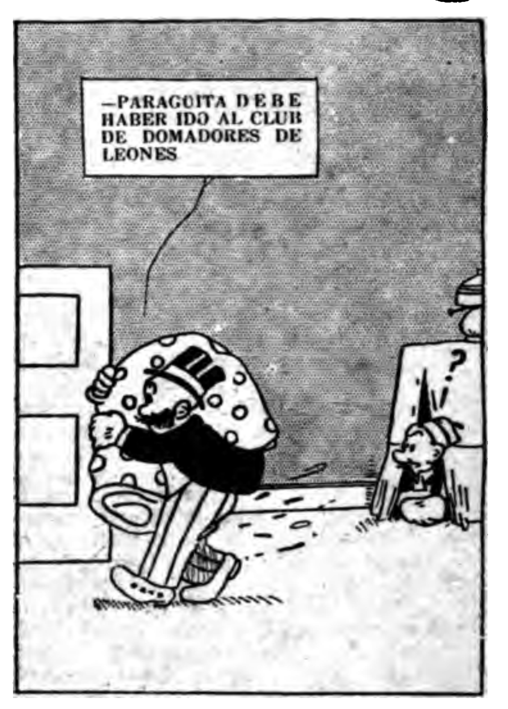
El inventor español del autogiro, señor La Cierva, realizó el 26 del corriente mes pasado pruebas ante diversas comisiones oficiales.

Piloteado por el aviador británico Courtney, el autogiro se ha elevado fácilmente varias veces, a una altura de 250 y 300 metros, evolucionando y deteniendo el motor para descender en vuelo vertical normalmente y ayudándose, no obstante, del motor para el aterrizaje desde 25 metros de altura.

PARAGÜITA Y MIQUELINO





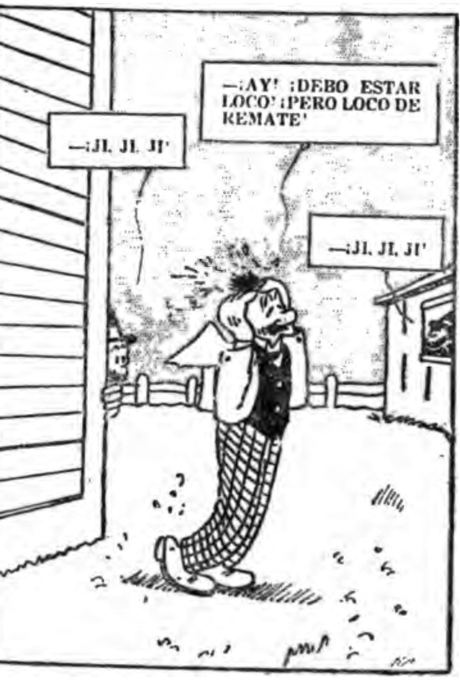














EL POZO DE LAS VIDAS

Por ERIC W. TOWNSEND

La casa del residente estaba situada entre un macizo de árboles que la cubrían con su sombra refrescante de los ardientes rayos solares durante el día, y por la noche, dejaba ver entre sus claros el esplendoroso cobalto donde titilaban miles de estrellas que, semejaban otros tantos diamantes. Sobre las balaustradas subían enmarañadas algunas plantas tropicales, que cubrían con su verde follaje los ladrillos calcinados por el sol con que la casa estaba construída. Frente a ella, separada apenas por una distancia de sesenta metros, se hallaba el Pozo de las Vidas.

El clima era relativamente saludable, y el pozo, por su aspecto, no parecía ser el lugar lleno de miasmas y de espectros que tanto se mencionaba en las leyendas. Durante el día, permanecía plácido y sonriente a las caricias del sol, salpicado aquí y allá de plantas acuáticas cuyas flores acampanadas semejaban sendas joyas que adornaran su regazo. Por la noche reflejaba el destello de los astros, y los rayos de la luna, o brillaba como una malla de plata entre las raíces de las plantas cuando la luna llena se cernía en el espacio.

Cuando Frank Mason llegó a aquel lugar, trasladado como ascenso desde Orogoni, después de su licencia de un año en Inglaterra, llegó a saber que existían ciertas horribles historias relacionadas con ese lugar, pero que se referían en forma extraoficial. Oficialmente — puesto que las autoridades no pueden tomar nota de sucesos que no se explican materialmente, — era reconocido como una excelente estación, y los reglamentos no prohibían que la esposa del residente la ocupara durante breves períodos.

Y por eso era que Frank acababa de casarse, y, cuando tuvo conocimiento de su ascenso, aceptó con placer el nuevo puesto, a pesar de las indicaciones veladas de un oficial del gobierno que le dió a entender que varios de sus predecesores habían encontrado la muerte allí, en forma misteriosa. Son tantos los misterios que hay en Africa, como en todos los vastos continentes donde el hombre blanco vive en medio de una población aborigen sin civilizar, que Frank se limitó a encogerse de hombros. Estela estaría con él; tendría su compañía; evitaría esa soledad que destruye las almas y ocasiona más de una tragedia en las selvas. Un residente había desaparecido. Otros habían muerto, encontrándoseles cerca del pozo con balas en la cabeza. A Frank le parecía que todas estas muertes tenían su explicación en la trágica influencia de una vida pasada en medio de lo ignoto de esa soledad. Estela también asintió.

—Estaremos juntos, Frank. Dicen que podían haber obtenido a Agara, pero las mujeres blancas no pueden vivir allí. ¿Tú no crees que yo te pueda conducir al suicidio, verdad?

No había más que una respuesta para estas preguntas, y Frank la dió. El primer mes de estada en aquel punto parecía ser un tácito reconocimiento de lo lógico de su elección. Eran felices en aquel punto tan extraño para Estela, y tan distinto para Frank de lo que fuera Orogoni, bajo y afectado de malaria, donde los nativos parecían embrujados. La amplia terraza les encantaba, especialmente cuando el calor del día decrecía y las estrellas brillaban en un firmamento de un intenso azul obscuro, mientras el perfume de las flores obscuras se esparcía por el ambiente. Echábanse en cómodos sillones a la luz de las lámparas, o Estela se mecía negligentemente en una hamaca bajo los anchos aleros, mientras Frank fumaba y le hablaba; el pozo de las vidas era en esos momentos una mancha brillante en las tinieblas frente a ellos.

—¿Qué sucedió, Frank? — le preguntó ella en cierta ocasión en que estaban sentados juntos, gozando del fresco de la noche.

—Nadie puede decir con exactitud qué es lo que ocurrió — le contestó Frank, doblando levemente la cabeza. — Cuando llegaron algunas personas a inquirir el suceso ya había tenido lugar. Creo que se trata de un suicidio. Jamás encontraron el arma empleada, pero es posible que ellos mismos lo tiraran en el momento de hacer el disparo; nadie ha pensado en hacer un dragado en el pozo.

—¿Entonces todos ellos se descerrajaron tiros? — preguntó ella algo temblorosa.

—Por lo que sé — dijo él moviendo la cabeza, — Gilger, que fué el primero en venir aquí, desapareció, pero se trataba de un hombre taciturno que no gozaba de la simpatía de los nativos, y con tendencia a exagerar las cosas, lo que lo tornaba aun menos popular. Un lugar como éste era el menos indicado para él. A menos que no sea un hombre normal y moderado, se dedica a la bebida o a las drogas y malogra todas las cosas.

—¡Qué horrible! Ya he oído decir eso antes, pero ¿cómo fué que lo hizo, Frank?

—Aquí estoy otra vez a obscuras; encontraron sus ropas a la orilla del pozo, y a pesar de que buscaron su cuerpo, jamás dieron con él.

—¿Entonces no se habrá suicidado?

—Yo creo que sí; el pozo es muy profundo en ciertos lugares, y es posible que también se encuentre algún cocodrilo a veces. Por mi parte creo que existen. Yo creo que acostumbraba ir hasta allí cuando su humor se lo permitía, pero que comenzó a pensar que las cosas conspiraban contra él.

—¿Las cosas?

Frank hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y prosiguió:

—Africa es un continente extraño. Aquí es donde hasta los hombres normales pueden comprender lo hostiles que llegan a ser los árboles.

—¡Vamos, Frank! — le dijo ella, riéndose. — ¿Cómo pueden ser hostiles los árboles?

—No lo son, pero sólo bastan unos grados de fiebre para que uno crea que los árboles que le rodean lo son. No hay nada de sobrenatural en eso. ¿Cuánto tiempo podrías soportar viendo el mismo papel de la pared, o cuánto tiempo podría vivir en el mismo lugar, sin cambiar de escenario y sin distracciones? Al cabo de cierto tiempo llegarías a sentir fastidio, tedio por el lugar. Y los árboles, si eres lo suficientemente inmaginativa, se ponen delante de ti y te contemplan insolentemente. Jamás se mueven del mismo sitio. No hacen más que estar parados sin hacer nada, y cuando se trata de una persona que carece de salud mental, pronto comienza a odiar las cosas impersonales. Yo creo que eso es lo que le ocurrió a Gilger, que creyendo que ya no lo podría soportar más, optó por poner fin a su miseria.

—¡Pero qué lástima que echen todas las culpas al pozo! — repuso Estela. — A mí me parece que es muy hermoso, tan plácido y sonriente, sobre todo cuando la luna lo ilumina. Además, esas hermosas flores flotantes...

—A mí también me agrada — convino él. — No es que me queje, puesto que el lugar es pasable.

Ambos fijaron su mirada en el pozo. Sus reflejos plateados brillaban a través de los claros de la vegetación que bordeaba sus riberas, y, de pronto, Estela se rió nerviosamente.

—Se está levantando una brisa, Frank — le dijo, mientras éste encendía otro cigarrillo. — No lo creo... no... pero esas plantas se mueven. — agregó.

Frank inclinóse hacia adelante en su silla, siguiendo la dirección de su dedo, y exclamó lentamente:

—¡Es extraño!

En todas partes, menos en un punto, los arbustos se mantenían erectos, como un ejército de centinelas que guardaran el pozo, pero en otro lugar se movían y se balanceaban, graciosos y tenues.

—¡Vamos a ver lo que pasa! — dijo Estela levantándose.

Frank también púsose de pie, se rió, la tomó del brazo y marchó con ella por el espacio verde que los separaba del pozo. Los arbustos habían dejado de moverse cuando llegaron, pero hacia uno de los lados veíase una estela en forma de flecha, como si algo nadase en esa dirección, pero pronto desapareció, así como el reflejo plateado de las aguas.

—¡Un cocodrilo! — dijo, fijando su mirada en las aguas. — Voy a buscar mi escopeta.

La joven retiróse de la vecindad peligrosa de los junquillos, mientras él regresaba a la casa para volver casi en seguida con su rifle.

—¿Has vuelto a verlo? — le preguntó con ansiedad en cuanto se hubo acercado.

—Ni la menor señal — le respondió. — Tal vez haya sido un pez de gran tamaño.

—Se mueven los junquillos... No mucho. Entonces esperaremos.

Todo estaba en calma y silencioso, y como nada extraordinario aconteciese, ambos regresaron a la casa. Mason estaba decidido a preparar una trampa para cazar al animal al día siguiente, y en esa espera, se olvidaron momentáneamente del incidente, pero al otro día Frank fué a ver a su capataz para la instalación de la trampa, mas con gran sorpresa notó que el indígena escuchaba su conversación con el semblante horrorizado y el cuerpo tembloroso.

—¡Mi señor morirá pronto! — exclamó. — Así sucedió antes; tres lo vieron y los tres fallecieron.

—Son cuentos de viejas — le contestó Frank frunciendo el ceño. — Si viene conmigo al pozo voy a enseñarle el lugar donde los junquillos se movían, y es posible que podamos ver las huellas del animal.

Fueron juntos hacia el sitio en cuestión, y el indígena de pronto se internó en los junquillos que crecían sobre el barro seco, y sin decir una palabra, señaló con el dedo, mientras le castañeteaban los dientes. Frank miró por un instante, y luego, tomando al indígena del brazo, lo llevó hasta la casa.

—¿Has visto algo del animal? — le preguntó Estela desde la terraza.

Frank hizo un movimiento negativo de cabeza, y subió los escalones.

—Es muy extraordinario — le dijo una vez llegado arriba. — Nunca he visto cocodrilos que dejen esas huellas; las patas de adelante son las de un pukka, sin duda alguna, pero detrás siguen unas ondulaciones que no sé a que atribuir.—Pero no le contó lo que el indígena le había dicho, pues de nada le serviría como no fuera para asustarla.

—Debe ser un cocodrilo — agregó tras una breve pausa. Esta noche voy a llevar el fusil y estaré alerta para descargar el arma si se hace ver.

—¡Pobre animal! — dijo Estela, riendo.

—¿Sientes simpatía por un cocodrilo? — le preguntó él en tono de reproche, y contento de que el asunto no adquiriera un aspecto más siniestro.

—Dicen que esos animales lloran, ¿es cierto? — le preguntó, volviendo a reír. — Pero, de todas maneras, te acompañaré para ver si no le erras el tiro.

Pero esa noche los junquillos no se movieron, y, por lo tanto, Mason regresó a la casa con su esposa, y dejó el fusil a un lado. Al día siguiente no se vieron huellas

frescas en el barro, y el cebo que se dejara en el agua estaba sin tocar.

—Tal vez el animal se haya ido — dijo la joven, al regresar Frank de una visita al pozo, iluminado por el sol en esos momentos.

—Le doy una semana de tiempo para que se presente y muera — le contestó. — Mis compañeros de aquí son unos tontos supersticiosos, y causarán trastornos mientras tengan metido en sus cabezas que ese animal es de mal agüero y portador de la muerte. Pero la piel del cocodrilo los ha de convencer, si puedo cazarlo.

Esa noche volvió a dejar el fusil a su lado en la terraza, lo mismo que la siguiente, pero el pozo permanecía en calma bajo la luz de la luna, brillante y hermoso, pero sin ese aspecto de horror que tanta intranquilidad llevara a la mente de los nativos, cuando supieron por boca del capataz lo que Mason había visto.

Tres días más tarde ocurrió el suceso que hizo que olvidaran ese incidente, pues habían llegado noticias del interior, de que en una aldea del Ningongo tenían ciertas dificultades, pues una mujer y un joven habían sido envenenados durante una reunión de los indígenas, y Frank se vió obligado a acudir a aquel lugar para arrestar al curandero culpable. Era un viaje largo y penoso a través de terrenos difíciles y peligrosos, y no era posible que Estela acompañase a la pequeña partida.

—Pero tú has de estar perfectamente segura aquí — le aseguró Frank a su esposa, mientras hacía los preparativos para el viaje. — Quedan contigo el capataz y los otros muchachos, y si no vas al pozo durante la noche, no creo probable que el cocodrilo pueda alarmarte.

—No me gusta el pozo como para tentarme a ir — le contestó ella sonriendo, — y me conformaré con mirarlo desde la terraza.

—Yo creo que el animal ya se ha ido — le contestó él para confortarla. — Habrá venido de algún río que se estaba secando, pero retirándose otra vez, pues a veces acostumbran a viajar.

II

Estela se sorprendió mucho, una vez que su marido hubo partido, al notar cuánto extrañaba su compañía. No era que se sintiese asustada o solitaria, pero es que los muchos indígenas hacían todo el trabajo, y no tenía nada que hacer; por otra parte, no conocía el dialecto nativo, lo que le impedía pasar el tiempo conversando.

El correo no había traído ningún periódico y la joven señora ya leyera todos los libros traídos desde Europa. En estas circunstancias, pensó si los anteriores residentes no habrían dejado algún material de lectura que pudiera interesarle, y en consecuencia, inició una búsqueda por la casa, revisando habitaciones llenas de polvo que aun no había empleado, sin encontrar otra cosa más interesante que un paquete de libros azules, con los cuales se entretuvo durante dos días. Fué al tercer día cuando se le ocurrió hacer una revisión de la habitación que se conocía por el nombre de "Oficina del Residente". Era ésta una construcción de un solo piso con techos de chapas de hierro galvanizado, amueblada con un escritorio, un armario y varias hileras de estantes cubiertos de esteras viejas; su aspecto era el de una oficina donde difícilmente podrían encontrarse novelas. Sin embargo, había varios libros, entre ellos un diccionario del dialecto, una gramática Swahili y documentos oficiales encuadernados en carpetas de cartón fuerte. Los revisó con aire de disgusto, y luego, mujer al fin, pensó en el estado de desorden en que se hallaba la oficina. Sin duda que a Frank le agradaría encontrarla limpia y [illegible] a su regreso, y, por lo tanto, hizo venir a los muchachos y les encargó de la limpieza, haciendo sacar las esteras, sacudir el polvo a los libros y estantes, matar los ciempiés, arañas y escorpiones que abundaban, habiendo tomado posesión de todos los rincones.

Mientras ella inspeccionaba y dirigía los trabajos, uno de los muchachos se puso a buscar algo que había caído detrás del estante que en ese momento limpiaba, y se lo mostró a la señora con el respeto inocente que demuestran los salvajes por todo lo que está impreso.

Estela lo miró con curiosidad. Se trataba de una libreta de apuntes y en la tapa tenía la impresión: "T. Gilger", y esa misma tarde, a la hora de la siesta, recostada en su hamaca de la terraza, comenzó a repasarlo. Se trataba de un diario, y desde sus comienzos estaba escrito con expresión amarga. La joven creyó comprender, a medida que lo leía, que Gilger había contemplado al mundo como hostil. Hablaba de las promociones de sus colegas y de las intrigas dirigidas contra él, tratando a sus jefes como inservibles que no se ocupaban de otra cosa que de sacarse el cerebro pensando cómo hacer para obtener éxito en sus propios fines. Era el diario de un hombre que sufriera de la manía de las persecuciones, de un fracasado que atribuía toda su mala suerte a la envidia de sus superiores.

La joven no leyó mucho, pues ese libro le abatía el ánimo, y la forma en que se expresaba era sugerente de una próxima locura.

El alma de ese hombre se reflejaba vívidamente en aquel diario, y la joven no pudo menos que cerrarlo. Frank tenía razón — se decía. — Gilger habíase suicidado en el pozo, inducido a su propia destrucción por las desilusiones sufridas y su corazón partido.

Dejó el diario a un lado para que lo viera Franck a su regreso; tal vez creyera conveniente enviarlo a los pacientes de Gilger o les sirviera para encontrar el enigma de la tragedia. Por su parte, rechazaba la idea — tan arraigada entre los nativos supersticiosos, — de que la sombra de Gilger merodeaba por el lago.

El hecho de que no creía en la naturaleza ultraterrena del animal que había sacudido los junquillos dejando huellas tan extrañas en el barro de la orilla, estaba probado, puesto que esa noche tomó el rifle de Frank cuando fué a sentarse a la terraza para contemplar la belleza de los reflejos lunares sobre la superficie plácida de las aguas del pozo. Su puntería era certera.

Mientras se hallaba sentada, en la soledad callada de la noche, pensaba en Frank y dónde se encontraría en aquel instante, sintiéndose feliz de revivirlo en su mente, y abstrayéndose por completo en sus pensamientos, hasta quedar casi por completo olvidada de este mundo; pero, lentamente, el reflejo de la luna sobre el lago la hizo volver en sí, y levantando la vista, fijó los ojos en él, y sintiendo un escalofrío, permaneció con la vista fija... esperando.

Hacia un costado del lago, los junquillos se movían.

Ella estaba sentada a la sombra, y, mirando desde el lago, no era posible verla en las tinieblas. La joven recuperó su sangre fría tras un instante de contenido terror, y extendió lentamente la mano hacia el rifle que se hallaba recostado contra el respaldo de su silla.

Lo atrajo hacia sí, y preparó el gatillo para hacerlo funcionar si llegaba la ocasión. De pronto, vió que los junquillos se abrían, como si alguien pasara entre ellos, volviéndose a cerrar. La joven permaneció inmóvil y colocó el caño del fusil tranquilamente sobre la baranda de la terraza, esperando sin temor.

Transcurrieron diez minutos, y luego, un objeto obscuro y largo apareció a la vista sobre el césped que bordeaba el lago, avanzando lenta y extrañamente, pareciéndole que se movía con dificultad. Le pareció que se hallaba a cincuenta metros de distancia; cuando se acercara diez metros más, se arriesgaría a disparar el tiro.

El animal avanzaba; la joven tomó pun-

tería un metro más adelante del lugar en que el animal se hallaba, y comenzó a apretar el gatillo lentamente, en la forma que su esposo le enseñara. Poco después oíase el eco del estampido. El animal pareció detenerse, dejando escapar un grito extraño, y luego dióse vuelta tratando de correr hacia el agua; disparó otro tiro, pero vió que la tierra se levantaba lejos del animal.

A la mañana siguiente, acompañada de los sirvientes, fué hasta el lugar del hecho, descubriendo manchas de sangre, y las extrañas huellas sobre el barro. Estela se hallaba intrigada, pero más feliz, pues que los hombres de su campamento dijeran lo que dijeran, los espectros no tenían venas. Había dado en el blanco, y ahora podría hallarse muerto en el fondo del lago.

III

Frank regresó diez días después. Había ya apaciguado la revuelta, y se hallaba poseído del mejor buen humor, encontrando también a Estela alegre y feliz. La joven señora le contó lo ocurrido y le hizo entrega del diario que encontrara.

El residente llamó a sus hombres y se preparó para hacer un rastreo con el aparato preparado al efecto, con grandes anzuelos atados a una soga fuerte.

—Claro está que es posible que el animal sólo esté herido, pero le echaremos una mirada — le dijo a Estela, que lo acompañaba junto con los hombres hacia el lago. — ¿Pero dónde habrá vivido durante el día para que nadie lo haya podido ver?

Los hombres estaban reunidos en la orilla, y hacían rastreos sin resultado, hasta que uno de los muchachos, que se había alejado un poco por la orilla, los hizo estremecer con sus gritos de: ¡Bwana! ¡Bwana!

Frank se apresuró a acudir al lugar que indicaba el indígena, y, del otro lado de los juncos alcanzó a ver un cocodrilo que flotaba, o parecía flotar al menos, hasta que una inspección más minuciosa le reveló que se trataba de una piel completa, con su cabeza, más bien que el animal, lo que se mecía sobre las aguas, cerca de la orilla.

—¿Pueden cambiar de piel los cocodrilos lo mismo que las serpientes? — preguntó excitada Estela una vez que la hubieron traído a tierra.

Frank no le contestó, pues estaba estudiando el objeto, con los ojos achicados y el ceño fruncido. Los nativos conversaban entre ellos, encontrando en esa piel vacía, la confirmación de su teoría supersticiosa.

—Era un hombre-cocodrilo, como el señor puede ver — dijo el capataz en un murmullo. — ¿Quién sabe en qué se transformará más tarde?

Frank inmediatamente hizo retirar a sus hombres, y se llevó a Estela a la casa, donde se sentó para estudiar el diario de Gilger, mientras su esposa lo miraba por encima de su hombro.

Las conclusiones a que llegara, no se las confió a su mujer, demostrando una alegría que no sentía, pues había algo aun que debía encontrar en el pozo de las vidas, pero que no le era posible confiarle a Estela.

—No creo que vuelva a aparecer — observó la señora cuando, más tarde, volvieron a conversar del asunto.

—No, yo creo que tú le has puesto fin — asintió él. — Ahora podemos continuar con nuestras ocupaciones, y en cuanto a este diario, voy a enviarlo a Europa.

Poco después la dejaba, saliendo con el rifle bajo el brazo, y con la excusa de ir en busca de algunas aves para cazar. Dirigiéndose hacia el lago, y marchando pensativamente, con la cabeza inclinada, se hubiera dicho que se hallaba por completo abstraído, de no haber sido por las miradas penetrantes que dirigía al suelo mientras marchaba.

Algunas aves levantaron el vuelo a su paso, pero él no se preocupó de llevar el rifle al hombro para apuntarles. Salió del terreno llano y se internó en un sendero que penetraba en la selva cercana, siguiendo una huella extraña durante más de una hora, hasta que llegó a un pequeño claro del bosque y miró en torno suyo. Sus hombres nunca se habían aventurado a penetrar en esa selva situada del otro lado del lago, y en cuanto a él, era la primera vez que pisaba ese lugar.

De pronto se detuvo delante de un árbol alto, examinando con cuidado su tronco, y notando que en varios lugares se habían practicado profundas perforaciones. Dejó a un lado su fusil, y comenzó a trepar hasta que el suelo quedó oculto a su vista por el denso follaje. Levantó la vista y vió arriba una plataforma de ramas, cuyo piso estaba formado por una estera indígena, doble. Subió hasta ese lugar y lo inspeccionó con expresión de lástima mezclada de disgusto cuando sus ojos se posaron sobre algunos huesos pelados, plumas de muchas aves y restos diversos, que formaban la salvaje pitanza del ocupante de esa extraña plataforma.

Le pareció raro que no se hubiera hecho atentado alguno contra su vida, cuando sus predecesores fueron asesinados sin compasión. ¿Habría algo en la perversa mentalidad del loco, que le hiciera tener escrúpulos, o ello se debería a la presencia de Estela?

Y Frank meditó. Gilger habíase sentido enamorado, y aun en los pasajes más amargos de su diario, se expresaba con afecto y con respeto al hablar de la mujer causante de su desdicha, y en esos momentos Frank recordaba el incidente. La mujer habíase casado con sir James Craigen, del ministerio de Relaciones. Se decía que era ambiciosa y muy bella, pero inestable como el agua. Tal vez fuera el recuerdo de su amor perdido el que hiciera que Gilger contuviera sus arrebatos.

Sería difícil pasar un informe de lo ocurrido — pensaba, mientras descendía de nuevo lentamente, y se encaminaba en dirección a la residencia. — ¿Cómo podría explicar la locura de Gilger, su deseo de venganza, sus visitas de incógnito al lago para ponerse en acecho, en espera de los hombres que él creía le habían arrebatado su puesto? Explicar todo esto equivaldría a decir lo que Estela había hecho. Nadie podía culpar a la joven señora. Si el loco había decidido cubrirse con la piel de un reptil era porque andaba en busca de fastidios.

Y luego pensó en Estela. No debía ensombrecerle la existencia con el pensamiento de que, aun involuntariamente, le quitara la vida a un ser humano.

Así, pues, prosiguió su camino, cazó un par de aves y regresó sonriendo. Esa noche se levantó y salió. Estela estaba todavía dormida. Tomó los aparejos improvisados que habían quedado en la terraza, y se encaminó al lago, con gran sigilo. Trabajó pacientemente, rastreando durante varias horas, hasta que por último sus esfuerzos viéronse coronados por el éxito. Había encontrado a Gilger, vestido como los indígenas; con la piel quemada por el sol, de un tinte casi negro, pero en su fisonomía brillaba una sonrisa que consoló a Frank mientras lo contemplaba. Parecía como si Gilger hubiera encontrado por fin la paz.

Frank tiró el aparejo lejos de sí en el lago y regresó a la casa para traer varios objetos pesados.

El lago era profundo y guardaría el secreto.

Cuando regresó a su habitación, Estela estaba ya despierta.

—¿Dónde has estado? — le preguntó. — Me desperté y al no verte me asusté.

—No tienes nada de qué asustarte ahora — le contestó. — Has hecho desaparecer para siempre el espectro.

Y, el lago permanecía tranquilo, brillando plácidamente a la luz de la luna. Si los junquillos se agitaban y mecían, era a causa de la suave brisa que los rozaba con su hálito refrescante de la selva, jugando también con las hojas de las lianas que cubrían la terraza.



Confidencias

La correspondencia debe dirigirse a Atlántida, sección Confidencias, calle Azopardo y Méjico, adjuntando 10 *centavos por cada palabra. El importe será devuelto en caso de no ser aceptada la confidencia para su publicación.*

Caballero distinguido, viudo, desea entablar relaciones con persona también elegante, un tanto sentimental, a quien le gustaría pasear y bailar. — Boccacio.—6A.

Deseo conocer a una señorita desinteresada, que sepa amar con ardor, para hacerla dichosa compañera de mi vida. — Marios. — Rosario. — 5A.

Con viuda joven, libre de prejuicios sociales, anhelaría entablar relaciones espirituales estudiante de Derecho. — Epicuro. — *15.*

Júpiter. — ¡¡Mi ambición!! Amar, ser amada. — Alma. — 7.

Los que me escribieron, fíjense en "Personas buscadas", de "La Nación", después de ésta. — Adelfa. — *15.*

Desearía relacionarme con un buen mozo de 25 a 32 años. Contestar a J. S., Poste Restante, San Fernando. — Aleluya. — *29.*

Treinta años, culto, reservado. Busco compañera amable. Espíritu delicado. — Parisién. — *10.*

Ansío amor intenso, puro, de joven simpático, preferencia rubio, estatura 1.73; 26 años, sincero, sumamente cariñoso, bueno, decente, correcto, en condiciones de formar un "hogar", que comprenda los sentimientos de una "mujer", sano, física y moralmente. — Mema. — *37.*

Solicita madrina de guerra el piloto militar Pedro de Barberá, aeródromo de Anamara, Larache, Marruecos, España.

Plática callejera

Las dos vecinas se encontraron en la calle y comenzaron a comunicarse las novedades del barrio, con abundante salsa de observaciones propias, y azorados comentarios sobre la degeneración de las costumbres.

—La dejo, vecina — dijo una de ellas al cabo de media hora.

—La dejo, vecina — dijo la otra diez minutos después.

Y transcurridos diez minutos más, la primera repitió:

—La dejo, vecina, porque mi marido me está esperando. Usted sabe cómo es...

—Como todos. Sí; ya lo sé: impacientes.

—Sobre todo hoy, porque cuando salí para ir a llamar al plomero lo dejé con el dedo puesto en el agujero del caño del agua corriente que se rompió.

Lección de Etimología

No siempre las palabras significan en realidad lo que dice el diccionario: algunas ligeras explicaciones etimológicas nos darán una idea: Yerno se forma de las dos palabras: "ayer no", es decir, ayer no era lo que es hoy. Nuera, de "no era", que viene a significar lo mismo que yerno. Suegro, se forma de las dos palabras "su ogro", porque el suegro es el ogro del pobre yerno. Novio, se forma de las dos palabras "no vió", es decir estaba ciego, que no supo lo que hacía cuando se casó. Marido, se forma de las dos palabras "mar ido" o ido al mar, por la semejanza que hay entre casarse y echarse al mar aunque lo primero es peor que lo segundo. Esposa significa la esposa o cadena que sujeta al hombre. Casado, se ha formado quitando la "n" a cansado, así es que al poco tiempo vuelve a llamarse cansado.

Maravillas de la electricidad y del magnetismo

Desde hace tiempo se sabe que existe cierta relación entre lo que ocurre en el Sol y el estado de nuestra atmósfera. Sabemos igualmente que las manchas del Sol tienen alguna relación con las brújulas que hay en la Tierra. Por otra parte, se ha descubierto recientemente que esas manchas proceden de una acción magnética. Si se estudia detenidamente, mediante el análisis espectral, la luz de las manchas del Sol se observan en ella ciertas particularidades, indicadoras de que se hallan sometidas a la influencia del magnetismo. Esto contribuirá a que nos hagamos cargo de la relación entre las manchas del Sol y las perturbaciones de las agujas imantadas en la Tierra. Así vemos cómo se van formando nuestros conocimientos del magnetismo; y el último descubrimiento que se ha efectuado tocante a este asunto ofrece especial interés, porque se refiere a lo que hace poco averiguamos acerca de la luz, del impulso de radiación, y del hecho de que la Tierra es un imán. Este descubrimiento es el relativo a las auroras boreales. Veamos ahora qué otras cosas se desprenden del estudio de la electricidad y del magnetismo.

Sabemos que la luz está formada por ondas del éter; sabemos también que existen ondas parecidas, que originan, por decirlo así, una gama o escala, más allá y más acá de la parte visible de esa escala luminosa. Sabemos, por último, que todas esas varias ondas vienen a ser realmente una especie de corriente eléctrica; que se propagan todas con igual velocidad, y que están sujetas a las mismas leyes. Se propagan a través del éter; y conviene tener presente que también las corrientes eléctricas son transmitidas por el éter. Estas corrientes son ondas etéreas, tanto si se transmiten sin hilos traspasando el aire, como si se transmiten por medio de los alambres, que tan útiles resultan para guiar las corrientes.

Uno de los inconvenientes del progreso de las ciencias es que los nombres antiguos adquieren un significado nuevo muy distinto, lo cual ocasiona ciertas confusiones. Así sucede en el caso de la electricidad. Esta palabra se aplica, entre otras cosas, a las corrientes u ondulaciones que se producen en el éter, y es preciso que nos demos cuenta clara de este hecho; pero ahora se emplea en otro sentido, a consecuencia de dos descubrimientos muy recientes, y conviene que no los confundamos. Dándole a la palabra ese nuevo sentido, será lícito decir que hay átomos de electricidad, siempre que tengamos presente los significados modernos de "átomo" y de "electricidad".

El sentido que antiguamente se daba a la palabra átomo es aplicable a esas partículas conocidas por los químicos, y de las cuales se componen los elementos, como por ejemplo, el oro, el carbono o el oxígeno. Lo que se ha descubierto recientemente es que estos elementos se componen de algo más, y este algo de que se componen produce la electricidad, y como posee todas las propiedades que caracterizan a esa electricidad, no es posible darle otro nombre. La materia, por lo tanto, considerada desde este punto de vista, viene a ser una especie de fuerza. Ya hemos visto que se llaman electrones las partículas que componen los átomos. Lo que les caracteriza es su potencia eléctrica, y que, por decirlo así, contienen electricidad. Todos los electrones son iguales, sean cuales fueren los átomos de que procedan y contienen cantidades idénticas de electricidad. Al estudiar su velocidad, su dimensión y su masa, así como todas sus demás propiedades, realizamos un descubrimiento estupendo y maravilloso, a saber, que si ha de darse crédito al resultado de los experimentos, todas las distintas propiedades que poseen los electrones dependen de la electricidad que encierran. Todas esas propiedades son eléctricas, y todos los fenómenos que se observan pueden atribuirse a la electricidad.

Por lo tanto, no hay motivo para suponer que contengan otra cosa. Esas partículas consisten en electricidad y nada más que en electricidad, de lo cual se desprende, lógicamente, que la materia está hecha de electricidad.

Esos átomos eléctricos dispuestos de cierto modo, o sea, formando sistemas parecidos al sistema planetario o a las agrupaciones de estrellas, tales como las Pléyades, constituyen los átomos y moléculas de la materia, tal como los conocemos; y no hace falta suponer que exista ninguna cosa más. La electricidad, según hemos visto, consistió, pues, en un principio, en los fenómenos producidos al frotar un trozo de ámbar y de ahí sacó su nombre; pero ha llegado ahora a demostrarse que la misma materia no es sino una forma sencilla de electricidad.

Sabido es, desde hace tiempo, que la electricidad se presenta algunas veces en una forma que hace suponer que existen dos clases opuestas de dicha electricidad, llamadas, respectivamente, positiva y negativa. Se ha observado asimismo que difieren entre sí los dos polos o extremos de un objeto magnetizado. Ahora bien; las dos clases opuestas de electricidad se atraen, mientras dos cuerpos cargados de la misma clase se repelen o rechazan mutuamente. De igual o parecido modo, el polo norte de un imán es atraído por el polo sur de otro; pero los polos magnéticos del mismo género se repelen como lo hacen las electricidades cuando son de la misma clase. Lo que llamamos polo norte del índice de una brújula debería, pues, llamarse propiamente "polo que busca el norte", ya que es de género opuesto al polo magnético norte de la Tierra, cuya dirección señala.

Estos hechos, conocidos desde hace mucho tiempo, relativos a las dos clases de electricidad, deben aplicarse al nuevo descubrimiento de que la materia es de naturaleza eléctrica.

Las electricidades similares o del mismo nombre se repelen. Esos electrones, de que se componen los átomos y que son despedidos por dichos átomos, están todos cargados de aquella electricidad, a la cual, para darle un nombre, llamamos electricidad negativa. Por lo tanto, según la clásica ley concedida desde hace siglos, esos átomos deberían repelerse, y así sucede efectivamente.

Pero ¿cómo se explica en este caso, el hecho de que las partículas de electricidad negativa puedan juntarse para formar átomos? La contestación a esta pregunta es que los átomos deben de contener cierta cantidad de electricidad positiva, que atrae a los electrones negativos, los cuales se mantienen unidos por virtud de esa fuerza de atracción. El átomo puede compararse a un sistema planetario en que la electricidad positiva representa el oficio del Sol, mientras la negativa corresponde a las partículas de los planetas.

Se está tratando actualmente de averiguar si la electricidad no podría ser la clave de otro gran misterio: el de la fuerza de gravitación. Es una fuerza que ejerce su acción por todos los ámbitos del universo de una manera regular y conformándose a leyes invariables.

Durante el largo espacio de tiempo que ha transcurrido desde que Newton descubrió la ley de gravitación universal, todo lo que se ha hecho ha sido sencillamente comprobar que esta ley es efectivamente tan constante, como él lo había afirmado. La exactitud de la ley, tal como la formuló, no hubiera podido comprobarse debidamente en los tiempos en que vivía. La acción de la gravedad no es alterada por ninguna clase de pantalla, no la alteran tampoco la temperatura ni los cambios químicos, ni ninguna otra cosa que sepamos. Hemos demostrado que es exacta la ley de Newton; pero en todo ese tiempo no hemos logrado descubrir las causas a que se debe la gravitación. No sabemos mucho más de lo que sabía Newton respecto de la forma en que obra esta fuerza.

Unicamente puede decirse que ha de obrar en el seno del éter, y que tenemos más pruebas que Newton de la existencia de ese éter.

La existencia del éter — o éter del espacio, como se le llama algunas veces — fué admitida, en un principio, para explicar la transmisión de la luz. Ningún hombre de ciencia puede creer, en efecto, que un cuerpo obre sobre otro sin que medie alguna cosa entre ellos; no es posible que una fuerza se ejerza desde cierta distancia, sin que haya algo que la transmita. Si hay una cosa cualquiera que se propaga del Sol a la Tierra, es que ha de haber algo entre esos dos astros, y este algo es el éter, propagador de la luz.

Ahora bien; el otro hecho de gran importancia tocante a la relación entre la Tierra y el Sol es el de que se atraen mutuamente, y nadie que se haya dedicado al estudio de la naturaleza podrá figurarse que la atracción se ejerce desde tal distancia, sin que exista cosa alguna que transmita dicha atracción. De manera que aun cuando el éter no hiciera falta para transmitir la luz, su presencia sería necesaria para que pudiese ejercerse la acción de la gravedad.

Sabemos que todas las propiedades del éter son de naturaleza eléctrica, excepto en lo que se refiere a la gravitación.

Cuando un cuerpo ligero se mueve hacia un trozo de ámbar que acaba de ser frotado, no hay duda de que al través del éter se manifiesta alguna clase de atracción. El magnetismo y la electricidad son partes distintas de una sola y misma ciencia; y cuando un imán atrae una aguja de acero es que también se está transmitiendo una acción a través del éter.

Existen dos clases de atracción — la eléctrica y la magnética—que se ejercen por medio del éter. Hay aún otra que es la atracción química, en la cual los átomos de un elemento se unen a los de otro para formar un compuesto, acaso con gran violencia y desprendimiento de calor o luz. Todos los químicos saben que esa atracción química, cuya fuerza llega a ser tan poderosa, es realmente de naturaleza eléctrica. También obra mediante el éter.

Si nos vemos, pues, forzados a admitir que en el éter se producen atracciones eléctricas a las cuales han de atribuirse los efectos de la electricidad positiva y negativa, los fenómenos del magnetismo y la misma afinidad química, con sólo dar un paso más, puede suponerse que también es eléctrica otra clase de atracción que llamamos gravedad y que ha de ejercerse por medio del éter.

No es posible prever qué fuerzas llegará a tener en su mano el hombre cuando se haya efectuado ese descubrimiento, pues si se logra descubrir en qué forma obra la gravedad, es presumible que tarde o temprano se llegará a dominarla, lo cual abriría un campo ilimitado al progreso de la humanidad. Conseguimos diariamente contrarrestar la gravitación valiéndonos de otras fuerzas, pero otra cosa sería el adquirir sobre ella un dominio que nos permitiera suprimirla o modificarla, según se nos antojase. Este descubrimiento sería el más importante de cuantos se hubieran efectuado.

ELLA

Por H. Rider Haggard

AUNQUE USTED NO HAYA LEIDO EL NÚMERO ANTERIOR, PUEDE EMPEZAR A LEER HOY ESTE MAGNIFICO RELATO. LO MISMO SE DELEITARÁ CON ÉL, PUES EL BREVE EXTRACTO QUE DAMOS LO HABILITA PARA SABER CUANTO PUEDE INTERESARLE. HE AQUÍ QUIÉNES SON Y QUÉ HAN HECHO HASTA AHORA LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA.

HORACIO L. HOLLY, profesor de la Universidad de Cambridge, es quien relata los sucesos a que extraordinariamente se vió ligado. Cuando aun estudiaba, dice al principio de su interesante narración, se le presentó una noche en su casa un compañero de estudio, el cual le hizo extrañas revelaciones. En primer lugar, le aseguró que era descendiente directo de un sacerdote egipcio llamado Kalikrates, el cual, cuando la caída de los Faraones era inminente, huyó de Egipto con una princesa. Naufragaron, sin embargo, y fueron a dar sobre las costas africanas, entre una tribu cuya reina hizo matar a Kalikrates. La princesa escapó, y, ya en Atenas, dió a luz un hijo con el cual se inicia la familia que muchos años después aun se perpetuaba en Inglaterra, en la persona de aquel amigo enfermo de Horacio L. Holly.

Ahora bien; este amigo de Holly, próximo ya a la muerte, visitó a su compañero para revelarle todo esto y para confiarle un cofre en el cual se encierran las pruebas de lo narrado y sobre todo para que se hiciera cargo, como tutor, de su hijo, Leo, de cinco años de edad. Esa misma noche murió el padre de Leo.

LEO VINCEY, pues, es ahora el único vástago de la vieja familia cuyo fundador fuera asesinado por la bellísima reina blanca de una tribu africana. Pero nada sabía él de esto, hasta que una mañana, la mañana del día en que cumple sus veinticinco años, el tutor hace traer el cofre que le confiara su compañero, lo abre en presencia de Leo, para que sepa quién es él y se haga cargo de una misión, que, al parecer, va de padres a hijos en aquella familia antiquísima. Entre otras cosas, encontraron en el cofre una carta del muerto para su hijo, en la que le explicaba más detalladamente la curiosa historia y le hacía, además, entrega de viejos documentos que probaron claramente a los ojos de Leo la veracidad de lo que le decía. Por esto, el joven estudiante se decidió a emprender un viaje al misterioso país donde tuviera origen la historia. Poco después los encontramos navegando frente a las costas africanas, cerca ya de la comarca donde aun debe reinar aquella misma soberana que, al ser despreciada por Kalikrates, diera orden de matarlo, pues, según se supone, posee el secreto de la vida eterna, y su juventud y su poder se alargan en el tiempo, sin que nadie pueda destruirlos. Pero sobreviene una terrible tempestad que echa a pique el barco y solamente míster Holly, Leo, su criado Job y el timonel del barco hundido logran salvarse en un bote, con el cual llegan frente a "la cabeza del etíope", grandiosa escultura hecha sobre una roca de la costa, de la cual hablan los documentos encontrados en el cofre, y que, según los mismos, señala el punto por donde se debe entrar a tierra para dar con el país de la hermosa reina blanca... Entraron, pues, al país misterioso, y a poco andar, fueron hechos prisioneros por unos negros extraños y colosales, los cuales, al parecer, siendo de costumbres demasiado primitivas, se aprestaban a devorarlos, cuando llegó hasta allí un anciano venerable, de gran autoridad entre los nativos, el cual dijo venir en nombre de ELLA, que por sus extraordinarios poderes está ya enterada de la llegada de los extranjeros y quiere verlos. Esto salva la vida a los recién llegados, que se ponen en marcha hacia el centro del país. Han llegado ya y han sido introducidos en una gran caverna artificial, donde después de largas esperas y de curiosas escenas entre los nativos, llega un momento en que éstos, exasperados y furiosos, se levantan contra ellos y quieren devorarlos. La víctima de este incidente es Mahomet, el barquero que se salvara en el naufragio, el cual muere. Leo, Holly y Job luchan conjuntamente con una mujer, la cual, de acuerdo a las costumbres de su país, había tomado a Leo para sí, hasta que llega aquel anciano que les trajera el primer mensaje de ELLA, y viene ahora a buscarlos para emprender un viaje hacia la región donde habita QUIEN DEBE SER OBEDECIDA. El viaje es largo y accidentado. Mil peripecias que inquietan a los viajeros, lo hacen interesante para el lector, quien, además, acompaña a Holly en sus amenas observaciones por el país. Leo enferma gravemente y en esas condiciones llegan al sitio donde ELLA está esperándolos. La enfermedad de Leo es una especie de fiebre que lo tiene postrado y que lo hace delirar. Holly, después de una larga espera es llevado a presencia de ELLA y el pobre profesor queda deslumbrado ante la belleza extraordinaria de la mujer que tiene delante. La entrevista es muy cordial y el grave profesor se retira fuertemente impresionado por el físico admirable de esa mujer dos veces milenaria. ELLA observa, cuando Holly se retira, que el profesor luce un anillo con un escarabajo. La vista de esta joya, que era de Leo, quien la heredó de sus antepasados, evoca recuerdos en la memoria de la reina... Lejanos recuerdos que poco a poco va concretando.

A la mañana siguiente, cuando después de una agitada noche, Holly despierta, recibe la noticia de que Leo se encuentra al borde de la muerte. Su enfermedad progresa y nada pueden los cuidados que se le prodigan. El profesor concibe entonces la idea de pedir la intervención de ELLA, cosa que está pensando cuando vienen a buscarlo de parte de la soberana. Esta se encuentra en la caverna del trono, rodeada de guardias y de pueblo, en el esplendor de su poderío. Llama a Holly y cordialmente le invita a que se siente a sus pies. Entonces son introducidos en el gran recinto los salvajes que atacaran a los viajeros cuando éstos llegaron al país de la reina blanca. Son veinte o treinta salvajes que desde entonces se encuentran presos y que ahora van a ser juzgados. El juicio es breve y ELLA pronuncia la sentencia. Todos son condenados a la tortura hasta la muerte. Después ELLA y Holly vuelven a quedar solos, ocasión que aprovecha este último para pedirle que vaya en auxilio de Leo.

Los egipcios extraían el cerebro y las vísceras, mientras que los de Kor procedían inyectando flúidos en las arterias, con lo que alcanzaban a todo el cuerpo. Mas aguarda, ya lo verás ahora — exclamó "Ella" deteniéndose a la ventura ante una de las pequeñas entradas que se abrían sobre el pasadizo por el que íbamos, en tanto que hacía seña a las mudas para que alumbrasen.

Penetramos en un ensanche de mina parecido al que me sirvió de dormitorio en la caverna de Billali, sólo que había dos lechos o losas en él. Sobre ellas yacían unos cuerpos cubiertos de sábanas de lino amarillento (1), encima de las cuales se había posado en el curso de los siglos un polvo finísimo e impalpable, pero no en la cantidad que uno podría figurarse, porque en estas cavernas, labradas tan adentro en roca tan durísima, no había material ninguno que pudiera hacerse polvo. Alrededor de los cuerpos, sobre las losas y en el suelo, había varias vasijas pintadas; pero vi pocas ornamentaciones esculpidas en los ensanches de mina de las tumbas.

—Levanta el paño, Holly—me dijo "Ella".

Puse en el lienzo la mano, pero la retiré al punto. Parecióme que iba a cometer un acto sacrílego. Sentíame, a la verdad, abrumado por lo solemne del recinto y por la apariencia de la muerte que ante mí tenía. Rióse "Ella" un poco de mis temores, y levantó el paño con su propia mano, dejando ver otro paño más fino debajo que directamente cubría el cuerpo yacente sobre el banco de piedra. También levantó el segundo paño, y entonces, después de miles de años, pudieron contemplar de nuevo ojos humanos las facciones de aquellos cadáveres helados.

Una mujer como de treinta años de edad, o quizá un poco menos, y que era hermosa, fué lo que vimos, sosteniendo con el brazo contra su pecho a un niñito. Asombraba la conservación de sus tranquilas facciones, tan bien formadas, y contrastaba la negrura de sus cejas delicadas y luengas pestañas con la ebúrnea blancura del rostro. Allí tendida, con su traje blanco, sobre el cual se derramaba la larga mata de su cabellera tan obscura que daba azulosos reflejos a la luz de las lámparas, estaba la dama de Kor durmiendo con su hijo el postrero, larguísimo sueño, y tan dulce y tan tremendo al mismo tiempo era el espectáculo, que, lo confieso sin avergonzarme, las lágrimas se me saltaron. Vime transportado, a través del obscuro abismo del tiempo, al tranquilo hogar de Kor, la Imperial, donde esta señora reinaba llena de alegría y de hermosura, y donde murió, llevándose consigo al morir a su postrer nacido niño... y allí las veía yacentes, a esas blancas reliquias de una olvidada historia humana, hablándome al alma más elocuentemente que podría hacerlo ninguna narración escrita por habilísima pluma.

Con mano reverente, volví a colocar los sudarios alzados, suspirando al pensar en el designio del Eterno, que había hecho abrirse esas bellas flores sólo para que fuesen depositadas en un sepulcro, y me dirigí entonces al lecho opuesto y lo descubrí con piadosa mano. Era el cadáver de

(1) Toda la tela que usaban los amajáguers procedía de estas tumbas, lo que explicaba el color amarillento que tenía. Sin embargo, si se blanqueaba y lavaba como es debido, volvía a adquirir su primitiva blancura de nieve y era el tejido más suave y mejor que he conocido.

—¿Qué ha sido... qué? — dije poseído del mayor espanto.

—Quizá lo ignorabas... ¡Ah! Oye, Holly mío, ahí yace... ahí yace mi perdido Kalikrates... Kalikrates, que al fin ha vuelto a mí, como lo esperaba... como yo lo sabía!... — y rompió a sollozar y a reir... como todas las damas que se hallan conmovidas, murmurando: ¡Kalikrates... Kalikrates!...

—¡Vaya un disparate! — exclamé para mis adentros, pero no me atreví a repetirlo en voz alta. Yo entonces no pensaba sino en la gravísima condición del pobre Leo, y todo lo demás me era indiferente en mi ansioso dolor. Lo que yo temía ahora era que el muchacho muriese mientras "Ella" se abandonaba al curso de su femenina emoción.

—Ayesha, si no lo remedias — la dije por vía recordativa — tu Kalikrates estará en breve fuera de tu alcance... Repara que se está muriendo.

—¡Es verdad! — exclamó, y continuó angustiada: — ¿por qué no vine antes?... ¡No tengo fuerzas! ¡Mi mano tiembla!... ¡Mi misma mano! ¡Pero es natural!... ¡Ah! tú, Holly, toma este frasco—y me dió una vasija delgada y pequeña de barro cocido que sacó de los pliegues de su ropa. — ¡Toma! Derrama el contenido en su boca. Si no ha muerto aún, le curará... ¡Pronto, pronto, que se muere!

Lancé al enfermo una mirada, era cierto: Leo se hallaba en su postrer agonía. Vi que su rostro se tornó amarillento, y oí el rumor que hacía su aliento en la garganta. El frasco estaba tapado con una espiga de madera. Destapélo con los dientes, y me cayó en la lengua una gota de líquido. Tenía un saborete dulce, y por un segundo me produjo vértigos y me cruzó una neblina por los ojos, pero afortunadamente el fenómeno pasó tan a prisa como se produjo.

Al llegar junto a Leo, expiraba realmente. Su cabeza dorada se movía lentamente de un lado para otro, y tenía la boca entreabierta. Llamé a Ayesha para que le sostuviese la cabeza y consiguió hacerlo, aunque temblaba todo su cuerpo como una hoja de álamo trémulo o como potro espantado. Forzando un poco las quijadas derramé en la boca del pobre joven el líquido que producía un vaporcillo, como el ácido nítrico cuando se agita, y esto no aumentó mi confianza, bastante débil ya, en la eficacia del tratamiento.

Pero era evidente una cosa: las ansias mortales habían cesado... De pronto creí que era porque ya había pasado por ellas, porque había cruzado el tremebundo río... El rostro se le puso lívido, los débiles latidos del corazón parecieron cesar, los párpados únicamente se estremecían un poco. En mi duda, alcé los ojos a Ayesha, cuyo rebozo se había caído al retroceder llena de excitación por el cuarto, y la vi sosteniendo aún la cabeza, y mirándola con el rostro tan lívido como el del moribundo, y con tal expresión de ansiosa agonía, que aun en aquel momento me asombró. Era evidente que "Ella" misma no sabía si se salvaría o no el joven.

Cinco minutos pasaron y me pareció que la esperanza también a "Ella" la abandonaba. El bello óvalo de su rostro se alargaba visiblemente, como bajo la presión de su congoja mental, cuyo pincel trazaba obscuras manchas en los huecos en torno de sus ojos; apagóse el coral de sus labios que se tornaron tan blancos como los de Leo y tan palpitantes estaban que daba pena verlos. Era lastimoso mirarla, y aun yo mismo la compadecía.

—¿Era muy tarde ya? — murmuré.

No me contestó. Hundióse el rostro entre las manos, y yo me volví un poco... Mas al hacerlo, escuché un alentar profundísimo, y mirando a Leo vi que le subía por el rostro un imperceptible matiz, que fué aumentando hasta que... ¡oh, maravilla de maravillas! el hombre que creíamos muerto se movió él solo echándose sobre un costado.

—¿Has visto? — pregunté murmurando.

—¡He visto! — contestó roncamente. — Ya está salvado. Me pareció que habíamos llegado tarde... Otro momento más, un pequeño instante... y se habría ido...—Y su llanto y sus sollozos estallaron; mas vi que hacía por contenerse y parecer más bella, lo que consiguió. Cesó de llorar.

—Perdóname, Holly, perdona mis debilidades — dijo entonces. — Ya ves, después de todo no soy más que una mujer... Pero, medita, medita en ello... Esta mañana me hablabas del lugar de tormento inventado por tu religión tuya, el infierno, como creo que lo llamaste... un lugar donde continúa viviendo la esencia vital, que retiene la memoria del individuo, y donde todos los yerros y faltas del vicio, las pasiones no satisfechas y los vanos terrores de la mente que alguna vez se tuvieron acuden en tropel a perseguir, burlar, mortificar y retorcer el alma por los siglos y los siglos con la visión de su propia desesperanza. Pues así, asimismo he vivido yo durante dos mil años... durante sesenta generaciones, según vuestra medida de tiempo... atormentada por la memoria de un crimen, atormentada día y noche por una ansia no satisfecha, sin compañía, sin consuelo, sin muerte y solamente conducida en mi tristísima jornada por los fuegos fatuos de la esperanza, que a veces chisporroteaban y se apagaban, y a veces revivían, cuando mi saber me aseguraba que a la larga vendría mi libertador... Piensa... piensa bien en ello, Holly; porque jamás oirás nada como esto, jamás verás escena igual, no, aunque te concediera diez mil años de existencia, que te concederé si en premio me lo pides; piensa en que si al fin ha vuelto ese libertador, al que he estado aguardando con ansia durante generaciones tantas; que ha vuelto a buscarme a la hora señalada, como sabía yo que volvería, porque mi saber no podía equivocarse, aunque no supiera cómo ni cuándo tornaría... ¿Ves cuán ignorante yo era, sin embargo?... ¿cuán reducida mi ciencia, y cuán débil mi potencia?... Durante largas horas ha estado aquí enfermo a las puertas de la muerte, y yo no lo sospechaba... Yo, que le esperaba hacía dos mil años ¡no lo sabía!... Y cuando al fin lo contemplo, mi suerte apenas si ha pendido de un cabello, aun antes de bien concebirla, porque estaba casi hundido en las fauces de la muerte, de donde ningún esfuerzo mío podría arrancarlo... Y si a morir llegase... de nuevo tendría que haberme sumido en el infierno, de nuevo tendría que arrostrar los inacababl s siglos, y esperar el cumplimiento del tiempo en que habría de retornar mi amado... Cuando tú le diste la medicina, y se detuvieron arrastrando esos inmensos cinco minutos, en que yo no sabía si moriría o viviría, Holly, yo te digo que las sesenta generaciones transcurridas antes no me parecieron tan largas como ese corto lapso de tiempo... Pero al fin pasó, sin que él diese señales de revivir, y yo sabía que si en ese intervalo la droga no producía efecto, no lo produciría jamás... ¡yo lo sabía! Entonces volví a creer que había muerto, y todos los tormentos de todos los años se concentraron en la punta de una sola lanza emponzoñada que me atravesó veinte veces, porque otra vez perdía a Kalikrates... ¡Y entonces, cuando todo había concluído!... ¡ay!, él suspiró, ¡sí!, revivió, y supe que viviría, porque nadie a quien la droga hace efecto muere!... ¡Piensa en ello, Holly... piensa en lo tremendo de mi caso!... El dormirá durante doce horas, y al despertar estará curado.

Cesó entonces de hablar Ayesha, y puso la mano sobre la dorada cabeza. Inclinóse sobre ella luego y besó la frente con tan casto abandono y ternura, que hubiera sido adorable para mí a no sentirme extrañamente herido en el alma... ¡sentí celos!

XVII

¡VETE!

Siguióse a esto un momento de silencio, en el que "Ella" parecía, a juzgar por

la angélica expresión de su rostro, que lucía en ocasiones realmente celestial, encontrarse en un éxtasis de dicha. De súbito entonces, se le cambió en la expresión más absolutamente contraria, como si la hubiera asaltado un recuerdo, y murmuró con la voz conmovida por una ira que en vano pretendía disimular.

—¡Casi la había olvidado! ¿Y esa mujer, esa Ustane?... ¿Qué es ella para Kalikrates... su criada, o su...?

Encogíme de hombros y contesté:

—Entiendo que es su mujer, conforme a la costumbre de los amajáguers; pero no sé hasta qué punto...

El rostro de "Ella" se obscureció, como el cielo azul por un nimbus tempestuoso. En los años que había vivido Ayesha no había logrado dominar el sentimiento de los celos.

—¡Pues ha de concluir esto!... Esa mujer morirá ahora mismo.

—¡Ah, no, no! — exclamé. — Sería un crimen atroz, y el crimen no produce sino males... ¡Por ti misma te conjuro que no lo cometas!...

—¿Es un crimen, hombre necio, destruir lo que se nos coloca al paso al realizar nuestra voluntad?... Nuestra vida, entonces, Holly, no es más que un largo crimen, porque diariamente estamos matando y destruyendo a otros para poder vivir, ya que en este mundo sólo el más fuerte sobrevive.

Pero yo estaba determinado a salvar a Ustane de la suerte atroz que la amenazaba bajo el poder de su todopoderosa rival; yo la quería y apreciaba sinceramente, y tuve valor para seguir defendiéndola.

—¡Ayesha!, déjala, tú eres demasiado superior a mí para que mi inteligencia pueda comprenderte: mas tú misma me has dicho que cada uno debe formarse su propia ley y seguir sin vacilar los dictados del corazón. ¿No abriga el tuyo lástima ninguna para aquélla cuyo puesto ocupar deseas?... Piensa en que, como tú dices, aunque el hecho para mí es ininteligible, ha vuelto al fin tras tan largos años aquel a quien aguardabas, y a quien has arrancado de las garras de la muerte...; ¿vas ahora a celebrar su regreso matando a quien tanto le amaba, y a quien él ama quizá, a quien te salvó heroicamente la vida del que amas, cuando las lanzas de tus esclavos iban a herirle?... ¿No has dicho tú también que en otros días dañaste cruelmente a ese hombre, y que le mataste con tu propia mano porque amaba a la egipcia Amenartas?

—¿Cómo sabes eso, extranjero? ¿Cómo conoces tú ese nombre, que yo no te he dicho? — gritó agarrándome por el brazo.

—¡Lo habré soñado quizá! — contesté. — Sueños muy raros acuden al lecho en estas cavernas de Kor... Mas parece que el sueño era imagen de la verdad... Y ¿qué sacaste de tu insano crimen? ¿No tuviste que aguardar por él dos mil años? ¿Quieres ahora que se repita la historia?... Di lo que quieras, yo te afirmaré, sin embargo, que grandes males nacerán de él; porque nadie recoge más que el fruto de sus obras: del bien nace el bien, del mal, el mal; aunque en los días venideros del mal salga el bien. El daño tiene siempre que resultar, ¡ay!, en contra de quien lo provoca!... Así dijo el Mesías de quien yo te hablé, y lo que dijo es la verdad. Si tú matas a esa mujer inocente, te digo que por ello serás maldita, y que no cosecharás la fruta de tu antiguo árbol de amor!... Y dime, ¿cómo crees tú que ese hombre te tomará con las manos enrojecidas por la sangre de quien tanto le amó y cuidó?...

—En cuanto a eso, bien lo sabes tú. El me habría de amar aunque te hubiera matado a ti y a ella, porque él no podría evitarlo; así como tú no podrías evitar la muerte, si yo matarte quisiera, Holly. Empero, yace la verdad en tus palabras, porque



perdonaré a esa mujer... ¿no te he dicho que no soy cruel por el gusto de serlo? No me gusta ver sufrir ni hacer sufrir... Llámala, pues... Mas llámala presto, antes de que mi humor actual varíe... — Y así diciendo, cubrióse rápidamente el rostro con las gasas.

Satisfecho de haber obtenido este resultado siquiera en favor de Ustane, salí a la galería en su busca. Vi su blanco traje destacarse en la sombra a unas cuantas yardas de distancia, junto a una lámpara, y la llamé. Vino corriendo...

—¿Ha muerto ya mi señor?... ¡Ah, no digas que murió! — exclamaba llorando.

Miraba yo compadecido su hermoso y noble rostro, todo lleno de lágrimas, contraído por el dolor, y sus ojos que suplicantes aguardaban una tristísima respuesta.

—No, no ha muerto. "Ella" le ha salvado — contesté. — Ven, entra conmigo.

Suspiró profundamente, entró y se dejó caer sobre sus manos y rodillas ante la terrible reina conforme a la costumbre de su pueblo.

—Ponte de pie — dijo "Ella" con su voz más fría — y acércate.

Ustane obedeció, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se colocó delante. Hubo una pausa.

—¿Quién es ese hombre? — dijo por fin "Ella" señalando a Leo dormido.

—Ese hombre es mi esposo — contestó Ustane en voz muy baja.

—¿Quién te lo dió por esposo?

—Tomélo por tal, ¡oh, Hiya!, en virtud de la costumbre.

—Pues mal hiciste en ello, porque es un extranjero. No es un hombre de tu raza, y la costumbre no vale en este caso... Escucha... Quizá por ignorancia lo hiciste, mujer, y por ello te perdono; si no, hubieras muerto... ¡Escucha otra vez! Vete de aquí a tu propio lugar y no vuelvas a pensar ni a hablar más de este hombre: no es para ti... Y ¡escucha por tercera vez! Si violas mi mandato, morirás en ese mismo instante... ¡Vete!

Mas Ustane no se movió.

—¡Mujer, vete!

Alzó entonces la cabeza Ustane, y vi que tenía el rostro todo descompuesto de dolorosa ira.

—¡No! — dijo con voz ahogada; — ¡no, Hiya, no me iré! ¡Ese hombre es mi esposo y yo le amo!... ¡Yo le amo, yo le amo, y no me apartaré de él!... ¿Qué derecho tienes para obligarme a dejarle?

Sorprendí un estremecimiento en la figura de Ayesha, y yo también me estremecí pensando en lo peor.

—Sé piadosa, ¡oh, Hiya! — díjele en griego; — la naturaleza es la que obra...

—Soy bien piadosa — me contestó fríamente; — ¿no existe ella aun?... Y luego, dirigiéndose a Ustane:

—Mujer, te he dicho que te vayas de aquí; si no me obedeces te destruiré ahí mismo donde estás...

—¡No me iré, no me iré!... ¡Ese hombre es mío! — exclamó con angustia. — ¡Yo le tomé y le salvé la vida! ¡Mátame si puedes... no te cederé mi esposo... jamás, jamás!

Veloz ademán hizo Ayesha entonces, tan veloz que no pude seguirlo con los ojos, pero me pareció como que había tocado ligera-

Miré a ésta y di hacia atrás un paso horrorizado, porque en el pelo castaño, sobre la frente de la muchacha, vi tres marcas blancas como la nieve. Ustane estaba como deslumbrada y se había llevado las manos a los ojos.

—¡Cielos! — exclamé abrumado ante esa manifestación espantosa de sobrehumana potencia.

"Ella" rió un poco y dijo:

—¿Creíste, pobre necio, que yo no tenía potencia para matarte?... Aguarda, ahí hay un espejo — y señaló al del "necessaire" de Leo que Job había preparado con otros objetos sobre un tocador improvisado; — dáselo a esa mujer, Holly, que vea las marcas que le he hecho.

Tomé el espejo y lo sostuve ante los ojos de la infeliz. Miróse, tocóse el pelo, miróse de nuevo, y cayó luego en tierra dando una especie de sollozo o gemido.

—¿Te irás ahora? — agregó Ayesha con acento burlón — ¿o quieres que te hiera de nuevo?... Mira, te grabé mi sello, y por él te conoceré hasta que todo tu cabello se ponga tan blanco como él. Si de nuevo te veo aquí, no tardarán en quedar tus huesos tan blancos como esa marca. ¡Vete!

La desdichada muchacha, espantada y herida en el alma de tan atroz manera, se alzó como pudo y pasó arrastrándose ante "Ella", y gimiendo salió afuera.

Pasé la noche junto a Leo, que durmió perfectamente sin moverse un instante. También dormí yo un poco, que harto lo necesitaba, pero con sueño agitado, lleno de los horrores de que había sido testigo. Principalmente me asaltaba aquella hazaña diabólica de Ayesha de dejar la huella de sus dedos sobre los cabellos de su rival. Tan terrible había sido el movimiento, tan rápido y serpentino, y tan instantáneo el blanqueamiento de la triple raya, que dudo a la verdad que me hubiera impresionado más otro resultado, aunque hubiese sido más fatal a Ustane. Aun en la actualidad, de vez en cuando se me representa en sueño tan horrenda escena, y contemplo a la infeliz mujer sollozando espantada, como Caín con una señal sobre la frente y lanzando al salir de la habitación su postrer mirada de angustiosa despedida a su amante dormido.

Tuve también otra pesadilla. Figuréme que la inmensa pirámide de osamentas se conmovía, y que de ella empezaron a brotar andando, por cientos, y miles y miles, en batallones, regimientos y ejércitos, los esqueletos, a través de cuyos costillares lucía el resplandor solar, y que precipitándose por la llanura hacia Kor, su gran ciudad, vi bajarse a su llegada el puente levadizo, abrirse de par en par la puerta mural y resonar sus huesos al rozar con las broncíneas hojas, y que se desparramaron luego por las calles espléndidas y las plazas ante soberbias fuentes y bellos palacios y templos de grandeza indescriptible. Pero no había ningún hombre para recibirlos en el mercado, ni a las ventanas se asomaba ninguna cabeza de mujer, y solamente se escuchaba de tiempo en tiempo un gran pregón, flotando invisible en el aire, que clamaba: "¡Kor, la imperial, cayó!... ¡cayó!... ¡cayó!..." Y esas falanges de blancura luciente iban marchando por la ciudad, y el rumor de sus pasos huesosos era repetido por los ecos del espacio, conforme el tropel pasaba tristísimamente... Subiéronse luego a las murallas, y marcharon por la gran calzada que sobre ella corría, hasta que al fin llegaron al puente levadizo... Y entonces retornaron a su sepulcro, y el sol poniente, que los atravesaba con sus rayos cárdenos, lanzaba las gigantescas sombras de sus huesos, que se extendían sobre la llanura moviendo larguísimas piernas de araña, hasta que llegaron a la caverna en donde penetraron, arrojándose en inacabable fila por el agujero para formar de nuevo la pilada de la profunda sima subterránea...

LOS TEMPLOS DE CHINA

La China está cubierta de monumentos consagrados á la religión; no sólo cada ciudad y cada aldea, sino podría decirse cada casa, encierra un templo, un altar en donde todo chino, rico o pobre, observa, según sus medios, las ceremonias prescriptas por el libro de los ritos. Entre los diferentes cultos hay uno que domina generalmente en toda la China, sin que no obstante excluya ningún otro; ese culto es el de los antepasados. El adorador del dios Fó y el adepto de Confucio reverencian con igual piedad la memoria de sus abuelos y le tributan el mismo culto, acompañado de las mismas ceremonias.

Por lo común, en la sala de entrada que forma el vestíbulo de la casa, es en donde se encuentra el altar de familia. Sentencias escritas en la pared o en papeles que se desarrollan a manera de pinturas chinas, recuerdan al hijo piadoso las virtudes de sus antepasados y las sagradas obligaciones que le imponen los preceptos de los antiguos sabios.

Constantemente humea el incienso delante del altar, y un vaso de cobre se halla pronto a recibir las pavesas de papel dorado o plateado que se quema en honor de los padres. Cada día debe el chino postrarse y cumplir las ceremonias del rito, y en ciertos aniversarios, cuantas veces ocurre un acontecimiento feliz o desgraciado en la familia, consagra a esa adoración más tiempo y una solemnidad más grande.

Así, cubre el altar de toda especie de manjares, como si convidase al abuelo a una comida de boda o de funerales de uno de sus descendientes; reza oraciones muy largas, convoca músicos, en una palabra, celebra una fiesta a la que asiste el difunto en el espíritu de su familia reunida en derredor del altar. Preciso es confesar que este culto tiene algo de natural y patético. En China es general ese sentimiento que lleva hasta la adoración el respeto a los antepasados y a los que ya no existen.

Del altar de la familia y sala de dioses penates pasemos a los templos de las ciudades.

La arquitectura de éstos es siempre la misma, y no hay más diferencia que en el lujo de los adornos. Describiendo uno de ellos, se conocen los demás.

Veamos de describir el de Huan, el más hermoso establecimiento de Cantón. Las habitaciones, construídas de ladrillo, son muy numerosas, y con sus respectivos jardines ocupan una gran extensión de terreno, cercada con tapias bastante altas.

Se atraviesa el río por delante de las factorías de Cantón, y al desembarcar se encuentra la parte exterior; se sigue una calle de árboles que conduce a la segunda puerta, sobre la cual se halla inscripto el nombre del templo con caracteres muy gruesos. Allí, inmediatas a la puerta, se ven dos estatuas colosales, que representan guerreros deificados, colocadas una a la derecha y otra a la izquierda para guardar noche y día la entrada de la puerta interior.

Avanzando un poco más se entra en otro patio, que es el patio de los cuatro grandes reyes del cielo, representados por las imágenes de antiguos héroes. Más lejos se llega al cuerpo principal del edificio; henos ahí en presencia de los tres Budas, tres estatuas magníficas que representan lo pasado, lo presente y lo futuro. El salón en que se hallan colocadas estas estatuas tiene cerca de cien pies cuadrados y está lleno de altares particulares y estatuas de todas clases. En los salones inmediatos se encuentran otras estatuas de madera dorada; la de la diosa de la misericordia es la más notable; en medio de las creaciones más informes suelen hallarse allí modelos graciosos y de buen gusto. Colocadas en fila, junto a la pared, hay divinidades de toda especie; de aquellas imágenes, unas son dulces y elementales y otras terribles y monstruosas; como cualquiera otra religión, la de los chinos comprende la oposición de



lo feo y de lo hermoso, el genio del bien y el genio del mal, Dios y el demonio.

Delante del altar principal, en donde tienen su trono los tres Budas, se hallan colocados los ornamentos del culto: los grandes vasos llenos de flores o de frutas ofrecidas a la divinidad, el braserillo para quemar perfumes, la campana cubierta ordinariamente de inscripciones antiguas, el gong, cuyo sonido grave y fuerte se mezcla con el ruido de la campana para anunciar la hora de la oración y de las ceremonias; el vaso de bambú que contiene unos pedacitos de madera con los cuales se echan suertes, los libros sagrados que no es dado comprender, ni aun al bonzo que regularmente reza sus oraciones, etc., etc. Sobre los dos lados del altar se leen inscripciones en caracteres dorados, y del techo penden enormes linternas circulares, sobrecargadas igualmente de inscripciones en honor de los dioses que habitan el templo.

Si salimos de los salones consagrados exclusivamente al culto, llegamos a las estrechas celdas de los bonzos, moradas miserables y desnudas, cuyo moblaje lo compone una esterilla tendida en el suelo. Al otro lado hay una imprenta en donde se fabrican en papel blanco, encarnado o amarillo las oraciones que se venden a los fieles; luego una pieza para recibir visitas, un refectorio o comedor común, la cocina, etc.; pero todo en un estado que indica la mayor miseria. La religión huye y los sacerdotes no pueden vivir del altar. En un corral hay cerdos enormes que sucumben bajo el peso de su gordura, pero son sagrados; han sido ofrecidos a Buda, y los bonzos se ven obligados a mantenerlos.

Detrás del templo se extiende un espacioso jardín a cuyo extremo se halla un mausoleo, en donde se depositan una vez por año las cenizas de los sacerdotes, un horno para quemar los cuerpos, y una celdilla destinada a recibir temporalmente las urnas que encierran las cenizas, hasta la época anual en que se abre el mausoleo. Hay también sepulcros para los particulares que pagan por ser enterrados en aquel lugar santo.

El templo de Huan está servido por cerca de setenta y cinco bonzos.

La descripción de ese edificio puede aplicarse a todos los demás del mismo género que se han visto en la China. Hay algunos que se hallan mejor conservados, y cuyos adornos son más ricos y de más gusto.

A algunas millas de la isla Chusan, en el mismo archipiélago, se encuentra otra llamada Potou, habitada enteramente por bonzos: cuéntanse algunos millares de ellos: tres grandes templos y una multitud de altares más pequeños se hallan consagrados allí al culto de Fó. En otra época, Potou estaba bajo la alta protección del emperador que la enriquecía con sus dones; en el día los bonzos se ven reducidos a vender sus dioses y sus libros sagrados a los pocos extranjeros que van a visitarlos.



La radiotelefonía al servicio del crimen

Por Nelson Cóleman

Las aventuras de Nelson Cóleman, el detective de Scotland Yard, recientemente fallecido, que por espacio de dos décadas asombró constantemente a los londinenses con su extraordinaria sagacidad, constituyen la serie de episodios más interesantes que pueda encontrarse en los anales de la policía moderna.

EN EL PROXIMO NUMERO:

EL AUTOMOVIL DE LA MUERTE

Por NELSON COLEMAN

Fumaba Nelson Cóleman su pipa en su despacho de Scotland Yard, mientras su amigo y subordinado el sargento Smith trataba de distraerlo de hondas meditaciones refiriéndole algunas historietas que, oídas ya por centésima vez, apenas si lograban hacer desfruncir el entrecejo del detective. Cuando, en vista de que con nada lograba distraerlo, el locuaz sargento se disponía a retirarse, se hizo oir la campanilla del aparato telefónico.

Smith atendió al llamado.

—Hablan de la sección de Westport — dijo a su jefe en cuanto hubo colocado el auditivo en su lugar. — En un local de la Compañía Radiotelefónica Blitzsky, acaba de encontrarse muertas a dos artistas de ópera, ambas heridas de bala. Junto a ellas hay un revólver al que faltan tres proyectiles. Al parecer, se trata de un homicidio seguido por el suicidio de la matadora. Las víctimas son dos célebres cantantes de ópera de las que tiene contratadas esa compañía para los conciertos radiotelefónicos que sirve a sus abonados. La pieza donde estaban las artistas no tiene más que una puerta y ésta estaba cerrada con llave por dentro. Tampoco hay ventanas ni comunicaciones de otra clase con el exterior; pero ahora viene lo extraordinario del caso. Nadie ha "visto" cometer el crimen, y, sin embargo, lo han "oído" centenares, acaso millares de personas, pues el aparato transmisor radiotelefónico estaba funcionando, debido a que el suceso se desarrolló en el momento en que debía iniciarse el concierto que, como indican los programas, era nocturno.

—Un caso realmente extraordinario — observó Cóleman; — un crimen del que no existen testigos "oculares"; pero en el que los "auriculares" se pueden encontrar por miles... Veamos, sargento Smith, las cosas con un poco de pesimismo. Estos casos demasiado fáciles me desconciertan un poco, se lo confieso.

Media hora después ambos empleados policiales se apeaban del auto que los conducía a la puerta de los Blitzsky Wireless Telephone Studios. El mismo gerente de la compañía, Alonso Blitzsky salió a recibirlos y los condujo al lugar donde se había desarrollado el misterioso crimen.

Cóleman penetró el primero en la habitación, aspirando lentamente y a pleno pulmón la pesada atmósfera. Después dirigió una mirada en torno suyo y aspiró de nuevo.

—Juraría que huele a cloroformo — dijo en voz tan baja que ninguno de los presentes oyó sus palabras.

—¿Quienes eran esas señoras? — preguntó a Blitzsky.

—La de más edad era la famosa soprano Teresa Ferlini, que durante cuatro temporadas seguidas había actuado en la Giacomo Opera Company. La más joven, Mlle. Yvette, no era tan conocida, pero muchos aficionados la preferían a la otra como cantatriz.

—Rivales, ¿no? — sugirió el detective.

—En el terreno profesional, podría decirse que sí; pero nunca han dado a entender que no fueran las mejores amigas del mundo.

El detective arqueó las cejas.

—Basta con lo primero — dijo. — El accidente ha ocurrido precisamente cuando ambas se disponían a cantar.

Cóleman se abstrajo por un momento en sus reflexiones, y luego, sin decir palabra, se despojó del sobretodo y el saco y se puso a trabajar. El examen que hizo del lugar duró más de tres cuartos de hora.

—Smith — exclamó por fin, dirigiéndose a su subordinado; — ¿tocó usted el revólver?

—Sí; pero lo hice con los guantes puestos con el fin de no dejar impresiones digitales. Lo hice para saber cuántas balas habían sido disparadas.

Nelson le miró fijamente.

—¿Y lo colocó exactamente en el mismo sitio donde estaba?

—Sin duda ninguna.

—¿No lo habrá frotado sacándole las impresiones que tenía?

—Con toda seguridad le digo que no. Usted bien sabe que yo soy perro viejo en estos asuntos.

Cóleman, con los guantes, daba vueltas al revólver examinándolo atentamente a través del cristal de aumento. Al cabo de un buen rato movió la cabeza con aire de duda.

—No acierto a comprender esto — murmuró. — No hay la más ligera impresión digital ni aun en el mismo gatillo. Quien disparó esta arma ha debido hacerlo con guantes. Sin embargo, ninguna de las dos artistas los tenía puestos. Por otra parte, los disparos debieron hacerse a quemarropa. A pesar de ello y de tener Mlle. Yvette la herida en pleno descote, la piel está empolvada y no se ve en ella el menor rastro de pólvora. Como ella es, en nuestra hipótesis, la que se suicidó, debería tener la piel chamuscada. Fíjese en otro punto, Smith. Los tiros disparados fueron tres. ¿Qué se hizo del tercer proyectil? Por mucho que he buscado no conseguí encontrarlo.

—Veré si tengo yo más suerte. — dijo Smith.

Veinte minutos después había logrado descubrir en el zócalo de madera, a dos centímetros del suelo, un pequeño orificio disimulado por la sombra de la puerta que había quedado entreabierta.

—Aquí está — dijo Smith, dirigiéndose al jefe, y sus ojos brillaron con el triunfo.

Cóleman sacó un lápiz del bolsillo de su chaleco y lo introdujo en el agujero. La dirección del lápiz era exactamente la del centro de la sala. Siguió entonces la dirección indicada por el lápiz y examinó cuidadosamente la alfombra. Al llegar a cierto punto se detuvo, se tendió boca abajo y aplicó la nariz, olfateando lentamente.

—Aquí parece que está chamuscada la alfombra — dijo, — y el olor a pólvora quemada es bastante perceptible. Es indudable que el tercer tiro salió del revólver después de caer éste en el suel.o. Se trata de un arma antigua y sin seguro. Ahora lo que no puedo comprender es cómo no hay chamuscaduras en la piel de la joven, si fué ella la que mató a la de más edad y se suicidó después, y cómo no hay impresiones digitales en el revólver, puesto que ninguna de ellas tenía guantes puestos. Estos puntos son los que nos darán la clave de todo.

Blitzsky tenía en su poder la lista de los abonados al servicio de telefonía sin hilos que prestaba la compañía. Cóleman se la pidió y eligió al azar una de las direcciones. Momentos después un automóvil los conducía al domicilio indicado, número 17 de la Westport Avenue.

El señor Eduardo Appleby, así se llamaba el abonado, era un hombrecillo endeble y de voz chillona, que recibió a los detectives en pijama y pantuflas.

—Jamás en los días de mi vida he oído conversación más escandalosa — manifestó, contestando a las preguntas de Cóleman. — Parece mentira que personas de cierta posición social, como eran las cantatrices, poseyeran un vocabulario tan arrabalero. ¿Saben ustedes lo que yo creo? Que ellas no pudieron imaginar que el aparato transmisor estaba funcionando. Tengo dos razones para pensar así. En primer lugar, todavía no era la hora, pues faltaban 14 minutos para las 21, que es cuando empiezan los conciertos.

—¿Está usted seguro de ese detalle?

—En absoluto; soy relojero y en la pieza donde tengo instalado el receptor radiotelefónico hay un reloj de precisión regulado al segundo, con el observatorio de Greenwich.

—¿Y cuál es la otra razón?

—La manera cómo empezó la disputa. Las primeras palabras que oí fueron éstas: "¿Dónde diablos está el piano? Y ese imbécil de Giacomo, ¿dónde se ha metido? Ese maldito ha conseguido ponerme hoy también los nervios de punta". Luego percibí una voz de hombre que contestaba: "Tenga paciencia un momento, señora. El señor acaba de ser llamado al teléfono". A esto repuso la misma voz de mujer: "Márchese de aquí inmediatamente, o de lo contrario no cantaré hoy una sola nota. ¿Me oye usted? Márchese o de lo contrario soy capaz de marcarle la cara para toda su vida". El hombre se marchó, evidentemente, porque lo que se oyó después fué el ruido de la puerta al cerrarse. Luego la voz de la misma mujer continuó: "Ahora que estamos las dos solas, gata sarnosa, vamos a ajustar nuestras cuentas". La otra contestó algo que no pude precisar con distinción y la disputa llegó pronto a convertirse en algo extraordinariamente soez; primero hablaron en inglés, en el inglés de los changadores del puerto y de los pilletes de Witechapel; luego continuaron en un idioma extranjero del que no comprendí ni una sola palabra. La discusión duró como unos cinco minutos. De repente reinó el más profundo silencio, un silencio que me pareció sumamente extraño. Esto duró solamente algunos segundos. Luego un grito de angustia, el estampido de un arma de fuego y el ruido de un cuerpo blando al chocar contra otro duro.

diatamente percibí los chillidos de la mujer que gritaba con mayor fuerza antes, dos tiros más, y todo había con-o. Momentos después el aparato trans-r dejaba de funcionar porque no se ó a oir nada más.
leman consultó la lista de abonados le entregara el gerente de la compañía otelefónica.
Aquí hay una persona que acaso nos e de dudas, si es que las artistas em-on el francés, como me imagino, dada acionalidad de ambas. Mlle. Jacqueline fargue, 62 Trots Avenue. Si la memo-io me es infiel se trata de una modista trabaja para los teatros. Es muy pro- que conozca a rotagonistas del ia.
spués de despe- del buen Ag-, quien aún no salido de su ibro con respec-l lenguaje em-lo por las artis-para dirimir sus endas privadas, poco en armo-con el que em-n en la escena, irigieron al do-io de Mlle. La-ie. Esta los re-en un saloncito ublado conforme ás refinado es-*rococó* francés. Conozco a am-artistas — con-a las pregun-lel detective. — están sus foto-ías en mi *chif-r*. Me imagino la disputa entre as ha debido ser vada por el se-Giácomo, el es-de Teresa. El Giacomo tiene mala costumbre acer enojar a su a por el solo r de verla fuera us casillas. En momentos Te-no sabe lo que se pone como
¿Y cree usted puede haberse tado una dis-por celos?
No; creo que Yvette no quiere señor Giacomo, segura de ello. más, ella y Te-son muy buenas amigas; por eso creo esta noche hayan discutido a causa de la diablura de Giacomo para hacer r a su esposa. En esos momentos la señora no sabe lo que dice. El señor omo — prosiguió rápidamente made-elle, anticipándose a una pregunta que nó en el detective — no ama a Mlle. te; no, ni tampoco a su esposa. El se-Giacomo no ama a nadie en este mun-ás que a sí mismo. Es un hombre ex-onal, un verdadero genio.
A qué se dedica? — preguntó Cóle-cortando el chorro de elocuencia de ven, que al parecer se disponía a con-r el panegírico del admirable perso-
Pero es que usted no lo conoce? Es esario. Pregunte a cualquiera de la a francesa o italiana, y le dirá quién señor Giacomo: un verdadero genio. ha obtenido éxitos colosales; ha gana-ero a manos llenas. Este año la tem-a no le ha producido tanto, es cierto, él sabe bien lo que hace y es capaz car dinero hasta de las piedras.
son Cóleman, a pesar de toda su habilidad consumada de detective, no consiguió sacar de la modista otra cosa que elogios para el empresario. En vista de lo negativo de sus gestiones resolvió volver al local de la compañía radiotelefónica.

Al final del corredor, que conducía al salón donde se encontraban los cadáveres de las dos cantatrices, oyeron ruido de una disputa. Un hombre alto y corpulento, de rubicundo rostro perfectamente afeitado, discutía con el agente de policía, que le cerraba el paso. El representante de la autoridad, fiel a su consigna, se mantenía en actitud defensiva, presto a golpear con los robustos puños mientras el otro gesticulaba pugnando por entrar.



—¿Qué hace usted aquí? — le preguntó bruscamente Cóleman, tomándolo por la solapa del saco.

—Y usted ¿quién es para hacerme esa pregunta? — interrogó él a su vez desasiéndose del detective y midiéndolo de arriba abajo con mirada amenazadora.

—Puesto que usted lo desea — contestó tranquilamente el detective, — haré mi presentación: Nelson Cóleman, de Scotland Yard. Y ahora ¿puedo saber a qué viene este alboroto?

—El polizonte que está en la puerta no me permitía pasar. Soy el empresario Giacomo Ferlini.

—En este caso, no hay inconveniente ninguno; pase usted.

De un salto estuvo Giacomo en el interior de la pieza. Un momento más tarde estaba inclinado sobre los dos cadáveres, golpeándose el pecho con ambos puños. Su rostro estaba intensamente pálido. Frases entrecortadas se escapaban de sus labios. Cerró los ojos y movió desmayadamente la cabeza de un lado a otro.

—¡Muerta! — exclamó por fin. — ¡Mi pobre esposa! ¡Muerta! ¡Yvette también! ¡Pobre Yvette! ¡Muerta! ¡La miseria para todos! ¡Estamos arruinados! ¡Arruinados!

—¡Hum! — gruñó Cóleman.

Evidentemente, el detective no se dejaba sorprender por aquellas muestras de dolor. De repente se volvió hacia Blitzsky, quien, conmovido, contemplaba la escena.

—¿Está funcionando en este momento el transmisor radiotelefónico? — preguntó.

—¿El transmisor? — exclamó como saliendo de un sueño. — No; el operador ya debe haberse retirado hace tiempo. Nuestro servicio sólo alcanza hasta media noche.

—Todavía está funcionando — aseguró Cóleman con firmeza. — Miles de personas están oyendo nuestra conversación y las expresiones de dolor de ese farsante.

Tan rápidamente como se lo permitía la cortedad de sus piernas Blitzsky echó a correr por el pasillo adelante, siguiéndole los dos detectives. Así salieron del edificio penetrando en un gran patio por el que dieron la vuelta a la casa. El gerente se detuvo al pie de la pequeña escalera de hierro por la que subió precipitadamente, penetrando en una reducida cabina adosada a la pared de la construcción. Un grito de espanto brotó de sus labios. En el suelo y boca abajo yacía un hombre con un pañuelo fuertemente atado en la parte inferior de la cara cubriéndole la boca y parte de la nariz. Cóleman se inclinó y aspiró ávidamente.

—El cloroformo — murmuró entre dientes. — El mismo olor que vagamente noté al entrar en el salón de conciertos. ¿Cómo ha podido penetrar hasta allí?

Mientras tanto Smith había reconocido al hombre que yacía en tierra. Estaba muerto.

—El operador, ¿no? — preguntó a Blitzsky.

—Sí, señor — contestó el interpelado.

—Examinemos ahora la cabina — prosiguió el detective.

El gerente estaba como atontado y obedecía maquinalmente. Penetró en el interior de la cabina e hizo girar un conmutador. El recinto se iluminó brillantemente. Luego tocó otra llave y de repente cesó el ligero zumbido que se percibía en el interior de la cabina.

—Interrumpida la transmisión, ¿no es eso? — preguntó Cóleman.

—Sí, señor.

—¿Puede verse desde aquí lo que pasa en el salón de audiciones? — interrogó de nuevo.

Blitzsky apagó la luz y una pequeña mancha de color amarillo pudo verse en el muro de la cabina medianero con el edificio. Cóleman corrió hacia él. Se trataba de un agujero abierto en la pared de una manera análoga a los que existen en los



telones de los teatros, pero disimulado con un pedazo de seda amarilla, perfectamente transparente. A través de él podía verse de una manera vaga parte de la sala donde yacían muertas las dos cantatrices.

—¿Qué significa esto? — preguntó Cóleman sorprendido.

Blitzsky contestó con voz entrecortada:

—Usted no sabe lo que son estas artistas con quiénes tenemos que lidiar nosotros; si usted las conociera, habría caído ya en la cuenta de lo que significa eso. La mayoría de ellas son excesivamente nerviosas, por no decir histéricas. Su irritabilidad hace imposible todo trabajo serio y la manera de conseguir de ellas algo es haciéndolas creer que mientras cantan no las observa nadie. Por eso pensé que el mejor medio de tenerlas tranquilas sería sacar de su vista al operador juntamente con el aparato transmisor. Así se creen solas y mientras tanto nosotros podemos vigilar su trabajo a través de ese agujero abierto en la pared.

—Buena idea — manifestó Cóleman, alentando con un gesto a su interlocutor. — ¿Y no existe, además de éste, ningún otro artificio análogo?

El hombrecillo pareció animarse; encendió de nuevo las luces. Luego se acercó a la pared y tirando de una prominencia apenas perceptible que había en la misma, uniformemente pintada de amarillo, desencajó un pedazo de tabla, la cual giró sobre unos goznes tan bien disimulados, que sólo conociendo el artificio podría haberse sospechado su existencia. La tabla giratoria dejó al descubierto un espacio de forma cuadrada y como de treinta centímetros de lado. El salón donde se efectuaban las transmisiones quedó completamente a la vista.

—Del otro lado — continuó Blitzsky — es imposible sospechar la existencia de esta abertura. Vean, su ajuste es perfecto. Algunas veces se trabaja con ella abierta, pero es cuando se trata de gente poco nerviosa, hombres, sobre todo.

Cóleman apenas prestaba atención a lo que decía el hombrecillo, poseído como estaba de la certidumbre de sus sospechas.

—Todo está claro como la luz del día — murmuraba. — Si yo pudiera acertar con el motivo...

A través de la ventanilla podía verse la figura imponente del señor Giacomo, que, con el sombrero y el sobretodo calados, las manos entrelazadas por detrás y la cabeza meditativamente inclinada hasta tocarse el pecho con el mentón, se paseaba con aire solemne, delante de las muertas, por el salón de audiciones. Otras dos personas le acompañaban.

—Smith — dijo rápidamente el detective al oído de su compañero, — mucho cuidado con ese pájaro; usted me responde de él. Parece que está en disposición de abandonar la jaula.

Smith descendió de la cabina y se alejó rápidamente. Cóleman le siguió, preguntándose:

—¿El motivo? ¿Dónde está el motivo? Nadie comete un triple asesinato si no existe un móvil muy poderoso para ello.

El señor Giacomo conversaba con los repórters de dos de los principales diarios de la mañana. Lápiz en mano, los representantes de la prensa escuchaban con avidez las palabras que les dirigía el empresario y las anotaban en sus respectivos cuadernos. Eligiendo cuidadosamente cada palabra, el pomposo personaje decía en tono declamatorio:

—El público, a quien somos deudores de tantas atenciones (coma) y que tan decidido apoyo viene prestando a nuestra compañía (coma), no será defraudado en sus justas aspiraciones (punto). Nuestros negocios se consolidarán sobre una base segura y firme (punto). Por serio que haya sido el doble golpe que acaba de recibir la compañía (coma), no existe pérdida que no pueda repararse con creces, y...

Cóleman no escuchó las últimas palabras del pedante. Tomando por un brazo a Blitzsky le dijo que lo condujera al aparato telefónico. Un momento después estaba en comunicación con las oficinas del Lloyd, la gran empresa de seguros de todas clases.

El detective acababa de tener una inspiración. Habituado a actuar en crímenes en los que el ingenio humano parecía excederse en la invención de recursos para borrar la huella del crimen, había uno, que, si no era original, por cuanto más de una vez había sido puesto en práctica por los criminales, muy bien pudo entrar en los planes de de aquel malvado.

La conversación duró como unos cinco minutos, al cabo de los cuales el detective volvió al lugar donde tomaban sus notas los repórters en el preciso momento en que el señor Giacomo despedía amablemente a los plumíferos.

Cóleman, sin pronunciar palabra, lo asió por el cuello y de un vigoroso empujón le hizo penetrar en el salón donde yacían las dos mujeres. Luego cerró la puerta



y se guardó tranquilamente la llave en el bolsillo.

Después, llamando a Smith, le explicó:

—La cosa está clara como la luz. Primero hizo que su esposa tomara una de las rabietas que la solían poner completamente fuera de sí. Luego hizo de modo que se descargara la nube en la otra artista, y el aparato radiotelefónico envía a los cuatro vientos los ecos de la disputa, haciendo creer a miles de personas que las escuchaban, que las dos mujeres se tenían un odio a muerte. Esta es la coartada. Ahora viene el crimen. Penetra en la cabina del operador, aplica el cloroformo, abre la ventanilla, cuya existencia conocía perfectamente, y, a través de ella, mata a las dos mujeres a sangre fría, arrojando después el revólver dentro de la pieza. Como el operador podía haberlo descubierto, lo mata también, y se retira después tranquilamente para representar la comedia que acabamos de presenciar.

—¿Pero el móvil? — preguntó Smith, que todavía dudaba.

—Clarísimo. Giacomo tenía aseguradas las vidas de las dos artistas en el Lloyd; a su esposa en ochenta mil libras esterlinas, y a la otra en cincuenta mil. Total ciento treinta mil libras esterlinas. ¡Oh! ¡Giacomo es un genio! Mademoiselle Jacqueline tenía razón. Lástima que sea un genio aplicado a hacer mal a sus semejantes — terminó diciendo Nelson Cóleman.

—Por ahora, y gracias a la sagacidad del mejor detective de Scotland Yard — repuso el fiel Smith, — han terminado sus hazañas y las artistas, a las que explotaba en su empresa y entre las que elegía sus víctimas, nada habrán de temer de él.

EL DUEÑO DEL ESTRECHO

Por GIOVANNI GRECCO

ía prudente que aceptase mi ofrecimiento.

Había una sombra de amenaza, nada más que una sombra en esas pa-

ligera que fuese, los finos labios de Tremaine se apretaron, mientras un ndor de ira animaba sus ojos grises. do al otro lado de la mesita que ocu- el centro de la cabina del pequeño er, contempló al hombre que se hallaba ante él.

Por qué dice usted eso, Juárez? ¿Cómo puede us- eer que le voy a entre- omo tributo esos cinco mil os?... ¿A qué título?

a extraña expresión ilu- las negras pupilas del zo.

Hay un proverbio que a: "Más vale tener que ", y es aplicable en estas istancias. Usted no pue- mplir su misión sin mí. Es un desafío?

Lo que usted quiera... l dueño del estrecho y si rechaza mis proposicio- sabrá a costa suya, tar- temprano.

Las rechazo categórica- , — respondió Tremaine, una mueca de desprecio. rez se levantó vivamen- u tinte verdoso se acen- ún más a impulsos de la hasta dar a su fisono- l aspecto de una careta o.

Se arrepentirá usted, — con voz vibrante.

subió de cuatro en cuatro eldaños de la escalerilla conducía a cubierta, se- del capitán siempre tran- y desdeñoso.

era, la atmósfera era gla- *El Solitario*, sólido buque alvamento, de Tremaine, a anclado en una bahía entrada del Estrecho de llanes. Del lado del Pací- os gigantescos acantilados evaban sobre las claras .

una milla de distancia buque, un gran *schooner*, sto de una máquina a vapor auxiliar anceaba sobre las olas. Era el *Ave Ne-* perteneciente a Juárez y con el que surraba que el mestizo realizaba con- ndo en gran escala. Ningún barco te- más siniestra reputación en aquellos tos parajes. La lancha que había lle- a Juárez a bordo de *El Solitario*, bai- junto a la escalerilla.

mestizo exhaló una exclamación y pre- :

Dónde está Benuto?

joven alto y delgado que se apoyaba borda, contestó riendo:

e ha escapado nadando, señor Juárez.

Miente usted! — gritó el mestizo en mo del furor. — Lo han ocultado us- en alguna parte.

joven, que era hermano del capitán, cogió de hombros.

us modales dejan bastante que de- y no es extraño que se escapen sus res — dijo.

o habrán empujado ustedes a una a.

egistre el barco; está a su disposi-

rez vaciló un segundo y luego, tirán- a la lancha, se alejó remando furio- te.

Qué personaje encantador! — obser- oberto Tremaine. — ¿Pero en dónde el marinero?

llá abajo, entre las rocas.

—¿Y qué quieres hacer de ese animal?

—Conoce admirablemente estos parajes y me parece muy inteligente a juzgar por la conversación que he tenido con él.

—En ese caso obra a tu antojo; no debemos tener escrúpulos con un individuo que es un vulgar pirata y un malhechor peligroso.

—¿Qué quería?



—Simplemente pedirme cinco mil francos o la mitad de la carga que llevamos con pretexto de que la parte de la costa que vamos a recorrer le pertenece. Me ha exhibido unos documentos, seguramente falsos, pero si entablamos pleito tendremos para años, pues Juárez me parece que está muy en armonía con la administración. Me he negado a acceder a su pedido, y no tenemos más que proseguir la tarea.

—Pero navegar en estas especies de *fjords* es muy difícil.

—Si un gran navío como *El Conquistador* ha podido penetrar en la garganta del Cóndor no veo por qué nuestro buque no ha de pasar.

—Es cuestión de marea, querido Roberto. *El Conquistador* llegó en la época de las grandes mareas y acuérdate que tuvo que arrojar parte de su carga para poder salir. Además, el paso está erizado de escollos no indicados en ningún mapa y nos veremos obligados a sondear constantemente.

—¿Y por qué no dejamos *El Solitario* en lugar seguro?... Juárez no vendrá a buscarlo. Iremos en la chalupa con dos o tres hombres y si los cajones son muy pesados los aligeraremos en varios viajes.

—Tu plan no es malo; todo consiste en burlar la viligilancia de ese mestizo infernal que querrá vengarse.

—En cuanto recojamos al pobre Benuto, que tiene un miedo espantoso de volver a caer en manos de su patrón, nos pondremos en camino.

Empujada por las olas de la potente marea antártica, la chalupa remontaba el *fjord* a gran velocidad. Ya amanecía, pero en el fondo de la sombría garganta aun era noche obscura. A cada lado del Estrecho se elevaban gigantescos muros de granito negruzco que la nieve manchaba a trechos.

En la embarcación iban, además de David Tremaine y su hermano, un marinero llamado Marmotte y el famoso Benuto, protegido de Roberto.

Benuto era un fueguino; hablaba el español y un poco el francés e inglés. Un día había sido hecho prisionero por Juárez, Dios sabe en qué circunstancias. Su terror hacia aquel hombre era tal que no se atrevía a escapar. Sólo la promesa de Roberto y la afabilidad con que éste le había tratado, pudieron decidirle. Sin embargo, su aspecto no tenía nada de atrayente; era bajo, con el rostro lleno de arrugas a pesar de su edad, que no debía pasar de los 25 años, el cabello negro y lacio, brazos largos como los de los monos. Parecía de una inteligencia y agilidad poco comunes y conocía aquel laberinto a maravilla.

Y ahora explicaremos en pocas palabras lo que había llevado a los hermanos Tremaine hacia aquel lugar remoto.

Antes que von Spee hubiera sido desalojado de las islas Falkland, durante la gran guerra, su escuadra recorría los mares del sud capturando o echando a pique cada navío aliado que encontraba.

El Conquistador, buque inglés que venía de Lima y Valparaíso con carga, había sido tenazmente perseguido, lloviendo sobre él los proyectiles. Para salvarse, su capitán no había encontrado nada mejor que entrar en el *fjord* llamado la Garganta del Cóndor, aunque era más que probable que el navío se estrellase contra los numerosos escollos que erizaban el canal.

Hasta entonces había logrado escapar al peligro, pero a fin de abandonar su refugio durante la noche, en marea baja, había sido necesario aligerarle la carga.

Esta se componía especialmente de nitratos y de varias cajas misteriosas que el capitán había hecho depositar cuidadosamente en una anfractuosidad de las rocas que parecía una gruta.

Esas cajas encerraban una cantidad de reliquias de la época de los Incas que el sabio arqueólogo inglés, sir Carnforth se hacía enviar a cualquier costo.

Ese sabio millonario había ofrecido una fuerte suma a los hermanos Tremaine a fin de que le buscasen aquel tesoro y ellos no habían vacilado en aceptar la proposición que les complacía desde todos los puntos de vista.

No sabían cómo era posible que Juárez hubiese adivinado su presencia en esos parajes y sobre todo, conocido el objeto de su viaje.

Era ya día claro cuando David dejó escapar una ligera exclamación.

—Creo que hemos llegado — dijo. — Esta es la roca que menciona el capitán de *El Conquistador* y a la izquierda está la entrada de la caverna. Tratemos de abordar con todo cuidado para que no se rompa la chalupa contra esos escollos.

Cinco minutos más tarde la chalupa es-

taba sólidamente amarrada en una especie de muelle natural de granito y Roberto, el primero, saltó y se precipitó hacia la entrada de la gruta.

Todo iba mucho mejor de lo que los hermanos se imaginaban. Descubrieron en seguida las cajas y las transportaron a la chalupa ayudados por Marmotte y Benuto.

—No hay que pensar en partir antes de la marea descendente — declaró David. — Nuestra tarea se simplificará mucho porque nos arrastrará la corriente, mientras que si salimos ahora las olas nos arrojarán contra los acantilados. Lo único que deseo es que Juárez no vaya a jugarle alguna mala pasada a *El Solitario* durante nuestra ausencia... ¡Dios mío!... ¿Qué es esto?

Roberto no respondió a su hermano: acababa de saltar a la chalupa tomando su fusil y David sólo tuvo tiempo de imitarle. Mientras se hallaban ocupados en la tarea de llevar las cajas no habían visto venir una gran embarcación con ocho hombres a la cabeza de los cuales venía Juárez. Este acababa de abrir el fuego, gritando:

—¡Estáis en nuestro poder! ¡Rendíos y abandonad vuestra carga si queréis tener la vida a salvo!

Por toda respuesta David apuntó al mestizo y tiró. Desgraciadamente el oleaje movió a la chalupa y el proyectil, desviándose, sólo rozó la oreja del pirata. Una lluvia de balas cayó sobre la chalupa.

—La lucha es desigual — dijo Roberto; — refugiémonos en la gruta y desde allí dominaremos más fácilmente la situación.

El consejo era bueno y fué puesto en ejecución, pero los hombres de Juárez, comprendiendo el peligro, alejaron la barca y la pusieron al abrigo detrás de unos escollos.

—Tendrán que rendirse — aullaba el mestizo, — no tienen provisiones. El hambre les hará salir de la cueva; no nos expongamos inútilmente.

David y Roberto se miraron con angustia. Juárez tenía razón: había que elegir entre las dos clases de muerte.

En aquellos momentos terribles echaron de ver la ausencia de Benuto.

—¿Lo has visto? — preguntó Roberto a Marmotte.

—A fe mía — repuso el marinero, ni me he fijado en él.

—Habrá tenido miedo de Juárez y se habrá escapado — dijo David.

—¡Qué ingrato! — repuso Roberto con amargura. — ¿Pero por dónde habrá escapado? Las paredes del canal son casi perpendiculares.

—Es más ágil que una cabra — contestó Marmotte. — Pero por donde él haya pasado, podríamos nosotros pasar también. ¿Quieren que intente escalar las rocas?

—No; servirías de blanco a los bándidos — declaró David. — Tal vez encontremos algún camino practicable en la otra vertiente de los acantilados, pero ¿de qué nos serviría si no podemos llevar las cajas?... Y no quiero dejárselas a Juárez; prefiero morir aquí.

Marmotte bajó la cabeza. La gruta estaba muy obscura y hacía frío.

Transcurrieron las horas. Los hombres, extendidos boca abajo en la entrada vigilaban la cornisa de granito, prontos a tirar si la embarcación del mestizo aparecía. La tarde tocaba a su fin y la marea empezaba a descender.

La voz del capitán del *Ave Negra* se elevó de nuevo, irónica, burlona.

—¡Eh!... ¡Valientes franceses!... Os vais a morir de frío esta noche porque el viento anuncia nieve. Y mañana no tendremos más que transportar las cajas, esas cajas que habrán velado vuestros cadáveres.

—Capitán — balbuceó Marmotte — ¿está usted decidido a no moverse? Prefiero morir de un balazo y no de hambre y de frío.

David no tuvo tiempo de contestar. Un ruido sordo, repercutido por el eco se dejó oir y luego hubo un estrépito formidable, como si el mundo se desplomase.

Una avalancha de rocas de todas dimensiones cayó sobre la embarcación de los piratas. Oyéronse gritos de dolor y de espanto, el agua saltó a gran altura y luego, nada; un silencio de muerte.

Pero éste no duró mucho tiempo. Una voz lejana, que venía de lo alto del acantilado, gritó:

—¡Mi capitán!... ¡Mi capitán!... Pueden irse, yo iré después... Pedro Juárez ha ido a dar a Dios cuenta de sus crímenes. ¡Estáis en salvo!

—¡Bravo, Benuto! — contestó a gritos Roberto.

Y añadió en voz baja:

—¡Pobre muchacho!... ¡Y pensar que dudábamos de él cuando arriesgaba su vida por salvarnos!...

Puntos de vista

En una provincia del litoral, una vieja criolla, muy política en materia de expresiones y que se las daba de gente bien, tenía en su haber dos yuntas de criollitas, que casi se habían pasado de moda, pero que, al decir de la madre, eran cuatro preciosas huríes. Dispuso que sus cuatro palomitas salieran a dar un paseo campestre, y ahí no más las enhorquetó en un vehículo campero. Como tardaran en regresar, se dispuso salir a buscarlas, y en la primera tranquera se encuentra con un joven paisanito, y le pregunta:

—Dígame, joven: ¿no ha visto usted pasar por aquí una carroza con cuatro hermosos corceles y cuatro hermosas doncellas hermosamente ataviadas?

A lo que el paisanito responde, basado en lo que había visto:

—Vea, doña: yo, lo que he visto pasar aura no más mesmito puacá, ha sido una carrindanga vieja con cuatro matungos flaquísimos y cuatro chinas viejas vestidas de colorete.

Para que aprenda a cuidar los tomates

Giácomo Bufardo estaba en una calle con su carrito cargado de verdura ocupadísimo en la tarea de atender a la clientela. Un hijo suyo, que lo acompañaba como ayudante, estaba un poco más allá delante de una canasta de tomates, pero no se ocupaba de vender precisamente.

En efecto, el chico se divertía tirando con los tomates a cuantos pasaban por la acera de enfrente.

En una de esas hizo blanco y la víctima fué un transeunte cuyo traje quedó a la miseria. El hombre se indignó y cuando iba a atrapar al chiquillo para darle su merecido, se encontró con que ya el padre lo estaba haciendo.

—Muy bien — dijo entonces el hombre ya más conforme, — hace usted bien, castíguelo...

—Claro que lo castigaré. No ve que se quiere entender que los tomates son para la venta. Si quiere divertirse que tire cascotes...

Papel impreso

La *gama del Iris*, poesías, por José Azerrad Lasry; prólogo del mismo autor. Impreso en los talleres gráficos Núñez, La Carlota, F. C. C. A.

La moral de don Filántropo, trozos diversos, por Luis Pozzo Ardizzi. Impreso en los talleres gráficos La Editora Comercial, Buenos Aires.

Emociones vividas, narraciones, por Domingo Cayafa Soca; prólogo de Alfredo Franchi. Impreso en la Editorial Renacimiento, Montevideo.

Vaivenes del vivir, narraciones de las escenas de la vida; con prólogo de Juan M. Filartigas. Impreso en los talleres gráficos de "La Protesta", Buenos Aires.

Flores tempranas, poesías, por Francisco Alonso. Prólogo del doctor Juan José Frugoni. Impreso en los Talleres Gráficos Argentinos, de J. L. Rosso y Cía., Buenos Aires.

La farsa humana, versos y prosa, por Francisco Rodríguez Vázquez. Prólogo por José M. Braña. Impresores, Ferrari Hnos., Buenos Aires.

Concesiones de Electricidad. Guía práctica para el público consumidor de corriente eléctrica de la ciudad de Buenos Aires, por el doctor Samuel Galíndez. Edición de El Ateneo, Librería Científica y Literaria de Pedro García. Buenos Aires.



—¿Quién se comió el kilo de lomo
—El gato, señora.

—Vamos a verlo.

—Un kilo justo. Este es el peso de la carne; pero entonces, ¿dónde está el gato?

,A ETERNA ILUSION

Por FRANCISCO des PAILLETS

I

'A no me necesita la señorita?

—No, Josefina; puedes retirarte.

—¡Oh! Me olvidaba: aquí hay una carta que hallé en el buzón de la ·ta.

·¿Una carta para mí? — preguntó la ·rita, sorprendida. — ¡Vaya! Es de , pues no trae estampilla. Es raro. Me :ce que conozco la letra.

mientras la criada se alejaba, la seta leyó, con estupefac-, la epístola siguiente:

·eñorita: Usted no me ·ce; sin embargo, desde ia que pasó por mi lado, magen no se aparta de Permítame que este r que me atrevo a decla-:, se lo confiese en voz ; perdone mi audacia y :e que con todo respeto ·nga mi secreto a sus tas".

ı señorita examinó la .ela; no logró descubrir lla firma ni señal revera. Volvió a leer, creyen-¡ue se había equivocado, bró la suficiente presende espíritu para ruborie, pero confusa aun por declaración ardiente, muró:

¡Qué historia, Dios mío! ién puede haberla en· o?

II

ı carta venía simple-:e del señor José Pavi- escribiente del escriba-:arambois. Este José Pan, soltero, de veinticinco , se aburría prodigiosate en Neuville de Toura-y, para distraerse, cultiı en sus ratos de ocio, ıistificación. Era, en su ıro, un verdadero artis-:nemigo de la publicidad 'udente en extremo, ja-confiaba a nadie sus es, medio infalible para er descubierto y gozaba las de la comedia que ismo urdía.

acias a él, personas que e conocían habían tra-correspondencia sobre :iones inexplicables e tricables. Los diarios loı habían celebrado la doın de una cama de hospor el señor X,... un o millonario, y este últ, después de una honro-efensa, había concluído someterse a esa generosidad; a causa l, el perceptor de impuestos alojaba ı casa a un perrote voraz y turbulento, suponía pertenecía al señor inspector 'inanzas, el cual, desde hacía dos años, . recogerlo en su próxima jira.

señor Pavillón había observado que, :ar de sus cuarenta años bien contala señorita Olimpia Thibaut lucía aún, ıs grandes ocasiones, sombreros amıente floridos de rosas y batas de co-:laro. Por eso suponía, que bajo un ior un tanto ingrato, el corazón selatiendo juvenilmente, y se había en-:ido en arrojar una emoción en la tranquila de esa mujer, como se arro-.a piedra en un lago, por ver ensane las ondas en círculos cada vez maque llevan hasta las orillas su ba-› rítmico.

señorita Olimpia, su víctima, nada tee particularmente seductor. Bella no sido en su juventud, y los años no la habían embellecido: era alta y delgada; su rostro tenía un perfil cabrío, y un bigotillo leve sombreaba su labio superior; tenía ojos saltones, miopes y parpadeantes; llevaba una larga cadena de reloj cargada de dijes y un medallón, montado sobre un broche, en el que guardaba un mechón de cabellos que había pertenecido a una vaga abuela.

Todas las mañanas se la veía dirigirse a la iglesia de San Fermín, su parroquia. Se la veía en la Explanada y en la calle Mayor y en todas partes. Sin tener nada que hacer y siempre ocupada, consagrando horas a la compra de un trozo de cinta, siempre pronta a entablar largas conversaciones, no faltando a un casamiento, ni a un entierro, ni a un bautismo, vigilando el barrio desde la ventana de su habitación, meditando sobre las idas y venidas de cada uno, tomando apuntes de las modas, saboreando alguna habladuría, algunos de esos escándalos que ella deploraba y deseaba a la vez: una pobre mujer inútil y solitaria.



La señorita Olimpia había sido preservada de toda experiencia amorosa por la rigidez de su carácter, por la modestia de su fortuna y por la cortedad de los encantos físicos con que la dotara la naturaleza. Aprovechaba de esa circunstancia para reprobar en sus semejantes las manifestaciones sentimentales y para condenar severamente no sólo toda debilidad de conducta, sino también toda apariencia incorrecta.

¿Cómo explicarse, entonces, que no rompiera la carta y que, por el contrario, la depositara en el cajón donde guardaba sus acciones del ferrocarril, y más aún, que, no pudiendo conciliar el sueño, se levantara a mitad de la noche para leerla una vez más? El corazón del hombre es extraño y el de la mujer completamente insondable.

III

Al anochecer del día siguiente al regresar a su casa, la señorita abrió el buzón de la puerta, presa de leve temblor. No había nada y suspiró. Suspiró de alivio, a no ser que fuera suspiro de decepción. La distinción es difícil y, por otra parte, el alivio no excluye siempre a la decepción.

Pasó un día más. La señorita Olimpia empezaba a sospechar la inconstancia de su enamorado; no le inquietaba, aunque tal vez, en lo íntimo, se sentía un tanto ofendida.

El señor Pavillon no era inconstante, pero aquel día había tenido que copiar una larga acta de venta, que le ocupara todo el tiempo. En cuanto quedó libre, confeccionó otra carta.

Al reconocer la letra misteriosa, la señorita estuvo a punto de sentirse mal. Se avergonzó de esta debilidad y, dominando su emoción, leyó:

"Señorita: Ha oído usted la expresión de mi amor. Quizás la ha conmovido; quizás usted la ha desdeñado. Antes de aventurarme en un camino, al final del cual es posible que halle mi corazón desgarrado, me permitiré dirigirle un ruego. Pregúntese en lo profundo de su corazón si en el caso de hallar un hombre digno de usted, apartaría sistemáticamente todo proyecto de matrimonio. No se trata de mí en este momento, sino de una cuestión de principio. La prudencia es necesaria; temo que seamos observados por ojos malevolentes. Lo más sencillo será responderme por una señal. Si usted no me niega toda esperanza, deje abiertas, mañana, al mediodía, las ventanas del primer piso de su casa."

—¡Pobre joven! — murmuró la señorita y se puso a soñar, interrogándose por vez primera desde hacía muchos años.

¡El matrimonio! Había pensado en él, antaño, y hasta dos o tres tentativas habían fracasado. ¡Cuán lejos estaba eso! ¡Qué velozmente transcurriera su vida! En la memoria, volvía a ver la casa paterna, los años de pensión, la muerte del padre, la existencia apagada y discreta al lado de la madre, que llega a caer enferma, muere, y deja a su hija sola en el mundo, con una fortuna mediocre.

Desde hacía quince años vivía solitaria en su casita, con algunas relaciones banales, pero en verdad, sin hogar y sin amigas. El tiempo se había deslizado. El aislamiento se estrechaba cada vez más; y cada día se hacía más improbable un cambio de vida. Y he aquí que, bruscamente, un rayo de sol atravesaba su cielo gris. ¡Era tan extraña esta brusca declaración! Venía de alguien que la conocía, puesto que la amaba, y a

quien ella también conocía, sin duda. Pero, ¿quién era? ¿Y era sincero? Por otra parte: ¿qué interés tenía en no serlo?

La señorita Olimpia había pasado de los cuarenta años, mas, sin sufrir el rudo roce de la vida. Permanecía ingenua y confiada como una niñita. Al día siguiente, a pesar del frío y de la lluvia, dejó abiertas las ventanas del primer piso.

Todo el día espiando detrás de las cortinas, vigiló la calle y los escasos transeuntes, sin notar nada de anormal. El único resultado que obtuvo fué un resfrío.

Por otra parte, como el estudio del escribano Garambois estaba situado precisamente enfrente de su casa, el señor Pavillon no tuvo dificultad alguna para comprobar que, en principio, la señorita Olimpia no era sistemáticamente opuesta a toda idea de matrimonio. Alentado por esta primera manifestación, redactó sin perder tiempo la tercera carta, que llevó prudentemente a su destino poco después de cerrar la noche. Esta vez dejaba a un lado las generalidades y abordaba directamente el asunto:

"Puesto que no rechaza al matrimonio en sí mismo, señorita, es tiempo de que le diga qué clase de hombre soy. Tengo, por el momento, una situación independiente; no hay en mi presencia, a lo que creo, nada que pueda desagradarle. Sus convicciones son las mías, sus gustos serán los míos. Mi carácter es, a la vez, tierno y alegre, pero tengo un defecto que debo confesarle y que me hace desgraciado: soy tímido, señorita. No me atrevo a afrontar un rechazo que me arrojaría en la desesperación; tengo miedo de presentarme a usted. Sea bondadosa, no me desaliente, y si desea que mi corazón florezca, salga mañana con el sombrero de rosas que conozco y que tanto amo. Esto no significará que me acepta sino que no me rechaza todavía."

La señorita Olimpia pensó que su enamorado se volvía bastante exigente. El sombrero de rosas era el de los domingos y no podía ponérselo en un día de semana, sin intrigar prodigiosamente a todas sus amigas, para las cuales no pasaría inadvertido un acontecimiento de semejante importancia. Por otra parte, era cruel arrojar a la desesperación a un joven dotado de tantas cualidades, respetuoso y discreto, rico y apuesto, tierno y sentimental. Y como el primer paso es el que cuesta y la señorita ya había cedido en el asunto de la ventana, cedió también en el del sombrero. El señor Pavillon tuvo el gusto de verla salir con el sombrero prescripto, y darse vuelta de pronto y mirar a un lado y a otro, con la esperanza de sorprender al pretendiente desconocido, que, según creía, debía seguir tras ella.

Desde entonces, las exigencias del enamorado no conocieron límites. Planteaba ciertas preguntas, por carta, y pedía que las respuestas se las diera vistiendo determinados vestidos y pasando por sitios que él le indicaba. Combinaba las polleras, las batas, los sombreros; la enviaba al museo, al palacio de justicia, a los mataderos. Le hizo comprar un loro y un perro.

Todas esas excentricidades eran respuestas a preguntas que el enamorado le dirigía, y significaban cosas como éstas: "Consentiré en salir de Neuville después de nuestro casamiento", o "Me gusta la música y toco el piano", o "Me encargaré con mucho placer de todos los detalles de la casa".

El señor Pavillon, que poseía la clave de ese lenguaje secreto, pasaba momentos muy entretenidos; y las damas del barrio, comenzaban a observar que su amiga tenía ciertas rarezas y las comentaban con toda la benevolencia de que eran capaces:

—¿Ha notado usted lo cambiada que está Olimpia desde hace un mes? Parece que vive en el aire. Cuando se le habla, no hace caso. Se diría que piensa siempre en otra cosa.

—Supongo que no pensará en casarse. No es por hablar mal, pero la pobre está bastante ajada.

—¿Ha notado qué vestido llevaba ayer? ¡Imagínese! ¡A su edad! ¿No cree que es ridículo?

—Y sobre todo, fuera de lugar: nadie se emperifolla así para ir a la iglesia.

Después de todo, esas damas no carecían de razón; lo cierto es que Olimpia cambiaba. Cuando se dirigía a una de sus citas, aunque la moral más severa nada tenía que reprocharle, puesta que era una cita con una persona a quien no vería, si hallaba en su camino a algún conocido, caía en una confusión extremada, que se delataba en seguida por un rubor sospechoso.

Ese enamorado obstinado, anónimo, inalcanzable e invisible, la trastornaba. De todas las suposiciones que se hacía, ninguna era aceptable. La misteriosa fisonomía la obsedía con enigma turbador y fatal.

En vano las damas del barrio se hicieron delicadamente atentas e insinuantes, a fin de penetrar en su secreto. Pudo guardarlo tanto más fácilmente, cuanto que ella misma no lo conocía a fondo. A lo más, elevaba la mirada al cielo, suspiraba y pronunciaba algunas frases llenas de reticencias. Los vagos dolores son los más románticos y no hay poesía sin misterio.

IV

Entretanto, el señor Pavillon empezaba a creer que la mistificación duraba demasiado. Una noche estuvo a punto de ser sorprendido en el momento en que deslizaba una carta en el buzón. Por otra parte, todas las bromas deben tener un fin.

Vacilaba en cuanto al desenlace. ¿Interrumpiría pura y simplemente la correspondencia? Sería una solución banal. ¿Dar un nombre? ¿Cuál? Pensó en un tal Benoit, ex oficial de zuavos, solterón empedernido, jugador a las cartas, que se pasaba los días en el café, hombre violento y de inteligencia muy lenta, el cual tardaría largo rato antes de pasar de la fase del asombro a la del furor.

Un domingo, sentado en un banco del paseo público, meditaba en los términos de la carta que se proponía enviar, pidiendo, con el nombre del señor Benoit, una respuesta inmediata. La señorita Olimpia pasó a dos pasos de él; jamás la había visto

de tan cerca y la examinó con curiosi
Parecía nerviosa e inquieta; tenía las
jillas demacradas; caminaba con paso
tado, y se había puesto un vestido c
que la hacía aún más vieja. La conten
alejarse, invadido por un vago sentimi
de piedad.

Por primera vez el señor Pavillon p
que su mistificación no era del todo
cente y que había afectado profundam
a esa pobre mujer inofensiva y créd
Con un poco de vanidad y mucha inge
dad, se había dejado caer en el lazo. ¿
ésta una razón suficiente para exponer
la burla del público y para herir a ese
razón que no sabía negarse? ¿Se tenía
recho a imponerle, por divertido pasati
po, un sufrimiento tanto más cruel p
ella cuanto que jamás sabría de quién
bría partido el golpe que la hiriera? Lo
nos que se podría decir de semajante
ceder era que nada tenía de generoso.
más, ¿no hay grosería en poner en rid
a un sentimiento elevado? El instint
amar está hecho de generosidad, de a
gación y de confianza. El amor no pid
no ocasión de darse. Más fácilmente
engaña cuanto más noble es.

El señor Pavillon no era de mala ín
esas consideraciones le hicieron reflexio
Encarada desde ese punto de vista, la
tuación le pareció súbitamente muy di
de desenredar.

Regresó a su casa, y después de ma
reflexión, resolvió escribir esta carta

"Señorita: El no darme a conocer p
nalmente, obedecía a un escrúpulo que,
graciadamente, ha resultado demasiado
tificado. Me hallaba comprometido e
proceso que acabo de perder y que s
llevado consigo todo cuanto poseía. M
cuentro en la más completa miseria.
mí, no importa, trabajaré; pero bajo
gún pretexto quiero exponer a usted
más duras necesidades. Le juro que co
varé fielmente su recuerdo; me permit
perar que usted conservará el mío. L
amado mucho: ese es el pasado. En cu
al porvenir: ¿por qué no esperar?... ¡
ta luego, quizás!"

Y el señor Pavillon, verdaderamente
movido por esa separación imaginaria,
lizó una violeta en el sobre.

La señorita no confió jamás a nadi
sentimientos que experimentó al leer
carta. Sin duda, se emocionó más,
que el proceder debió parecerle lleno d
to y generosidad. Las rarezas de par
su pretendiente, que le habían inqui
se explicaban al fin. Conservó sólo l
presión de haber sido amada por un
bre perfectamente delicado y caballe
El recuerdo de ese amor romántico y
graciado, la elevaba ante sus propios
despertando en ella un sentimiento co
de melancolía y de dulzura. Una
siempre tiene orgullo de haber insp
una pasión; puede olvidar que ha a
pero no olvida jamás que ha sido a

Cuando la señorita Olimpia se sient
te, cuando le pesa el aislamiento, se
rra en su habitación, toma el paque
cartas, las vuelve a leer y luego, co
tesoro en las faldas, cierra los ojos

Entonces, él se le aparece; los rasg
su rostro no son muy definidos: no i
ta. Dócil a la evocación, él se le ace
le dice, simplemente:

—Aquí estoy. ¿Su corazón es siem
mismo?

Ella le responde:

—Estaba segura de que volvería.
felices seremos!

La señorita no ignora que la visión
verdadera y que desaparecerá en se
pero no tiene prisa por despertar, p
realidad no vale tanto como un e
hermoso. Esto ha bastado para ilumi
vida triste y opaca de la pobre sol
que oculta celosamente su secreto, pa
nadie lo profane. Piensa en aquel
ha ido diciéndole hasta luego, lo es
ruega por él. Dios reconocerá el mé
esos ruegos al señor Pavillon, auto
ponsable de tanta felicidad.

Y en el medallón, el mechón de c
ha sido reemplazado por una violet

ENRIQUE CLAY FRICK

EL REY DEL CARBON

ACIÓ el 19 de diciembre de 1849 en West Overton (Pensilvania). Su abuelo materno, iham Overholt, era uno ıs hombres más ricos del , quien desheredó a su la después madre de que, por haberse casado un pobre colono oriundo Suiza, Juan Frick, sien- .sí que podía haber contraído ventajo- matrimonio con un opulento preten- te.

'anscurrió la infancia de Enrique en es- ıa pobreza, y a los ocho años de edad ba por completo experimentado en las as agrícolas y domésticas ayudando a pabre sin poder asistir a la escuela ıaria más que en la temporada de in- no. La mayor parte del año iba descal- fin de conservar los zapatos el mayor po posible, poniéndoselos únicamente domingos.

ejó de ir a la escuela al cumplir catorce ; sin haberse distinguido gran cosa en estudios, como no fuera en la facilidad pidez con que resolvía los problemas de nética. Colocáronle sus padres de apren- a todo estar en una tienda de Mont sant, propiedad de un tío suyo, y nues- muchacho se levantaba de madrugada ı barrer la tienda y limpiarla de co- s y puntas de cigarro que todas las no- tiraban por allí los contertulios de su enfrascados en frívola conversación al- dor de la estufa envuelta en el humo tabaco. Durante el día pesaba azúcar, ía percalina, despachaba huevos y man- con cuantos artículos se revolvían en ella rural bodega, adquiriendo de este o sus primeras experiencias comercia-

ero las miradas del joven Frick se diri- ı constantemente hacia Pittsburgo, la ad de sus ensueños, y al cabo de tres ;, sin comunicar a nadie su propó- se fué allá.

provechó la oportunidad de entrar de te- ır de libros y hácelotodo en el molino nero y destilería de alcohol de su abue- Abraham Overholt Tintsman, quien se había reconciliado con la madre de ique.

ıs obligaciones de su cargo eran llevar libros de contabilidad, pesar los cerea- vender harina, medir maderas de cons- ción y hacer cuanto conviniera a la peridad del molino. Nada trataron ca del sueldo, pero al cabo de tres me- le dijeron que le darían mil dólares ıño, y al oirlo se puso loco de con- o.

staba situado el molino en Broad Ford, ıncón de la todavía virgen cuenca car- fera de Connellsville, y desde la venta- lel escritorio oteaba Frick los campos breados con las vetas de carbón a flor suelo. Regresó en aquellos días al país al José Rist, quien había allegado una ınita en el Oeste de los Estados Unidos, blando con Frick y su primo les dijo que ería mal negocio comprar unas cuantas enencias de aquel terreno para impul- enérgicamente la todavía en mantillas icación del coque.

Frick le pareció excelente el proyecto, que no contaba con fondos para tomar e en su realización, pero prendado Rist as cualidades personales del joven te- r de libros, le ayudó a obtener de pres- la necesaria cantidad, pues deseaba se encargase de la gerencia del nego- en perspectiva. Por fin convinieron en Rist aportaría las tres quintas partes capital y Frick y su primo Tintsman quinta parte cada uno, quedando así tituída la razón social Frick y Com- a dedicada a la compra de terrenos hu- s y fabricación de coque.

. primera providencia de Frick fué ir a burgo y solicitar del principal ban- o de la ciudad un préstamo de 10.000 es por seis meses al interés anual del or 100. Con este refuerzo instaló Frick ornos de coque, sin dejar por ello de seguir llevando los libros del molino, por si acaso fracasaba la empresa.

Afortunadamente dieron magníficos resultados las primeras pruebas y vencido el préstamo logró Frick renovarlo por otros 10.000 dólares que le permitieron construir 50 hornos más y comprar terrenos colindantes en donde llevó a cabo una nueva instalación de 100 hornos.

La producción de los cien hornos llegó a 50 toneladas diarias y el precio del coque subió de noventa centavos a dos dólares tonelada, y al cabo de seis años, por los de 1879 a 1880, se cotizaba a cerca de cinco, de suerte que multiplicados los hornos produjeron seis mil toneladas diarias, que le daban a Frick un beneficio líquido de 20.000 dólares.

En los primeros tiempos del negocio vendía el carbón por conducto de comisionistas; pero cuando el pánico de 1873 dispersó a estos agentes, tuvo Frick la acertada ocurrencia de abrir en Pittsburgo un despacho central al que asistía diariamente después de dar las instrucciones necesarias a los capataces de los hornos, permaneciendo en la ciudad desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde en que regresaba a Broad Ford para enterarse de la labor realizada durante el día. Durante su estancia en Pittsburgo recorría las fábricas, talleres y demás establecimientos de la clientela, siendo así su propio comisionista y corredor.

Pero según iba prosperando el negocio se multiplicaban las atenciones y le fué preciso colocar varios encargados o administradores técnicos al frente de las diversas secciones en que dividió la gran instalación de Broad Ford, trasladando él su residencia a Pittsburgo, para mejor atender a los clientes y dirigir la parte económica del negocio que fué prosperando rápidamente hasta el punto de hacerle millonario.

Arraigado ya firmemente hizo un largo viaje de recreo por Europa y a su vuelta contrajo matrimonio con la señorita Adelaida Howard Childs, residente también en Pittsburgo, sin que sus riquezas lo movieran a la ostentación, pues se instalaron en un modesto piso del barrio oriental, cuyo inmueble adquirieron más tarde por 25 mil dólares.

Corría el año 1882, cuando Andrés Carnegie y sus consocios empezaban a levantar la industria del acero y consumían grandes partidas de coque. Para asegurarse tan formidable cliente Frick les ofreció y ellos aceptaron la adquisición de la mitad de los intereses en el negocio del carbón, que entonces constaba de 975 hornos y doce kilómetros cuadrados de pertenencias hulleras. El convenio con Carnegie mudó la antigua razón social de Frick y Compañía en la de "H. C. Frick Coke Company", con un capital de dos millones de dólares que al cabo de un año fué preciso elevar a tres para ponerse al nivel del tremendo empuje que daba Frick al negocio, perfeccionando los procedimientos de fabricación hasta el punto de alcanzar el coque de Connellsville la supremacía en el mercado nacional.

Tanto prosperó la nueva compañía bajo la gerencia de Frick, que a los seis años de constituída era dueña de 140 kilómetros cuadrados de terreno carbonífero, diez mil hornos, tres instalaciones hidráulicas que rendían 23 millones de litros diarios y 1.300 vagones para el transporte del carbón. El número de empleados ascendía a once mil y a un millón de toneladas la producción mensual.

Carnegie había intentado varias veces en vano inducir a Frick a tomar parte en el negocio de aceros, hasta que una tarde fueron Carnegie y todos sus socios en comisión a visitar a Frick y ofrecerle buen número de acciones de la "Carnegie Brothers and Company" si aceptaba la presidencia. Accedió el solicitado, y al inaugurar sus funciones echó de ver el enorme desbarajuste de la interna organización de la Compañía Carnegie, pues cada jefe de negociado era una especie de reyezuelo independiente sin otra ley que su capricho. Frick empezó por restablecer la disciplina, ordenando después que todas las semanas hubiese en su despacho reunión de jefes y contramaestres en la que se les obsequiaba con la cena para no perder tiempo en ir y volver de su casa. Cada cual daba cuenta de los trabajos realizados en su departamento durante la semana, exponía los inconvenientes con que había tropezado, la manera de remediarlos a su juicio, las reformas que podrían introducirse y cuantas iniciativas les sugiriese su celo.

El nuevo régimen levantó el ánimo de los empleados con el estímulo del gerente que trabajaba más que todos ellos y sucediendo el entusiasmo a la indiferencia prosperó la Compañía en términos no conocidos hasta entonces.

Frick impulsó la actividad de la Compañía hasta el punto de no temer a ningún concurrente. Enlazó por medio de ferrocarriles de vía estrecha las numerosas fábricas y fundiciones, facilitando así el transporte de los productos y reduciendo su costo con la instalación de nueva y más perfecta maquinaria.

No se detuvo aquí la iniciativa del gigantesco industrial. Los minerales de hierro, primera materia de la fabricación del acero, se adquirían de los dueños de las minas a precios relativamente elevados, y para substraerse a esta dependencia logró Frick, a pesar de la contraria opinión de Carnegie, adquirir la mayor parte de las acciones de la "Oliver Mining Company", con lo que dispuso de todo el mineral de hierro necesario a ínfimo precio.

En 1889 sobrevinieron graves desavenencias entre Frick y Carnegie, que dieron abundante pasto a la prensa de aquel tiempo y terminaron en estrepitosa ruptura. Frick se retiró del negocio de aceros con muchos más millones de los que Carnegie quería reconocerle, y cuando se fundó la "United States Steel Corporation", o sea el Sindicato monopolizador del acero, fué preciso entrar en negociaciones con Frick para comprarle la flota del lago Erie y las persistencias de las minas de hierro.

Desde entonces se contrajo al negocio del coque, prosperando en él hasta merecer la negra pero honrosísima corona de rey del carbón, pan de la industria.

De su carácter puede dar idea el siguiente rasgo.

En vísperas de la Navidad de 1912, quebró un Banco de Pittsburgo, donde millares de niños habían ido depositando sus ahorros durante el año. No hay que decir los llantos, gemidos y lamentaciones que ocasionó entre la gente menuda tamaño contratiempo que en un instante desvanecía sus ilusiones como si un ciclón hubiese desgajado el tradicional árbol de Navidad. Pero muy luego se derramó por todo Pittsburgo la consoladora voz de que un bienhechor desconocido estaba dispuesto a satisfacer en el acto hasta el último centavo de los infantiles ahorros. El bienhechor era Frick, que acordándose de su hija no pudo sufrir el llanto de los pequeñuelos.

El Gran Rotativo

EL ÚNICO DIARIO DEL MUNDO QUE SALE UNA VEZ POR SEMANA

Nº 98678946581789987651896522 — Buenos Aires, febrero 4 de 1926 — Año 104.

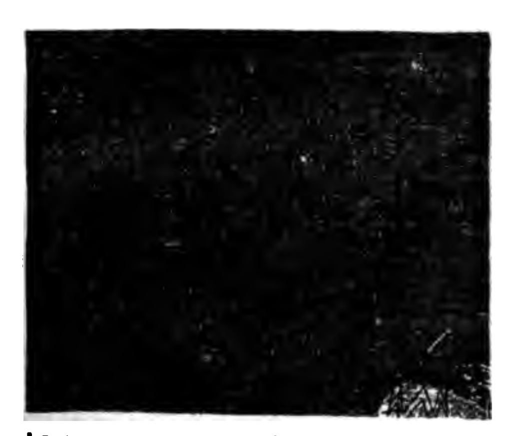
NUESTRO FUTURO NUEVO PALACIO

El último golpe del Príncipe de Gales

"Ojo de Aguila", fué el título que anoche concedió el Congreso Permanente de Genios de "El Gran Rotativo" a Curviliño Hip Hip Hurra, el hombre que halló el terreno en que levantaremos el magnífico edificio

UNA CONFERENCIA INTERESANTE

Los fabricantes norteamericanos de máquinas nos agobian con sus propuestas
La Mac Anistikin Amerikanin Company



La magnífica manzana de terreno descubierta por nuestro compañero de tareas don Curviliño Hip Hip Hurra, vista desde el avión A. 215, de la escuadrilla aérea de noticieros volantes de EL GRAN ROTATIVO. En esta manzana levantaremos nuestro futuro nuevo palacio, el que constituirá algo estupendo e incomparable. La cruz señala el sitio en que fué hallada la huella del pie del inca Cará-Kú-Kú-Mamú, primero en pisar la ya famosa tierra, según lo afirma el doctor David Peña. — (1) Cuadrilla de zapadores que, bajo las órdenes del doctor Guillermo El Estrecho realiza trabajos tendientes a descubrir piezas de interés.

En nuestro nuevo futuro palació montaremos los talleres más gigantescos del universo. Por consiguiente, es de imaginarse el interés que ese acontecimiento despierta entre las fábricas, tanto americanas como europeas.

Hemos recibido hasta ahora más de mil propuestas de las primeras firmas mundiales, afanadas material y moralmente en entrar en relaciones con EL GRAN ROTATIVO.

La Mac Anistikin Amerikanin Company, reputada la compañía más poderosa del ramo, está tan decidida a ganarse la preferencia, que ayer nos envió el siguiente cable:

"Director de "Coloso". — Ahora parte para ésa en avión gerente; objeto montaje fenomenales talleres, orgullo del mundo. Estamos construyendo rotativa ciclópea de veinte bocas dobles, costo 1.000 millones. — (Nota privada: No se olviden que cada dos ceros valen por uno). — Mac Anistikin Company".

Hallazgo en el terreno

Ayer, a las 18 y 3 horas, el sabio patológico Guillermo Estrecho de Magallanes, al servicio de EL GRAN ROTATIVO y adscripto a la brigada de sabios que estudian la tierra en que se erguirá estupendo nuestro futuro nuevo palacio, realizó con encomiable serenidad el hallazgo de un hueso, a 50 centímetros de profundidad, y que indudablemente debe tener alguna historia de interés.

El hueso es objeto de un minucioso examen, en el que interviene, además de Estrecho de Magallanes, el genio Clavo de Ordago.

EL SENSACIONAL ASALTO AL BANCO DE SAN MARTIN

Con la modestia que nos caracteriza destacamos un nuevo monstruoso triunfo de "El Gran Rotativo"

El 28 de enero último dijimos textualmente: "el cinematográfico asalto al Banco de San Martín está esclarecido" y recién el 31, es decir, 3 días después, nuestros menesterosos colegas obtienen y publican la misma noticia.

El orbe, admirado. nos tributa su homenaje. ¡Gracias!

Como todos saben, para EL GRAN ROTATIVO, un triunfo más, por muy triunfo que sea, sólo constituye un eslabón más de la interminable cadena de triunfos forjada con el espíritu tranquilo y la mente apacible de todos cuantos habitamos esta casa.

Con absoluta calma, con la serenidad y la simplicidad que caracterizan a todo gladiador engendrado, nacido, amamantado y criado en victorias rotundas e indiscutibles, asistiendo, es justo decirlo, impávidos al espectáculo de nuestros aciertos, y sólo muy de tarde en tarde, cuando el eco de uno de esos aciertos sacude al universo, le concedemos la clemencia de una tenue atención, sobre todo para que los imbéciles y los farabutis que pretenden competir con este coloso, comprendan que somos conscientes de nuestra propia obra gigantesca.

Para esos imbéciles y farabutis, el prototipo de los cuales es "El Chingolo", inmundo pasquín dirigido por la loca de verano llamada marquesa del Toronjil "Monigote ridículo" y "Gallina escariota", es precisamente para quienes están dirigidas estas líneas, para que sufran y se mueran de envidia.

EL GRAN ROTATIVO demuestra así, una vez más, de lo que es capaz, y hasta dónde llega su poder, lo que nos permite colocarnos, con respecto a los colegas, a tal altura que, francamente, no comprendemos cómo no se abochornan y se dan cuenta de que la flauta no les suena y que aun en el caso de que les sonara por casualidad, no existe ser humano con interés para escucharla.

Por hoy basta.

EL VUELO DE FRANCO

Se confirma en forma contundente lo del homenaje a "El Gran Retativo"

En una de nuestras últimas ediciones declamos haber recogido la versión de que el objeto verdadero del vuelo de Ramón Franco era el de rendirnos un homenaje.

Un despacho recibido hoy de Pernambuco confirma dicha versión al decir:

PERNAMBUCO (Urgente).—Al pisar tierra el aviador Franco se abalanzó nervioso sobre un periodista, clamando visiblemente emocionado: "Dígame, amigo, dígame: ¿es verdad que no llegaré en época oportuna para asistir a la inauguración del nuevo palacio de EL GRAN ROTATIVO?"

Cuando el periodista explicó al audaz pájaro humano que esa inauguración tardará aún unos meses, Franco se llevó desesperado ambas manos a la cabeza, exclamando: "¿Para qué he venido, entonces? ¿Para qué?" — Corresponsal Nº 495.

mores de la Fornarina y Rafael

FAEL Sanzio, el famoso pintor italia-
10 tuvo, como casi todos los grandes
artistas, un intenso poema de amor en
su vida.
icado desde su infancia al dibujo, te-
dmirables facilidades para el retrato.
día, Pedro Bannucci, conocido bajo
mbre de Perugino, padrino de Rafael,
a Urbino sin haberse hecho anunciar
amente. Abrazó cariñosamente a su
io, y cuando vió los primeros bocetos
s por él cuéntase que, poniéndole am-
manos sobre los hombros, dijo:
anda, querido bambino; ¡tú levantarás
e hasta los cielos y serás el príncipe
s artistas!
Perugino quiso llevarse a su ahijado a
ncia.
í permaneció Rafael, sin que la co-
ión y escándalo que, como en toda Ita-
acian pasto de aquella ciudad, lógra-
nodificar en él los nobles sentimientos
honradez espiritual.
spués, y habiendo muerto ya su padre,
Bramonte lo llevó a Roma.
io II había subido a ocupar el trono
ficio y Bramonte le presentó a su so-
Rafael.
io II, al ver tan joven al artista, juz-
un niño todavía. Mas al contemplar
cuadros suyos vió en aquel adolescen-
es Rafael lo parecía siempre, un gran
tro.
sde aquel momento, Rafael se aposentó
mansión pontificia y dió comienzo a
inmortales obras, mientras la fama y
rtuna le acariciaban.

* * *

a tarde, abrumado ya por los halagos,
as distinciones de que le hacían objeto
los señores de Roma, Rafael abando-
ciudad para tomarse un descanso.
dando al acaso por las campiñas cer-
s, oyó de pronto un rumor de agua agi-
. Dominóle la curiosidad y se aproximó
gar de que partiera el ruido.
ulto por la espesa yedra, y en el in-
r de aquel cercado, distinguió, a la du-
claridad del crepúsculo, un baño rús-

a mujer se hallaba en él.
ombrado, Rafael la encontró más her-
que cuantas modelos habían enviado
taller la miseria que reinaba en Roma.
vista de aquella mujer hizo estremecer
tista.
podía distinguir bien sus facciones;
, por intuición, su alma le decía que na-
odría encontrar más bello y puro.
por la noche, de regreso en Roma, vió
ueños a la encantadora mujer del baño,
iente y acariciadora, mirádole con ine-
dulzura.
día siguiente se dirigió hacia el mismo
.
ro entonces no se detuvo en la tapia.
ó la entrada de la casa y avanzó re-
amente hacia ella.
na mujer anciana hallábase cosiendo
a puerta. Al oir los pasos, alzó la ca-
, y con voz afable preguntó:
¿A quién buscáis, caballero?
Perdonadme si me atrevo a demanda-
un poco de agua.
Sentaos, señor, y reposad el tiempo que
áis, que esta casa es vuestra.
la anciana, dirigiéndose hacia el inte-
, llamó.
¡Aurelia! ¡Aurelia!
¡Llamáis a vuestra hija, señora?
A mi sobrina.
¿Llamábais? — dijo en esto una voz
ra y fresca.
olvióse rápidamente Rafael, y vió para-
n el umbral a la hermosa mujer que el
antes viera.
Ven, hija mía — dijo entonces la an-
a. — Sirve un poco de agua a este ca-
ero que está fatigoso y sediento.

Aurelia volvió a penetrar en la casa. Momentos después salía de nuevo y al cruzarse entonces su mirada con la del artista brillaron sus ojos de tal modo, con una expresión tal, que claramente se reflejó en ella la impresión que aquella alma acababa de recibir.

Pero no fué únicamente su mirada la que expresó muchas cosas.

El alma de Rafael también había subido hasta sus ojos.

Y aquellas dos almas que, errantes, habían cruzado por el mundo, encontráronse por fin y se confundieron y ni una ni otro recatáronse en ocultar la recíproca impresión que recibieran.

—¿Quién sois, caballero? — preguntó la anciana, con esa franqueza de las gentes de campiña romana.

—Soy un artista, señora; soy un pintor y estoy trabajando en el Vaticano.



—Lo había adivinado — repuso Aurelia.

—¿Presumíais que era pintor?

—Presumí que érais artista, porque vuestra misma figura lo dice y lo expresa vuestro rostro.

Desde ese momento, la conversación fué haciéndose más animada. Cuando se separaron, los dos jóvenes conocíanse perfectamente. Rafael fué alejándose, y sin cesar volvía la vista hacia la modesta casita. En la puerta, siguiéndole con la vista, estaba Aurelia.

* * *

Aurelia, la Fornarina, había cambiado completamente de situación.

Ahora habitaba un encantador palacio. Rafael estaba cada día más prendado de su encantador modelo. En el amor de la Fornarina Rafael había concentrado todos sus amores.

En aquellos interminables coloquios de amor, más de una vez decía el maestro:

—¡Cuán dichoso me has hecho! ¡Cuánto placer te debo!

—Te amo, Rafael — contestábale la encantadora Aurelia, porque eres digno de ser amado y cada día bendigo al Dios que hizo que te conociera y que fijaras en mí tus ojos.

—Quien da gracias a Dios soy yo que únicamente a ti debo la gloria que me rodea.

—Harto ganada la tenías ya antes de conocerme.

—No. Les faltaba a mis obras lo que solamente tú les podías prestar. Escúchame, Aurelia: yo soñaba constantemente con algo tan divino y tan grande que no podía encontrarlo en la tierra. ¡Cuánto sufrí durante esas largas horas de agonía y de tormento! Dios tuvo piedad de mí e hizo que nos encontráramos y desde que te hallé tú has sido mi inspiración y mi amor; te guardo en el corazón y en la mente. ¡Si supieras cuánto placer recibo cuando siento elogiar algunas de mis obras! Porque al elogiarlas no es a mí a quien tributan esos elogios; es a ti, que los has inspirado.

De este modo expresaba Rafatel a su amada lo que sentía.

* * *

Un día Julio II dejó de existir.

León X, el hijo de Lorenzo de Médicis, había subido a ocupar la silla pontificia.

Bembo, el elegante poeta, era secretario del Pontífice.

Bramonte, Peruzzi, Leonardo da Vinci, Fra Bartolomeo, Rafael Sancio, Miguel Angel Buonarotti y tantos otros, formaban aquella brillante pléyade de artistas con quienes departía afablemente León X, y a quienes encomendara obras tan costosas como imperecederas.

El cardenal de Bibbiena tenía una sobrina a quien amaba extraordinariamente y cuya hermosura y talento eran justamente ensalzados.

El cardenal sentía a la par un cariño fanático por Rafael.

Unir a estos dos seres, que tan queridos le eran, fué el objeto de sus aspiraciones.

Pero Rafael no podía amar más que a la Fornarina.

En vano fué que el mismo León X expresara la satisfacción con que vería esa unión.

Rafael no podía amar a la bella Olimpia y tampoco quería engañarla.

La Fornarina había pasado a ocupar el encantador palacio construído por Rafael en el Borgo Nuovo.

A la muerte de Bramonte y en virtud de los deseos manifestados por éste, para que su sobrino le sucediese en la dirección de las obras que tenía en ejecución, León X le dió dicho cargo.

La gloria de Rafael estaba en su apogeo.

* * *

Una mañana de primavera, a las doce, más o menos, Rafael, que estaba en el casino, fué llamado urgentemente por León X.

Rafael llegó al palacio bañado en sudor; penetró en las logias en donde el Papa lo esperaba. La logia en que se hallaban recibía el aire fresco y húmedo de los jardines. La conferencia no fué larga. León X no quería sino hacerle algunas indicaciones respecto a las obras emprendidas.

De allí, Rafael marchó a su palacio, en donde la Fornarina lo esperaba.

Desde la salida del Vaticano se sentía mal; mas ocultó su malestar ante las caricias que siempre le prodigaba su amante.

Pero al día siguiente ya no pudo ocultar nada. El médico ordenó una sangría, y a la vista de la operación la Fornarina se desvaneció.

Rafael hizo llamar a Fray Giocondo. Al tener noticia de esto la Fornarina se sobresaltó.

—¿Qué sientes? ¡Dímelo, por tu vida! — dijo.

—No es nada; sino que... tenía que recomendarle que me... es un trabajo que está haciendo en el Vaticano.

Aurelia se tranquilizó un tanto y ordenó que llamaran a Fray Giocondo.

Poco después Rafael empezaba a delirar; no tardó en entrar en la agonía y a los pocos momentos exhalaba su último suspiro.

La Fornarina no pudo asistir a los últimos momentos del artista. León X ordenó que se le sacara de la habitación porque así convenía a la salud del alma de Rafael.

Y luego ni siquiera pudo ver al amado muerto.

Rafael había hecho testamento por el que dejaba asegurada la subsistencia de la mujer que había adorado.



El tragafuego egipcio

Por Rodolfo Baumbach

PARA Pascuas lo mandaremos a N,... para que vaya a la escuela. Ya es tiempo; pronto va a tener once años, y no hace más que corretear con los chicuelos de la calle. Así lo he dispuesto.

El de los once años, es decir, yo, se quedó suspenso y sintió más ganas de llorar que de reir. Había pasado once alegres años infantiles en la aldea, tenía adquirida una alta estimación entre mis compañeros de juegos y prefería ser primero en las filas de mi pueblo natal, que segundo en la metrópoli.

A través de la bruma que rodeaba mi futuro inminente como una niebla espesa, brillaba sólo un rayo de luz, pero un alegre y brillante rayo de luz. Era el teatro cuyo esplendor había tenido ocasión de conocer. Los sacerdotes blancos en "La flauta mágica", los leones de Sarastro, las serpientes que arrojan fuego y el divertido Papageno, eran cosas que no podían ser vistas en la aldea. Y cuando mis padres me prometieron alguna visita ocasional al teatro, como recompensa de mi diligencia en los estudios y de mi conducta ejemplar, dejé el Edén de mi infancia, medio consolado.

Pronto arraigan los árboles jóvenes, trasplantados a su debido tiempo. Después de una lacrimosa despedida de mis amigos y de un ligero ataque de nostalgia doméstica, me sentí contento. Fuí admitido en la segunda clase del gimnasio y bebí ansioso en la fuente del saber. Cierta señora Eberlein, en cuya casa tenía alojamiento y comida, quedó encargada de mi bienestar físico.

Era viuda y tenía un pequeño negocio en el cual, con la ayuda de una muchacha vendedora, atendía a los clientes, que entraban y salían durante todo el día. Vendía principalmente comestibles y legumbres; pero, además de esos artículos, había ... bibles: hilo de tejer, cuadernos de láminas, lápices de pizarra, queso, cortaplumas, hilo de acarreto, arenques, jabón, botones, papel de cartas, goma de pegar, horquillas, boquillas, naranjas, matamoscas, cepillos, barniz, pan de gengibre, soldaditos de plomo, tapones de corcho, velas de sebo, tabaqueras, dedales, pelotas y torpedos. Además preparaba, por medio de esencias, aguardiente de durazno, marrasquino y otros licores, y una tinta excelente, en cuya elaboración yo solía ayudarle. Disfrutaba de cierta prosperidad, vivía bien y no me hacía faltar nada.

Mi pasión por el teatro era un motivo de gran ansiedad para la buena señora Eberlein. No abrigaba una buena opinión del arte en general, y en lo referente a la comedia, baste decir que la despreciaba desde lo más profundo de su corazón. Por lo tanto, hizo todo lo posible para hacerme difícil la visita al teatro, y sólo después de larga discusión, y una vez que la vendedora había dado su opinión, se decidía a entregarme la suma necesaria para pagar la entrada. La vendedora era una muchacha de bastante edad, delgada como una jirafa que hubiese ayunado largo tiempo. Poseía mucha lectura. Estaba subscripta a un periódico popular cuyo lema era "La cultura es libertad", y, en cierto modo, la señora Eberlein se dejaba influir por las opiniones de su dependiente. Esta bondadosa mujer me tenía cierto afecto, y cada vez que su patrona preguntaba: — "¿Acaso el teatro es cosa apropiada para los niños?" — la vendedora respondía que sí, y la señora Eberlein me permitía ir al teatro.

Eran noches de intensa felicidad. Mucho antes de que empezara la función, me hallaba instalado en la galería, contemplando desde mi altura vertiginosa la gran sala, todavía a obscuras. Llega un acomodador y enciende las lámparas de la orquesta. La platea y los asientos superiores comienzan a llenarse, pero las butacas reservadas y los ...

todo se ilumina: la gran araña desci
encendida, por una abertura del techo.
recen los músicos y entonan los instru
tos. Es una disonancia horrible, y, sin
bargo, bella. Las puertas se golpean. D
ricamente vestidas, con mantos blancos
ciales de brillantes uniformes, y civile
veramente vestidos de etiqueta, t
asiento en los palcos. El director de or
ta sube a su elevado lugar, y la músic
mienza. La "ouverture" es muy larga,
al fin concluye. Suena un timbre. El
se levanta... ¡Ah!

Pronto decidí en lo íntimo de mi cor
que mi destino habría de ser causar adı
ción al auditorio, triunfando en el es
rio; pero vacilaba aún en si habría de
dicarme a la ópera o al drama, pues
cíame algo igualmente digno de amb
disparar balas encantadas en "El tir
mágico", u, oculto entre la maleza, apu
con la ballesta, en "Guillermo Tell",
Gesler tiránicos. Entretanto aprendí de
moria el monólogo de Tell: "Por este e
cho camino el hombre debe venir", y
ejercitaba en la cancioncilla "Cruzan
bosque, cruzando los prados".

La Providencia fué favorable a mi
pues me hizo conocer a un tal Lipp qu
razón de sus relaciones, podía allanarn
senda que me llevaría al teatro.

Lipp era un muchacho alto, delgad
diez y seis años, con pies y manos
grandes; llevaba casi siempre un sa
color azul harto desvanecido, con ma
que apenas pasaban del codo, y chalec
lorado. Además, el pobre muchacho
pre andaba con hambre y fué esta pe
ridad la que favoreció nuestra amistad

En las tardes en que no había clase
solía ir a las afueras a jugar a la pelot
remontar el barrilete, la señora Eb
acostumbraba ponerme en el bolsillo
para comer. Lipp lo había advertido
esperaba a fin de conseguir una par
mi merienda, y a veces toda. Leva
una pedrezuela, la hacía pasar varia
de una mano a otra, y luego, cerrand
puños y colocándolos uno sobre otr
cía: "¿Esta mano o la otra? Se que
cola del gato. ¿Cuál eliges? ¿Pierde

o decía: "la de arriba", resultaba que irita se hallab. siempre en la mano ıja y viceversa. Y Lipp se apoderaba ente de mi pitanza y la devoraba si estuviera medio hambriento.
r qué lo permitía? En primer lugar, : Lipp me ganaba en años y en fuer- en segundo lugar, porque era hijo de portante personaje. Su padre era nada que el portero del teatro: un hom- ıpléndido, de nariz colorada y barba como carbón, que le llegaba a la cin- El sensato lector sabe ahora cómo el Lipp obtuvo el saco azul y el chaleco do.
nuevo amigo había pisado el escenario sus más tiernos años. Desempeñaba el de chicuelo en las escenas popula- de enano en las burlescas. Era, ade- ayudante en la fabricación de truenos ımpagos. Haciendo restallar un látigo diante una aproximada imitación de incho, anunciaba la llegada de la dili- ı; era el encargado de encender la lu- "El tirador mágico" y con una sartén ıs tenazas constituía uno de los ele- s de la hora de las brujas. Abrí mi co- a Lipp y le confié mi anhelo de llegar ırar en el escenario; me tendió su ma- cha, y repuso con cierta emoción:
'o también!
, juramos amistad eterna y Lipp me ːtió que buscaría lo más pronto posi- a oportunidad de poner a prueba mis :des dramáticas. Desde ese día cam- ı actitud para conmigo. Hasta enton- e había tratado con cierta condescen- ı de superior, pero su conducta se con- en la de un colega. Por otra parte, no ító recurrir al azar de la suerte para istar parte de mi merienda, pues re- compartirla con él, como con un her-

ouen muchacho cumplió su promesa de me llegar al escenario. Pocas noches és (se representaba "El tirador mági- me hallaba entre las bambalinas; el ón latíame con violencia; Lipp no se aba de mi lado. Mi mano apretaba una a con la que hacía agitar con movi- o rítmico las alas de la lechuza en la del lobo. Mi compañero tenía a su los ruidos de la caza. Sucesivamen- ɔaba, con dos dedos en la boca, hacía lar un látigo e imitaba el ladrido de ɛrros. Era algo soberbio.
las hecho tu papel espléndidamente — jo Lipp al terminar la escena; — otra parecerás en el escenario.
sumergí en un mar de delicias. Poco o después se debía representar "Pre- '. Lipp me dijo que se me había con- el papel de niño gitano. Me pusieron specie de túnica blanca y me adorna- ıs piernas con cintas rojas cruzadas.) un corista me tomó de la mano y me cruzar el escenario dos o tres veces. ni "debut".
ué también mi última aparición. La :e supo. Recibí en la escuela una seve- ɔrimenda, y de yapa, como consecuen- mi liviano traje de gitano, un resfria- una tos que me obligaron a guardar un par de días.
ien hecho — dijo la señora Eberlein. en no quiere oir tendrá que sentir. To-) viene por el teatro. Si tu santa abue- piese que has estado con artistas de ı se levantaría de su tumba.
itido y humillado, ingerí los diversos ıe la señora me trajo uno tras otro. ada taza tuve que oir una historia ins- va acerca de la depravación de los ac- A fin de apartarme de los transgreso- : la senda de la virtud, la señora Eber- lescribía con animado colorido y viví- aágenes; me impresionó, en particular, istoria en la que aparecían tres fras- : esencia de ponche que nunca habían ɔagados. Pero, en definitiva, las anéc- de la señora Eberlein no lograron ha- cambiar de resolución.
o después ocurrió algo muy serio. El de Lipp, el portero del teatro, una no- n que había bebido con exceso, cayó da junto al cartel que anunciaba "El caballo blanco", y mi amigo, a consecuencia de esta desgracia, quedó a cargo de un tutor que tenía tan poca comprensión del arte dramático como la señora Eberlein. Lipp fué entregado a un pintor de paredes, que, investido de extensa autoridad, tomó como aprendiz al infortunado muchacho.

Lipp se manifestó inconsolable, ante este cambio de su suerte. La sonrisa desapareció de su rostro. Por mi parte, me sentía invadido por la melancolía al verle pasar por la calle, con ropas manchadas de pintura y como una imagen de la desesperación.

Un día le vi en las afueras del pueblo, dedicado a pintar con un verde de arsénico una empalizada de jardín.

—Amigo mío — díjome con sonrisa melancólica, — no puedo darte la mano; la tengo sucia de pintura; pero siempre somos los mismos. — Luego, refiriéndose a sus esperanzas fracasadas, continuó: — Pero aunque mis proyectos no pueden ser realizados, no quiere decir que los he abandonado para siempre. Estas nubes — se refería a su condición de aprendiz — no tardarán en pasar. Y les llegará su tiempo. No quiero decir más por ahora... pero ya les llegará su tiempo.

En eso Lipp dejó de hablar y metió el pincel en el tarro de pintura, pues su patrón acababa de doblar la esquina y se acercaba.

Un día, Lipp desapareció. Las autoridades hicieron todo lo posible por encontrarle, pero fué en vano. Y como en ese tiempo, el río, junto al cual se levantaba la ciudad se había desbordado, se supuso que Lipp había perecido ahogado. La única persona que no compartía esta opinión era yo. Abrigaba la firme convicción que se había ido a recorrer el mundo, a buscar fortuna, y que algún día regresaría convertido en artista famoso y acaso en hombre rico. Sin embargo pasaron los años y nada se oyó de mi amigo Lipp.

Había yo llegado a la edad de quince años. Leía a Virgilio y Jenofonte y podía enumerar la causas que produjeron la caída del imperio romano. Pero en medio de mis estudios clásicos no perdía de vista el verdadero y único objeto de mi vida: el arte dramático; y como el teatro me había sido prohibido después de mi primera aparición en él, estudiaba, encerrado en mi cuarto, los papeles en que, a mi juicio, habría de distinguirme algún día. Ensayé también mi habilidad como autor: mi mesa de trabajo guardaba clandestinamente una tragedia concluída. Se titulaba "Faraón". Aparecían en ella las siete plagas de Egipto y los milagros de Moisés, pero en la parte que tenía más confianza, aquella que me prometía un éxito extraordinario, era la destrucción de Faraón en el Mar Rojo.

Además, dí en vestirme a la manera de los artistas. Mis compañeros de colegio imitaban a los estudiantes de la Universidad, llevando gorras de colores vivos, fajas de rojo dorado, y bastones adornados con borlas; pero yo me puse sobre la cabellera revuelta un sombrero cónico, un sombrero calabrés, alrededor del cuello un pañuelo de seda que caía sobre el hombro y cuyas puntas se unían en artístico nudo; en días fríos, usaba una capa, cuyo extremo, forrado de rojo, echaba negligentemente sobre el hombro izquierdo.

Con semejante vestimenta aparecí en mi pueblo natal donde solía pasar las vacaciones de verano. Los chicuelos de la calle se burlaban de mí con palabras y actos, mas yo seguía mi camino, sin hacerles caso, erguida la cabeza, pensando: ¿Acaso la luna se preocupa de los perros que le ladran?

Todos los años, en el mes de agosto, tenía lugar una feria en el pueblo. Por lo común, se levantaban carpas y tablados en los que se despachaba cerveza y salchichas. Abundaban ciertas diversiones proporcionadas por bailarines en la cuerda, juglares, títeres, decidores de buena ventura, fenómenos y muñecos de cera.

Como joven educado en la ciudad, consideraba por debajo de mi dignidad tomar parte en esas diversiones populares; pero no pude salvarme y tuve que acompañar a

mis padres y mis hermanos y hermanas a recorrer la feria el día de su inauguración. Llevaba, por supuesto, y más altivamente que nunca mi sombrero calabrés.

Recorrimos, uno tras otro, los tablados, y al anochecer nos hallábamos sentados delante de una barraca, cuyo propietario prometía mostrarnos la cosa más extraordinaria que hasta entonces se había visto.

El espectáculo se dividía en tres partes; en la primera, apareció un caballito de gran cabeza que contestaba a las preguntas que se le hacían, meneando la cabeza o golpeando el suelo con los cascos. En la segunda, dos liebres amaestradas tocaban un tambor, con las patas delanteras y disparaban una pistola.

El propietario había reservado para la tercera parte el número sensacional: el tragafuego egipcio llamado Fósforo. Se levantó el telón por tercera vez y en el pequeño escenario apare 'ć un hombre alto que no me era desconocido. Era Lipp, a quien por tanto tiempo se había creído muerto.

Vi al infeliz llevarse a la boca un trozo de pez inflamada. Algo me turbó el espíritu. Me eché el sombrero sobre los ojos, salí de allí, bamboleándome, entre la concurrencia que aplaudía. Me dirigí a mi casa, como un ebrio.

Durante los días restantes de la fiesta, no salí de casa. Dije que no me sentía bien y en verdad no mentía, pues sufría de un abatimiento indecible.

—Es el desarrollo — decía mi madre; y yo asentía e ingería dócilmente todos los remedios caseros que mi madre me traía.

Al fin terminó la feria y el tragafuegos egipcio dejó la ciudad. Pero el pobre muchacho no fué lejos. En la ciudad, donde exhibía su habilidad, fué reconocido y detenido, como infractor al servicio militar. Fué puesto en libertad pocas semanas después, considerándole inapto para el servicio, pero, entretanto, su patrón, el de las liebres amaestradas, se había ido no se sabe adónde, y el pobre Lipp se vió solo, sin más recurso que el de su arte, que practicó por algún tiempo en las poblaciones y aldeas vecinas.

El fin de su carrera artística es triste y melancólico. Cayó víctima de la profesión. Llevado por la ambición, quiso ampliar sus habilidades artísticas, y empezó a comer, además de la pez encendida, pedazos de vidrio. Un tubo de lámpara indigestible fué la causa de su muerte.

Cuando regresé a la ciudad quemé mi tragedia de Faraón y vendí la capa y el sombrero calabrés a mi ropavejero. La carrera tea. :l me disgustó para siempre, y si alguna vez manifestaba alguna debilidad al respecto, la señora Eberlein, decíame:

—¿Quieres mor'· de un tubo de lámpara?

Entonces inclinaba la cabeza y proseguía callado el estudio de la gramática griega.

El vegetarismo en Africa

STANLEY, el célebre explorador inglés, dice haber encontrado en Africa una pequeña aldea cuyos habitantes se alimentaban de legumbres. Tienen vacas y caballos que emplean en la labranza, pero jamás han concebido la idea de matar ninguno de estos animales para alimentarse.

Asegura Stanley que, bajo ciertos aspectos, el estado vivificante de esos aldeanos supera al nuestro; alimentan ideas de fraternidad que sorprenden al observador. Comparando la mansedumbre de esos hombres con nuestras ideas belicosas, malamente enfrenadas por la civilización de que disfrutamos, saca en limpio que es la carne la causa de los trastornos que abaten a la humanidad y que si no la comiéramos seríamos como aquellos aldeanos, en quienes la crueldad es completamente desconocida.

EL VALOR ANTE EL PELIGR

LA industria moderna ve todos los días florecer esas nuevas fortunas que la bravura ante el peligro ha edificado y que se aumentan rápidamente gracias a la creciente intrepidez de los protagonistas de la idea.

Bravos son aquéllos que han preferido correr el riesgo de la derrota para tener el derecho de ostentar la aureola de la victoria.

Pero sería apreciarlos mal pensar que al comenzar la lucha no soñaban más que en poner la ventaja de su parte. Los hombres inteligentes que consienten en correr los peligros, no lo hacen más que cuando lo han puesto todo en obra para aumentar las probabilidades que le son favorables, disminuyendo las circunstancias adversas.

Aquellos que obran de otra manera, no pueden ser considerados como valientes: son aturdidos. Triunfan rara vez, y su éxito es siempre efímero, porque la bravura no es suficiente para asegurar los beneficios del peligro, y debe ser patrocinada por el razonamiento y basarse sobre la verdad: de otro modo los resultados obtenidos no pueden ser más que fugitivos o fragmentarios.

¿No vemos todos los días las pruebas brillantes del poder del triunfo que puede tener la bravura ante el peligro, cuando es floración magnífica de un sabio cálculo seguido de un razonamiento científico, cuyo punto de partida son las ciencias exactas? ¿Quién es el que no se ha estremecido de emoción y de orgullo al ver a los primeros conquistadores del aire lanzarse al espacio y subir cada vez más alto y cada vez más rápidamente?

¿Y cuál no es nuestra admiración viendo a atrevidos inventores hacer tentativas cuya audacia puede, sin embargo, tener su origen en su confianza en datos matemáticos?

El primer aeronauta que se aventuró a elevarse a varios centenares de metros de altura, no fué más que un magnífico apóstol de la bravura ante el peligro.

Solamente los ignorantes han podido tratar de aturdidos a tan insignes varones.

Los que "saben" han juzgado de diferente manera su acto, porque estaban al corriente de las investigaciones efectuadas en el sentido de la estabilización, y conocían las probabilidades de éxito que implicaba ese gesto desconocido de bravura.

Es cierto que para realizarlo se necesitaba un alma bien templada, una voluntad de acero, una sangre fría a toda prueba y cualidades de volición fuera de lo vulgar.

El porvenir lo ha probado bastante, porque desde esta época los nombres de numerosos imprudentes han venido a engrosar el martirologio de los inventores intrépidos y desgraciados.

La bravura, ante el peligro, implic
clases de intrepidez.

La que es herencia de los guerreros
aquellos que se han clasificado bajo l
nominación de héroes, se la llama valc

Otra, que practican aquellos que se
zan en empresas considerables, cuyo
exige cualidades de intrepidez combati

Pero tanto en uno como en otro cas
bravura ante el peligro.

Quien dice riesgo, dice probabilidad
toria de éxito.

No es dudoso que un soldado, precip
dose con el arma levantada contra un
tacamento de veinte hombres, consum
acto de bravura; pero no puede en ni
caso invocar la bravura ante el pe
porque no "arriesga" la victoria, no a
ga más que su vida, que "da", o más
despilfarra, sin provecho para la ide
nombre de la cual se inmola inútilment

El mismo juicio merecerá aquel que
prenda un negocio sin poner los elem
indispensables para el triunfo.

Los unos lo tratarán de *aturdido*, y
serán los más indulgentes. Para la ma
será un incapaz o un intrigante.

Sin embargo, no hay que deducir
que precede que la imprudencia exag
es una virtud.

La prudencia tímida es la enemiga
bellas realizaciones, porque no implic
que resoluciones atrofiadas y actos in
dos.

"Las pequeñas embarcaciones — di
proverbio — están condenadas a seg
costa, y solamente las grandes embar
nes tienen el derecho de afrontar la
mar".

Podría comentarse este axioma añ
do que las embarcaciones pequeñas,
son dirigidas por una mano *firme*, a
resisten a la tempestad.

Corren, pues, tantos o más peligro
las grandes, sin tener el derecho de as
a los peligros gloriosos ni a los pe
lucrativos.

Las grandes, por el contrario, pued
instrumentos de fortuna y de triunfo
el piloto hábil que, desafiando el ries
las tempestades, las sostenga en el
no que conduce al puerto.

El que quiera triunfar, debe saber d
nir la oportunidad del riesgo, y des
esté penetrado de ello, recurrir a las
dades de bravura que deben ser el
todos aquellos que, decididos a con
fortuna, han bebido, en el estudio
energía y de la razón, los principios a
dos que inspiran las felices realizac

S. Lin



—Yo nunca contradigo a mi marido.
—Ni yo. ¡Dándoles tiempo, siempre hacen lo que una quiere!

Jn pueblo que bebe sangre

Los masais africanos

NSTITUYEN esos indígenas, un pueblo de montañeses circunscribiendo la llanura del Kilimandjaro, enclavada en la que fué colonia alemana del Afri- :iental.
no caracteres craniométricos peculia- oseen el de no tener la depresión ha- l de la raza jafética; tienen la nariz s aplastada y los labios menos grue- :ue sus congéneres de las zonas cáli- su constitución es atlética, soportan les fatigas y demuestran en la guerra resistencia y un valor a toda prueba.

ntiguos dominadores, no lograron so- los por completo, ni evitaron que artiesen su vida entre el bandidaje y storeo, entre la azagaya y el pífano.
que nace, se consagra el niño masai más violentos ejercicios. Desnudos, cuerpo embadurnado le grasa y cre- enas sabe andar aprende el manejo armas. Sus juegos, son las batallas erminan no pocas veces de un modo iento, y en cuanto cumple los catorce el masai está ya apto para desempe- a oficio belicoso.
rna entonces su cabeza con un for- le monumento de plumas, ármase de tela y de jabalina, cúbrese con el es- forrado de piel de búfalo, y abandona ea para reunirse con sus futuros com- os de robos y fatigas. Se incorpora campamento de los de su tribu, cons- e una cabaña y vive como los demás. che, la sangre y la carne cruda cons- n su alimento único. La leche la tiene la saciedad con los rebaños. Estos a le proporcionarán la carne y la san- esca que han de convertir sus múscu- masas de acero.
acuerdo con algunos compañeros, eli- toro. Sus camaradas lo encami- inzando grandes gritos, lánzase sobre ipa, y armado de cuchillo húndeselo en el cuello, en tanto agarrándose a los cuernos y arrastrado por la vertiginosa carrera del animal herido, bebe salvajemente la sangre que brota a borbotones de la herida. Cuando está harto, tapona la herida con hierba y se desliza al suelo. Así es como aplacan la sed todos ellos. Excusado es decir que la vida del toro no es muy agradable en estos primitivos países.

Para comer, se inmola al buey, siguiendo un procedimiento análogo, si bien clavándole al animal el cuchillo en plena carótida. Cae el animal y lánzanse todos al festín despedazándole, comen la carne aún palpitante y beben glotonamente la sangre que mana de las heridas.



La influencia que ejerce la sangre en la naturaleza animal de estos indígenas es, según el profesor Etghan, la de estimular su belicosidad y los instintos más perversos.

Hartos de carne y sangre, pónense en campaña. Todas las fechorías pueden esperarse de ellos, y sólo les falta elegir; atacar una caravana, saquear la aldea de una tribu que no es la suya, asesinar y robar a los blancos que por allí habiten: poco les importa. Lo esencial es satisfacer sus instintos de rapiña.

Cuando a fuerza de robos y saqueos, el masai, ha logrado reunir un rebaño, éntrale la nostalgia de su país natal y se vuelve a la aldea que lo vió nacer. Allí se consagra durante algún tiempo a una vida apacible que contrasta notablemente con sus anteriores correrías.

Los patos y los mosquitos

HACE algunos años que se viene hablando de la utilidad de los murciélagos para exterminar los mosquitos. Hoy se ha descubierto que existe un animal más eficaz que el murciélago y aun más que los peces: es el pato.

El doctor Dixon hizo construir dos estanques artificiales; en uno de ellos colocó patos y en el otro peces. El primero quedó al poco tiempo libre de larvas, cuando el segundo aun contenía gran cantidad de ellas. Los patos salvajes prefieren los mosquitos y las larvas a cualquier otro alimento.

El doctor Dixon recomienda tener patos en aquellos lugares cenagosos cuya desecación resulte costosa. De esa manera, dice, se evita el desarrollo de los mosquitos y, por consiguiente, las enfermedades que ellos acarrean.



Grandes y pequeñas cosas



No han observado ustedes que los niños de las colonias de vacaciones que van a pasar el día en Palermo cruzan la avenida Alvear sin que la policía aparezca para prevenir desgracias?

¿Recuerdan que para los caballos de carrera se apostaba a tres agentes de tráfico, hasta que Atlántida llamó la atención de tamaña anomalía con una nota gráfica que fué muy comentada?

Y todavía los caballos merecen mayor atención, pues si bien Tráfico retiró sus agentes, la comisaría seccional dedica sus mejores atenciones para que los cuidadores puedan cruzar la Avenida montados, y no a pie, con el caballo de la rienda, como debiera hacerse.

* * *

Convengamos en que dada la cantidad de cachafaces que gozan de libertad — según vemos ahora la policía ha parado rodeo — es realmente insignificante el número de delitos que registra la crónica policial. Casi puede asegurarse que los atentados contra la gente honesta deben estar en la proporción de veinte por cada uno que trasciende al público. Pues es verdad que en las informaciones de la prensa sólo aparece una mínima parte de los delitos cometidos. Hay comisarios que fomentan la ilusión de seguridad del vecindario, y la ilusión de consagración a sus tareas, ocultando la mayor parte de los hechos delictuosos. Estos misterios sólo serán aclarados cuando algún diario serio organice la información policial en cada sección por cuenta propia sin limitarse, como sucede ahora, a repetir lo que el comisario quiere que se diga.

* * *

Todo cambia en la vida, y también las palabras. Invitamos a los lectores de Atlántida a meditar si no sería prudente cambiar la expresión: "Gente que está en la miseria", por esta otra: "Gente que rinde culto a la holgazanería". Pues es lo cierto que la mayor parte de los que se quejan de falta de recursos en un país como éste son simplemente holgazanes. Fácil sería acostumbrarse a decir: "Ayer me encontré con un holgazán, etc.", en vez de decir: "Ayer me pidió para pan un pobre".

* * *

Un senador nacional escuchaba pacientemente las necedades de un joven abogado que lo había ido a visitar a la cámara.

Para demostrar este último que no solamente se equivocan los legisladores al dictar leyes, sino que también la naturaleza tiene sus fallas dijo:

—En las familias muchas veces ocurren cosas anormales. En mi casa, por ejemplo, éramos tres hermanos: dos bastante inteligentes y el tercero completamente idiota.

El senador, sin poderse contener, preguntó:

—¿Y qué ha sido de los dos primeros?

* * *

Francisco Otamendia y Pedro Zafabal, que fueron detenidos por escándalo, en San Sebastián, España, intentaron fugarse de la cárcel. Después de haber violentado la puerta se arrepintieron de su propósito de huída y rogaron al carcelero que los encerrara en otro calabozo que tuviera una puerta más resistente.

* * *

Dos mujeres se encuentran en el tranvía:

—¿Y su esposo, doña Petrona? — pregunta una de ellas.

—Hace una semana que está bajo tierra — respondió la otra.

—¿Ha muerto el pobre?

—No. Es boletero en el subterráneo.

* * *

El periódico "Cyrano", de París, refiere que el presidente de la república recibió recientemente una carta de una joven residente en Burdeos la que le decía "que, bella y rica — posee seis millones — pero aislada en la vida, sería muy dichosa en ofrecerle su mano. Una mujer es necesaria en el Elíseo — terminaba la bordelesa, con ideas matrimoniales, — y de este modo uniremos nuestras dos soledades".

M. Doumergue no ha creído deber contestar a su enamorada corresponsal.

* * *

Un ex gobernador santafecino encontró a un conocido periodista y le preguntó:

—¿Qué me dice usted de "la" calor?

—Que sigue siendo masculino — respondió el interrogado.

* * *

En una de las "razzias" realizadas últimamente por la policía, dos maleantes fueron conducidos a una comisaría central. El comisario los interroga.

—¿Y ustedes de qué se ocupan?

—Nosotros... Nosotros, señor, "semos" chorros.

—¡Cómo "semos" chorros! Se dice "somos" chorros.

—¡S'araca!... ¡Este también había sido de los nuestros!

* * *

El joven doctor X, que reside en Mar del Plata, se encuentra en la Rambla con un viejo colega y le dice:

—Usted no lo creerá, doctor, pero en una semana, seis de mis enfermos se *han* sanado.

—Se explica, compañero: lo he visto toda la semana en la sala de juego del Club Pueyrredón.

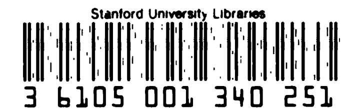


—¿Pero está usted loco?... A ese chico lo va a aplastar un auto.
—No importa; tengo más en casa.

Muchas cosas pierde el [hombre
Que a veces las vuelve a ha- [llar. —
Pero les debo enseñar
Y es bueno que lo recuer- [den: —
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve a encontrar.
"Martín Fierro".



Talleres Gráficos A:


Stanford University Libraries
3 6105 001 340 251

